

Por propio
de

~~Donnino Delso~~

~~Valdepenas y~~

7/901

~~Delso~~

Ar de San Pedro La
Delso regato de
Activa Delso

APÉNDICE
A LA
ULTIMA EDICION
DEL AÑO CRISTIANO
DEL PADRE JUAN DE CROISSET,
AÑADIDO

CON LOS SANTOS DE ESPAÑA, Y CON LA TRADUCION DE LAS EPISTOLAS
Y EVANGELIOS DE LAS MISAS DE TODO EL AÑO.

En el que se añaden nuevamente las vidas de los Santos nacionales y extranjeros cuyas festividades tienen adoptadas las iglesias de España: ó porque ilustraron con sus hechos nuestra Peninsula: ó por la singularidad de sus vidas y martirios: ó por la posesion de sus reliquias: ó porque fueron auxiliares con nuestros mayores en la defensa de la fe católica, que ha sido la empresa mas gloriosa de la nacion, sepultando la herejia arriana que la inficionó con su pernicioso contagio por espacio de muchos siglos.

DADA Á LUZ

POR DON JUAN JULIAN CAPARROS,

DOCTOR EN AMBOS DERECHOS, CURA DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO, RECTOR Y CAPELLAN
MAYOR DEL MONASTERIO DE RELIGIOSAS AGUSTINAS DE SANTA MARIA MAGDALENA
DE LA CÔRTE DE MADRID.

Y ADICIONADA

CON LA VIDA DE UN GRANDE NUMERO DE NOVISIMOS SANTOS ESPAÑOLES.



TOMO SEGUNDO

LOGROÑO:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. DOMINGO RUIZ.
1851.

INDICE

de las vidas de los Santos contenidos en este segundo tomo.

AGOSTO.

	PAG.
Dia I San Felix, mártir	9
Idem San Felix, patrono de la ciudad de San Felipe de Játiva	12
Dia II La Beata Juana de Aza; madre del Patriarca Santo Domingo de Guzman.	13
Dia V Las santas Afra, Hilaria, Digna, Eunomia y Eu- tropia, y los santos Dionisio, llamado tambien Zozimo, y Afro, discípulos de S. Narciso Obis- po de Gerona.	18
Dia VI Los doscientos santos mártires del monasterio de Cardena.	21
Dia XIII . . . San Hipólito, mártir	23
Idem Santa Centola y Elena, mártires.	25
Dia XIV . . . La conmemoracion de S. Aecio	28
Dia XVI . . . Santa Eufemia, virgen y mártir.	29
Dia XVIII . . Los santos mártires de Córdoba y de Sahagun.	30
Dia XIX . . . San Magin, martir.	31
Idem San Nariano, confesor y ermitaño	35
Dia XX . . . San Cristoval, y Leovigildo, mártires.	38
Dia XXI . . . San Juan, confesor.	40
Dia XXVII . . San José Calasanz, confesor	42
Idem San Licerio, llamado en vulgar catalan san Lley, obispo y confesor	52
Dia XXIX . . . San Pedro y S. Juan, mártires.	52
Dia XXX . . . Santa Rosa de Lima	54
Idem San Pelayo, Arsenio y Silvano, confesores	60
Dia XXXI . . Santo Domingo, mártir.	64
Idem El Santo Conde Osorio Gutierrez.	66

SETIEMBRE.

Día I. . . .	San Gil de Casayo.	69
Idem	San Vicente, presbítero y mártir.	70
Día III	San Sandalio mártir.	70
Idem'. . . .	San Nonito ó Nonicio, obispo y confesor.	71
Día V. . . .	Santa Obdulia.	72
Día VIII. . . .	La fiesta de Nuestra Señora de Monserrate é historia de su dichosa invencion	73
Idem	Beato Gudila.	80
Día IX	Santa Maria de la Cabeza.	81
Idem	San Gregorio, confesor.	87
Día XII. . . .	Beato Miron, confesor.	88
Idem. . . .	Beato Jubenco, presbítero.	89
Día XV. . . .	San Emila y Jeremías, mártires.	89
Día XVI	Santos Rogelio y Servio Deo, mártires	90
Día XVII. . . .	Santa Columba, virgen y mártir.	93
Día XIX	San Rodrigo de Silos	96
Idem. . . .	Santa Pomposa virgen y mártir	98
Día XXIII	Santa Xantipa y Polixena.	99
Día XXIV. . . .	Grandezas de la primera y milagrosa imagen de la Santisima Virgen Maria con el título de la Merced	100
Idem	San Dalmacio, confesor	104
Día XXV. . . .	San Formerio, mártir	107
Día XXVII. . . .	San Adulfo y San Juan, mártires	111

OCTUBRE.

Día I. . . .	San Verísimo, santa Máxima y santa Julia, mártires.	114
Día II	San Saturio, patron de Soria.	114
Idem	El beato Berenguer, confesor.	116
Día IV	San Hieroteo el divino.	118
Día V	San Atilano, obispo y confesor	118
Día VI	Santa Fé, virgen y mártir.	122
Día VII. . . .	San Martín, abad de Valparaiso	124
Día VIII	San Pedro mártir	127
Día XIII	San Daniel y compañeros mártires, llamados comunmente los santos mártires de Ceuta	128
Día XVI	San Bernardo Calvon, obispo de Vique.	130

Dia XVII. . .	Los santos Victor, Alejandro y Mariano, mártires.	137
Dia XX. . .	Santa Irene, virgen y mártir.	138
Dia XXI. . .	Santa Columbina, virgen y mártir, otra de las compañeras de santa Ursula.	141
Dia XXII. . .	Santa Nunilo y santa Alodia, vírgenes y mártires.	142
Dia XXVI. . .	San Luciano y Marciano, mártires.	146
Dia XXVII. . .	San Vicente, Savina y Cristeta, mártires.	151
Dia XXX. . .	San Marcelo Centurion, mártir	154
Idem	Santa Nona ó Nonia.	158
Idem	Los santos Claudio, Lupercio y Victórico, mártires.	159
Dia XXXI. . .	San Nicolás y compañeros mártires, llamados co- munmente los santos mártires de Ledesma.	162
Idem	La conmemoracion de la Batalla del Salado.	164

NOVIEMBRE.

Dia I. . . .	S. Pedro del Barco, confesor.	165
Dia III. . . .	San Ermengol, obispo de Urgel	167
Dia VII. . . .	San Severo, obispo de Barcelona y mártir.	169
Dia XI. . . .	Santo Toribio de Liébana, confesor	174
Dia XII. . . .	San Millan ó Emiliano de la Cogulla, confesor.	176
Dia XIII. . . .	San Eugenio III, arzobispo de Toledo.	181
Idem	San Arcadio y compañeros mártires.	183
Dia XIV. . . .	Santa Trahamunda virgen.	189
Idem	San Rufo confesor, primer obispo de Tortosa.	189
Dia XVI. . . .	San Rufino y compañeros mártires	191
Dia XVII. . . .	Santa Gertrudis, virgen y abadesa.	192
Dia XXI. . . .	Santos Honorio, Eutiquio y Esteban, mártires.	195
Dia XXII. . . .	Santa Tigridia, abadesa del monasterio de Oña.	197
Dia XXIII. . . .	Santa Lucrecia, virgen y mártir.	198
Dia XXIV. . . .	Santa Flora y Maria, vírgenes y mártires	200
Dia XXV. . . .	San Garcia, Abad.	204
Idem. . . .	San Gonzalo, obispo	205
Dia XXVII. . . .	San Facundo y Primitivo, mártires.	207
Idem	San Ansurio, obispo	210
Idem	San Bimarasio, obispo.	212
Dia XXIX. . . .	San Conancio, obispo	212

DICIEMBRE.

Dia I.	Santo Domingo Sarracino, y sus compañeros mártires.	215
----------------	---	-----

Dia V.	San Giraldo, arzobispo de Braga.	215
Dia VI.	San Fortian, mártir.	219
Dia X.	San Melquiades ó Mirtiades, Papa.	220
Idem	San Invento, llamado en vulgar catalan san Trobat, mártir, y los trescientos y cincuenta y nueve mártires, cuyas reliquias se conservan en la iglesia de san Felix de Gerona.	221
Dia XIV.	San Justo y Abundio, mártires	222
Dia XV.	San Urbe, confesor	224
Dia XX.	La venerable Oria.	226
Dia XXIII.	San Vintila, anacoreta.	228
Dia XXV.	Santa Eugenia, virgen y mártir.	229
Dia XXXI.	Santo Domingo mártir.	231
Idem	Santa Melania, la Menor	235
Idem	San Fausto, Labrador.	256
	Advertencia	245

VIDAS DE LOS SANTOS PROFETAS.

Dia XXXI de Marzo.	San Amós.	247
Dia X de Abril.	San Ezequiel.	248
Dia X de idem.	San Daniel.	249
Dia I de Mayo.	San Jeremias.	254
Dia X de idem	San Job.	255
Dia XIV de Junio.	San Eliseo.	258
Dia I de Julio	San Aaron.	264
Dia IV de idem.	Los Santos Oseas y Aggeo	267
Dia VI de idem.	San Isaias	269
Dia XIII de idem.	Los santos Joel y Esdras.	272
Dia XX de idem.	San Elias.	274
Dis XX de Agosto	San Samuel	281
Dia I de Setiembre.	San Josué, capitán del pueblo hebreo.	288
Dia I de idem	San Gedeon, juez y capitán del pueblo hebreo.	294
Dia IV de idem	San Moisés.	299
Dia VI de idem	San Zacarias.	323
Dia XXI de idem.	San Jonás.	324
Dia IX de Octubre.	El santo Patriarca Abraham, padre de todos los creyentes	326
Dia XXIX de Diciembre.	San David, rey.	339
San Zacarias		360
San Jacob.		363

INDICE.

PAGS.

	PAGS.
San Noé.	371
San Tobias.	374
San Isaac.	381
San Abacuc.	385
San Abdias.	384



DIA I.º DE AGOSTO.

San Felix, mártir.

SAN Felix, á quien varios escritores dan los honoríficos títulos de apóstol, de doctor, y de profeta de Gerona, fué compañero de S. Cucufate, que á principios del siglo IV dió en dicha ciudad la vida por Jesucristo. Habiendo venido ambos de Africa á España, como dijimos el dia 25 de Julio. en la vida de S. Cucufate, y repartido sus bienes entre los pobres, dejó Felix á Cucufate en Barcelona y se fué á Gerona.

Ardia entónces en España la persecucion de Diocleciano y Maximiano; y sabiendo Rufino, uno de los tenientes de Daciano, los progresos que Felix hacia en la religion cristiana, dió orden á sus ministros que lo buscasen y lo prendiesen. Trajeron al Santo á presencia de Rufino, y pareciéndole que para persuadir á un hombre de aquel carácter tendrian mas fuerza los buenos términos que la severidad, ni el rigor, disimulando por entónces la ira, le habló de esta forma: «Felix, he sabido que es grande tu sabiduría y tu prudencia, por lo que mi Señor Daciano se ha alegrado en estremo de que haya en la provincia un sujeto de tales circunstancias; y así me ordena que te proponga que desea honrarte, en caso que ofrezcas sacrificio á los dioses romanos.» Oyó Felix la propuesta de Rufino; y conociendo el dolo con que le hablaba, le respondió con generoso valor: «¡O lengua llena de veneno, pues solicita engañarme con fingidos halagos! apartate de mí que no tengo necesidad de tus diabólicos consejos: guarda los honores que me propones á nombre de tu principal para tus hijos, porque ni estos, ni las potestades de este mundo podrán jamás obligarme á que cometa una accion tan sacrilega como la que solicitas, separándome de la religion que profeso.—¿Luego ya deliberaste, malvado, replicó Rufino, el no asentir á mis saludables consejos?—Sí por cierto, contestó Felix; pues son malditos, semejantes á tí y á tu padre el demonio.

Ofendido Rufino de la generosa libertad del Santo, dió orden á los

verdugos para que lo azotasen con varillas; y luego atados los pies y las manos lo hizo encerrar en un calabozo oscuro cargado de prisiones, con severa prohibicion de que no se le diese el menor alimento, ni el mas ligero alivio; pero el Señor tuvo providencia de su siervo, derramando sobre él un consuelo de superior orden, que le inundó de alegría.

Compareció el Santo segunda vez á presencia del tirano, y mudando este de tono, le dijo: «Oyeme Felix, como á hermano, sacrifica á nuestros dioses, para que te libres de padecer, y seas elevado á los honores que te ofrece el gobernador Daciano; «pero despreciando el esforzado militar de Jesucristo semejantes ofrecimientos, le respondió: «Que aunque le prometiera, si fuera posible, el cielo con toda la multitud de sus ángeles, jamás asentiria á sus perversos consejos.» Encolerizado Rufino, mandó que atasen á Felix á las colas de unos mulos indómitos que lo llevarán arrastrando por las calles mas principales de Gerona: quedó descoyuntado y despedazado todo el cuerpo del santo á fuerza de los golpes de aquel cruel tormento; pero no desfalleciendo un punto su valeroso ánimo, dió orden el tirano para que lo volbiesen á la cárcel. Imploró Felix en la prision el auxilio de Dios, y se le apareció un ángel, que le dijo: «No temas, que yo soy enviado por Jesucristo para que te sane de las heridas, y te fortalezca en todo.»

Dispuso Rufino ofrecer un solemne sacrificio á los dioses, y haciendo llevar á Felix á aquel sacrilego acto, le dijo: «Practica lo que nosotros hacemos, si quieres verte libre de los tormentos que te esperan;» y condolido el Santo de la preocupacion de aquellos infelices, exclamó: «¡Oh, á cuantos ciega el demonio por la ignorancia! Separaos, miserables, de las estatuas vanas, á las que adorais impiamente, y reconoced que hay un verdadero Dios que os crió de la nada, á quien debeis dar cuenta de vuestras acciones y de vuestros pensamientos.» Enfureciéronse los paganos al oír esta exhortacion; y como el inicuo juez deseaba complacerlos, al paso que vengarse de la invencible constancia de Felix, dió orden á los verdugos para que lo atormentasen sin piedad. Pusieron al santo colgado por los pies en un palo; y teniéndolo así desde por la mañana hasta la tarde, rasgaron su cuerpo con peines de hierro. Oró el ilustre mártir en aquella postura de inmolation; y confortado por el cielo, no sintió el mas leve dolor en medio del bárbaro suplicio.

Comprendió bien el tirano que en aquella maravilla se ocultaba alguna cosa sobrenatural, y que nunca podria vencer una virtud tan superior á la suya; pero no queriendo manifestarse vencido, dió orden para que le volbiesen á la cárcel. Luego que en ella entró Felix, se dejó ver de repente una luz celestial, que disipó las tinieblas del

calabozo: bajaron espíritus celestiales á hacerle compañía, y se percibieron armoniosos canticos de alabanzas divinas; de manera, que se convirtió aquella horrorosa prision en un paraíso de delicias. La música y el resplandor llenaron de admiracion á los guardas, los cuales quedaron aun mas atónitos cuando vieron á Felix sin la mas leve señal de las heridas pasadas. Dieron noticia de todo lo ocurrido á Rufino, y mas irritado con la novedad, quiso de una vez acabar con la vida del Santo: mandó que desde Gerona fuese llevado á Guixols, y que atadas las manos del ilustre mártir por las espaldas, lo arrojasen al mar. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor exactitud; pero desatóronle los ángeles, y andando por encima de las aguas se vino á la ribera. Dióse del todo Rufino por vencido, y mandándole volver á la cárcel, dentro de ella le hizo degollar, como se ejecutó en el día 1.º de agosto, por los años de 500 á 504.

La cabeza de este glorioso santo está en la magnífica colegiata de su nombre erigida en la ciudad de Gerona, y su sagrado cuerpo se conserva en la catedral de la misma ciudad. Su devocion siempre ha sido singularísima entre los españoles, tanto, que á fines del siglo VI, habiendo abrazado la fe católica el religioso principe Recaredo, ofreció su corona real al sepulcro del santo, que quiso el Señor hacer célebre con repetidísimos prodigios, de los que ignoramos muchos por la negligencia de los escritores antiguos. Muchas son las iglesias parroquiales del principado de Cataluña que le tienen por patron; pero mucho mas particularmente en el obispado de Gerona donde hay famosos templos dedicados á su nombre.

San Gregorio Turonense refiere dos sucesos maravillosos, que son los siguientes: robó un ladron muchas preciosidades de la iglesia de Narbona bajo la advocacion del ilustre mártir; juntóse al ladron en el camino un hombre desconocido; y revelándole en las conversaciones familiares el robo con todo secreto, le ofreció que partirian entre ambos el importe de las alhajas, en caso que las vendiese. No se negó el santo á la propuesta, brindándole con su casa, y asegurándole tenia muchos amigos en diferentes regiones, bajo cuyo supuesto no tuvo reparo alguno el ladron de conducirse con el santo; y llevándole á la misma iglesia, vendándole el señor los ojos, le dijo San Felix: Ve aquí mi casa de la que te he hablado, entra y deja las alhajas. Hizolo así el ladron, y vuelto en sí, comenzó á mirar que era el templo donde habia robado las alhajas; y habiendo desaparecido el compañero, conoció que fué el santo el autor de aquel prodigio; lo que refirió al pueblo para que le constase. El otro que refiere el mismo Gregorio, fué que habiendo aconsejado un cortesano lisonjero al rey Alarico, que rebajase la altura de la iglesia de Narbona, donde se conservan reliquias del santo, porque impedia que se viese desde el

palacio un lugar delicioso, apenas comenzaron los operarios á destruir el templo quedó ciego de repente el que dió tal consejo.

Este San Felix no debe confundirse con el otro San Felix diácono de San Narciso, cuya noticia se lee en el dia 18 de marzo.

DIA I.

San Felix, patrono de la ciudad de San Felipe de Játiva.

DISTINTO de S. Felix de Gerona es tambien otro santo mártir y presbítero del mismo nombre que con los diáconos Fortunato y Archiloco ó sea Archileo, como quieren algunos, padeció en la persecucion de Severo á principios del tercer siglo. Es tradicion antiquísima en la iglesia de España que estos Santos fueron enviados á predicar el Evangelio á estas provincias por S. Ireneo, obispo de Leon de Francia; que S. Felix convirtió muchos á la fé en la ciudad de *Setabis*, la cual despues de la entrada de los moros se llamó Játiva, y mas adelante S. Felipe en el reino de Valencia; que en ella fundó un templo de que aun hoy dia se conserva una buena parte á la falda del castillo, en el sitio antiguo de la ciudad; y que habiendo pasado de allí á Valencia, despues de haber padecido muchos y muy crueles tormentos por confesar á Jesucristo, fué degollado con sus gloriosos compañeros. Esto dicen Beuter, Garibay, Mariana y otros haber pasado en la ciudad de Valencia en España. Algunos han pretendido que padecieron en Valencia la del Delfinado de Francia, por estar cerca de Leon donde era obispo S. Ireneo el que les envió á predicar. Mas la verdad, dice Beuter, no se puede esconder, que los libros antiguos dicen Valencia España. Anádese la tradicion de la iglesia de *Setabis* ó Játiva, que desde tiempo inmemorial hace fiesta hoy á este glorioso Santo como á su patrono, en agradecimiento á los bienes que recibió del cielo por medio de su predicacion; y tambien el conservarse allí parte de aquel templo antiquísimo que de padres á hijos se ha tenido por el que edificó S. Felix: en él se ven aun ahora vestigios de remotísima antigüedad: allí quedaron los cristianos durante la cautividad de los moros. Y por último, el infante D. Fernando Perez, hijo del rey moro de Valencia Zeyte Abuzeyte, el año 1262 dejó en su testamento una manda para que lo reparasen,

DIA II.

La Beata Juana de Aza; madre del Patriarca santo Domingo de Guzman.

DE la nobilísima familia de Aza, enlazada varias veces con la casa real de Castilla, nació la beata Juana, dignísima madre del gran padre y patriarca Sto. Domingo de Guzman. Fueron sus padres D. García Garcés, señor del condado de Aza, rico-hombre y alférez mayor de Castilla, mayordomo mayor, ayo y tutor del rey D. Alfonso IX; y D.^{na} Sancha Bermudez de Trastámara, linages esclarecidos, singularmente el de Aza, enlazado por línea masculina, y hoy día existente en él de los duques de Peñaranda, condes de Miranda. Nació nuestra beata antes de la mitad del siglo XII; y según las más exactas averiguaciones vió la primera luz en la villa de Aza, archiprestazgo de la diócesis de Osma en Castilla la vieja, lugar del cual sus antepasados tomaron el apellido, habiendo sido sus fundadores. Los rasgos de virtud que en ella se vieron, la santa prole que dió al mundo, y la gloria con que el Señor en vida y después de su muerte quiso exaltarla, dan muy bien á conocer que le cupo una alma buena y llena de todas las disposiciones necesarias para las obras justas y perfectas; á cuyos dones correspondió con aquella mayor exactitud que exigía de la misma la gracia, que la previno con tantos y tan singulares favores.

Verdaderamente nada se sabe de cierto acerca de las acciones vistuosas que ilustraron los primeros años de la vida de esta gran sierva de Dios; siendo igualmente muy poco el conocimiento que se tiene, á lo menos en particular, de las que formaron el curso entero de su vida. Ocupados sin duda los historiadores antiguos en describir las acciones asombrosas del tercero de sus hijos, el gran patriarca Sto. Domingo, creyeron sin duda que con ellas ya preconizaban la santidad de la madre, y que no podían dejarnos mayor elogio de la beata Juana, que el decirnos que fué madre de un tan grande Santo; imitando en esto á los sagrados Evangelistas, que formaron todo el elogio de María Santísima con decirnos que de ella nació nuestro divino Redentor: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.*

No obstante lo espuesto, las pocas noticias que los referidos historiadores nos han dejado escritas de la beata Juana, son bastantes para justificar la fama gloriosa de santidad, con que siempre ha sido

aclamada desde tiempos muy cercanos á su muerte hasta los nuestros.

Apenas cumplió los años de la edad oportuna, fué unida en matrimonio con D. Felix Ruiz de Guzman, señor de la villa de Caleruega, cuya memoria vive entre los historiadores antiguos y modernos, atribuyéndole los honrosos dictados de *piadoso*, de *religioso* y de *venerable*. De este tronco de nobleza, santidad y virtud fueron fruto dichoso tres hijos segun la comun opinion. El primogénito D. Antonio se dedicó al estado eclesiástico, ordenándose de sacerdote: D. Manés Mamés ó Mamerto se llamó el hijo segundo de nuestra beata, el cual se hizo discípulo de su hermano menor, vistiendo el hábito en el orden de Predicadores. El hijo tercero fué el grande patriarca Sto. Domingo. Así pues esta familia tan ilustre y tan virtuosa, verificó en su dignísima madre lo que dijo el apóstol S. Pablo: *Si el primer fruto es santo, lo es tambien la masa; y si la raiz es santa, tambien los ramos* (*Epist. ad Rom. 11. 16.*)

Por mucho empero que los dos primeros hijos Antonio y Manés puedan suministrarnos luminosos indicios de las sobresalientes virtudes que adornaban el alma de su madre nuestra beata Juana, con todo, su tercer hijo Domingo nos presenta una prueba nada equívoca de su santidad heroica. En efecto, este glorioso patriarca con su santa vida, con sus costumbres sin mancilla, y con sus acciones prodigiosas, sirvió de argumento y prueba incontrastable á los historiadores para evidenciar la perfección y santidad de vida de la dichosa madre que le dió el sér.

Corria el año de 1169, y muy contenta nuestra beata Juana con los dos hijos que el Señor le habia dado, cuando en uno de aquellos sueños ó raptos misteriosos, en que enajenados los sentidos está despierto y vigilante el espíritu, movido é iluminado por Dios para que conozca los misterios de su divina voluntad, parecióle á la beata Juana en una vision que habia concebido, y que lo que llevaba en su vientre era un cachorro, que tenia en la boca una hacha encendida, el cual saliendo de su seno materno iluminaba y pegaba fuego á todo el mundo. No se puede afirmar que el Señor revelase claramente á la beata Juana los altos arcanos que en aquel misterioso sueño se comprendian; con todo parece no puede dudarse, que si no en un todo á lo menos en gran parte le fueron revelados aquellos divinos misterios con el interior lenguaje de aquella gracia, que segun dice uno de los historiadores, comenzó á visitarla despues de haber concebido.

Animada la sierva de Dios con el referido celestial favor con que se la habia prevenido á esperar alguna cosa grande de su parto, suplicaba al Señor con humildes y fervorosas oraciones que se dignase llenar las esperanzas que le habia hecho concebir, dirigidas á su mayor honra y gloria. Al mismo fin emprendió una novena al glorioso Sto.

Domingo abad de Silos, de la órden de S. Benito, cuyo monasterio dista poco de Caleruega, y prolongando, segun el uso de aquellos tiempos, sus piadosas oraciones, hasta muy entrada la noche, en la septima, se le apareció visiblemente el santo abad, rodeado de celestiales resplandores, y le dijo: Que daria á luz un hijo, el cual no solo seria un Santo, sino que formaria el mundo con su ejemplo, predicacion y doctrina; que seria zelosísimo de la honra de Dios, y de grande utilidad á la Iglesia; varon de extraordinario talento, y muy raro en virtudes. » Alegre con tan fausto anuncio, y cumplida la novena se restituyó nuestra beata á Caleruega á esperar con amorosas ansias el cumplimiento de tan señalado vaticinio.

Llegado finalmente el tiempo de salir ya al mundo aquel fruto de tan alegres anuncios y lisonjeras promesas, nació el santo patriarca Domingo en 24 de junio del año 1170, dia dedicado al precursor S. Juan Bautista; y teniendo muy presentes la devota madre la aparicion y las seguridades que le habia dado el santo abad Domingo de Silos, quiso que su hijo se llamase Domingo, en veneracion del fausto vaticinio y de la revelacion de los divinos misterios que se habia dignado manifestarla. Apenas volvió el santo niño en brazos de su madrina D.^a Veneranda con la comitiva al palacio de su madre, despues de haber sido lavado en las aguas santas del bautismo, observó en un esceso de su mente nuestra beata Juana, y vió resplandecer en la frente de su hijo Domingo una muy brillante estrella. El comun de los autores de la vida de nuestro santo patriarca refieren haber sido observada la vision sobredicha no por la madre, sino por la referida noble matrona que sacó de pila al santo niño, siendo el beato Jordan el único que nos dejó escrito el suceso en la manera arriba espresada. El erudito P. Echard queriendo concordar la diferencia de los escritores dice que la vision sobredicha de la estrella luciente en la frente de Domingo se manifestó no solo á su madre la beata Juana, sino tambien á la dama que le sacó de pila en el bautismo, fundando su discurso en lo que dice Humberto en el capítulo IV: *Visionem etiam matri spirituali trahit.*

Libre nuestra beata de las incomodidades del parto, y ansiosa de ofrecer al Señor aquel fruto santo de su vientre, se dirigió al monasterio de Silos y suplicó al abad Pascasio que celebrase á su intencion en el altar del santo abad Sto. Domingo el santo sacrificio de la misa. ¡Oh prodigio! Al volverse el sacerdote celebrante á decir: *Dominus vobiscum*, mudó y dijo mirando al niño Domingo: *Ecce reformator Ecclesie*. Recobróse el ministro, y queriendo repetir las palabras, *Dominus vobiscum*, pronunció de nuevo impulsado de superior espíritu: *Ecce reparator Ecclesie*, sin que por mas violencia que se hiciese á sí mismo en pronunciar por tercera vez las palabras de la li-

turgia, pudiese detenerse ni dejar de repetir las palabras proféticas sobredichas.

Escitada de un modo inesplicable la gratitud de la beata Juana, pensó que el medio mas proporcionado para manifestarla era el de procurar con todas sus fuerzas formar en su hijo Domingo un hombre segun el corazon de Dios. Por tanto, sin reparar en incomodidades y fatigas, determinó criar al santo niño por sí misma, alimentándole en sus pechos. Apenas esta piadosa madre acabó de criar á Domingo, comenzó á insinuar en su tierno corazon las máximas de religion y de virtud que le habia ya comunicado con la leche, las que iba fomentando mas y mas á medida que iba creciendo en edad. ¡Oh, con qué esmero procuró no omitir práctica alguna de las virtudes cristianas, singularmente de las que correspondian á su estado! Así es, que aun el niño Domingo no sabia casi mover los pies para andar por sí solo cuando á imitacion de los piadosos ejemplos de la buena madre, habia aprendido ya el frecuentar los templos, y á ejercitarse en el culto divino. Con todo, llena la santa beata de una desconfianza, creyó que debia asociar á sus cuidados maternos á alguno, que, á juicio suyo, supiese mejor que ella cumplir tan sagrados deberes. Tenia á la sazón esta dichosa madre un hermano sacerdote, arcipreste en Gumiel de Izan, sugeto adornado de todas las virtudes y de santas y admirables costumbres. Cerrando, pues, los ojos nuestra beata á las inocentes delicias del amor materno, entregó su santo hijo al referido su hermano, para que le educase, cuando aun no habia cumplido los siete años de su edad. Cuando llegó á los quince, con el consentimiento de su esposo lo envió á Palencia, para que en aquella universidad se instruyese en las humanidades y estudios sagrados.

La piadosa accion del santo jóven Domingo, que en una estrema carestia vendió no solo todos sus libros, sino tambien todos sus muebles para socorrer las necesidades de los pobres en la ciudad de Palencia, la dejó escrita un historiador como una gloria de su madre la beata Juana, de cuyas entrañas sacó el sér y la vida, y con ella la compasion á los prójimos. En efecto, esta gran sierva de Dios, era tan compasiva con los pobres, que hallándose en cierta ocasion ausente su esposo, no satisfecha con haberles distribuido cuantiosas limosnas, les fué despues repartiendo una cuba de vino generoso, regalando con él á los pobrecitos enfermos. Al volver de su viaje D. Felix á Caleruega, salieron á recibirle sus deudos y amigos, y no faltó quien le refiriese la distribucion del vino hecho por su esposa. En presencia, pues, de toda la comitiva ordenó D. Felix que se sirviese vino generoso á los que le acompañaban. Temerosa la gran sierva de Dios, que de escusarse pudiese resultar algun trastorno en la casa, quiso en persona bajar al sitio en que estaba del todo vacía la cuba refe-

rida; y puesta de rodillas hizo al Señor la oracion siguiente: *Señor mio Jesucristo, aunque yo no soy digna de ser oida por mis méritos, dignaos empero oirme por los de mi hijo Domingo vuestro siervo, que tengo consagrado á nuestro divino servicio.* Y levantándose llena de una fé sólida y firme confianza, examinó la cuba y la encontró llena de un vino preciosísimo: y repitiendo humildes gracias al Señor, regaló con él á su esposo D. Felix y demás que estaban presentes, quienes no pudieron menos de quedar llenos de asombro, y de venerar la santidad de nuestra beata, en la cual el Altísimo acababa de obrar aquel prodigio.

Esta es la última accion que los historiadores, especialmente del siglo XIII, nos han dejado escrita con distincion de la beata Juana de Aza. La época fija en que pasó de esta vida mortal al eterno descanso, es del todo desconocida, en tal manera que ni dá lugar á la conjetura para asegurarla; pudiendo solamente calcularse que se verificaria entre los años de 1202 á 1205, segun se deduce de ciertas memorias del monasterio de Uclés. Sábese empero que sus preciosos despojos se depositaron primero en la iglesia parroquial de Caleruega, villa entoces famosísima, por los muchos personajes de alta nobleza que vivian en ella, de la cual era señor su consorte D. Felix. De Caleruega fueron despues trasladados á la iglesia de S. Pedro de Gumiel de Izan, de monges cistercienses, en la cual estaba el sepulcro de los Guzmanes; y finalmente el infante D. Juan Manuel, nieto del santo rey D. Fernando, por la devocion que tenia á la beata, obtuvo que se le concediesen aquellas preciosas reliquias, que fueron procesionalmente conducidas á Peñafiel, cargando sobre sus hombros aquel principe tan sagrado peso, hasta colocarle en la iglesia de padres Dominicos, que al objeto dicho acababa de fabricar, en donde hasta el presente dia son veneradas.

En todos los sobredichos lugares de Caleruega, Gumiel de Izan, Peñafiel y en los circunvecinos, singularmente en Aza, patria de la dichosa beata, se han tributado de tiempo inmemorial á sus reliquias los honores que se tributan á los personajes venerables por santidad. Ni faltó el Señor en aprobar con extraordinarios favores y gracias señaladas el sagrado respeto y veneracion de los fieles que han recurrido á su misericordia implorando la poderosa intercesion de su sierva la beata Juana de Aza. Por ella se ha obtenido agua en la sequedad; la langosta de improviso ha sido ahuyentada; las mujeres estériles han obtenido fecundidad, y las embarazadas han visto partos felicísimos; en suma, parece que el Señor depósito en manos de la beata Juana de Aza el tesoro de todas sus gracias, pues hasta acudir á ella para obtener remedio en todas las adversidades y para que se vean consolados cuantos imploran su patrocinio.

La sagrada Congregacion de Ritos reunida en 27 de setiembre del año 1828, aprobó unánimemente el culto inmemorial de D.^a Juana de Aza, que confirmó en 1.^o de octubre siguiente con su apostólica autoridad el santo padre Leon XII, mandando fuese venerada como beata, segun resulta del decreto de su beatificacion equipolente, espedido en dicho dia. (*Comp. Mem. Hist. sacadas de los procesos.*)

DIA V.

**Las santas Afra, Hilaria, Digna, Eunomia y Eutropia, y los santos Dionisio, llamado tambien Zozi-
mo, y Afro, discipulos de san Narciso Obispo de Ge-
rona.**

En la vida de S. Narciso obispo de Gerona, honrado en Augsburg como apóstol del pais, que se lee en las del dia 18 de Marzo, hablando de su llegada á aquella ciudad, dijimos ya como acertando á entrar el santo obispo con su diácono en casa de una mujer ramera llamada Afra, sin saber su mala vida con su ejemplo y doctrina la convirtió y bautizó á la fe de Jesucristo con Hilaria su madre, y tres mujeres que con ella estaban á saber, Digna, Eunomia y Eutropia, y con sus tios Dionisio, llamado tambien por algunos años Zozi-
mo, y Afro. Refiriéndonos pues á dicha vida por lo que respecta á la historia de la conversion de estas gloriosas santas, nos cumple ahora tan solo referir la de su admirabe martirio, y fué del modo siguiente.

Siguiendo en Augsburg (entónces Augusta) la persecucion contra los cristianos, en la Recia prendieron los aparitores á Afra, muy conocida por haber sido célebre prostituta. Presentada delante del juez, llamado Gayo, que la conocia muy bien, la dijo: «Sacrifica á los dioses: mejor es vivir que morir en los tormentos.» Afra respondió: No haré lo que me dices, porque sobran ya los pecados que he cometido siendo infiel.» Replicó el juez: «Vete al capitolio y sacrifica.» Afra repuso: «Mi Capitolio es Jesucristo, á quien tengo siempre delante de mis ojos y le confieso mis pecados, porque soy indigna de ofrecerle sacrificio alguno (*), y deseo sacrificarle mi cuerpo, recibiendo por su

(*) Los pecadores en tiempo de las penitencias canónicas no podian asistir á los divinos misterios, y quedaban fuera de las puertas de la iglesia orando mientras se decia la misa.

santo nombre marlirio.—¿Acaso no eres tú una ramera? preguntó Gayo; sacrifica pues á los dioses, que el Dios de los cristianos no puede aceptar tus obras.» Respondió la Santa: «Cristo nuestro Señor ha bajado del cielo á la tierra por los pecadores, como dice el evangelio, y nunca ha menospreciado las malas mujeres y publicanos, antes quiso comer con ellos.» Insistió el tirano: «Ofrece sacrificio te repito, y serás querida de tus amadores como siempre lo has sido, y granjearás mucho dinero.» Repuso entónces Afra: «Nunca tomaré de aquí en adelante semejante dinero, y el que tenia ya lo he echado de mí, que como no lo podia tener con buena conciencia, venci la resistencia de algunos hermanos míos pobres para que lo recibiesen. (**)» Volvió á insistir el juez: «En vano es que reconozcas á Jesucristo por Dios, porque una ramera no se puede decir cristiana.—Ciertamente que no merezco llamarme cristiana, respondió Afra; pero por su misericordia me tiene Dios admitida á su santa ley y nombre.» Gayo replicó diciendo: «Sacrifica á los dioses y ellos te salvarán:» respondió la Santa: «Mi Salvador es Jesus, quien estando pendiente en la cruz prometió el paraíso al ladrón que le confesó.» Entónces el juez reprendiéndola exclamó: «Sacrifica tú ordenó que te azoten en presencia de tus amantes.» Afra: Los únicos motivos de confusion y vergüenza para mí son mis pecados.—Avergonzado estoy, prosiguió el juez, de haber disputado contigo tanto tiempo: si no me obedeces morirás:—Eso es, dijo Afra, lo que yo deseo, si es que no soy indigna de acabar por Jesucristo.—Sacrifica, volvió á decir el juez, ó mando que te atormenten y luego que te quemen viva.—Padezca tormentos este cuerpo, exclamó ella, que ha pecado, que mi alma no quiero que los sufra por sacrificar á los demonios.» Entónces el juez Gayo pronunció contra Afra la sentencia siguiente: «Condenamos á la prostituta Afra que se ha declarado cristiana, á ser quemada viva, por haber rehusado sacrificar á los dioses.»

Inmediatamente la cogieron los verdugos, y la llevaron á una isla del rio Lech, en que estaba situada Augsburgo. Allí la desnudaron y la ataron á una estaca. Ella levantó los ojos al cielo, y mientras estaba orando derramando lágrimas, los verdugos dispusieron la hoguera cercando la Santa de sarmientos, y pegándoles fuego, dió Afra su espíritu al Criador sofocada con el humo.

Las tres compañeras de la santa mártir, Digna, Eunomia y Eutropia estuvieron á las orillas del rio, y presenciaron su glorioso triunfo, consumado el cual pasaron á la isla y hallaron entero el cuerpo de Afra. Un muchacho que con ellas iba, volvió atrás y llevó la noticia

(**) La iglesia antiguamente ni aun para los pobres admitia las oblaciones de las ramerías públicas.

de lo sucedido á Hilaria, madre de la mártir. Esta fué por la noche con algunos santos sacerdotes, y sacaron de allí el cuerpo, que llevaron á un sepulcro que para sí y su familia habia antes erigido á dos millas de la ciudad. Estando todavia en aquel sitio Hilaria y los que la acompañaban (*), fué informado Gayo de cuanto habian ejecutado; por lo cual despachó soldados al sitio con órden de persuadir á todos á ofrecer sacrificios á los dioses, y si se escusaban á ello quemarles vivos y sin ninguna consideracion. Fueron los soldados, y viendo inútiles ruegos y amenazas, llenaron las bóvedas del sepulcro de cambrones y sarmientos secos, pegaron fuego, y cerrando la puerta, se retiraron del lugar. De manera que en el mismo dia que sepultaron á Sta. Afra, fueron honradas con la misma corona del martirio sus santas compañeras; Digna Eunomia, y Eutropia con Sta. Hilaria su madre. Segun observan Ruinart y Tillemont aunque su festividad se guarda en el dia 5, el martirio fué el 7 de Agosto del año 304.

Santa Afra es honrada como patrona principal de Augsburgo, y en ella son de admirar los sentimientos de una verdadera penitente. En cada palabra, en cada pensamiento miraba presentes sus pecados; y persuadida á que nunca podria llorarlos lo bastante, nunca se acordaba de lo que habia llorado, regocijándose en los tormentos por satisfacer de algun modo sus pasados crímenes.

El bienaventurado S. Afro, su tío, cuyo martirio se celebra el dia antes de la fiesta de la dicha Santa, de creer es que fué martirizado con mayores tormentos, á fin de que fuese ejemplo de otros; pero con que género de martirio haya padecido no se sabe. El glorioso S. Dionisio, ó Zozimo como quieren algunos, tambien tío de la misma Sta. Afra, á quien S. Narciso consagró obispo y le dejó en Augsburgo, aunque espresamente no está escrito, no hay que dudar, como dice Valsero, sino que estuvo presente á las exequias de su bendita sobrina, cómo sacerdote y pontífice, y que con su hermana Sta. Hilaria y las otras mártires fué quemado y recibió la palma del martirio.

Pasados algunos centenares de años y siendo ya la tierra de cristianos, aparecióse Sta. Afra en vision al bienaventurado S. Udalrico, y enseñóle el lugar donde estaba sepultada. Despues por los años de 1064, Embrico, obispo de Augsburgo, tratando de edificar la iglesia de dicha Santa, mandó derribar la antigua desde los fundamentos, y halló el cuerpo de la bienaventurada Afra en un sepulcro de mármol muy grande, donde aun hoy es venerada. Al mismo tiempo halláronse tambien los de las bienaventuradas santas Digna, Eunomia y Eu-

(*) Consistian los sepulcros de las personas ricas de Augsburgo, en pequeños edificios de bastante capacidad para contener varios departamentos ó separaciones.

ropia; y aconteció que cuando los albañiles pulian la piedra con que estaba cubierta la sepultura de Sta. Eunomia, salió de ella grande olor y así fué hallado su sagrado cuerpo. El de Sta Eutropia hallaron en un sepulcro de plomo. Cierta Rodolfo, pavorde de la catedral de Augusta, envió á la iglesia de S. Felix de Gerona reliquias de las bienaventuradas Hilaria, Digna, Eutropia Eunomia y de Dionisio y Afro, con la historia de Sta. Afro, por haber sido todos discípulos de S. Narciso, como consta de una escritura antigua en pergamino y con sello que halló el Ilmo. D. Francisco Arevalo de Suaso, obispo de Gerona, y diligentísimo en buscar cosas muy señaladas de Santos, especialmente de su obispado, á quien debió Domenech, segun dice, mucho en esta historia. (*Domenech y Butler.*)

DIA VI.

Los Doscientos santos mártires del monasterio de Cardena.

EN el antiguo monasterio de San Pedro de Cardena del orden de San Benito, sito á dos leguas de la ciudad de Burgos en la falda del monte llamado Jubeba, se celebra en este dia la gloriosa memoria de los doscientos ilustres mártires monges en el mismo monasterio, que en el año 872, reinando en Leon D. Alfonso III, fueron sacrificados al furor de los bárbaros mohometanos; cuyo martirio nos refieren los escritores en esta forma. En la desgraciada época que se hallaban los árabes dueños de toda la Andalucía, sediento el rey de Córdoba de la inocente sangre de los cristianos, á quienes desde la cuna profesó un odio mortal, despachó contra ellos dos ejércitos poderosos con ánimo de apoderarse de cuanto poseian en el resto de la península. Dirigióse uno contra Leon, y fué rebatido valerosamente por el rey D. Alfonso el Casto; pero entrando el otro en Castilla la Vieja á las órdenes del general Zefa ó Zafa, poderoso Africano que habia pasado á España á auxiliar las conquistas que intentaba el de Córdoba, causó innumerables estragos en todos los pueblos y en los campos por donde hizo tránsito, con la multitud de infieles de que se componia su ejército. Supo este bárbaro que en el desierto de Burgos habia un célebre santuario que era el de S. Pedro de Cardena, y creyendo que los monges tendrian grandes tesoros, se dirigió á él con ánimo de apoderarse de todas sus riquezas.

Hallábanse por entonces doscientos monges en aquella illustre casa, ó bien de moradores, ó bien refugiados á ella de otros monasterios

inmediatos, de los que huyeron temiendo los estragos que hacian por todas partes los moros. Cercó Zafa al monasterio, y pidiendo á los monges todas sus riquezas, le respondió Estéban, que era abad á la sazón de aquella ilustre colonia, varón de eminente santidad, que el tesoro de sus súbditos estaba en el corazon de cada uno, no otro que Jesucristo á quien ellos perseguian ciegamente. Irritado el bárbaro con tan generosa respuesta, mandó encerrar á los monges en un claustro, poniéndoles guardas para que los custodiasen con toda seguridad, y se ocupó con sus tropas en arruinar la casa hasta hallar el oro y la plata que imaginaba tendria; pero habiendo salido frustradas sus esperanzas, convirtiendo su ira contra los inocentes, dió orden para que les quitasen la vida. Acometieron los bárbaros agarenos con un furor estraordinario á los monges indefensos, é hicieron en ellos una horrible carniceria, sin que se les oyese otra espresion que la de invocar todos á una voz el dulce nombre de Jesucristo, por cuyo amor padecian gustosamente; logrando todos por este medio la apetecida corona del martirio en el dia 6 de agosto del año 854.

Luego que se ausentaron los moros, concurrieron los cristianos de aquella montaña, y dieron sepultura á los venerables cadáveres en el mismo claustro donde padecieron, el cual se tuvo en tanta veneracion, que segun escribe Ambrosio de Morales, se observaba la costumbre hasta su tiempo, de que no pasase alguno por aquel claustro por reverencia, creyendo que se profanaba tan sagrado lugar, pisándole. Quiso Dios hacer célebre aquel claustro, que fué sepulcro de sus fidelísimos siervos, con muchos milagros, siendo muy memorables entre ellos el de verse por muchos años en el dia 6 de agosto teñido todo el suelo con un color de sangre, que despedia de si un olor suavísimo; cuyo prodigio continuó hasta el tiempo del rey Enrique IV, cómo se acredita por el privilegio de donacion que hizo este piadoso príncipe á aquel ilustre monasterio.

En vista de este y de otros portentos recurrieron los monges de Cardena al papa Pio V, para que se dignase colocar á los santos en el catálogo de los mártires, y autorizar su culto, su oficio y su festividad con la autoridad apostólica. Dió comision el papa á D. Cristóbal de Vela, arzobispo de Burgos, para que procediese á la justificacion del memorable suceso, el que resultó plenamente comprobado por deposicion de cuarenta y dos testigos personas dignas de todo crédito. Suspendióse el progreso de la causa por varios motivos que ocurrieron en Roma, y se recurrió con nuevo ardor en el pontificado del papa Clemente VIII, por medio del Dr. D. Vicente Ferrer, canónigo penitenciario de la santa iglesia de Orihuela, devotísimo de los ilustres mártires; el que habiendo pasado á Roma con motivo de ciertos negocios, consiguió á virtud de sus incesantes súplicas del pa-

pa Clemente, que mandase su Santidad escribir en el Martirologio romano á los mártires de Cardena en el dia 19 de enero del año 1605 en lo que no hubo demora en el cardenal Baronio; pero no satisfecho Ferrer con tan feliz progreso, reiteró sus ruegos para con su Santidad, á fin de que se rezase públicamente en la iglesia el oficio de los dichos mártires. Remitióse esta nueva súplica á la sagrada Congregacion de Ritos; y aprobada en un todo, compuso el mismo Baronio las lecciones propias del segundo nocturno, llevado del singular afecto que concibió para con los insignes mártires. Comunicó tan agradable noticia el abad del monasterio de Cardena al rey Felipe III, y concedió éste una suma crecidísima para que se hiciese una suntuosa capilla sobre el sepulcro de los Santos, en la que se colocaron las venerables reliquias, y en medio de ella una primorosa efígie de San Estéban abad, que fué el jefe de aquella ilustre colonia de defensores de nuestra santa fe, cuyas infalibles verdades testificaron con su sangre.

DIA XIII.

San Hipólito, mártir.

SAN Hipólito, cuya memoria ha sido célebre en España desde los primeros siglos de nuestra era, fué uno de los principales oficiales del emperador Valeriano, á quien encargó la custodia de S. Lorenzo, luego que mandó ponerle en prision por haberse resistido á sacrificar á los ídolos. Tenia Hipólito, aunque gentil, nobilísimos sentimientos, fácil por lo mismo de que en su alma hiciesen impresion las palabras del ilustre mártir, dirigidas á que conociese la verdadera religion. Los muchos milagros que obró el Santo todo el tiempo que estuvo en la cárcel acabaron de perfeccionar la conversion de Hipólito, que desengañado enteramente con las instrucciones de Lorenzo de los necios delirios de las paganas supersticiones, abrazó la fé de Jesucristo con toda su familia; recibió el sacramento del Bautismo, y con él aquel valor y aquella constancia que forman los héroes del cristianismo. deseando ya con vivas ansias ocasion en que dar al mundo públicas pruebas de la firmeza de su fé. No tardó mucho tiempo en acreditarlo así, pues habiendo presenciado el martirio de S. Lorenzo, fue tan eficaz el deseo que concibió su corazon de acompañarle en el triunfo, que á no haber contenido el Santo su generosa resolucion con la prevencion de no ser tiempo, hubiera declarado en aquel acto su heroicidad.

Supo Valeriano que habia dado Hipólito sepultura al venerable cuerpo del ilustre mártir español; y resentido que un oficial suyo hubiese prestado aquel obsequio, mandó arrestarlo, y que le condujesen á su presencia. Reconvinole en ella sobre la criminalidad del hecho, impropio del carácter de los romanos que tributaban culto á los dioses del imperio; y aun se escedió en la dura reprension en tratarle de nigromántico. Negó la impostura Hipólito, pero contestó el oficio de piedad propio de los cristianos, confesando lo era con toda su familia, desengañada de los crasos errores del gentilismo, en que habian estado imbuidos hasta allí, por la ilustracion de S. Lorenzo, á quien protestaba eran deudores de un tan importante conocimiento, interesante nada menos que de la salvacion de sus almas.

No es fácil esplicar la ira que concibió Valeriano al oír tan inesperada satisfaccion; mandó despojarle del hábito militar, hundirle la boca á fuerza de recios golpes de piedra, y añadió, que estendido desnudo en el suelo le azotasen los verdugos como el mas indigno esclavo. Ejecutóse así con la mayor crueldad; pero viendo que á imitacion de su maestro le servia de delicioso recreo aquella clase de castigo, ciego de cólera ordenó que rasgasen sus carnes con garfios de hierro hasta que apareciesen los huesos. Sufrió el insigne mártir con la misma alegría esta inhumanidad que los tormentos antecedentes, dando á conocer á todos los asistentes el lastimoso espectáculo que en él obraba alguna virtud oculta sobrenatural; de suerte que persuadiéndose el tirano no poderle rendir por estos medios, recurrió á otros arbitrios de honor.

Con esta idea, mandó levantar del suelo á Hipólito, y vestirle de nuevo con el hábito militar que usó siendo gentil, y le prometió los primeros empleos del imperio en el caso de que desistiendo de su pertinacia sacrificase á los dioses romanos, como lo habia hecho antes que le pervirtiese Lorenzo. Pero despreciando el ilustre mártir las ventajosas ofertas, le respondió, que todo el honor y toda la gloria á que aspiraba en el mundo no era otra que la de acreditar en él el carácter de un verdadero militar de Jesucristo en defensa de la santa religion, para lograr los premios eternos que tiene prometidos el Señor á los que confiesen su santo nombre á presencia de sus enemigos.

Desesperado el emperador de poder reducir á Hipólito, providenció se le confiscasen todos sus bienes, y que á su presencia degollasen á su familia los verdugos, con el fin de intimidar al ilustre mártir; pero fué tan al contrario, que desentendiéndose de los sentimientos naturales de la carne y sangre, animaba á todos y á cada uno de sus domésticos á que sufriesen con fortaleza y valor aquel momentáneo suplicio, bajo la seguridad de la gloria eterna esperada por los confesores de Jesucristo; cuya heroica accion fué causa para que mas

encendido en cólera Valeriano mandase amarrarle á las colas de unos caballos indómitos, á fin de que le arrastrasen por los campos, logrando en la ejecucion de este bárbaro castigo la apetecida corona del martirio en el 15 de agosto del año 258. Recogido el cuerpo de Hipólito con los de otros mártires de noche por un presbitero, llamado Justo, le dió sepultura en el predio de cierta matrona dicha Ciríaca, en el campo Verano, donde los fieles le tributaron el honor y veneracion correspondiente.

DIA XIII.

Santa Centola y Elena, mártires.

ADMIRABLE Dios en sus Santos, quiso manifestarse así en Centola una de las ilustres vírgenes que florecieron en España en los primeros siglos de la Iglesia, haciendo que desmintiese el vicio de su origen con sus piadosas inclinaciones. Nació Centola, segun nos dicen varios escritores, en la ciudad de Toledo de padres distinguidísimos, pero con la desgracia de ser infieles, entre los cuales brilló como la rosa hermosa entre las punzantes espinas. Habíala dotado Dios con un entendimiento sólido, y con una comprension demasíadamente penetrativa para vivir satisfecha de las ridiculeces del gentilismo; pero aunque el entendimiento guiado de lo que dicta la razon natural, bastaba para descubrir los enormes absurdos de la idolatría, con todo como la conversion del corazon humano es obra de la divina gracia, comenzó ésta á iluminar insensiblemente el espíritu de Centola, y á correr el velo de la ridiculez de aquellas divinidades quiméricas que engañaban miserablemente al pueblo: conoció al resplandor de esta divina luz la verdad y la santidad de la Religion cristiana, y la abrazó con firme resolucion de no separarse de ella aunque fuese necesario perder la vida.

Advirtió el padre de Centola por la justificacion de su conducta, que seguía distinta religion que la que él profesaba, y sintiendo este rumbo enteramente opuesto al que todos sus ascendientes habian tenido, formó el mas obstinado empeño en que practicase todas las supersticiones paganas. Resistióse la ilustre vírgen á los fuertes combates de su padre, sin que las caricias, los halagos, ni las mas terribles amenazas pudiesen separarla de Jesucristo, cuyo amor se habia apoderado de su corazon enteramente; pero como era tan cruel y tan continua la persecucion del padre, determinó ausentarse de su patria, pa-

ra huir de un enemigo doméstico que apenas la dejaba respirar. Salió de Toledo con el mayor secreto, dejándose conducir de la divina providencia que la guiaba, y llegó á un pueblo de la provincia de Cantabria, llamado antiguamente Soris, y hoy Sierro, perteneciente al arzobispado de Burgos, donde se hospedó en casa de una noble señora llamada Elena, cristiana de profesion. Recibió ésta á Centola con aquella caridad que se hospedaban recíprocamente los primitivos fieles, y comunicándose ambas sus piadosos sentimientos, unidas con el mas estrecho vínculo de una verdadera amistad, se ocupaban en santas obras, siendo el ejemplo de todo el pueblo por la justificacion de sus costumbres.

Movieron por entonces los emperadores Diocleciano y Maximiano aquella tan cruel persecucion que padeció la Iglesia bajo el dominio de estos supersticiosos príncipes, persuadidos á que la subsistencia de su imperio dependia en destruir la religion del Crucificado; á cuyo fin enviaron ministros verdaderamente impios por todas las provincias del imperio romano. Cupo á la de Cantabria por gobernador uno de aquellos bárbaros, á quien dan algunos el nombre de Eglisio, encaprichado como el que mas en sostener á toda costa las supersticiones idólatras, para lo cual no habia tormento alguno de los que usaba la ciega gentilidad, de que no se valiese, á fin de obligar á los cristianos á que sacrificasen á sus dioses. Supo éste que Centola, no contenta con profesar la religion de Jesucristo, convertia á no pocos infieles con sus zelosas y con sus sabias instrucciones, desengañándolos de los crasos errores en que vivian sumergidos, tributando el culto debido al Criador á unas estatuas vanas bajo el velo de deidades quiméricas; y como el encargo principal de su oficio era proceder contra los cristianos, hizo traer á su tribunal á la ilustre vírgen, la que presentándose con un semblante majestuoso, y con una modestia verdaderamente cristiana, no pudo menos de causar respeto al gobernador. Quiso éste obligarla con ventajosos prometimientos y con espantosas conminaciones á que sacrificase á los dioses romanos; pero el horror que causó á Centola la impiedad á que solicitaba precisarla, y la heroica constancia con que se negó á cometerla, redobló la furia y la crueldad del tirano en términos, que dió orden á los verdugos para que empleasen en la insigne vírgen los tormentos mas crueles, á fin de vengar el desprecio hecho á los dioses.

Tendieron á Centola sobre la catasta ó potro, y comenzaron á tirarle los pies y las manos, jugando el artificio de aquella horrible máquina con tal violencia, que luego se oyó el ruido y se percibió la dislocacion de todos los miembros; mas viendo el tirano que no se inmutaba la fuerte heroína en aquel tormento, mandó que desgarrasen sus virginales carnes con garfios de hierro, lo que se ejecutó de un

modo tan cruel, que se le descubrieron los huesos. Esperaba el gobernador que lanzase Centola por lo menos algun suspiro, ó que dejase correr algunas lágrimas; pero queriendo Dios dar á entender á los hombres que endulza las penas de los que padecen por su amor, hizo que estuviese su fidelísima sierva con una admirable tranquilidad en medio de tan vivísimos dolores, de forma que asombró al tirano, y mas cuando la oyó burlarse de la crueldad de los verdugos, y aun desafiario á que inventase mayores penalidades; en vista de lo cual mandó cortar los pechos á Centola, y como las heridas dejándolas enfriar causan mayores dolores, dispuso que sin aplicarla medicina alguna la llevasen á la cárcel, creyendo que segun la abundancia de sangre que derramaba, serian muy cortos los instantes de su vida.

Concurrieron á la cárcel algunas matronas del pueblo condolidas de la desgracia de la ilustre vírgen, y como estaban preocupadas con las falsas ideas del paganismo, intentaron persuadirla que cediese á la voluntad del gobernador, para libertarse de sus iras. Conoció Centola la raiz de donde nacia semejantes consejos, y las dió á entender que si conocieran los grandes premios con que remunera Dios los tormentos que por su amor sufren los mártires, no la tendrían compasion, sino una suma envidia de la eterna felicidad que esperaba; de la que estaban privados los idólatras, venerando por dioses á unos simulacros vanos, hechuras de las manos de los hombres, incapaces por lo mismo de tener divinidad. Supo el tirano la generosa firmeza con que alababa en la cárcel Centola á su Señor Jesucristo, al paso que despreciaba las deidades quiméricas á quienes tributaban culto los paganos; y queriendo contener sus espresiones, dió orden para que la cortasen la lengua; pero aquel Señor por quien padecía, hizo que hablase sin tan preciso instrumento por una de aquellas portentosas maravillas de su infinito poder.

Vino Elena á visitar á su amada Centola, alabó su constancia, elogió su paciencia, y la exhortó á que permaneciese en su gloriosa empresa, y profetizándola la ilustre vírgen que tambien ella seria participante de la misma dicha, la contestó: «Yo espero consumir el sacrificio con una eterna felicidad; ojalá el Señor te conceda valor, para que no desmayes en la prueba de su fé.» Cumpliose luego el vaticinio de la Santa, pues sabiendo el tirano que Elena profesaba la misma religion que Centola, mandó detenerla en la prision, de lo que se alegró la noble señora, deseosa de acompañar á su amiga en la muerte, como lo habia hecho en vida. Quiso en fin el gobernador hacer la última prueba con ambas heroínas, y temiendo que á vista de su valor no se redujesen al conocimiento de la verdad muchos paganos, como ya comenzaban á manifestarlo, las mandó degollar ambas juntas en el día 15 de agosto por los años 504, que fue el de su glorioso

martirio. No convienen los escritores sobre el lugar donde se ejecutó la sentencia; pero es lo cierto, que fue en el territorio de Burgos no lejos de aquella ciudad. Despues que cesó el furor de la persecucion, erigieron los fieles en lo alto de una sierra elevada, que baña por oriente el rio Ebro, una pequeña iglesia dedicada á estas santas mártires, y cada año concurre allí mucha gente en procesion á invocar su poderosa intercesion.

El obispo de Burgos D. Gonzalo de Hinojosa, que floreció á principios del siglo XIV, dice que los obispos de Astorga y de Leon luego que supieron el caso, se apresuraron á redimir los cuerpos de las santas mártires por trescientas libras de oro, y los colocaron despues en la dicha iglesia. Añade tambien que las Santas padecieron en viernes día 4 de agosto; lo cual fué puntualmente así el año 504. Fué este obispo D. Gonzalo muy devoto de las reliquias de los santos: teniendo pues en su diócesis los cuerpos de estas Santas, con deseo de que se les diese mayor culto, resolvió trasladarlos del lugar separado donde estaban á la iglesia catedral. Cumplióse este deseo del prelado con acuerdo del cabildo, siendo colocadas las sagradas reliquias en el altar mayor, desde cuyo tiempo se les hace fiesta con oficio doble y procesion. Hizose esta traslacion reinando Alfonso XI en el año 1317, siendo papa Juan XXII. Dicen que para consuelo de los pueblos vecinos dejó aquel obispo en la ermita de Sierro las cabezas de las santas mártires.

DIA XIV.

La conmemoracion de San Aecio.

EN este dia se celebra en Barcelona Capital del Principado de Cataluña la memoria de San Aecio, de quien no nos consta su patria, padres, ni primera educacion, porque nos robó el tiempo los documentos justificativos de sus gloriosos hechos; pero se sabe por una constante tradicion, que fué uno de los primeros Obispos de aquella cátedra, sucesor de San Victor: de cuya elevacion se infiere la pureza de su fé, y la justificacion de su conducta, bajo el supuesto de que en los primeros siglos de la iglesia solo se promovian á tan alto ministerio los varones que fuesen verdaderamente dignos del carácter episcopal; lo que sin la menor duda acreditó Aecio en todas sus funciones pastorales, dando la última prueba confirmatoria en la heroica accion de haber sacrificado su vida por defensa de la fé. No nos consta el tiempo fijo de su martirio, el que señalan algunos en la

época del Emperador Claudio primero de este nombre, porque aunque este príncipe no movió de propósito persecucion alguna contra la Iglesia, con todo dieron muerte en su tiempo los Paganos á muchos cristianos, llevados del ódio, y de la oposicion con que miraban á todos los profesores de la religion del crucificado, como llamaban á Jesucristo los Paganos por desprecio.

DIA XVI.

Santa Eufemia virgen y mártir.

LA santa iglesia de Orense hace hoy fiesta á Sta. Eufemia, virgen y mártir, cuyas reliquias consta hallarse en aquella ciudad desde mediados del siglo XII. La injuria del tiempo robó á la posteridad las actas de Sta. Eufemia, con las de otros muchos héroes que han florecido en España, aunque sabemos por testimonios de una venerable antigüedad comprobados con la tradicion de la invencion de su venerable cuerpo, y de su traslacion á la santa iglesia de Orense. Cuardaba cierta pastorella unas ovejuelas en los confines de Galicia y Portugal; vió que de la tierra salia una mano que tenia un anillo de oro; quitóselo la inocente y quedó repentinamente muda. Llevólo á sus padres, los cuales por las señas de la hija entendieron que lo habia hallado en el campo. Siguiéronla, y encontraron la mano, y le restituyeron el anillo, y su hija al punto recobró el habla. Al mismo tiempo oyeron una voz que decia: Aquí está el cuerpo de Sta. Eufemia; procurad que lo saquen y lo depositen honoríficamente en el templo de Sta. Marina; y así se hizo. Este templo era una pequeña iglesia ó ermita que habia en la misma raya que divide de Portugal á Galicia, entre los rios Limia y Caldo. Fijase el hallazgo en el año 1090; y como unos setenta años estuvo en el templo de Sta. Marina el sagrado cuerpo.

Intentóse varias veces trasladar el venerable cuerpo de Sta. Eufemia á diferentes iglesias; pero fueron en vano todas cuantas diligencias se hicieron para este efecto, hasta que lo consiguió D. Pedro Seguino, obispo de Orense, habiendo alcanzado de Dios este favor á virtud de sus fervorosas súplicas. Quiso impedirlo el arzobispo de Braga alegando pertenecerle, cuyo derecho esponia el de Orense; pero para imponer fin á la disputa se convinieron ambos prelados, que se pusiese el cuerpo de la Santa sobre un carro tirado de bueyes sin domar, para que fuese llevado adonde los guiasse la providencia. To-

maron éstos el camino para Orense, encaminándose á un pueblo llamado *Mediana*, donde un energúmeno que tocó el féretro con fe, quedó sano. Desde este lugar pasaron á las cercanías de Orense, y pararon en un sitio cerca de la ciudad, donde por entonces se puso una cruz de piedra con la efigie de la Santa con unos caracteres espresivos del suceso: de allí se trasladaron procesionalmente las venerables reliquias á la iglesia catedral y las colocaron debajo del altar mayor.

Por los años de 1160, el rey D. Fernando II de Leon, por intercesion de la santa virgen y del patrono S. Martin, sanó de una grave enfermedad, con cuyo motivo concedió al obispo D. Pedro el monasterio de *Siapal*, y á Sta. Eufemia la iglesia de Santiago de las Caldas. El obispo D. Alfonso II, sucesor de D. Pedro, escribió un libro de los milagros que obraba Dios por intercesion de su sierva, y trasladó su cuerpo á un nicho de una capilla colateral del lado de la Epistola. El año 1720 fueron colocadas las reliquias en los altares nuevos que se edificaron en la capilla mayor. El anillo se guardaba en la sacristia, y lo llevaban á los enfermos, y sanaban muchos tocándolo. Tambien se guarda la sábana en que estuvieron envueltas las sagradas reliquias, y sirve tambien de consuelo á los enfermos.

DIA XVIII.

Los santos mártires de Córdoba y de Sahagun.

HABIENDO llegado á lo sumo el odio del cruelísimo Mahomad rey de Córdoba contra la religion cristiana, los monges que florecian en aquella ciudad y su comarca en el siglo IX, huyendo del furor de la persecucion, fueron poco á poco desamparando sus monasterios. El célebre monasterio Tabanense fundado por la santa familia del mártir Jeremías y su mujer Isabel, fué del todo asolado. El de Cuteclara, el de S. Martin, el de S. Felix, el de S. Salvador, el de S. Zoilo, el de S. Justo y Pastor, el de S. Ginés y el de S. Cristóbal fueron poco á poco des poblándose, y sus monges se refugiaron á varias provincias católicas exentas de aquella tiranía. Unos eligieron el monasterio de Samos, siendo su abad Ofilon el año 862. Otros fundaron el de San Miguel de Escalada el año 873. El abad Alonso con sus monges en el año 874 reedificaron el monasterio de Sahagun. El abad Juan con sus monges poblaron el de San Martin de Castañeda año de 952. El abad Teodomiro y otros monges fundaron el de San Zoilo en Carrion el año 1060,

Los trabajos particulares que tuvieron que sufrir de los moros los monasterios de Córdoba no se saben con toda distincion. Mas por lo que acaeció en el de San Cristóbal que estaba junto á la ciudad á la orilla del Betis, podemos rastrear la causa porque los otros monges huyeron. Vivía en él el abad Alonso con sus súbditos, varones todos de esclarecida piedad y entregados á Dios. Estando ausente el abad con algunos monges fueron allá los moros, y con gran furia dieron muerte á los que allí encontraron. Tras esto asolaron al monasterio no dejando en todo él piedra sobre piedra. El abad luego que supo esta malanza y desolacion, envidiaba la dichosa suerte de sus buenos súbditos, y lloraba los pecados que creia le habian hecho indigno de aquella corona.

Sucedió esta ruina el año 874. El abad y los monges que se salvaron de ella, determinaron retirarse á los dominios del rey D. Alonso el III. Recibiólos este principe con benignidad, y les dió el monasterio de Sahagun dedicado á los santos mártires Facundo y Primitivo, que estaba entonces asolado. Al abad eligió despues para ayo y director de su hijo D. Garcia, cuya confianza desempeñó cumplidamente. Este oficio servia el abad en la corte del rey, cuando el año 885 Almundar, hijo del rey Mahomad, á la cabeza de un grande ejército de su gente entró por los dominios del rey D. Alonso. Iba este bárbaro asolando las ciudades y las provincias como azote de Dios enviado para castigo de nuestro reino. En el monasterio de Sahagun hizo alarde de su furor y del odio que tenia entrañado contra el nombre de Cristo. Asoló el edificio, y á los monges asesinó con gran crueldad, entregándose ellos de su voluntad á la muerte. Solo el abad Alonso quedó vivo para llorar su desgracia.

DIA XIX.

San Magin, mártir.

DE S. Magin, uno de los ilustres mártires de Jesucristo, no nos consta cosa cierta de su patria, de sus padres, ni de su primera educacion, porque la injuria del tiempo privó á la posteridad los monumentos justificativos de estas noticias; con todo la grande reputacion que ya tenia á fines del siglo III y principios del IV, es un testimonio auténtico de la santidad en que pasó los primeros años de su vida. Sabemos solamente que teniendo el cetro del romano imperio Maximiano, vinieron á un mismo tiempo tres ermitaños hermanos y

siervos de Jesucristo á las montañas de Brufagaña, que están en el principado de Cataluña. Uno de estos fué el bienaventurado S. Magin, el cual se quedó en una cueva situada en el territorio de la parroquia de Rocamora, donde vivió muchos años entregado á la penitencia, á la oracion, y á la contemplacion de las grandezas divinas; pero no satisfecho su fervoroso zelo con los ejercicios eremiticos, predicaba la fé á los gentiles que vivían en las inmediaciones, desengañándoles con la luz del Evangelio de los crasos errores de la idolatría; y como confirmaba su celestial doctrina con estupendos prodigios, no pudiendo resistirse los paganos al conocimiento de la verdad, se convirtieron muchos á Jesucristo.

Supo el gobernador de la provincia de Tarragona (cuyo nombre no nos dicen los escritores) los procedimientos de Magin diametralmente contrarios á las leyes de los emperadores romanos, dirigidos á extinguir si pudiesen el nombre y la religion de Jesucristo, y queriendo castigarlos, hizole buscar con gran diligencia, y habiéndole hallado y atado con cadenas, mandó que fuese llevado á Tarragona y presentado delante de él. Luego que le tuvo en su presencia, comenzó á reprehenderlo severamente, diciéndole: *¿Eres tú sacrilego que predicas á Jesus Nazareno, y menosprecias á los príncipes del mundo? deja de pervertir á las gentes, y sacrificas á nuestros dioses, pues de lo contrario padecerás esquisitos tormentos.* No acobardó á Magin la conminacion del tirano, antes bien revestido con aquel valor y con aquella fortaleza que son propios de los héroes del cristianismo, le hizo ver que la religion que predicaba era la verdadera, por la que desengañaba á los gentiles sumergidos en las miserables sombras de la muerte, tribulando culto y ofreciendo horrendos sacrificios á los demonios bajo el velo de quiméricas deidades; y ofendido el gobernador de una respuesta tan generosa, mandó ponerlo en la cárcel cargado de prisiones y que fuese atormentado con hambre, mientras tomaba providencias para castigar mas severamente la desobediencia de Magin.

En este estado quiso Dios acreditar la virtud de su fidelísimo siervo, y para demostrarlo, dispuso que se apoderase el demonio de la hija del gobernador, atormentándola furiosamente. Apeló éste á los sacerdotes idólatras para que hiciesen oraciones y sacrificios á los dioses, á fin de que libertasen á su amada hija de la tirania del espíritu maligno; pero confesó éste que no dejaria de atormentarla, si no le espelia Magin, que se hallaba en la cárcel. Vióse el tirano en la indispensable precision de rogar al Santo que se condoliese de su hija; y olvidándose éste de las injurias que padecia, lanzó al demonio en el nombre de Jesucristo, para que el gobernador viese el soberano poder de aquel Señor que aborrecia.

Parecia regular que á vista de este prodigio cesase el gobernador de molestar á Magin, agradecido del beneficio que acababa de recibir; pero preponderando en su obstinado corazon el cumplimiento de los injustos decretos de sus principales al conocimiento de la verdad, y no obstante los ruegos de su hija, mandó ponerle en una cárcel mas penosa que la primera, y molestarle con cadenas, grillos, hambre, frio, y amenazándole de ponerle en cuestion de tormentos en caso de resistirse á idolatrar. Entró el Santo en la cárcel lleno de gozo, porque se acercaba el tiempo de ofrecer á Dios su vida en sacrificio; pero repitiendo el Señor el mismo prodigio que obró en otro tiempo con el Principe de los Apóstoles, libró á su siervo de las prisiones con que le amarraron, y abiertas las puertas de la cárcel, se volvió á su amada cueva sin que nadie lo impidiese. Supo el gobernador la ausencia de Magin, y como sus deseos no eran otros que vengar la inobediencia á las leyes de los príncipes del mundo, despachó inmediatamente á sus ministros con orden de darle muerte donde quiera que lo encontrasen. Partieron estos en su busca llenos de furor, y hallándolo en fervorosa oracion en su cueva, acometiéndole como perros rabiosos, le dieron terribles golpes, y lo arrastraron por las piedras y por las zarzas de aquel desierto, hasta dejarlo casi sin vida. Estaban los perseguidores muy fatigados de los trabajos; y teniendo sed, como si sus obras hubiesen sido meritorias para con el Santo, le pidieron, que supuesto hacia tantos portentos, les socorriese con el beneficio del agua que necesitaban, que ellos le dejarían luego ir libremente donde quisiese. Portóse Magin como verdadero discípulo de Jesucristo, y olvidándose de las injurias de sus enemigos, tocó con su báculo en la tierra, é hizo que brotase una fuente cristalina, que permanece hasta hoy. Bebieron de ella los ministros, y se durmieron. Deseando el Santo la palma del martirio, volvió á su cueva á rogar al Señor que se dignase aceptar el sacrificio de su vida. Aun no habia acabado su oracion, cuando aquellos ministros de Satánás, olvidados del beneficio recibido, fueron á la cueva, y echando mano del Santo, le llevaron arrastrando hasta el lugar donde hoy está la capilla del Santo, y allí le degollaron en el dia 26 de agosto á principios del siglo IV, siguiendo la computacion mas arreglada. Segun el testimonio de los vecinos y moradores de la tierra, en los lugares donde cayeron las gotas de sangre, que salió del cuerpo del mártir, nacieron rosales cuyas rosas tenían en sus hojas una ó dos manchas de color de sangre. Pero ó por negligencia de los moradores, ó porque el ganado se las come, ó lo mas cierto, por los pecados de los cristianos; ha faltado ya esta maravilla, como leemos de otras muchas que han faltado por la misma causa de otros Santos. S. Gerónimo dá testimonio en su calendario de este inclito mártir, haciendo allí mención de

él. También lo dá la canonizacion del mismo Santo. La cual un secretario de Alejandro VI, llamado Sagarra, la halló escrita en el catálogo de los Santos, en los términos siguientes: *Magini martyris in Hispania in montib. Brufaganie pro Christi passi*; cuya traduccion puede leerse: Canonizacion de S. Magin mártir, el cual fué muerto en España en las montañas de Brufagaña por amor de Jesucristo. Esta escritura la envió el citado secretario á la villa de Sta. Coloma de Queralt, de donde él era natural. Dieron sepultura los fieles al venerable cadáver del ilustre mártir, con la cautela que permitia aquella desgraciada época, en el mismo lugar que fué decapitado, sobre el cual luego que cesó el furor de la persecucion, erigieron en honor suyo un oratorio ó capilla, que, como se ha dicho, está en el territorio de la parroquia de Rocamora del arzobispado de Tarragona, en la que existe su cuerpo bajo del altar mayor.

No se ha servido Dios, que veamos sus reliquias, pues un pavorde de Tarragona visitando su iglesia y deseando que su santo cuerpo fuese debidamente venerado, dispuso que fuese buscado con diligencia. Empezose la escavacion, y llegando á la piedra donde está sepultado su sagrado cuerpo, quedaron luego las manos de los trabajadores paráliticas é inútiles. Espantáronse todos los circunstantes, y todos juntos rogaron devolamente á nuestro Señor, que por los méritos del glorioso mártir volviese á aquellos la salud. Y fue de tal eficacia esta oracion que instantáneamente la cobraron, y luego volvieron la tierra movida á su lugar, pero quedando un olor maravilloso.

Innumerables son los milagros que el Señor se ha dignado obrar por la intercesion de su fidelísimo siervo, así en la espresada capilla como en la gloriosa cueva que fué el teatro de su portentosa vida, dando vista á los ciegos, el oído á los sordos y curando de calenturas, pestilencia y otras enfermedades, que fuera prolijo referir aun limitándonos á los muy principales. Pero no se puede dejar de referir el milagro que hizo en su martirio, el cual fue que despues de haberlo degollado, quisieron los gentiles beber otra vez de la fuente milagrosa, y el agua perdió su sabor y fué convertida en amargura, y hecha inútil para cocinar, aunque por los méritos del Santo el Señor le dió despues virtud para curar de diversas y varias enfermedades, conforme lo han experimentado frecuentemente los devotos.

En la dicha capilla del Santo, se edificó un famoso monasterio del orden de PP. Predicadores, al cual acuden en romeria todos los pueblos vecinos tal dia como hoy. Ignoramos la suerte que á dicho santuario le habrá cabido á consecuencia de las vicisitudes políticas de los últimos años.

DÍA XIX.

San Mariano, confesor y ermitaño.

DEL origen, nacimiento y primeras acciones del bienaventurado ermitaño S. Mariano, nada se sabe á punto fijo; solo sí que vivió en el territorio de Bourges, antigua ciudad de Francia, durante el siglo VI. Pero aunque se ignore quienes fueron los padres de este siervo de Dios, atendida su portentosa vida, debe colegirse que fueron sugetos verdaderamente cristianos y de una conducta religiosa. Consta sin embargo que fué rico y de ilustre cuna, circunstancias que realzan los obstáculos que tuvo que vencer para dar de mano á las tentaciones del mundo. En efecto, en el mayor auge se veia nuestro Santo de juventud y riquezas, cuando movido de Dios oyó resonar en su corazón aquellas palabras del Evangelio: «Quien no renuncia todo cuanto posee, y me sigue, no puede ser discípulo mio;» y en otra parte: «Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo á los pobres:» forma pues el proyecto de hacerse pobre y al mismo tiempo de elegir la vida mas humilde y penitente; y sin dar oídos á cuanto le sugerian las delicias mundanas, vende cuanto tiene, lo distribuye á los pobres, y se prepara para una vida de humillaciones y de asperezas. Luego sale en secreto de su casa, dirige sus pasos á un desierto del mismo territorio de Bourges, y hallando en él una cueva, la elige inspirado del cielo para su habitacion.

Allí fue Mariano un ejemplar modelo de un penitente anacoreta, castigando con los mayores rigores su cuerpo, y mortificando con ayunos, abstinencias y vigiliass unos miembros que no habia entregado á la iniquidad. Algunos autores creen que nuestro Santo fué abad de un monasterio de monges, pero la historia escrita por S. Gregorio Turo-nense, ni aun le dá el nombre de monge, sino es el de ermitaño penitente, viviendo solo en una cueva y siendo la admiracion de los pueblos circunvecinos. Sobre la rígida penitencia que practicó en aquel sitio, resplandeció en él el espíritu de la humildad mas profunda, hasta tal punto, que fué visto varias veces, siempre que tenia que beber, andar de rodillas desde su celdilla hasta el rio, beber en la misma postura de humillacion y penitencia, y volverse así á su retiro. Y el mismo espíritu de humildad le hizo triunfar tambien de los honores que querian tributarle, de suerte que cuando conocia que por sola curiosidad ó por su alabanza le iban á hablar algunos, despues que fué descubierto, se hacia invisible á ellos.

Su oracion era continua y fervorosa, donde continuamente era arrebatao; y la principal ocupacion suya era llorar amargamente por los pecados del mundo, suplicando á Dios por la conversion de los trasgresores de su santa ley. En esto emplearon siempre los justos sus lágrimas y sus súplicas. Pero al mismo tiempo que Dios inspiraba á Mariano el deseo de la conversion de las gentes, movia tambien á estas á buscarle para su instruccion y enseñanza. Así es que continuamente concurrían á su ermita innumerables personas, poblando aquella soledad, y dejando desiertos los poblados. ¿Quién podrá explicar el fruto que se esperimentó en breve de la conversacion y trato que tuvieron con aquel santo ermitaño? Sus palabras, aunque humildes, estaban todas inflamadas en el divino amor del zelo de la salvacion de todos, y del deseo del arrepentimiento de los mayores pecadores. Dios ayudaba á su predicacion con indecibles maravillas, y como hizo con los santos Apóstoles, le comunicó el don de los milagros, para que por medio de curaciones de enfermos y socorros de otras necesidades, acudiesen con frecuencia á visitarle y fueran mas susceptibles de su doctrina.

Llegó finalmente el dia en que nuestro Santo debia recibir el galardón que Dios tiene ofrecido á los justos en premio de sus trabajos. El Turonense describió la muerte de S. Mariano de esta manera.

Un dia que como otros fueron á visitarle en su ermita mucha gente piadosa á oír aquellas palabras de vida eterna que salian de la boca del santo anacoreta, no hallándole en su cueva, siguieron sus huellas, y le encontraron muerto debajo de un manzano. Algunos aseguran que le hallaron de rodillas como en actitud de contemplacion; pero la opinion mas comun, segun el dicho padre S. Gregorio, era que habiendo subido á aquel árbol á coger su fruto, único del cual se alimentaba, y cayendo en tierra, entregó su alma en manos de su Criador. La circunstancia de hallarse muerto al pié de un manzano, aunque pareció casual, no deja de ser misteriosa. Bajo un árbol de esta especie misma cayó nuestra madre Eva, y murió espiritualmente ella y toda su triste descendencia; pero en otro árbol recibimos nosotros nuestra resurreccion y nuestra vida. Ya lo dió á entender el Esposo de los Cánticos, cuando hablando con la Iglesia ó nuestra alma, con el nombre de Esposa suya, le dijo: *Debajo de un árbol te resucité, Esposa, porque debajo de otro llamado manzano fué donde tu primera madre fué violada y corrompida.* En efecto, Jesucristo nuestro Salvador eligió el árbol de la cruz para que con el precioso fruto que con él estuvo pendiente pudiera el mundo resarcir su pérdida, y reparar la ruina que esperimentó en el paraíso por el maldito fruto del árbol prohibido. Así aunque el manzano lo deparó el Señor para que S. Mariano hallase en él la muerte temporal, en el mismo quiso que hallase

su vida eterna por los méritos de Jesucristo, y por el fruto inestimable del sagrado árbol de la vida.

No estuvo el Santo mucho tiempo postrado en el suelo: el mismo que dijo por David que al paso que abatiria á los orgullosos, elevaria á sus justos humildes, y levantaria del polvo á los pobrecitos justos; ese mismo inspiró á los que al tiempo que le buscaban para rendirle sus respetos le habian encontrado muerto, á que levantasen el cadáver y le diesen honrosa sepultura. Así lo hicieron, mezclando las lágrimas del dolor en su pérdida, con las del júbilo, considerándole coronado ya de honor y de gloria, y como amigo de Dios en su corte, mas apto para ser su protector y su padre. Le llevaron á Vannes, y colocado en su iglesia veneráronle desde entonces como á santo; culto que le tributaron por permiso de los prelados, y mucho mas por divina inspiracion, confirmando el Señor con indecibles maravillas. Pasados setecientos años despues de la muerte del santo ermitaño Mariano, por disposicion del obispo de Limoges fueron sacadas las sagradas reliquias de una pared que habia sido su primera sepultura, y trasladadas procesionalmente en una preciosa urna de plata á su altar ricamente adornado, para que los fieles disfrutasen de su vista, y conociesen cuan honrados son los amigos del Señor. Luego por todas partes erigiéronse altares á su honor, hiciéronse efigies suyas, y cada cual procuraba tener ó reliquia de su santo cuerpo, ó estampa que le representase; y todos, á medida de su devocion, conocieron que Dios honraba á este santo confesor, obrando por su medio repetidos milagros á favor de los que dignamente le veneraban, y en castigo de los incrédulos que virtuperaban su nombre.

Desde Francia vino á España la devocion de los fieles y culto de las sagradas reliquias ó imágenes de S. Mariano, progresando cada dia en este reino los obsequios que se le dedican, porque tambien participa de su poderosa intercesion y favores. Por concesion del papa Pio VII se celebra anualmente su fiesta tal dia como hoy, con misa propia; habiendo concedido ademas en breve de 9 de abril de 1816 una indulgencia plenaria visitando la capilla del Santo desde las primeras visperas de su festividad hasta ponerse el sol de este dia. A imitacion del soberano pontífice, varios obispos y prelados concedieron tambien un sin número de indulgencias; indicando así con sus santas concesiones el deseo que les animaba de propagar la veneracion y culto de tan glorioso Santo. (*Estrac. de la vida escrita por el P. Echeverria.*)

DIA XX.

San Cristoval, y Leovigildo mártires.

Los gloriosos triunfos que consiguieron de los enemigos de la fé S. Aurelio, Feliz, Jorge, Sabigoto, y Liliosa en el dia 27 de Julio del año 852, al paso que pusieron en la mayor consternacion á los moros de Córdoba, infundieron una santa emulacion en los cristianos, para que imitasen á aquellos héroes que dieron tanto honor á la religion: entre cuyos esforzados militares de Jesucristo fue uno S. Cristoval natural de la misma Ciudad, descendiente de las ilustres familias que ennoblecieron á Córdoba. Educóse desde sus primeros años bajo la enseñanza de S. Eulogio, y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, y de una propension como natural hácia lo bueno, hizo en muy breve tiempo ventajosimos progresos asi en las ciencias como en las virtudes con el auxilio de su santo y sabio maestro; y como juntaba Cristoval con la pureza de sus costumbres una solidez de entendimiento, descubrió los lazos que el mundo pudiera armar á su inocencia: hicieron poca impresion en su corazon los atractivos de una brillante fortuna: inspiróle su virtud dictámenes mas conformes á la religion que profesaba, y aunque jóven, y en medio de una corte infiel, considerando los grandes peligros á que estaba espuesto quedándose en el siglo, resolvió buscar asilo á su inocencia en algun claustro religioso. Puso los ojos en el de S. Martin sito en las montañas de Córdoba, abrazó en él el estado monástico, y soltando las riendas á su fervor, fue dentro de breve tiempo la admiracion de los mas ancianos religiosos por su fervor, por su mortificacion, y por la exactitud en la observancia regular.

Supo el martirio de S. Aurelio, y el de sus ilustres compañeros, y encendido en vivisimos deseos de lograr la dicha que consiguieron aquellos, bajó á Cordoba, y presentándose al juez Agareno, hizo una confesion pública de su fé, declamando á un mismo tiempo contra el falso profeta Mahoma. Y no satisfecho con una accion tan generosa, exhortó á los moros á que recibiesen la luz del Evangelio, bajo el seguro que seguir con las ridiculas patrañas de su Alcoran, era indispensable que pereciesen eternamente en el infierno con su fanático Legislador. Estimó el Juez el hecho de Cristoval por uno de los mas enormes atentados, y queriendo castigar su osadia, mandó ponerlo en una oscura mazmorra cargado de cadenas.

Puesto en la cárcel Cristoval, dió igual ejemplo de valor cristiano ante el mismo juez otro monge de avanzada edad llamado Leovigildo, natural de la antigua ciudad de Iliveri, por la que hoy se entiende Granada, el que vino á Córdoba con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor en el célebre monasterio de S. Justo y Pastor que estaba en lo mas aspero de las montañas de aquella ciudad, del que no nos resta memoria alguna, á pesar de la escrupulosidad con que señaló su disposicion S. Eulogio, robándonos la injuria del tiempo todos los indicios que á lo menos pudieran representar las ruinas de aquellos Santuarios, donde se tributaron á Dios los mas solemnes cultos en medio de sus enemigos, cuyo furor no perdonó ni aun á las piedras, para que ni aun en ellas resucitasen las memorias, que procuraban dejar en un olvido perpetuo.

Vivió Leovigildo muchos años en aquella ilustre casa, siendo un modelo acabado de la perfeccion religiosa por la justificacion de su conducta, tanto mas digna de elogio, cuanto estaba fundada sobre el sólido principio de una profunda humildad, la que era tan grande que ni aun sus buenos deseos aprobaba sin consultarlos con las personas mas sabias, y mas virtuosas; como lo acreditó en los que tuvo de ofrecer á Dios su vida en sacrificio, fiándole al exámen de S. Eulogio, que era el oráculo, la columna, y el piloto que gobernaba la iglesia de Córdoba, agitada en aquellas calamitosas edades con las mas furiosas olas de la persecucion.

Obtuvo la aprobacion de tan clásico Maestro, y con su bendicion se presentó al Juez Arabe, y comenzó en su presencia á predicar las infalibles verdades de nuestra santa fé, al paso que abominó los delirios y los embustes que escribió el fanático Mahoma en su ley. No pudieron los moros sufrir por mucho tiempo los desprecios que hacia Leovigildo de su Profeta, y no contentos con haber descargado sobre él un sin número de golpes, y de bofetadas, lo llevaron de orden del Juez á la cárcel, donde le amarraron con pesadissimas cadenas.

Viéronse en la prision Cristoval y Leovigildo, diéronse el parabien de la dicha que esperaban, y considerándose desde aquel momento como soldados de Jesucristo que iban á pelear con sus enemigos, procuraron armarse con las armas de la oracion, del ayuno, y de la penitencia; avivándose en ambos el deseo de padecer por amor del Señor con las continuas conversaciones, que tenian sobre la perpetuidad de los bienes eternos. Pronunció en fin el juez la sentencia de muerte contra los dos ilustres confesores, y recibieron la notificacion con una alegria extraordinaria, viendo que se acercaba el tiempo de su feliz carrera. Sacáronlos para el lugar del suplicio, y cuando se preparaba el verdugo para descargar el golpe del alfange, se suscitó entre los dos Héroes una humilde competencia, sobre ceder el uno á el

otro la primacia para el sacrificio, graduando los instantes que se adelantaba esta dicha como premio digno entre los que aspiran á la gloria del martirio. Venció en fin Cristoval, prefiriendo á Leovigildo como mayor en años y en merecimientos, segun su concepto, y manteniéndose ambos sin la menor turbacion en un lance que basta los ejecutores se inmutan, fueron decapitados en el dia 20 de Agosto del año 852. No satisfechos los moros con el injusto castigo, arrojaron los venerables cadáveres á una hoguera encendida, para que reducidos á cenizas no pudieran los cristianos tributarle la veneracion que acostumbraban á los santos mártires; pero extrayendo los fieles con exquisita diligencia parte de los cuerpos ántes que el fuego les consumiese, les dieron sepultura en la Iglesia de S. Zoilo.

DIA XXI.

San Juan, confesor.

EL glorioso martirio de S. Perfecto despertó en los ánimos de los fieles de Córdoba gran zelo de la honra de Dios y ánimo para defenderla. Señalóse en esto el esclarecido confesor Juan, natural de aquella ciudad, sucesor suyo en las prisiones y baldones y en la gloria de la confesion, aunque no en la muerte. Era Juan mercader rico, oficio á que solian darse entonces los cristianos para llevar el peso de los tributos. Viendo los moros cuan bien enladrado tenia su negocio, envidiosos de su prosperidad calumniaron sus tratos, y con fraudes hechas á mano para derribarlo, alcanzaron del juez que lo pusiese en la cárcel. Ya entónces no se contentaban con atajar la bonanza de su comercio, trataron de cortarle el hilo de la vida. Para esto le tramaron una gran calumnia, acometiéndole sobre falso con quejas que no tenian, para que les diese ocasion de tenerlas. Hacíanle cargo de que muchas veces tomaba en la boca por burla el nombre de su falso profeta, y blasfemaba de él, y lo juraba en abono de sus mentiras para engañar á los que no sabian si era cristiano. El santo confesor muy ajeno de la traicion de aquella gente, procuró reportarlos con la verdad, y quiso satisfacerles. Mas como no pretendian satisfaccion sino ofensa para sujetarlo á castigo, sin darle lugar de descargo alguno, metieron el negocio á barato, supliendo en voces como con mal pleito lo que les faltaba de razon, y unos sobre otros gritando porfiaban por hacer de su mentira verdad. Cansóse el Santo de aquella algazara, y sufriendose un poco llevó el negocio por burla, y les respondió con cara de

risa, aunque con denuedo cristiano: ¿Qué decis? ¿yo jurar por vuestro falso profeta? Maldito sea de Dios quien desea nombrarlo ni aun tomarlo jamás en boca. Luego que oyeron esto, levantaron un extraordinario alboroto, y con gritos descompasados, echándole mano y atropellándolo lo presentaron al juez. Acusáronlo de que sentia y hablaba mal de Mahoma, de que escarnecía de su santidad, de que á tono de chiste decia blasfemias para inducir disimuladamente á desprecio de su ley. Fingió piedad el juez, y no hallando bastante averiguacion para condenarlo á pena capital, lo mandó azotar con gran fiereza hasta que negase á Jesucristo. El Santo entonces confesó de plano la acusacion que le ponian, asegurando que por ningun caso abandonaria la fé, aunque le costase derramar su sangre por ella.

Airado el juez con esta respuesta, mandó que luego lo azotasen hasta darle muerte, sino renegaba de Cristo. Fué tal la carnicería que en él hicieron los verdugos, que se les quedó como muerto entre las manos. Y ellos los bárbaros aun no satisfechos con su crueldad, así desnudo como estaba lo pusieron en un jumento, y lo sacaron á la vergüenza por las calles, y dieron vuelta á la plaza, pasándolo tambien por las iglesias de los cristianos para que fuese mayor la afrenta y alcanzase á todos. Iban los moros diciéndole mil afrentas, porfiaban á voces que aun no llevaba el castigo que merecia, y que era digno de muerte por haber osado escarnecer su profeta. Volviéronlo á la cárcel, y en ella estuvo mucho tiempo aherrojado. Despues acabó santamente la vida venerado de todos por la invencible constancia que tuvo en la confesion de la fé. S. Eulogio dice que lo halló y conversó con él en la cárcel, cuando fué preso algunos meses despues, y que aun se le conocian en las espaldas las llagas de los azotes.

Fué la confesion de nuestro Santo el año 854, esto es, un año y algo mas despues del martirio de S. Perfecto, segun escribe Alvaro. El M. Florez la coloca entre el 18 de abril en que cumplia el año del martirio de S. Perfecto, y el 3 de junio en que padeció S. Isaac, y á cuya pasion antecedió aquel suceso; pues así S. Eulogio como Pablo Alvaro dán á S. Perfecto y á Juan el orden de primero y segundo. Roa hace memoria de él á 30 de abril, creyendo tal vez que fué atormentado en este dia. Sanchez de Feria no señala dia, pero se inclina á que este caso pasó en el mes de mayo. Tampoco consta si el Santo murió en la cárcel ó no. Florez cree que no, fundado en las actas del martirio de Sta. Flora y María, donde se dice que salieron libres de la cárcel los cristianos que las acompañaban en ella, uno de los cuales era Juan. Es verosimil pues que falleciese en paz, segun el silencio de los que tratan de los mártires de aquella persecucion que no ponen entre ellos, ni hay quien lo cuente entre los difuntos sino el arcepreste de Córdoba Ciprian, que florecia á fines de aquel siglo. Que-

da entre sus obras una inscripcion que compuso para su sepulcro, en cuyo título dá á Juan el nombre *de confesor y de Santo*.

DIA XXVII.

San José Calasanz, confesor.

SAN José Calasanz, uno de los mas brillantes ornamentos del clero español y uno de los mas célebres patriarcas de las religiones que hermocean el jardín ameno de la iglesia, nació en el día 11 de setiembre de 1556 en la villa de Peralta de la sal, sita en el reino de Aragon. Sus padres D. José Calasanz y doña Maria Gaston, ilustres por la calificada nobleza, pero mucho mas por sus recomendables virtudes, criaron al niño conforme á las máximas de la religion cristiana; pero su bello natural é inclinacion á la virtud facilitaron mas que todo el efecto de su buena educacion. Habíale prevenido Dios con todas las disposiciones de naturaleza y gracia para los nobles designios á que le destinaba su sabia providencia. Su natural afable, dulce y benéfico; su corazon noble, dócil y generoso; el sumo horror que manifestó al pecado y natural propension á los ejercicios piadosos y devotos, que fueron los únicos entretenimientos de su niñez, hicieron conocer á sus padres el interés que tenia el cielo en aquella grande alma, que acreditó desde luego el mas ardiente zelo por el honor y gloria de Dios. Entre otras muchas pruebas, á los cinco años vieron con admiracion que tomando en sus débiles manos un cuchillo, salió al campo con generosa intrepidez, diciendo, que iba á matar al demonio, porque incitaba á los hombres á que ofendiesen á Dios; por cuya anticipada guerra con el enemigo de la salvacion, maquinó éste no pocas veces contra su vida.

Enviáronle sus padres á estudiar latinidad á Estadilla, pueblo tres leguas distante de Peralta; y á muy breve tiempo se concilió el amor de sus maestros y la veneracion de sus condiscípulos por la justificacion de su conducta, arreglada en un todo á las leyes del trato civil y modestia cristiana. Acompañado este porte de un deseo ambicioso de saber, hizo en la humanidad, retórica y poesia conocidos adelantamientos y no menores en la ciencia de los santos. Quisieron aplicarle los padres á la milicia, para que renovase en la guerra las gloriosas hazañas de sus predecesores; pero como José aspiraba á otros honores mas sólidos, ya resuelto á consagrarse al servicio de Dios enteramente, rogó á su padre le dejase seguir en la carrera de las le-

tras. Pasó á la universidad de Lérida á estudiar filosofía; y conociendo que el tiempo de los estudios es ocasionado á resfriar el fervor, tuvo gran cuidado en prevenir este escollo con la oracion, con la frecuencia de sacramentos, con rigurosas penitencias y con su aplicacion á obras de caridad en las horas que dejaba el estudio; de suerte que alternandó en éste y en aquellos ejercicios, sin dar lugar á las diversiones de la juventud, hizo á un mismo tiempo admirables progresos tanto en la virtud como en la filosofía y derecho civil y canónico, en que recibió el grado de doctor con universal aplauso.

Deseaba José mas altos conocimientos en otras ciencias mayores, donde se consuma el ingenio y se fecunda el entendimiento con mas elevadas ideas. Con este objeto pasó á Valencia á estudiar teología; y aunque allí no mudó un ápice de su arreglada conducta, con todo, la ciega pasion de una señora enamorada de su gallarda disposicion, de hermoso, grave y modesto semblante, le obligó por conservar su pureza, no solo á dar la prueba que el antiguo José en Egipto con la mujer de Putifar, sino otra mayor, que fué dejar aquella ciudad, trasladándose á la de Alcalá de Henares á continuar el mismo estudio. En esta universidad dió en muy breve tiempo muestras de su extraordinario talento y de su virtud eminente. Los progresos que hizo bajo el magisterio de los mas sabios maestros de aquella célebre academia se miraron con particular admiracion de los mismos preceptores y demás concólegas. A pocos años dió públicos testimonios de un hombre consumado en filosofía, derecho civil, canónico y en la sagrada teología, en cuya facultad recibió el grado de doctor con no menor aplauso que aquel en Lérida. Pero lo mas prodigioso de este héroe fue. que ni su aplicacion á los estudios, ni la diversidad de sus tareas pudieron jamas resfriar su fervor, ni disminuir su devocion; reflexionando todos como un milagro visible de la gracia, que una salud tan debilitada como la suya por toda suerte de maceraciones pudiese conciliar tantos ejercicios de piedad con tanto estudio. Lo cierto es, que Jose se veia tan asistente á las escuelas como á los templos, allí haciendo honor á sus maestros y aqui emulando á los ángeles en el amor y respeto á Dios, sin dejar de hacer muchas conquistas espirituales en la ciudad con su zelo verdaderamente apostólico.

Recibió los órdenes sagrados y la dignidad del sacerdocio de mano del obispo de Urgel, en el mes de diciembre de 1583, siendo de edad de 28 años; cuyo ministerio dispensó con aquella pureza y con aquel fervor que caben en un ministro digno del altar, siendo la edificacion de la iglesia y del pueblo.

Informado D. Andrés Capilla, obispo de Urgel, de las relevantes prendas de Calasanz, creyéndose con superior derecho que cualesquiera otro prelado para valerse de un ministro tan útil, le obligó á

aceptar algunos beneficios eclesiásticos, le nombró vicario, y visitador de Tremp y de su territorio, cuyo partido abraza setecientas poblaciones con setenta y dos parroquias. Partió José á desempeñar su empleo; halló mucho que reformar en el clero y mucho mas que corregir en el pueblo, y haciendo los oficios mas de padre que de juez, fueron las armas de que se valió para la destruccion de los abusos, la dulzura, la afabilidad, la caridad, oracion y el ejemplo, sin usar del rigor sino contra los soberbios y protervos.

Viendo el obispo de Urgel el grande fruto que hacia aquel insigne operario en el partido de Tremp, quiso emplear su infatigable zelo en empresa mas ardua é interesante á su vasta diócesi, que se estiende dentro de los Pirineos. Los pueblos incultos y groseros de aquella comprension, cuyas gentes estaban criadas entre montes y selvas, vivian como fieras, entregados á toda clase de escesos: los sacerdotes poseídos de la ignorancia y de la avaricia, desatendian enteramente las obligaciones de su ministerio: los párrocos constituidos para declamar y corregir los vicios, los autorizaban con su ejemplo. En vano se oponian los obispos al cúmulo de tantos desórdenes con la repeticion de sus edictos pastorales, pues despreciando el clero á los legisladores y las leyes, hollaban cualesquiera prohibicion que se oponia á sus corrompidas costumbres.

La reforma de tanto vicio se encomendó á Calasanz en la clase de visitador, quien luego que reconoció la dificultad de la empresa, pensó que debia dar principio con implorar la divina misericordia sobre aquellas gentes abandonadas. Los gemidos, las oraciones, los ayunos y las mas rigurosas penitencias fueron las víctimas con que procuró hacer propicio al Omnipotente. Revestido de aquel zelo santo que constituye el carácter de los varones apostólicos, se arrojó á tan ardua expedicion sin dejar pueblo ni aldea en la vasta estension de aquel país casi inaccesible, que no visitase personalmente á pesar de los precipicios é inminentes peligros á que espuso su vida no pocas veces. Cuando se presentaba en los pueblos, á unos amonestaba como padre, á otros enseñaba como maestro, y á otros corregia como juez, dejando, cuando se ausentaba en todas partes sabios, cristianos, y oportunos decretos, para que les sirviese de regla. No es posible esplicar los trabajos y penosas fatigas que le costó la empresa; pero en fin tuvo el consuelo de ver introducidas nuevas cristianas costumbres en aquellos pueblos, y respetadas las órdenes de sus preladados, de los que ántes se hacia un total desprecio.

Concluida la visita, dió cuenta de ella al obispo de Urgel, quien repitiendo á Dios gracias por los copiosos frutos de aquel infatigable operario, para que toda su diócesi tuviese parte en sus sábias determinaciones, le eligió por vicario general del obispado, cuando solo

contaba treinta y cuatro años. Aceptó José el nuevo empleo deseoso de sacrificarse en el servicio de la Iglesia; y portándose siempre igual en su justificada conducta, se aplicó á corregir los abusos, á reparar los desórdenes del clero y del pueblo, y á promover el culto divino; obrando con tanta actividad y con tanta prudencia, que en muy breve tiempo se hizo el obispado de Urgel el objeto de los mas altos elogios por el infatigable zelo de su vicario.

Las alabanzas y los aplausos con que todos celebraban su santidad, su mérito y su acierto, le estimularon á dejar á España por lo mucho que ofendian á su profunda humildad semejantes aclamaciones: habia algunos meses que oia en su corazon una voz que le decia: *ve á Roma, ve á Roma*, cuyos ecos sentia con mayor eficacia en medio del fervor de las oraciones y cuando con mas rigor afligia su cuerpo. Agregóse á esto una vision que tuvo, en que le parecia hallarse en Roma rodeado de muchos niños, á quienes instruía en las letras y en la doctrina cristiana. Consultó el asunto con su director, y aprobada su determinacion, renunció su empleo de vicario con los beneficios eclesiásticos, escepto algunas rentas que se retuvo para piadosos destinos. Y habiendo fundado en Urgel casi á sus espensas un monte pio y otro en Peralta, arregladas todas sus cosas partió á Italia en traje de peregrino en el año 1592.

Luego que llegó á Roma, fué su primera diligencia visitar con la devocion y ternura propia de su espíritu todos los santos lugares que se veneran en aquella capital, rogando á Dios con muchas lágrimas, que se dignase manifestarle su voluntad; puesto que el deseo de cumplirla le habia traído á la cabeza del orbe cristiano, haciendo la misma súplica á la santísima Virgen, en quien despues de Dios tenia puesta toda su confianza. Habia prevenido el obispo de Urgel el arribo de José con la mas espresiva recomendacion á su agente en Roma, el cual era confidente del cardenal Marco Antonio Colona. Pidió éste á aquél que se informase de algun sugeto idóneo para teólogo suyo, y manifestándole las cartas del prelado de Urgel, en que le hacia ver que era Calasanz una persona calificada por su nacimiento, por sus empleos, por su notoria ciencia y eminente virtud, le recibió en clase de teólogo su eminencia con las demostraciones de la mayor estimacion. A poco tiempo de su trato conoció aquel purpurado que era mayor la sabiduria y la santidad de José que lo que se le habia informado, bajo cuyo supuesto fió á su cuidado los mas graves negocios de su cargo; la direccion de sus dos sobrinos, hijos del condestable Colona; á lo que se agregó la instruccion de su familia, logrando todos por la enseñanza y ejemplos de Calasanz tan conocidas ventajas, que la casa de Colona llegó á ser el objeto de admiracion de Roma, donde nuestro héroe español era tenido por uno de los mas hábiles teólogos de su

tiempo y por uno de los mayores santos de su siglo, acreditando ambos conceptos en las comisiones mas arduas que se fiaron á su cuidado.

Habiase formado en Roma despues del santo concilio Tridentino la venerable hermandad de la doctrina cristiana, con el objeto de enseñarla á los niños, artesanos y jornaleros en los días de fiesta. Alistóse en ella José, y no satisfecho con practicar esta enseñanza en las festividades é iglesias destinadas á este efecto, lo hacia en los días de trabajo en las plazas y calles de la ciudad con tan ardiente zelo, que en muy breve tiempo se conoció en los pobres la utilidad de sus infatigables tareas.

Por la esperiencia que adquirió el Santo en los ejercicios dichos llegó á conocer la grande necesidad que tenían los niños pobres de instruirse en las letras y en la doctrina cristiana; por cuyo defecto se veian muchos ignorantes de los principales misterios de la fe, avergonzándose ó no queriendo, cuando ya adultos, aprender lo necesario para salvarse. Lastimado su piadoso corazon con esta pena, aunque en Roma advertia que no faltaban escuelas asalariadas, notaba que no habia personas que se dedicasen graciosamente por mera caridad á la enseñanza de los pobrecitos en los primeros importantes rudimentos. Persuadido que seria muy agradable á los ojos de Dios un instituto que por constitucion tuviese tan laudable objeto, empenó toda su actividad y toda su eficacia con los cuerpos y sugetos mas poderosos de la ciudad, á fin de que contribuyesen á la ejecucion de tan noble pensamiento; pero permitió el Señor que fuesen en vano todas sus diligencias, porque reservaba para su persona tan digna como utilisima empresa. Las mociones continuas que sentia en su interior y el recuerdo de la vision dicha que tuvo en Urgel, le indicaban ser esta la voluntad de Dios, en la que se confirmó en cierta ocasion que viendo una tropa de niños, que con acciones y palabras descompuestas le hicieron conocer la necesidad de su proyecto, oyó resonar en su corazon, detenido á reflexiouar en aquel lastimoso espectáculo, aquellas palabras del Espíritu Santo: *A tí se ha encomendado el pobre, y tú serás la ayuda del huérfano.*

Convencido José que era aquel el fin para que Dios le trajo á la capital del orbe cristiano, se dedicó sin pérdida de tiempo á la ejecucion de la empresa. Como estaba práctico en los barrios de Roma con motivo del cargo de visitador de la congregacion de los santos Apóstoles, conociendo que el del Transtiber era el mas numeroso de niños pobres, le consideró mas á propósito para dar principio á su proyecto. Comunicó el pensamiento á D. Antonio Brendoni íntimo amigo, cura de Sta. Dorotea, que era un venerable anciano lleno de caridad, quien no solo lo aprobó, sino que le ofreció el uso de dos piezas, pres-tándose á ser su compañero en ejercicio de tanto mérito: lo mismo

hicieron dos sacerdotes individuos de la hermandad de la doctrina cristiana, con cuya ayuda abrió las escuelas pías en Sta. Dorotea en el año 1597 con aprobacion y elogio del papa Clemente VIII.

No podia mirar con indiferencia el enemigo de la salvacion un establecimiento de tanta utilidad en la iglesia; y para impedir sus progresos, aplicó todos los artificios de su refinada malicia. Desanimó á muchos eclesiásticos que concurrían á la enseñanza, haciéndolos fastidioso el impertinente ministerio. Escitó á los maestros de escuela de los cuarteles de Roma á que formasen agrias quejas contra el santo fundador; pero todas estas diabólicas astucias solo sirvieron para su mayor crédito, pues habiendo cometido el papa el exámen de las falsas delaciones á los cardenales Baronio y Antoniani, con encargo especial de que visitasen las escuelas pías, para que le informasen de sus progresos, fueron tales los elogios que hicieron los dos purpurados del infatigable zelo, de la caridad y de la paciencia de Calasanz, y de la utilidad de sus escuelas, que despreciando su santidad las calumnias, la recibió bajo su proteccion inmediatamente.

Las incesantes fatigas y continuas tareas de tan penosa enseñanza no impedían á José para que se emplease en una multitud de piadosos ejercicios, ni que omitiese sus acostumbradas devociones, ayunos y penitencias. Alistóse en las cofradías de las Llagas, en la de la santísima Trinidad, y en la del Refugio, en cuya institucion habia tenido gran parte, formando sus reglamentos con el cardenal Baronio. Tenian por objeto estos establecimientos la asistencia de los peregrinos, y el socorro de toda clase de pobres necesitados, y á todos atendía la ardiente caridad de Calasanz, practicando los mismos oficios en las cárceles y en los hospitales, y en otras muchas urgencias que ocurrieron en Roma en su tiempo. Los que observaban sus pasos individualmente no acertaban á comprender como podia acudir á tantas obras piadosas, y á tantos encargos entre sí diferentes, lo que hizo á monseñor Boneti, promotor-fiscal en el proceso de sus virtudes, formar una fuerte duda sobre la inverisimilitud de tantos ejercicios á un tiempo; pero las pruebas eran tan obvias y ciertas, que fué cosa gloriosa para nuestro Santo la disolucion de este reparo con la contraposicion de su ardiente caridad é infatigable zelo, que le tenían en un movimiento continuo de día y de noche sin descansar un solo rato en muchas de ellas.

Sucedió en la cátedra apostólica al papa Clemente VIII en el año 1606 el cardenal Burguesí, bajo el nombre de Paulo V, tan grande protector de las escuelas pías, que se llamaron paulinistas sus profesores. Intentaron al principio de su pontificado los émulos de Calasanz renovar sus calumnias; pero no tuvieron otro efecto que el nombrar su Santidad un cardenal de autoridad y reputacion para que las

protegiese, manifestando en su breve de 24 de marzo de 1607 *habersido instituidas, siendo Dios el autor*. Y para dar á José un testimonio de su estimacion quiso condecorarle con el capelo, bien que sus lágrimas y humildes ruegos pudieron alcanzar de su beatitud que le exonerase de la dignidad, pues su corazon, revestido de pobreza evangélica, estaba muy distante de apetecer honoríficos empleos, como lo tenia acreditado en las renunciaciones antecedentes de las prevendas y obispados que le ofreció en España el rey Felipe III.

Quiso el santo fundador que se perfeccionase su establecimiento en congregacion perpetua, y proponiendo su pensamiento á Paulo V logró este indulto por su breve de 6 de marzo de 1717; previniendo en él su Santidad que se llamara Congregacion Paulina de la madre de Dios de las Escuelas Pias; que la profesion se hiciese con simples votos de pobreza, caridad y obediencia; que Calasanz fuese propio propósito general de ella durante el tiempo de su voluntad, dándole facultad para que hiciese los estatutos y reglamentos oportunos bajo la proteccion de la santa Sede. Vistió en nombre del papa el cardenal Justiniano en su palacio al santo patriarca con el hábito que eligió para su orden; y en aquel acto se desnudó del apellido del siglo, y tomó el sobrenombre de la Madre de Dios. Hizo su profesion en el año siguiente, y dando en ella el último complemento de su renuncia en todos los bienes de la tierra, resignó en eclesiásticos pobres los beneficios que se reservó en España, y distribuyó los bienes paternos entre miserables y encarcelados, contentándose con salir de puerta en puerta á pedir limosna para mantenerse con los de su congregacion, y para prestar á los niños los auxilios acostumbrados.

Significóle el cardenal protector que era voluntad del papa formase las constituciones para su congregacion; retiróse á este fin á la casa que fundó en Narni de orden del mismo purpurado; dispusose para ello con cuarenta dias de ejercicios espirituales para implorar la asistencia del Espiritu Santo, por cuya inspiracion describió los mas sabios y piadosos reglamentos. Murió á la sazón Paulo V; llegó á Narni el cardenal Ludovici, arzobispo de Bolonia, que pasaba al conclave, y sabiendo que se hallaba José en aquella ciudad, como ya le conocia anteriormente, y tenia formado tan alto concepto de su eminente santidad, quiso hospedarse en su casa para disfrutar su amada conversacion. Profetizóle el Santo que seria electo sumo pontífice, y le rogó encarecidamente protegiese su Congregacion. Cumplióse el vaticinio puntualmente, tomando el cardenal el nombre de Gregorio XV; y deseoso de dar á José una prueba auténtica de su estimacion, sobre querer condecorarle con la púrpura para tener á su lado un Santo, de cuya dignidad se escusó con humildísimos ruegos; elevó al grado de religion su Congregacion Paulina, con supresion de esta de-

nomination, por su breve apostólico de 1621, concediéndola todos los indultos, gracias y privilegios que gozan las demas religiones. Aprobó por otro de 31 de enero de 1632 con los mas altos elogios las constituciones formadas por José; y por otro de 24 de abril del mismo año le constituyó general por espacio de nueve años, señalándole cuatro asistentes generales por el gobierno del órden.

El nuevo carácter á que se elevaron las Escuelas Pias, y las grandes utilidades que cada dia resultaban de ellas, hizo que en todas partes solicitasen á competencia los sugetos de la mas alta esfera su establecimiento. Aunque al siervo de Dios costaron tantas fatigas y tantos desvelos, quiso el Señor darle el consuelo de verlas estendidas en el Estado Pontificio, en Sicilia, en el reino de Nápoles, en Venecia, en Lombardia, en Toscana, en Polonia, en el Piamonte, en Hungria, en Bohemia, y en toda la Alemania, confesando ingénuamente en una carta que escribió al padre Melchor Alanchi, que si se hallase con diez mil religiosos, los podria repartir á todos en un mes en las partes que se los pedian con grandisimas instancias.

Aunque el corazon de José se hallaba lleno de gozo, dando á Dios repetidissimas gracias por las bendiciones que echaba sobre su caritativo establecimiento, quiso el Señor purificar aquella grande alma con el fuego de la mas terrible tribulacion, y aumentar por este camino muchos grados á sus méritos. Seria necesaria una relacion dilatadissima para referir individualmente lo ocurrido en esta prueba, de la que solo daremos alguna idea. Un hijo del mismo órden, llamado Mario Sozi, discolo por naturaleza, uno de aquellos hombres perversos que Dios permite en el mundo para ejercicio de los buenos, desterrado de Roma por su indigno porte, supo engañar con su aparente zelo en asuntos de la fé de tal suerte al inquisidor de Florencia, que volviendo á Roma con la mas espresiva recomendacion de aquel ministro, fulminó tales calumnias contra su santo padre ante el asesor del santo Oficio, que de órden de éste fue conducido preso Calasanz á la inquisicion por las calles públicas de la ciudad, que se consternó á vista de tan inopinado suceso. Aunque José se purificó en términos, que hizo demostracion que ni aun tenia noticia de los delitos imputados, por lo que se le volvió á su casa en carroza por los mismos sitios que fue conducido como reo; con todo, logró el perseguidor con sus artificios, á pretexto de que era necesario tiempo para justificar sus delaciones, que se le suspendiese del empleo, y que se nombrase un visitador general de distinto órden. El primero en que recayó esta comision fue el padre D. Agustin Urbandini, de la congregacion Samosca, quien no pudiendo sufrir las iniquidades de Mario, se vió en la precision de renunciar el empleo. Logró el perseguidor que se nombrase al padre Silvestre Pietrasanta, sugeto adicto á sus perversissimas

ideas; cuyo motivo cargó su ambicion con todo el gobierno del orden, como primer asistente. Hablábale José de rodillas con el mayor respeto; pero el pérfido hijo despreciando la venerable persona de su santo padre, le trataba de hipócrita, de soberbio y de embustero, hasta decirle que le haria morir en una galera. Sentian en el alma sus hijos la tribulacion del patriarca; solo él estaba alegre porque padecía por Jesucristo, sin cuidar de su defensa; pero tomándola Dios por él, cubrió al calumniador de pies á cabeza con una tan horrible lepra que le privó hasta de la forma humana, exhalando un hedor tan fétido, que no podian tolerarle por un brevísimo tiempo sus mismos confidentes, de cuyo mal murió desgraciadamente.

No sosegó la tempestad con la muerte de aquel infeliz: sucedióle el padre Estéban Queruvini en el empleo, secuaz de sus inicuos pensamientos; quien con el visitador Pietrasanta y otros discolos conspiraron á la destruccion de las Escuelas Pias, á lo que se inclinó el papa Inocencio X, á fuerza de los falsos informes de los perseguidores. Ya se deja discurrir el sentimiento que causaria en José la degradacion de su orden que le costó tantos trabajos y tan penosas tareas. Sufrió como otro Job aquella desgracia, espresándose con los mismos ecos que el antiguo, *Dios lo dió, Dios lo quitó, sea el nombre de Dios bendito*. Tuvo algun consuelo al ver que todos los cuerpos políticos y eclesiásticos de Italia, con las personas de la mas alta esfera, interpusieron sus ruegos para con Inocencio, á fin de que revocase su determinacion, manifestándole las grandes utilidades que se esperimentaban en todas partes con las escuelas Pias, y si no tuvieron por entonces efecto aquellas recomendables súplicas, con todo les profetizó José á sus hijos, que estaban inconsolables, que dentro de breve tiempo verian reintegrado el establecimiento en los mismos términos honoríficos á que le elevó la santa Sede; cuyo vaticinio se cumplió á la letra en los pontificados inmediatos de Alejandro VII y Clemente IX, sucesores de Inocencio; restituyéndola el primero en el año 1656 al grado de Paulo V. y el segundo en el de 1669 al que le sublimó Gregorio XV.

Habia ya algun tiempo que acostumbraba decir á sus hijos el santo patriarca, cuando se condolian de sus trabajos, *esperad al agosto, y lo que Dios permitirá*. Como decia estas palabras con cierto aire de alegría, esperaban algun suceso propicio al orden; pero el profeta hablaba de su muerte. Quiso en el dia 21 de julio ir con los pies descalzos á la iglesia de S. Salvador á conseguir las muchas indulgencias concedidas en ella por los sumos pontífices. Volviendo á casa tropezó tan fuertemente en una piedra, que herido gravemente el dedo pulgar del pié derecho, señaló con su sangre toda la calle; y en una máquina tan debilitada como la suya se comunicó el dolor fácilmente. Dis-

pertósele en principios de agosto la acostumbrada incomodidad del excesivo calor del hígado. No hicieron la primera vez mucho caso los médicos de la novedad, prometiéndose pronta curacion. Solo temieron que fué mortal la enfermedad cuando el dolor llegó á ser tan vehementemente que dió á conocer el paciente lo mucho que toleraba. Instruido con luz superior que estaba su fin próximo, se dispuso á pagar el tributo impuesto á los mortales con las preparaciones propias de un espíritu todo abrasado en el amor de Dios. Recibió los últimos Sacramentos con tanta edificacion que movió á tiernas lágrimas á todos los concurrentes, y habiendo sufrido con indecible paciencia el exceso de sus dolores hasta el dia 25 de agosto, dando ejemplo de resignacion con la voluntad divina; fijando, ya entrada la media noche de aquél, los ojos en el cielo, levantó el brazo derecho en ademan de bendecir á sus hijos, y diciendo tres veces Jesus, espiró tranquilamente en el dia dicho del año 1648, á los noventa y dos de su edad. Su rostro quedó tan apacible y tan sereno como si estuviese en un dulce sueño, y su venerable cadáver despidió un olor tan maravilloso, que nada tenia de su natural.

Cuando llegaron á desnudarle sus hijos ocurrió con la mano derecha á cubrir la desnudez vergonzosa; y queriendo removerla para proseguir el piadoso oficio, acudió el difunto con la siniestra; enseñándoles que aun estando muerto era zeloso de aquel pudor con el que habia custodiado toda su vida intacta su virginidad. Pusieronle en el féretro, y fué tanta la multitud de concurrentes á tributarle veneracion, que no bastando las prevenciones tomadas por los religiosos, fué necesario que el papa enviase unos soldados de su guardia. En todo el ámbito del templo no se oian otras voces, *que murió el Santo*, ó aclamaciones de algun milagro, siendo muchos los que obró el señor en confirmacion de la gloria de su fidelísimo siervo, á quien se dió sepultura en la iglesia de S. Pantaleon, á puerta cerrada, con las debidas formalidades, á presencia de algunos distinguidos personajes que pudieron ser admitidos al reconocimiento del cadáver, que se vió con una prodigiosa flexibilidad.

Apenas habia pasado un año á su precioso tránsito, con aprobacion del mismo Inocencio X, se comenzaron los procesos informativos sobre sus virtudes heroicas y auténticos milagros; y resultando justificados plenamente, le declaró Beato el papa Benedicto XIV en el 7 de agosto de 1748. Y despues celebró su canonizacion con magnificencia en la Basilica Vaticana la Santidad de Clemente XIII en el dia 16 de julio de 1767.

DIA XXVII.

San Licerio, llamado en vulgar catalan san Lley, obispo y confesor.

EL glorioso S. Licerio, se conjetura que fué francés. Desde su mas tierna edad fué puesto en estudios, y cuanto aprovechára en ellos se vió despues, puesto que por sus letras é integridad de vida llegó á ser obispo. A su tiempo le ordenaron de sacerdote, en lo cual le quiso nuestro Señor honrar mucho. Estando la iglesia Carinense sin pastor, fué electo Licerio obispo de ella, la cual gobernó santísimamente, atesorando grandes riquezas de bienes del cielo. No le impidió la dignidad ni las riquezas temporales el ejercicio de las virtudes, antes bien supo con estas cosas atesorar riquezas para la otra vida, con lo que llegó á tan insigne santidad, que mereció despues de muerto ser puesto en el catálogo de los Santos. Habiendo pues gobernado su iglesia Carinense cuarenta y cuatro años, dió el espíritu á su Criador. Celébrase la fiesta de S. Licerio tal dia como hoy en algunas partes de Cataluña, en donde le tienen mucha devocion, y muy particularmente en Villamajor ó Villamayor, territorio del Vallés, en el obispado de Barcelona, adonde hay un templo dedicado á su nombre. En el retablo de este santo en dicho templo hay pintados muchos milagros que se hicieron por su intercesion; pero por negligencia de los escritores pasados no tenemos de él ni de ellos mas noticias de las que aqui se dejan significadas. En Lérida rezaban antiguamente de este glorioso Santo, y en lecciones de los breviarios antiguos le llaman obispo Carinense (*Domenec.*)

DIA XXIX.

San Pedro y San Juan, mártires.

HABIENDO celebrado capítulo general S. Francisco con todos sus hijos en el convento de nuestra Señora de los Angeles, despues que se publicó en el concilio de Letran la aprobacion de su regla, se resolvió en aquel ilustre congreso, que se despachasen zelosos misioneros por

todo el orbe cristiano, para que se interesasen en la propagación de la religion, y en la conversion de las almas, que era el designio principal del seráfico instituto. En cumplimiento de esta determinacion, salieron del mismo capitulo muchos célebres minoritas para diferentes regiones del mundo, segun la distribucion hecha por el santo patriarca, quien destinó para España á Juan sacerdote, y á Pedro lego de profesion, ambos varones verdaderamente religiosos. Entraron en la nacion con vivísimos deseos de cumplir á la letra las órdenes de su santo padre; corrieron por varios pueblos de la península, y viendo la caridad y el grande aprecio que les manifestaron los naturales de Teruel, una de las mas antiguas ciudades de Aragon, resolvieron establecerse en aquel pueblo; para lo cual construyeron dos pobres y humildes celdas cerca de la iglesia del apóstol S. Bartolomé, donde se mantuvieron por espacio de diez años, ejerciendo el oficio de zelosos misioneros, ganando para Dios muchas almas por medio de sus funciones apostólicas.

Hallábase en aquel tiempo Valencia en poder de los moros, cuyo rey Azoto, Zeito ó Abuzeito perseguía de muerte á los cristianos; y encendidos Juan y Pedro en vivísimos deseos de conseguir la gloria del martirio, se presentaron en Valencia á predicar con generosa libertad las irrefragables verdades de nuestra santa fé, declamando á un mismo tiempo contra los enormes absurdos de la ley de Mahoma. Supo Azoto los procedimientos de los dos zelosos minoritas, y graduándoles por uno de los mayores atentados que podian cometerse en los dominios agarenos, mandó ponerlos en una oscura mazmorra, mientras tomaba providencia de castigar su osadía. Quiso obligar á Juan y á Pedro á que renegasen de Jesucristo, valiéndose para ello de las amenazas mas terribles; pero la heroica constancia con que se negaron á una accion tan abominable, hizo al bárbaro mandar que los degollasen en el momento. Dieron los Santos repetidísimas gracias al rey por la gran merced que les hacia de acelerarles la gloria á que aspiraban; en premio de lo cual le profetizaron que abrazaria dentro de poco tiempo la fé de Jesucristo. Ejecutose la sentencia de Azoto en el dia 29 de agosto del año 1234 en la plaza de Valencia; y redimidos por los cristianos los venerables cuerpos de los dos ilustres mártires á espensas del dinero que dieron á los moros, los trasladaron á la ciudad de Teruel, donde los depositaron en el mismo lugar que habia sido el de su habitacion; y deseando aquellos naturales dar una prueba nada equívoca de la veneracion que les profesaban, elevaron en un célebre convento las pobres y humildes celdas de ambos, cuya iglesia consagró el ilustrísimo señor D. Garcia, obispo de Zaragoza.

No se tardó mucho tiempo en cumplirse la profecía de los Santos: movió guerra D. Jaime I de Aragon, llamado el Conquistador, contra

Azotó rey de Valencia; y conociendo este que desde que quitó la vida á los dos misioneros apostólicos, era derrotado en todos los combates que tuvo con los cristianos, se persuadió que sus pérdidas eran justos castigos del cielo en pena de su enorme atentado. Bajo este supuesto comenzó á tratar con D. Jaime sobre su conversion á la fe, y le ofreció la ciudad y reino de Valencia, siempre que le perdonase la vida con toda su familia, y le concediese lo necesario para mantenerse con decencia. Aceptó el partido el rey de Aragon, y formalizado el contrato, entró triunfante en Valencia en la vigilia de S. Miguel del año 1238, de la que espelió á todos los agarenos que rehusasen abrazar la religion de Jesucristo.

Cumplió luego Azoto su promesa, é instruido en los rudimentos de la fe, recibió el bautismo con el nombre de Fernando, ó de Vicente Belvis, segun opinan algunos, bien que otros sienten que este último fué el nombre de su hijo primogénito, que tambien se hizo cristiano.

Quiso el convertido príncipe dar un testimonio público de su arrepentimiento sobre haber martirizado injustamente á los dos santos, y para acreditarlo así, cedió á los minoritas su palacio á fin de que en él fundasen un convento.

Desde que padecieron Juan y Pedro, les tributaron los fieles la correspondiente veneracion como á ilustres mártires de Jesucristo; pero como á esta faltaba la aprobacion apostólica, habiendo recurrido á Roma por las letras remisoriales para la justificacion de su culto inmemorial, resultando acreditado plenamente en el proceso que formó el vicario general de Teruel, en virtud de comision apostólica, los declaró así. Y presentadas las diligencias en la sagrada congregacion de Ritos, aprobó esta la sentencia [del delegado, y la confirmó el papa Clemente XI en 23 de febrero de 1704.

DIA XXX.

Santa Rosa de Lima.

EN Lima, capital del reino del Perú, se dejó ver al mundo en el dia 20 de abril del año 1586, la rosa mas preciosa que produjo aquel fértil país, decoroso ornamento de la tercera orden de penitencia del patriarca Santo Domingo, una de las célebres Santas de estos últimos tiempos. En su nacimiento declaró con juramento su madre no haber sentido los dolores del parto, dispensando el Omnipotente la ley penal impuesta á todas las mujeres en cabeza de Eva por los méritos previstos de la recién nacida. Bautizáronla en la Pascua del Espiritu

Santo; misteriosa hasta en esto la divina providencia, para denotar que derramaba en aquella grande alma el incendio del amor divino en la estacion que descendió en lenguas de fuego sobre el colegio apostólico. Pusieronla Isabel por nombre; pero á virtud del extraordinario prodigio que ocurrió estando en la cuna á los tres meses de haber nacido, de trasformarse su cara en una hermosa rosa, se llamó desde entonces con este nombre, en el que fué confirmada por Santo Toribio Alfonso Mogrobejo, dignísimo arzobispo entonces de Lima, al que añadió el de Santa María, por disposicion de la reina de los ángeles.

Criáronla sus padres con el mayor cuidado segun las máximas de la religion cristiana; pero como se hallaba prevenida del cielo con las mas dulces bendiciones, tuvieron el consuelo de ver en la niña á poco tiempo un pequeño prodigio de la gracia, que parecia obrar en ella con mas actividad que la misma naturaleza. En efecto, su afabilidad, su agrado, su serenidad, su candor, su tranquilidad y su admirable sufrimiento en varias incisiones que la hicieron con motivo de enfermedades, sin que alentase el mas mínimo suspiro, y sobre todo su inclinacion connatural á la virtud, hicieron conocer á todos desde luego que el Señor la habia elegido para esposa suya.

Continuando Rosa, sostenida de la divina gracia, siendo el objeto de los mas altos elogios por la justificacion de su conducta, llegó aquel punto de edad en que la naturaleza manifestó las cualidades apreciables de hermosura, despejo, vivacidad y extraordinarios talentos con que se hallaba dotada; y aunque su recato y modestia procuraban ocultarlas, y aun desfigurarlas para no ser grata á los hombres, como eran públicas y notorias sus personales prendas, mucho mas recomendables con el adorno de su eminente virtud, se declararon varios pretendientes de su mano, conceptuándose feliz el que la lograse por esposa. Prefirieron entre todos los padres á un jóven rico y poderoso, vinculando su felicidad en tan ventajoso matrimonio. Exigieron de Rosa el consentimiento, la que consternada con aquel lenguaje desconocido, respondió sencillamente, que ya tenia consagrada su virginidad á Jesucristo con voto. No se puede ponderar el sentimiento que concibieron los padres de una resolucion tan inesperada; y así en desquite, sobre otras muchas injurias, ultrajes y malos tratamientos, la echaron á cuestras todo el peso de la casa, mandándola que hiciese los oficios mas viles y penosos. Sufrió por algun tiempo aquella persecucion, que sirvió únicamente para que mas brillase su inalterable paciencia y admirable sufrimiento, hasta que conociendo los padres que Dios era el autor de sus resoluciones, bien calificadas por sus acciones precedentes, no queriendo oponerse á la voluntad divina, la dejaron seguir en sus santas ideas.

Fundaron por aquel tiempo en Lima D.^a Maria de Quiñones, y Santo Toribio Alfonso Mogrobejo el monasterio de Santa Clara; y creyendo ambos que entre las primeas plantas que pudieran recomendar la religiosidad de aquella nueva casa seria sin duda Rosa, bien conocida por su eminente virtud, la ofrecieron todo lo necesario para que entrase en aquel convento; pero como la divina Providencia la tenia destinada para que fuese decoroso ornamento de la tercera órden de penitencia del patriarca Santo Domingo, no tuvieron efecto sus deseos. Frustrada aquella proporción, un hermano de la Santa, que tenia bien conocido su espíritu, hizo con toda cautela las mas vivas diligencias para que entrase en el monasterio de la Encarnación de Lima del órden de San Agustín. Dispuestas todas las cosas, en el mismo día que la esperaban las religiosas, entró de paso á la capilla de nuestra Señora del Rosario á dar á su Magestad gracias por haberle concedido el favor de consagrarse en el claustro al servicio de su santísimo hijo; pero apenas hincó las rodillas en tierra, quedó inmóvil, sin poder levantarse, ni aun con la ayuda de su hermano. Conoció por aquel síntoma, ilustrada superiormente, que su determinación no era del agrado del esposo eterno, y si el que siguiese el rumbo de Santa Catalina de Sena, cuyo ejemplo se propuso imitar desde sus mas tiernos años; y prometiéndolo así en el mismo acto, quedó espedita para todo movimiento. Comunicó el suceso circunsunciado con su confesor, y con acuerdo de éste, vencidas las muchas dificultades que ocurrieron, vistió el hábito de tercera dominica en el año 1606 día de San Lorenzo, abrasada con los mismos ardores de caridad que aquel ilustre mártir de Jesucristo.

No es fácil poder explicar el gozo de que se llenó el corazón de Rosa, viéndose vestida con la misma divisa que la heroína á quien deseaba imitar con vivas ansias. Para formar como aquella un retiro proporcionado, donde negada al comercio del mundo pudiera entregarse totalmente al servicio de su amado, dispuso en lo mas apartado de la huerta de su casa una pobre celda, en cuya habitación se dejó ver el prodigio, de que estando rodeada de un batallón de mosquitos y tábanos, ninguno de ellos se atrevió á molestarla; respondiendo con mucha gracia á los que la preguntaban sobre aquella extraordinaria maravilla, que tenia hecho pacto con los animalillos de no ofenderles, ni ellos á ella.

No satisfecho su fervor con lo dicho, apenas vistió el hábito de tercera, quiso acreditar el carácter de aquel órden con las mas asombrosas penitencias: en los principios se disciplinaba con cordeles reforcidos; pero despues con una cadena de hierro hasta que corría la sangre por la tierra, redoblando este rigor cuando entendia irritada la divina justicia por culpas ajenas, ó amenazaba algun castigo á su

patria; pero habiéndole prohibido su confesor aquella crueldad, se cinó la cintura tres veces con la misma cadena, cerrando sus extremos con un candado, cuya llave arrojó para que no fuese fácil la apertura. Signió con este martirio algun tiempo, hasta que introducida en la carne la cadena, la puso en términos de morir, y viéndose entonces en precision de descubrir el secreto á su confidenta Mariana, condescendió con ella que la quebrase á fuerza de golpes, bien que el Señor para impedir la operacion tan cruenta, hizo que saltase inopinadamente la chapilla; pero arrancáronse con ella varias porciones de carne, y sufrió intensísimos dolores en las heridas que le resultaron. Prohibióle su director el uso de aquel instrumento, en cuyo lugar afligia todas las partes de su inocente cuerpo con ásperos cilicios, y una vestidura interior de sayal tosco y grosero, que sobre no poderse mover con ella, la abrasaba en los rigores del estio.

No debe estrañarse este rigor despues que eligió el orden de penitencia, cuando desde sus mas tiernos años manifestó la propension á esta virtud, deseosa de ser participante de las penas que padeció Jesucristo. Servia en su casa una india de áspera condicion, llamada Mariana, á quien rogaba cuando niña que la azotase, ultrajase, escupiese, y pusiese los pies en su boca, rogándola puesta de rodillas, que así lo hiciese por amor de Dios, cuando se resistia aquella á ejecutarlo. Viendo, á los doce años no cumplidos, una imagen del Señor en la postura de *Ecce Homo*, penetrado su corazon del mas vivo sentimiento á considerar los dolores que el Señor padeció cuando le pusieron la corona de espinas, ansiosa de imitarle, hizo primeramente un cerco de estaño con tachuelas por la parte interior, cinéndose con él la cabeza; pero no pareciéndole bastante esta pena, formó otra de plata con treinta y tres puntas, correspondientes á los años que vivió el Redentor, mudándola repetidas veces, para que las nuevas heridas le lastimasen la cabeza, apretándola fuertemente cuando sentia alguna tentacion impura.

Habiendo leído en la vida de Sta. Catalina de Sena su desposorio con Jesucristo, aunque deseaba tener esta dicha, no se atrevia á pedírsela al Señor, considerándose indigna, tanto en su concepto, que solia prorumpir no pocas veces, *que no sabia como Dios no la habia ya sumergido en el abismo, cuando por sus horribles culpas le era debido el mas profundo lugar del infierno*; siendo así que su confesor apenas encontraba materia sobre qué absolverla. Cuando luchaba con esta pena, la dejaron sin la palma acostumbrada á dar á las terceras dominicas en unas de las de Ramos, é interpretando aquella inculpable omision en otro sentido que el dispuesto por la divina Providencia, pasó llena de amargura á la capilla del Rosario, á desahogar su pena con la Reina de los ángeles, que viéndola anegada en tan pro-

fundo sentimiento, intercedió con su santísimo hijo para que la consolase; hizolo el Señor diciéndola; *Rosa de mi corazón, yo te quiero por esposa*. Hicieron en su corazón tal impresion estas dulces palabras, que cayó desmayada en tierra, luchando entre el amor y temor sin atreverse á mirar la soberana majestad de su dueño, quien confortándola con nuevas gracias, le entregó un anillo en señal de su desposorio, en el que hizo grabar Rosa el retrato del niño Jesus, con las espresiones dichas. Desde entonces creció la inseparable union con su amado, en términos, que pudo decir con el apóstol: *Ya no vivo en mí, sino en Jesucristo*, acreditando con pruebas prácticas el incendio de amor en que se hallaba abrasado su pecho.

Sin embargo á que el Señor se daba por satisfecho con los servicios de Rosa, con todo quiso probarla por medio de enfermedades gravísimas y dolores muy intensos, en los que siempre dió ejemplo de una indecible paciencia y de un admirable sufrimiento. Pero no fueron estas mortificaciones las que mas la dieron que padecer. Solicitaba su esposo purificar todavía mas aquella grande alma con el fuego de la tribulacion, para aumentar por este camino muchos grados á sus merecimientos; cesaron de repente los continuos favores con que el Señor la regalaba, tan olvidada de ellos, como si nunca los hubiera recibido. Hallóse su espíritu poseido de una desolacion, de una aridez y de una sequedad suma; de un disgusto total á todos los ejercicios de devocion; de un tedio insoportable á la oracion; acometido de una sublevacion general de las pasiones, que la combatian con ciertas tentaciones desconocidas de la castísima virgen hasta entonces. Por espacio de quince años, á lo menos una hora al día quedaba anegada en el abismo de tan terribles pruebas, que pasaba el resto del día y de la noche temblando y palpitando el corazón. Finalmente se vió obligada á consultar su padecer con los teólogos mas doctos para su consuelo, cuyos dictámenes solo sirvieron de aumentar su pena; porque unos graduaron aquellos síntomas de delirio, otros de ilusiones y desvarios, y los mas piadosos de efectos nacidos de su delicadeza. Desolada, despreciada y abandonada, se puede dudar con razon si era posible martirio mas cruel; pero con todo en nada se desmintió asimismo Rosa, luchando, sostenida de la divina gracia, contra todo aquel torbellino de tormentos. Despues de su continuo recurso al Señor, todo su consuelo era la proteccion de la santísima Virgen; viéndola muchas veces durante aquellos escesos de desolacion y desamparo abrazarse estrechamente con alguna imagen de la Señora, implorando su clemencia.

Sucedió, en fin, la calma á tan desecha tempestad, y la alegre luz á tan tristes tinieblas. Apareciósele su santo esposo, acompañando su sensible presencia con tan celestiales consuelos, que en un instan-

te la hicieron olvidar todos los pasados tormentos; y queriendo remunerar su pacífico sufrimiento con favores singulares, la visitaba con frecuencia, haciendo lo mismo su madre santísima y Santa Catalina de Sena, á quien señaló el Señor por su directora, mediante á que la eligió por modelo de sus operaciones, dejándose ver por su continuo comercio el rostro de Rosa como una copia viva de aquella heroína, por cuya razon la llaman los limeños segunda Santa Catalina de Sena. De esta familiaridad, y la que tenia con los ángeles, especialmente con el de su guarda, á quienes despachaba con las espresiones mas tiernas de afecto, para que las hiciesen presentes á su esposo, resultó abrasarse en las llamas del amor divino; de suerte que unas veces se desahogaba con profundos suspiros, y otras con voces significativas de sus sentimientos. *¿Como es posible, decia muchas veces, Dios y Señor mio, que haya quien deje de amarte? ¿Cuándo yo, mi buen Jesus, comenzaré á hacerlo como mereces? ¡Ay de mí qué léjos estoy de aquel amor perfecto, é íntimo que te debo, pues aun no he apréndido á amarte como conviene; no sé como no me avergüenzo de mi tibieza; ¿de qué me sirve el corazon que tengo, para que le quiero, si hasta ahora no se ha deshecho de puro amarte?* A estas espresiones eran consiguientes sus deliquios y admirables éxtasis en los que no pocas veces despedia su cara rayos encendidos de fuego, indicios nada equívocos del volcan que ardia en su pecho.

Gustaba Rosa, sosegada y plácidamente, aquellas espirituales dulzuras que son como anticipados destellos de las delicias del cielo en la solédad de su retiro, sin dejarse apenas ver mas que en el templo y al pié de los altares; pero habiéndole dado á entender el Señor que la caridad podia estenderse á favorecer al prójimo, la ejerció de tal suerte con todo género de pobres y necesitados, que hubiera agotado seguramente los fondos que encontraba de personas devotas para socorrerlas, á no haber suplido Dios con milagros sus asistencias. Al paso que era su caridad inmensa, era tambien escesivo su zelo por la salvacion de las almas, siendo pocos los miserables á quienes no convirtiese, al mismo tiempo que los socorria; aplicando, para que el Señor le concediese su gracia, fervorosas oraciones, y rigurosas penitencias, cuyos sufragios no omitia en alivio de las almas del purgatorio.

Debilitada la salud de Rosa al rigor de sus grandes penitencias y prolijas enfermedades, se dignó el Señor manifestarle el dia de su muerte; y fué tan escesiva la alegría que la causó esta noticia, y tan vehementes los gozosos ímpetus que sintió su corazon que no pudo disimularlo. Acercándose el tiempo de su disolucion, le reveló su esposo padeceria los dolores mas intensos, por última prueba de su invicta paciencia. Con este aviso, tres dias antes de su última enfermedad, pasó á la capilla del Rosario á pedir á la santísima Virgen la

favoreciere con su asistencia para beber aquel cáliz de amargura. Cayó en efecto en el primer día de agosto en un abismo de dolores, tales, que á pesar de su grande sufrimiento, prorumpió á la media noche en clamores lastimosos: ocurrieron los domésticos y la hallaron tendida en el suelo, en términos que solo la palpación del pecho y la respiracion apresurada, daban testimonio de que permanecia en ella el calor vital. Acudieron los facultativos, y atendiendo á los sintomas de la estraordinaria enfermedad, depusieron que la complicacion de aquellos accidentes, era superior á quanto podian sufrir las fuerzas humanas. Continuó Rosa con aquellos vivos dolores é inesplicables amarguras, mas sensibles que la misma muerte, hasta el día de San Bartolomé, en que profetizó su tránsito, sin que se le oyesen otras espresiones que las de su conformidad con la voluntad divina. Recibió los últimos Sacramentos con la devocion y ternura propia de su espíritu, y trasportada en dulces éstasis, consumida aquella bienaventurada víctima á violencia del incendio del amor del esposo eterno, rindió su espíritu en manos del Criador en el día 24 de agosto del año 1617.

La fama de santidad con que murió Rosa, y la multitud de milagros que se dignaba el Señor obrar cada día por su intercesion, movió á todo el reino del Perú, á la religion de Santo Domingo, al rey católico á que suplicasen á la santa Sede defiriese á su beatificacion y canonizacion. Dispensó la santidad de Alejandro VII el decreto de Urbano VIII sobre que no se tratase este asunto de algun siervo de Dios hasta que pasasen cincuenta años despues de su muerte. Despacháronse las correspondientes letras apostólicas para los procesos informativos, y resultando plenamente justificados por una multitud de testigos el heroismo de sus virtudes y notorios milagros en vida y despues de muerte, la beatificó el papa Clemente IX por su decreto de 12 de febrero de 1648, y por otro de 2 de enero del año siguiente, la declaró patrona de la capital de Lima y de todo el Perú. Pero continuando las instancias por su canonizacion, la hizo con la solemnidad acostumbrada Clemente X en el 12 de abril de 1671.

DIA XXX.

San Pelayo, Arsenio y Silvano, confesores.

EN la época infeliz que se hallaba España bajo el dominio de los mahometanos, habiendo destruido estos bárbaros muchos monasterios célebres en letras y en santidad, cupo esta desgracia al de San

Pedro de Arlanza, sito en un valle llamado así á tres leguas de la ciudad de Leon. Huyeron los monges que pudieron librarse del estrago; y ocultándose en las cuevas de aquellas montañas, hicieron vida eremítica, sucediéndose unos á otros hasta la restauracion del mismo santuario. Siguieron este tenor muchos insignes solitarios; pero entre todos se distinguieron Pelayo, Arsenio y Silvano, así por su prodigiosa vida, como por los auxilios que prestaron á los cristianos, para que triunfasen de los enemigos de nuestra santa fé.

Florece por entonces en España el famoso conde Fernan-Gonzalez, que si bien distinguido por su ilustre nacimiento, lo fué mucho mas por las memorables victorias que consiguió de los agarenos. Resolvió este valeroso héroe hacer la guerra mas viva contra semejantes enemigos, no con otro objeto que el de librar á los fieles de la dura esclavitud que sufrían bajo el yugo mahometano; y habiendo ganado en la primera salida el castillo de Taranco, una de las mas importantes fortalezas que tenían los árabes, sobrevino á estos una grande tribulacion. Sintió el rey de Córdoba la conquista del castillo, y arrebatado de un furor extraordinario, despachó su capitan general Almanzor con un poderoso ejército, para que vengase la injuria hecha contra los africanos. Supo el conde la venida de los bárbaros, y llamando en su ayuda á todos los cristianos de castilla, aunque incomparables con la multitud de los infieles, marchó hasta la ciudad de Lara á esperar al enemigo. Parecióle conveniente divertir los penosos cuidados que afligian su corazon, y saliendo á caza con algunos de los suyos, vió á un ciervo ó jabalí de una magnitud extraordinaria, que ocultándose entre las malezas de un monte, estimuló á Fernan-Gonzalez á registrar la montaña, con ánimo de cazar la fiera. Llegó con este motivo á una ermita toda cubierta de hiedra, donde halló tres solitarios dedicados al servicio del Señor en aquella espantosa soledad: extrañaron éstos la novedad, y preguntándole Pelayo quién era, y que se le ofrecia, no le ocultó el conde ni su persona, ni la causa que le condujo á aquel sitio por casualidad. Era ya puesto el sol cuando ocurrió este pasaje, y conociendo Pelayo la dificultad con que podría Fernan-Gonzalez regresar á los suyos, le rogó que se mantuviese con ellos aquella noche. Accedió el conde á las súplicas de los eremitas, que le robaron toda la atencion con sus venerables aspectos, con su afabilidad y con su agradable trato; y despertándose muy temprano con el cuidado de volverse á su ejército, le anunció Pelayo con espíritu de profecía todo lo que le habia de suceder en las batallas que hubo luego en defensa de la fe contra el moro Almanzor, así en las Hacinas como en la de Cascajares, lugar sobre Arlanza rio arriba en frente de las torres de Carazo. Hablóle de esta manera: *Has de creer ciertamente, que Dios dirige tus expediciones, con cuya asistencia triunfa-*

rás de todo el poder de Almanzor: asimismo has de saber, que recuperarás gran parte de la tierra que ocupan los agarenos, y tu felicidad será tan grande, que resonará la fama de tu brio militar por todo el mundo; pero antes de tres dias padecerás grandes angustias, porque verás á tu gente en la mayor consternacion, á causa de una señal espantosa que ocurrirá á su presencia; tú consórtalos al instante con las mejores palabras que puedas, que ellos perderán el temor. Vete pues ahora entendido, que encontrarás á todo tu ejército triste, y lleno de sentimiento, creyendo que has sido muerto ó cautivo. Mas yo te ruego, y pido de que despues que venzas á los enemigos de la fe, te acuerdes de este pobre lugar destruido, pues somos tres monges que en él hacemos vida enacoreta, y si el Señor no nos mantuviese, ya nos hubieran devorado las fieras que hay en este monte.

Tuvo el conde gran consuelo con las agradables nuevas que le dió Pelayo, y refiriendo á los de su ejército cuanto le manifestó el célebre solitario acerca de la actual espedicion, partieron todos llenos de valor á ocupar un sitio ventajoso, desde donde se veia el ejército agareno. En este estado ocurrió el signo espantoso que anunció Pelayo á Fernan-Gonzalez, y fué el abrirse la tierra de repente, y tragarse un caballero con el caballo en que iba montado, que algunos llaman Pedro Gonzalez, de la Puente de Fitero, cuyo suceso intimidó y alborotó el ánimo de los fieles espantado de aquel suceso funesto; pero alentándoles el conde segun la prevencion ya hecha por Pelayo, acometieron á los moros con tanto valor y con tal impetu, que aunque fué porfiada la resistencia de los bárbaros, al fin quedaron vencidos. Huyó Almanzor precipitadamente, y siguiendo los cristianos á los árabes, dieron muerte á muchos de ellos, y se apoderaron de todos los despojos que tenian en sus tiendas. Conseguida la victoria, pasó Fernan-Gonzalez con los suyos á dar las correspondientes gracias á los tres célebres eremitas, y habiéndoles dejado cuantiosos dones, se retiró á Burgos.

Sintió Almanzor en el alma la derrota que padeció en aquella guerra; pero habiendo implorado el auxilio de los moros del Africa, volvió á Castilla con una multitud innumerable, con firme resolucion de destruir enteramente á los cristianos. Supo el Conde Fernan-Gonzalez la determinacion del bárbaro agareno, y reuniendo su ejército, luego que llegó á Piedraita, partió á ver á su amigo Pelayo, para saber de él el suceso de la guerra. Dijéron Arsenio y Silvano que ya habia muerto santamente su insigne compañero, y penetrado el corazon del Conde del mas vivo sentimiento, entró en la ermita á pedir al Señor, que le asistiese contra el poder de los infieles. Detúvose en la oracion algun tiempo, y quedándose dormido se le apareció Pelayo entre celestiales resplandores, hablándole de esta suerte: *Levanta Conde*

y vuelve á tu ejército, pues Dios te ha concedido cuanto pediste. Cree que vencerás á Almanzor, pero perderás mucha gente en la guerra; mas porque sirves al Señor de todo corazón, enviará en tu ayuda al apóstol Santiago, y á mi con una multitud de ángeles que apareceremos en el combate, llevando cada uno la cruz en su bandera, á cuya vista quedarán aterrados los moros, y te dejarán el campo. Dispertó el conde lleno de alegría y meditando sobre la vision, oyó una voz que le dijo: *Ve prontamente á comenzar la guerra.*

Manifestó el conde á sus soldados cuanto vió y oyó en la ermita de S. Pedro, y acometiendo á los moros, como valientes leones, duró el reñido combate dos dias continuos con considerable pérdida de uno y otro ejército, pero habiendo aparecido al tercer dia el apóstol Santiago y Pelayo acompañados de una multitud de ángeles con las insignias que le predijo el bienaventurado eremita, vencidos á su vista los agarenos, consiguió el conde una de las victorias mas célebres que se refieren en los anales; de la que aunque dudán algunos críticos, es lo cierto que se halla apoyada por los escritores de mejor nota.

Los moros despues de la rota de Cascajares vinieron contra los ermitaños y los degollaron. El conde entonces se dedicó á labrar un monasterio á la ribera del rio Arlanza cerca de la ciudad de Lara, y en el año 912 otorgó la escritura de donacion á esta iglesia dedicada con la advocacion de S. Pedro y S. Pablo, donde estaban, dice sus reliquias. Despues espresa además de los apóstoles á S. Martin obispo, en honor de los cuales estaba dedicada la iglesia, y dá la villa de Contreras (llamada allí *Contrarias*) y lo demás que pertenecia á la jurisdiccion de la iglesia, al abad Sonna y sus sucesores, que debian guardar la regla de S. Benito.

En esta casa pues, con aprobacion de la Sede apostólica se dá culto á aquellos tres Santos. En su sepulcro se puso un epitafio en versos leoninos segun el gusto del siglo XII, por el cual consta que ya entonces eran venerados de toda España, y debe suponerse que lo eran ya mucho tiempo antes que los pusiesen juntos en aquella arca.

Acerca del martirio de nuestros Santos han mediado algunas contradicciones. Aunque el rey D. Fernando I, en una donacion que hizo á Arlanza el año 1042 llama á S. Pelayo *testigo de Cristo*, que es lo que significa la palabra mártir, y en otra del año 1062 le dá nombre de mártir, es verosímil que estos documentos hablen no de nuestro monge, sino del niño S. Pelayo, esclarecido mártir de Córdoba que habia padecido á 26 de junio del año 925, del cual toda España procuraba tener reliquias desde que fué trasladado á Leon el año 967 á los principios del reinado de Ramiro III, mayormente constiando de la memoria de las reliquias de Arlanza impresa por Sandoval, que aquel monasterio tenia huesos y cabellos de este santo mártir.

Lo que hay á favor del martirio de nuestros Santos es: 1.º una memoria que en el arca vieja de sus reliquias se halló en el año 1571, en la cual es llamado S. Pelayo *monje y mártir*. 2.º El testimonio de Fr. Alonso Chacon que en el libro de los doscientos mártires de Cardena, impreso en Roma el año 1594, pág. 62. dice que el capitán Zafa martirizó en S. Pedro de Arlanza á los santos Pelagio, Arsenio y Silvano, monjes benedictinos de aquel monasterio. 3.º Una bula de Clemente VIII del año 1604 en que á todos tres llama mártires. 4.º Algunas pinturas antiguas que los representan dando la vida en defensa de la fé. 5.º La tradicion del mismo monasterio.

DIA XXXI.

Santo Domingo, Mártir.

ENTRE las muchas tragedias que la perfidia de los judíos ha ejecutado en diferentes tiempos con los párvulos cristianos, es digna de eterna memoria la que practicaron en la capital de la provincia de Aragón con Sto. Domingo del Val, ó S. Dominguito, cuyo nombre indica la tierna edad en que se hallaba cuando fué martirizado. Nació este ilustre niño en Zaragoza por los años 1245, y como el cielo le destinaba para que fuese uno de los mas insignes mártires de Jesucristo, se dejó ver en el mundo con una corona sobre la cabeza, y con una cruz en el hombro derecho, todas señales nada equívocas de su gloriosa pasión. Estos signos, que podian llamarse aun mas que vaticinios historias de lo futuro, y noticia puntual del triunfo para que el Señor le habia escogido, puso en espectacion á los padres del niño, que lo fueron Domingo del Val, é Isabel, los que interpretando misteriosos aquellos extraordinarios indicios, esperaban que el tiempo les aclarase el significado. No se tardó mucho en experimentarlo, pues cuando contaba Dominguito siete años, é iba á la escuela á aprender las primeras letras, vieron cumplido el suceso pronosticado.

Tenian concertado los judíos que habia en Zaragoza, exonerar de los pechos, de las contribuciones y de las imposiciones á cualesquiera de su secta que robase á algun párvulo cristiano, y se lo entregase para darle muerte: Quiso disfrutar este indulto cierto hebreo llamado Mosen Albaizeto, fiel imitador del inicuo traidor Judas, y hurtando secretamente al niño Domingo, lo entregó á los infames judíos. Recibieron éstos la inocente victima con extraordinario regocijo, y como su ánimo no era otro que el de renovar el sacrificio que hicieron los de su

secta con Jesucristo en la cruz, clavando al niño en la pared por los pies y por las manos, le traspasaron el costado con una lanza; pero temerosos de que se descubriese un delito tan atroz, enterraron el cuerpo del ilustre mártir á la orilla del río Ebro en el silencio de la noche.

No quiso el Señor, por quien habia padecido Domingo, que estuviere oculta una maldad tan execrable, y para descubrirla se valió de uno de aquellos admirables prodigios que acostumbra su adorable providencia. Vieron los guardas de las puertas de Zaragoza repetidas noches descender del cielo luces muy resplandecientes sobre el lugar que enterraron los judíos el venerable cadáver; dieron noticia á la ciudad de aquel fenómeno extraordinario, y cavando en el sitio hallaron el cuerpo del ilustre mártir sin la cabeza. Concurrió todo el pueblo á ver el lastimoso espectáculo, y manifestando su dolor con tiernas lágrimas, lo condujeron por entonces á la iglesia de S. Gil; en cuyas puertas, pasados algunos dias, se manifestó al pueblo el niño puesto de rodillas milagrosamente.

Publicóse aquel prodigio por toda la ciudad, y hallándose á la sazón obispo de Zaragoza, segun parece, D. Arnaldo de Peralta, varón de conocida piedad y de gran sabiduría, hizo que se formase una procesion solemne con todo el clero, magistrados, nobles y ciudadanos, y que se trasladase con toda solemnidad el cuerpo del insigne mártir desde el templo de S. Gil á la iglesia de S. Salvador, que por entonces era la catedral.

Habian echado los judíos la cabeza de Domingo en el pozo de la misma casa en que ejecutaron el enorme atentado, y queriendo el Señor que se descubriese con no menor prodigio que el que intervino en la invencion del cuerpo, apareció en el brocal del pozo un globo de luz á manera de un sol resplandeciente, que dió motivo para estraer la preciosa reliquia, que se colocó con el cuerpo en una costosa urna, donde se grabó la inscripcion siguiente: *Aquí yace el beato Domingo del Val, mártir por el nombre de Jesucristo.*

Tuvieron las reliquias del ilustre mártir varias traslaciones, basta la última que se hizo á la magnífica capilla donde hoy existe un solo altar, sobre el cual se manifiesta un sepulcro de alabastro, en el que está el cuerpo del Santo, escepto la cabeza que se conserva en una urna de plata entre las reliquias del sagrario, la que se lleva á los enfermos, que consiguen por su veneracion y contacto saludables beneficios. La fiesta de este ilustre mártir celebran con demostraciones festivas los infantes de coro de aquella santa iglesia; á cuyas instancias el cardenal D. Francisco Baberino, quando estuvo de legado apostólico en España, certificado del martirio de Sto. Domingo, y de la gran devocion que se le profesaba, concedió indulgencia plenaria

á todos los fieles que visitasen la capilla donde está el cuerpo del Santo desde las vísperas hasta puesto el sol del día 31 de agosto, que es en el que se celebra su festividad, rogando á Dios por la exaltacion de la santa fé católica, etc.

DIA XXXI.

El santo Conde Osorio Gutierrez.

EL santo conde Osorio fue dado á España en el siglo X para que fuese lumbrera suya y dechado de la gente principal, y aun de la familia real con quien tenia parentesco. Llamáronse sus padres D. Gutierre y D.^a Aldonza, los cuales ofrecieron mucha hacienda al monasterio de Celanova cuando lo edificaba S. Rosendo por los años 941. El abuelo tuvo el mismo nombre y sobrenombre de nuestro Santo; del bisabuelo dicen haber sido alférez mayor del rey D. Ramiro I en la batalla de Clavijo, y que por esta línea venia el señorío de Villalobos, heredado por nuestro conde con otros estados que hoy forman las casas de Villafranca, Lemos y Astorga. En una escritura del año 938 que publicó Florez, el rey D. Ordoño IV, llamado por otro nombre el Malo, lo trata de tio suyo. Tuvo tambien nuestro Santo una hermana llamada D.^a Urraca, señora de gran piedad, promotora del verdadero culto de Dios, y de todas las cosas sagradas. Por una carta suya escrita al conde su hermano, consta que este siervo de Dios siguiendo las huellas de sus mayores, y atendiendo á las necesidades públicas del estado, abrazó la milicia contra los enemigos de la religion en obsequio de Dios y de los reyes Ramiro II, Ordoño III y Sancho I. Casó con D.^a Urraca Nuñez hija de D. Nuño Osorio, y tuvo una hija llamada D.^a Urraca como su madre, y dos hijos que ambos fueron condes despues de la muerte de su padre; el principal fué D. Gutierre Osorio muy nombrado en escrituras hácia los fines del siglo X.

Muchos bienes heredó nuestro conde de sus padres. Los reyes le dieron otros, y le hicieron grandes mercedes en pago de su lealtad y de los señalados servicios que habia hecho estando de continuo en la frontera de los moros. Gran parte de sus haciendas tenia en el obispado de Mondoñedo, otras en tierra de Campos. En medio de las grandes riquezas que Dios le habia dado, nunca se dejó dominar del gusto en su posesion ni corromper en su distribucion. Usaba de esto

mundo como si no usase de él, clavados siempre los afectos de su corazón en los verdaderos é incommutables bienes que para después de esta vida nos tiene Dios guardados. El mismo confiesa de sí que en cada lugar donde poseía algo, deseó siempre que fuese heredero participante Dios, criador de los cielos y de la tierra, y que fuese siempre servido y adorado.

Como estos deseos fuesen creciendo en él cada dia mas, muerta su mujer, viéndose con hijos, resolvió consagrar á Dios todos los bienes que tenia libres, y entregarse enteramente al servicio del Señor, dejando la milicia. Para esto mandó fundar el monasterio de S. Salvador en el lugar suyo de Villanueva que estaba en el obispado de Mondoñedo, junto alriachuelo *Laurenzana*, no lejos del punto en que desemboca en el rio *Masma*, que va por *Fox* al mar. Habiendo comunicado su pensamiento con Teodomiro obispo de aquel territorio, para ponerlo por obra con mayor solemnidad, resolvieron que se consagrasen los obispos de Galicia Ermigildo de Braga, S. Rosendo Dumiense, Gonzalo de Leon, Sisnando de Iria, Viliulló de Tuy, Rodrigo cuya iglesia no se espresa, los cuales juntos con el de Mondoñedo en *Naviago*, oida la propuesta de nuestro conde que se hallaba presente respondieron: *Loamos que sea el monasterio en Villanueva para Dios y para los monges, que le posean por los siglos de los siglos, Amen.* Hizose la escritura de esta fundacion á 17 de Junio de 969. Toda ella esta rebosando la piedad, la devocion y la verdadera humildad de que estaba dominado el buen conde, y el desengaño que debía á nuestro Señor de lo que es esta burlería y vanidad del mundo. (*) Despues de dotar en ella abundantísimamente aquel monasterio, añade: *Ultimamente me ofrezco á mí mismo por monge para servir á Dios en él.* Esta junta de obispos dió nueva fuerza y autoridad á la ejecucion de tan santo proyecto. Quedó sujeto el monasterio al obispo de Mondoñedo así en orden á admitir monges, á elegir abad y los demás oficios, como á corregir los abusos contrarios á la regla, bien que esto se haga con la caridad y sin molestar á los monges. A esto se concede tambien facultad, para que puedan administrar los sacramentos á los fieles, y enterrarlos en su iglesia, de todo lo cual se hace memoria en la dicha escritura.

Mientras se trabajaba en la fábrica del monasterio, levantaba el conde en su corazón el edificio espiritual de la virtud para abrazar con mayor pureza aquel nuevo estado. Convocó á sus domésticos y vasallos para despedirse de todos, y pagarles si algo les debía. Pidióles perdon de los malos tratamientos y agravios que les hubiese hecho,

(*) Esta escritura publicóta en latin el m. Florez, tom. 18, apéndice 17, pag. 332, y comienza así: *Sancti Comitís Osorrii, etc.*

y al rey escribió recomendando el mérito de sus criados y de los soldados de sus pueblos que le habían servido.

Hecho monge, comenzó á andar á largos pasos por el camino de la virtud. Vivía en suma abstinencia de todas las cosas; era grandísima su humildad, pasaba los días y las noches en atizar las lámparas de la iglesia, en ayudar las misas, en barrer la iglesia, y el claustro, y en servir á sus hermanos en la mesa y en cuanto podía. Para con los pobres tuvo siempre entrañas mas que de madre, especialmente para con los huérfanos y extranjeros: á todos ellos servía con gran devoción como al mismo Cristo. El era el que despertaba con las tablas á la comunidad, y tocaba las campanas á maitines, los cuales rezaba con los demás monges; y luego cuidaba sus estaciones y devociones hasta que era de día, entonces; se iba á preparar los altares para las misas. No se hartaba de dar gracias á Dios porque lo había librado de la borrasca deshecha del mundo, y llevándolo al puerto de la vida monástica; en pensando esto, sin querer le caían hilo á hilo las lágrimas. Bien se echa de ver cuán á gusto vivía en su estado por el ánsia que tenía de recoger los frutos de aquel retiro en la oración y contemplación, y en los ayunos y trabajos corporales, y aun mas en el fervor con que hacía todo esto. Con licencia de la comunidad visitó los santos lugares de la Palestina; y vuelto al monasterio, á poco tiempo fué llamado del Señor al premio de su santa carrera. Su muerte se sabe fué el día último de Agosto, el año no; pero habiéndose erigido el monasterio el año 969 y vivido allí el Santo algunos años, puede conjeturarse que falleció á fines del mismo siglo.

El sepulcro donde está el cuerpo del Sto. Conde, es vistosísimo de mármol entre blanco y cárdeno con pintas verdes. Divulgada por aquella tierra la fama de su santidad, desde luego obró el Señor por su intercesion muchas maravillas. Esto debió dar principio á la celebración de su fiesta, la cual continuando á vista y consentimiento de los obispos, fué creciendo de día en día con la aclamación del pueblo, y con el aumento de los milagros, entre los cuales cuenta Yepes cuatro muertos vueltos á vida.

Este monasterio de S. Salvador de Lorenzana siempre ha sido de Benedictinos.

DIA 1^o DE SETIEMBRE.

San Gil de Casayo. (*).

De este siervo de Dios consta que fué abad del monasterio Cisterciense de San Martín de Castañeda de que hablamos en otro lugar situado junto al Bierzo al lado del famoso lago de Sanabria. No fué el primer abad de aquella casa, sino sucesor de Pedro Cristiano y de Martín de quien recibió el hábito (**). De su patria y padres no ha quedado ninguna memoria. Crióse allí en compañía de otro varón de esclarecida santidad. Manrique (***) confiesa que se ignoraba el nombre de este socio. Cardillo le dá título de hermano, y lo llama Fr. Pedro Fresme. Ambos pasaron de la vida monástica á la eremitica. Nuestro Santo fue primero abad: luego se retiró con su hermano á su priorato de Santa Cruz de Casayo que estaba á la parte del Bierzo, si bien no léjos del monasterio de Castañeda. Allí sirvió algun tiempo el oficio de párroco, siendo para aquella feligresía estampa viva de toda virtud. De allí se retiró á lo interior de aquellas sierras, por donde anduvo algunos días hasta que fijó su residencia en una vega angosta del valle de Casayo. Vivieron los dos hermanos cada cual en su ermita, dados á la mortificacion y á la contemplacion. Muerto S. Gil, lo sepultó el hermano en su ermita, y en una tabla que dejó allí mismo clavada en la pared, escribió un compendio de su vida. Esta ermita la derribaron despues, y edificaron allí una iglesia en su nombre. Tiene tambien culto en el lugar de Casayo, donde se estableció

(*) Conforme á las memorias que de nuestro Santo dejó manuscritas el cronista de la órden del Cister Fr. Bernardo Cardillo y Villalpando en un libro intitulado «Lignum vitæ» que se conservaba en su colegio de Salamanca, y á las observaciones del M. Florez, tom. 16, pág. 352 y sig.

(**) No es cosa bien averiguada que este siervo de Dios fuese hijo de este monasterio de Castañeda donde fue abad, ó del de Carracedo del cual pasaron monjes á S. Martín de Castañeda el año 1150. El primer abad de estos fué Pedro Cristiano, el segundo Martín, cuya memoria comienza á fines de abril del año 1133 y llega hasta 29 de agosto de 1180. Nuestro Santo pudo ser uno de los que con estos dos monjes pasaron de Carracedo á Castañeda. Fr. Bernardo Cardillo Villalpando supone que nuestro S. Gil fue el sucesor inmediato de Martín. El M. Alonso, monge cisterciense, en las observaciones que acerca de esto hizo escribiendo al reverendísimo Florez, advierte que en marzo del año 1181 se halla ya memoria de otro abad de Castañeda llamado Pedro, que lo fué hasta 4 de setiembre de 1208. Muy poco tiempo fué abad de aquella casa S. Gil de Casayo, si lo fué antes de este último. Véase Florez ib. pág. 348.

(***) En sus anales, tomo 3.^o al año 1203, cap. 8.

cofradía con título de S. Gil aprobada por Benedicto XIV. Celebran su fiesta en aquella tierra tal día como hoy por no constar el de su tránsito. Y moviéndolos á esto la conmemoracion que la iglesia hace en este día de S. Gil abad. Con el tiempo llegó á turbarse esta tradicion, y algunos de aquellos naturales confundieron á nuestro S. Gil con el otro, aplicándole la especie de la cierva que se lee en la vida de S. Gil abad. Son muchos los beneficios del cielo que experimentan los vecinos de Galande, de Sanabria y de otros lugares de aquella tierra por intercesion de nuestro Santo.

DIA I.

San Vicente, presbítero y mártir.

LA villa de Besalú, una de las mas famosas del principado de Cataluña, posee de muy antiguo el cuerpo del bienaventurado S. Vicente Presbítero y mártir, que se venera en su iglesia parroquial llamada tambien S. Vicente, donde Dios por su intercesion hace sin duda á aquellos habitantes grandes mercedes. Celébrase la fiesta de este santo mártir el primer domingo de setiembre; y los sacerdotes rezan aquel día de él, y la colecta, que dicen así en la misa como en el oficio diurno, es la siguiente: *Præsta quæsumus omnipotens Deus: ut qui beati Vincentis martyris tui translationem colimus, intercessione ejus in tui nómínis amore robaremur. Per Dóminum, etc.* Los labradores del término y parroquia de Besalú le tienen por su patron; y los sacerdotes que habian visto la historia de este Santo, que despues se perdió, afirmaron que en ella se decia, que es abogado contra las tempestades; y como antiguamente aquella tierra estaba muy afligida de piedra y granizo, llegando allí este santo cuerpo quedó libre de semejante plaga. (*Domenec.*)

DIA III.

San Sandalio mártir.

EN este día se hace conmemoracion en el Martirologio romano de S. Sandalio, con la espresion de que padeció en Córdoba, esclarecida ciudad de Andalucia, fecunda madre de muchos mártires. Los estra-

gos que ha sufrido España en las repetidas irrupciones de muchos enemigos, que invadieron su terreno apetezible en los primeros siglos de la era cristiana, nos han robado las importantes noticias de los hechos laudables de no pocos héroes nacionales, que en los reñidos combates que tuvieron con los paganos, triunfaron gloriosamente de los enemigos de Jesucristo. Entre los de esta clase, sabemos que fué uno S. Sandalio de quien solo nos consta, por el Breviario antiguo de Córdoba, que alcanzó la corona del martirio á fuerza de los tormentos que inventó el odio de los idólatras contra los cristianos en la cruel persecucion que suscitó contra la Iglesia el impio emperador Diocleciano, segun se cree. Guardó él á Dios gran fidelidad en confesar su fé; y habiendo peleado muy valerosamente, acabó su carrera con triunfo: acreditándolo así su antiquísimo inmemorial junto en Córdoba, estendido á la Iglesia universal por la autoridad del martirologio romano.

DIA III.

San Nonito ó Nonicio, obispo y confesor.

SAN Nonito, ó como otros dicen, Nonicio, fué español, y comenzó á florecer en tiempo del rey Suintila. No tenia muchos años cuando, á lo que se cree, habiendo echado de ver los peligros de este mundo, determinó dejarle con todas sus pompas, y entrar en religion. Y como la órden de S. Benito haya sido la que mas ha florecido en santidad en la Iglesia de Dios, como dan de ello testimonio los muchísimos santos que tienen en ella canonizados, propuso recibir el hábito en ella, como de hecho lo hizo, aunque no sabemos en qué monasterio. Hecho religioso, supo tan bien granjear con Dios, y atesorar tesoros para el cielo, que muerto el bienaventurado S. Juan, obispo de Gerona, y monge de la misma órden, mereció ser su sucesor en la santidad y en el obispado (*); no por haber pensado mucho los hombres en ello, ni de resultas de largas deliberaciones sobre el asunto, sino que Dios para provecho espiritual de sus ovejas, promovió los ánimos, y con impensada deliberacion de ellas se vió puesto nuestro

(*) Dice el Dr. Pujades, que si se entiende que Nonito fuese sucesor inmediato de Juan, es una manifiesta equivocacion, porque entre los dos se halla el obispo Stefilo de Gerona, firmado en el tercer concilio de Barcelona. (Cron. univ. de Cataluña.)

santo en la dignidad episcopal, como lo dice Vaseo siguiendo á S. Ildefonso.

Fué este gran siervo de Dios devotísimo sobremanera de los santos, y era en particular aficionadísimo al bienaventurado mártir San Felix, asistiendo siempre con devoción particular á la reverencia y veneración del sepulcro y altar de aquel santo. Además de esto con sus virtudes y doctrina enseñaba á su pueblo y mostraba los dones de Dios que dentro de sí tenía.

Habiendo pues gobernado su Iglesia maravillosamente y alcanzado mucha santidad, sirvióse Dios darle el premio de los justos. Murió cerca de los años del Señor 636, reinando en España el rey godo Sisenando. Despues de su muerte fueron tantas las maravillas que Dios obró por él, (que segun dice S. Ildefonso) mereció ser puesto en el catálogo de los Santos.

Se halló en el quinto concilio Toledano, y se firmó en él, como allí se lee; debiéndonos persuadir que su santidad y doctrina se manifestaria bien en aquella congregación, pues vemos que S. Ildefonso le coloca entre los varones ilustres de aquel tiempo. Esto es lo que se ha hallado auténtico de este Santo. (*Domenec*)

DIA V.

Santa Obdulia.

EN este dia hace conmemoracion el Martirologio romano de Sta. Obdulia, de quien escribe el P. Quintana Dueñas en su Santoral Toledano, que aunque se ignoraron los padres, nacimiento educacion y acciones de esta gloriosa virgen, y el género de martirio que padeció en la cruel persecucion que suscitó contra la Iglesia el impío Juliano apóstata; consta haberse celebrado en la Iglesia de Toledo con especial solemnidad, segun se acredita por los antiguos misales y Breviarios de aquella santa Iglesia, cuya proteccion, con la de otros Santos tutelares de la misma ciudad, fué invocada por el rey Alfonso VI en la conquista de Toledo, donde se conservaron sus reliquias en grande veneracion hasta la irrupcion de los árabes; en la que temerosos los fieles de que cayesen en manos de los bárbaros, las trasladaron á Palma, fortaleza de Andalucia, de grande seguridad para la custodia de semejante tesoro. Allí permanecieron hasta el año 878, en que D. Juan Ocese, arzobispo de Toledo, queriendo enriquecer su Iglesia con las reliquias de la ilustre mártir, las volvió á ella en el 5 de se-

tiembre del año insinuado, en que de ella hace mención el martirologio romano.

El mismo escritor advierte ser distinta esta heroína española de otra *Sta. Obdulia*, que los martirologios señalan en el día 15 de diciembre, virgen y no mártir; la que habiendo nacido ciega, recuperó la vista al tiempo que recibió el bautismo de mano de Eberardo, obispo de Baviera; que es la que celebran religiosa benedictina los cronistas de esta religion, natural de la provincia de Alcasia, hija de Alico, duque de Suevia, la cual fué abadesa del monasterio que edificó su padre en el monte Boseo; y murió por los años 692.

DIA VIII.

Fiesta de Nuestra Señora de Monserrate é historia de su dichosa invencion.

LA dichosa invencion y descubrimiento de la venerabilísima y milagrosa imágen de nuestra Señora, que, con nombre de Monserrate, es venerada en Cataluña y celebrada en todo el orbe calólico, aconteció siendo conde soberano de Barcelona Wifredo *el Velloso*, por los años del Señor 888. Los muchos y grandiosos milagros, singulares beneficios y mercedes que por intercesion de la misma sacratísima Señora obra Dios nuestro Señor cada día en los que con reverencia y devocion visitan aquella santa imágen, exigen decir algo de lo mucho que pudiera decirse de las maravillas de aquel sagrado monte, felicísimo santuario de María.

La célebre y prodigiosa montaña de Monserrate, separada de los demás montes cercanos, es de figura tan estraña y particular que no se conoce otra semejante. Su aspereza á los que la miran de léjos, parece inaccesible; pero con ser toda peñas y riscos, hay en ella árboles frutales, saludables yerbas y flores silvestres. Y porque las peñas de esta montaña están divididas unas de otras como si las hubieran partido con sierra, se llama la montaña Monserrate en lengua catalana, que es lo mismo que monte aserrado. En la cima especialmente hay peñascos pelados agrupados unos y separados otros, formando todos pirámides de color de carne desde veinte á ciento cincuenta pies de altura. Por la parte que mira al norte las cortadas peñas y tallados riscos parecen una cortina ó lienzo de alguna bien fortalecida ciudad situada en aquel alto. Desde el pico superior de la montaña de Monserrate se descubren las islas Baleares, que están á

doscientas millas dentro del mediterráneo, como si estuvieran en Cataluña. Algo mas arriba de la mitad de su falda está situado el famoso monasterio, donde se venera la portentosa imágen de la Virgen; y en las puntas y picachos de las rocas se encuentran ermitas construidas algunas en las concavidades de las peñas, y otras en las mismas cimas, que servian antiguamente varios piadosos varones dados á la soledad y á la penitencia.

La historia del descubrimiento de la portentosa imágen de nuestra Señora que llamamos de Monserrate, y fundacion de su magnifico monasterio, es como sigue.

Vivia haciendo vida eremitica en aquel monte por los referidos años de 888, un santo varon llamado Fr. Juan Garin, cuya nacion y padres se ignoran, aunque se cree que fue catalan. Estuvo muchos años haciendo áspera penitencia en una cueva que aun hoy dia tiene su nombre y está en un alto junto al monasterio. Movidó el demonio de envidia por no haberlo podido inducir á cometer ningun pecado mortal, determinó establecerse en la misma montaña en hábito tambien de ermitaño y de varon santo, segun suele hacerlo algunas veces, y ocupaba otra cueva muy cerca de la de Fr. Juan Garin, que hay encima del monasterio, la cual hoy dia se llama la cueva de Satanás ó del diablo. Estando pues el varon santo en su cueva, fué un dia el fingido ermitaño á visitarle, y le manifestó admirarse de que hubiese tantos años que estaba sirviendo á Dios en aquella montaña, y nunca le hubiese visto hasta aquel dia; pero que en adelante le tuviese por vecino, y que él acudiria á menudo á verle, como en efecto lo hizo, para tener mejor ocasion de tentarle.

Entre tanto otro demonio se entró en el cuerpo de la infanta Richilda, hija del conde de Barcelona Wifredo *el Velloso*; y siendo conjurado el enemigo muchas veces, dijo que nunca saldria de aquella doncella si no la llevaban á Fr. Juan Garin, siervo de Dios, que vivia en la montaña de Monserrate. Informado el conde de quien era aquel santo varon, él mismo fué con su hija, y habiendo dicho á Fr. Garin la causa de su visita, el santo varon rogó á Dios que por su infinita bondad se apiadase de la atormentada doncella.

Apenas hubo acabado la oracion el santo anacoreta, cuando la doncella quedó libre del demonio. No se puede esplicar el contento del conde y de los que con él iban de tan feliz suceso; pero acordándose el conde que habia dicho antes el demonio que si no dejaban la doncella sola con el santo hombre en su cueva por nueve dias, volveria á ella, dijólo á Fr. Juan Garin, pidiéndole lo tuviese por bien. Disgustóle en extremo al solitario la demanda del conde, la cual contradijo con todas sus fuerzas; mas tanto porfió el conde, que hubo de consentir en que se quedase allá la doncella; y el conde con su comitiva

bajó al lugar de Monistrol, situado al pié de la montaña para esperar allí los nueve dias; y tenia cuidado de enviar cada dia la comida para su hija. El santo ermitaño la daba muy buenos documentos y la enseñaba como habia de servir á Dios y salvar su alma. Pero la familiaridad dió motivo á la trama que ya el demonio tenia urdida, porque levantóse de improviso un fuego tan terrible en el pecho fatigado por los ayunos y asperezas de Fr. Juan Garin, que temiendo la caída determinó separarse á toda costa de la doncella. Dirigióse el siervo de Dios al falso ermitaño, y despues de haberle comunicado su tentacion, pidióle su consejo. Le respondió el demonio que la separacion que se proponia no era mas que una cobardia, que antes bien debia perseverar para ganar la corona en la pelea. Con todo esto, aunque Fr. Juan no se fué, encarecia á los criados del conde que le dijesen de su parte, que pues su hija estaba remediada, viniese por ella y se la llevase. Una noche por fin fue la tentacion tan vehemente en el ermitaño flaco, que perdida la razon y vencido, se aprovechó de la doncella y la deshonoró.

Al delito sucedió la confusion y vergüenza hasta el punto de desesperar. No obstante fué á pedir consejo al falso ermitaño, quien le consoló diciéndole, que de ninguna manera debia esponerse á perder su reputacion de santidad y mucho menos á las resultas del resentimiento del conde, pues debia estar cierto que su hija le diria la fuerza que se le habia hecho; de consiguiente que sin perder momento volviese á su cueva y la matase, enterrándola secretamente.

Halló bueno el consejo Fr. Juan Garin: degolló, pues, á la hija del conde y luego la enterró debajo de unas peñas en el mismo paraje donde está hoy la iglesia. Hecho ya el entierro, despues del estupro y del homicidio, dejando el fingido ermitaño su disfraz, se apareció á Fr. Juan Garin tal cual él era, y mofándose de los pecados que le habia hecho cometer le dijo muchas cosas, para hacerle desesperar de la misericordia divina. Hubiera conseguido indudablemente su objeto el demonio, á no haber el Señor detenido milagrosamente con su mano piadosa al pobre Garin, quien vuelto en si empezó á llorar amargamente sus culpas, pidiendo perdon y misericordia de ellas al mismo Señor que tenia agraviado. Proponiéndose en seguida hacer verdadera penitencia, que es la propia y mas segura medicina de los pecados, determinó ir á buscar en la ciudad de Roma, y recibirla directamente del vicario de Jesucristo en la tierra.

El dia siguiente pasó el conde con toda su comitiva á la cueva donde con Fr. Juan habia dejado su hija. Pero no hallando allí al uno ni á la otra, imaginarse puede y no explicar el desconsuelo del conde y de los suyos: mandó que les buscasen por el monte, y no hallando indicio ninguno tuvo que volverse á Barcelona afligido y pensativo.

Caminaban á un mismo tiempo el conde Wifredo para Barcelona y el arrepentido Juan Garin para Roma. Al llegar éste á la santa ciudad, se confesó con el mismo Sumo Pontífice, el cual le absolvió; dándole en penitencia, que de rodillas por tierra se volviese á su ermita, y que nunca mirase al cielo, sino que á gatas ó cuatro pies como un jumento que habia sido por el pecado, anduviese arrastrando su cuerpo hasta que un niño de cuatro ó cinco meses le dijese, que se levantara que ya Dios lo habia perdonado.

Aceptó Fr. Juan la penitencia, y gastó en el camino mucho tiempo por lo poco que podia caminar de aquella suerte; y vuelto á su cueva hizo áspera penitencia, no comiendo sino yerbas. Con el tiempo se le rompieron los vestidos quedando todo desnudo, y con el rigor de los frios y calores y la poca comida se le disecaron las carnes y le creció el pelo tanto, que parecia un oso salvaje. Cumplian siete años que Garin perseveraba en aquella penitencia cuando fué hallado por cazadores de la servidumbre del mismo Conde Wifredo *el Velloso*, los cuales no pensando que fuese hombre sino salvaje de naturaleza estraña, le ataron una cuerda al cuello, sin que él lo resistiese, y lo presentaron á su Señor, quien como animal raro, mandó llevarlo á Barcelona, donde lo pusieron en un establo en la casa del conde, y allí le daban de comer.

Entre tanto que el penitente Fr. Juan Garin estaba incógnito en la casa del propio ofendido Conde de Barcelona, aconteció la feliz invencion de la imágen de nuestra Señora, y pasó de esta manera.

Estando siete muchachos ó pastoreillos del lugar de Monistrol apacentando algunas reses por la montaña de Monserrate, algunos sábados, así que se hacia de noche, vieron que á una cueva de la montaña puesta á la parte que mira á oriente, descendian del cielo luces de resplandor extraordinaria, á las cuales se seguian melodias de suavísimos cánticos y concertada música. Vista y oida una y otra vez aquella celestial vision, lo dijeron á sus padres, y visto por éstos ser verdad lo que decian los muchachos, dieron noticia al cura de Monistrol. Y tambien éste, certificado de la maravilla, determinó dar razon de aquel caso al obispo de Manresa (*). El cual con mucha comitiva subió el sábado siguiente á la montaña de Monserrate, á la hora que se tañe la Ave María, y vió las luces, y oyo la música, cuyas melodias duraron hasta la media noche, quedando el prelado y los que con él estaban muy admirados. Al otro dia, domingo dió orden

(*) Así lo intitula la historia original, dice el Dr. Pujades, añadiendo que hubo obispo en Manresa hasta que la sede fué restituida en Vique de Ausona, que habia pasado á aquella ciudad por ocasion de los moros. *Crónica del Principado de Cataluña.*

el obispo que se examinase el lugar donde solian entrar las luces; y aunque se verificó con suma dificultad por la aspereza de la subida, dentro de una pequeña cueva vieron una imágen de nuestra Señora de bulto y de gran devocion, sintiendo dentro de aquel lugar mucha fragancia. Llegó el obispo, y vió la imágen, y quedó admirado y lleno de gustos del cielo.

Jamas se ha podido saber quien allí la puso, ó de donde vino aquella imágen: pudo ser que algun devoto la escondiese en la cueva en que fue hallada al tiempo que los moros anduvieron por Cataluña.

Hallada pues la venerable imágen mandó el obispo traer cera, y ordenó una devota procesion, con propósito de llevarse aquella preciosa joya, y enriquecer con ella á la iglesia de Manresa. Mas desde que llegó al lugar donde ahora está la iglesia del monasterio, ya no hubo fuerzas en los que la llevaban en andas para pasar adelante, mover atrás ni mover un punto la santa imágen.

Conocido del obispo por divina inspiracion aquel misterio, y que era la voluntad de Dios que quedase allí la sagrada imágen, determinó juntamente con el clero y pueblo allí presentes que se edificase en aquel lugar una capilla á honor y reverencia de nuestro Señor Jesu-cristo, á título é invocacion de su santísima Madre con nombre de Monserrate, quedando en su guarda el cura que habia dado aviso al obispo de Manresa.

Cuando lo dicho pasaba en Monserrate, estando todavía Fr. Juan Garin en su penitencia, cumplidos ya siete años sin mirar al cielo, sino tratado como bestia salvaje en el establo de casa del conde con una cuerda al cuello; acaeció que haciendo el conde Wifredo *el Velloso* un magnifico convite regocijándose del feliz parto de un hijo varon que habia tenido la condesa tres meses antes, fué traído el salvaje al lugar del convite; y mientras estaban comiendo, se acercó la ama al salvaje, teniendo en sus brazos al infántico cuyo natalicio se festejaba; el cual poniendo entónces su tierna vista en el supuesto bruto, en vez de espantarse como era natural, en alta é inteligible voz dijo al penitente: *Levántate, Fr. Juan Garin, que Dios te ha perdonado tus pecados.*

Desde que Fr. Juan oyó la voz del niño y vió cumplido lo que el papa le habia mandado esperar, se levantó en pie y comenzó á dar gracias á Dios de la merced que le habia hecho en haber aceptado su penitencia: fuése luego al conde, y de rodillas le refirió el suceso de su hija diciéndole que hiciese de él lo que tuviese por conveniente. El conde muy admirado le respondió que pues Dios le habia perdonado, él tambien le perdonaba; y mandóle quitar la forma de salvaje y vestir como religioso.

Tratóse luego por el conde de ir al lugar adonde Fr. Juan Garin

habia enterrado la doncella para trasladar su cuerpo á Barcelona, y visitar al propio tiempo la capilla que nuevamente se edificaba á honra de nuestra Señora. Llegados allí, y acabadas las devotas oraciones á la imágen nuevamente descubierta, mostró Fr. Garin el lugar donde estaba enterrada la infanta: apartadas las piedras que la cubrian, apareció la hija del conde viva, hermosa y sin lesion alguna; solo mostraba en su cuello una señal como un hilo de grana por donde le habia pasado el cuchillo. Inesplicable fué el regocijo del conde y de todos los presentes. Habló el conde á su hija preguntándole lo que de ella habia sido, y respondió, que antes que fuese ella degollada habia tenido siempre grande devocion á la Virgen, y ella se habia servido preservarla de la muerte y guardarla en aquel lugar tantos años y dias como habian pasado. Quiso el conde llevar consigo á su hija con intento de casarla; mas ella manifestó que nunca tomaria marido y que sus deseos eran permanecer toda su vida al servicio de la Virgen y de su hijo en Monserrate. El conde vistos los laudables intentos de su hija, edificó en la nueva ermita un monasterio de monjas bajo la regla de San Benito, del cual fué la primera abadesa la misma infanta Richilda, hija del dicho conde Wifredo *el Velloso*. Sirvieron en el nuevo monasterio de capellan y donato respectivamente los venerables cura de Monistrol y Fr. Juan Garin; donde uno y otro acabaron santamente su vida.

Unos cien años despues, creciendo la devocion de aquella santa casa, y visto que la abadesa ni monjas bastaban á proveer en lo que convenia á la muchísima gente que concurría por razon de la sagrada imágen, y que no parecia bien de otra parte comunicar monjas con tanta gente estrangera, el conde Borrell con autoridad del sumo pontífice llevó de allí las monjas al monasterio de San Pedro de las Puellas de Barcelona, y puso monges claustrales del mismo orden de San Benito sacados del monasterio de Ripoll. Despues por los años de 1495 los católicos reyes D. Fernando y D.^a Isabel, pusieron en él la observancia, siendo el primer abad observante Fr. García de Cisneros.

No debemos pasar en silencio que algunos les parece que tiene dificultades la historia de la invencion de la imágen de nuestra Señora de Monserrate y lo demás que se ha dicho de la historia de Fr. Juan Garin tan enlazada con aquella. Respóndese á esto que por tradicion antiquísima señalanse todavía las cuevas de Fr. Juan Garin y la de Satanás el fingido ermitaño, y hay (ó á lo menos habia antes de los últimos sucesos políticos que tantas preciosas antigüedades han destruido) figuras de piedra que representan el penitente y el infante en brazos de su ama con tanta antigüedad, en la misma casa de los condes de Barcelona donde pasaron los sucesos referidos y subsiste

aun hoy día en la otra esquina del convento de monjas Agustinas titulado de Santa Magdalena en la Riera de San Juan, la cual poseian antes de ahora los monges Bernardos de Santas Cruces, que bien pudiera notarse de muy incrédulo y duro el que pertinazmente lo negase. Y así en nuestro concepto no hay porque se ponga en duda, puesto que si nuestras historias, conforme dice el Dr. Pujades, no tienen la autoridad del libro de Daniel, sin embargo nadie puede negar que pudo repetirse la penitencia del rey Nabucodonosor, el cual anduvo siete años como salvaje sin levantar los ojos al cielo y pacienciendo yerbas. Y sino, dice nuestro Villegas; dése otro origen y cuenten otra historia digna de una imágen tan nombrada en toda la cristiandad y tan famosa por milagros; la cual no dando, como es cierto que no darán, recibase y dése crédito á lo que se ha dicho.

La devotísima imágen que hoy está en el altar mayor de la iglesia del manasterio de Monserrate es la propia cuya milagrosa invencion hemos referido: su figura es como de una noble señora, el rostro moreno, pero bien formado, muy deleitable á la vista, aunque de grave autoridad y magnificencia; tanto que se conoce evidentemente que con su grave aspecto mueve á reverencia y causa espanto á los que se atreven á mirarla de cerca. Saben esto muy bien los que la mudan los mantos en ferias y festividades segun el ceremonial de la iglesia, que apenas la osan mirar en el rostro porque les aterra y espanta. Está sentada con majestad, y en su regazo sostiene la imágen de su benditísimo hijo asentadito, del tamaño de un infante de tres á cuatro meses. La imágen de la madre tiene la mano izquierda sobre el hombro izquierdo de la de su hijo, sacando la derecha bajo del brazo derecho de la misma figura del Señor, tan tendida, que el infante lo puede bien ver, y algo cerrada á manera de quien quiere mostrarle alguna cosa de peso y entretenerle.

Antes de las vicisitudes políticas que tanto han variado la faz de nuestras casas religiosas de España, gloriosos monumentos de la piedad y magnificencia de nuestros mayores, ardian delante de la sagrada imágen de nuestra Señora de Monserrate sesenta y dos lámparas todas de plata, que dieron sumos pontífices, emperadores y reyes. Había constantemente cuarenta cirios, algunos de ellos de veinte y cinco quintales de cera. Había riquísimos ornamentos y joyas y preseas de sumo valor para el servicio del altar, dádivas generosas de personas principales y devotas. Y veíanse tambien millares de imágenes, unas pintadas, otras de bulto de hombres y mujeres, algunas de cera, otras de madera con diversas señales de heridas de lanzas, de espadas, de arcabuces, saetas y de otras muchas maneras, que todas eran heridas mortales, y por intercesion de nuestra Señora fueron curadas. Estaban todas las paredes de la iglesia y

claustrros poblados de semejantes trofeos. De los milagros probados con las diligencias necesarias y convenientes hay un libro grande, en que son sin número los enfermos sanos, los endemoniados libres, los cautivos fuera de cautiverio, y los muertos resucitados, todos por los méritos y favor de la Virgen honrada y reverenciada en su santa imágen de Monserrate.

La festividad se celebra tal dia como hoy en que la iglesia hace conmemoracion de la Natividad de nuestra Señora. (*Domenec y Pujades.*)

DIA VIII.

Beato Gudila.

LA santidad del beato Gudila, célebre arcediano de Toledo, es famosa dentro y fuera de España. «San Julian, dice el padre Florez, primero diácono y luego arzobispo de Toledo, contrajo singular amistad con otro, que como él se habia criado en la catedral, llamado Gudila, á quien Felix, arzobispo, elogia con titulo de *santa memoria*, y llegó á ser arcediano de la santa iglesia, firmando como tal el concilio 11 de Toledo. Entre los dos parece que no habia mas que un alma, concordés siempre en lo bueno, y deseosos igualmente de retirarse á vivir en monasterio; pero como esto no se les proporcionase, procuraron resarcir aquel empleo con otros muy del agrado de Dios, cuidando de instruir á los inferiores, y ser ellos prontisimos en obedecer á los mayores, sin descuidarse de otros fervorosos ejercicios de virtud, empeñados en granjear y adelantar en todos. El año octavo de Wamba, esto es, en el de 679, murió Gudila tal dia como hoy, y su amigo S. Julian le dió honrosa sepultura en un monasterio dedicado á S. Felix en la villa de Cabense.» Semejantes elogios tributa á la santidad de nuestro arcediano el célebre Morales siguiendo á su historiador el prelado Felix, pues dice que éste «bien á la larga cuenta la viveza de la fe de entrambos (Julian y Gudila) el ardor de su santidad, y la humildad y obediencia en todo su ministerio... Quiso dar Dios á Gudila temprano el premio de este buen servir, etc.» Tal hombre, escribe Nicolás Antonio, dejó con su santidad ennoblecida la iglesia de Toledo. Padilla, Tamayo, Ferrari, Peyronet y otros ponen á Gudila en los catálogos que escribieron de unos Santos de España, otros de Santos en comun. Mencionanlo tambien los Bolandos *in præterm. ad diem 27 aug. y 8 sept.*

DIA IX.

Santa Maria de la Cabeza.

EN la corte de Madrid es uno de los objetos de la mayor veneracion Sta. Maria de la Cabeza, dignisima esposa de S. Isidro, patrono de la misma villa. Aunque convienen los escritores de la nacion que fué originaria de la provincia de Toledo, se diferencian en el lugar de su nacimiento: unos estiman que fué de la villa de Uceda, otros que Torrelaguna, y otros que Caraquiz; pero el que reflexione que en la época de su nacimiento era Torrelaguna aldea de Uceda, y que Caraquiz fué, como es en el dia, una granja del territorio de aquella, no tendrá dificultad en conceder que fue natural de Uceda. El escritor de esta vida, que ha sido párroco en la misma villa, interesado en el descubrimiento del origen de esta Santa, habiendo registrado con la mayor escrupulosidad los archivos de ella, aunque no encontró en ellos documento alguno justificativo sobre este punto de controversia; convencido de que en aquel pueblo es la prueba justificativa de la feligrésia de las familias la contribucion privativa de diezmos de algun predio; pagándose como se paga en el dia á la parroquia de Santiago de Uceda los de una heredad de Caraquiz, que hasta hoy se llama la huerta de Sta. Maria de la Cabeza, no tiene duda que fue feligrésa de esta iglesia, lo que se comprueba por la tradicion de los naturales.

Aunque nos robó el tiempo las importantes noticias de la crianza de Maria y de las laudables acciones de su infancia, con todo, por la fama de su eminente virtud, ya constante en su juventud, podemos inferir que fué educada desde la cuna en el seno de la religion católica; cuyas piadosas máximas siguió fielmente, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, mamando con la leche una tierna devocion á la santisima Virgen, la que conservó inviolable toda su vida. Llegó aquel punto de edad en que la naturaleza manifestó las apreciables cualidades con que la dotó el cielo, y deliberando sus parientes darla estado de matrimonio con una persona de iguales prendas, lo proporcionó así la divina Providencia.

Habiendo muerto Alfonso VI, rey de Castilla, aquel invicto príncipe, temor y azote el mas terrible de los agarenos, á quienes ganó tantas y tan recomendables victorias, cercó á Madrid Ali, rey de los almoravides, auxiliado de los moros africanos; y haciendose duc-

ño de él por los años 1108, se vieron en la precision muchos cristianos de retirarse á los pueblos de la comarca, huyendo de la tirania de los sarracenos. Uno de estos fugitivos fue S. Isidro, que no pudiendo ejercer con la libertad que apetecia los santos ejercicios de su costumbre en su patria, por motivo de la irrupcion enemiga, pasó á Torrelaguna, ocho leguas distante de ella, donde se ajustó por mozo de labor con uno de los hacendados de aquel pueblo. Aunque mudó de lugar, no varió un ápice de su justificada conducta, ni alteró la práctica de sus laudables devociones. Hizose el objeto de la veneracion de todos por su humildad, por su modestia, por su paciencia y por su sencillez. Prendado su amo de su eminente virtud, y de las abundantes bendiciones que Dios echaba sobre la hacienda por los méritos de su criado, pensó, con otros sugetos afectos al santo jóven, proporcionarle una esposa semejante á su modo de pensar. Como Maria de la Cabeza era conocida en aquel púeblo por su honestidad y por sus apacibles cualidades, deliberaron unir con el vínculo del matrimonio á los dos héroes, iguales en circunstancias y en sentimientos. Consultaron ambos con Dios el asunto por medio de la oracion; con su beneplácito recibieron el sacramento, y con él aquella gracia que presta auxilios y fuerzas á los casados para soportar las cargas del matrimonio. Habian nacido aquellas dos grandes almas la una para la otra; y siendo tan conformes en los dictámenes, no podía dejar de ser feliz aquella union, en la que no atendiendo á codiciar hermosura ni riquezas, solo aspiraban á prosperar con un amor casto en el camino del cielo. Raras veces se ha ofrecido á los ojos y á la veneracion del mundo virtud mas heroica en este estado, pues prevenidos los dos castos esposos con aquellas gracias especiales que están destinadas para hacer los mayores Santos, lo acreditaron así con sus admirables obras.

Tenia la Santa una heredad propia en la granja de Caraquiz, la que hasta hoy se conserva, llamada la huerta de Sta. Maria de la Cabeza. Con este motivo y el de haber tomado Isidro otras tierras á renta en el mismo sitio de un hacendado de Torrelaguna, fijaron ambos su residencia en aquella caseria, donde entablaron un tenor de vida tan angélica, ocupados, el uno en el cultivo de las heredades, y el otro en el cuidado de su casa, sin omitir gastar el tiempo sobrante de sus respectivas labores en todas las obras piadosas que recomienda nuestra santa religion, haciéndose ambos por estos medios el objeto de la veneracion y de los mas altos elogios de los pueblos comarcanos.

Como Maria de la Cabeza profesaba una singular ternísima devocion á la santísima Virgen, en quien despues de Dios tenia puesta toda su confianza, visitaba con frecuencia una ermita contigua á la granja de Caraquiz, dedicada á la Reina de los ángeles, esmerándose en la limpieza y aseo de aquel santuario, que era el teatro de sus

mas fervorosas oraciones. Tenia la devocion de llevar aceite para encender la lámpara que ardía ante el altar de la Señora, y llegando un dia de invierno á la orilla del rio de Jarama, que media entre la granja y la ermita, viendo que era difícil pasar sus rápidas corrientes, entristecida de no poder ejecutar su acostumbrado obsequio, se la apareció la santísima Virgen, y asiéndola de la mano la pasó al otro lado, haciendo lo mismo á su vuelta, cuya enseñanza la sirvió para que repitiese iguales prodigiosos tránsitos en semejantes circunstancias.

No fueron solas estas maravillas las que ejecutó la dichosa labradora. Ocurrió un año tan estéril que apenas cogió Isidro el grano que habia sembrado. Imposibilitado por lo mismo á satisfacer la renta al dueño de las tierras, no reparando éste en la satisfaccion puntual que le tenia hecha en los años antecedentes, como si la escasez del año fuese culpa del Santo, le arrebató el poco grano de la era. Quiso hacer lo mismo con la paja; pero habiéndole suplicado María por amor de Dios que se la dejase para mantenimiento de los bueyes, condescendió con sus ruegos aquel hombre avariento. Conoció la Santa la pena que causó á su marido la impiedad del hecho, y cumpliendo con las obligaciones de una buena consorte, comenzó á consolarle, diciéndole, que el Señor, como padre de misericordia, les socorreria en aquella afliccion, aconsejándole al mismo tiempo, llena de confianza en la divina Providencia, que diese otra vuelta á los granzones. Como el Santo tenia formado tan elevado concepto de la eminente virtud de su esposa, lo hizo así, siguiendo su consejo; y dando á la paja una vuelta con el biello, sacó de ella trigo suficiente para sustentarse todo aquel año, y sembrar en el siguiente.

Vivia Isidro lleno de gozo dando al Señor muchas gracias por haberle concedido una esposa de tanto mérito; pero habiendo determinado volver á su patria para continuar en ella su profesion, comunicó su determinacion á María; y aunque ésta sentia en el alma dejar el santuario donde rendia sus respetos á la santísima Virgen, como era tan obediente á las disposiciones, y aun á las insinuaciones de su marido, pasó en su compañía á Madrid; donde el porte y justificada conducta de ambos héroes fué una serie continua de eminentes virtudes y acciones maravillosas que les hicieron amables, respetables, y aun venerables de todos los matritenses.

Quiso Dios concederles fruto de sus bendiciones, dándoles un hijo que fué el consuelo y la alegría de los dos santos esposos; pero teniéndole María en los brazos cerca del pozo de su casa, haciendo el niño un extraordinario movimiento cayó en la profundidad inopinadamente. Ya se deja discurrir la pena y sentimiento que concebiria la santa madre en aquella desgracia. Esperó sin embargo á que Isi-

dro viniera de su labor, y refiriéndole bañada en lágrimas el lastimoso suceso, llenos ambos de confianza se pusieron á orar cerca del brocal del pozo, rogando á Dios y á la santísima Virgen se dignase consolarles. Oyó el Señor con agrado sus reverentes súplicas, y conforme continuaban la oracion, iban creciendo las aguas hasta que llegaron al brocal, subiendo encima de ellas el niño vivo y risueño, jugueteando con las manecitas sobre el elemento. Dieron ambos á Dios las gracias correspondientes, y para servirle con mayor perfeccion, determinaron despues vivir en adelante castamente como dos virtuosos hermanos.

Deseosa María de satisfacer sus acostumbrados cultos á la santísima Virgen en la ermita dicha, se retiró á Caraquiz con beneplácito de su esposo, donde se ocupaba en los mismos laudables ejercicios que cuando ambos vivian en aquella granja; de lo que envidioso el enemigo comun procuró alterar la paz del fidelísimo matrimonio. Aunque quedó lleno de confusion en las repetidas veces que lo intentó estando juntos los dos esposos; con todo, pareciéndole mas proporcionada la coyuntura de su separacion, se apareció en traje de un labrador conocido á otro de su profesion que pasaba á la villa de Madrid, y en tono de condolerse le previno que noticiase á Isidro la infidelidad que le hacia su consorte, mal entretenida con los pastores que apacentaban sus ganados cerca de la ermita á pretexto de su devocion. Dió el sencillo labrador esta sensible noticia al siervo de Dios; y aunque le constaba á éste por repetidísimas pruebas la fidelidad de su esposa, con todo quiso desmentir la calumnia. Partió de Madrid el Santo acompañado con el mismo labrador, y llegando ambos cerca de Caraquiz á tiempo que salia María para el santuario, puestos en observacion, vieron que al acercarse á las crecidas corrientes del rio de Jarama, tendiendo sobre ellas la mantilla, puestos los ojos en el cielo, pasó las aguas prodigiosamente. Quedaron ambos convencidos de la falsa imputacion á vista de esta estupenda maravilla, y mas, cuando la repitió la Santa á su regreso á presencia de muchos testigos.

Retiróse á Madrid Isidro, despues que tuvo el consuelo de ver á su amada esposa, y de haber declarado que el enemigo infernal fue el autor de la calumnia. Ocurrida su última enfermedad pasó á asistirlo María con la caridad y amor que profesaba á tan digno marido; y satisfechos los ritos de su funeral, se volvió á Caraquiz con firme resolucion de pasar el resto de su vida en servicio de la santísima Virgen. En efecto, no satisfecha su devocion con el aseo ordinario de la ermita; pedia limosna por todos los pueblos de la comarca para la decencia y luz del santuario, donde pasaba horas énteras, y aun dias y noches en fervorosas oraciones y dulcísimos coloquios con la Reina de

los ángeles, quien con su santísimo Hijo la favorecieron muchas veces con su real presencia. Ocultó en su vida la santa viuda aquellos esquisitos favores, los que el Señor hará públicos en el último dia de los siglos, para ostentacion del elevado mérito de su sierva.

Llegó, en fin, el tiempo en que quiso Dios, premiar los relevantes merecimientos de María, y conociendo esta que se acercaba la hora de su muerte, se dispuso á recibirla con las preparaciones propias de su espíritu, todo abrasado en las llamas del amor divino. Recibió los últimos sacramentos, y entre muchos afectos de contricion, y tiernas exclamaciones á la santísima Virgen, que la asistió en aquella hora, acompañada de coros angélicos, entregó tranquilamente su espíritu en manos del Criador en el dia 8 de setiembre á fines del siglo XII. Apenas se supo su muerte, cuando concurrieron los pueblos de la comarca á tributarle los últimos obsequios, y despues de ellos dieron á su cuerpo sepultura en la misma ermita, segun su disposicion.

Como era tan pública la fama de santidad de la sierva de Dios, desde luego acreditaron los fieles este concepto con todas las pruebas que acostumbra la piedad cristiana para demostrarlo. Colocaron en el altar mayor de aquel santuario la cabeza de la Santa para la veneracion pública: llamándose desde entonces. el que hasta allí de la Virgen de la Piedad, de Sta. Maria de la Cabeza. Pintaron sus efigies con los síntomas de bienaventurada. Celebraron su fiesta en el 8 de setiembre, dia de su glorioso tránsito, con grande concurso de los pueblos contiguos. Velaron sobre su sepulcro, del que sacaban tierra para remedio de muchas enfermedades, en que se espermentaban prodigiosos efectos. Fundóse en la misma ermita una cofradia con la advocacion de la Santa, y todos los años venia una procesion al santuario del lugar de Valdepiélagos, en el dia de S. Marcos; y se daba en Caraquiz una caridad ó limosna general á todos los concurrentes, para cuya obra pia dejaban algunas personas legados en sus testamentos, en memoria de Sta. Maria de la Cabeza.

Solo faltaba á estos testimonios de veneracion y culto la aprobacion solemne de la silla apostólica. Las vivas diligencias que cada dia se hacian para la canonizacion de S. Isidro escitaron á los fieles á que solícitasen lo mismo con su santa esposa. La villa de Madrid, en nada inferior á alguna otra en la devocion y afecto á la sierva de Dios, instó á monseñor Camilo Cayetano, nuncio á la sazón en España, para que se procediese á la informacion de la vida, virtudes y milagros de Sta. Maria de la Cabeza. Dió para ello este legado comision á Fr. Domingo de Mendoza, del orden de Predicadores, juez apostólico en la causa de la canonizacion de San Isidro, quien pasó á la villa de Torrelaguna, á recibir la justificacion apetecida; y conduciéndose al santuario al reconocimiento de las reliquias, como aquella ermita es-

tuvo en poder de los templarios, despues en el de los claustrales, y últimamente en el de los observantes de S. Francisco por concesion del cardenal Cisneros, los cuales hasta el día mantienen un donado ó tercero en ella, á fin de que cuide de su asistencia ó aseo; con estas mutaciones, y otras varias obras que se hicieron precisas, se perdió la memoria del sepulcro de la Santa. Sintió en el alma este defecto Francisco de Cuevas Vergara, notario del proceso, cordialísimo devoto de la Santa; y rogándola se dignase manifestar el sitio donde se hallaba su venerable cuerpo, haciéndolo así María, con este aviso cavaron bajo un poyo de la sacristía donde habia estado mas de quinientos años, y se encontraron sus huesos; cuya identidad se justificó por el olor fragantísimo que despedía, y por otros muchos prodigios que se dignó el Señor obrar en aquel feliz descubrimiento; los cuales trasladó el comisionado al convento de los observantes de Torrelaguna, dejando por entonces la cabeza de la Santa en la ermita.

Crecian cada día los deseos de la mayor veneracion de la sierva de Dios, y distinguiéndose sobre todos el rey Felipe III hizo que presentase su embajador en Roma los procesos formados sobre las virtudes y milagros de la Santa al papa Paulo V con cartas suplicatorias de su majestad, de las personas mas distinguidas de la corte, de las villas de Madrid, Torrelaguna, y de la cofradia de la Santa en solicitud de su canonizacion. Espidió su Santidad las correspondientes letras para nuevos procesos, nombrando por jueces apostólicos á monseñor nuncio D. Antonio Cayetano, á D. Bernardo Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, y al obispo de Sidonia D. Juan Avellaneda Manriquez. Interin se hacia la informacion de testigos en Madrid, enviaron los dichos para el mismo efecto á la villa de Torrelaguna á D. Alonso Franco, cura de S. Andrés, con particular encargo sobre el reconocimiento de las santas reliquias; y evacuada esta diligencia por medio de inteligentes facultativos, trasladó la cabeza de la Santa al convento de los observantes de la misma villa, juntándola con las demás en una preciosa urna, para cuya seguridad se entregaron las llaves de sus cerraduras á varias personas condecoradas. Concluido el proceso se remitió á Roma; pero habiendo ocurrido la muerte de Paulo V, se retardó el gozo que esperaban los interesados les dispensase su Santidad. Resumida la causa con nuevo ardor en el pontificado de Inocencio XII, á instancia del rey Carlos II, espidió su Santidad las correspondientes letras, por medio de la sagrada Congregacion de Ritos, para que se procediese á la justificacion del culto inmemorial de la Santa, nombrando por jueces al obispo de Daria, sufragáneo de Toledo, y al Dr. D. Juan Caldera, vicario general del mismo arzobispado; los que en vista del proceso formado declararon definitivamente ser constante y cierto el culto inmemorial de la sierva de Dios, cuya determi-

nacion aprobó la sagrada Congregacion de Ritos, y confirmó Inocencio XII por su Bula apostólica de 11 de agosto del año 1697, con lo que quedó declarada en el catálogo de los Santos Sta. María de la Cabeza.

Es de notar que cuanto mas se estendia el culto de la Santa, tanto mas crecia su afecto y devocion en la villa de Madrid, en virtud de la cual solicitó con la religion de los observantes franciscanos la entregasen las reliquias de la Santa, para colocarlas con las de su santo esposo. Interpuso la mediacion de los reyes para el logro de su pretension; y no pudiéndose resistir los religiosos á tan altos respetos las dieron con la mayor cautela á dos regidores de Madrid, que las condujeron en el 27 de febrero de 1645. Apenas se supo en Torrelaguna la traslacion, cuando arrebatada la plebe de aquel espíritu de devocion que suele degenerar en un zelo furioso, cercaron el convento, y quisieron cometer los mayores insultos contra los religiosos; pero sosegados por algunas personas de autoridad, no por esto dejaron de poner su demanda formal en el consejo, para que se les reintegrase del tesoro de que habian sido despojados. En fin, terminada la cuestion con que se les diese alguna reliquia, se colocaron las demás en la capilla de S. Andrés, donde estaban las de su santo esposo. Allí permanecieron algunos años hasta que se trasladaron las de ambos héroes con la mayor solemnidad á la real iglesia de S. Isidro de Madrid, donde se ofrecen á la veneracion pública sobre el altar mayor, en dos preciosos depositos de grande estimacion. (*Véase la vida de S. Isidro el dia 15 de mayo.*)

DIA IX.

San Gregorio, confesor.

EN este dia se celebra en Alcalá del Rio, pueblo inmediato á Sevilla, la fiesta de S. Gregorio confesor, de quien solo nos consta su culto y el descubrimiento de sus reliquias, porque la injuria de los tiempos robó á la posteridad las importantes noticias de este y otros muchos héroes que florecieron en España en los siglos antiguos. Créese que los cristianos ocultaron el cuerpo de este ilustre Santo en la irrupcion que hicieron los moros en España, temerosos de que cayese en manos de los bárbaros tan precioso tesoro; pero habiéndose descubierto su sepulcro en el año 1460, se encontraron solo sus huesos con la inscripcion siguiente: *En este tumulo yace el siervo de Dios*

Gregorio que vivió sesenta años poco mas ó menos, y murió en paz en el día 9 de setiembre de la era 542, que corresponde al año 504. Dignóse el Señor obrar repetidos milagros por la intercesion de su fiel siervo, los cuales movieron á la piedad de los reyes católicos D. Fernando y doña Isabel, á que erigiesen en honor del Santo una magnífica iglesia, donde se conservan sus reliquias en una preciosa urna, y son tenidas en grande veneracion por todos aquellos naturales.

DIA XII.

Beato Miron, confesor.

EL bienaventurado siervo de Dios Miron, nació en la parroquia de Tagamanen, diócesis de Vich, en el principado de Cataluña. De poca edad todavía comenzó los estudios, en los cuales y en la virtud aprovechó tanto, que mereció ser promovido al sacerdocio. A medida que adelantaba en edad, crecía siempre mas su propósito de vivir en soledad. Trató de sus deseos con los monges benedictinos de Ripoll, y segun el parecer de ellos, salió á ensayarse en esta vida por los desiertos de la ribera del Ter. Invocaba allí á Dios para que se sirviese indicarle sitio oportuno para sus fines, cuando entre unos bosques vió un templo, y un viejo que estaba sentado á su puerta. Acercóse á este el siervo de Dios, y le preguntó qué edificio era aquél. Respondió el viejo que era un monasterio de religiosos de San Agustin, los cuales no pensaban sino en salvarse. Llamábase este monasterio S. Juan de las Abadesas, fundado el año 887 por el conde Wifredo *el Velloso*, y el cual se dió á canónigos reglares de la órden de San Agustin á principios del siglo XI. Pasados algunos dias, con aprobacion de toda la comunidad, le vistieron el hábito, y desde luego fué Miron espejo de santidad para todos los monges: nunca jamás quiso empleo ú oficio en que tuviese que mandar á otros. Era puntual en el coro, fervoroso y largo en la oracion, severo y constante en la penitencia. A los tibios alentaba con sentencias muy vivas, que salian de su corazon como brasas ardiendo; y mas con la práctica de las virtudes. De los pobres fué muy compasivo, lo cual es una de las muestras mas claras del amor de Dios. Murió santamente en su mismo monasterio el 12 de setiembre del año 1161. A su sepulcro acudian las gentes de aquella tierra con gran fe para ser socorridos en sus necesidades, estimulados de las maravillas que por su intercesion habia ya obrado.

el cielo. El año 1543 dia de S. Agustín fué elevado su sagrado cuerpo y colocado en un sepulcro hermosísimo de mármol, y allí permanecen sus reliquias espuestas á la veneracion pública. Es abogado contra el dolor de cabeza y muelas. (*Domenec*)

DIA XII.

Beato Jubenco, presbítero.

EL beato Jubenco, presbítero y célebre poeta español, ascendió por los grados de su literatura y virtud á la dignidad sacerdotal. Si en la segunda época de la poesia antigua, que es la de los poetas cristianos, ninguna naccion. dice el abate Lampillas, puede disputar el principado á España, por haber sido el primer poeta cristiano el español Jubenco, ¿quién por esta misma causa podrá negarle este principado al clero, habiendo sido presbítero dicho poeta? «Entre los sagrados latinos, escribe Masdeu, el mas antiguo que tiene la Iglesia es Cayo, Vectio, Aquilino, Jubenco, presbítero español, de nobilissima familia, que escribió en versos exámetros la historia evangélica sin fuego poético, pero con estilo sencillo y muy latino;» dedicada á Constantino Magno. Compuso tambien un poema del incendio de Sodoma: otro sobre los sacramentos: varios himnos, y aun se le atribuye un compendio del Génesis en verso. San Gelasio admira sus escritos, y hablan con elogio de él San Gerónimo, Honorato de Autan, y todos los escritores eclesiásticos. Floreció por los años de 529, edificando la Iglesia con su ejemplar vida, é ilustrándola con su pluma. Lo insertan en el catálogo de los santos Pedro de Natalibus, Tamayo y Marangoni.

DIA XV.

San Emila y Jeremías mártires.

Los santos Emila y Jeremías eran naturales de Córdoba, de ilustre cuna, y criáronse en la iglesia de S. Cipriano cuando los moros regaban aquel suelo con sangre de mártires. En nada mostraron tanto su nobleza como en la hidalguía de la virtud, á la cual añadieron el estudio de las ciencias: ambos eran iguales en el ingenio y en las cos-

umbres. Emila seguía la iglesia, y se ordenó de diácono; Jeremías siguió en el estado secular; pero el uno y el otro aprovecharon en el conocimiento de la lengua arábiga con el designio de conquistar el cielo con la palma del martirio. Moviólos nuestro Señor á que de su propio motivo, sin ser instados ni perseguidos de nadie, despreciando sus vidas se presentasen al juez, y se declarasen por cristianos y enemigos de su secta. Tras esto descubrieron y condenaron los desatinos grandes del Coran, especialmente el santo mozo Emila con la autoridad del diaconado cargó la mano en las blasfemias de Mahoma con tanto zelo y energía, que respecto de ellas estimaron en poco los agarenos cuantas los mártires precedentes habian dicho.

Cegáronse los moros con esta luz celestial que salía de las palabras de Emila: atemorizábalos el denuedo con que estos hombres daban la vida en defensa de su fe. Llegaron á deliberar si les convenia acabar de una vez con todos los cristianos y destruir su generacion. Con esta ira y temor los tuvieron algunos dias bien apretados en la cárcel; pero viendo que en lugar de abatir el valor de los dos jóvenes, se aumentaba cada dia, los degollaron á 15 de setiembre del año 832. Dice S. Eulogio que habiendo estado aquel dia el cielo muy claro y sereno, al punto mismo que degollaron á los siervos de Dios, queriendo el Señor manifestar su indignacion por la justicia de aquel castigo, se oscureció el aire y sobrevino una tempestad tan furiosa de truenos formidables, y de encendidos relámpagos, que parecia querer Dios aniquilar á Córdoba; mas no por esto dejaron los moros de continuar en su bárbara costumbre, en fuerza de la cual colgaron en unos palos los cuerpos de los dos insignes mártires á la vista de la ciudad, para que sirviesen de escarmiento. Despues por orden de Aderraman fueron echados con los de san Rogelio y Servio Deo que padecieron en el siguiente dia, á una ardiente hoguera, á fin de que quedasen reducidos á cenizas; las que recogidas por los cristianos, se depositaron en lugares sagrados, donde les tributaron la veneracion correspondiente.

A S. Emila llaman algunos Emilia y otros Emiliano, siguiendo el breviario antiguo de Córdoba.

DIA XVI.

Santos Rogelio y Servio Deo, mártires.

ENTRE los ilustres mártires de Jesucristo, sacrificados al bárbaro furor de los mahometanos á mitad del siglo IX, en que movió Aderraman, rey de Córdoba, una de las mas crueles persecuciones que

sufrieron los cristianos, se elogia con justísimo motivo el valor, la fidelidad y la constancia de S. Rogelio y Servio Deo, dignos de memoria eterna por la generosidad con que predicaron la fe de Jesucristo sin temor de los paganos.

Aun no habian sacado de la cárcel para el suplicio los árabes á los dos ilustres mártires Emila y Jeremias, condenados á muerte, no por otra causa que la de clamar contra la secta mahometana, cuando entraron en la misma prision Rogelio y Servio Deo, de quien nos dice San Eulogio, escritor de sus gloriosas actas, que el primero fué natural de una aldea de Iliberi ó Granada, llamada *Parapanda*, monge de edad avanzada, aunque no señala el monasterio ni religion que profesaba, y del segundo que fué un jóven que habia venido peregrinando á Córdoba del Oriente, sin determinarnos su patria.

La uniformidad en la religion, en los sentimientos y en las costumbres unió á los dos Santos con el vínculo de la amistad mas estrecha, en virtud de la cual hicieron ambos pacto de no separarse jamás por ningun caso hasta comprar el cielo con su sangre. Aunque por entonces gemían los cristianos bajo el yugo de los mahometanos, tenia el Señor fieles zelosos y leales, tanto en la ciudad como en la campiña de Córdoba, que se presentaban cada dia ante los jueces árabes con una santa intrepidez y con un valor verdaderamente admirable á confesar en alta voz á Jesucristo, y aprovecharse de la critica ocasion de su persecucion para sellar con su sangre las infalibles verdades de la religion cristiana. Quisieron Rogelio y Servio Deo imitar la generosidad de aquellos héroes, que dieron tanto honor á la Iglesia, con una resolucion tan laudable; y animados de un mismo espíritu, se presentaron en la gran mezquita de los moros (templo admirable por su magnificencia, por la multitud de sus columnas, por la preciosidad de sus mármoles y por la delicadeza de su arquitectura, que hoy vemos consagrado en la iglesia catedral) en uno de los dias que se hallaban ocupados en las infames ceremonias de su zala. Estaba prohibido á los cristianos bajo graves penas entrar en las mezquitas de los agarenos, porque pensaban éstos, llenos de preocupacion, que violaban aquellos el suelo, y que inficionaban con el aire de su respiracion sus templos; pero despreciando los dos Santos semejantes prohibiciones, puestos en medio de la multitud comenzaron á predicar el evangelio, y á declamar contra las mentiras y patrañas del falso profeta Mahoma, declarándoles los premios que Dios tiene prometidos á los creyentes de su santa ley, y los castigos con que el fuego eterno pena á los que cierran los ojos á la luz de su doctrina, viviendo envueltos en las crasas tinieblas de los delirios y de las necesidades.

No es fácil poder explicar la cólera que concibieron los bárbaros á

vista de aquella resolución, que graduaron por uno de los mas enormes atentados. Sin duda hubieran dado fin de los dos Santos en el acto á fuerza de los golpes y de las heridas con que los maltrataron arrojándose sobre ellos enfurecidos, si el juez, que se hallaba presente, reportando su furia con la autoridad de su juicio, no se los hubiera quitado de las manos. Luego que éste entendió la causa del enojo popular, convirtiendo el suyo contra los mártires, mandó ponerlos en la cárcel con duras prisiones; pero aunque estaban tan maltratados que apenas les quedaba aliento, y tenían tan quebrantado el cuerpo que parece no podían ya sufrir mas tormento, no por esto dejaron de continuar la predicación comenzada, profelizando en la misma cárcel la muerte desgraciada del rey dentro de breve tiempo.

Tratóse la causa en el consejo de los magistrados árabes á presencia del rey Abderraman, y de comun acuerdo se les dió la sentencia, que por lo principal del delito, esto es, por haber ultrajado á su profeta Mahoma, fuesen decapitados; y por cuanto habian incurrido en la criminalidad de poner los pies en su mezquita, se les cortasen los pies y las manos. Recibieron los Santos con mucha alegría la injusta providencia, dando al Señor repetidas gracias porque les hacia dignos de padecer por su amor. Entró el verdugo en la cárcel á la ejecucion del mandato; pero antes que les pidiese las manos y pies para descargar el golpe de los alfanjes, ellos mismos se las presentaron con extraordinario regocijo, y estando ya casi desangrados tendieron sus cuellos al cuchillo con la misma maravillosa constancia; logrando por este medio la apetecida corona del martirio en el dia 16 de setiembre del año de 851 ó 52.

Pusieron los cuerpos de los Santos en dos palos al otro lado del rio, en el campo de la verdad, aparte de los de S. Emila y Jeremías que el dia antes habian sido martirizados; y subiendo el rey á una azotea de su alcázar para divertirse con la alegre vista de la campiña, viendo á los cuatro mártires en aquella disposicion, para público escarmiento, mandó que los arrojasen á una hoguera; pero apenas pronunció tan inhumano precepto, quando hiriéndole un ángel del Señor su maldita lengua, pegada al paladar, quedó mudo de repente, y asaltado con los dolores de la muerte, se verificó la profecía de los mártires en aquella misma noche, bajando su alma infeliz al fuego del infierno antes de quemarse los santos; cuyas cenizas con algunas reliquias depositaron los fieles en la iglesia de Córdoba.

DIA XVII

Santa Columba, virgen y mártir.

SANTA Columba, tan celebrada por la sencillez y por la pureza con que acreditó el significado del nombre de Paloma, que se le impuso sin duda por inspiracion divina, como por la heroica fortaleza con que se ofreció al martirio, fué natural de Córdoba, hija de padres ricos y nobles, cuñada del santo mártir Jeremias y hermana del venerable Martin, abad del monasterio Tabanense, y de Isabel su fundadora y tambien abadesa. Criábanle sus padres con el regalo que el amor ayudado de las riquezas suele hacer donde se hallan juntos. Ponian en ella los ojos como en la única heredera de sus bienes, á los cuales habian dado de mano los dos hijos Isabel y Martin, encerrados en su monasterio. Columba desde muy niña mostró lindo ingenio y juicio y amor á todo lo bueno; veneraba la santidad de su hermana, amaba su virtud, y con el trato frecuente de ella se encendió en deseos de imitar su resolucion. A la compañía de sus padres cercenaba todo el tiempo que podia para tratar con ella y con las demás religiosas que estaban ya recogidas en la ciudad mientras se edificaba el monasterio. Por estos medios iba preparando el Señor á esta sierva suya para la corona que despues alcanzó. Dijo á su hermana el ansia grande que tenia de verse fuera del siglo en vida religiosa. La hermana viendo claro que queria ser monja en su monasterio, procuró dar largas á su determinacion. Rezelaba no fuesen aquellos deseos hervores indiscretos de la edad, y de otra parte temia tambien que sus padres tuviesen de ello pesadumbre, pues sabia que tenian puestos los ojos en Columba para la sucesion de su casa.

Por mucho que esto lo llevaban oculto las dos hermanas, lo llegaron á entender los padres. Recibieron de ello grande enojo: culpaban á la monja y á su hermano; diéronles quejas de que tras haber gastado su hacienda en aquella fundacion, quisiesen ahora llevarles aquella hija, consuelo único de su vejez. A Columba procuraron desviar de aquel pensamiento ya con ruegos, ya con quejas de padres, ya con lástimas. Su madre especialmente hizo cuanto suelen las mujeres indiscretas en casos tales. Echó mano de lo que mas suele valer en la gente moza poco advertida, ó muy ganosa de libertad. Pero viendo que ninguna reflexion bastaba en Columba para persuadirla, dejándose llevar de los sentimientos que inspiran la sangre y la carne, trató

de casarla. Afligióse mucho la casta doncella de ver á su madre empeñada en lo que ella tanto aborrecia: decíale con humildad, que no tuviese en esto tanta prisa. Porfiaba la madre como mujer apasionada; todo era mirar á quien escogeria. Corriendo así las cosas, la madre en su porfia, la hija en su constancia, previno el Señor con inescrutabile juicio la negociacion de la madre llamándola para sí.

Sintió Columba la muerte de su madre, y se aprovechó de la libertad que Dios le ofrecia para consagrarsele por esposa. Ayudó con sus bienes á la conclusion del monasterio, y con su buena hermana se encerró en él llena de alegría. Mostróse desde luego grande en humildad, perfecta en caridad, loable en la conversacion, constante en la oracion, firme en la paciencia, incansable en la misericordia, mansa, agradable, suavísima: su vida inocente tenia embelesadas y edificadas á las demás hermanas. Juzgábase y despreciábase á sí misma; á los demás miraba con respeto y amor. Diose tambien á la lectura y al estudio de las santas Escrituras; y comunicándola el Señor una luz especial para que entendiese los misterios mas elevados, la servian estos conocimientos de encender mas y mas su voluntad en las llamas del amor divino. Para gozar mas á su salvo de los regalos de esta celestial sabiduria, buscó nuevo retiro aun dentro del monasterio, alcanzando de su hermana la abadesa que la eximiese de algunos oficios de la comunidad con que á veces suele estorbarse al recogimiento interior. Redobló allí el rigor de su penitencia; comia poco y dormia tambien poco y sobre una estera; alternaba la leccion con la oracion, ó por decir mejor, en la oracion cogia los frutos de la leccion; y anegada en la mas alta contemplacion de las eternas verdades, permanecia en fervorosa oracion por espacio de muchas horas, unas postrada en tierra, y otras en pié, manteniéndose en una agradable suspension con un semblante sereno, sin que se le oyese el menor suspiro ni gemido, pero con tanta abundancia de lágrimas, que corriéndole hilo á hilo por las mejillas llegaban á regar la tierra. Saboreábase frecuentemente con aquellas palabras que solian decir los monges antiguos: *Abreme, Señor, las puertas del paraíso, para que vuelva yo á aquella patria, donde no se sabe qué es muerte, y donde el gozo nunca se acaba*. Permitted el Señor que fuese combatida con muchas y muy recias tentaciones, las cuales con la asistencia de la divina gracia le fueron ocasion de nuevas coronas.

Quando Columba brillaba con el resplandor de tantas virtudes, reinaba por este tiempo en Córdoba el cruelísimo Mahomad de quien tantas veces hemos hablado. Habiendo sido derrivado por órden suya el monasterio Tabanense, se retiraron las religiosas en una casa que tenian en los arrabales de Córdoba, junto á la iglesia de S. Cipriano. Deshaciase Columba en lágrimas viendo profanados los templos del

Señor, y también por hallarse otra vez como sumérgida en el mundo. Cuando por la intermediación de la iglesia oía leer á los sacerdotes las actas de los mártires, cuya laudable costumbre tuvo la iglesia en los siglos antiguos al tiempo de la liturgia, sentía ella en sí vivísimos deseos de ir á Dios por el mártirio. Aseguróse bien antes de que ésta era vocación del Señor; un día saliendo ocultamente de su casa, se presentó al gobernador de la ciudad, y le dijo como era cristiana, y que la ley del Evangelio era la única senda de la salud, fuera de la cual nadie llega al gozo perdurable. Atónito el juez de ver tan buena razón y discurso en tan linda mujer, la llevó él mismo ante el consejo, ó bien creyendo que la intimidaría la autoridad de aquel senado, ó bien persuadiéndose que el respeto de los magistrados la contendría para no hablar contra su profeta con tan generosa libertad; pero fué tan al contrario, que repitió allí Columba sus primeras palabras y la misma confesión que tenía hecha. Mostráronle los consejeros lástima grande, no menos enamorados de la belleza y graciosa compostura de la Santa, que de su elocuencia: ofreciéronle si renegaba de la fe, partidos muy ventajosos según el mundo; amenazábanla también si no se rendía, que la cortarían allí la cabeza. La santa doncella nada amaba en este mundo sino los medios para llegar á Jesucristo su esposo, y así se lo manifestó valerosamente diciendo: *No tiene mi Señor Jesucristo esposa tan débil, que por bienes tan caducos haya de mudar su propósito, divorciándose del desposorio que tiene celebrado con él, cuando recibió sus arras: ¿quién es mas poderoso que él, para que queráis persuadirme á que le deje por unas riquezas perecederas? ¿quién mas poderoso, para que pueda agradarme alguno de los hijos de los hombres? ¿y qué religion hay mas santa y mas verdadera que la suya, confirmada con tantos milagros como se han visto en su comprobación en todos tiempos? Separaos vosotros de los embustes que enseñó vuestro falso profeta, que ha sumergido á tantas almas en el infierno, y abrid los ojos á la luz del evangelio, para que seáis hijos de ella creyendo en sus infalibles verdades.*

Los consejeros corridos de verse ultrajados de aquella manera, desengañados también de que era perdido el tiempo y las diligencias que empleasen en reducirla, la mandaron luego decapitar delante del palacio. Quiso la santa gratificar al verdugo, y le dió en premio alguna cosa, que no escribe S. Eulogio cual fuese. Fué el glorioso martirio de Sta. Columba tal dia como hoy en el año 853. Dispuso el Señor por una providencia especial, que no usasen los moros con el venerable cuerpo de su amada esposa algunas de sus acostumbradas brutalidades, como era arrojar los cadáveres de los mártires á los perros para que los devorasen, ó al fuego para que quedasen reducidos

á cenizas, ó clavarles en palos á la vista de la ciudad: vestido como estaba su sagrado cuerpo lo cosieron en un seron, y lo echaron al río Guadalquivir. Seis dias despues lo hallaron unos monges entero y sin corrupcion alguna y lo llevaron á S. Eulogio, quien dispuso que se le diese honrosa sepultura en la iglesia de Santa Eulalia que estaba en el barrio llamado Fragelas, que Feria conjetura ser el sitio donde ahora está (ó estaba pocos años hace) el convento de nuestra Señora de la Merced. D. Antonio Jimena dá á entender que antiguamente hubo en Martos reliquias de nuestra Santa. Acaso las llevó el abad Sanson por los años 854 en que se retiró á Martos huyendo de la persecucion del obispo de Málaga Hortigesio, y del conde Servando. En octubre del año 1737 llevaron de allí á Córdoba una reliquia de la santa virgen, la cual se venera en la iglesia de S. Rafael. Hoy se celebra su fiesta en aquel obispado. Ha sido siempre grande la veneracion de los españoles á Sta. Columba.

No debe confundirse Sta. Columba de Córdoba con otra santa virgen y mártir del mismo nombre, natural de la ciudad de Sens en la provincia de Campaña en Francia, cuya fiesta se celebra el 31 de diciembre; Ambrosio de Morales prueba con poderosísimos fundamentos, que la de este dia padeció gloriosamente en Córdoba, lo que se demostró con toda claridad despues que se descubrieron las obras de S. Eulogio, de cuyos escritos se sacaron las lecciones del oficio eclesiástico de la Santa, que aprobadas por el papa Clemente VIII, se insertaron en el Breviario de la iglesia de Córdoba.

DIA XIX.

San Rodrigo de Silos.

De este siervo de Dios dicen que fue tio de Santo Domingo de Guzman. Floreció en el reinado de S. Fernando, rey de Castilla y de Leon, y de su hijo D. Alfonso el Sabio. Dió de mano á la pompa y vanidad del mundo, y se hizo religioso en el monasterio de Silos. Señalóse tanto en toda virtud y en la observancia de la vida monástica, que lo hicieron abad de aquel monasterio el año 1242 reinando S. Fernando. Este oficio sirvió por espacio de treinta y cuatro años, forzado siempre, y con deseo de echarse aquella carga de encima. Sobresalió en el zelo por la observancia regular, y en la conservacion de los bienes del monasterio, por cuya causa le fué preciso seguir muchos pleitos que entendia ser justos, de los cuales consta que no perdió ninguno. Trató familiarmente á S. Fernando y á su hijo D. Alfonso, que por

su mano hicieron varias donaciones al monasterio. Siendo principe D. Alfonso estuvo allí el año 1246, y por respeto al abad Rodrigo perdonó á los monteros el descuido que habian tenido con un reo que estaba en la cárcel. Nueve años despues estuvo allí el mismo D. Alfonso siendo ya rey, y contando al abad una aparicion que habia tenido de Santo Domingo, y diciéndole que pidiese cuanto quisiese, el abad que habia salido acompañándole hasta Contreras, con acuerdo de sus monges le pidió las martiniegas que el rey tenia en Silos. Sonriéndose el rey le dijo: ¿No quereis, abad, que tenga yo nada en esta villa? Esto respondió; pero hizo lo que Rodrigo pedia. Este mismo siervo de Dios fué el que vistió el hábito de religiosa á la ilustre señora D.^a Constantza, y la hizo reclusa ó emparedada conforme al uso de aquellos tiempos. Manifestó Dios la santidad de su siervo obrando por su medio grandes maravillas. En un viernes santo convirtió por dos veces en vino el agua que se daba de beber á la comunidad, como antes habia hecho S. García abad de Arlanza. En una gran falta de vino que hubo en aquella tierra, con unos pocos racimos de unas parras que esprimió, quedaron llenas de vino dos ó tres cubas del monasterio que mandó tener preparadas. Para que no se borrara la memoria de estas maravillas, grabaron en su sepulcro unas parras con racimos que fuesen como un pregon de la gloria de Dios en su siervo. Estas y otras cosas señaladas hizo nuestro Santo en el tiempo de su abadía, ademas de la vida ejemplarísima que hizo con gran medra y provecho espiritual de sus súbditos.

Erale cosa dura privarse del regalo y suavidad de la contemplacion por atender á los cuidados del gobierno. Al cabo pudo lograr que se le admitiese la renuncia que hizo de la abadía el dia 10 de abril del año 1276. Desde entonces dió nueva soltura y desahego á su espíritu, entregándose del todo á la obediencia, al ayuno, al cilicio y á la abstracion y apartamiento de las gentes, dedicado solamente al trato con Dios. Murió tal dia como hoy en el año 1280. Diéronle sepultura en el claustro junto al archivo á la mano derecha como se sube á la escalera llamada de las vírgenes. En una piedra grabaron una mano con báculo abacial, la cual besaban todos en reverencia del santo abad. Allí estuvo su sagrado cuerpo por espacio de doscientos ochenta años, hasta el de 1560 en que el abad Fr. Gregorio de Santo Domingo quiso renovar aquella escalera, y colocarlo en otro sitio. Abrieron su sepulcro y lo hallaron tan entero é incorrupto como el dia de su muerte. Estábalo tambien la caja de pino, y la cogulla y el cilicio de cerdas que lo ceñía desde los hombros hasta mas abajo de la cintura, y el ceñidor era de cáñamo. Trasladáronlo en procesion el dia 20 de diciembre al lienzo de la pared del claustro bajo donde estuvo el primer sepulcro del abad Santo Domingo. Un prodigio que en esta

ocasion sucedió de haberse allí desplomado un sillar de más de cuatro arrobas sin hacer daño á nadie, dió motivo á que pensase el abad en colocar el cuerpo del siervo de Dios en el relicario que estaba en el crucero de la iglesia. El año 1604 lo trasladaron al nuevo relicario donde se conserva.

DIA XIX.

Santa Pomposa virgen y mártir.

ESTA gloriosa virgen nació en Córdoba en tiempo de la persecucion sarracénica. Sus padres eran cristianos de la primera nobleza de la ciudad, ricos de hacienda y de virtud. En el ejemplo de ellos aprendió Pomposa á despreciar el mundo y poner el pié sobre su vanísima vanidad, á desasirse de las cosas perecederas, y abrazar las que han de durar para siempre. Los padres gozosos con tan claras prendas de la santidad de su hija, vendieron toda su hacienda, y del precio de ella fundaron ó mas bien reedificaron en la sierra á una legua de Córdoba á la parte septentrional el monasterio de S. Salvador; llamada *Pina* ó *Peña Melaria*, por la peña donde enjambran y crían su miel las abejas. Allí se recogieron dando de mano al mundo en compañía de sus hermanos, hijos y otros deudos. Dedicóse allí nuestra santa virgen á todo ejercicio de virtud. Su regalo y principal ocupacion era la lectura de los libros santos; tenialos por caudillos y por antorcha en los tropezones y malos pasos de esta vida. Tanta era la dulzura y suavidad de Dios que hallaba en este ejercicio, que ni de dia ni de noche se apartaba de él sino forzada de las obligaciones del monasterio, ó de las turbaciones y sobresaltos de aquel miserable tiempo. Campeaba entre sus muchas virtudes el cimiento de ellas, la humildad hermanada con la paciencia; amaba las injurias y los menosprecios, tratábase con demasiada aspereza y rigor. Su oracion era fervorosa y continua, dormia poquisimo, lo mas de la noche pasaba meditando y leyendo; inculpable era su vida, tesoro de toda virtud, en pocos años habia hecho un caudal grande de merecimientos. Muchas otras escelencias dice S. Eulogio haber sabido de esta santa virgen por relacion de Felix, gran siervo de Dios, abad de su monasterio; las cuales, dice, dejó de escribir por no cansar con la prolijidad, entonces no necesaria para los presentes, porque la tenian á la vista; si bien para los que vivimos ahora fuera de mucho fruto. El amor de Dios poco á poco fue labrando en su corazon un vivo deseo de dar por él la vida. Presintieronlo en el monasterio, y la guardaban con gran vigi-

lancia, por no perder este dechado tan perfecto de santidad. Dios no tiene puerta cerrada. El martirio de Sta. Columba de que hablamos el día 17, fué tan señalado, que desde luego se divulgó por la ciudad y sus cercanias, especialmente sirvió de gran consuelo y gozo á los monasterios, que eran las plazas de armas donde se ensayaban los mártires para luchar contra los tiranos. Pomposa oido este suceso, ardía en vivas ansias de seguir á Columba en la gloria de su pasion; evidiaba su buena suerte. Nuestro Señor que queria cumplirle el deseo, dispuso las cosas de manera que el día siguiente al martirio de Sta. Columba, acabados los maitines de media noche, habiendo ido ella á la puerta del monasterio la halló sin llave, y la abrió y salió con todo silencio sin ser oida. Anduvo ligeramente el camino hasta la ciudad, que es áspero y de malos pasos y muchas cuestas y riscos, que aun de día es menester atinarse mucho para no tropezar. No hay cosa difícil para la caridad, ni áspera para la humildad. El deseo de llegar á Cristo hace brava como leon á esta tierna doncella no guardada ni defendida de gente alguna, cristiana ella y entre moros. Llegada á la ciudad, luego que amaneciò fué á la casa del juez, y presentándose á él le dijo que era cristiana, y con blandura celestial le exhortaba á que lo fuese él tambien, y mirase por sí, abominando de su falso profeta. El juez exasperado con las demandas y respuestas que aquellos días habia tenido con los otros mártires, sin contestar á la santa doncella, ni dar espera á formalidad alguna ni razon, luego al punto mandó que la degollasen. Ejecutóse esta sentencia ante la puerta del alcázar en el Campillo del Rey á 19 de setiembre del año 855. Su sagrado cuerpo fue echado en el rio. Sacáronlo de allí unos trabajadores cristianos, y le dieron sepultura en el campo lo mejor que pudieron. Veinte dias despues lo trasladaron unos monges á la iglesia de Sta. Eulalia, y con mucha solemnidad fué depositado á los pies de Sta. Columba. En el índice de las reliquias de la cámara santa de la iglesia de Oviedo, formado por la inspeccion que de ellas se hizo el año 1075, á instancia del rey D. Alonso el Magno y en presencia de muchos obispos, se dice que en aquel sagrado depósito está el cuerpo de Sta. Pomposa, ó la mayor parte de sus reliquias.

DIA XXIII.

Santa Xantipa y Polixena.

SANTA Xantipa fué una de las mas esclarecidas mujeres de Córdoba en el imperio de Neron. Su nombre da à entender que descendia

de los antiguos griegos que poblaron aquella ciudad. Casó con *Probo*, romano al parecer y uno de los señores principales de aquella tierra, amigo íntimo del emperador. Tenia otra hermana llamada *Polixena* de la cual no consta que hubiese casado. Era á este tiempo pretor de la España ulterior *Filoteo*, cuya residencia como la de todos los demas pretores era Córdoba, donde estaba la basilica y pretorio. Dicen pues que cuando S. Pablo vino á España, cuyo hecho tiene á su favor insignes testimonios, persuadió *Xantipa* á su esposo que le hospedase en su casa, y fué adoctrinada con su predicacion en el Evangelio de Jesucristo, cuya fé abrazaron ella y su esposo. Anaden que *Xantipa* vió en la frente de S. Pablo unas letras que decian: Pablo, apóstol de Jesucristo. *Polixena* partió con el Apóstol á *Acaya*, provincia de la Grecia que hoy decimos la *Morea*, donde S. Andrés predicaba, de cuya mano recibió el bautismo. Despues volvió á Córdoba á la compañía de su hermana, de cuyo ejemplo y persuasion se valió Dios para que aquella ciudad, dejada la supersticion de la idolatria abriese los ojos á la fé, y se convirtiese á la adoracion de su santo nombre. Uno de los convertidos fué *Filoteo*. Murieron estas dichosas hermanas en la paz del Señor hácia el año 70 de Cristo. Su memoria se señala hoy en el Martirologio romano y en el Menologio de los griegos.

DIA XXIV.

Grandezas de la primera y milagrosa imagen de la Santísima Virgen María con el título de la Merced.

LA santísima imagen que con el título de la Virgen de la Merced, se venera hoy día en Barcelona en su magnífico templo, es la misma que colocó en su primer altar la mano de S. Pedro Nolasco, y de consiguiente la primera que ha venerado la Religion Redentora, por lo cual así de ésta como del afecto barcelonés se ha llevado siempre los primeros y mas cordiales cariños. La rara y singular belleza, la peregrina y enamoradora hermosura que se admira en dicha venerable imagen, es el mayor testimonio de ser retrato verdadero de las mismas naturales facciones del original que muchas veces apareció á dicho S. Pedro Nolasco. Ciertamente no hay ojos que una vez con atencion devota hayan visto su santo y hermoso rostro, que no queden ansiosos de volverle á mirar. Tiene gravedad reverente, afabilidad mo-

desta, y severidad graciosa. Está sentada en una primorosa y proporcionada silla, esculpida á lo antiguo; el color del rostro es blanco y colorado, y tan lustroso, que mas parece brilla en él un campo alegre de estrellas que no primores del arte, del cual ni los mas ingeniosos pinceles han podido sacar copia bien imitada, porque la experiencia de repetidos ensayos ha manifestado que hay maravillosos trueques en los colores de su rostro, sobrepujando al lustre que de suyo tiene, otro prodigioso. El cabello tiene destrenzado y suelto, caído sobre las espaldas, atado con una cinta al igual del cuello. El vestido es honestamente escotado; los brazos caídos, pero levantadas á medio aire las manos para sustentar el santo Niño. El calzado es puntiagudo al uso de la antigüedad. El Niño es muy parecido á la Madre en el lustre del rostro, aunque no tan colorado, es risueño de cara, la una mano tiene alargada con el globo del mundo, y la otra, que es la izquierda, tiene encogida sobre el pecho. Para llenar el deseo de los fieles que acuden continuamente á besar las santas manos de María, está un espacioso y pulidísimo camarín, adornado de bellísimas pinturas y de un primoroso altar, donde se manifiestan los preciosos vestidos, que se mudan segun la diversidad de las fiestas, alhajas de oro y plata, santas y singulares reliquias, entre las cuales es de notar un santo cabello de la Virgen.

Ha sido siempre, y es todavia dicha santísima imágen el universal consuelo, el seguro y cierto asilo de la ciudad de Barcelona, cuyos condes reyes de Aragon, en sus apretadas urgencias recorrieron con esperanza constante á la que siempre lo habia sido con ellos en consolarles. Mas no faltó la real piedad y munificencia al acuerdo de estos consuelos, pues con dádivas, asistencias y privilegios procuraron merecer el nombre de agradecidos. El rey D. Jaime I, especialmente, hizo su real capilla á dicha iglesia de María, dando á sus religiosos el título de sus capellanes, cuya defensa y de dicha su capilla real, encomendó al perpetuo patrocinio de los señores consellers de dicha ciudad. Pero no solamente ilustró dicho santuario de Maria el honroso título de *Casa y capilla real*, sino tambien el glorioso de *Cámara Angelical* debido por las mismas causas, motivos y fundamentos que le gozan las iglesias de Loreto y del Pilar de Zaragoza; porque si el haber hombros de ángeles trasladado la santa casa de Loreto al lugar donde hoy es venerada, la pública angelical, tambien angélicos espíritus han trasportado la dicha santa imágen de la Merced de Barcelona desde su iglesia á alto mar, que tempestuoso amenazaba la pérdida del dinero de la redención y de la vida de los padres Redentores, los cuales quadaron libres, reduciéndose obediente el borrascoso mar á vista de imágen tan singular, cuyos vestidos rociados de las aguas fueron calificados testigos de maravilla tan estraordinaria, ha-

biendo sido celestiales los porteros que lo fueron de dicha iglesia al salir y entrar la milagrosa imágen. Es cámara angelical la del Pilar de Zaragoza, ya porque en ella se apareció María al glorioso apóstol Santiago, como también por las músicas celestiales que allí concertaron los espíritus soberanos: en la iglesia de María de la Merced de Barcelona, uno y otro aconteció, pues en ella la misma Virgen María acompañada de su angélica capilla, cantó una noche los mailines, á los cuales asistió S. Pedro Nolasco. Atendiendo á estos y otros motivos, le tributó la antigüedad á dicha iglesia de María el referido timbre de *Cámara Angelical*, y lo prosigue la piedad con razon, ya que en el logro de las mercedes de María, venerada en dicha su imágen, no se ha advertido diferencia de tiempos ni circunstancias.

En esta misma real y angelical capilla nació el fervor barcelonés, perpetuo defensor de la purísima concepcion de la Santísima Virgen, cuando en la fiesta de este santo misterio dispuso esta purísima Señora que la masa que tenia el panadero prevenida para el sustento de los religiosos, quedase convertida en lodo y sangre, prodigio cuya singularidad movió á Barcelona á que mandase, que el día de la Santa Concepcion de María no se encendiesen los hornos, como se ejecutó, sino los corazones de todos en devocion de tan portentoso misterio, cuya defensa vinculó la virgen á su Religion Redentora; herencia dichosa, presentada en la candidez de su hábito.

El continuado patrocinio de María Santísima de la Merced para con la ciudad de Barcelona confirma la profecía de S. Pedro Armengol, quien en vida para consolar á los barceloneses que se oponian á su partida para una soledad, les prometió el perpetuo consuelo en dicha imágen de María, promesa no violada, pues no ha habido en Barcelona peste, terremotos, secas ni otros lastimosos sucesos que no hayan procesionalmente visitado los señores Consellers, en la antigüedad, y el Ayuntamiento en estos tiempos, dicha Cámara Angelical con experimentados remedios. Año 1652 quedó vencida la horrorosa peste que oprimia á Barcelona. Año 1680 desató las cataratas del cielo, que sueltas dieron copiosa lluvia. Año 1687 lloraba Barcelona y Cataluña toda el miserable estrago de la voraz plaga de langosta: en lance tan apretado valióse el sabio consejo de Ciento de su acostumbrada prudencia, aplicando medios terrenos para el remedio, y buscando á un mismo tiempo los espirituales, los cuales dejó á la acertada proposicion de las santas Comunidades. Todos propusieron medios muy proporcionados para la reforma de las costumbres y estincion de los pecados; también fueron propuestos muchos Santos para implorar su patrocinio en plaga tan singular; pero la santísima Virgen como tan Madre de Barcelona, quiso disponer que á ella lo habia de deber todo su ciudad, inspirando al sabio Consejo recurriese con fé viva á su acos-

tumbrado patrocinio, al cual unánime y conforme se sujetó la noche de 25 de Setiembre de 1678, no instado, no prevenido, sino movido de superiores impulsos, á los que correspondieron con un sabio, pio y caritativo decreto que ejecutaron los señores Consellers sábado 18 de Octubre del mismo año, en cuyo día por la tarde enseñaron el innato afecto barcelonés á tan celestial Princesa. Pasaron con el acompañamiento de costumbre á dicha real capilla y angélica cámara de María Santísima de la Merced, ante cuya imagen postrados humildes le suplicaron, se enseñase en necesidad tan urgente Patrona y Madre de todos, brindándola con el dulcísimo himno: *Ave maris stella*, y repitiendo por tres veces el piadoso verso: *Monstra te esse Matrem*. Subieron luego los señores Consellers al santo camarín de María, á cuyos pies humildemente postrados, y sus benditísimas manos adoradas, le colocaron en la derecha la misma deliberacion y decreto del sabio Consejo de Ciento, renovando el antiguo patronato de esta celestial Señora, á la cual todo el pueblo veneró en aquel instante, avisado de la artillería que desde los muros disparó, haciendo salva. Saludaron á María ojos, labios y corazones, pues los ciudadanos sus hijos le ofrecieron lágrimas, alabanzas y deseos. Quedóse en la mano de María la peticion de la ciudad, quedando ésta ya asegurada del consuelo que inmediatamente se esperimentó, pues desde entonces no se vió langosta alguna, cuando ántes se entraba hasta los mas retirados retretes de las casas ¿Pero como habia de quedar sin feliz despacho peticion tan piadosa, y por las circunstancias tan humilde y ejemplar? Lengua fué poderosa el decreto del sabio Consejo de Ciento colocado en la mano de María, que de día y de noche clamaba su intercesion, pero enmudeció al cabo de un año, en que le entregó despachado la santa imagen de María á los señores Consellers, que agradecidos le tomaron de su liberalísima mano, con repetidas y alegres adoraciones, acompañadas de una solemnisima fiesta, que se siguió en accion de gracias de tan singular beneficio perpetuado en la memoria de todos, con una lámpara de primorosa y singular arquitectura, que á gastos de la ciudad arde (ó ardió hasta los años de 1808) de día y noche delante de la santa imagen; para cuyo asiento ofrecieron un trono admirable tambien de plata con las armas de Barcelona, puestas bajo las plantas de María, como que á ella se sujetan las necesidades todas, no solo de la ciudad sino de todo el principado, para el cual igualmente imploró su patrocinio la ciudad, como cabeza de aquél que se ha visto al mismo tiempo remediado. Quedando tambien memoria eterna del milagroso suceso con la perpetuidad de una pomposa fiesta que dicha ciudad reconocida le votó para el día 2 de agosto, y el grandioso cuadro representativo del prodigio que subsiste en la sacristía.

DIA XXIV.

San Dalmacio, confesor.

SAN Dalmacio Moner, decoroso ornamento del orden de santo Domingo, nació en uno de los pueblos del principado de Cataluña, llamado Santa Coloma de Fernés, poco distante de la ciudad de Gerona. Fué su padre labrador y muy hacendado, y su madre de linaje militar. Cuando tuvo la edad competente fué enviado á estudiar á la ciudad de Gerona; advirtiéndole empero que la patria, la abundancia de todo lo necesario, y las frecuentes visitas de los parientes suelen hacer daño á los mozos, luego hizo resolución de ausentarse é irse á Montpellier, donde florecia mucho el estudio general. Empleó allá muy bien el tiempo así en lo tocante á las letras, como en lo perteneciente al alma, frecuentando iglesias, huyendo de paseos, dándose á la meditacion, y sirviendo á Dios con sencillez de corazón. Siendo ya de veinte y dos años cumplidos, considerando por una parte la astucia del enemigo que halaga cuando mata, y por otra la medicina de Cristo, que aunque temporalmente maltrata, eternamente regala, determinó hacerse religioso de la orden de Predicadores; y no queriendo dilatar el cumplimiento de su vocacion, se puso luego en camino de Gerona, y en el convento que el orden Dominicano tiene en dicha ciudad, vistió el santo hábito cuando contaba veinte y tres años de edad.

Ningun novicio comenzó con mas fervor la carrera religiosa, ni ninguno dió mayores pruebas de su verdadera vocacion que Dalmacio, pues desde luego manifestó en el claustro todas las virtudes que habia cultivado en el siglo. Su profunda humildad, su ciega obediencia, su pureza angélica, su modestia singular, su puntual asistencia á los oficios divinos, y sus estraordinarias mortificaciones, fuera de las regulares que prescribe el instituto Dominicano, dieron á conocer á todos los religiosos el curso veloz con que corria, si no volaba por el camino de la perfeccion á que era llamado. Hizo su solemne profesion, pero no dejó el fervor del noviciado; antes bien si cabe le aumentó en el discurso de su carrera. Quisieron los religiosos aprovecharse de los raros talentos del Santo para la instruccion de los jóvenes, á cuyo fin le mandaron que enseñase filosofía: obedeció Dalmacio, y en el aprovechamiento de sus discípulos acreditó el alto concepto que todos tenian de su persona; pero como ofendia á su pro-

funda humildad toda distincion, no quiso de allí adelante ni ser lector ni prelado, sino vivir siempre con estraña llaneza y simplicidad, así del corazon como del cuerpo, para mejor de esa suerte resistir al pestilencial vicio de la vanagloria. Renunció á los dos años aquel magisterio, y toda prelacia, no con otro objeto que el de dedicarse á los oficios mas bajos y mas despreciables de la comunidad, para rebatir por este medio todo impulso de gloria vana. Quisieron visitarlo muchas personas principales, para disfrutar sus saludables consejos; y como lo que deseaba el santo era el desprecio, ó no les oía, ó les respondia tan secamente, que no volvian á molestarle. Así aconteció una vez al infante D. Pedro, hijo del rey de Aragon D. Jaime II, y conde entonces de Ampurias, otra al vizconde D. Bernardo de Cabrera, otra á D. Pedro, obispo de Gerona. Sobre todo aborrecia la conversacion de las mujeres de cualquiera estado ó condicion que fuesen, tanto, que si por necesidad ó mandato de la obediencia se veia en la precision de hablarlas, era con los ojos fijos en la tierra, no articulando mas palabras que las precisas, sin que esceptuase de esta regla ni aun á sus propias hermanas, conservando de este modo la inocencia que recibió en el bautismo.

Aunque todo el conjunto de las virtudes dichas hicieron á Dalmaçio digno objeto de los mas altos elogios, lo que mas llenó de admiracion á cuantos le conocieron, fué el rigor de sus asombrosas mortificaciones; su regular alimento eran legumbres cocidas sin condimento, con un poco de pan de cebada, ó de mijo, y si alguna vez era de trigo, elegia el mas duro ó mal cocido; y cuando ó en el convento ó fuera de él le ponian algun manjar delicado, luego le echaba ó agua fria ó ceniza para quitarle el buen gusto. Mayor fué su mortificacion en la bebida, pues llegó caso en los mas ardorosos calores del verano de abstenerse del agua por espacio de diez, doce, y quince dias; siendo así que su complexion era tan árida y tan colérica, que aun en el rigor del invierno se veia en la precision de descubrir la cabeza al aire helado, ó bañarla con agua del tiempo, ó de poner en la boca del estómago una piedra fria; en suma su abstinencia llegó á tal extremo, que todos creian no sin grave fundamento, que vivia por milagro. A esto añadia sus continuas vigiliias, pasandó todas las noches en fervorosa oracion, en la contemplacion de las grandezas divinas, y de las verdades eternas; para cuyo ejercicio elegia de ordinario algun lugar despejado, donde pudiese ver los cielos y las estrellas, á fin de moverse con mas fervor á alabar y á bendecir al Criador del firmamento.

No satisfecho el siervo de Dios con las mortificaciones referidas, y otras muchas con que afligia su inocente cuerpo, obtuvo licencia de los superiores para retirarse á la cueva de Marsella, donde habitó

Sta María Magdalena, á fin de imitar la penitencia que en ella hizo aquella celeberrima heroína. Pasó allí algun tiempo con una vida tan rigida que renovó en su persona aquellas espantosas imágenes que nos refiere la historia de los mas famosos solitarios del Oriente; bien que el Señor endulzaba estos rigores con el don de contemplacion que se dignó concedérle; siendo su oracion casi continua, y su sueño tan breve, que apenas interrumpia sus ejercicios devotos.

Aunque los deseos de Dalmacio eran permanecer sepultado en aquella horrorosa gruta hasta la muerte, no pudiendo sufrir sus hermanos que estoviese ausente de su vista, le precisaron volver al convento; y para que no se frustrase del todo su buen propósito, le permitieron, con aprobacion del superior, que habitase en una cueva dentro de los límites del mismo monasterio, abierta en una piedra viva, humeda, fria, é impenetrable de los rayos del sol. Encerrado el Santo en aquel lóbrego calabozo, que mas parecia sepulcro que habitacion para hombre alguno, permaneció por espacio de cuatro años todo ocupado en Dios y en el ejercicio de sus acostumbradas penitencias, sin dejar su amada soledad, á no ser por los actos precisos de la observancia religiosa. Allí visitaban al servio de Dios los celestiales espíritus con tanta frecuencia, que le llamaban comunmente el familiar de los ángeles. Estos y otros muchos favores con que lo regalaba el Señor, lo abrasaron de tal modo en divinos incendios, que no pudiendo contenerlos dentro del pecho, se desahogaba con tiernas lágrimas, arrebatándose casi de continuo en dulces amorosos éstasis, que no dejaban la menor duda de los celestiales consuelos en que se hallaba anegado su corazon. A todos estos irrefragables testimonios de su eminente virtud dieron muchos reales los dones de profecia y de milagros con que quiso Dios manifestar la santidad de su siervo, en comprobacion de los cuales refieren los escritores de su vida no pocos de sus vaticinios cumplidos á la letra, con muchas milagrosas curaciones de diferentes enfermos.

Finalmente consumida la salud de Dalmacio al rigor de sus excesivas penitencias, cayó en una peligrosa enfermedad, y conociendo por ella, que se acercaba el tiempo de pagar el tributo impuesto á los mortales, hizo esfuerzos estraordinarios para purificar su inocencia en los últimos instantes que le restaban de vida, y fortificado con los últimos Sacramentos murió tranquilamente en el dia 24 de Setiembre del año 1541, á los cincuenta de su edad, y veinte y siete de religioso. Estaba en vida el siervo de Dios árido, seco y sumamente desfigurado á fuerza de sus rigurosas penitencias, tanto que parecia un esqueleto animado; pero luego que murió apareció blanco, hermoso y resplandeciente, despidiendo de sí un olor suavísimo. Predicó la oracion fúnebre, ó por mejor decir su panegirico Fr. Ber-

nardo de Sescala, varon literato y veraz, quien por disposicion del confesor del santo dijo en su elogio, que en el discurso de su vida se mantuvo incorrupto en el alma y en el cuerpo, sin que jamás consintiese en culpa grave. Dieron los religiosos sepultura al venerable cuerpo en su convento de Gerona, y creciendo cada dia la devocion de los fieles, fué trasladado del primer depósito á la capilla y al altar de su advocacion, que se labró en el mismo monasterio, donde se le tributa la veneracion debida del alto concepto de santidad que se mereció por sus heróicas virtudes y por sus muchos milagros. Deseaba todo el órden de Santo Domingo que se aprobase por la santa Sede el culto inmemorial del siervo de Dios, y hecha sobre él la informacion competente en el año 1603, se remitió al papa Paulo V para que lo confirmase. No tuvo el deseado efecto por entonces la pretension de Gerona; pero sí en el pontificado de Inocencio XIII, como testifica el papa Benedicto XIV que ejercia á la sazón el oficio de promotor fiscal en Roma; quien prescribe, que formados los procesos apostólicos sobre el culto de Dalmacio por los años 1714, dada que fué la sentencia por los jueces delegados sobre ser constante de inmemorial, se aprobó por la sagrada congregacion de Ritos, y se confirmó por el espresado Inocencio en el 15 de agosto.

DIA XXV.

San Formerio, mártir.

SAN Formerio, á quien venera por su patrono la ilustre villa de Bañares en la provincia de la Rioja, segun nos dicen varios escritores apoyados en una constante tradicion y en monumentos de una respectable antigüedad, nació en Cerezo, hoy poblacion reducida en la misma provincia, la que antiguamente fué una ciudad numerosa conocida con el nombre de Cerasia ó Crosia, del que se derivó el de Cerezo. Fué educado Formerio desde la cuna en la religion cristiana, y siguiendo fielmente todas sus máximas piadosas, arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Quiso siendo jóven ascender á la cumbre de la mas alta perfeccion; y reflexionando que en su patria no podia libremente poner en ejecucion sus nobilissimas ideas, por hallarse en poder de los gentiles, distribuyó todos sus bienes entre los pobres de Jesucristo, y se retiró á una sierra inmediata á la villa de Cerezo. Cuando se vió en lugar tan separado de todo el comercio humano, se sintió mas que nunca encendido en el amor á los ejercicios eremiticos, y desde aquel punto se dedicó á la contem-

placion de las grandezas divinas, y á la práctica de muchas ingeniosas mortificaciones; ocupando el tiempo sobrante en el oficio de pastor de ciertas ovejuelas, cuyos frutos invertia en socorro de los necesitados.

Seguia Formerio lleno de placer aquel tenor de vida mas angélica que humana, y queriendo Dios valerse de él para que enseñase las infalibles verdades á muchos paganos, envió un ángel á que le instruyese en la doctrina revelada. Habilitado por este medio, comenzó á ejercer el oficio de predicador por toda aquella sierra; y como viesan los gentiles de los pueblos y aldeas de la comarea, que las fieras acudian al eco de la voz del ilustre misionero á oír la palabra divina, como pudieran los mas devotos racionales, y á recibir diariamente su bendicion; convencidos por esta portentosa maravilla, de que sin duda era verdadera y santa la doctrina que predicaba, la abrazaban gustosos, dejando los crasos errores del paganismo.

Suscitó por entonces el emperador Aureliano la nona persecucion de las diez primeras que padeció la iglesia bajo el dominio de los príncipes gentiles; y siendo su empeño destruir si pudiese el nombre y la religion de Jesucristo, no contento con que Roma fuese el mas sangriento teatro, donde se sacrificaban cada dia innumerables víctimas inocentes, envió por todas las provincias del imperio gobernadores idólatras, para que tuviesen cumplimiento sus impías intenciones. Cupo á la Rioja uno de estos ministros llamado Alejandro, celoso como el que mas en sostener á toda costa el culto de sus deidades quiméricas, y como los principales gentiles de la provincia sehallaban irritados contra Formerio, á causa de las muchas conquistas que hacia cada dia para Jesucristo, le delataron al gobernador por inobediente á los decretos de los príncipes del mundo, y por un clásico mago, como se acreditaba en el hecho de someterse á su disposicion las fieras, como si fuesen mansos corderos.

No oyó Alejandro sin irritarse la acusacion de los idólatras; y queriendo vengar el desprecio que hacia el ilustre predicador á los dioses romanos, dió orden á sus ministros para que lo prendiesen. Buscáronle estos con esquisitas diligencias por toda la sierra de Cerezo, y habiendo llegado á la pobre choza donde habitaba, como no le conocian, le preguntaron por Formerio. Respondióles el Santo: *Yo soy*, lleno de alegría; y saludándolos cortésmente, les rogó que descansasen, y ofreció á su disposicion cuanto tenia. Quedaron atónitos los emisarios al ver la serenidad, la dulzura y la mansedumbre del venerable eremita; pero aun se admiraron mas, cuando vieron concurrir las fieras á oír los sermones que les hacia, con cuyo motivo predicó tambien á los enviados. Temieron estos ser despedazados, mas Formerio les aseguró que no les causaria el menor daño, como lo experimenta-

ron. Conocieron los ministros por aquel prodigio la eminente virtud del siervo de Dios; y manifestándole el orden que llevaban de su principal, le rogaron que se ausentase, que ellos protestarian no haberlo encontrado. Agradeció Formerio el favor que le hacian; pero reflexionando que en él se le privaba su mayor gloria, les dijo: *Sabed, hermanos, que no es justo que yo pierda la ocasion que Dios me prepara. Confiesoos ingenuamente, que no temo los tormentos de Alejandro: soy cristiano, y debo confesar la fe que profeso ante los tribunales paganos; y así vamos inmediatamente á ofrecer al Señor mi vida en sacrificio.* Hizolo así; pero antes que partiese de la montaña, le envió Dios un ángel para que le manifestase lo mucho que habia de padecer por su amor, asegurándole que triunfaria gloriosamente en sus combates.

Presentaron los emisarios á Formerio ante el gobernador Alejandro, y comenzó á reconvénirle de esta suerte: *Dime cómo siendo hijo de nobles padres has elegido una vida rústica, debiendo portarte como los que son iguales á tus circunstancias, manteniéndote con ellos en el pueblo y no en los montes con las fieras? Además de esto ¿por qué eres tan osado, que no contento con profesar la religion del Crucificado, la predicás y enseñas, pervirtiendo con encantos á muchos que prestaban adoracion á nuestros dioses protectores del imperio, obrando contra los decretos de los príncipes del mundo? Tus pocos años solo pueden disculparte, y así trata luego de dejar la nueva religion que profesas, y de sacrificar á los dioses romanos, para que merezcas nuestra proteccion y nuestra amistad.* Negó Formerio la impostura de mago, y confesó que las maravillas que graduaban los gentiles por encantos, no las hacia por malas artes, sino por virtud de Jesucristo, en cuya religion fue educado, en la que le habia mantenido el Señor por su infinita misericordia; la cual solo era verdadera, pues reconocia por Dios al Criador del cielo y de la tierra, á quien debian amar, servir y adorar todas las criaturas, y no á las vanas estatuas á las que los idólatras tributaban culto bajo el velo de deidades quiméricas, siendo así que eran unos retratos de hombres y de mujeres torpes, que por sus enormes vicios estaban en los infiernos; y por lo mismo le añadió, que tuviese entendido, que jamas le separarian de la fe de Jesucristo todos los tormentos que pudiera discurrir su obstinacion.

Una respuesta tan generosa escitó la cólera del tirano de suerte, que no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó á los verdugos que pusiesen al ilustre confesor en un potro ó catasta, donde le atormentasen cruelmente, para vengar el desprecio que habia hecho á los dioses. Usaron del artificio de aquella horrible máquina por tres veces, todas con igual violencia, y luego se percibió la

dislocacion de todos los huesos; pero viendo Alejandro la serenidad de ánimo que mostraba Formerio en medio de los mas vivos dolores, sin cesar de predicar á Jesucristo, no pudo menos de comprender que en aquella admirable tranquilidad se ocultaba alguna virtud sobrenatural á que no podia resistir; mas no queriendo manifestarse vencido, dió orden para que le quitasen del tormento, y que le encerrasen en un calabozo oscuro, con severa prohibicion de que no le diesen el menor alimento; pero el Señor tuvo providencia de su siervo, restituyéndolo de repente á su antigua robustez, y derramando á un mismo tiempo sobre su dichosa alma una dulzura de superior orden que le inundó de alegría.

Hallábanse en la cárcel, cuando entró en ella Formerio, algunos cristianos presos por la fe, tan fatigados con los trabajos y con las miserias de la prision, que les faltaban ya las fuerzas para tolerar tantas penalidades, y compadecido el Santo de aquellos infelices, recurrió á Dios á fin de que se dignase favorecerles. Oyó el Señor con agrado las súplicas de su siervo, y descendió una luz celestial que disipó las tinieblas del calabozo, á cuya vista se hicieron pedazos los grillos y las cadenas, y abriéndose por sí mismas las puertas de la cárcel, manifestó Formerio á los fieles, que era voluntad de Dios el que se ausentasen de la ciudad, para que descargase sobre su persona toda la cólera del tirano.

Dió parte el carcelero á Alejandro de la fuga de los presos, informándole que habia quedado solo Formerio, tan sano de los tormentos pasados como si nunca los hubiese padecido; y pareciendo al tirano que para persuadir á un hombre de aquel carácter, tendrian mas eficacia los buenos términos que la severidad, hizo traerle á su presencia, y le exhortó á que adorase á los dioses romanos, ofreciéndole ventajosísimas promesas. Despreciólas el valeroso militar de Jesucristo con aquella generosidad y con aquella fortaleza que es propia de los héroes de nuestra santa religion, y ratificando de nuevo otra igual confesion de fe que la antecedente, hizo ver á Alejandro que estaba dispuesto á morir por ella, y aun se adelantó á persuadirle, que reconociese su ceguedad si deseaba su eterna salvacion.

No es fácil poder explicar la ira que concibió Alejandro á vista del desprecio que hizo el Santo de sus ofertas; pero creyendo que no podria resistir á la actividad del fuego, mandó á los verdugos que lo introdujesen en un horno encendido. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor prontitud; mas repitiendo el Señor aquel prodigio admirable que obró en el horno de Babilonia con los tres jóvenes, se mantuvo el Santo por espacio de cinco dias sin la menor lesion entre las voraces llamas, cantando himnos de alabanzas divinas en compañía de ángeles.

Admirados los paganos de aquel extraordinario portento, comenzaron á aclamar que solo era verdadero el Dios de Formerio; por lo que se convirtieron á Jesucristo muchos de los infieles. Supo Alejandro el suceso, y atribuyéndolo á echiceria, de la que eran notados los cristianos en la operacion de semejantes maravillas, dispuso que llevasen al Santo al anfiteatro público para que le despedazasen las fieras. Concurrió una multitud de gentiles á ver el espectáculo, y habiendo soltado un leon, que con sus epantosos bramidos infundia terror á los asistentes, convertido contra los idólatras dió muerte á no pocos de ellos; y dirigiéndose despues con gran mansedumbre adonde estaba el ilustre mártir, bajó la cabeza para que le diese su bendicion, como lo tenia de costumbre.

Atónito el tirano con tanto tropel de prodigios, creyó con gravísimo fundamento que si continuaban en atormentar al Santo, era dar márgen para su mayor confusion y para que se evidenciase el ningun poder de sus falsos dioses; por lo que dió orden á los verdugos, que lo degollasen inmediatamente. Llevaron al Santo á un sitio de la vega de Cerezo, llamado por entonces de los Tormentos por los muchos que padecieron en aquel lugar los mártires de Jesucristo, el que en el dia se llama Tormantos corrompido el vocablo; y ejecutándose en él la sentencia del tirano, consiguio Formerio la apetecida corona del martirio en el dia 25 de setiembre del año 277, que fué el último del imperio de Aureliano.

Recogieron los cristianos el venerable cuerpo del ilustre mártir, y le dieron sepultura con la cautela que permitia la turbacion de aquellos lastimosos siglos; y en lo sucesivo le trasladaron á la villa de Bañares, donde están sus venerables reliquias en la iglesia de Santa Cruz, en la que se celebra su festividad con octava, y es tenido en grande veneracion por todos los pueblos de la comarca; en virtud de lo cual concedió el papa Sixto IV en 29 de mayo de 1477 una indulgencia plenaria á todos los cofrades de la hermandad del Santo, en la que están alistadas casi todas las personas de Bañares, por la singular devocion que profesan á su ínclito patrono, que remunera su afecto con repetidísimos beneficios.

DIA XXVII.

San Adolfo y San Juan, mártires.

AUNQUE la injuria del tiempo robó á la posteridad las actas que el esclarecido abad Espera-en-Dios escribió con estilo elegante de S.

Adulfo y de S. Juan, protomártires de la sangrienta persecucion que Abderramán rey de Córdoba movió contra los cristianos en los principios de su imperio; con todo, por lo que nos dice S. Eulogio en el Memorial de los mártires de Córdoba remitiéndose al testimonio de su maestro, á quien llama el ilustrísimo doctor y gran lumbrera de la iglesia de España, sabemos, que triunfaron ambos héroes de los enemigos de Jesucristo, sirviendo su ejemplo para alentar á muchos cristianos débiles, á que diesen iguales pruebas de su fe. Nacieron ambos en Sevilla ó en su diócesis de padres nobilísimos aunque desiguales en religion, cuya conjuncion no era estraña en aquellos siglos calamitosos, en los que vivian los fieles mezclados con los mahometanos, como hoy sucede en los países en que se profesan sectas diferentes. El padre de nuestros santos era moro, y su madre Artemia era cristiana. Quiso ésta encargarse por sí de la educacion de Adulfo, de Juan y de Sta. Aurea (cuya vida y martirio dejamos ya escrita en las del día 19 de julio), que fueron los tres frutos de bendiccion que les concedió el cielo, para que ennobleciesen la iglesia; y mándando estos con la leche las piadosas máximas de nuestra santa religion, no fueron capaces para separarlo de ella la fuerza; los ruegos ni las persuasiones de sus deudos, las amenazas de los jueces, ni aun la misma muerte.

Muerto el padre de los bienaventurados mártires, resolvió Artemia retirarse donde pudiera con libertad practicar los ejercicios de la religion que profesaba. Supo que en Córdoba gozaban este indulto los cristianos á espensas de los crecidos tributos que les exigian los moros, y pasando á ella con sus tres hijos, se encerró en el monasterio de Sta. María de Culeclara, donde fué prelada y maestra de S. Walabonso y de su hermana Sta. Maria, y de muchos confesores que en aquellos tiempos derramaron su sangre en defensa del Evangelio.

No podian tolerar los parientes de Sevilla por parte del padre, que los dos ilustres hermanos profesasen la religion cristiana, creyendo que en esto infamaban la nobleza de sus ascendientes; y para estorbarlo, se valieron de los consanguíneos que tenian en Córdoba, á fin de que les aconsejasen secretamente que siguiesen la ley de su padre, so pena de delatarlos á la justicia en caso de no hacerlo así, para que los castigase por desertores de la religion que habian profesado todos sus mayores. Oyeron Adulfo y Juan la amonestacion de sus deudos con el mayor desprecio, haciéndoles ver que estaban dispuestos á padecer todos los castigos que pudieran discurrir los árabes, antes que separarse de la religion cristiana; y resentidos aquellos de semejante respuesta, recurrieron al juez mahometano, ponderándole la terquedad de los dos hermanos, los cuales se mantenian inflexibles á sus amonestaciones sobre que siguiesen la ley de sus ascendientes, por lo

que pedían que se les castigase con toda severidad. No oyó el juez con indiferencia la acusacion, antes bien zeloso del honor que resultaba á su profeta, mandó á sus ministros que los trajesen ante su tribunal, donde les reconvino de esta forma: *Varones nobles, que gozais por vuestro padre esta cualidad, ¿con qué derecho seguís la ley de vuestra madre, no queriendo ilustraros con la que profesó aquél, manchando vuestra ilustre prosapia con una torpe religion? Si el esplendor paterno os ennoblece, ¿por qué no condecorais vuestras acciones con su fe? Decreto es de los árabes, que el hijo que se ilustra con el honor del padre siga su religion; bajo cuyo supuesto resolved, ó abrazar la ley que profesó vuestro padre, ó disponeos para una muerte infame.*

Creía el juez que semejante reconvenccion haria fuerza á los dos ilustres confesores de Jesucristo; pero quedó lleno de confusion, cuando le respondieron con aquel valor y con aquella fortaleza, que es característica de los héroes del cristianismo: *Ningun hombre se ennoblece con la cualidad que le conduce á su eterna perdicion: ¿por qué razon hemos de seguir la ley de nuestro padre, cuando es un cuento de patrañas y de falsedades? El esplendor de nuestra prosapia debe ceder á la virtud, y la nobleza de nuestros ascendientes á la verdad que enseña la religion de Jesucristo, que es el que ennoblece á sus creyentes, y hace reinar á los que le sirven. Nosotros abrazamos esta ley desde nuestros primeros años, y la veneramos como justa y santa, pues todo cuanto no es conforme á ella, es notoriamente falso, y no procede de Dios; por cuya confesion desde ahora ponemos á tu disposicion nuestros cuerpos, sobre los que solamente tienen poder las potestades del mundo, renunciando todos los blasones de la caduca nobleza que ponderas.*

No es fácil manifestar la cólera que concibió el juez al oír una respuesta tan generosa, y viendo inútiles todos sus esfuerzos para pervertir á los dos jóvenes, tan constantes en la fe como ansiosos á padecer por amor de Jesucristo, los sentenció á pena capital. Ejecutóse la injusta providencia en el día 28 de setiembre por los años 824 ó 25 segun el cómputo mas arreglado al tiempo en que señala su martirio S. Eulogio, que fué en los principios del reinado de Abderramán; si bien Usuardo, Maurolico y Baronio hacen memoria de ellos el día 27 de setiembre.

Sus venerables cuerpos fueron recogidos por los cristianos en una noche tenebrosa, y sepultados en la iglesia de S. Ciprian. De esto hace memoria Mabillon hablando de la traslacion de los santos Jorge y Aurelio desde Córdoba á Paris.

DIA I.º DE OCTUBRE.

San Verisimo, santa Máxima y santa Julia, mártires.

EN el reino de Portugal, provincia de España en siglos anteriores, es y ha sido siempre célebre la memoria de los santos Verisimo, Máxima y Julio, naturales de Lisboa, los cuales dieron pruebas de su valor y de la constancia de su fe á principios del siglo IV, impediendo Diocleciano y Maximiano. Habiendo oido los santos hermanos pregones de parte de los emperadores en que se mandaba que todos los cristianos que se hallasen en Lisboa adorasen los ídolos ó fuesen muertos, sin ser buscados ni presos se fueron á presentar al juez y confesaron que eran cristianos. Este mandó que los pusiesen en la cárcel, y allí tasadamente les diesen de comer. Sufrieron esto los santos hermanos con mucho contento y alegría, que mostraban en sus rostros, incitando así al juez para que les diese mayores tormentos, como se los dió, haciéndoles descoyuntar sus cuerpos en la garrucha. Hizolos azotar con puntas de hierro, llamadas escorpiones, que es lo mismo que alacranes. Despedazáronlos con garfios de hierro, hasta descubrir las entrañas, dándoles fuego por los lados con láminas de hierro hechas ascua. Despues de esto los llevaron arrastrando de los pies por toda la ciudad, y dándoles primero muchas pedradas, al cabo los mandaron degollar, y así juntamente con la victoria del tirano alcanzaron la corona del martirio, tal dia como hoy. Sus cuerpos quedaron en el campo para pasto de animales; y porque ninguno les tocó en algunos dias que allí estuvieron, atados á grandes piedras los lanzaron en el mar; mas favorecidos de Dios, que usó con ellos milagro, el mar los echó en su ribera, tomando los cristianos ánimo para enterrarlos, y los gentiles confusion para no osarlo estorbar. Fueron sepultados en la playa, donde se fabricó una iglesia. Despues el rey de Portugal D. Juan II los mandó trasladar en el año 1475 dentro de la ciudad, en el monasterio de monjas de Santiago.

DIA II.

San Saturio, patron de Soria.

SAN Saturio, uno de los mas célebres eremitas que han florecido en España, á quien se tributa los honores de patrono de Soria, nació en

aquella antigua ciudad de la ilustre prosapia de los godos, segun nos dicen varios escritores de la nacion. Criaronle sus padres segun el espiritu de la religion católica de la que eran celosos profesores, y habiendo impreso en el tierno corazon del ilustre niño las piadosas máximas del Santo evangelio, aunque tenia grandes disposiciones para las ciencias á las que le aplicaron en su infancia, con todo, manifestó desde luego su inclinacion á la soledad, para atender únicamente al importante negocio de su salvacion eterna. Murieron los padres de Saturio, y disueltos los vínculos de la carne y de la sangre, que hasta entonces impidieron la ejecucion de sus nobísimas ideas, distribuyó su cuantioso patrimonio entre los pobres de Jesucristo, y se retiró á una elevada montaña contigua al rio Duero, donde eligió para su habitacion una gruta, cerca de la cual labró un oratorio en honor del arcangel S. Miguel, donde se entregó á los escesos de su fervor y á los rigores de unas penitencias sin límites, sin tener otra ocupacion que la de dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas, pasando en oracion los dias y las noches, no tomando otro alimento que el de raíces amargas, ó algunas frutas silvestres, que contribuian no poco á aumentar su mortificacion.

Pasó mas de treinta años el ilustre eremita en aquel tenor de vida mas angélica que humana, siendo el objeto de la veneracion de toda aquella region, á pesar de las industrias de que se valia para ocultarse de la vista de los mortales. Tenia Saturio la costumbre de ponerse de rodillas á orar al romper el dia en la puerta de su cueva, y en una de las ocasiones que practicó esta diligencia, advirtió en lo profundo del valle por donde corre el Duero, que andaba de una á otra parte un jóven solicitando pasar aquel caudaloso rio. Conoció el peligro á que se esponia el incauto mancebo, y llevado de un impulso de compasion, se puso sobre una piedra, y comenzó á vocearle, para que desistiese de su empeño. Era el jóven Prudencio, aquel célebre santo que fué despues obispo de Tarazona, que iba en busca de Saturio, quien luego que oyó su voz, se arrojó intrépido sobre las aguas, y habiéndolas pasado á pié enjuto, fué á la cumbre donde estaba el eremita, y postrándose á su pies le pidió su bendicion. Hizo Saturio la misma diligencia, admirado del prodigio que acababa de presenciar; pero venciendo en la religiosa alteracion el humilde jóven, le asió de la mano, y entrando ambos en el oratorio de S. Miguel, dieron juntos repetidas gracias al Señor.

Concluido aquel acto, preguntó Saturio á Prudencio por su nombre, por su patria, y por el motivo que le conducia á aquella soledad, y manifestándole no ser otra la causa que la de seguir en su compañía el fervor de la vida eremita, á que se hallaba llamado

desde su niñez, le rogó que le admitiese por su discípulo. Hizolo Saturio con la mayor complacencia, y habiendo continuado por espacio de siete años bajo la enseñanza de tan célebre maestro, le veneraba éste por las ventajas escesivas que notaba en él sobre los mas ancianos en la profesion.

Comenzó á enfermar Saturio, y á debilitarse su naturaleza á fuerza del rigor de su penitente vida, y conociendo por luz superior que se acercaba la hora de la muerte, rogó á Prudencio que le tendiese sobre el duro suelo, y le cantase los oficios funerales; en cuyo acto entregó el espíritu en manos del Criador por los años 568, con notable sentimiento de su amado discípulo, que en cumplimiento de la voluntad del difunto, dió sepultura á su venerable cadáver en el oratorio de S. Miguel, gravando sobre la lápida la inscripcion siguiente: *Aquí descansa el siervo de Dios Saturio, que despues de treinta y seis años de vida erémítica, esclarecido en milagros, falleció en el Señor á los setenta y cinco años de su edad en el 6 de las nonas de octubre de la era 606 (que es el año de Cristo 568.)*

Ascendió despues S. Prudencio, discípulo de Saturio, á la dignidad de obispo de Tarazona, y queriendo manifestar á todos el alto concepto de santidad que siempre tuvo de su insigne maestro, elevó sus reliquias del primer depósito á lugar mas decente, donde contribuyó con su autoridad y con su ejemplo, á que se le tributase al Santo el culto y la veneracion debida, la cual se aumentó en todos los pueblos de la comarca, á virtud de los repetidos milagros que se dignó el Señor obrar por la intercesion de su siervo, cuyo cuerpo se trasladó despues á la iglesia de Soria, que le reconoce por su patrono. (*Véase la vida de san Prudencio, obispo de Tarazona, en las del dia 28 de abril, pág. 464.*)

DIA II.

El beato Berenguer, confesor.

AUNQUE los escritores modernos dominicanos se quejan altamente de la negligencia de los antiguos, sobre haber privado á la posteridad de las importantes noticias de la vida del beato Berenguer de Peralta, decoroso ornamento de su orden, con todo, por lo que han podido adquirir los que se interesaron en el descubrimiento de sus actas, sabemos que nació en Monzon, pueblo del reino de Aragon, confinante con el principado de Cataluña, y que cuando contaba quin-

ce años, fué provisto en uno de los canonicatos de la iglesia de Lérida; de que se infiere los relevantes merecimientos del beato en una edad que por lo regular piensan los jóvenes en diversiones y pasatiempos. Distinguióse desde luego Berenguer en el nuevo estado por la arreglada circunspeccion de sus costumbres y por su singular piedad; pero como sus deseos no eran otros que retirarse del mundo, para atender únicamente al importante negocio de su salvacion eterna, abrazó el órden querúbico en el convento que poco antes habian fundado en Lérida los hijos del patriarca Santo Domingo, floreciente por lo mismo en el primitivo fervor de la observancia regular. No nos consta los progresos que hizo Berenguer en el claustro; pero la grande reputacion que tuvo es un testimonio auténtico de la santidad de su vida. Vacó la cátedra episcopal de Lérida por muerte de D. Guillelmo Barberan, y como el Señor queria acreditar el mérito de su siervo para aquella dignidad, aunque se hallaba solo en el órden de subdiácono, lo demostró así por uno de los extraordinarios portentos de su adorable providencia.

Juntáronse los canónigos de Lérida, á quienes correspondia por entonces la eleccion de prelado, para nombrar sucesor del difunto, y no conviniéndose los votos en los muchos congresos que tuvieron, decidió el cielo la contienda, haciendo que apareciese un ángel que impuso la mitra á Berenguer; cuyo hecho prodigioso lo acredita la pintura que hoy se ve sobre el sepulcro del siervo de Dios, creído por una tradicion constanté.

No pudieron resistirse los canónigos á la significacion del cielo, y mas constándoles las eminentes virtudes de Berenguer; pero como éste se hallaba tan distante de apetecer honoríficos empleos, conociendo por una parte que en la promocion se le privaba de los consue- los superiores que disfrutaba en su amado retiro, y por otra la responsabilidad del ministerio episcopal, quiso antes perder la vida que imponer sobre sus hombros una carga tan pesada, temible por los hombres mas eminentes que han florecido en la Iglesia. Rogó á Dios con fervorosas oraciones, que se dignase exhonerar de aquel insopor- table peso á sus débiles hombros, y oyendo el Señor con agrado las súplicas de su humildísimo siervo, antes que se consagrarse, le llevó á gozar de su vision beatifica en el día 2 de octubre del año 1256, reinando en Cataluña, Aragon, Valencia y Mallorca el rey D. Jaime primero de este nombre.

Veneraron los fieles al beato desde su fallecimiento, tributándole el culto debido á su eminente santidad, la que quiso el Señor manifes- tar con repetidos milagros, memorable entre ellos el siguiente: deter- minó un obispo de Lérida abrir el sepulcro del siervo de Dios, ó bien para ver sus reliquias como opinan unos, ó bien para trasladarlas á

lugar mas decente segun sienten otros; pero impidió la operacion una abundante copia de sangre, que se dejó ver en el frontispicio del mismo sepulcro, en el que hasta ahora se advierten varias gotas de la misma sangre; cuyo prodigio sirvió para aumentar desde entonces la devocion de Lérida, donde tiene un altar dedicado á su nombre, y es constante su culto inmemorial.

DIA IV.

San Hieroteo el divino.

Los autores griegos, que escribieron comentarios sobre los libros de S. Dionisio Areopagita, confiesan, que el divino Hieroteo, á quien el mismo S. Dionisio llama su maestro, y se precia de haber sido su discípulo, fué español de nacion, y que S. Pablo le convirtió. Simon Metafraste dice que gobernó en España algun tiempo, aunque este autor mudó algo el nombre, llamándole Filoteo; y esto sucedió, porque el nombre propio de este Santo no era Hieroteo, antes los griegos se lo pusieron, y quiere decir el consagrado á Dios, ó cosa semejante, que por esto tambien le pusieron título de divino, por ser su doctrina divina, y muy santa su vida. Suidas y los comentarios griegos dicen que escribió S. Dionisio la vida del divino Hieroteo. El calendario griego le nombra obispo de Atenas, y pone su dia en 4 de octubre, lo mismo que el Martirologio romano. Que fué español, y que le convirtió S. Pablo, es cierto; mas S. Dionisio dice de él que predicaba á Cristo en Jerusalem, antes que S. Pablo viniese á España; y asi seria de los que dice S. Lucas que estaban en Jerusalem de todas las naciones del mundo. Escribió varios libros de ciencias eclesiásticas, los cuales se han perdido. (*Villegas.*)

DIA V.

San Atilano, obispo y confesor.

EN la ciudad de Tarazona, sita en el reino de Aragon, nació S. Atilano, uno de los célebres alumnos del orden de S. Benito, y uno de los mas santos y zelosos obispos que han brillado en la iglesia de Es-

paña. Sus padres, distinguidísimos ciudadanos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad, le recibieron como fruto de las fervorosas oraciones que por muchos años habian ofrecido al cielo, para que les favoreciese con sucesion. En esta atencion se dedicaron con el mayor esmero á imprimir en el niño desde su tierna edad todas aquellas ideas que pudieran contribuir al cumplimiento de la promesa que hizo su madre, luego que se sintió embarazada, de consagrar á Dios el hijo que se dignase concederla. Pero como Atilano era de un indole amable, de una docilidad singular y de una inclinacion como nacida para la virtud, costóles poco trabajo su educacion; dejándose ver en su juventud adornado con todas aquellas prendas de naturaleza y gracia que le hicieron uno de los jóvenes mas cabales de su tiempo.

Aplicado á la carrera de las letras, como se hallaba dotado de un excelente ingenio, hizo en las ciencias maravillosos progresos, y nada inferiores en la virtud, de suerte que en breve tiempo fué mas sabio que lo que correspondia á sus años, y con exceso mas santo y virtuoso. Como á los conocimientos de la verdadera sabiduria es consiguiente el desengaño de los caducos bienes de la tierra, despreciando Atilano todas las esperanzas que el mundo le prometia á su nacimiento y recomendables prendas, cerrando los oidos enteramente á los engañosos halagos de la carne y sangre, solo pensó en buscar seguro asilo á su inocencia, retirado de los peligros del siglo; para lo cual vistió el hábito del órden Benedictino en un monasterio cerca de Tarazona, del que restan algunos vestigios donde existe la iglesia que conserva el nombre de S. Benito.

Permaneció algun tiempo en aquel monasterio, acreditando con su fervor, con su observancia regular, con su eminente virtud y con su admirable ejemplo la verdad de su vocacion, hasta que habiendo oido la fama pública de santidad de S. Froylan, determinó buscar á tan excelente maestro. Obtenida la licencia de su abad, corriente en aquellas edades en los mōnges que apetecian seguir la vida anacoreta, pasó al monte Corros, donde supo que se habia retirado el Santo huyendo de la multitud de gentes que le estorbaban su apetecido reposo, y le suplicó humildemente que le admitiese por su discipulo. Conseguida esta gracia, vivió en la compañía de aquel héroe solitario, imitándole en los santos ejercicios de oracion, contemplacion y asombrosas penitencias. Fundó Froylan el célebre monasterio de Murerola, donde congregó doscientos mōnges bajo la regla de S. Benito alentándoles con su ejemplo á dar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que eran llamados, y como conocia el fervor y la virtud de Atilano, le nombró por prior de aquella numerosa comunidad, en cuyo empleo acreditó con pruebas prácticas su consumada prudencia, su piedad y su estremada caridad para con todos los religiosos.

Vacó por entonces la cátedra episcopal de la iglesia de Zamora, y como la fama de santidad con que brillaba Atilano era tan pública y notoria, por igual aclamacion que fué promovido á la silla de Leon su maestro, se hizo la eleccion en el discipulo, muy distante de apetecer honoríficos empleos. En vano rogó y lloró para que le exhonerasen de aquella insoportable carga, pues convencidos todos de que solo su actividad y su zelo podria reparar las pérdidas que habia padecido aquella iglesia en la irrupcion de los árabes, insistieron en la eleccion, en términos, que le fue preciso sujetarse á la voluntad de Dios, bien conocida en tan visibles pruebas.

Pasó Atilano á Zamora á ejercer las funciones de su ministerio, y las primeras atenciones de su vigilancia pastoral se dirigieron á la reedificacion de los templos destruidos por los sarracenos, al restablecimiento de la disciplina eclesiástica y á la reforma de las costumbres de su pueblo, debiéndose á su zelo siempre activo y siempre infatigable, el que mudase de semblante su diócesi, poco antes poseida de una sensible relajacion. Por el discurso de diez años padeció innumerables trabajos en la reparacion de los estragos que ocasionaron los bárbaros en su iglesia; pero la conducta admirable que observó el santo pastor en todas sus empresas, facilitó la obediencia á sus prudentes y sabias exhortaciones. La dignidad no causó en él otra novedad que la de aumentar su fervor, sin que se dispensase por mas tareas, de los ejercicios religiosos que practicaba en el monasterio, portándose con todos con tanta dulzura, con tanto amor y con tanta benevolencia, que hecho dueño de los corazones de sus súbditos, todos le amaban como á padre y le veneraban como á santo, correspondiendo el rendimiento á sus órdenes y al zeloso espíritu con que las dispensaba.

Luego que conoció que su rebaño estaba instruido suficientemente, acordándose de algunos defectos de su juventud, determinó satisfacerlos por medio de la peregrinacion, género de penitencia adoptada en aquellos siglos. Hizolo presente al pueblo para que no tuviesen por sospechosa su ausencia. Clamaron todos con el mayor dolor sobre que no les dejase, pues no tenian otro padre, otro maestro, ni otro prelado que consolase sus aflicciones, ni ocurriese á sus miserias; pero constante el Santo en su resolucion, templó la pena de su pueblo con que volveria dentro de breve tiempo, mandando en el interin que se distribuyesen en socorro de los pobres todas las rentas episcopales. Empezó su marcha inmediatamente, y al salir de la ciudad, llegando al puente contiguo al templo de S. Lorenzo, arrojó al rio el anillo episcopal, diciendo: *Cuando te volviere á ver, estaré cierto del perdón de todos mis pecados.* Siguió su peregrinacion en hábito de pobre, pidiendo limosna de puerta en puerta: visitó los santos lugares

que se veneran en la cristiandad, y habiendo pasado dos años en este penosísimo ejercicio, padeciendo innumerables trabajos, oyó una voz celestial que le previno volviese á su obispado, pues Dios habia oido sus ruegos. Obedeció Atilano inmediatamente, y llegando á Zamora al tiempo de oscurecer, fatigado del cansancio, se detuvo aquella noche en la ermita de S. Vicente. Pasaron los ermitaños á la mañana siguiente por las espórtulas, ó porciones elemosinarias acostumbradas, y representando al limosnero que tenian en la ermita á aun pobre huésped, le dió un pez grande para los tres. Diéronle á Atilano para que le destripase, mientras disponian lo necesario para condimentarlo; y cuando se ocupaba el Santo en aquella operacion, halló en el vientre del pez el anillo episcopal que habia arrojado al rio al tiempo que salió de Zamora. Entonces puesto de rodillas, levantando las manos al cielo, dió al Señor gracias, diciendo: *Bendito sea el Señor Dios de Israel que visitó é hizo la redencion de su siervo: engrandezcan todos los que te conocen, Señor, tus misericordias, porque las derramas con tiempo oportuno y ensalzas á tus siervos: ¡cuando yo, Señor, merecí verlas, y cuándo conseguir tus divinos auxilios en medio de mi tribulacion! Bendito seas eternamente, porque tú solo obras semejantes maravillas, y glorificas á los que te temen. ¡Quién soy yo, siendo un humilde hombrezuelo, para merecer las misericordias que hoy me dispensa tu diestra!*

Se dice que en seguida de este memorable sucesó se tocaron por sí las campanas de Zamora, de lo que admirados los ciudadanos, llenos de confusion, ignorando el motivo se acordó el limosnero del huésped para quien dió el pez á los ermitaños. Concurrieron todos á la ermita de S. Vicente, y les salió al encuentro el Santo ya vestido de pontifical milagrosamente. No es posible esplicar el gozo que concibieron los de Zamora á la vista de su amado pastor; lleváronle á la ciudad con toda magnificencia, y vivió despues siete ú ocho años, dispensando todos los deberes de su ministerio con el zelo, con la caridad y con el fervor propio de un verdadero sucesor de los apóstoles. Quiso el Señor premiar sus merecimientos, y le llevó para sí en el dia 5 de octubre, á principios del siglo X, á los setenta años de su edad y diez y nueve de obispo. Dieron sepultura á su venerable cuerpo con un epitafio espresivo de sus admirables hechos, y habiendo Dios esclarecido su sepulcro por los muchos milagros que obró en favor de los que concurrían á visitarle, elevaron sus reliquias sobre el altar mayor de la iglesia de S. Pedro, que entonces servia de catedral, donde con las de S. Ildefonso, arzobispo de Toledo, se le tributan el honor y culto correspondientes.

DIA VI.

Santa Fé, virgen y mártir.

SANTA Fe nació en Agen, ciudad de la segunda Aquitania, aunque otros la estiman natural de la provincia de Portugal. Previnola el cielo desde la cuna con sus dulces bendiciones; y añadiendo por ellas á la calificada nobleza de sus mayores el superior realce de haber sido una de aquellas ilustres virgenes que vestida con la blanca estola de la puerza la lavó en la sangre del cordero, servia su valerosa constancia para alentar á los fieles á que diesen testimonios públicos de su fe ante los tribunales de los gentiles. Educaron á Fé sus padres en la religion de Jesucristo, y quedando altamente impresas en su tierno corazon las piadosas máximas del evangelio, acreditó desde luego el nombre que la impusieron en la pila bautismal. Era en el cuerpo de una rara hermosura, pero sin comparacion mayor en el alma, condecorada en el candor de la pureza y en el adorno de todas las virtudes cristianas, y así aunque se hallaba jóven cuando padeció martirio, se dejó ver como una anciana venerable en la justificacion de su conducta.

Movieron en principios del siglo IV los emperadores Diocleciano y Maximiano una de las persecuciones mas sangrientas que padeció la Iglesia bajo el dominio de los príncipes gentiles: nombraron por gobernador ó presidente de la provincia de Tarragona á Daciano, uno de los monstruos mas fieros que vomitó el infierno para azote de los inocentes fieles; cuyas enormes crueldades dejaron á la posteridad la idea mas horrible que pudo concebirse de los hombres mas bárbaros é inhumanos. Pasó esta fiera de camino por Francia para establecerse en la capital de su departamento; y estando ya impaciente de no ejecutar cuanto antes los impios designios de sus principales, quiso dar pruebas de su tirania en Agen. Supo que en aquella ciudad se distinguia Santa Fé entre los discípulos de Jesucristo; y como su encargo principal era estinguir si pudiese todos los profesores de la religion cristiana, resolvió proceder contra la ilustre virgen. Mandó á sus ministros que la trajesen á su tribunal, y presentándose la Santa llena de una extraordinaria alegría, armándose con la señal de la cruz, pidió al Señor que la diese sabios razonamientos con que vencer á aquel tirano.

Comenzó Daciano el interrogatorio acostumbrado, preguntando á

la insigne virgen por su nombre y religion, y respondió sin turbarse:

Yo me llamo Fé, y la religion que profeso es la de Jesucristo al que sirvo desde mi infancia, y á quien confieso ahora por Dios verdadero con toda la veneracion que me es posible. Disimuló por entonces el tirano el enojo que le causó semejante respuesta; pero pareciéndole que para persuadir á una doncella de aquel ánimo, tendrían mas fuerza los buenos términos que la severidad, la dijo: *Toma mi consejo, noble virgen, para que puedas conservar tan extraordinaria hermosura en la mas florida juventud; deja la nueva religion de un hombre que fué crucificado por sus delitos, y sacrifica á la diosa Diana, que es la protectora de vuestro sexo, en cuyo caso yo te enriqueceré con grandes bienes.* Despreció Fé con generosidad las ofertas del tirano, y revestida de aquel valor que es propio de los héroes del cristianismo, le contestó: *Yo sé muy bien, que todos los dioses de los gentiles son demonios; ¿y sin embargo quieres que les ofrezca sacrificio?* No pudo sufrir Daciano una espresion tan injuriosa sin remontarse en un furor extraordinario, y queriendo castigar su osadia, la reconvinó de esta suerte: *¿Cómo te atreves á decir, que son demonios nuestros dioses? una de dos, ú ofreceles sacrificios, ó disponte á padecer esquisitos tormentos.* No se acobardó la ilustre virgen con tan terrible amenaza; antes bien animada de un nuevo espíritu, segura del premio, y alentada con el ejemplo de los mártires (cuyos triunfos leía de continuo) le hizo entender á Daciano, que su mayor dicha consistía en dar la vida por amor de Jesucristo. Una respuesta tan generosa apuró todo el sufrimiento de Daciano, y no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó á los verdugos que la atormentasen, y por su mandado fué puesta sobre unas parrillas de hierro, y debajo mucha lumbre, en que echaban manteca y lardo para que levantándola con gran vehemencia, el tormento fuese mayor. Llenáronse de horror hasta los mismos gentiles al ver aquel lastimoso espectáculo, y como les constaba la inocencia de la Santa, comenzaron á clamar contra la injusticia de hacer padecer en aquel modo á una ilustre virgen de la primera nobleza, sin tener delito alguno. Y entonces tambien algunos de los presentes cuyos nombres se ignoran, vista la constancia y paciencia de la virgen, y oidas sus buenas razones, dejando la idolatria creyeron y alcanzaron la palma del martirio.

Padeciendo pues la Santa este tormento, el bienaventurado san Caspasio, que habia huido de la persecucion del presidente, vió desde su escondite á la mártir, el cual levantando los ojos al cielo, rogó á Dios que diese victoria á su sierva en semejante conflicto, y postrado otra vez en el suelo pidió al Señor le mostrase la virtud del cielo. No fué frustrado el Santo de su deseo, antes bien vió bajar del

cielo una paloma blanca como la nieve, que con el aire suave de sus alas apagaba la eficacia del fuego, y que vestida la insigne virgen con una ropa blanca tambien como la nieve, se recreaba en la cama de hierro encendido como en un baño delicioso. Con esta vision entendió San Caprasio, que la gloriosa santa Fé habia de gozar luego de la celestial morada; y haciendo oracion á nuestro Señor para que le diese perseverancia, y saliese con victoria del tirano, salió de su encerramiento con santa emulacion, de que aquella delicada doncella fuese para mas que era él siendo varon. Ofrecióse pues de su voluntad al tirano diciendo ser cristiano. Oido esto por el presidente, mandóle juntamente atormentar con la doncella, y despues de atormentado fué degollado con santa Fé y los bienaventurados San Primo y Feliciano. Fué su martirio tal dia como hoy por los años 303. Los gentiles dejaron los venerables cadáveres en el lugar del suplicio: los recogieron los cristianos y les dieron sepultura con el mayor secreto, temiendo que la impiedad de los paganos ejecutase con ellos sus acostumbradas tiranias, á fin de que en lo sucesivo no tuviesen la veneracion correpondiente. Mas luego que cesó el furor de la persecucion, les trasladó Dulcidio obispo de Agen á la magnífica iglesia que erigió fuera de los muros de la ciudad á honra de nuestra Señora, llamada tambien Santa Fé, donde Dios por medio de la dicha virgen y de sus santos compañeros hizo milagros sin cuento. Pero pasados despues centenares de años los cuerpos de los gloriosísimos mártires S. Primo y S. Feliciano fueron llevados al monasterio de S. Pedro de Besalú, conforme se dirá, y en otros tiempos el de Santa Fe fué traído al célebre monasterio de S. Cucufate del Vallés, del órden de San Benito, donde antes de las revoluciones de 1835 era tenido con grande veneracion, y celebraban allí su fiesta con gran solemnidad, diciendo el abad misa pontifical, y además hacian de dicha Santa octavas solemnes.

DIA VII.

San Martín, abad de Valparaiso.

SAN Martín, decoroso ornamento de la reforma del Cister, nació en la ciudad de Zamora ó en su territorio de ilustres progenitores, como se acredita por su apellido Cid, por el que unos le hacen descendiente del famoso capitan Rodrigo Cid, y otros de esta nobilísima familia. Educado Martín desde la cuna en el seno de la religion católica,

siguió fielmente todas sus piadosas máximas, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, y aunque los escritores no nos dicen de los hechos de su infancia, la grande reputacion que ya tenia en su juventud es un testimonio nada equívoco de la santidad de vida en que pasó sus primeros años. Hizo el mundo cuanto pudo para ganar á su partido á un jóven de las circunstancias de Martín, pero como le sobraba mucho entendimiento para dejarse deslumbrar de las lisonjeras esperanzas con que le lisongeaba el siglo, abrazó el estado eclesiástico con el noble objeto de dedicarse al servicio del Señor; y habiendo ascendido por sus méritos personales á los sagrados órdenes, se portó en todas sus funciones y en todo el resto de su conducta con tanta edificacion, que fué no solo el ornamento, sino el ejemplo de toda la clerecía.

Aunque la conducta que observaba Martín no podia ser mas recta, como le llamaba Dios á un grado eminente, le estaba siempre inspirando ardentísimos deseos de vida mas retirada. Obedeció el ilustre sacerdote á los impulsos del cielo, y eligió para su retiro una espantosa cueva cerca de Paleas, pueblo del obispado de Zamora, donde se entregó á los escesos de su fervor y á los rigores de una penitencia sin límites. Supo que la misma gruta habia servido de abrigo á varios ladrones, y queriendo convertir la que fue morada de malhechores en casa de edificacion, erigió en ella un famoso hospital para refugio de los pobres, á quienes asistia con una caridad suma con algunos otros piadosos compañeros, que reunidos con el Santo, se ejercitaban á su ejemplo en obras de misericordia.

Agradó mucho á Martín la religiosa observancia del célebre monasterio de Moreruela, que siendo del órden de S. Benito abrazó la nueva reforma del Cister, que habia fundado poco antes el bienaventurado abad de Molesme, la que elevó al mas alto grado de estimacion en la iglesia S. Bernardo, y encendido en vivísimos deseos de profesar un instituto que merecia tantos elogios de los hombres mas eminentes, rogó al obispo de Zamora, que interpusiese su autoridad con S. Bernardo abad de Claraval, á fin de que enviase algunos monjes á su hospital, á establecer en él la reforma del Cister, ofreciéndose Martín á abrazarla con todos sus ilustres compañeros; y para conseguirlo con mas facilidad, prometió que jamas dejarian la asistencia de los pobres, juntando de este modo la observancia religiosa con los oficios de caridad.

Hizo el obispo de Zamora el empeño con San Bernardo, y condescendiendo éste con las súplicas de aquel prelado, envió algunos monjes de Claraval, para que estableciesen la nueva reforma en el hospital de Martín. Era preciso nombrar superior de aquella ilustre comunidad, y conociendo todos que en el venerable fundador concurr-

rian todas las cualidades que exigia el empleo, le eligieron abad muy contra su voluntad, puesto que sus deseos no eran otros que los de santificarse en las humillaciones. Persuadido Martin que el superior debe serlo tanto en las virtudes como en la dignidad, se dedicó enteramente á que en sus acciones viesen los súbditos lo mismo que persuadía con sus palabras, con cuya mira eran las lecciones mas eficaces que les daba su fervor y su ejemplo; y siendo tan admirado por la prudencia, por la discrecion y por el acierto de su gobierno, como por su eminente santidad, sirvió á todos de estímulo y de modelo, para que aspirasen á la perfeccion á que eran llamados.

Esparcióse la fama del insigne abad por toda aquella region, y edificado el rey D. Alonso el VII, comunmente llamado el emperador de España, de ver la penitente vida de Martin, le concedió las villas de Cubo y de Cubeto, para que erigiese un nuevo monasterio en honor de la santísima Virgen, como consta por su real privilegio del año 1137. Labró en efecto el siervo de Dios el monasterio conforme á la voluntad del rey, el que se llamó de Santa María de Vello-fonte, tomando esta denominacion de una fuente cristalina inmediata, y tambien se dijo de Paleas por estar junto á este pueblo. Gobernole Martin por espacio de quince años, y aunque no nos dicen los escritores de sus actas las acciones especificas del insigne abad en todo este tiempo, todos convienen, en que condujo á un gran número de personas religiosas á la vida mas perfecta con sus celosas exhortaciones y con sus edificantes ejemplos.

Quiso Dios premiar los relevantes merecimientos de Martin, y habiendo dejado á sus hijos herederos de su santa vida, á su comunidad condecorada con sus virtudes, y á toda aquella tierra enriquecida con innumerables beneficios, murió esclarecido en triunfos y glorioso en milagros en el dia 7 de octubre del año 1152. Depositaron los monjes el cuerpo de su santo padre en el mismo monasterio de Santa María de Vello-fonte, y dignándose el Señor hacer célebre el sepulcro de su siervo con repetidos prodigios, se aumentó considerablemente su devocion.

Padecian los monjes muchos trabajos por las grandes incomodidades que les causaba la desigualdad del temperamento del sitio, y condolido Fernando III, rey de Castilla y de Leon, no menos célebre por su piedad, que por los gloriosos triunfos que consiguió de los Agarenos, trasladó aquella ilustre comunidad al nuevo monasterio que hizo construir á sus espensas en un sitio ameno, queriendo que se llamase en adelante Val-paraiso; ó bien por lo delicioso del lugar, ó bien por la ventajosa proporcion que ofrecia á la conversacion de muchos santos, lo que consta por su real privilegio despachado en Avila á 2 de noviembre de 1232. Con este motivo se trasladó el

cuerpo de san Martín con su sepulcro del antiguo depósito donde estuvo 80 años á la capilla bajo su advocacion del nuevo monasterio, en la que se mantuvo en grande veneracion por espacio de 387 años, hasta que se hizo la última traslacion de sus venerables reliquias en el dia 7 de octubre del año 1619 aun magnífico tabernáculo cerca del altar mayor por el Ilustrismo D. Juan de Zapata y Osorio, obispo de Zamora, con asistencia de muchos abades, eclesiásticos, nobles y personas de todas clases, que concurrieron á la solemnidad de aquel acto.

DIA VIII.

San Pedro, mártir.

EN este dia se celebra en la santa Iglesia de Sevilla la memoria de S. Pedro mártir, de quien la injuria del tiempo robó á la posteridad las importantes noticias de su nacimiento, de su educacion de vida, y de las circunstancias de su martirio, como las de otros muchos héroes que florecieron en España en aquellas lámentables edades, en que los bárbaros ambiciosos de su fértil terreno, cometieron los estragos que nos refiere la historia. Solo nos consta la gloria de su martirio, cuyo título mereció justamente por haber sacrificado su vida en defensa de la fe, en tiempo que los gentiles perseguian de muerte á todos los profesores de la religion de Jesucristo. Aunque parece que en los siglos pasados fué célebre la memoria de este ilustre mártir, ó bien olvidada, ó aminorada, la resucitó de nuevo el cabildo de la santa Iglesia de Sevilla en sede vacante por muerte del ilustrísimo D. Pedro de Castro y Quiñones, mandando que se celebrase no solo en la capital, sino en todo el arzobispado con oficio doble de segunda clase, y con las lecciones del comun de mártir, por no constarle las actas propias; bajo cuyo supuesto se halla en los santos propios de aquella diócesis, reconocidos y aprobados por la sagrada congregacion de Ritus de orden del papa Sixto V, y confirmados con la autoridad apostólica, se dieron á luz en Sevilla en el año 1751 á espensas de D. Rodrigo de Castro, arzobispo en la misma iglesia.

DIA XIII.

San Daniel y compañeros mártires, llamados comunmente los santos mártires de Ceuta.

EN la ciudad de Ceuta del imperio de Marruecos padecieron por la fe siete frailes menores italianos el año 1227, un año despues de la gloriosísima muerte de S. Francisco. Llamábanse Daniel, Angel, Samuel, Donulo, Leon, Nicolás y Ugolino. Estos santos religiosos, obtenido permiso del que era entonces vicario general de la órden Fr. Elias, vinieron de Toscana á España, para de aquí embarcarse é ir á predicar la fe á tierra de moros. Llegaron á Tarragona, en cuyas costas estuvieron buscando nave para pasar á Africa. Fr. Daniel, que era el prelado, varon de eminente santidad y doctrina, y ministro de la provincia de Calabria, no halló disposicion mas que para llevar consigo tres religiosos, y embarcándose con ellos dijo á los otros que aguardasen para ir en otro navío. Llegado á Ceuta mientras llegaban los que se quedaron acá, predicaban él y sus compañeros á los mercaderes de España y de otros reinos que habia en aquella ciudad. Cuando los de acá se les juntaron en Ceuta, que fué el día último de setiembre, todos unánimes con gran fervor de espíritu y zelo por la salvacion de las almas, echando fuera el temor de la muerte, comenzaron á prepararse para el martirio, y á tratar entre sí como podrian llegar á tan alta corona. Moraban con los cristianos en un barrio fuera de la ciudad, y á ninguno de ellos era licito entrar sin especial licencia de los moros. Determinaron pues entrar secretamente antes que los cristianos pudiesen entender su intencion, porque no les impidiesen predicar á los infieles la verdad de nuestra santa fe, que era á lo que habian ido. Habiéndose pues preparado con larga oracion y con los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía un domingo muy de mañana, de improviso entraron en la ciudad, y por todas las calles y plazas iban diciendo en alta voz que en solo Josucristo hay salvacion eterna.

Graduando los moros la generosa accion de los insignes minoritas por un atentado criminal, llovieron desde luego sobre nuestros santos bofetadas, y otras gravísimas injurias de aquella gente, y los presentaron á su rey. Allí con nuevo fervor siguieron publicando la fe de Jesucristo, y la falsedad de la ley de Mahoma, la cual habian ellos de dejar si querian salvarse. El rey y los de la corte viendo en su traje tanta pobreza los tuvieron por locos; y por la osadía que habian teni-

do de hablar contra su profeta, los mandó poner en una cárcel muy áspera, y cargarlos de prisiones: allí estuvieron ocho días pasando grandes vejaciones y trabajos.

En este tiempo escribieron una carta al padre Ugo, sacerdote y vicario de los genoveses, y á otros religiosos y á los demás seglares que allí se hallaban. En ella despues de dar gracias á Dios nuestro Señor por la fortaleza y consuelo que de él recibian en aquella tribulacion, les referian el motivo de su encarcelaje, y como los tuvieron por locos, y como esperaban que el Señor aceptaria sus vidas en sacrificio de la confesion de su fe.

El domingo siguiente á 10 de octubre á las diez de la mañana sacaron de la cárcel á los benditos religiosos, y los llevaron delante del rey. Allí fueron diligentemente examinados por los oficiales de justicia, y preguntados si les pesaba de lo que habian dicho contra Mahoma y su ley. Ellos entonces con nueva firmeza dijeron que no, antes volvia á afirmar que la ley de Mahoma no era ley de salvacion sino de condenacion perpetua, y que ninguno podia salvarse sin recibir la fe de nuestro Señor Jesucristo, y bautizarse como él lo habia mandado. Y dijeron mas, que por la verdad de esta fe estaban prontos á padecer la muerte corporal, porque tenian muy cierta esperanza de recibir de Jesucristo la vida eterna. Entonces los moros tomando consejo como los convertirian á su ley, determinaron llamarlos á cada uno por sí, y con promesas y amenazas combatirlos, y sino pudiesen convencerles, que luego fuesen muertos. Salióles mal esta traza: con la fortaleza del Señor despreciaron estos siervos suyos los regalos y los castigos, y mostraron que les seria deleitosa la muerte padecida por tan buena causa. Entonces los llevaron juntos al tribunal, y un alguacil con gran furia se llegó al santo Daniel, y con la espada le dió un grande golpe en la cabeza, y con ella comenzó á esgrimir delante de su rostro diciendo: «Vuélvete moro, vuélvete moro, sino morirás malamente:» Estando el siervo de Dios muy constante en la fe, el juez y otro moro anciano con apariencia de piedad les decian: «¿Por qué quereis perder los bienes y deleites de esta vida tan miserablemente? Abrazad nuestra ley, y sereis honrados y ricos en este mundo y en el otro.» Fr. Daniel vuelto al moro anciano le dijo: «¡O envejecido en dias malos! ¿hasta cuando has de vivir en los engaños de Satanás? Porque tu maldito Mahoma es criado de Satanás, y es causa de la muerte para siempre á todos los que le siguen á él y á su falsa ley: por tanto conviértete á nuestra santa fe católica, para que puedas salvarte, conociendo á tu Criador, que ya es tiempo que le conozcas, y te apartes de los errores de tu profeta.»

El juez oyendo esto, los sentenció á muerte. Los religiosos entonces se llegaron al santo Fr. Daniel su padre y pastor, y le besaban

las manos, y le daban gracias porque les había traído á tan buen lugar, y cada uno de ellos decia: «Padre, dame tu bendicion y licencia para que entregue mi cuerpo á la muerte por amor de Jesucristo, y mi alma siga á la tuya para los cielos.» Y el santo Fr. Daniel cayéndosele las lágrimas les bendecia, y alababa á nuestro Señor que por sola su bondad los había llamado á tan alta corona, y decia: «Alegrémonos todos mucho en el Señor, y démosle gracias por este dia de fiesta que nos dá; porque los ángeles están en nuestra ayuda, y la puerta del paraíso nos está abierta, y hoy todos juntos nos veremos entre las coronas de los mártires en la gloria.» No tardaron los ministros de justicia en desnudarlos y atarles las manos para de esta suerte llevarles á voz de pregon desde la casa del rey hasta el sitio donde ajusticiaban á los malhechores fuera de la ciudad. Iban los gloriosos mártires con grande alegría seguros del banquete eterno que les tenia Dios preparado, y con la misma dieron el cuello al verdugo.

Después de degollados no contentos con esto los moros les despedazaron las cabezas y los cuerpos, y los arrastraron por la ciudad con grande algazara como en venganza de su profeta. Túvose por cosa de milagro que pudiesen salvarse algunas de sus reliquias, las cuales fueron honrosamente sepultadas en el barrio de los genoveses, pisanos y marselleses, obrando nuestro Señor por intercesion de sus siervos grandes maravillas. La memoria de estas reliquias se perdió con el tiempo, quedando solo viva la de su martirio que pasó á la letra como hemos dicho el dia 10 de octubre, aunque el Martirologio romano hace memoria tal dia como hoy. Leon X concedió á la órden de S. Francisco en el año 1516, que celebrasen á estos santos mártires fiesta solemne de doble mayor: Fr. Juanetin Niño advirtió que en el breviario de la santa Iglesia de Braga anda errado el número de los años en que los santos mártires padecieron, y que donde dice en la era 1221 debe decir 1227 años. De la traslacion que de estas reliquias se supone hecha en España por un infante de Portugal, dice el mismo historiador que no queda memoria cierta en los libros de la órden.

DIA XVI.

San Bernardo Calvon Obispo de Vique.

SAN Bernardo Calvon, decoroso ornamento de la reforma del Cister, uno de los Prelados mas ilustres que han brillado en la iglesia de España, nació en un lugar del Principado de Cataluña, llamado el Mas

Calvon, del que tomó el sobrenombre de Calvon ó Calvo. Criáronle sus padres en el santo temor de Dios, y correspondiendo fielmente el ilustre niño á su educacion, manifestó desde luego indicios nada equívocos de la eminente santidad á que llegó con el tiempo. Pasó á estudiar á la Universidad de Lérida, y persuadiéndose que su aplicacion tendria todo el efecto que deseaba, siempre que con el estudio acompañase la oracion, repartió todo el tiempo entre ambos ejercicios desuerte, que nunca tomó los libros, sin que primero pidiese á Dios que le iluminase por el conducto de la oracion, por cuyo medio mas que por aquellos adquirió los mas altos conocimientos en la Sagrada Teología, que fué la ciencia de su cariño, con que tenia por objeto aquel que era el iman atractivo de todas las atenciones.

Aunque Bernardo tenia tan grandes talentos y tan nobles disposiciones para adelantarse cada dia mas y mas en la carrera de las letras, con todo era mayor su inclinacion al retiro. Solicitáronle varios Prelados Eclesiásticos, para honrar á sus iglesias con un sujeto de tan eminentes virtudes y de tan grande sabiduría; pero despreciando el devoto jóven todos los honores y todas las dignidades de este mundo, solo deseaba ocuparse en el negocio importante de su eterna salvacion en alguno de los Claustros Religiosos. Puso los ojos en el monasterio de las Santas Cruces de la reforma del Cister, y pidió al Abad con humildes ruegos, que le admitiese entre los individuos de aquella ilustre comunidad; y queriendo éste probar la vocacion del pretendiente, le ordenó que esperase cuarenta dias. Pasó este tiempo el siervo de Dios en fervorosa oracion y en rigurosos ayunos, distribuyendo entre los pobres de Jesucristo todo cuanto tenia para desnudarse enteramente de todos los bienes terrenos; y reiterando sus súplicas al mismo prelado, le respondió: que tuviese paciencia hasta la Pascua del Espíritu Santo, cuya festividad estaba proxima, y que entretanto suplicase al Señor, que le asistiese con su divina gracia para abrazar el estado Religioso. Hizolo así Bernardo sin tomar otro alimento que un poco de pan y de agua por espacio de siete dias; y habiendo vestido el santo hábito en la festividad de pentecostes: se sintió inflamado de aquel mismo fuego que comunicó el Espíritu Santo en el cenáculo á los Apóstoles, y á los discípulos del Señor.

Si fué grande el gozo que Bernardo tuvo viéndose admitido entré los Profesores de la reforma del Cister, no fué menor el sentimiento de sus parientes. Luego que supieron su determinacion pasaron al monasterio de las Santas Cruces, y se valieron de cuantos artificios pudo sugerirles el amor y la industria, á fin de obligarle á dejar el hábito que vestia: ruegos, razones, reflexiones, lisonjas, y aun amenazas emplearon para arrancarle la vocacion; pero conociendo el devoto jóven que solo el Señor seria el que pudiera librarlo de un combate tan vio-

lento, les pidió que le dejasen tres dias para resolverse, encargándoles rogasen á Dios, que les diese á entender su divina voluntad. Ocupóse Bernardo en este tiempo en fervorosa oracion, en rigorosos ayunos, y en asombrosas penitencias, pidiendo al Señor que iluminase á sus deudos para que no le molestasen, y habiendo sido oídas sus reverentes súplicas, trastornó el Cielo el corazon de sus deudos de suerte, que volviendo arrepentidos al monasterio, pidieron perdon á Dios ante la comunidad por su imprudente solicitud. Conoció Bernardo que aquella repentina mutacion era sin duda efecto de la poderosa mano del Altísimo; y queriendo mostrarse agradecido á un favor tan singular, hizo empeño de portarse en adelante con toda la perfeccion que exigia la reforma del Cister, lo que consiguió á espensas de su infatigable anhelo en adquirir todas las virtudes religiosas. No por esto dejó el estudio de las letras sagradas con el fin de ser útil á la Iglesia, para lo cual se dedicó con un ardoroso zelo al ministerio de la predicacion, y logró para Dios maravillosas conversiones de pecadores arrepentidos, sin que hubiese alguno tan obstinado, que se pudiese resistir al fuego de amor divino, que comunicaba el ilustre misionero á sus oyentes.

Murió el abad del monasterio de las santas cruces, y como las eminentes virtudes de Bernardo eran tan conocidas en la Comunidad, toda puso en él los ojos para sucesor del difunto. En vano solicitó escusarse por cuantos medios pudo sugerirle su profunda humildad, porque persuadidos los Religiosos de la grande utilidad que resultaria á aquella ilustre casa, teniendo por superior á una persona de tanto mérito, insistieron en la eleccion á pesar de la resistencia de Bernardo. Admitió éste el empleo compelido de la obediencia, pero la nueva dignidad solo sirvió para que mas brillasen sus eminentes virtudes: tan humilde, tan mortificado, y tan exacto, cuando superior, que cuando novicio, y cuando simple religioso. Su fervor, y su ejemplo eran las lecciones que daba á los monges, los que notando que su santo padre era el primero que iba delante en todos los ejercicios de la vida regular, se encendieron en vivisimos deseos de imitar sus acciones, para aspirar á la cumbre de la perfeccion á que eran llamados.

No podia el ardiente celo que tenia Bernardo por la salvacion de las almas estrecharse dentro de los muros del monasterio, y habiéndolo dotado el señor de unos talentos extraordinarios y de una poderosísima elocuencia para la predicacion, salia con mucha frecuencia á ilustrar á los pueblos de todo aquel pais con la luz de la doctrina evangélica, logrando para Dios innumerables conversiones de personas extraviadas del camino de la salvacion. Tenia el siervo de Dios un rostro hermosísimo, y mirándole con mucha curiosidad ciertas mugeres, comenzaron á elogiar su belleza, admirándose de que tu-

viese tan blancos y tan iguales los dientes sin la menor diligencia, cuando ellas apenas los podian conservar así con esquisito cuidado. Supo el siervo de Dios por inspiracion divina la vana curiosidad, y eligiendo por tema en uno de sus sermones aquellas espresiones del evangelio, en que dice Jesucristo: si tu ojo ó tu pie te escandaliza, córtalo y arrojalo de tí, se quebró con una piedra los dientes á vista del concurso, y tirándolos con generosidad adonde estaban las mugeres, dijo: *Ved miserables, que la preciosidad de los dientes, y esta hermosura que tanto habeis elogiado, no son otra cosa que huesos pútridos y carne que se ha de convertir en comida de los gusanos en la sepultura: envidia las cosas espirituales, que son las que condecoran al alma, para que podais merecer la vida eterna, que no se adquiere con la vana y transitoria hermosura del cuerpo.* Sintieron los monges aquella heroica accion de su amado padre, creyendo que con la falta de los dientes no podria hablar con entereza, ni tomar el alimento necesario; pero fué tan al contrario que no le sirvió aquella falta del menor detrimento ni para las predicaciones, ni para la comida.

Predicando el Santo en el territorio de Lérida, entró en casa de ciertos señores que le convidaron; y leyendo su compañero la santa escriitura al tiempo de comer como tenia de costumbre, interrumpe la lectura cierta calandria ó canario con su canto. Mandóla Bernardo callar en nombre de Jesucristo, y fueron tan eficaces sus palabras, que quedó como muerta en la jaula. Sintiólo mucho la dueña de la casa; pero luego que se acabó de comer, y se concluyó la lectura, dió el siervo de Dios permiso á la avecilla para que cantase, como lo hizo con mas suave armonia que hasta entonces, con admiracion de todos los circunstantes.

Vacó por aquel tiempo el obispado de Vique, y como las eminentes virtudes del Santo eran tan notorias en todo el principado de Cataluña, fué promovido á aquella cátedra por universal consentimiento de todo el clero y de todo el pueblo. No fué tan facil la admision en Bernardo, como lo habia sido la eleccion; pues se mantuvo inflexible á las mas fuertes instancias de los electores, hasta que recurrieron al papa en solicitud de su confirmacion, y de sus letras apostólicas para obligar al siervo de Dios á que aceptase: lo que hizo por obediencia al vicario de Jesucristo. No ignoraba el Santo prelado los formidables cargos de la dignidad episcopal; pero lleno de confianza en aquel Señor que se lo impuso, esperando de su piedad todas las luces necesarias para cumplir fielmente con tan arduo ministerio, se aplicó á desempeñar todos sus deberes con aquella vigilancia y con aquel zelo que exige el apostol de los perfectos prelados colocados en el candelero de la Iglesia.

Quiso que el ejemplo fuese la leccion mas eficaz que sus palabras; y no embarazándole la obligacion de vivir como obispo á la de vivir como monge, continuó con los mismos ejercicios religiosos que habia observado en el claustro; pero distinguiéndose sobre todo en la pobreza evangélica y en la frugalidad de su mesa, tuvo medios para socorrer á toda clase de necesitados, teniendo en él los pobres, los huérfanos, y las viudas un padre, un tutor, y un defensor; con cuyos gloriosos títulos le llamaban á boca llena.

Estaba muy reciente en el obispado de Vique la memoria de los moros que ocuparon muchos años aquel terreno: y queriendo el santo prelado borrar del todo las reliquias que quedaron de los infieles, y dar á un mismo tiempo á sus ovejas la correspondiente instruccion de la doctrina cristiana, visitaba su diócesi de dos en dos años conforme á lo que disponen los sagrados Cánones, y era cada visita no como quiera una reforma, sino una visible transformacion de las costumbres del pueblo, portándose con todos con tanta dulzura, con tanto amor, y con tanta benevolencia, que hecho dueño de las voluntades de sus súbditos, todos le amaban como á Padre, y todos le reverenciaban como á santo, correspondiendo el rendimiento de sus órdenes á el zelo con que las dispensaba, siendo el angel de la paz en las reñidas contiendas, puesto que el Señor le concedió el don especial de componer discordias.

Tenian por entonces los moros el reino de Valencia; y encendido Bernardo en el mas ardiente zelo de dilatar el reino de Jesucristo, exhortó á sus feudatarios y á otros muchos poderosos caballeros cristianos, para que hiciesen guerra á los infieles. Juntó con efecto un valeroso ejército, y dirigiéndolo por sí la expedicion, ganó á los árabes varios pueblos y fortalezas, debiéndose estas victorias mas á las fervorosas oraciones del Santo, que al poder de las armas. Volvió despues de estos triunfos á su iglesia, y queriendo el Señor manifestar lo agradable que le habia sido aquel servicio, al llegar como una media legua à Vique, se tocaron por sí mismas las campanas, y se alegró todo el pueblo con la venida de su amado pastor; cuya señal continuó despues no pocas veces cuando regresaba de algunas importantes ausencias.

Salió Bernardo á tranquilizar ciertas reñidas discordias que ocurrieron entre los caballeros y los habitantes de los castillos y los lugares de Urgel y Segarra, y al llegar á un lugar llamado Coll de Malla, se tañeron por sí las campanas como tenian de costumbre. Levantóse un viento furioso que turbó con el polvo todo el camino, é impacientándose el Santo contra el elemento, dejaron de tocar las campanas. Conoció Bernardo que habia ofendido á Dios con aquella impaciencia, y compunguiéndose hasta lo sumo, determinó dar al Señor

satisfaccion por medio de la mas severa penitencia. Nombró un vicario general para que gobernase su iglesia, y no contento con las asombrosas mortificaciones y con los rigurosos ayunos con que castigaba su inocente cuerpo, se ciñó con un cinto de hierro áspero y pesado, resuelto á no quitárselo en el resto de su vida. En este estado determinó partir á Valencia á predicar la fe á los moros, ansioso de padecer martirio; y habiéndose embarcado en una nave que estaba para hacerse á la vela, luego que estuvo en alta mar se levantó una borrasca tan deshecha, que no pudiendo los navegantes gobernar la nave por haber roto la furia de los vientos el árbol y las velas, se vieron todos en inmenso peligro de naufragar irremisiblemente. Púsose en oracion Bernardo, pidiendo á Dios que salvase á tantos inocentes, puesto que solo él era el pecador: y oidas sus reverentes súplicas, se quedó el mar tranquilo y sereno. Agradecido el santo á este singular favor, quiso acrecentar su mortificacion, y oprimiéndose mas el cinto de hierro que llevaba, le cerró con la llave, y la arrojó á el mar, para no tener á la mano el instrumento con que aliviar semejante penalidad.

Viendo Bernardo que no tuvo efecto su viaje á Valencia, rogó á los marineros que lo condujesen á las Islas de Mallorca, y de Menorca, tambien ocupadas por los moros, para satisfacer sus deseos; pero habiéndole respondido, que no podian dirigir la nave donde quisiesen por estar desmantelada, quedándose éstos dormidos por la noche cansados de la tormenta pasada, se puso solo el Santo en oracion, pidiendo á Dios que los llevase á puerto seguro. No faltó el Señor á su fidelísimo Siervo, y levantándose un viento rápido, pero suave, se hallaron todos por la mañana en Barcelona. Fuese Bernardo á uno de los monasterios de aquella ciudad á dar á el Altísimo las gracias correspondientes mientras se componia la nave, y entrando en la cocina en uno de los dias que se mantuvo en el monasterio, vió al tiempo que el cocinero destripaba un pez grande, para disponer la comida á los monges, la llave del cinto que arrojó al mar. Conoció el santo por esta maravillosa disposicion de la divina providencia, que Dios le habia perdonado su leve culpa, y persuadiéndose por todos los portentosos sucesos que le ocurrieron, que el señor queria que volviese á su iglesia, se puso en camino para Vique. Tocáronse las campanas como solian antes de llegar al pueblo, y conociendo los ciudadanos por esta señal, que no estaba muy distante el Santo Prelado, salieron á recibirlo en procesion, ansiosos de ver al que esperaban con entrañables deseos.

Comenzó Bernardo con nuevo fervor y con nuevo aliento á ejercer todas las funciones de su ministerio Episcopal, y queriendo Dios manifestar la eminente santidad de su fidelísimo Siervo, la hizo demos-

trable con repetidos milagros. En el año siguiente de su llegada á Vique, se helaron enteramente las viñas, á fuerza de los crudos hielos que ocurrieron en el país, y habiendo ordenado el santo á su mayordomo por el mes de Setiembre, que dispusiese los vasos de su hodega para recoger la cosecha, le respondió éste, que era ociosa la prevencion, por no haberla. Mandóle el Siervo de Dios que trajese las ubas que encontrase en las viñas, en las que solo hubo tres racimos, y echando sobre ellos su bendicion, ordenó al mayordomo que los exprimiese en las vasijas, las cuales se hallaron llenas de vino mas superior que el de los años precedentes. Dispuso el venerable prelado que se distribuyese diariamente en el pueblo, y continuando el Señor sus prodigios: en lugar de disminuirse crecia el vino milagrosamente con admiracion de todos cuantos llegaron á saber tan extraordinaria maravilla. Igual prodigio obró en otro año de tanta escasez de lluvias, que no se cogió cosa alguna en el territorio de Vique. Dió orden el Santo prelado en vista de la necesidad que se recogiese en su palacio todo el trigo de diezmos que tenia en las paneras de su diócesis, hízolo moler para repartirlo entre los pobres, y distribuyéndolo diariamente por sí mismo, despues de celebrar el santo sacrificio de la misa, siempre sobraba pan con abundancia, aunque fuese inmenso el número de los necesitados, por lo que entendieron claramente todos que era la mano poderosa de Dios la que lo multiplicaba por los méritos de su amado siervo.

Quiso Dios premiar las heroicas virtudes del Santo Prelado poniendo fin á su gloriosa carrera, y conociendo que instaba la hora de su muerte, rezó con grande devocion, y ternura los siete salmos penitenciales, y habiendo recibido los últimos sacramentos murió tranquilamente en el dia 16 de Octubre del año 1245, reinando en el Principado de Cataluña el Serenísimo Príncipe D. Jaime I de este nombre. Tuvieron en el féretro el venerable cadáver por espacio de ocho dias, para satisfacer la devocion de la multitud de gentes que concurrían á tributarle los últimos obsequios, llenos del vivo dolor por la pérdida de un padre tan caritativo, y de un Prelado de tan eminentes méritos; y depositándole en un magnífico sepulcro de mármol cerca de la pila Bautismal de su iglesia, es tenido en grande veneracion, y se ha dignado el Señor obrar por la intercesion de su siervo repetidísimos milagros, de los que constan justificados 104 con la simplicidad que acostumbraban los antiguos en la sumaria hecha en el año 1244 por los canónigos Ramon Cabreta y Ramon de Sala, canónigos de Vique de comision del obispo de aquella iglesia á instancias de su cabildo.

DIA XVII.

Los santos Victor, Alejandro y Mariano, mártires.

EN la desgraciada época que cayó España bajo el poder de los mahometanos, especialmente la provincia de Andalucía fué el teatro de las mas sangrientas crueldades de los agarenos. Entre muchísimos de los cristianos que entonces lograron la corona del martirio, es de notar Teodisco obispo de Baeza, ciudad antigua del reino de Jaen, cuando la primera irrupcion que hicieron los bárbaros en tiempo del rey D. Rodrigo, y quedó aquella iglesia sin pastor que pudiese asistir y consolar á los fieles en una ocasion de tanta tribulacion y de tanta angustia. Consiguieron despues los cristianos mozárabes, esto es, aquellos que vivian mezclados con los árabes, el uso libre de su religion y la eleccion de ministros eclesiásticos, á espensas de los crecidos tributos que quisieron imponerles los africanos; y valiéndose de este indulto los de Baeza, procedieron á elegir obispo, en quien concurriesen las cualidades que exigian las críticas circunstancias de siglos tan turbulentos. Vivía por entonces en la misma ciudad un varon ilustre llamado Victor, muy conocido por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad y por su grande sabiduria; y como eran tan notorias sus eminentes virtudes fué promovido á aquella cátedra por aclamacion comun de todos los electores. Conoció Victor que era la voluntad de Dios que cargase sobre sus hombros con la pesada carga del ministerio episcopal en la estacion de tan furiosas tempestades; y revestido de aquel valor y de aquella fortaleza que es propia de los héroes del cristianismo, acreditó desde luego con pruebas prácticas el alto concepto que los fieles de Baeza tenían formado de su persona.

Alcanzó el pontificado de este glorioso pastor tiempos muy turbulentos: las armas vencedoras de los infieles y las pretensiones de los vireyes á quienes obedecía por entonces España, parece que se habían conjurado para destruir el nombre y la religion de Jesucristo, renovando con sus continuas persecuciones las crueldades de Neron y de Diocleciano, y aun con exceso, por ser mayor el número de los cristianos que el de los primeros siglos de la ley de gracia; pero aunque todas las ciudades y los pueblos de Andalucía participaron de tan fatal azote, descargó mas el furor sobre Baeza, á quien cupo un virey ó gobernador árabe, que quebrantando los pactos hechos con los

cristianos, los perseguía de muerte, dejándose ver aquella ciudad como un anfiteatro de las mas enormes atrocidades, puesto que en la ocasion hicieron los fieles ostentacion de la firmeza de su fe, saliendo al campo de la batalla á combatir contra los enemigos de la religion, sin temor de las cárceles, de los tormentos, ni aun de la misma muerte; cuyos gloriosos triunfos se debieron en la mayor parte á la vigilancia y desvelo de Victor, que siempre activo y siempre infatigable animaba á los cristianos con su presencia y con sus sábias exhortaciones á mantenerse constantes en la fe que profesaban. Supo el bárbaro agareno los officios del zelosísimo prelado, y dando orden para que lo prendiesen con ALEJANDRO y MARIANO, fieles cooperadores de Victor en todas las funciones de su ministerio, mandó decapitarlos en el dia 17 de octubre del año 743, que fué el de su glorioso martirio. Arrojaron los moros, segun parece, los cuerpos de los tres Santos en el foso del alcázar de Baeza, donde se mantuvieron ocultos muchos siglos, hasta el año 1635 én que se dignó el Señor manifestar sus venerables reliquias con las de otros muchos mártires que padecieron por la fe, por medio de las prodigiosas luces que aparecieron en los muros del mismo alcázar; y habiendo sido la invencion en tiempo del eminentísimo señor D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, obispo de Jaen, mandó que se celebrasen con rito doble en aquella diócesi.

DIA XX.

Santa Irene, virgen y mártir.

SANTA Irene, cuya memoria es y ha sido célebre con especialidad en Portugal, segun se acredita por los monumentos eclesiásticos de aquel reino, nació en un pueblo de él llamado Nabancia antiguamente, por el que hoy entienden la villa de Tomar algunos escritores. Sus padres Hermigio y Eugenia mas distinguidos en el pais por su piedad que por su calificada nobleza, aplicaron el mayor esmero en dar á la niña una educacion cristiana; pero como se hallaba dotada con las mas bellas disposiciones de naturaleza y gracia, costóles poco trabajo conseguir el efecto de sus buenos deseos. Prevenida desde la cuna con las mas dulces bendiciones del cielo, en nada encontraba diversion sino en los consuelos espirituales, y toda su ambicion y todos sus desvelos eran consagrarse al Señor enteramente.

Edificado y admirado un tio suyo llamado Selio, abad del monasterio de Santa Maria, sito cerca de Nabancia, de la indole admirable

de los raros talentos y de la inclinacion á la virtud que manifestaba su sobrina, resolvió contribuir eficazmente al cultivo de aquella noble planta, que ofrecia desde luego dar con el tiempo frutos abundantísimos en el jardin de la Iglesia. Con esta mira encargó á Remigio, monge del mismo monasterio, que enseñase á la niña las letras que convenia supiese, interesándose igualmente en fomentar las nobilísimas ideas de perfeccion que descubria Irene, que se criaba con Julia y Casta, tias suyas y otras ejemplares doncellas, las cuales vivian con grande recogimiento dedicadas al servicio de Dios con toda separacion de los tumultos del siglo.

Brillaba Irene en su retiro, tanto en discrecion, como en virtud, adelantándose en ésta conforme iba creciendo en años, sin salir para otra parte que para el templo á ofrecer sus vótos al Señor ante los altares y á frecuentar los sacramentos. Llegó aquel punto de edad en que manifestó su naturaleza las apreciables cualidades de hermosura, vivacidad, aire, talentos y despejo con que se hallaba dotada sobre las jóvenes de su tiempo; y aunque por su recato, por su modestia y por su compostura procuraba ocultarlas, á pesar de sus industrias la vió un dia Britaldo, hijo de Castinaldo, señor del pueblo, quien quedó tan ciegamente enamorado de ella, que no pudiendo lograrla por esposa, aunque se valió de cuantos medios pudo sugerirle una pasion ciega, vehemente y persuasiva, porque Irene tenia consagrada su virginidad al Esposo eterno; cayó en una profunda melancolía y lastimosa tristeza, que lo pusieron en inminente riesgo de perder la vida, sin que los mas hábiles facultativos acertasen con el remedio, pues ignoraban la raiz de su dolencia.

Tuvo la Santa revelacion de la enfermedad que padecia Britaldo, y de la causa móviva, y movida de caridad determinó visitarlo, confiada en la gracia del Señor que la inspiraba aquel piadoso pensamiento, á fin de curar al jóven poseido de una pasion que esponia su salvacion. En efecto, acompañada de algunas personas honestas, pasó á la casa del enfermo y manifestándola éste con la correspondiente cautela la causa de su mortal accidente, le habló Irene con tanta energia sobre las prerogativas y escelencias de la castidad y de los grandes favores con que Dios premia á esta virtud tan agradable á sus divinos ojos, que serenado Britaldo enteramente, lo dejó consolado, y aun reconocido de su caritativo oficio; bien que, para mayor tranquilidad de su espíritu, quiso antes de despedirse la santa virgen, le prometiese que no pondria su afecto en otro alguno amenazándola de lo contrario con la muerte.

Volvió Irene á su retiro llena de alegría por el feliz éxito de una expedicion tan peligrosa, que reconoció debida á la divina asistencia; y cuando continuaba mas fervorosa en sus laudables ejercicios, en-

vidioso el demonio de los grandes progresos que cada día hacia en la carrera de la perfeccion sostenida con la gracia, suscitó uno de los mas estraños artificios de su malicia para manchar la pureza de la santa virgen. Valiéndose de la familiaridad que tenia Remigio con Irene con motivo de su magisterio, comenzó á hacer al monje tan cruel guerra, levantando en su corazon una tempestad deshecha de tentaciones deshonestas, que rendido al fin á los violentos ataques del tentador, vino á manifestar su ciega pasion á la castisima doncella; pero como ésta era tan amante de la pureza, avergonzada de una solicitud tan inesperada en quien se encargó de fomentar en ella las santas ideas, llena de rubor reprendió la audacia del lascibo religioso; el que corrido, pero no enmendado de su arrojo, convirtiendo el desenfrenado amor en aborrecimiento, resolvió vengarse de la inocente virgen, dándola á beber artificiosamente una bebida que la elevó el vientre en términos que parecia estar embarazada.

Divulgóse la infame nota por todo el pueblo fácil de creer semejantes novedades; súpolo Britaldo, y encendido en descompasados zelos, acordándose de lo pactado y ofrecido por Irene, resolvió darla muerte, bajo el supuesto de que en otro habia puesto su amor violando su promesa. Valióse de un soldado para la ejecucion de tan impio atentado, el cual buscaba con la mayor diligencia ocasion proporcionada para satisfacer su intento. Salió una noche la Santa á desahogar sus penas á la ribera del rio Naban, cercano al pueblo, al que dió el nombre de Nabancia; y cuando estaba de rodillas en la mas fervorosa oracion bañada en lágrimas, clamando al Señor que la librase de la infamia que padecia, pues le constaba su inocencia, acometiéndola el asesino, la atravesó la garganta con una espada, y para encubrir tan abominable hecho arrojó el cuerpo de la ilustre mártir al rio.

Ya se deja discurrir el sentimiento que causaria á sus tias Julia y Casta la pérdida de Irene. Estaban inconsolables temiendo algun rumbó desastrado en la sobrina, estimulada de la dolorosa pena que la afligia continuamente; pero aquel Señor que permitió el atentado por sus juicios impénétrables, providenció los mas asombrosos medios para declarar la inocencia de su fidelisima sierva.

Hallábase en oracion su tio el abad penetrado del mismo sentimiento, y habiéndole revelado Dios todo el suceso circunstanciado, valiéndose del alto concepto que debia al pueblo, le convocó y condujo en solemne procesion al lugar del homicidio. Habian llevado las corrientes del rio Naban el venerable cadáver al caudaloso rio Tajo, y llegando á él la procesion, vieron con admiracion todos los concurrentes, que retiradas las aguas de su antigua corriente, habian dejado en seco el cuerpo de la Santa sobre un suntuoso sepulcro, labrado por mi-

nisterio de los ángeles, con repetición del mismo asombroso prodigio que sucedió en la muerte de S. Clemente pontífice.

Quiso el abad con toda la comitiva estraer el cadáver de aquel lugar; pero no pudiendo conseguirlo á pesar de las mas eficaces diligencias, quedaron todos convenidos de que era la voluntad de Dios que allí permaneciese, confirmándose mas en este concepto con el nuevo prodigio que ocurrió luego que se retiraron, que fué volver las aguas del Tajo á su antigua corriente, cubriendo con su cristalina pureza la infame nota que fulminó la iniquidad contra la casta esposa de Jesucristo, que quiso recomendar la santidad de su fidelísima sierva con la referida maravilla y con otros muchos milagros que obró al contacto de algunas reliquias que el abad trajo á su monasterio; tomando el pueblo de Scalabiz, en cuya jurisdicción estaba el sepulcro, el nombre de santa Irene, bien que corrompido y abreviado el vocablo, ha quedado en el de Santaren.

Del monge Remigio y del soldado que asesinó á la santa virgen, dicen los breviarios que en Roma hicieron digna penitencia de sus pecados. Fijan este suceso en el año 655 en que reinaba Recesvinto en España.

DIA XXI.

Santa Columbina, virgen y mártir, otra de las compañeras de santa Ursula.

EN el real monasterio de Poblet de la órden Cisterciense en el arzobispado de Tarragona poseía (antes de los últimos deplorables sucesos que ocasionaron el saqueo y la destruccion de dicho magnífico monasterio), el sagrado cuerpo de la bienaventurada virgen y mártir Santa Columbina, virgen y compañera en el glorioso martirio de Sta. Ursula. Su fiesta no solo la guardaban los religiosos de aquel monasterio, sino tambien muchos pueblos inmediatos como Momblanch, Esplugas de Francolí y Vimodí, por voto particular que hicieron sus vecinos antiguamente, porque habiendo acudido á esta Santa con devoción en las necesidades de seca, abrió Dios por intercesión de ella en diferentes ocasiones las nubes y llovió copiosamente. Hacíase conmemoración á parte en la misa en el propio dia despues de la colecta de Santa Ursula y sus compañeras, y se decía así: *Indulgentiam nobis Dómine beata Columbina virgo et mártir imploret, quæ tibi gratia semper extitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis. Per Dóminum nostrum, etc.*

Ignoramos si las reliquias de Sta. Columbina desaparecieron en la general devastacion del referido monasterio, célebre y dignísimo monumento que nos legaron nuestros piadosos abuelos, ó si tal vez fueron recogidas por alguna mano piadosa de las cercanias.

DIA XXII.

Santa Nunilo y Santa Alodia, virgenes y mártires.

EL piadoso deseo de ennoblirse con el nacimiento y con el glorioso triunfo de Sta. Nunilo y de Sta. Alodia, ha hecho que las ciudades de Huesca, así del reino de Aragon como del de Granada, pretendan ser patria de estas dos ilustres virgenes y mártires de Jesucristo; pero Ambrosio de Morales, célebre cronista del rey Felipe II, es de sentir, que padecieron cerca de Nájera, y que fueron naturales de un pueblo de la provincia de la Rioja, llamado antiguamente Bosca, por el que escribieron algunos Osca ó Huesca, dando motivo á semejantes pretensiones. Bajo este supuesto, y el de apoyarlo así la tradicion constante de aquellos naturales con la autoridad de no pocos escritores de particular nota, nos inclinamos á creer que Sta. Nunilo y Sta. Alodia nacieron en el lugar de Bañares llamado antiguamente Bosca, poco distante de la antigua ciudad de Castrovigelo hoy Castroviejo, pequeña villa á la entrada de la sierra de Cameros. Eran hijas ambas de padre mahometano y de madre cristiana, cuyos matrimonios eran muy comunes en España en aquellas lamentables edades, que se hallaba la nacion bajo el dominio de los africanos. Criólas su madre en la religion de Jesucristo, y habiendo impreso en sus tiernos corazones las piadosas máximas del evangelio, arreglaron sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, de suerte, que aunque se criaron en un pueblo ocupado por los bárbaros, cultivaron tanto la piedad, que eran la admiracion de todas las gentes, poniéndolas todas por modelo y por ejemplar.

Ocurrió la muerte de los padres de Nunilo y de Alodia, cuando contaban doce y trece años de edad, y habiendo quedado huérfanas, entraron bajo la tutela de un tio y pariente, fiero partidario de la secta mahometana. Publicó por entonces Mahomad, rey de Córdoba, enemigo capital de los cristianos, un edicto general por el que ordenaba que todo aquel que fuese hijo de padre ó madre agareno, estuviese obligado so pena de muerte á dejar la religion de Jesucristo, y abrazar la secta de Mahoma. Habia intentado el tio de las dos ilustres vir-

genes pervertirlas, y reiterando sus instancias con motivo del nuevo edicto, hizo cuanto pudo para obligarlas á que siguiesen la ley que profesó su padre; pero hallándolas siempre firmes y constantes en la fe, las delató á Zumayl, califa ó gobernador de la region Werbetana, que tenia su residencia en la ciudad de Castroviejo, una legua distante de Bosca ó de Bañares.

Mandó Zumayl á Nunilo y á Alodia que compareciesen ante el tribunal, y teniendo ambas aquella notificacion por señal cierta del combate á que eran llamadas, para dar prueba de su fe y de su fortaleza cristiana, partieron de Bosca á Castroviejo á pie descalzo, alentándose una á otra á padecer con aquellas razones que les inspiraba el Espíritu Santo. Preguntólas el gobernador, si era cierta la delacion de su tio en orden á ser hijas de padre mahometano, y tomando la voz Nunilo que era la mayor en edad, le espondió: *Nosotras no conocimos á nuestro padre, porque quedamos muy niñas cuando murió; solo sabemos que nuestra madre fue cristiana, y por lo mismo nos educó en esta religion, que es la que profesamos; por cuya defensa estamos prontas á perder la vida si fuese necesario.* Hizo Zumayl varias tentativas para separar á las dos ilustres vírgenes de Jesucristo; pero viendo que de nada aprovechaban todos sus esfuerzos, las dejó por entonces volver libremente á su patria, diciéndolas, que las perdonaba por conocer que eran niñas mal aconsejadas, y previniéndolas que si en adelante no trataban de seguir la ley de su padre, mandaria que las decapitasen.

Salieron Nunilo y Alodia de Castroviejo para Bañares, llenas de alegría por haber confesado la fe ante el tribunal de un juez infiel; y encendidas en vivísimos deseos de lograr la corona y testificar con su sangre las infalibles verdades de nuestra santa religion, redujeron toda su ocupacion desde entonces en disponerse para el martirio, por medio de fervorosas oraciones, de rigurosos ayunos y de asombrosas penitencias, no dudando que no tardaria mucho tiempo en presentarse ocasion de ofrecer á Dios el sacrificio de sus vidas. Observaba el tio de las Santas su conducta, y viendo que en lugar de enmendarse, hacian ostentacion de la religion que profesaban, siendo la admiracion de los fieles y de los infieles por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, y que sus continuos combates para seducirlas no producian otro efecto que el de su mayor confusion, volvió á delatarlas al gobernador de Castroviejo, á pretesto de haber faltado á su prevencion, diciéndole, que cada dia estaban mas obstinadas sin cesar en público ni en secreto de ocuparse en los ejercicios que prescribia la religion de los cristianos, maldiciendo aun mismo tiempo la ley de Mahoma; por lo que era preciso castigarlas severamente, para que no pervirtiesen con su ejemplo á los árabes. Oyó Zumayl con grande

enojo la segunda queja contra las dos insignes vírgenes, y habiendo mandado que se presentasen á su tribunal, insistió con mucho empeño en que negasen á Jesucristo, valiéndose para ello de las reconvenções mas eficaces, de las promesas mas ventajosas y de las amenazas mas terribles; pero creciendo el valor y la fortaleza de Nunilo y de Alodia al compás de los esfuerzos del tirano, dió orden para que las pusiesen con separacion en casa de ciertos moros de su confianza, á fin de que las persuadiesen la obligacion que tenian de seguir la ley que profesó su padre, en virtud del decreto de Abderraman que acababa de publicarse, so pena de padecer una muerte afrentosa.

Sufrieron las dos insignes vírgenes por espacio de cuarenta dias los mas fuertes y violentos combates de los africanos; pero siempre mas firmes y mas constantes en la fe, salieron victoriosas de las infernales sugestiones con que fueron tentadas. Hallábase en fervorosa oracion Alodia dos noches antes de su glorioso triunfo, y viéndola rodeada de celestiales resplandores una hija del huésped que la tenia en su casa, maravillada de aquel prodigio, la convidó con la libertad si queria salvarse de la muerte. Agradeció Alodia la oferta; pero no la admitió, porque en ella se le privaba de la gloria del martirio; solo le rogó que le proporcionase ver á su hermana, y concediéndola este consuelo, se abrazaron ambas tiernamente, y se animaron con nuevo fervor á padecer por Jesucristo.

Supo el juez árabe el ningun efecto que produjeron las tentativas de los seductores, hizo que compareciesen á su presencia, y redoblando sus promesas y sus amenazas, las dijo por último, que mandaria quitarlas la vida sino abrazaban su secta; pero á todo respondieron las dos esforzadas doncellas, que hiciese lo que gustase, pues ellas estaban prontas á morir antes que negar á Jesucristo. Hallábase en Castroviejo un malvado sacerdote, que imponiendo el mas infame borron á su carácter, habia apostatado de la religion cristiana por vivir impugne en sus relajadas costumbres: pareció á Zumayl que aquel ministro de Satanás era muy proporcionado para pervertir á las dos ilustres vírgenes, y entregándoselas para este efecto, le encargó que lo hiciese con toda eficacia. Comenzó la empresa el infeliz presbítero, y entre otras persuasiones reconvinó á las Santas con la siguiente: *¿Por qué queréis, nobles vírgenes, morir en lo mas florido de vuestros años? seguid la ley que profesó vuestro padre para que vivais. Yo era sacerdote cristiano, y manifesto profesar la ley de Mahoma, para acomodarme con los africanos. Haced vosotras lo que los Moli-tes, esto es, los que en el exterior aparentan ser árabes, aunque en el interior sintais lo contrario. Proceded así, que yo enviaré dos testigos, á cuya presencia depongais que ereis la ley de Mahoma, y certificándolo así al gobernador, os dará libertad para que podais vivir*

en vuestra patria como cristianas, ó en otra parte donde habitan los fieles siguiendo su religion. Oyeron Nunilo y Alodia el impío consejo del pérfido sacerdote, y revestidas de un santo zelo, le contestaron: *Si tú por tu sacrílega vida y por tus lascivos desórdenes has renegado, nosotras deseamos padecer por amor de Jesucristo para reinar con él en el cielo. Dinos, ¿no hemos de morir en algun tiempo? ¿pues qué mas oportuno que éste, en el que se nos presenta ocasion de dar la vida por la fe que profesamos, asegurando por este medio una eterna felicidad?*

Dió parte el impío sacerdote á Zumayl de la invencible constancia de las dos hermanas, y no pudiendo el bárbaro contener la indignacion dentro del pecho, mandó al verdugo que las degollase inmediatamente. Nunilo fué la primera que se ofreció al sacrificio, y componiéndose el cabello para recibir el golpe, puesta de rodillas, dijo con valeroso ánimo al verdugo: *Ea, infiel, hiere con presteza.* Atónito y turbado el verdugo erró el golpe en la garganta, y le llevó un pedazo de la mejilla, sin cortarla del todo la cabeza, y cayendo el cuerpo en tierra, se le descubrieron un poco los pies con los movimientos naturales que ocasiona la muerte. Corrió Alodia sin la menor turbación á componer la ropa de su difunta, y elevando los ojos al cielo, como que veia con luz superior subir al cielo la dichosa alma, dijo llena de alegría: *Espera un poco, hermana.* Dispúsose luego para seguir á Nunilo, y porque no le sucediese lo que á aquella, se ató á los pies las faldas, para que no padeciese su honestidad despues de muerta. Hecho esto, descubrió su hermoso rostro, se puso de rodillas sobre el cuerpo de su hermana como en altar bien consagrado, y en aquella postura de inmolation recibió el golpe del alfanje, pasando ambas á gozar la vision beatifica en el dia 22 de octubre en el año 840 segun el cómputo que señala Morales.

Llevaron los moros arrastrando á los venerables cuerpos de las dos ilustres mártires desde el sitio en que fueron degolladas, llamado antiguamente las Furcas y hoy los Horcajos, al campo para que fuesen pasto de los perros y de las aves; pero el Señor las libró de todo insulto con su adorable providencia, en vista de lo cual obtuvieron los cristianos permiso de Zumayl para darlas sepultura. No tardó Dios en acreditar la gloria de sus amadas siervas con la particular maravilla de dejarse ver por la noche luces resplandecientes sobre el lugar en que las enterraron, por lo que temeroso el gobernador de que las estrajesen los fieles, mandó enterrarlas en un hoyo profundo, el que allanasen con tierra y piedras crecidas, todo con el fin de borrar la memoria de sus santas reliquias, y que en lo sucesivo no pudiesen ser halladas por los cristianos; cuyo pozo se conserva hasta hoy, y continúa de él una fuente cristalina llamada de Sta. Nunilo y Alodia,

cerca de la cual hay una ermita bajo la advocacion de las Santas, donde se dividen los términos de las dos villas, que concurren juntas á celebrar su festividad en el día de su dichoso tránsito.

No pudo impedir la diligencia de los infieles la repeticion de las luces resplandecientes sobre el pozo ú hoyo donde las ocultaron; y continuando aquel extraordinario prodigio cuando conquistó la provincia de la Rioja del poder de los moros el rey de Navarra D. Inigo Jimenez, hizo la traslacion de los cuerpos de las Santas al monasterio de S. Salvador de Leyre en el día 18 de junio del año 842, donde son tenidos en grande veneracion, y se digna Dios obrar muchos prodigios por la poderosa intercesion de sus fidelísimas siervas. Tambien escribe Ambrosio de Morales, que cuando se ganó á los árabes el reino de Granada, se dió la ciudad de Huesca al conde de Lerin, hoy de los duques de Alba, de quien descenden los condestables de Navarra, quien llevó á ella varias reliquias de las Santas que se le dieron del monasterio de Leyre, y habiendo edificado una iglesia bajo su advocacion en donde las colocó, de aquí ha dimanado la pretension de aquella, insinuada en el principio.

Estas mismas santas vírgenes se veneran como patronas en la villa de Moreda, provincia de Alava, obispado de Calahorra, á las que sus habitantes profesan suma devocion, é imploran su patrocinio en todas sus necesidades; y con particularidad en los nublados, experimentando con la mayor frecuencia los mas favorables efectos de su proteccion poderosa para con Dios, que asi acredita lo agradables que son á su divina Magestad estas dos inocentes víctimas.

DIA XXVI.

San Luciano y Marciano, mártires.

UNOS de aquellos maravillosos Santos en quienes quiso Dios hacer ostentacion de su gracia, para que animasen con su ejemplo á los mayores pecadores á no desconfiar de la divina misericordia, fueron S. Luciano y Marciano naturales de la ciudad de Vique en el principado de Cataluña. Tuvieron ambos la desgracia de haber sido educados en las supersticiones del gentilismo, por lo que no tuvieron reparo en aplicarse al estudio de la astrología judiciaria de los encantamientos y de la magia. Hallaron sus maestros en los dos jóvenes un ingenio superior para estas facultades, y una inclinacion activa hácia estas artes diabólicas; y como estaban resueltos á no ignorar ningun secreto de

cuantos pudiesen adquirir en la escuela de los astrólogos, de los hechiceros, y de los adivinos, fué tanta su aplicacion, que dentro de breve tiempo se hicieron famosos magos y grandes familiares de los demonios. No hubo infamia ni hediondez abominable de que no hubiesen hecho vanidad; y como se valian de todos los medios que les sugeria el enemigo de la salvacion para asegurar los sucesos de sus encantos, todos los buscaban para conseguir sus antojos y sus execrables voluptuosidades.

Tales eran Luciano y Marciano cuando agradó al Padre de las misericordias conmutar en vasos de eleccion los que eran de inmundicia, para manifestar al mundo el poder de su divina gracia, valiéndose para ello de un suceso capaz de desengañar á los preocupados magos. Habia en Vique una doncella cristiana de extraordinaria hermosura, que despreciando las ventajosas conveniencias de los muchos pretendientes de su mano, tenia consagrada su virginidad á Jesucristo, y para conservar una virtud tan delicada, rara vez se dejaba ver en público, haciéndolo cuando era preciso cubierta con su manto ó con su velo; pero todo su cuidado en que ninguno la viese, no bastó para que dejasen de lograrlo los dos famosos magos. Encendióse en sus corazones un fuego tan infernal, tan impuro y lascivo, que formando en ellos una violentísima pasion, no perdonaron diligencia alguna para satisfacerla, teniendo por indubitable que con sus mágicos hechizos la pondrian en paraje de lograr sus perniciosas intenciones. Valieron-se de los mas poderosos medios de la magia; pero todo inútilmente. Invocaron á los demonios, y aunque estos pusieron en movimiento cuantos malignos artificios podian inventar para derribar á la ilustre doncella, sostenida de la divina gracia en los mas terribles ataques y en las mas violentas tentaciones, ponía en vergonzosa fuga á las potestades del infierno con sus continuas oraciones y con sus rigorosas penitencias, pero sobre todo con la proteccion de la Santísima Virgen, de quien era devotísima.

Quejáronse altamente Luciano y Marciano al demonio sobre la ineficacia de su poder, puesto que no le tenia para rendir á una tierna doncella; y compelido el enemigo de una virtud superior á la suya, confesó la verdad, diciéndoles: *Ya habeis experimentado la facilidad con que habeis pervertido las almas que no conocen á Dios, invocando nuestro auxilio; pero aunque empleemos todas nuestras facultades en esta casta doncella, nunca podremos conseguir cosa alguna, pues tiene consagrada su virginidad al supremo Señor de todos, que es Jesucristo: éste es el que la guarda, y quien nos aflige, y al que no puede resistir todo el infierno, como ni á la señal de la cruz con que se guarece cuando alguno de nosotros se acerca á tentarla, poniéndonos en vergonzosa fuga con una arma tan poderosa.*

Quedaron atónitos Luciano y Marciano al oír la confesion de los demonios, y reflexionando sobre la preocupacion y el engaño en que habian vivido hasta entonces, se dijeron mutuamente: *Si tanto es el poder de Jesucristo, que supera al de los demonios y al de nuestras artes mágicas, sin duda nos conviene convertirnos à él, temerlo y adorarlo; puesto que puede beneficiarnos mas que aquellos á quienes hemos servido hasta ahora.* Movidos de este discurso y de los influjos de la divina gracia que comenzó á iluminarlos, recogieron los códices de sus malas artes, y llevándolos á la plaza de la ciudad los quemaron públicamente. Quedaron admirados todos los vecinos de Vi- que al ver una resolucion tan inesperada, y preguntándoles qué causa les impelia para arrojar al fuego los escritos de su profesion, respondieron ambos: *Porque Dios ha ilustrado nuestros entendimientos, librándonos de las tinieblas y de las sombras de la muerte en que hemos vivido hasta ahora, para que nos salvemos. Sabed, que las maravillas aparentes que hemos hecho, han sido invenciones vanas de los demonios por quien nos dirigiamos, los que intentaban sumergir nuestras almas en el infierno con sus falacias: por tanto nosotros reconocemos à Jesucristo por verdadero Dios, poniendo en él toda nuestra esperanza; porque si este aflige y refrena á los que nosotros hemos adorado, sin duda es mayor que ellos.*

Hechos cristianos Luciano y Marciano, quisieron dar á Dios satisfaccion de su mala vida; y dejando sus casas y sus muchas riquezas, se retiraron á un desierto, donde se entregaron á los excesos de su fervor y á los rigores de una penitencia sin límites. Irritados los demonios de que se hubiesen escapado aquellos por cuyos medios habian conquistado tantas almas, pusieron en ejecucion todos los artificios de su malicia, para separarlos de su buen propósito; pero aunque fueron muchos y muy violentos los combates que tuvieron que sufrir contra los enemigos de la salvacion y contra sí mismos, para romper sus inveteradas costumbres, con todo el Dios de justicia, que no cesaban de invocar desde el punto que conocieron su poder infinito, les sacó victoriosos de todos los ataques con su recurso á la oracion y á la penitencia, valiéndose de la proteccion de la Santísima Virgen como madre de pecadores.

Pareció á los célebres eremitas, que con los ejercicios de una vida privada no daban á Dios satisfaccion suficiente de sus culpas, habiendo engañado á tantos con su perversa doctrina; y queriendo resarcir los daños que ocasionaron en el público, se presentaron en Vi- que á predicar las infalibles verdades de nuestra santa religion, desengañando á los gentiles de los crasos errores en que vivian sumergidos, prestando adoracion á los demonios en las vanas estatuas de los idolos bajo el velo de mentidas deidades.. Admirados los de Vi-

que al ver aquella extraordinaria novedad, decian: *He aquí los que nos enseñaban y facilitaban la satisfaccion de nuestros deseos, como ahora predicán al Crucificado que antes despreciaban;* pero fortificados mas y mas los santos en la fe, contestaban al pueblo: *Creednos, hermanos, porque si no hubiéramos conocido que esto es lo mejor, nunca nos hubiéramos convertido á Jesucristo, separándonos de una profesion que nos hacia célebres entre los hombres y nos llenaba de riquezas; por tanto os encargamos que os convirtais al mismo Señor, para que os salveis.*

Irritados los paganos de Vique con las conquistas que hacian cada dia Luciano y Marciano para Jesucristo, los delataron al gobernador de la ciudad, diciendole: *He aquí unos hombres magos, que ahora predicán lo que antes impugnaban, é impugnan lo que entonces enseñaban.* Era el juez cierto hombre llamado Sabino, uno de los mas fieros enemigos de los cristianos, contra los que procedia severamente en fuerza de los impíos decretos que publicó contra la Iglesia el emperador Decio; y haciendo comparecer ante su tribunal á los dos predicadores, comenzó el interrogatorio acostumbrado en estos casos, preguntando á Luciano por su nombre y por su religion. *Yo me llamo Luciano,* respondió el Santo, *y mi religion es la de Jesucristo; porque aunque en algun tiempo fui perseguidor de esta venerable ley, hoy aunque indigno soy de ella predicador.*—*¿Pues qué oficio tienes,* replicó el tirano, *para ejecutarlo así?*—*El que es propio de toda alma racional,* contestó Luciano, *que debe sacar del error á su hermano, aconsejándole la verdad, para que se libre de los lazos del demonio.*—*¿Quién os persuadió,* continuó Sabino, *á que dejaseis á los dioses inmortales por quien conseguisteis muchos beneficios, y os conciliasteis el amor del pueblo, para convertirlos á un muerto crucificado, que no pudo salvarse á sí mismo? El mismo Señor,* respondió Marciano, *es el que nos iluminó, como lo hizo en otro tiempo con Pablo, que siendo primero perseguidor de la Iglesia, fué despues un predicador zeloso de su santa ley, ilustrado con la divina gracia.*—*Mirad por vosotros,* siguió el gobernador, *y volved á vuestra vida antigua, para que tengais propicios á los dioses y á los príncipes del mundo.*—*Tú hablas,* dijo entonces Luciano, *como uno de los necios gentiles, mas nosotros damos gracias á Dios, porque nos sacó de las tinieblas y de las sombras de la muerte, dignándose conducirnos á la gloria de ser cristianos.*—*¿De qué modo os defiende,* continuó Sabino, *ese Dios que predicais, dejándoos en mis manos, y no evita que incurrais en la muerte que os espera?*—*La gloria de los cristianos,* contestó á esto Marciano, *no consiste en la vida presente que tú tanto estimas, sino en la eterna que esperamos en los cielos, perseverando en la fe de Jesucristo.*—*Dejad,* continuó Sabino, *semejantes ne-*

cedades; oidme, y sacrificad á los dioses, cumpliendo en esto con los preceptos imperiales; pues de lo contrario harè que sufrais nuevos y esquisitos tormentos.—Had lo que gustes, respondió Marciano, pues estamos dispuestos á padecer todas las penas que discurras, antes que negar al único y verdadero Dios que confesamos, para no caer en el fuego eterno, que el mismo Señor tiene preparado al diablo y á todos los idólatras que siguen sus engaños.

Conoció Sabino por el interrogatorio que de nada aprovechaban todos sus esfuerzos para pervertir á los dos ilustres confesores; y no pudiendo tolerar por mas tiempo su invencible resistencia, pronunció contra ellos la sentencia siguiente: *Porque Luciano y Marciano son trasgresores de las leyes divinas, convirtiéndose á la vanísima de los cristianos; y porque no han querido oír nuestras reconvenciones sobre el cumplimiento de los preceptos de los principes del mundo dirigidas á que se salven, mando que sean quemados.* Luego que llegaron los Santos al lugar del suplicio, oraron en esta forma: *Señor Jesus, nosotros no podemos daros las correspondientes gracias por habernos sacado del error de la gentilidad, y dignado conducirnos á esta pasión por tu santo nombre haciéndonos participantes de las dichas de tus Santos: á ti encomendamos nuestras almas, para quien sea la alabanza y la gloria por los siglos de los siglos.* Concluida esta súplica, hicieron su oficio los verdugos, y arrojando á Luciano y á Marciano á una hoguera encendida, quedaron consumidas las dos preciosas víctimas en el dia 26 de octubre del año 251 ó 52, imperando en Roma Decio, y siendo pontífice S. Fabian.

Recogieron los cristianos las venerables reliquias de los dos insignes mártires, y las ocultaron con el mayor secreto, retirándolas de la vista de los gentiles; pero luego que cesó el furor de la persecucion, las colocaron en la iglesia de S. Saturnino de Vique, donde estuvieron en grande veneracion hasta la pérdida de España, en la que temerosos los fieles de que cayese tan precioso tesoro en manos de los bárbaros, las ocultaron en el mismo templo con el sepulcro de mármol que las contenia. Así se mantuvieron muchos siglos, hasta que se dignó el Señor manifestarlas en el año 1050, reinando en cataluña el famoso conde de Barcelona Raimundo Berenguer, primero de este nombre, por medio de las maravillosas revelaciones y visiones angélicas que se dignó hacer á dos venerables presbíteros llamados Raimundo ó Ramon Ferrer, y mosen Raimundo ó Ramon. Halláronse las venerables reliquias con las inscripciones de los nombres, del origen, del tiempo y del lugar de la pasión de los Santos, y se colocaron despues con el honor debido en el mismo templo en el año 1542, reinando en Cataluña el rey D. Pedro IV de Aragon, y tercero de Cataluña. Solicitaron los canónigos Pedro Suriguères, Berenguel de Colomer y Juan

de Abendo, que se hiciese la traslacion de las reliquias de los insignes mártires á lugar mas decente; y ejecutado este acto con anuencia de D. Galcerato, obispo de Vique, por medio de una solemne procesion, en la que asistieron muchas personas condecoradas, se colocaron en el altar mayor de la iglesia de S. Saturnino, donde son tenidas en grande veneracion.

DIA XXVII.

San Vicente, Savina y Cristeta, mártires.

ENTRE los mas ilustres mártires de Jesucristo, que en tiempo de las persecuciones gentílicas dieron pruebas de su valor y de su ardiente zelo por la defensa de la religion cristiana, son dignos de memoria eterna, los tres insignes hermanos S. Vicente, Sabina y Cristeta, los cuales fueron naturales, segun unos de la villa de Talavera sita en la provincia de Toledo, y segun otros de Evora én Portugal; bien que la diferencia de estas opiniones se concilia con saber que Talavera se llamó Elvora en la antigüedad, segun escriben varios autores nacionales.

Enviaron á España los emperadores Diocleciano y Maximiano en clase de presidente ó gobernador á Daciano, hombre bárbaro y cruel con el perverso intento de extinguir si pudiese la religion y el nombre cristiano, á cuyo fin hizo todos cuantos esfuerzos y tentativas le fueron posibles. Despues que hubo sacrificado al furor de su saña innumerables víctimas de inocentes cristianos en Barcelona, Zaragoza. Toledo y otros pueblos, dejando en todas partes por donde transitó horrosas señales de su barbarie, se presentó en Talavera esta fiera revestida de carne humana, haciendo por si y por medio de sus ministros las mas esquisitas pesquisas en busca de los profesores del cristianismo, para obligarles á sacrificar á los dioses romanos, ó hacerles sufrir de lo contrario los tormentos y penas mas inhumanas.

Brillaba á la sazón en Talavera un jóven llamado Vicente, educado en la religion cristiana, tan ejemplar y tan modesto, que servia de edificacion la justificacion de su conducta hasta á los mismos paganos. Preso por esta causa, lo presentaron á Daciano, quien viendo su compostura y su gallarda disposicion, fingiendo al parecer una falsa compasion, intentó pervertirle con halagos y caricias. Preguntóle que secta profesaba; y sin turbarse Vicente le respondió con valentía de

espíritu, que la religion de Jesucristo, por cuyo nombre se llamaba cristiano. *Y qué, siguió el presidente, ¿adoras por Dios á un hombre que por sus delitos crucificaron los judíos?—*Calla replicó entonces el Santo, *no vituperes á quien debias venerar si no estuvieras endemoniado.* Disimuló la injuria por entonces Daciano, lisonjeándose que rendiria en juicio al jóven Vicente continuando el interrogatorio con blandura, y siguiendo esta idea le dijo: *Perdono á tu juventud esas libertades, pues conozco que no has llegado á edad de una prudencia cabal, por lo que te debo aconsejar que me oigas como á padre, y como tal te ordeno que sacrifiques á los dioses imperiales: A lo que satisfizo Vicente: Careceria de sólido entendimiento, si menospreciando al Dios verdadero que crió el cielo, formó la tierra, penetró los abismos y ciñó los mares, diése culto á los falsos dioses de leño y piedra, representados en las estatuas vanas.—*¿Pues quién es el Dios que hizo esas maravillas, replicó el tirano, *sino Júpiter?—*Júpiter, respondió Vicente, *fué un hombre inútil, cuyas maldades y torpezas publican vuestros mismos libros; pero mi Dios es santo é inmaculado, uno en esencia y trino en personas, quien por su infinito poder y suma bondad hizo las obras admirables que en el cielo y en la tierra vemos y sabemos; las cuales por todas partes testifican su divinidad.*

Encendido Daciano en un furor extraordinario al oír las concluyentes respuestas de nuestro Santo, mudando de tono le dijo: *Es cosa indigna para mí cuestionar con un jóven visón; y puesto que no obedeces á mis mandatos, eres indigno de que oiga tus razones. Lo que de tu Dios puedes hablarme ya lo tengo oído de otros fanáticos tan ciegos, tan perdidos y tan destemplados como tú, que debes consultar á tu edad, y dar á otros ejemplo; y así sacrifica luego al grande dios Júpiter.—*Sacrifícate tú, respondió Vicente, *pues has de caer con él en el fuego eterno del infierno, que está preparado para el demonio y sus secuaces.*

No pudiendo ya sufrir Daciano el desprecio que el valeroso jóven hacia de su autoridad y de sus amenazas, levantando la voz en tono descomedido, dijo á sus ministros: *Apartad de mi vista, y retirad de mi presencia á ese mancebo sacrílego, y notifícale el edicto publicado, para que ó sacrifique á Júpiter, ó sea condenado en el mismo lugar que lo resista á una muerte infame, acompañada de crueles tormentos.* Condujéronle los ministros á una de las plazas de Talavera para que se ejecutase el sacrificio ordenado, pero apenas puso el santo jóven los pies en la piedra del ara de aquel falso dios, cuando convirtiéndose su dureza en una blandura maravillosa, quedaron en ella impresas sus plantas como en blanda cera; de cuyo prodigio pasmados los ministros gentiles, reconociendo que ninguno de sus dioses obraba maravillas semejantes, no pudieron menos de confesar

que era el verdadero el Dios que adoraba Vicente; por lo que suspendiendo la ejecucion con deseo de librarlo de la muerte, pretestaron á Daciano que pedía el jóven el término de tres dias para deliberar en el asunto, los que concedió guardándole en el interin en una casa particular.

Puesto el santo en aquella prision, concurrieron á visitarle muchos fieles y paganos, de los que convirtió á no pocos á la fé de Jesucristo á virtud de sus nerviosas persuasiones, desengañándoles de los delirios y necedades que adoptaba la idolatría contra todo lo que dicta la razon en las supersticiones gentílicas. Pasaron tambien á verle sus hermanas Sabina y Cristeta, y le hicieron presente el desamparo en que quedaban, á fin de inclinar á que huyese de la cárcel. *Ta ves, le decian bañadas en tiernas lágrimas, nuestra soledad; huérfanas de padre y madre, sin mas amparo que el tuyo, si éste nos falta, ¿quién defenderá nuestra pureza del furor de los bárbaros? ¿quién fortalecerá nuestro ánimo? Oye nuestras súplicas, sal de la prision para que huyamos juntos; si bien para librarle ahora, no para que se nos niegue otra ocasion en que todos los tres consagremos á Dios nuestras vidas, y si llega este caso, vivamos las dos contigo con decoro y aumento de santidad.*

Rendido Vicente á las lágrimas y á los ruegos de sus hermanas, valiéndose de la oportunidad que le ofrecieron los guardas de la cárcel, se ausentó una noche con Sabina y Cristeta tan aceleradamente, que aunque despachó tras ellos sus ministros Daciano á marcha precipitada, no pudieron alcanzarlos hasta la ciudad de Avila, donde los prendieron; y sacándoles fuera de las puertas de la ciudad, estendiendo á cada uno en su potro, les azotaron con la mayor crueldad, y descoyuntaron sus miembros á fuerza de esquisitos tormentos. Pero como los tres santos no cesaban de alabar á Dios en el suplicio, llenos de alegría porque se consideraban dignos de padecer por amor de Jesucristo, irritados los bárbaros á vista de su constancia, poniendo las cabezas de los santos sobre unas piedras, con otras y con palos les dieron tan recios golpes, que saltaron los sesos por varias partes, logrando por medio de este castigo inhumano la apetecida corona del martirio en el dia 27 de octubre del año 305 ó 304.

Dejaron los verdugos tirados en el suelo los venerables cuerpos de los tres ilustres mártires con el perverso fin de que fuesen pastos de las fieras; pero manifestando Dios su visible proteccion en favor de aquellos apreciables cadáveres, dispuso que para defenderlos de todo insulto saliese de entre las breñas una serpiente formidable que causaba muchos estragos en las inmediaciones de Avila. A este prodigio se siguió otro no menos maravilloso, y fué, que queriendo un judío poderoso de la ciudad insultar las sagradas reliquias, apenas llegó don-

de estaban, se enroscó á su cuerpo la sierpe apretándole con tanta fuerza que le puso en términos de espirar, manteniéndose por espacio de una hora con silbidos espantosos en ademan de devorarlo, hasta que conociendo el hebreo ser aquel un visible castigo del cielo por su perfidia; prometiendo á Jesucristo que si le salvaba del peligro abrazaria la fe, y daria sepultura á los cuerpos de los mártires, dejándole al punto la fiera, que jamás se volvió á ver, cumpliendo sin tardanza su promesa, recibió el bautismo, y acompañado de otros cristianos practicó el piadoso oficio prometido. Despues erigió un templo magnífico en honor de los Santos sobre su sepulcro, al que quiso el Señor hacer célebre por medio de una multitud de prodigios en favor de los que concurrían á tributarles los debidos obsequios, y á implorar su patrocinio. Habido por tan célebre, que siguiendo muchos fieles la práctica de jurar sobre los sepulcros de los insignes mártires y santos, lo ejecutaron sobre el de S. Vicente. Bien que los reyes católicos D. Fernando y D.^a Isabel prohibieron en las cortes de Toro semejante costumbre por los perjuros que de ella resultaban; cuya prohibicion se lee en una de las leyes de la Recopilacion en estos términos: *Otro sí mandamos, que ningun juramento, aunque el juez lo mande hacer, ó la parte lo pida, se haga en san Vicente de Avila, ni en el herrojo de Santa Agueda, ni sobre el altar, ni cuerpo santo, ni sobre las reliquias del cuerpo de san Isidro de Leon, ni en otra iglesia juradera, etc.*

El culto de estos santos mártires se estendió desde luego por toda la iglesia, segun consta así del oficio antiguo Muzárabe, como de los martirologios de Usuardo y Adon, y del Romano y otros.

No obstante algunas piadosas contiendas, se cree que la mayor parte de las reliquias de estos tres Santos existen en los sepulcros de Avila, como consta del privilegio de D. Fernando IV que publicó Gil Gonzalez, en que aquel rey confirma todas las franquezas y libertades que D. Alonso su abuelo y D. Sancho su padre hicieron á aquella Iglesia.

DIA XXX.

San Marcelo Centurion, mártir.

SAN Marcelo centurion, cuya memoria ha sido siempre célebre en España así por la heróica fortaleza con que sostuvo la defensa de la fe, como por haber sido padre de no pocos valerosos hijos, que dieron mucho honor á nuestra Iglesia con los gloriosos triunfos que con-

siguieron de los paganos, tiénese por tradicion de los siglos pasados que nació en la ciudad de Leon, que despues fué cabeza y corte del reino de su nombre, y que en ella floreció en la profesion militar en tiempo del presidente Anastasio Fortunato que la gobernaba, y fué el que le envió á Aurelio Agricolano, vicario del prefecto Pretorio en la ciudad de Tingi ó Tanger en Africa donde fué martirizado.

Era S. Marcelo centurion, esto es, cabeza de ciento ó de ciento y diez soldados de una de las legiones romanas, bien fuese de la segunda *Trajana*, como se lee en las actas que publicaron Baronio y Ruinat, ó de la séptima Gemina de que hablaremos despues, como conjetura Risco, por haber residido ordinariamente en Leon. Era casado con Sta. Nonia ó Nona. D. Lucas de Tuy dice que tuvieron doce hijos todos mártires, Claudio, Lupercio, Victórico, Facundo, Primitivo, Emeterio, Celedonio, Servando, Germano, Fausto, Januario y Marcial. En el Antifonario gótico de Leon que se escribió antes de aquel obispo se cuentan solamente los nueve primeros. Los breviarios antiguos de Compostela y de Ebra nombran los doce como D. Lucas de Tuy; y generalmente se cree en España que estos Santos tuvieron doce hijos mártires, si bien en los nombres de ellos no concuerdan todos.

En el año pues 298 del Señor, siendo emperadores Diocleciano y Maximiano, y cónsules Anicio Fausto II y Severo Galo, á 21 de Julio se celebró la exaltacion de Maximiano Hercúleo al imperio. En esta solemnidad ofrecian los soldados sacrificios á los dioses. Y para que fuese mas solemne la funcion, hizo publicar un edicto el presidente Anastasio Fortunato, por el que mandaba que todos los pueblos de la provincia concurriesen á Leon el día que señaló para la festividad. Marcelo estando delante de las banderas de su legion, lastimado de ver tanta gente entregada á la idolatria, á vista de todos se quitó el cingulo ó banda militar, y dijo: *Yo solo sirvo á Jesucristo, rey de reyes y señor de los señores; por lo que desisto de servir á los emperadores, y desprecio á vuestros dioses, que son unos ídolos mudos y sordos. Si es tal la condicion de los soldados que han de ser compelidos á sacrificar á los dioses falsos, ved como arrojé el cingulo é insignias militares.* Diciendo esto arrojó tambien el sarmiento que llevaba en la mano como divisa de su empleo ó grado, y las armas.

Atónitos dejó á los soldados la resolucion de Marcelo; pero como sus voces y sus hechos abominaban la solemnidad de un acto, que creian ser el mas acepto á los príncipes del mundo, prendieron á Marcelo, y lo presentaron á Fortunato, haciéndole relacion de todo lo ocurrido. Dió por entónces orden el gobernador que lo pusiesen en la cárcel, hasta que se concluyesen los regocijos de la funcion, y finalizados éstos hizo que compareciese al consistorio donde tenia su tribunal. Preguntóle Fortunato lleno de ira: *¿Qué causa has tenido pa-*

ra arrojar el cingulo militar, procediendo en esto contra las ordenanzas á que estás obligado? Y revestido Marcelo de aquel valor y de aquella fortaleza que forman el carácter de los héroes del cristianismo, le respondió á presencia de todo el pueblo: La causa es, que siendo como soy cristiano, no puedo servir sino á Jesucristo hijo de Dios omnipotente: por esto me he despojado de las insignias militares, que parece obligan á prestar sacrificio á unas deidades quiméricas, como son las que vosotros adorais.—Yo no puedo disimular tu temeridad, siguió Fortunato, de la que daré parte al César, enviándote por ahora á mi principal Agricolano.—Haz lo que te parezca, contestó Marcelo; con el bien entendido, que á donde quiera que vaya, haré la misma confesion de mi Señor Jesucristo.

Envió con efecto Fortunato á Marcelo cargado de prisiones á la metrópoli de la Mauritania, donde á la sazón se hallaba Agricolano, y habiendo llegado á aquella ciudad, despues de los innumerables trabajos é incomodidades que padeció en la dilatada distancia que hay desde Leon á Tanger, se dió parte al prefecto de que el godernador de Leon le enviaba un hombre llamado Marcelo. El proceso llevó Cecilio, soldado del mismo ejército. Mandó Agricolano á uno de sus oficiales leer en alta voz el proceso que estaba concebido en estos términos: *Anastasio Fortunato, presidente de la legion Trajánica, al D. S. Aureliano Agricolano, prefecto de la Mauritania, de España y de Francia: este soldado llamado Marcelo del orden de centurion, habiendo arrojado el cingulo militar, ha protestado delante del pueblo que es cristiano: ha hablado muchas blasfemias contra nuestros dioses y los Césares; por lo que te lo dirigimos, para que mandes observar lo que determine V. Celsitud. VALE.*

Leído que fué el proceso, preguntó Agricolano á Marcelo: *¿Qué furor te ha preocupado para arrojar las insignias militares, y para proferir semejantes espresiones?—No hay furor alguno en los que temen al Señor,* respondió el Santo; y queriendo el prefecto certificarse de la verdad, continuó el interrogatorio, preguntándole: *¿Has hablado con efecto las palabras que constan en las actas proconsulares? ¿y has arrojado las armas? Y contestándolo asi el famoso centurion, pronunció contra él Agricolano la sentencia siguiente: Porque Marcelo centurion ha depuesto el cingulo militar, quebrantando el sacramento ó juramento de su profesion públicamente; porque ha blasfemado de los dioses y de los Césares; y porque se ha ratificado en las palabras llenas de furor que contienen las actas del tribuno, conviene que sea decapitado.* Oyó Marcelo sin la menor alteracion la injusta providencia del prefecto, y mostrándose agradecido dijo: *Agricolano, Dios te haga bien y tenga misericordia de tí.* Y conducido al lugar del suplicio, y puesto en oracion, fué degollado en el mismo dia que en-

tró en Tánger, y fué presentado en el tribunal. Las actas de nuestras Iglesias dicen que fué presentado en el tribunal el día 29 de octubre, á principios del siglo IV; mas las que publicaron Baronio y Ruinarth dicen que el 30. El escribano que asistió á este juicio tenia por nombre CASIANO; admirado de la constancia de Marcelo, y enojado contra la crueldad de Agricolano, tiró contra el suelo el libro y la pluma con que escribía. Y al presidente que le hizo cargo de aquel atentado, respondió que no tenia mas causa para esta accion, que la execrable sentencia que acababa de oír contra Marcelo. Mandóle encarcelar, y habiendo él confesado la fé, en el mismo sitio donde fué ejecutada la sentencia de Marcelo, fué degollado contra él y por la misma causa el día 3 de diciembre.

Recogieron los cristianos el venerable cuerpo del ilustre mártir en el silencio de la noche, y habiéndole embalsamado, le dieron sepultura con la cautela que permittian aquellas edades calamitosas.

Muy presto se estendió por todo el mundo la gloria de este martirio. Hacen de él memoria Adon y Usuardo y Wandelberto que floreció hácia la mitad del siglo IX. Este último escritor añade sin apoyo ninguno que junto con Marcelo padecieron otros doscientos veinte mártires africanos. Nuestra Iglesia muy de antiguo celebra su fiesta. El himno de visperas que en su oficio conserva el Breviario gótico, es justamente alabado por su elegancia. En Leon se celebra su fiesta el día 29 de octubre, en otras partes hoy. Esta variedad pende de la que hay en las actas acerca del día de su martirio.

Despues que D. Alonso el Católico echó los moros de Leon, se edificó en aquella ciudad una iglesia con la advocacion de S. Marcelo. Edificóla D. Ramiro I fuera de los muros junto á la puerta que se llamó *Cauriense*, y despues *Cureses*, entre el antiguo monasterio de S. Miguel y el de los mártires S. Adrian y santa Natalia. Reedificóla á fines del siglo XI el obispo D. Pedro, y junto á ella se erigió un hospital que aun existe. Esta iglesia estuvo en poder de los reyes hasta D. Sancho el Gordo, que hizo donacion de ella á la catedral de Sta. Maria de Regla. Hállase tambien con título de monasterio en el Necrologio antiguo Legionense. Ahora es parroquia, y tiene la buena dicha de poseer el cuerpo del santo mártir, traído de Tánger á Leon en tiempo de los reyes catolicos en el año de 1493 por la diligencia de cierto presbítero llamado Isla. No léjos de esta iglesia hay un oratorio reverenciado por tradicion como sitio donde estuvo la casa del santo mártir.

DIA XXX.

Santa Nona ó Nonia.

NUESTROS historiadores tienen comunmente recibido que el santo mártir y centurion Marcelo, cuya historia precede, fué casado y tuvo por mujer á Sta. Nona ó Nonia, como otros escriben. No hay noticias particulares de esta Santa en escrituras antiguas, y solo se sabe de ella lo que ha conservado la tradicion, que el ilustrisimo Trujillo obispo de Leon refiere de este modo. «La noble y bienaventurada Nonia fué muger del valeroso centurion S. Marcelo mártir. Tuvieron los dos del matrimonio doce hijos que todos murieron con insignes martirios en poder de crueles tiranos por la fé de Jesucristo. Y hase de creer, que quien tan buen marido tuvo y tan santos hijos crió, que ella fuese santisima mujer, y que quien tan bien los habia criado y doctrinado para la muerte por Cristo, los imitaria y animaria como la Macabea, y las santas Sinforosa y Felicitas á los suyos. Traspasóle las entrañas el cuchillo de dolor, porque vió la muerte de su marido y de algunos hijos. Y viéndose ya sola (como en Leon es tradicion muy recibida), pidió á nuestro Señor se sirviese de que acabase con esta vida, y la llevase á gozar de sus infinitos bienes con su marido é hijos. Concedióselo nuestro Señor, y fué servido sumirla en la tierra, adonde quedaron por su memoria y acuerdo en esta ciudad un pozo, y una pequenuela ermita y altar, que han sustentado esta tradicion juntamente con una hermandad antigua de cofrades honrados de ella, que tiene su advocacion, y fundacion de aquella ermita.» Vaseo hace tambien memoria de esta tradicion citando á L. Marineo Siculo, el cual en el lib. 5 de *Reb. Hisp.* pone un capítulo en que trata de S. Marcelo y Sta. Nona, atribuyéndoles once hijos mártires. Dice luego de la madre lo que se sigue: *Quos cum S. Nona vidisset extinctos, unicum filium parvulum brachio complexa, flexis genibus, et multis perfusa lachrymis Deum oravit, ut eam cum filio á vitæ periculis eriperet. Et cum hoc dixisset, repente lacus exortus est, qui statim matrem cum filio divinitus absorbit. Cujus aquam bibentes infirmi sanantur, ubi Legionensis civitas circa lacum templum edificavit, quod S. Nonæ dicitur.* (Risco, t. 34, pag. 350.)

DIA XXX.

Los santos Claudio, Lupercio y Victórico, mártires (*).

Todos los hijos del esclarecido mártir S. Marcelo se derramaron por España, á escepcion de los tres cuya fiesta celebramos en este dia, Claudio, Lupercio y Victórico, á quien llaman otros Victorio; de los cuales consta con mayor certeza haber pertenecido á esta santa familia. Quedáronse pues en Leon, patria suya, donde padecieron por la fè con invencible constancia. El caso pasó de esta manera. Cuando Diocleciano y Maximiano publicaron la persecucion contra la santa Iglesia, se hallaba en Leon el prefecto de la provincia y presidente de la legion séptima Gemina, una de las instituidas por Cesar Augusto (**). Desde luego mandó este ministro que todos los vecinos de aquella ciudad se juntasen á ofrecer sacrificios á los ídolos en un dia á sitio determinado. No pudo ocultarse en esta ocasion la virtud y doctrina que resplandecia en estos tres santos hermanos, educados en ella desde su tierna edad por S. Marcelo y Sta. Nona sus padres. Habiendo entrado el prefecto en el pretorio que estaba á la parte meridional de la ciudad, dijo que en ella sabia haber algunos enemigos del culto de los dioses, y que mandaba que se los presentasen. Como no citaba persona alguna, nadie le respondia. Estrechando él mas su mandato, fueron á la casa de los tres mancebos, que estaba cerca de la puerta Cauriense, donde hay ahora un oratorio. Halláronlos orando y preparándose para la persecucion que les amenazaba. Llegados al pretorio, y preguntados por la religion que seguian, á una dijeron al prefecto: «¿Que motivo tienes tú para mandar que seamos presentados á tu audiencia? Los tres que ves delante de tu tribunal, estamos aparejados á perder la vida en honra de la beatísima Trinidad. Pregunta lo que quisieres, que prevenidos nos tienes á cumplir aquel oráculo divino que dice: el que tiene edad hable por sí; y el mismo Dios en quien confiamos, nos dará palabras y sentencias para responderte.» Díjoles el prefecto: «Siendo los emperadores obedecidos de tanta gente, ¿solo de vosotros han de ser desprecia-

(*) Véanse las actas de estos Santos Mártires publicadas por el M. Risco t. 34 »pag.» 407, y las Observ. de este historiador, «ib. pag.» 333.

(**) Era conocida esta legion con los nombres de «Gemina, Pia, Felix. Vino á España á fines del siglo I.

dos?» Respondieron ellos: «Tú crees que los tres solos resistimos á vuestra infidelidad é idolatría, porque no teniendo sino los ojos de la carne, no puedes ver como nosotros la innumerable multitud de ángeles, que lejos de adorar vuestros falsos dioses, los miran con abominación y menosprecio.—¿Y en quién confiáis vosotros? dijo el presidente.—Si deseas saber eso que preguntas, respondieron los santos, podemos y queremos enseñarte una verdad la mas digna de entenderse. Nuestra confianza está colocada en Dios Padre omnipotente, que hizo el cielo y la tierra, con todo lo que contiene, y en Jesucristos su único Hijo y en el Espíritu Santo, que son un solo Dios en Trinidad de personas. Esta fé y confianza nos dá fuerzas para que puestos en esta pelea podamos vencer los tormentos, el poderío de los emperadores romanos, y á tí á quien ellos han constituido en ese empleo de presidente » Y como el prefecto en su réplica injuriase la ley de Jesucristo dándole el nombre feo de perversidad, dijéron los Santos: «La perversidad no está en nuestra ley, sino en tí, que niegas á tu Criador, y te glorias de poner tu amor en las criaturas. Nosotros no sabemos, ni podemos temer la muerte de estos cuerpos miserables, sino solo la del alma, cuya vida no cae bajo la potestad y jurisdiccion de vuestros emperadores. Así que no tardes en hacer de nosotros lo que piensas, y lo que te inspira tu padre el diablo: que dispuestos estamos á padecer por Cristo, que á tí y á tus emperadores condenará al fuego eterno:»

Grandemente se enojó el juez con esta respuesta; pero no queriendo ponerles en ocasion de que campease su constancia, y fuesen otros por este medio convertidos á la fe, mandó que los degollasen. Los santos manebos oida la sentencia se llenaron de júbilo, y dieron gloria á Dios que los escogia para padecer por su nombre. Llegados al lugar del suplicio, se desnudaron, y ofrecieron sus ropas á los ministros de justicia, y puestos de rodillas y alabando á nuestro Señor les cortaron las cabezas el dia 30 de octubre del año 303. Sus cuerpos fueron enterrados en el mismo sitio por algunos cristianos deudos suyos que vivian en el arrabal de Leon.

Es creible que venida la paz á la iglesia en el imperio de Constantino, procurarian los fieles de aquella ciudad dar á estos siervos de Dios el culto que se tributaba á otros mártires, erigiendo algun templo sobre su sepulcro. Mas adelante se fundó en aquel sitio un célebre monasterio, de cuyo principio nada se sabe. Solo consta que existia ya cuando los arrianos tenian apestada nuestra península. En él vivieron monjes de esclarecida santidad todo el tiempo que duró el reinado de los godos. En la entrada de los moros en Leon fué casi de todo punto destruido, si bien las sagradas reliquias se conservaron en el mismo lugar sin ser trasladadas como lo fueron otras á Asturias.

Conquistada aquella ciudad por D. Alonso el Católico, parece que se reedificó esta iglesia de S. Claudio; pero como estaba fuera de los muros, no se sabe si por negligencia ó por alguna ruina imprevista vino al suelo toda la iglesia, á escepcion de la capilla y altar principal, donde estaban colocados los cuerpos de los santos mártires. Así permaneció hasta el reinado de D. Ramiro II, quien á sus espensas hizo otra nueva iglesia, adornándola con las alhajas correspondientes. Desde la conquista perteneció aquella iglesia al Señorío de los reyes. Duró esto hasta don Ordoño III, el cual donó la iglesia y sus posesiones al obispo D. Gonzalo y su catedral. Fué esto por los años 954. Acaso desde este tiempo se introdujo en S. Claudio la vida monástica. Milagrosamente preservó Dios este lugar de la profanacion con que Almanzor trató algunas iglesias de aquel reino desde la primavera del año 996. Iba él á entrar á caballo en aquel templo con ánimo de sacar violentamente algunas gentes que en él habia, y en el atrio ó cementerio de él reventó su caballo; con lo cual aterrado aunque era infiel, ofreció su misma tienda, y doce capas de tela muy preciosa, y otros dones á los santos que allí se veneraban (cuyo suceso se ve pintado al lado del sitio donde se conservan las reliquias de los mismos Santos, y en la sacristía del mismo monasterio se muestra un pedazo del caparazon del caballo, que es de brocado azul y de labor árabe.) Este suceso infundió tal espanto en el ánimo de Abdemelic, hijo de Almanzor, que sin embargo que vino sobre la ciudad de Leon con ánimo de asolarla, no osó tocar esta santa casa, mirándola como defendida por una virtud oculta.

El monasterio permaneció en pie como lo estaba el año 1007, segun consta de una escritura que en él se otorgó en abril del mismo. Pero los sagrados cuerpos permanecian ocultos debajo de tierra hasta fines del año 1173 en que habiendo ido á Leon el cardenal Jacinto, legado de Alejandro III, aprovechándose de tan buena ocasion el rey D. Fernando II y el obispo Legionense D. Juan y el abad de S. Claudio D. Pelayo, y toda la ciudad, le pidieron elevase y colocase en mas decente lugar las santas reliquias. Hizose esta traslacion con asistencia de los arzobispos de Santiago y Braga y de otros muchos obispos y abades, quedando colocados los cuerpos de los mártires sobre el altar de la misma iglesia. De los milagros que en este dia obró nuestro Señor por intercesion de sus siervos, hablan las actas de los mismos mártires.

Desde muy antiguo se hacia hoy fiesta en España á nuestros Santos. La iglesia de Palencia la anticipó al dia 24 por celebrar en el dia 30 el triunfo de la Cruz en la famosa victoria que los cristianos alcanzaron de Albobacen á las riberas del rio Salado, de donde se dió nombre á quella batalla. (*Riseo, tom. 34.*)

DIA XXXI.

San Nicolás y compañeros mártires, llamados comunmente los santos mártires de Ledesma.

Muy á los principios de la dominacion de los moros en España los vecinos de Ledesma, llamada antiguamente Bletisa, obtuvieron licencia para hacer una iglesia á las orillas de Tormes, que dedicaron á S. Juan, y en ella ejercian libremente los oficios divinos, é instruian á la juventud en letras latinas (al modo que los sacerdotes de Córdoba practicaban en sus iglesias.) Estando así frecuentada de jóvenes cristianos aquella escuela, dispuso Dios que un hijo del señor ó régulo de Ledesma, llamado Mafoma (*), pasando varias veces por la iglesia de S. Juan, con motivo de divertirse en el campo; se aficionase á los jóvenes cristianos, con el deseo de divertirse en su compañía, y aprender las mismas letras. Manifestó á su padre la intencion, y no queriendo éste disgustarle, condescendió con su deseo, á cuyo fin llamó á dos clérigos cristianos, llamado uno Nicolás, y otro Leonardo, á los cuales entregó á su hijo, para que le enseñasen latin y las demás letras. Con el trato y aficion con que el jóven miraba á los cristianos, se fué inflamando de dia en dia en el amor de Cristo nuestro bien, con tanta fuerza que llegó á pedir con instancia le bautizasen. Los clérigos considerando el furor de su padre, no se atrevieron á hacerlo; mas el jóven reiteraba de continuo sus instancias con tanto fuego, que persuadiéndose los dos sacerdotes que en la negativa se resistian á la voluntad de Dios, le concedieron por fin el bautismo, poniéndole el nombre de Nicolás en lugar del de Alí que tenia.

No obstante la cautela que observaron los dos ilustres sacerdotes, llegó á entender el padre la novedad de que su hijo era cristiano. No se puede esplicar la turbacion en que se hallaria el pecho de un príncipe mahometano, y cuantas artes prevendria para deshacer lo efectuado; pero como no hay fuerza contra Dios, no pudiendo hacer por bien ni por mal que volviese atrás en su propósito, le mandó encarcelar con los dos clérigos; y no bastando tampoco ningun rigor

(*) Así lo nombra el manuscrito antiguo conservado en la urna de las reliquias de los Santos mártires. Fr. Juan Gil de Zamora en los manuscritos que se guardaban suyos en el convento de S. Francisco de aquella ciudad, lib. 13, en la palabra «Nicolaus, dice que este santo niño era hijo de Alcama, rey de marruecos, y padre de Galafre que fué rey de Toledo.

para apartarlos de la confesion de la fe, los sentenció á que fuesen apedreados: al niño mandó quemar despues de muerto. Ejecutóse este sacrificio en el atrio de la misma iglesia de San Juan donde el santo jóven habia recibido la gracia del bautismo. El desdichado padre reventó al tercer dia despues del glorioso triunfo de estos confesores de la fe.

El manuscrito antiguo que se conserva en la urna de las reliquias de los santos mártires añade algunas cosas, otras cuenta con alguna variedad. Dice que llevaron á los santos mártires desde la cárcel al campo de la iglesia desnudos y con las manos atadas á la espalda: que la chusma que les acompañó al suplicio, iba presidida del padre mismo del bendito niño: que el niño se hincó de rodillas en el lugar del suplicio, y que el padre asiéndole de los cabellos con la mano izquierda, levantó la derecha con el alfanje, y le preguntó su última determinacion; y como él respondiese que descaba morir por Cristo, le cortó el padre la cabeza, y mandó que apedreasen el cadáver, y luego que lo arrojasen en la hoguera que estaba prevenida. Dice también que los dos sacerdotes fueron allí atados á unos palos, y desollados y luego apedreados, dejándolos sin sepultura.

Los cristianos recogieron las cenizas del santo niño, con algunos huesecitos, que no se acabaron de quemar, y tambien los de los santos sacerdotes, que se conservan hoy (ó se conservaban á lo menos antes de la última destruccion de los conventos) en dos bolsas de seda, guardándose tambien el vestido del santo niño, que es á modo de una bata de algodón, matizada con algunas gotas de sangre, como recientemente derramada. Todo esto se conserva en una caja de madera en la iglesia del convento de San Francisco que se fundó en el mismo lugar, obrando Dios muchas maravillas por intercesion de sus siervos.

En el siglo XII viviendo el obispo de Salamanca Navarron, esto es, antes de 26 de enero del año 1177 en que murió este obispo, dos prebendados de aquella santa iglesia robaron estas reliquias con ánimo de colocarlas en ella. A los cuales castigó Dios con mano pesada; porque el uno se hinchó y reventó á los tres dias: cuando este hubo muerto, enfermó el otro gravemente, y llamó al obispo y le contó el caso. Murió tambien, y el obispo recogió las reliquias, y las volvió á la iglesia de Ledesma. Consta esto por una escritura de aquella santa Iglesia que leyó Gil Gonzalez, y publicaron él y el M. Florez. De este suceso se colige tambien cuan antiguo es el culto que tienen los santos mártires en aquel obispado. Esta iglesia que sirve (ó servia) para el convento de San Francisco, renovó una devota señora llamada D.^a Controya, vecina de Ledesma; y habiendo dejado por su heredera á la religion de S. Juan, quiso esta órden despues

que tomó posesión de aquellos bienes, trasladar á Rodas las reliquias de los santos mártires. Opusieronse á esto los vecinos de Ledesma, y el gran maestre á instancia de ellos les cedió esta iglesia para fundar en ella un convento de la orden de S. Francisco.

Este martirio debió acontecer muy á los principios de la irrupcion de los moros, porque de Gil de Zamora se colige que el padre del jóven S. Nicolás alcanzó al rey D. Rodrigo.

La memoria de estos santos mártires suele ponerse tal dia como hoy. En el siglo pasado y principios del presente se les celebraba en Ledesma fiesta muy solemne con procesion. (*Risco, t. 14, pág. 295 y sig.*)

Commemoracion de la Batalla del Salado.

LA santa Iglesia de Toledo y otras de España celebran en este dia la memoria de la famosa batalla cuya victoria consiguieron los españoles contra los moros, lunes 30 de octubre, por los años de 1540 junto al rio Salado, del cual tomó el nombre. Todas las historias están de acuerdo en considerar como milagrosa dicha gloriosa victoria, y no es de estrañar que en este dia la católica España celebre tan fausto suceso, dando gracias á Dios por el singular beneficio que le fué dispensado. Fué de esta manera.

«Cumplíase el término de las tréguas entre los moros y cristianos, y preveníanse unos y otros á la guerra. El rey Albohacen envió desde Africa á su hijo Abomeliche con cinco mil caballos; y sentado sus reales junto á Jerez, destacó mil y quinientos caballos contra Nebrija villa puesta á la boca del Guadalquivir. Los nuestros que con la presteza en sorprenderlos quisieron suplir la desigualdad del número de los dos ejércitos, se echaron sobre los mil y quinientos de acaballo: y lograron tan buen éxito, que apenas escapó ninguno de ellos: y alentados con este buen principio los cristianos, resolvieron eccharse sobre Abomeliche, que venía sin orden sobre Arcos confiado en algunas ventajas precedentes: pero aventajándose los nuestros en el combate, fueron derrozados y puestos en huida los moros. Abomeliche huyó á pie por la gran turbacion, pero la aceleracion de los que seguian el alcance, hizo que quedase entre los moros. Apoderáronse de todo el bagaje los cristianos, y quanto gozo y honra les ocasionó á estos la victoria, tanto dolor y confusion ocasionó á los africanos la muerte de Abómeliche, y pérdida de unos diez mil moros.

«Albohacen para vengar este quebranto, vino de Africa á España con setenta mil caballos y cuatrocientos mil infantes, con no menor armada por el mar. Parecia que amenazaba el fin á nuestra España,

pues jamás se vió en ella tan numerosa tropa de enemigos. Los nuestros se avistaron con el moro sobre Tarifa, pero con solos catorce mil caballos y veinte y cinco mil infantes: el rey de Portugal concurrió personalmente con mil caballos de los mas escogidos; y no obstante la desigualdad del ejército, se resolvieron á que en nombre de Dios se diese la batalla al tiempo de amanecer. Publicóse la Cruzada: aliéntanse unos y otros, y el efecto dice el aliento de los nuestros: pues lograron una total victoria, con muerte de doscientos mil moros, y no pocos prisioneros. Este triunfo y los despojos del campo, dejaron tan engrandecida y rica á España, que se bajó el valor de la moneda, y se subió el de las mercaderías. Albohacen se volvió á Africa aquella misma noche, porque la noticia de la pérdida no alborotase el reino, ó lo tomase para sí Abderraman su hijo que le gobernaba. (*Florez, Clav. Hist.*)

1º. DE NOVIEMBRE.

San Pedro del Barco, confesor.

SAN Pedro, cuyo sobrenombre de Barco tomó de un pueblo llamado así en el obispado de Avila, cerca del cual se ejerció en las prodigiosas obras que recomendaron su eminente virtud; nació en la villa de Tormillas de la misma diócesi, de unas familias humildes, pero ilustres por su singular piedad. Criáronle sus padres segun el espíritu de la ley santa de Dios, enseñándole con sus saludables consejos y con sus ejemplos á que desempeñase el carácter de cristiano; é impresas en su tierno corazon las piadosas máximas de nuestra santa fé, aborreció desde su infancia aquellas vanas solicitudes y aquellas perversas costumbres que por lo regular adoptan los jóvenes, dando en lo mas florido de su edad ejemplo de modestia, de humildad y de piedad á todos los de su patria, y portándose siempre con aquel candor y con aquella santa sinceridad que el Señor inspira en las almas inocentes. Esparcióse la fama de la eminente virtud de Pedro por todos los pueblos de la comarca; pero aun cuando ésta se hallaba aprobada por los varones mas prudentes, con todo no faltaron libertinos, que viendo su total distraccion de los concursos del mundo y su devota sencillez, le tuvieron por simple y por mentecato, llegando su temeridad á burlarse públicamente del cándido jóven.

Murieron los padres de Pedro, y como sus deseos no eran otros que separarse de los peligros del siglo para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion, se retiró á una selva cerca del

Barco, pueblo del obispado de Avila, donde labró una humilde casa con ánimo de dedicarse todo á Dios, ocupándose en la oracion y en la contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas. Vivió algun tiempo con aquel tenor de vida mas angélica que humana, y habiéndole ocurrido el pensamiento de desmontar una selva llena de robustos árboles y de espesas malezas, lo puso en ejecucion, así para evitar el ocio en los ratos de descanso, como para que el terreno fuese útil á los naturales de aquel pais. Logró el fin deseado á espensas de infatigables tareas; pero no por eso dejó la práctica de sus santos ejercicios, y con especialidad el de la contemplacion que era el fuerte de todas sus atenciones; disfrutando por su íntima comunicacion con Dios aquellos dulces consuelos que dispensa el Señor á las almas abrasadas en las llamas del amor divino.

Conservaba Pedro en el pueblo de su nacimiento la casa que heredó de sus padres, la que hasta hoy permanece, segun refiere la tradicion de los antiguos, y queriendo Dios conservarla por los méritos de su fidelísimo siervo, lo acreditó con el siguiente prodigio: tenia llena de lino una pieza de la misma casa el inquilino que la habitaba, y habiéndole prendido fuego una criada movida del odio que profesaba á su dueño, aunque comenzó á arder el lino con la mayor actividad, no causó el mas leve daño en aquella materia tan fácil de combustion.

Seguia el siervo de Dios alternando con sus santos ejercicios y con el desmonte de la selva, y encendido como otro Pablo en vivísimos deseos de disolverse de los vínculos carnales, para unirse con el soberano objeto, que era el iman atractivo de todas sus atenciones, pidió al Señor con fervorosas oraciones que le concediese esta dicha; y habiendo sido oidas sus reverentes súplicas, le reveló Dios que le sacaría del destierro de esta vida mortal, cuando produjese vino la fuente cristalina que manaba cerca de la casilla que tenia en la selva, con la que regaba los arbolillos nuevos que plantó. Esperaba Pedro el cumplimiento del celestial aviso, y habiendo enviado un criado, que siempre tuvo en su compañía, á que le trajese agua de la fuente, notó al tiempo de beberla, que era un generoso vino. Conoció el Santo la significacion de este misterio; pero queriendo certificarse mas, vertió el agua del cántaro, y volvió á enviar al criado á la misma fuente, siguiendolo para ver si con efecto cogía el agua de ella. Viólo así, y probándola segunda vez, experimentó igual sabor de vino que en la primera. No le quedó duda entonces de que se acercaba la hora de su muerte, segun el anuncio que tuvo en la revelacion, y retirándose al pueblo de Barco para recibir los últimos sacramentos, murió despues de tres dias en el 1.º de noviembre á fines del siglo XI, segun el cómputo mas arreglado.

No tardó Dios en acreditar la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos prodigios: tocáronse por sí mismas las campanas anunciando al pueblo el feliz tránsito de aquella alma dichosísima, y concurriendo todos los vecinos de Barco á la habitación donde estaba el difunto, hallaron el venerable cadáver rodeado de un resplandor celestial, logrando con su contacto salud muchos enfermos. Voló la fama de estas maravillas á la ciudad de Avila, y queriendo apropiarse el cuerpo del siervo de Dios, se opusieron los de Barco á que se les despojase de tan precioso tesoro. Conviniéronse todos para imponer fin á la contienda en que se pusiese el cadáver en una yegua ó mula ciega, y que fuese de aquellos adonde le condujese. Ejecutóse así, y dirigiéndose el animal á Avila, entró en la iglesia de S. Vicente mártir, y tocando con la mano en una piedra, dejó impresa la herradura en ella y reventó inmediatamente. Convencidos todos á vista de este prodigio que era la voluntad de Dios el que allí permaneciese, le dieron sepultura en la misma iglesia, donde se mantuvo por algunos siglos en el primer depósito, hasta que de él le trasladó D. Lorenzo Otabuo á un altar decentísimo que hizo fabricar á sus espensas con una efigie del Santo, en el que hoy se venera por todos los vecinos de Avila y de los pueblos de la comarca; y se acostumbra todos los sábados del año que los clérigos de la iglesia de S. Vicente despues de visperas concurren al altar del Santo á cantar su conmemoracion; y para su culto concedió el santo rey D. Fernando en el año 1252 los réditos de algunos pueblos; cuyo privilegio confirmó Alfonso IX y X, y tambien concedió otros Fernando IV en el de 1302.

DIA III.

San Ermengol, obispo de Urgel.

SAN Ermengol, decoroso ornamento del órden episcopal, uno de los mas célebres prelados que han florecido en la iglesia de España, nació en la provincia de Cataluña de las ilustres familias que ennoblecieron este principado; pues segun nos dicen algunos escritores, fue su padre D. Suñer conde de Urgel, hermano de D. Borrell conde de Barcelona; los que por D. Wifredo llamado el Velloso primer conde de Barcelona, que casó con Widinela condesa de Flandes, traian su descendencia del emperador Carlo Magno. Dieron sus padres á Ermengol una educacion tan propia de su piedad como de su distinguido nacimiento, y habiéndole buscado los mas hábiles preceptores pa-

ra que le enseñasen toda clase de bellas letras, como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, hizo en muy breve tiempo grandes progresos así en las ciencias como en las virtudes. Abrazó el ilustre jóven la carrera eclesiástica con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, y luego se distingió en el nuevo estado por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad y por su grande sabiduria, haciéndose por lo mismo amar y respetar de todos.

— Vacó la cátedra episcopal de Urgel por muerte de D. Psalia que sucedió por los años 996, y como las eminentes virtudes de Ermengol eran tan conocidas en todo el principado de Cataluña, se hizo la eleccion de sucesor del difunto en la persona del Santo por consentimiento universal de todo el clero y pueblo. Aceptó Ermengol el ministerio no con otro fin que el de ser útil á la Iglesia; y por lo mismo la nueva dignidad solo sirvió para aumentar su fervor, y para que se dejase ver en ella como un modelo de los prelados perfectos que exige el Apóstol en el candelero de la Iglesia: en efecto, su zelo no podia ser mas vivo ni mas prudente, su caridad mas universal ni mas benéfica, ni su solicitud pastoral mas activa ni mas dichosa.

Conoció el Santo prelado el grande bien que resultaria á su iglesia en que se observase en ella la vida comun, y como sus deseos no eran otros que proporcionar todos los medios para lo mejor, la estableció en su cabildo; dejándole para que se mantuviese con decencia la villa de Guisona con su territorio, los castillos de Piedrarua, el de Fontaneda y el de Cornellan con todas las posesiones pertenecientes á ellos; mandando en su testamento á los canónigos presentes y por venir bajo la pena de excomunion, que despues de su muerte no comunicasen con el obispo, sin que jurase antes sobre el ara, de que no inmutaria la vida comun que habia instituido. Quiso tambien el ilustre prelado que el oficio divino se celebrase con majestad, que el templo estuviese ricamente adornado, y que todo lo que sirviese al altar fuese precioso, y para ello dió á su iglesia muchas riquezas, y le cedió por su última disposicion los predios que tenia en el condado de Ozona, en Castell, Edral, Solsona, Alberaig, y en el lugar llamado Piedra.

— Si era grande el zelo que tuvo Ermengol por el culto divino y por el mejor estado de su iglesia, no fué menor su piedad para con los Santos, lo que se hacia sensible en todas sus acciones, y en el respeto que les profesaba, especialmente á la santísima Virgen en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza. Por lo mismo determinó ir en romería á Galicia á visitar las reliquias del apóstol Santiago; cuya peregrinacion no tuvo efecto por haberle sobrevenido la muerte.

Aunque todos los laudables hechos referidos hasta aquí bastaban para acreditar el alto concepto que todos tenían formado de la eminente virtud del ilustrísimo prelado, lo que mas le granjeó el amor y la veneracion de su pueblo fué aquellas entrañas de misericordia con que se deshacia por beneficiar á sus ovejas, procurando evitarles todos los daños, lo que fue la causa de su muerte. Supo que no podian los caminantes pasar sin grande peligro por el lugar llamado Var á los confines de Urgel y Cerdaña, y movido de compasion, determinó abrir un camino, y fabricar un puente para beneficio comun de todos. Fuése á aquel sitio áspero y montuoso, con los artifices que habian de construir la fábrica, y para que esta se hiciese con la mayor brevedad, comenzó el santo prelado á trabajar con sus propias manos, y á delinear la fábrica con su grande ingenio; pero fué Dios servido por sus altos juicios, que estando sobre una viga se le fuesen los pies, y cayendo sobre unos grandes peñascos, se rompió la cabeza, de cuyo terrible golpe murió en el dia 3 de noviembre del año 1023, despues que gobernó su obispado como verdadero sucesor de los apóstoles por espacio de veinte y nueve años.

Luego que el clero y el pueblo de Urgel supieron la desgraciada muerte de su insigne obispo, pasaron llenos de dolor y sentimiento al lugar del Var, y conduciendo el venerable cadáver á su iglesia, le dieron sepultura al lado siniestro del altar mayor, llorando todos amargamente la pérdida de su santo prelado. Quiso Dios manifestar la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos milagros, y amonestó á muchos en sueños que elevasen sus reliquias del primer depósito á lugar mas digno; pero desentendiéndose del aviso celestial, ocurrió una escasez de lluvias tan suma, que apenas se conocía señal de yerba verde en los campos ni en los valles. Conoció entonces el pueblo de Urgel el misterio, y habiendo trasladado el cuerpo del Santo al lado derecho del altar mayor, les favoreció el Señor con lluvias abundantísimas. De allí se trasladaron últimamente las venerables reliquias al lado del altar de la santísima Virgen, donde se mantienen actualmente, dejándose ver en todas las traslaciones las carnes del santo cuerpo tan frescas como si estuviese vivo, sin la menor corrupcion despues de tantos siglos. (*Domenec, hist. Santos. Cal.*)

DIA VII.

San Severo, obispo de Barcelona y Mártir.

EL bienaventurado S. Severo fué natural de Barcelona, segun afirma el himno de las vísperas: su familia era ilustre, como espresa el

breviario manuscrito de Barcelona en el himno de maitines. Habiéndole dedicado sus padres al estudio de las letras, llamóle Dios al estado eclesiástico, y distinguióse entre el clero barcelonés por su doctrina, y por la inocencia y candor de sus costumbres. Esto fué la causa de que hallándose la Iglesia de Barcelona sin pastor, dispuso el Espíritu Santo que todo el clero y pueblo conviniese por unanimidad en elegir á Severo, y al punto fué legitimamente consagrado obispo. En la dignidad episcopal resplandeció como antorcha de la verdadera luz; y creció la vigilancia y solicitud pastoral sobre el pueblo que Dios le acababa de encomendar, en tiempo que los muchos enemigos, y persecuciones de los cristianos no permitian que dormitase ó durmiese el escogido por guarda de Israel. Predicaba continuamente sobre el amor de Dios y del prójimo, como basas donde estriba toda la ley de Dios: exhortaba á la constancia en la fé, que por tan combatida del infierno, calificaba ser necesaria para el cielo; y como toda su doctrina era de Dios, clamaba frecuentemente á que no se apartasen de lo que les predicaba.

Estando velando el Santo y orando sobre el bien de su iglesia, le reveló Dios una gran persecucion que vendria sobre la cristiandad de España, y en efecto llegó el tiempo de venir el cruel Daciano, escogido por los emperadores Diocleciano y Maximiano para extinguir en lo que estaba de su parte el culto del verdadero Dios. Al punto que entró en Barcelona, abrió el tribunal para la pesquisa, y no fué necesaria mucha indagacion para saber que el obispo Severo era el jefe que instruía y alentaba á los cristianos, pues todo era patente. Con esto trató el juez de prenderle, para hacerle sacrificar á los dioses, y mover con el suceso de uno al ejemplo ó escarnimiento de todo el pueblo.

El prelado resolvió ceder á la ira en el impetu primero, con fin de deliberar acerca de lo mas conveniente para sí y para las ovejas: y á este intento salió de la ciudad dirigiéndose á un lugar llamado *Castro Octaviano*, hoy *S. Cugat del Vallés*, á dos leguas de la ciudad. Andada la mitad del camino vió un labrador que cerca del camino sembraba habas, y era no solo cristiano, sino buen siervo de Dios, llamado Emeterio. El obispo se acercó á él y le contó la persecucion que estaba movida en la ciudad; y considerando que le vendrian á buscar los ministros del juez, advirtió el Santo á Emeterio les dijese como habia pasado por allí, y que en el Castro Octaviano le encontrarían, pues estaba resuelto á dar la vida por Cristo.

Oyó el presidente que habia salido de la ciudad el obispo, y al punto envió sus satélites á buscarle, con orden de que le trajesen preso, ó le quitasen la vida, si no renegaba de la fé de Jesucristo. Llegados los perseguidores al lugar donde estaba Emeterio, le pre-

guntaron si había pasado por allí el obispo Severo, Emeterio respondió que sí, y refirió el prodigio que estaba admirando, de que al pasar el Santo por allí, sembraba él las habas, que ya estaban crecidas y con flor. (*) Preguntaron entonces los ministros á Emeterio, si era cristiano y respondiendo que sí, le prendieron, y fueron con él en seguimiento del obispo. Avisado el Santo que eran llegados los satélites, se les presentó ante ellos, y les dijo: « Yo soy el que buscáis. » Prendiéronle con crueldad, y le encarcelaron á él y á cuatro clérigos que le acompañaban, y á Emeterio. Azotáronlos con furia, y viéndolos constantes en la fé, resolvieron degollar en presencia del obispo á los clérigos y á Emeterio, á fin de que intimidado y horrorizado con aquel espectáculo sacrificase á los ídolos, y luego, á ejemplo del pastor, hiciesen otro tanto las ovejas. Degollaron pues á los cinco referidos. (**) Pero mantendiéndose constante el valeroso confesor de Jesucristo, Severo, procuraron seducirle con premios y lisonjas, y no cediendo á nada, uno de los ministros cogió un gran clavo de hierro, y tuvo el atroz ofrecimiento de poner la punta encima de la cabeza, y clavarla hasta abajo, dando con una maza, como refiere la antifona de *Magnificat* en las primeras visperas: *Impius ecce venit furialmente satelles, sanguineum clavo dextram oneratus erat. Qui rasi capitis mucronem in vertice sistens, percussus clave nexibus intus agit.* Cayó en tierra el triunfante mártir de Jesucristo, con lo que dejándole por muerto, cedieron los infieles, y volvieron á Barcelona. Los cristianos de Octaviano acudieron á sepultar los sagrados cuerpos; y añaden algunos que todavía hallaron en el del santo obispo la bendita alma, que les echó la bendición, y pasó al Señor. Sepultáronlos allí, teniendo en mucha veneracion el sitio, como concha de tan preciosas perlas, y lugar donde por su intercesion obrabá Dios muchas maravillas.

El mas regular modo de explicar el martirio del Santo, es decir fué metiéndole un clavo por la cabeza: *clavo capite confoso*, como dicen los Martirologios. Pero tambien hay documentos que afirman haber sido atravesada su cabeza con *tres clavos*; algunos añaden hasta *diez y ocho*. Uno y otro puede concordarse, dice el P. Florez, entendiéndose á los primeros del clavo principal que primeramente le atravesó

(*) Además de las escrituras y documentos que testifican el milagro, tiene en su apoyo la tradicion, pues en la iglesia parroquial de S. Madi, cerca de S. Cucufate, persevera la memoria del campo donde sembraba las habas; y dos de estas se guardan entre las reliquias del citado monasterio de S. Cucufate, no enteras, sino quebrantadas en cinco partes que muestran corresponder al tamaño de dos habas; pero entero cada fragmento sin corrupcion.

(**) El culto de S. Emeterio ó Madi, se propagó tambien por otros lugares é iglesias y llegan hasta S. Isidro el Real de Madrid donde tiene imágen en el altar mayor con las de otros santos labradores.

la cabeza con herida de muerte, suficiente para el martirio; y á los segundos, de espresion individual con que espusieron el número de los clavos que el furor de los ministros añadió al rededor del primero en forma de corona. La escritura del año 1405 testifica haber dado el monasterio de san Cucufate á la santa Iglesia de Barcelona con las reliquias de san Severo, *nueve clavos*: los demás quedaron allá, y cinco se conservan enteros, otros quebrantados de la herrumbre. Lo mas comun es representar las estatuas del Santo con un clavo en la frente.

No consta si la sepultura se hizo en la iglesia de Castro Octaviano, ó erigieron despues con este motivo iglesia con nombre del Santo; porque no puede dudarse hubo en el Castro Octaviano iglesia con título de S. Severo, y otra de S. Pedro, por la cual pasaban los monjes del monasterio de S. Cucufate, cuando en el día de S. Severo iban á su iglesia en procesion, segun consta en el ritual de aquel monasterio, en el siglo X ú XI. La de san Pedro se conserva junto al monasterio, pero no la de S. Severo, la cual se arruinó antes del año 1079. Entonces pasaron los monges á la suya las reliquias del santo obispo. El sitio de la iglesia arruinada se llama hoy campo de San Severo. En la de san Pedro se erigió capilla con título de S. Severo; debajo de su altar se guardan (ó se guardaban antes de la última devastacion del monasterio) dos arcas muy antiguas de madera una dentro de otra: en la pequeña se cree que estuvo el cuerpo del Santo antes que las trasladasen al monasterio, en cuya propia iglesia se guardaba tambien el báculo.

En el año de 1405, el día 3 de agosto, fueron trasladadas varias reliquias del Santo á la catedral de Barcelona, con motivo de un milagro que hizo Dios con el rey D. Martin, por intercesion de S. Severo, de quien era el rey muy devoto. Hallándose en el conflicto de que al día siguiente le debían cortar una pierna para salvar la vida, se encomendó muy de veras al santo obispo; y éste apareciósele en sueños, y con la señal de la santa cruz le curó perfectamente con suma admiracion de los médicos y cirujanos, que viniendo el siguiente día á la cruel operacion, hallaron la pierna enferma ya tan sana, repentinamente, como la otra.

Descando el rey trasladar el cuerpo del santo á la catedral de Barcelona, para que tuviese mayor culto y ennoblecer mas la ciudad, acudió al monasterio de S. Cucufate, y obtenida bula de Benedicto XIII, que en el gran cisma se portaba como papa, pasaron allá los comisionados del rey, y en su presencia se abrió en la iglesia de San Cucufate una arca de plata, dentro de la cual habia otras dos, una de mimbres, y otra de madera, en la cual estaban las reliquias de S. Severo, y sacaron las siguientes: *el hueso bailador del anca, cinco dientes y una muela en un pedazo de mejilla, y un pedazo de la tes-*

ta de la cabeza, y nueve clavos de hierro, remiliéndose al auto que formó de todo esto el escribano del rey. Llevóse á Barcelona la arquilla donde pusieron estas reliquias, entregándola al rey, y en el mismo dia se colocaron en la catedral con gran solemnidad, asistiendo el rey en la procesion. La diócesis de Barcelona celebra esta traslacion anualmente en la dominica primera de agosto.

El Colegio de S. Severo de Barcelona tiene tambien reliquia de su santo patrono, que obtuvo del abad de S. Cucufate en el año de 1705, por especial empeño del virey de Cataluña D. Francisco Velasco y de Tobar, y cuya identidad para el culto público en que dignamente es venerada, declaró el obispo D. Diego de Aslorga.

De la veneracion en que siempre ha sido tenido S. Severo, quedan memorias muy esclarecidas. Era muy devoto suyo el glorioso obispo de Barcelona S. Olegario, y á él se encomendó y tambien á S. Paciano, ambos antecesores suyos, cuando emprendió su viaje á Palestina. Tambien hay memoria de haberse aparecido nuestro Santo con Santa Eulalia y Santa Madrona y S. Olegario al santo patriarca S. Pedro Nolasco, fundador de la órden de la Merced, como refiere su discípulo Pedro de Aimeric en su vida. Del mismo deben entenderse, y no del de Ravena las letanias de algunos antiguos manuscritos que nombran á S. Severo con los santos Narciso, Fructuoso y Cucufate, todos de la misma provincia.

Desde principios del siglo IX se celebraba su fiesta en Barcelona con misa propia compuesta, como dice el P. Caresmar, por el obispo Juan, que gobernó esta iglesia en tiempo de Carlomagno y de su hijo. Ya entonces estaba señalada esta solemnidad en el dia 6 de noviembre, por donde se conjetura que en él padeció por los años de 305, en que comenzó la persecucion de Diocleciano en España.

Muchas razones hay con que se prueba que á S. Severo sucedió en la silla episcopal el célebre S. Olimpio, enviado con Eunomio á Cartago por el emperador Constantino para deliberar sobre la causa de Donato y de Ceciliano despues del concilio celebrado en Roma el año 315 ante el papa S. Melquiades. S. Agustin escribiendo contra Juliano (*) nombra despues de S. Recticio, obispo Augustodonunse en la Galia, á Olimpio obispo español, de quien dice: *Olympius Hispanus Episcopus. Vir magnæ in Ecclesia et in Christo gloriæ*. El reputarle S. Agustin como varon de gran gloria en Cristo es prueba de su fama en santidad, y por eso le coloca en la clase de santos, bienaventurados sacerdotes á quienes las iglesias veneran como santos. El padre M. Florez (**) celebra tener justificado un santo obispo es-

(*) Lib. 1. c. 3.

(**) Tom. 29, pág. 77 y sig. de la España Sagrada.

pañol tan glorioso y aplaudido por el gran padre S. Agustin; y conviene en que pudo suceder á S. Severo, porque floreció por los años de 316.

DIA XI.

Santo Toribio de Liébana, confesor.

LA uniformidad del nombre de este insigne confesor de Jesucristo con Santo Toribio obispo que fué de Astorga, y la naturalidad de ambos de la ciudad de Palencia, ha dado motivo sin la menor duda para que los confundan muchos escritores; pero si se atiende á las épocas en que florecieron, se desvanece la equivocacion. Es bien sabido, que Santo Toribio obispo de Astorga vivió cerca del comedio del siglo V. en tiempo del papa Leon el Grande, como lo prueban sus actas contra los herejes priscilianistas; y siendo constante que floreció el segundo Toribio mas de setenta años despues, segun se acredita por la celebre carta que le dirigió Montano arzobispo de Toledo, de la que hace mencion S. Ildefonso, distinguiendo á este ilustre héroe de aquel, se convence claramente que fueron distintos los dos Toribios, dignos ambos de eterna memoria por sus heroicas virtudes y por sus laudables empresas.

Supuesta esta distincion, es de saber que Sto. Toribio de quien se trata fué natural de la ciudad de Palencia; y educado desde la cuna en la religion católica, siguió fielmente todas sus piadosas máximas y arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. No nos constan los hechos de su infancia, porque la injuria del tiempo robó á la posteridad estas noticias; pero por la gran reputacion que ya tenia á mediados del siglo VI, se infiere la santidad en que pasó los primeros años de su vida. Háiale Dios dotado de unos talentos extraordinarios, y haciendo de ellos uso en beneficio de la iglesia, trabajó infatigablemente para sepultar las reliquias del paganismo y de la herejia de Prisciliano que habian quedado en el territorio de Palencia, despues que santo Toribio obispo de Astorga empleó todo su celo y toda su autoridad en destruir este monstruo fatal, que causó tanto estrago en España. Supo Montano arzobispo de Toledo las laudables ocupaciones del Santo, y queriendo darle una prueba nada equívoca del alto concepto y de la grande estimacion que le profesaba, le escribió una carta llena de honor, la cual nos da idea de la pureza de la fe, de la justificacion de la conducta y del celo verdaderamente apóstólico de Toribio; por la que tambien se infiere que tenia en Palencia grande autoridad, bien fuese secular ó clesiástica. Hemos conocido, le dice Montano en la carta, *yy sabido por esperiencia, que seis un*

grande defensor de la fe católica y amigo de la santa religion, pues cuando aun floreciais en el siglo, resplandecia de tal manera vuestra vida, que obrando conforme al dicho del Señor, dabais al César lo que era del César, y á Dios lo que era de Dios; y así con mucha razon os llamaré el propugnador del culto divino con especialidad en esta provincia. ¿Por ventura sabeis el grande premio que os reserva Dios; puesto que por vuestra industria y vigilancia se desterró el error de la idolatria, y se dispó la detestable y vergonzosa secta de los priscilianos? ¿Qué podré decir de la fe de los señores temporales con los que trabajasteis tanto, que reducisteis dulcemente los seroces ánimos de los naturales á la saludable regla y á la acertada norma de la disciplina regular? La divina clemencia os privilegió, para que perfeccionaseis con preces y con oraciones lo que emprendisteis con sumo trabajo. Yo siempre he procurado indicar á vuestra celsitud las noticias que han llegado á nos del congreso Palatino, para que en adelante se aquiete mas fácilmente la nefanda presuncion por vuestra correccion. En esta inteligencia sabe, que nos han dicho, que ciertos presbiteros se han atrevido con arrojo temerario no solo á consagrar sino á violar las cosas sagradas, cuando no pueden dudar que el derecho de la consagracion del crisma es tan solamente debido á los pontífices ú obispos inusitados desde el principio de la fe católica por los ministros de su órden: Creo que esta demencia no se oculte á tu piadosissima conciencia, y por lo mismo espero, que usando de la autoridad de severisimo sacerdote, corrijas esta temeridad con rigurosa reprehension; pero si despues de la monicion presumiesen reiterar la maldad, sea condenada su contumacia con la sentencia conveniente.

Cumplió Toribio con la mayor exactitud las prevenciones del arzobispo Montano; pero fatigado de los cuidados populares, determinó retirarse del mundo, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion. Puso los ojos en las ásperas montañas de Liébana, tan elevadas que parece que llegan á la region superior, especialmente las que llaman de Europa, que dan vista al mar de S. Vicente de la Barquera, y unido con el obispo Tolobeo, Sinobi diácono, Eusebio, Eusóstomo y Jozafó, abrazaron la regla de S. Benito en el monasterio de este órden que estaba en las mismas sierras una legua de la villa de Potes, ó bien fundado por Toribio y sus ilustres compañeros, segun nos dicen algunos escritores, ó bien erigido antes por algunos monges que el patriarca S. Benito envió á España, como opinan otros. Vivió el Santo algun tiempo en aquella ilustre casa, siendo el objeto de la admiracion de todo el claustro por la justificacion de su conducta; mas como le llamaba Dios á vida mas austera, se subió á lo mas encumbrado de aquellos montes, y en la parte mas oculta de ellos labró una pequeña ermita donde se entregó á los ex-

cesos de su fervor y á una penitencia sin límites; pasando en oracion la mayor parte del dia y de la noche: bien que el Señor endulzaba maravillosamente los rigores de su fidelísimo siervo con favores exquisitos, entre los que fueron muy memorables las frecuentes visitas de los espíritus celestiales, por cuya razon se llama hoy de los Angeles la ermita que construyó en el sitio donde se le aparecian.

Quiso Dios premiar los grandes merecimientos de su fidelísimo siervo, y consumido al rigor de su penitente vida, pasó á gozar de la vision beatífica en el dia 11 de Noviembre por los años 565 segun el cómputo mas arreglado á la época en que floreció. Depositaron los monges el venerable cádaver en el mismo monasterio, al que se trajeron en tiempo del rey D. Alonso el Católico varias reliquias de santos, y entre ellas el cuerpo de Sto. Toribio obispo de Astorga, con cuyo motivo se llamó aquella ilustre casa de Sto. Toribio, habiendo perdido la advocacion de S. Martin de Tours que tuvo en su primera fundacion, segun escribe Prudencio Sandobal.

DIA XII.

San Millan ó Emiliano de la Cogulla, confesor.

SAN Braulio obispo de Zaragoza, tan conocido por su eminente virtud como por su gran sabiduría, quiso ser coronista de S. Millan, uno de los héroes mas célebres que han florecido en España, comparándole con el grande Antonio y con S. Martin de Tours en atencion á sus gloriosos hechos, los que escribió por referencia de sus discipulos Citonato, Sofronio, Geroncio y Ascilo. No nos dice este historiador la patria del Santo; pero si se aliende á los graves fundamentos con que pretenden serlo Berceo y Matute, ambos pueblos de la Rioja, distantes entre sí como unas dos leguas, parece que fué natural de aquella provincia, comprendida bajo de la de Cantabria. Dieron á Millan sus padres una educacion cristiana, y quedando altamente impresas en su tierno corazon las piadosas máximas del evangelio, arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Dedicáronle al ejercicio de pastor de ovejas, disponiéndolo así la divina providencia, para que instruido en aquel oficio, supiese despues practicarle, siendo pastor de los racionales. Llevaba consigo el ilustre jóven un rabel ó cítara, con que divertía el ánimo en la soledad de los campos donde apacentaba su ganado, y quedándose en cierta ocasion dormido á la suave armonía del instrumento, le manifestó el Señor la grandeza de

las cosas del cielo, llamándole interiormente á que siguiese el camino de la perfeccion.

Despertó Millan lleno de consuelo, y no tardó un punto en corresponder fielmente á la vocacion de Dios. Supo que en el castillo de Bilibio habia un célebre eremita llamado Felix, cuya fama de santidad ilustraba á toda la Cantabria, y encendido en vivisimos deseos de instruirse en la escuela de aquel famoso solitario, fué donde habitaba, y le rogó humildemente que le admitiese por su discípulo. Exploró Felix á fondo las intenciones de Millan, y conociendo su buen propósito, le recibió en su compañía, haciendo que le imitase en los ejercicios de la oracion y de las mas rigurosas penitencias.

Vivió Millan algunos años bajo la enseñanza de aquel célebre maestro, é instruido en los caminos de la perfeccion, y enriquecido con los tesoros del cielo, se despidió de su preceptor, y fijó su residencia cerca del lugar de Vergegio, hoy llamado Berceo en la provincia de la Rioja. Continúo allí el tenor de una vida mas angélica que humana, que habia aprendido en la escuela de Felix; pero como las gentes que concurrían á visitarlo, con fin de disfrutar su santa conversacion y sus saludables consejos, le impedían la quietud que apetecia, para dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas, se retiró á una espantosa cueva de los montes Distéricos, sita al pié de la alta sierra de S. Llorente ó de S. Lorenzo, donde soltando las riendas á su fervor, se entregó á los rigores de una penitencia sin limites, renovando en su persona aquellas espantosas imágenes de mortificacion oidas hasta entonces de los mas famosos solitarios del Oriente: bien que el Señor endulzaba las austeridades de su fidelísimo siervo con el don de contemplacion que le concedió, siendo su oracion casi continua. De este comercio con Dios resultó el encenderse Millan en vivisimos deseos de ver cara á cara el soberano objeto que era el iman atractivo de todas sus atenciones, lo que le hacia levantar la voz en aquellos collados eminentes, donde se consideraba mas inmediato á los cielos, y prorumpir con frecuencia: *¡Ay de mí, y qué larga es la peregrinacion de este destierro!* Hallábase comprimido del frío, molestado de las aguas, y afligido de los vientos en la cumbre de aquellas sierras elevadas, de suerte, que muchas veces hubiera perdido la vida, si el amor divino en que se hallaba abrasado no hubiera vencido todos los destemples de las estaciones.

Cuarenta años pasó Millan con aquel tenor de vida, que con ser tan pura y tan penitente, no estuvo exenta de los mas terribles y violentos combates con que el enemigo de la salvacion lo ejercitó por largo tiempo; pero de todos salió victorioso sin otras armas que las de la oracion y de la penitencia, y mas con su frecuente recurso al poderoso patrocinio de la santísima Virgen, en quien despues de Dios te-

nia colocada su confianza. Solicitaba el siervo de Dios vivir desconocido de los mortales; pero así como una ciudad colocada sobre un monte no puede ocultarse, del mismo modo descubrió á Millan la fama de su eminente virtud á pesar de sus industrias. Llegó á entender Dídimo, obispo de Tarazona á la sazón, los elogios que se hacian en toda aquella region del ilustre eremita, y considerando el grande bien que resultaria á la iglesia si un sugeto de aquellos méritos fuese elevado á la dignidad del sacerdocio, determinó conferirle los órdenes sagrados. Sobresaltose Millan al oír semejante proposicion, y se resistió humildemente á bajar del cielo á la tierra, de la quietud al bullicio del comercio humano, y de la vida contemplativa á la activa; pero al fin le fué preciso obedecer. Ordenado de sacerdote fió á su cuidado el obispo de Tarazona el ministerio parroquial del lugar de Bergegio ó Berceo; y desentendiéndose el siervo de Dios de todas las solicitudes de las cosas terrenas, toda su solicitud y todo su empeño fué enriquecer á su iglesia con virtudes y no con bienes temporales, con religiosidad y no con rentas, con verdaderos cristianos y no con alhajas supérfluas.

La vida ejemplar del zeloso cura, la justificacion de su conducta y el arreglo de sus costumbres, y sobre todo su principal atencion por aumentar en la parroquia los bienes espirituales, cuando parecia que habian de granjearle el amor y aun la veneracion de sus clérigos, lo hicieron odioso á algunos codiciosos relajados, que dejándose arrastrar de tal pasion, lo delataron al obispo de Tarazona, ponderándole los enormes daños que causaba en la Iglesia con su culpable negligencia y con la mala direccion que daba á sus rentas. Estaba aquel prelado lleno de envidia, porque la conducta de Millan era una reprehension tácita de la falta de sus deberes, y dando crédito á la delacion sin el correspondiente exámen, hizo comparecer al Santo, y no satisfecho con la multitud de injurias que le dijo, le despojó del curato. Sufrió el siervo de Dios con inalterable paciencia todo aquel tropel de insultos, y en lugar de defenderse, dió al prelado muchas gracias, porque le exoneraban de un cargo tan pesado como el de párroco, al que se sujetó por obediencia.

Libre ya el Santo del cargo pastoral, se retiró á las encumbradas sierras de S. Llorente y eligió para su habitacion una cueva distinta de la primera, media legua de Berceo, en el sitio que llaman S. Braulio al oratorio del Santo, y hoy es el monasterio de Suso; y lleno de aquella confianza y de aquel aliento que inspiraba el amor puro de Dios, se entregó á la abstinencia y á la mortificacion de la carne cuanto fué posible á las fuerzas humanas sostenidas con la divina gracia, viviendo mas como ángel que como hombre mortal, todo transportado en la contemplacion de las grandezas divinas. Como la cons-

piracion de los clérigos avaros de Vergegio, ni el violento despojo de aquella parroquia no produjeron en Millan los efectos que deseaba el enemigo de la salvacion, resolvió atacarlo por cuantos medios pudo sugerirle su refinada malicia, sin que hubiese artificio ni estratagemas de que no se valiese para molestarlo y para interrumpir sus devotos ejercicios; pero viendo que de todas sus infernales máquinas se burlaba el siervo de Dios, enfurecido soberbiamente, presentándose á Millan en figura visible, le desafió á luchar cuerpo á cuerpo. Rehusó el Santo la pelea; pero acometiéndole con intrepidez el enemigo, se defendió por algun tiempo, hasta que viendo que no podia resistir á las superiores fuerzas del porfiado contrario, llamó en su ayuda á Jesucristo; con cuyo auxilio puso en vergonzosa fuga al ángel apóstata, que se introdujo por una rotura que hasta hoy se conserva en la tierra, para perpetua memoria del glorioso triunfo que consiguió el Santo del principe de las tinieblas.

En vano solicitaba Millan ocultarse en los mas encumbrados montes para vivir desconocido, pues queriendo Dios que beneficiase á muchos, estendió tanto la fama de su eminente santidad por toda aquella region, que concurrieron á su oratorio una multitud de gentes atraidas del buen olor de su virtud. Aunque todo el consuelo y todas las delicias del célebre solitario las tenia en la oracion, en la contemplacion y en el retiro, no dió la menor señal de repugnancia al verse rodeado de tantas gentes, ni manifestó la mas leve vanidad ó complacencia al verse tan admirado, antes bien como se hallaba su corazon tan abrasado en el fuego del amor divino, deseaba comunicar este incendio en todos los que le buscaban, hablándoles con maravillosa energía sobre las verdades eternas, sobre la nada de los bienes caducos de este mundo, sobre los falsos atractivos de los deleites del siglo, sobre la brevedad de la vida, y sobre los horrores de la muerte, de lo que movidos muchos, abrazaron sus saludables consejos, y siguiéndole como fieles discipulos dieron grande honor á su maestro.

Quiso Dios dar superior realce á la virtud de Millan con el don especial de milagros que le concedió para hacerlo mas célebre, entre los cuales refiere S. Braulio las prodigiosas curaciones de un monge hidrópico llamado Armentario, de una mujer paralítica, de otra balbada, y de otra ciega, criada del senador Siconio. Tambien nos dice las maravillas de hacer crecer milagrosamente á una viga que no alcanzaba á la ábrica que hacia en su oratorio, la multiplicacion de una corta porcion de vino para que bebiesen muchas personas, y el pronto surtido de alimentos que dió á los pobres en cierta ocasion que pidieron al santo limosna; siendo tanta su caridad para con ellos, que no teniendo con qué socorrerlos en un tiempo calamitoso

se cortó las mangas del vestido, y se las dió juntamente con la capa ó manteo. En suma, los milagros del santo fueron tantos y tan célebres, que á quererlos referir en particular, seria preciso dilatarlos mas de lo que permite un compendio.

Habia el Señor permitido al demonio que escitase á Millan dilatado tiempo en la soledad con las mas vehementes tentaciones, y para castigar la osadia del enemigo, le concedió la gracia especial de lanzarlo vergonzosamente de los cuerpos humanos que tiranizaba; entre cuyas prodigiosas espulsiones numera su historiador la de un diácono, la de un criado de cierto señor llamado Luencio, la de un sirviente del conde Eugenio, y la de Columba, hija del curial Máximo; siendo memorable sobre todas las que hizo el santo las del senador Nepociano y de su mujer Proseria, con la maravilla que ejecutó en la casa de Honorio, senador de Parpalines, teniendo el siervo de Dios tan grande imperio sobre los espíritus inmundos, que no solo no los mostraba temor, sino que se encerraba con ellos donde quiera que los llamaba, segun escribe S. Braulio.

Reveló Dios á Millan la hora de su feliz tránsito un año antes que sucediese, y aunque toda su vida habia sido una preparacion continua para la muerte, con todo aumentó sus rigores y sus austeridades, viendo que ya era corto el tiempo que le restaba. Tambien le manifestó el Señor en aquel mismo año por la cuaresma la destruccion de la gran ciudad de Cantabria en justo castigo de sus desórdenes, y queriendo el santo prevenir á aquellos naturales, gente feroz y guerrera, para que se dispusiesen, avisó al senado que estuviesen juntos en la Pascua de Resurreccion, porque tenia que anunciarles una cosa de gravísimo momento; Ejecutáronlo así, y refiriéndoles Millan la determinacion del cielo, los exhortó á que hicieran verdadera penitencia de sus culpas, puesto que por ellas habian provocado á la divina justicia, cuyo azote estaba ya levantado para la desolacion del pueblo. Contristó el anuncio á la ciudad; pero como á todos constaba la eminente santidad del siervo de Dios le oyeron con reverencia, excepto un hombre malvado llamado Abundancio, que despreciando tan importante aviso, tuvo atrevimiento para decir, que como el Santo era tan viejo, caducaba. Profetizóle Millan que seria el primero que experimentar el castigo, y se verificó á la letra, muriendo á manos del rey Leovigildo que destruyó á Cantabria por los años 572.

Finalmente quiso el Señor premiar los grandes merecimientos de su fidelísimo siervo, y hallándose en la edad de casi cien años, consumido al rigor de sus continuos trabajos y de sus asombrosas penitencias, murió como preciosa víctima abrasado en divinos incendios en el día 12 de noviembre del año 560, segun la opinion mas comun

de los escritores de sus actas. Hallóse en el dichoso tránsito de Millan entre otros de sus discípulos el presbítero Ascilo, y habiendo dado noticia de su muerte á los pueblos comarcanos, concurren muchas personas á celebrar su funeral, que ejecutado con toda magnificencia, se depositó el venerable cuerpo en el oratorio del Santo. Hizo Dios despues célebre la memoria de su amado siervo con repetidísimos milagros, y habiendo venido á visitarlo el rey D. Sancho el mayor con su mujer Nuña, ó Elvira, con varios obispos, y con grandes de Navarra, Castilla y Aragon donde reinaba, queriendo elevar las reliquias del Santo á lugar mas decente, se hizo la traslacion de ellas del primer depósito al altar mayor de la iglesia de Suso en 15 de abril del año 1033. Allí permanecieron en grande veneracion, hasta que el rey D. García, hijo mayor de D. Sancho, las bajó á la enfermeria que tenian los monges de Suso el día 28 de junio de 1085, con ánimo de trasferirlas al monasterio de Santa María de Nájera que acababa de fundar; pero no pudiendo removerlas á pesar de las grades diligencias que se hicieron, conociendo por esta señal el religiosísimo principe que era voluntad de Dios el que allí se mantuviesen, dispuso que luego que se concluyese el monasterio que erigió en el mismo sitio bajo la advocacion de S. Millan, se colocase el venerable cuerpo sobre el altar de la nueva iglesia, lo que se ejecutó así en el año 1167.

DIA XIII.

San Eugenio III, arzobispo de Toledo.

SAN Eugenio, tercero de este nombre en la silla de Toledo, uno de los mas brillantes ornamentos del órden episcopal, uno de los mas zelosos prelados que han brillado en la iglesia de España, y uno de los hombres mas sabios de su siglo, nació en la ciudad de Toledo. Sus padres, distinguidísimos en aquella capital por sus honoríficos empleos, por la calificada nobleza de sus ascendientes, pero mucho mas por su piedad, bien acreditada en las muchas piadosas obras que se debieron á su religioso zelo, se dedicaron con el mayor esmero á criar al niño sobre el sólido principio del santo temor de Dios, sin omitir alguna diligencia que pudiera contribuir á su mejor instruccion. Pero como el Espiritu Santo habia derramado con mano liberalísima muy particulares gracias en la dichosa alma de Eugenio, tuvieron la complacencia de ver en él cumplido cuanto podian apetecer

sus deseos. Aunque su educacion la tuvo en la corte, no le tiñó ni su aire, ni sus máximas. Prevíole el Señor con sus dulces bendiciones: dióle un corazon tan justo, y una inclinacion tan recta, que no fueron capaces para pervertirle ni los atractivos mas brillantes del siglo, ni aun los artificios de que se vale para perder á los jóvenes.

Aplicado Eugenio á la carrera de las letras, como se hallaba dotado de un ingenio escelente, de una eminente capacidad, y de una ambicion singularisima por adquirir sabios conocimientos, hizo en las ciencias admirables progresos, y no menores servicios en la iglesia real, por la que se entiende ordinariamente la de Toledo, á la que fué asignado desde sus mas tiernos años. En efecto, su grande sabiduría y la justificacion de su conducta le adquirieron la estimacion general de todo el pueblo. Solo él vivía disgustado de su reputacion y del aplauso comun; pues el deseo de atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion, tenia para Eugenio mayor atractivo que todas las lisonjeras esperanzas y ventajas proporcionadas que el mundo ofrecia á su alto nacimiento y á sus relevantes méritos. Esta consideracion le hizo mudar de estado, y buscar otro donde pudiese llegar á la perfeccion que deseaba. Para poner en ejecucion estas nobilísimas ideas, y evitar el que alguno lo impidiese, se huyó de su casa con el mayor sigilo, y se dirigió á Zaragoza, donde creyó que hallaria muchos objetos de piedad capaces á fijar su residencia. Allí abrazó la profesion monástica en el célebre monasterio del orden de S. Benito, dedicado á Sta. Engracia y gloriosos compañeros, en el que de nuevo se aplicó á formar su espíritu sobre las máximas de la perfeccion evangélica, siendo todas sus delicias la meditacion y la leccion de los libros sagrados y ascéticos. El ejemplo de tantos ilustres mártires, que hacian la mayor gloria á aquel célebre pueblo, le arrebatában frecuentemente, y le llevaban á contemplar delante de sus túmulos los triunfos y las coronas que merecieron, y encendiéndose en vivísimos deseos de imitar las virtudes que los dispusieron á recibir tan recomendable dicha; en esto pensaba con la mayor fruicion la mayor parte del tiempo.

Dedicado Eugenio al culto divino y al obsequio de los santos mártires, sin dejar el estudio, que siempre fué el objeto de sus atenciones, hizo en la piedad grandes progresos, nada inferiores en las disciplinas eclesiásticas. Sobre la estimacion general del clero y pueblo se concilió la de S. Braulio, obispo á la sazón de Zaragoza, bajo cuyo magisterio adelantó nuestro Santo considerablemente tanto en doctrina como en virtud. Eligióle por su arcediano aquel célebre prelado, y confesaba ingenuamente que en el trato y familiaridad de Eugenio tenia todo su gozo y toda su complacencia, espresando además que era el único consuelo en los muchos trabajos de sus apostólicas tareas.

Enfermó el santo obispo á fuerza de sus continuos desvelos, y cargó toda la solícitud pastoral de la Iglesia de Zaragoza sobre los hombros de Eugenio, quien dispensó todos los deberes del ministerio con tanta justificacion y con tanta prudencia, que apenas encontró elogios el mismo S. Braulio con que recomendar su mérito en las cartas que escribió al rey Chindasvinto, acreditándolo así á mayor abundamiento la fama de su eminente virtud, no solo en Zaragoza y su diócesi, sino es en todo el reino de España.

Pasó á mejor vida Eugenio II, arzobispo de Toledo, é inmediatamente pusieron los ojos todo el clero y pueblo en nuestro Santo, bajo el concepto de no haber persona mas digna para que ocupase la silla primada de la nación. Solo restaba vencer su resistencia, pues por su profunda humildad se confesaba indigno de tan eminente empleo, al paso que sentia con excesivo dolor dejar su amado retiro, centro de todas sus complacencias. Supo Chindasvinto la repugnancia del electo, y la de S. Braulio en desprenderse de tan útil ministro, y despachó una estrecha orden para que sin dilacion se presentase en Toledo. Con cuanto sentimiento recibiese S. Braulio aquel aviso, se puede colegir por las cartas que escribió al rey, en las que protestó, clamó y lloró, que no dejaría piedra por mover para que desistiese aquel soberano de su determinacion, haciéndole presente que Eugenio era el único consuelo que le habia quedado en su vejez, y que la mayor calamidad que pudiera suceder á la Iglesia de Zaragoza era la de su ausencia. Pero prefiriendo Chindasvinto el bien de la Iglesia de Toledo á todas las súplicas y lágrimas de S. Braulio, repitió como por derecho patrio á Eugenio, que fué recibido en la ciudad regia con universal aclamacion, pues todos deseaban ya con impaciencia ver á su santo pastor, gloria y honor inmortal de su patria. Habia convocado el difunto Eugenio II para el concilio séptimo toletano á los obispos de la provincia, y hallándose éstos en Toledo, inmediatamente fué consagrado nuestro Santo, y fué uno de los padres que asistieron en aquella asamblea.

Colocado Eugenio en la primera silla episcopal de España, acreditó con pruebas prácticas el alto concepto que de su eminente virtud y de su grande sabiduria habian formado el clero y pueblo de Toledo; pues aunque era de una complexion y temperamento sumamente delicado, elevándole su zelo verdaderamente apostólico sobre las fuerzas de su naturaleza, llenó todos los deberes de su oficio pastoral con una vigilancia y con un fervor que le hacian parecer superior á los hombres mas robustos. No nos consta todos sus laudables hechos; pero por los grandes elogios, aunque con concisas palabras de sus dos insignes discipulos S. Ildefonso y S. Julian, ambos arzobispos de Toledo, se acredita que fué un modelo de los prelados perfectos que

exige el apóstol en la Iglesia de Jesucristo. *Sucedió á un Eugenio otro Eugenio*, escribe S. Ildefonso: *siendo este esclarecido sacerdote de la iglesia real, se aficionó á la vida monástica, arribó con gran fervor á Zaragoza, allí se dedicó á los sepulcros de los mártires, profesó y siguió gloriosamente los estudios de la sabiduría y el propósito de monge: de allí con violenta y poderosa mano fué arrebatado y colocado sobre la silla episcopal, en la que pasó una vida mas llena de los merecimientos del alma, que de fuerzas del cuerpo: era éste delicado, escaso su vigor, pero grande y alentado el de su espíritu, con que consiguió la perfeccion de las letras, y alcanzó las costumbres de las virtudes.*

Como el objeto principal de este eminente prelado fué siempre el culto divino, corrigió varios abusos introducidos en los oficios eclesiásticos por los maestros de capilla (*): compuso otros de nuevo con el mayor acierto; y no omitió diligencia alguna que pudiera contribuir á la reformacion de las costumbres de su pueblo, y á poner en el mejor orden las acciones eclesiásticas, distribuyéndolas segun la igualdad de las personas, procediendo con tanto escrúpulo en orden de éstas, que sin embargo de su gran sabiduría, consultó á S. Braulio sobre las providencias que debia tomar con cierto prelado que entró en el ministerio por medios menos dignos, y con algunos diáconos que escedieron los limites en la administracion de los sacramentos.

El deseo de aprovechar á la Iglesia le hizo celebrar varios concilios que lo fueron el octavo, nono y décimo toletanos, en los que presidió tanto por la autoridad de su silla, como por su eminente sabiduría, acreditándose ésta y su justificacion en los cánones que se establecieron en aquellas célebres asambleas.

También escriben algunos, que aprovechándose el santo prelado del zelo que manifestó por la fé católica el rey Recesvinto, á quien ungió segun la costumbre de los godos, empenó toda su reputacion en la conversion sincera de los judíos de España, los que ilustrados por sus continuos catequismos y sabios discursos, representaron al rey con ingenuidad, que aunque hasta entonces habian aparentado profesar la religion cristiana en virtud del decreto de Chintila, habian sostenido en el interior su error, el que adjuraban en fuerza de las instrucciones de Eugenio.

No robaron al Santo tanto el tiempo sus fatigas apostólicas que no le diesen treguas para la contemplacion, para otros ejercicios santos, y para el estudio de las ciencias, con el fin de que aprovechase á muchos la ilustracion de su doctrina. Así lo acreditan las obras que

(*) Cantus pessimis usibus vitiatos, melodiæ cognitione correxit «S. Ildef. loc. laud.

compuso en verso y prosa, que pueden verse en la magnífica edicion hecha con la mayor critica por el Emm. Sr. D. Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Toledo, en el año 1782. Memorable entre ellas la correccion del poema del doctísimo Draconcio, bajo el titulo de Exameron, sobre los seis dias primeros de la creacion del mundo, supliendo el séptimo que faltaba al lleno de aquel asunto con tal energia, que parece salió mas hermoso de la mano del corrector, que de la del primer autor del pensamiento. Tambien compuso un primoroso libro acerca de la santísima Trinidad, el que nos robó el tiempo, donde trató el misterio con tanta delicadeza, con tanta claridad, y con estilo tan superior, que de él espresó S. Isidoro, que era digno de enviarse al Africa y á la Grecia, señalando estas dos provincias, ó bien porque en ellas florecian por entonces varones eminentes, ó bien porque en las mismas restaban todavia algunas reliquias de la herejía arriana, contra cuyo error se dirigia el escrito principalmente.

Finalmente, cargado Eugenio de años y merecimientos, murió en la muerte de los Santos en el dia 13 de noviembre del año 657, segun el mas arreglado cálculo, despues de haber gobernado su obispado como un verdadero sucesor de los apóstoles por espacio de casi diez años. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Sta. Leocadia, y sobre su túmulo el epitafio que él mismo habia compuesto en ocho versos heróicos, cuyas letras iniciales forman su nombre, indicando las finales la miseria de esta vida: prueba nada equívoca de lo presente que tuvo siempre la muerte. Al cual añadió otro elegante epitafio su sobrino y sucesor S. Ildefonso, que reducidos á prosa sus versos, dicen: *Aquí yace el venerable cuerpo del gran prelado Eugenio, el cual ilustra al templo de Sta. Leocadia; fué monge, y cuando mas huía de la sombra de los mortales, fué electo pontífice del orbe de Toledo. Su vida fué bienaventurada, sus costumbres purísimas sin alguna mancha. Emulo de Isidoro, é imitador de Leandro.*

DIA XIII.

San Arcadio y compañeros mártires.

ENTRE los ilustres mártires de Jesucristo sacrificados al furor de los vándalos, señala el martirologio romano á S. Arcadio, Probo, Pascasio, Eutiquiano y Paulilo, á quienes venera por sus patronos la antigua villa de Medina-cæli. Eran todos naturales de España, y oriun-

dos segun nos dicen varios escritores de la ciudad de Salamanca, y si bien distinguidos por su valor y por su calificada nobleza, lo fueron mucho mas por la heróica constancia con que se mantuvieron firmes en la fe católica. Siguieron Arcadio y sus compañeros como militares de profesion el ejército de Genserico rey de los vándalos, cuando pasó este impio príncipe á persuasion de Aecio con ochenta mil combatientes de España al Africa contra el emperador Valentiniano, con el injusto designio de hacerse dueño de aquella preciosa parte de Europa que con efecto cayó en poder de estas gentes feroces, que á la barbaridad de su temperamento añadian la impia profesion del arrianismo; y como Genserico era uno de los mas acérrimos defensores de la execrable heregía, luego que empuñó el cetro, comenzó á perseguir á los católicos, haciendo que los obispos saliesen desterrados de sus iglesias, y los nobles del pais, despues de haberlos despojado de sus empleos y de sus bienes.

Habian servido Arcadio y sus compañeros á Genserico con aquella lealtad que les inspiraba su ilustre nacimiento, acreditando tanto en tiempo de guerra como de paz su valor y su exactitud en todas las expediciones y encargos que se fiaron á su cuidado, en virtud de lo cual obtenian en palacio los empleos mas honoríficos, haciéndose amar y respetar por la arreglada circunspeccion de sus costumbres y por la justificacion de sus providencias. Hasta el mismo Genserico les manifestaba su grande estimacion en todas las ocasiones, agradecido de la fidelidad y del honroso porte con que le servian; pero como tantos y tan distinguidos méritos no llenaban el corazon del bárbaro príncipe, faltándoles la cualidad de ser arrianos. empleó toda su autoridad para reducirlos á que profesasen la execrable maldad de aquel monstruo infernal que vomitó el abismo para romper la union del cuerpo místico de la Iglesia. Valióse Genserico para ello de cuantos medios pudo sugerirle su obstinacion, manifestándoles que le darian el mayor gusto en seguir su partido, bajo el seguro, que añadiendo este nuevo mérito á los muchos que tenian contraidos en su real servicio se harian acreedores de los mayores empleos de la república, con que los premiaría; pero viendo que al compás de su empeño crecia la firmeza en los ilustres confesores de la divinidad de Jesucristo, apeló al poder, amenazándoles con los castigos mas enormes en caso de resistirse á su voluntad.

No aterraron las conminaciones del bárbaro los ánimos de los esforzados militares de Jesucristo, aun cuando les constaba las tiranías que su impiEDAD ejecutaba con los católicos; antes bien revestidos de aquel valor y de aquella constancia de que se forman los héroes del cristianismo, le hicieron entender el horror con que miraban la execrable blasfemia de la herejía arriana. Sintio en el alma Genserico

ver desvanecidas sus intenciones; y queriendo probar la constancia de los ilustres censores, determinó castigarlos con sucesivas penas: porque el deseo que tenia de conservarles las vidas tan importantes á su servicio, le movieron á darles tiempo, creyendo que á fuerza de aflicciones mudarían de dictámen. Despojó ante todo á Arcadio, Pascasio y Eutiquiano de los empleos que tenían en su palacio, escepto al niño Paulilo, y les confiscó sus bienes; pero advirtiéndole que la miserable constitucion á que redujo á los nobles caballeros, no solo no alteró su tranquilidad, si no es que les sirvió de estímulo para que predicasen con nuevo aliento la fe católica por las calles y por las plazas, mandó desterrarlos de la ciudad con ignominia, y salieron los ilustres confesores llenos de una alegría extraordinaria á cumplir la injusta providencia del tirano, manifestando en todas sus espresiones y en todas sus acciones su firme resolucion de no rendirse jamás á la voluntad de aquel bárbaro soberano. Desengañado éste que se cansaba inútilmente en todas sus tentativas, dió orden para que los pudiesen en una dura prision, en la que les hizo padecer imponderables tormentos, que aunque no los especifican los escritores, en sus actas, todos convienen en que fueron atrocisimos, en atención al carácter de aquel príncipe inhumano, uno de los mas crueles que se han conocido en los siglos.

Supo el obispo de la ciudad Constantina del Africa (bien fuese Antonino ú Honorato, en lo que se diferencian los escritores) la constitucion en que se hallaban los nobilisimos caballeros, y para alentarlos á que se mantuviesen constantes en la fe católica, dirigió una carta á Arcadio llena de aquellas sabias y zelosas espresiones, que caben en un prelado que intentaba consolar á los affigidos y animar á los católicos á que diesen pruebas de su constancia en el lance mas crítico que lo exigian así las circunstancias en que se hallaba la iglesia. *Ve, Arcadio, le decia entre otras cosas, que te mira Jesucristo, y se está alegrando de tu firmeza: ve que se regocijan de ella los ángeles, y se ofrecen en tu ayuda: ve que están contigo los dulcísimos coros de los mártires que te han precedido, los que te esperan, te defienden y te coronan: ruégote que no permitas que otro reciba la corona que te espera, pues la iglesia católica te guarda como á un insigne mártir, para honrarse contigo como con otro Estéban.* No necesitaba Arcadio de esta exhortacion para dar pruebas de su fé; pero con todo apreció la carta de aquel zeloso prelado; y dándola á leer á sus compañeros, se encendieron todos en vivisimos deseos de sellar con su sangre la infalible verdad del sacrosanto dogma, que era el punto cardinal de las reñidas controversias entre los ortodoxos y los herejes arrianos.

Finalmente irritado Genserico de ver el ningun efecto que produ-

cian sus esfuerzos para rendir á su partido á los ilustres confesores de la divinidad de Jesucristo, los sentenció á pena capital. Probaron los verdugos la constancia de Arcadio, Probo, Pascasio y Eutiquiano con diferentes é inauditas crueldades, haciéndoles padecer esquisitos tormentos, hasta que á fuerza de ellos lograron la apetecida corona del martirio en el dia 15 de noviembre cerca del año 457.

Seguió despues los pasos de los ilustres mártires el niño Paulino ó Paulino, hermano de Pascasio y Eutiquiano, á quien amaba en extremo Genserico por su rara hermosura y por la perspicacia de su ingenio. Pareció al tirano que le seria fácil reducirlo en atencion á sus tiernos años; pero luego que le propuso el que abrazase la secta arriana, le respondió no como niño sino como un varon perfecto, detestando la execrable blasfemia. Quiso el tirano atraerlo á su partido con fingidos halagos y con ofrecimientos ventajosos; mas viendo que de nada aprovechaban sus tentativas, no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó azotarlo con la mayor crueldad con varas y con cordeles. Sufrió Paulino con un valor y con una fortaleza escesiva á su edad la inhumanidad de aquel castigo; pero juzgando el tirano que si mandaba quitarle la vida, se diria que habia sido vencido por un niño contra su real decoro, lo destinó á la miserable constitucion de esclavo, para que sirviese en los mas despreciables y penosos ministerios, persuadiéndose que el tedio y la infamia de semejantes oficios seria capaz de turbar la constancia de su entendimiento; mas aquel cuya fe no pudo separar de su corazon la sevicia, menos pudo impedir la victoria la máquina del tirano. Ultimamente toleró Paulino aquel prolongado género de martirio con invencible constancia, hasta que quebrantadas sus fuerzas con los continuos trabajos, entregó su dichosísima alma en manos del Criador en la misma persecucion vandálica.

Recogieron los cristianos los cuerpos de Arcadio, Probo, Pascasio, Eutiquiano y Paulino, y les dieron sepultura con la cautela que exigian aquellas lamentables edades; y trasladados en lo sucesivo á España, los depositaron en la iglesia de S. Romano de la ilustre villa de Medina-cæli, que los venera por sus patronos; donde se digna el Señor obrar muchos prodigios por la intercesion de sus fidelisimos siervos, á quien se profesa una grande devocion así en la enunciada villa, como en los pueblos circunvecinos.

DIA XIV.

Santa Trahamunda virgen.

EN el tiempo que Cordoba estaba dominada de los moros, fué llevada cautiva á aquella ciudad una doncella de Galicia llamada Trahamunda, criada en las cercanias de Pontevedra, y á lo que se echa de ver, religiosa del monasterio de S. Martin, que estaba junto á esta villa. Llevaba con ánimo igual y pacífico los trabajos de la esclavitud; desconsolábala únicamente el vivir entre gente enemiga de Cristo. Esta pena le sacaba las lágrimas á los ojos, echaba de menos el culto con que en su tierra era honrado el verdadero Dios. Doblóse en su ánimo esta amargura la vigilia de S. Juan, acordándose de la muy alegre fiesta que al santo Precursor se hacia en el monasterio de benedictinas de S. Juan de Poyo, distante quinientos pasos del suyo. Y decia: ¡O Señor y Dios mio! ¡quien se hallára mañana en S. Juan de Poyo, para gozar de las dulces festividades de tu casa, y alabar en tus santos tu bendito nombre! Atendió el Señor la súplica de su sierva. De imprevisto fué arrebatada en espíritu, y amaneció á las puertas del monasterio. No acababa ella de creer lo que le sucedia, deshaciase en lágrimas, á voces publicó delante de aquel gran concurso la misericordia de Dios. Dícese tambien que un palo seco de palma que traía en las manos le plantó junto al monasterio y prendió, y creció de él una hermosa palma que fué conservada hasta los años 1578. Esto se apoya únicamente en la tradicion.

Luego volvió Trahamunda á su casa de S. Martin, donde vivió santamente y murió en el ósculo del Señor. Allí permaneció su cadáver aun despues de destruido el monasterio de S. Martin, hasta que el Rmo. P. Alonso del Corral, maestro general de la órden de S. Benito, dispuso que le trasladasen á la sacristia de S. Juan de Poyo, donde es hoy venerado. (*Florez. t. 49. p. 31.*)

DIA XIV.

San Rufo, confesor, primer Obispo de Tortosa.

EL bienaventurado S. Rufo era hijo de un caballero noble y rico, natural de la famosa ciudad de Cirene en Africa, el cual vino des-

pues á tanta pobreza, que, avergonzado, huyó de la dicha ciudad con sus dos hijos Alejandro y Rufo, y se acogió á Jerusalem, donde parece que servía á alguno de los principales señores, que vivían en esta ciudad. Del evangelio solo consta, que viniendo Simon, padre de Alejandro y de Rufo, de una alquería á Jerusalem en el día de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, los judíos le obligaron á que ayudase á Jesus llevando algun tiempo la cruz ó parte de ella; porque iba tan maltratado el Señor, que temieron su muerte antes de llegar al lugar destinado (*). Entre los Padres de la Iglesia hay algunos que afirman haber sido Simon gentil, y que en su persona, cuando llevó la cruz de Cristo, se representó la vocacion de los gentiles á la participacion del Evangelio y de la cruz del Señor. Con ocasion de esto como oyese Rufo, hijo de Simon, predicar las grandezas de nuestro Señor Jesucristo, y que despues de muerto hacia grandes milagros, convirtióse á nuestra santa fe, y acompañóse con el grande predicador y doctor de las gentes el apóstol S. Pablo, el cual en el cap. 16, V. 15, de la epistola á los romanos, escribiendo á los cristianos que estaban en Roma, dice así: *Saludad á Rufo, escogido en el Señor, y á su madre y mia (**)*. En el capitulo precedente ofreció el Apóstol á los romanos visitarlos cuando emprendiese su viaje á España, adonde deseaba ser conducido por ellos(†). Y siendo S. Rufo tan célebre entre los primeros cristianos segun lo manifiesta el elogio con que le honra san Pablo llamándole *escogido en el Señor*; no es de estrañar que el mismo Apóstol lo trajese en su compañía, y lo dejase en la ciudad de Tortosa del principado de Cataluña despues de consagrarle obispo de ella.

Conforme á los cómputos mas exactos, la venida de san Rufo con el Apóstol, y su elección para la iglesia de Tortosa no se puede atrasar al año de 64 que es el que señalan los que dilatan mas el viage del apóstol á España. Faltando las actas de los primeros ministros del Evangelio elegidos por los apóstoles, no es posible referir los frutos que produciría su predicacion en Tortosa y los pueblos vecinos. Pero habiendo sido de santidad tan eminente, y ministro elegido en el Señor por el apóstol S. Pablo, no puede dudarse, que á su zelo y ministerio apostólico se deben en gran parte los progresos que tuvo la religion

(*) Et angariaverunt pratercipientem quempiam, Simonem Cyreneum venientem de villa, patrem Alexandri et Rufi, ut tolleret crucem. «S. Marcos, cap. 15, vers. 21»

(**) Como si dijera: á quien respeto y amo como á mi misma madre ó como si fuera mi madre. «Scio.»

(†) «Cuando me encaminare para España, espero que al paso os veré, y me acompañareis hasta allá. Epist. ad Rom. cap. 15, v. 24. De este lugar y de la carta de S. Clemente á los de Corinto se prueba que S. Pablo vino efectivamente á España á predicar la fe de Jesucristo, segun así lo afirma tambien un gran número de Padres. MAM. «Ant. Chr. tom. 2. lib. 2. pág. 287.

cristiana en la provincia Tarraconense. El P. Domenec en su ya citada historia de los santos de Cataluña, dice, que los historiadores del reino de Valencia tienen por tradición, que la fama de los sermones de S. Rufo, llegó hasta Valencia; con cuyo motivo le suplicaron algunas personas principales de aquella ciudad se sirviese enviarles predicadores, que les enseñasen la fé de Jesucristo. Hizolo el Santo enviándoles cuatro clérigos discípulos suyos, que les enseñaron la ley evangélica.

Habiendo, pues, el glorioso Santo con su predicacion y vida santísima gobernado maravillosamente su obispado de Tortosa el tiempo que en ella estuvo, y enriqueciéndose de grandes tesoros de virtudes, fué servido el Señor llevarle á gozar de su gloria para siempre en el cielo; donde lo tienen los de Tortosa por su perpetuo abogado é intercesor. Los martirologios no señalan el lugar del fallecimiento de S. Bufo, y por lo que toca al día, lo ponen en el 21 de noviembre. Pero el día de su fiesta ha sido en todo tiempo el 14 de noviembre, en que se ha celebrado antes del concilio Tridentino con solemnidad y con octava, leyéndose en el rezo lecciones propias, en las que se refiere no solo su obispado en Tortosa, sino tambien la conservacion de sus reliquias. Esto segundo tiene tambien el testimonio que menciona Martorel en la página 348. Despues de cesar el uso de los breviarios particulares de las iglesias, rezó la de Tortosa y toda su diócesis de S. Rufo con rito doble y octava; pero tomando el oficio del comun⁴ de Confesor Pontífice, por decreto de Urbano VIII dado en 10 de febrero de 1629. En el año de 1671 aprobó la S. C. de R. el himno propio del Santo, que presentó el cabildo de la misma Iglesia, concediendo que se pudiese rezar en ambas vísperas y mailines. En este himno despues de invocar al Espíritu Santo, se ponen tres estrofas que contienen la tradicion de esta Iglesia acerca de su santo obispo y patrono (*Risco, Esp. Sag. tom. 42. y Dom. Hist. Santos de Cat.*)

DIA XVI.

San Rufino y compañeros, mártires.

EN este día hace memoria nuestro calendario de S. Rufino y compañeros mártires, que lo fueron Rufiniano, Estraton, Artemidoro y Severo, de quien nos dicen los escritores de la nacion, que fueron naturales de la provincia de Andalucía, aunque se diferencian en el lugar de su origen. Unos sostienen que fué Utrera en el arzobispa-

do de Sevilla; otros que Baeza en el obispado de Jaen; cuya disputa no déroga la verdad de su martirio, confesado por todos en tiempo de la cruel persecucion que suscitaron contra la iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano; no por otra causa que la de mantenerse con constancia invencible, confesando á Jesucristo, á pesar de los mas fuertes combates de los gentiles, los que enfurecidos al ver la resistencia de estos ilustres confesores sobre no prestar adoraciones sacrílegas á los idolos, degollaron á Rufino y Rufiniano: despedazaron á Estraton amarrado á dos leños, y quemaron á Artemidoro y á Severo; logrando todos por medio de los espresados suplicios la apetecida corona del martirio en principios del siglo III.

DIA XVII.

Santa Gertrudis, virgen y abadesa.

SANTA Gertrudis fué de una familia ilustre, y nació en Eisleben, ó Islebe, en la Alta Sajonia, y fué hermana de santa Mechtilde. A los cinco años de su edad fué ofrecida á Dios en el convento benedictino de Rodalsdorf, y á los treinta electa abadesa de aquella casa en el año 1251; y al siguiente fué obligada á tomar á su cargo el gobierno del monasterio de Heldef, á que fué trasladada con sus monjas. Siendo jóven habia estudiado la lengua latina, como era costumbre entre las monjas: escribía y componia en este idioma muy bien, y era medianamente versada en la sagrada literatura. Siempre miró como principal obligacion y destino de su estado la contemplacion y la oracion, y así consagraba á estos ejercicios la mayor parte del tiempo. La pasion de nuestro Redentor era el objeto favorito de sus devociones; y cuando meditaba en ella, ó en la sagrada Eucaristía, por lo comun no podia contener los torrentes de lágrimas que derramaban sus ojos. Hablaba de Cristo y de los misterios de su adorable vida con tanta energia y tantos trasportes de amor, que arrastraba los corazones de los que le oian. Eran muy familiares á esta Santa los raptos y los éstasis del amor divino, con los dones celestiales de su oracion. Ella misma cuenta que oyendo una vez estas palabras, *yo he visto al Señor cara á cara*, que las estaban cantando en la iglesia, vió como un rostro hermosísimo lleno de luz, brillos y resplandores, cuyos ojos penetraban su corazon, y llenaron su alma y su cuerpo de una delicia inesplicable que no puede espresar lengua alguna. El amor divino que en su pecho ardía, y consumía su alma, parecia el

único principio de todas sus acciones y afectos. Para esta preciosa gracia se preparó su pura alma con la crucifixion de su corazon para el mundo, y para los apetitos desordenados de toda especie. La vigilia, el ayuno, la abstinencia, la obediencia perfecta, y una constante negacion de su propia voluntad, fueron las armas con que domó su carne, y estirpó y subyugó cuanto podia haberse opuesto á que reinase la voluntad de Dios en su alma y en sus afectos. Pero en esta obra tuvo la parte mas principal la profunda humildad, y la mansedumbre perfecta; las cuales pusieron los cimientos al edificio de todas las virtudes á que la elevó la divina misericordia. Aunque estaba adornada de unos talentos naturales superiores, y de los dones mas extraordinarios de la divina gracia, su mente estaba penetrada y enteramente persuadida á los sentimientos de su propia bajeza y de sus imperfecciones. Todo su deseo era que todos los demas la despreciasen tambien, y solia decir, que la parecia uno de los mayores milagros de la infinita bondad de Dios, el que sufriese su divina Majestad que la sustentase la tierra. Aunque superior y madre de todas las demás, se portaba con ellas como la mas humilde sierva, y aun como indigna de aproximarse á ellas; pues tan sinceros eran los humildes sentimientos de su corazon. Sin embargo de lo mucho que se daba á los ejercicios de la santa contemplacion, jamás abandonaba las obligaciones de Marta: y así era sumamente solícita en proveer á las necesidades ajenas, en disponer todas sus cosas, y en darlas con especialidad todos los socorros espirituales que en su mano estaban. En los progresos que su vida interior hacia en las virtudes hallaba los felices frutos de sus diligencias zelosas y pias instrucciones. Su tierna devocion á la madre de Dios no pudo menos de nacer del amor que á su divino Hijo profesaba; y las almas benditas del purgatorio tuvieron tambien mucha parte en su compasion y caridad.

Un vivo retrato de su alma pura y santa tenemos en su corto libro de las *Divinas insinuaciones*, ó comunicaciones y sentimientos de amor, la mas útil produccion acaso que puede hallarse despues de los escritos de Sta. Teresa, con que haya enriquecido jamás á la iglesia una mujer justa, para fomentar la piedad del estado contemplativo. Esta Santa propone en él ejercicios para renovar los votos bautismales, con que el alma renuncia enteramente del mundo y sus pompas, se consagra al amor puro de Dios, y se dedica á seguir en toda aquella santa voluntad. Iguales ejercicios prescribe para la conversion de una alma á Dios, y para la renovacion de sus santos esponsales espirituales, y la consagracion de sí misma á su Redentor por un vínculo de indisoluble amor, rogando le sea concedida la gracia de morir para sí misma, ser sepultada en el Señor, de modo que él solo, que es todo su amor, sea noticioso de su estado, ó de su sepulcro; y que

no tenga ella otro empleo que el amar á quien tanto le ama. Estos sentimientos les repite con admirable variedad en toda su obra, y en la última parte de ella insiste mucho en los ardientes deseos de verse unida cuanto antes á su amor en la gloria eterna, pidiendo á su divino Redentor por sus tormentos y pasión, y por su misericordia infinita, la purifique de todos los afectos terrenos, para poder ser admitida á la presencia divina. Algunos de aquellos ayes y suspiros con que expresa su deseo y sed ardiente por aquella union, son tan celestiales, que mas parece proceder de la boca de uno que haya gustado ya de las felicidades de la bienaventuranza, que de un peregrino de esta vida mortal: tan fuertemente impresos se hallan en sus espresiones estos divinos sentimientos. Esto es notable particularmente en el ejercicio en que aconseja al alma devota, á que á veces dedique un dia á alabar y dar gracias sin interrupcion para suplir los defectos que en esta ocupacion hayan podido ocurrirle en los ejercicios cotidianos de los demas dias, y procurar asociarse con la perfeccion posible á los espíritus celestiales en estos ejercicios. Igual medio propone para suplir todos los defectos que haya podido tener en el amor divino, dedicando un dia entero á los afectos del divino amor. Esta Santa como una casta tórtola jamás interrumpia sus ayes y suspiros, sin admitir consuelo humano, todo el tiempo que se la dilataba su eterna felicidad; no obstante de que se regocijaba con la esperanza y el amor, con la resignacion á la voluntad de Dios, con las visitas del espíritu divino consolador, sufriendo, padeciendo y trabajando por el amor de su amado Redentor. Sus deseos fueron al fin cumplidos, y habiendo sido abadesa cuarenta años, fue llamada á los castos abrazos de su celestial Esposo en el de 1292, habiendo muerto un poco antes su hermana Mechtilde. La última enfermedad de Sta. Gertrudis mas pareció deliquio de amor que de dolencia; pues con toda esta abundancia recibió las consolaciones del Espíritu Santo. Muchos milagros dieron testimonio de cuan preciosa habia sido su muerte á vista del Señor. Es honrada con un oficio particular en el Breviario romano en este dia. La lipsanografía ó catálogo de reliquias que se guardan en el palacio de Brunswik-Luneburgo, impreso en Hannover en el año de 1713, hace mencion entre otras de las reliquias de Sta. Gertrudis, que se conservan en una rica urna. (*Butler.*)

DIA XXI.

Santos Honorio, Eutiquio y Estéban, mártires.

AUNQUE la injuria de los tiempos robó á la posteridad las actas específicas del martirio de S. Honorio, Eutiquio y Estéban, á quienes venera Jerez de la Frontera por sus inclitos patronos, con todo no pudo borrar las noticias que por el conducto de una tradicion constante llegaron á nuestras edades, bastantes para acreditar la constancia de la fe, y los gloriosos triunfos de estos ilustres héroes españoles. Nacieron todos tres, sino al mundo, á lo menos para el cielo en Asta, numerosa ciudad de la provincia de la Bética ó Andalucía, colonia que fué de los romanos, de la que hasta hoy se ven varias ruinas de sus grandes edificios á cuatro millas de Jerez de la Frontera en el sitio que se llama la Mesa de Asta, por ser su figura rotunda en un lugar algo elevado sobre las tierras vecinas. Abrazaron Honorio, Eutiquio y Estéban la fe de Jesucristo, instruidos en ella segun parece por aquellos varones apostólicos que hicieron resonar la voz del evangelio en la Bética en los primeros siglos, y no satisfechos en su juventud con profesarla en secreto, la predicaban públicamente por las calles y plazas de las ciudades, encendidos de aquel divino fuego con que salieron los apóstoles del cenáculo para la conquista del mundo.

Mandaban por entonces los edictos de los principes gentiles, que todos los vasallos del imperio romano tributasen culto á sus dioses; pero despreciando Honorio, Eutiquio y Estéban tan injustos decretos, á pesar de la crueldad de los jueces ejecutores, de la fiereza de los verdugos y de la furia de los tormentos, procuraban ahuyentar con la luz del evangelio las densas tinieblas en que se hallaban sumergidos los idólatras, persuadiéndoles la falsedad de sus dioses, la abominacion de sus cruentos sacrificios, y la necedad de sus ridiculas supersticiones: manifestándoles los crasos errores en que estaban imbuidos, no solo con razones evidentes, sino con los testimonios de los que apreciaban por maestros de su creencia; en cuyos escritos constaban los adulterios, las calificadas traiciones, y las execrables maldades de aquellos mismos que veneraban por dioses, indignos de vivir entre los hombres, y mucho mas del culto que les tributaban llenos de preocupacion; pero como la luz no puede dejar de ofender á los ojos débiles, ni la verdad puede adherirse á los corazones enga-

ñados y corrompidos, no podían sufrir los paganos la una, ni creer la otra: solicitaron vengar el desprecio hecho á sus dioses con igual enojo, que la condenacion de sus relajadas costumbres hecha por los ilustres predicadores de la doctrina cristiana, y para ello los delataron al juez de Asta, cuyo nombre no nos dicen los escritores. Mandó este conducir presos á Honorio, Eutiquio y Estéban á su tribunal, y pareciéndole que para persuadir á unos hombres de aquel carácter tendrían mas eficacia las razones que la severidad, siguiendo esta idea, quiso obligarles á obedecer los preceptos de los principes del mundo, haciéndoles presente, que el culto que mandaban á los dioses romanos, estaba apoyado con la práctica de tantos siglos, con la autoridad de tantas personas sábias pasadas y presentes, y con la continuacion de tantos sacrificios, cuyo conjunto de pruebas acreditaban sin la menor duda la divinidad que ellos creían; por lo que les exhortaba á que les ofreciesen sacrificio, porque de no hacerlo así, le seria preciso hacer ostentacion del rigor de su justicia, echando mano de los tormentos.

Rebatieron los tres insignes héroes las infundadas razones del juez con la infalible verdad de la religion que enseñó Jesucristo, manifestando á los paganos á un mismo tiempo el origen y la bajeza de los que tenían por dioses, acreedores por sus infamias y por sus execrables vicios del desprecio y de las abominaciones de todos los hombres: hicieronle ver la injusticia de los edictos imperiales dirigidos á obligar á los racionales á que prestasen adoracion á los leños y á las piedras, sin otra figura que la que sacaban de las manos de los artífices, incapaces de dar divinidad á sus hechuras; y en cuanto á las amenazas contestaron, que nunca serian mas dichosos que cuando las pusiese en ejecucion, quitándoles la vida corporal, para que fuesen á disfrutar la eterna que el Señor de los señores tenia prometida á los que confesasen su santo nombre ante los tribunales de sus enemigos. Conoció el juez por la generosidad de las respuestas de los tres ilustres confesores que se cansaba en vano en querer reducirlos á su partido, y no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, dió orden á los verdugos para que empleasen en ellos los tormentos mas crueles, en fuerza de los cuales lograron la apetecida corona del martirio en el dia 21 de noviembre en tiempo de la persecucion de Trajano segun unos, y segun otros en la de Diocleciano y Maximiano.

Tuviéronse en Asta los tres ilustres mártires en grande veneracion hasta la irrupcion de los moros en España, en la que destruida aquella ciudad por los bárbaros, segun parece, habiéndose trasferido sus moradores á Jerez de la Frontera, pasó con ellos la devocion á sus mártires; pero aunque se resfrió esta con motivo de las sangrientas

guerras y de la dura esclavitud que sufrieron los cristianos bajo el dominio de los árabes, la resucitó despues con mayor fervor la misma ciudad de Jerez, cuyo cabildo suplicó al papa Clemente VIII en el año 1603, que se dignase conceder su permiso apostólico para celebrar anualmente la fiesta de S. Honorio, Eutiquio y Estéban, y para venerarlos como á sus patronos segun el uso de la Iglesia Romana. Dió su santidad su breve, encargando la ejecucion con el exámen y averiguacion de las preces al eminentisimo S. D. Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla; pero habiendo muerto éste antes de hacer uso de la comision, evacuada por su sucesor D. Fernando Nuño de Guevara, presbítero cardenal de la santa Iglesia Romana, declaró por suficiénte mente justificada la narrativa, y en virtud de ella estableció la fiesta de los santos en el mismo dia 21 de noviembre que padecieron martirio; mas como en este y en los dos siguientes ocurre la festividad de la Presentacion de la Santisima Virgen, de Santa Cecilia y S. Clemente papa, se trasfirió la de los santos al 24 de dicho mes, y para que los fieles concurriesen á celebrarla con mas devocion, concedió su eminencia cien dias de indulgencia en el 16 de octubre del año 1605.

DIA XXII.

Santa Tigridia, abadesa del monasterio de Oña.

TIGRIDIA era hija de los condes de Castilla D. Sancho y D.^a Urruca, la cual como no quisiese vivir seglar sino consagrada á Dios, nombráronla sus padres primera abadesa del monasterio de S. Salvador de Oña, fundado y dotado ricamente por ellos en la Bureva, á cuatro leguas de Briviesca el año 1011. Aunque el principal intento de los condes en la fundacion del monasterio fué colocar á su hija donde sirviese á Dios fuera del siglo, y le destinaron principalmente para religiosas, añadiéronle sin embargo monges que las gobernasen y formasen por sí comunidad, como en los demás monasterios que llamaban *Duplices*. Mientras esta sierva de Dios se instruía en las leyes y costumbres de la vida religiosa, gobernó aquella casa una hermana del conde fundador llamada *Oñeca* ó *Iniga*, monja en *Cillaperlata*: el abad de los monges se llamaba Juan. La infanta Tigridia desempeñó muy cumplidamente la obligacion de su nuevo estado, y vivió tan religiosamente, que es tenida por Santa en aquel insigne monasterio. Ta mayo sobre el dia 22 de noviembre pone el siguiente elogio: *In Cæno-*

bio Onniensi prope urbem Burgensem in Hispania Citeriori, depositio S. Tygridiæ Abbatissæ, quæ sanctitate et religione clara, et miraculis et virtutibus celebris, tandem ad Sponsi diu desiderati sancta dormitione pervenit amplexus. Yepes y Marieta la nombran tambien santa. Gran peso añade á esta tradicion el habersele dado sepultura dentro de la iglesia en un tiempo en que hasta los reyes eran enterrados en el atrio. Colocáronla despues en el altar de S. Inigo, como refiere Argaiç, tom. 6, pág. 441. Esta es prueba auténtica de tenerla por Santa.

Con la falta de la santa abadesa, decayó lastimosamente en el monasterio la disciplina regular. D. Sancho el mayor, rey de Navarra y de Aragon (despues que su mujer D.^a Nuña hermana de Tigridia heredó el condado de Castilla) habiendo obtenido antes facultad apostólica, y de todos los obispos de su reino, escluyó de este monasterio á las monjas, dejándole solo á los religiosos, cuyo primer abad en este nuevo estado fué un monge sobresaliente llamado Garcia. (*Elovez*, t. 27, p. 258.)

DIA XXIII.

Santa Lucrecia, vírgen y martir.

SANTA Lucrecia, ilustre por su nacimiento, pero mucho mas por la pureza de su fe y por el glorioso triunfo que consiguió de uno de los mas fieros perseguidores de la Iglesia, nació en Mérida, ciudad esclarecida en la gloria de algunos santos con que ensalzó su nombre no solamente en la tierra, sino en el cielo. Dejose ver en el mundo dotada de todas aquellas nobles disposiciones de naturaleza y de gracia, que no solo allanan sino que facilitan el camino de la virtud, y aplicándose sus padres á darla una educacion tan propia de su piedad, como de su ilustre euna, solo sirvieron sus instrucciones para fomentar en ella aquellos sentimientos tan nobles como cristianos que el Espíritu Santo inspiraba de continuo en el tierno corazon de Lucrecia, que por la justificacion de su conducta era el ejemplo y aun la confusion de muchos fieles; siendo esta la causa porque la miraban los idólatras como enemiga de sus falsos dioses.

Hacia cada dia Lucrecia admirables progresos en la virtud, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron contra la iglesia la décima persecucion que padeció en tiempo de los príncipes paganos. Enviaron éstos á España por su lugar teniente ó gobernador á

Daciano, uno de los hombres mas crueles que han conocido los siglos, y despues que hubo sacrificado al furor de su saña innumerables victimas inocentes en las provincias de Cataluña, de Aragon y de Toledo, pasó á la de Portugal, y presentándose en Mérida, hizo publicar los edictos acostumbrados, mandando por ellos, que todos los vasallos del imperio rindiesen adoracion á los dioses romanos. No tardó mucho en saber que se distinguia Lucrecia entre los cristianos por sus eminentes virtudes, y dando órden á sus ministros para que la trajesen á su presencia, quedó lleno de admiracion al ver su rara hermosura y su singular modestia. Supo que era una doncella no menos noble que poderosa, y queriendo por una parte obligarla al culto de los ídolos, y por otra apoderarse de sus bienes, comenzó á persuadirla á que desistiese de la vana religion de los cristianos, valiéndose para ello de cuantos medios pudo sugerirle su ciega obstinacion. Esperimentó á breve tiempo, que todos sus esfuerzos eran inútiles para reducir á la ilustre vírgen á que sacrificase á los dioses romanos, y pareciéndole que el horror y las molestias de la cárcel la obligarian á mudar de propósito, mandó ponerla en un obscuro calabozo, con órden espresa de que no la viese ni hablase persona alguna.

Mantúvose Lucrecia algun tiempo en la dura prision, padeciendo innumerables trabajos; pero habiendo entendido Daciano, que era mas fácil deshacer las piedras mas duras, y derretir el hierro en blandura, que separar á la insigne vírgen de la religion que profesaba, dió órden á sus ministros para que la presentasen á su consistorio, donde sentado en clase de juez, la habló de esta suerte: *Me admiro, Lucrecia, que siendo de noble y libre condicion, muestres en las costumbres ser una persona vil, confesándote esclava de Cristo, aquel hombre que clavaron en una cruz, no pudo á sí mismo librarse del patíbulo.—Si hubieras leído al profeta, le respondió la Santa, supieras, que servir á Dios es reinar: en cuyo supuesto no perjudica á mi ingenuidad mi servidumbre á Jesucristo verdadero Dios, antes bien la ensalza, y por lo mismo recibo de ella mas bien esplendor que detrimento.—Dí, siguió entonces Daciano, antes que los tormentos y las penas puedan vindicar tus blasfemias, ¿por qué resistes sacrificar á nuestros dioses?—Porque está escrito, contestó Lucrecia, que solo se ha de servir y sacrificar á Dios; y los tuyos son demonios, á quienes es supersticion adorar.—¿Luego yo, continuó el tirano, nuestros emperadores, el senado y pueblo romano somos supersticiosos? Sin duda, lo sois; dijo Lucrecia, pues no conoceis ni adorais al verdadero Dios.*

No pudo Daciano sufrir por mas tiempo el desprecio que hacia la insigne vírgen de todas sus reconvenciones, y queriendo concluir de una vez el interrogatorio, la dijo: *Elige por último uno de estos dos*

estremos, ó padecer como necia diferentes penas entre los sentenciados á muerte, ó sacrificar á los dioses como sabia y noble persona. A esto respondió Lucrecia: *sacrifica tú á los demonios, que yo solo ofrezco sacrificio al verdadero Dios y á Jesucristo su único Hijo.* No es posible explicar el furor que concibió el tirano al oír semejante resolución, y deseando vengar las injurias hechas á sus dioses, mandó herir con fuertes bofetadas el rostro de la hermosísima doncella, y estenderla sobre la catasta ó pótro, para que padeciese el fiero tormento de aquella horrible máquina; pero viendo que en lugar de sentimiento manifestaba Lucrecia una inalterable tranquilidad y una alegría extraordinaria en medio de aquel castigo, pronunció sentencia de que fuese degollada inmediatamente; persuadiéndose que si apelaba á otras pruebas para vencer su constancia, sería dar margen á su mayor confusión. Sacaron los infieles á la ilustre heroína fuera de la ciudad cerca de la fábrica de una puente, y cumpliendo la injusta providencia del tirano, consumaron el sacrificio de la inocente víctima en el día 23 de noviembre á principios del siglo IV. Recogieron los cristianos por la noche el venerable cadáver de la insigne mártir, y le dieron sepultura con la cautela que permitían aquellas edades lamentables; pero después que gozó de paz la Iglesia, erigieron en honor de la Santa un magnífico templo en el mismo lugar donde padeció martirio, el cual duró hasta la irrupción de los moros en España.

DIA XXIV.

Santa Flora y María, vírgenes y mártires.

EN el reinado de Abderramen II floreció en Córdoba una ilustre doncella llamada Flora, hija de un moro natural de Sevilla, su madre era cristiana noble y piadosa, natural de Ausinianos, pueblo á dos leguas al poniente de Córdoba, del cual quedan vestigios en el cortijo que hoy llaman Villa Rubia. Era Flora la menor de toda su familia, hermosa, de lindo ingenio y prudencia. Envenenóla su padre en los primeros años con la ponzoña de su maldita ley: la madre resarcó luego este daño instruyéndola en la verdadera religion. Muerto el padre pudo hacer este oficio con mas descanso y mayor fruto. Criabala bien al revés de como ahora muchas, poniéndole acibar en las aficiones del suelo, y haciéndole el paladar á las cosas del cielo. Reinaba Dios en el alma del la casta vírgen, aborrecía los pasatiempos y las locuras del siglo, vestía y andaba, y procedía en todo con

sumo recato, no tenia vergüenza de acreditar con las obras la santidad de la fe que habia recibido. La comida que le daban, tomábala con disimulo y la repartia en secreto á los pobres, ayunando ella con sumo rigor. Persuadiála su madre que no se privase del necesario alimento, mas nunca pudo acabar con ella que comiese mas que una vez al día, y esa tarde. Guiábala en todo la mano del Señor por la senda de la perfeccion evangélica. Servíale empero de estorbo en este camino un hermano suyo, muy hijo de su padre en la secta. Quería él que tambien ella lo fuese, seguiale los pasos, andábale á los alcances siempre por saber de su vida: ni fuera podia visitar las iglesias como los otros cristianos, ni en su rincón tenia oportunidad para recogerse. Miró á Dios, y doliéndose de verse en público reputada por enemiga de la religion verdadera, sin dar cuenta á su madre determinó retirarse en casa de otros cristianos donde con mas libertad pudiese gozar del socorro de la palabra de Dios, y de los sacramentos de la Iglesia. Acompañóla en esta resolucion una hermana suya llamada Baldegoto, tambien cristiana. Tomó esto el hermano con gran despecho, desde luego comenzó á perseguir la Iglesia de Córdoba; hizo encarcelar algunos sacerdotes, molestaba tambien y causaba extorsiones á los monasterios donde recelaba que Flora se hubiese recogido. Doliáanse las hermanas de los graves daños que por su causa padecian aquellos fieles. Al cabo Flora resolvió aventurar su vida por el sosiego y libertad de todos.

Volvió á su casa, y presentándose al hermano con ánimo celestial, le dijo: Ves aquí á quien buscas, cristiana soy, amo la cruz y á los que siguen la religion católica. Mira si puedes vencer esta confesion; cuantos tormentos puedes imaginar, no harán mas que acrisolar mi constancia. Grandemente se irritó el hermano con estas palabras: disimuló por entonces; intentaba disuadirla de su confesion con promesas y halagos, luego la amenazó, al cabo se desengañó de que este era para él negocio desesperado. Llevóla al juez, y la acusó de haber renegado de su ley. Preguntóla el juez si era esto así. Dijo ella: Nunca he conocido á Mahoma, solo á Jesucristo conozco desde mi niñez, en su ley he sido adoctrinada, á él solo adoro por Dios, dándole tengo mi corazón como á esposo mio, consagrándome á él en perpetua virginidad. Enfurecido el juez con esta respuesta, mandó á dos sayones que á golpes le hiriesen la cabeza: ejecutóse esta sentencia con tal crueldad que llegó á descubrirsele el casco desnudo entre los cabellos. S. Eulogio dice que reconoció por sí mismo estas heridas que la santa vírgen se las mostró. En medio de esta fiereza perseveraba Flora confesando á Jesucristo. Medio muerta la entregó á su hermano para que la hiciese curar, y habiéndola instruido en su ley, la volviese á su presencia si no se determinaba á seguirla.

Restablecida Flora de sus heridas, tuvo medio para huir de su casa una noche descolgándose por la pared del corral, escondióse en la de un cristiano, y al cabo de algunos dias en compañía de su hermana se fué á un lugar llamado Ossaria junto á Tucci, que verosimilmente es la villa que hoy llaman Torrejimenó en el reino de Jaen, á una legua de Martos. Allí permaneci6 algunos años hasta el tiempo de su martirio.

En esta corona fué acompañada de otra doncella llamada María, hermana del santo mártir Walabonso, de quien hablamos en su propio lugar. Era María religiosa del monasterio de nuestra Señora de Cateclara, donde era abadesa la esclarecida Artemia, madre de los dos santos mártires Adolfo y Juan. Walabonso despues que fué coronado con el martirio, se apareció á una religiosa de aquel monasterio, y le dijo que amonestase á su hermana no llorase mas su ausencia, que presto se verian juntos en la gloria de que él gozaba. Con esta buena nueva se trocó en gozo la tristeza de María, y la que poco antes lloraba la muerte de su hermano, ahora no podia sufrir las ansias de padecerla.

Salióse pues, del monasterio con ánimo de presentarse al juez, al tiempo que Flora movida tambien por el Señor deseando poner fin á su gloriosa pelea, habia dado la vuelta de Osaria á Córdoba. Encontráronse en la iglesia de S. Acisclo, y se saludaron; preguntábase una á otra á qué habian ido á aquel lugar, bien presto descubrieron su vocacion; unióronse de nuevo con mas estrecho lazo de caridad; é impelidas del fervor del espíritu se encaminaron á casa del juez. Dijole Flora: Yo soy aquella á quien mandaste castigar por haber profesado la fé de Cristo siendo hija de padre moro, para ver si renegaria. Hasta aquí como flaca he andado escondida y huyendo, ahora esforzada con la gracia de Dios no tengo miedo de presentarme á tí confesando como antes la divinidad de Jesucristo. Y yo, prosiguió María, soy hermana de uno de aquellos varones á quien poco ha quitaste la vida por la misma causa: y con el mismo zelo y firmeza que él y sus compañeros confieso lo que ellos confesaron. El juez bramando de coraje las mand6 llevar á la cárcel, amenaz6las con la muerte, y con ofensa y ultraje de su honestidad. Cuando ellas entraron en la cárcel estaba preso y sali6 al mismo tiempo de los calabozos el bendito padre S. Eulogio. Di6les grande ánimo, las consol6, las instruy6 en la obligacion que tenian de llevar adelante su buen proposito, deshizo las tramas que para perderlas iba urdiendo el demonio por medio de la malicia de unos y de la falsa lástima de otros. A las palabras añadi6 un tratado que allí mismo escribi6 para fortalecerlas, con él titulo de *Aviso* ó documento de los *Mártires*. Ardian las santas virgenes en el fuego del buen amor. Parecieron varias ve-

ces ante el juez, nunca las pudieron arrancar de su propósito. Solicitaba mas la perversion de Flora su desgraciado hermano; pidió al juez que á parte le volviesen á examinar y procurase acabar con importunaciones lo que no pudo con amenazas. Túvose esta audiencia secreta diez dias antes de su martirio. Luego que volvió á la cárcel, S. Eulogio que como padre miraba por la verdadera prosperidad de aquellos fieles, acudió á saber qué le habian dicho y qué habia ella respondido. Respondió Flora: Padre, estando ya delante del juez me preguntó si conocia á mi hermano, que estaba tambien allí. Respondí yo que sí, y que era hermano mio carnal. Replicó el juez: Pues ¿cómo siendo él moro, y celoso de nuestra ley, eres tú cristiana? A esto dije yo, que cuando niña antes de llegar á los ocho años estuve tambien imbuida en ese error; mas despues alumbrada por nuestro Señor, escogí abrazar la fé de Cristo, determinada á perseverar en ella hasta la muerte. Dijome el juez: Y ahora ¿cómo piensas acerca de esto? Dije yo: Como hasta aquí llevo declarado; y aun si me estrecharas mas acerca de vuestro profeta, diré de él otras cosas mayores. Enfurecido entonces el juez, con semblante airado y palabras descompuestas mandó que me volviesen á la cárcel. Esto contó Flora á S. Eulogio. El santo presbitero la esforzó con la esperanza de la corona, y encomendándose á sus oraciones se retiró á su prision saludando con reverencia á la santa vírgen. Entre tanto el juez habia pronunciado sentencia de muerte contra ella y su dichosa compañera. Sacáronlas luego al campo santo, donde habian de ser degolladas. Armáronse las dos con la señal de la cruz, luego ofrecieron el cuello al alfange: Flora padeció primero. Fué este glorioso triunfo á las tres de la tarde martes dia 24 de noviembre del año 851. Los sagrados cadáveres quedaron allí todo aquel dia, al siguiente fueron arrojados en el Guadalquivir. Los cristianos hallaron las dos cabezas y el solo cuerpo de Sta. Maria. Las cabezas fueron depositadas en la iglesia de S. Acisclo, de donde las trasladaron con otras reliquias á la parroquia de S. Pedro. El cuerpo de Sta. Maria fué depositado en el monasterio de Cuteclara, de donde es creible lo trasladarian á otra parte cuando los monges abandonaron aquella casa:

Luego que en la cárcel se supo el fin dichoso de las Santas vírgenes, todos los cristianos que se hallaban presos, puestos en oracion dieron muchas gracias y alabanzas á nuestro Señor, y cantaron visperas y maitines celebrando la memoria de las santas martires, en cuya honra celebraron la misa al dia siguiente. Habian ellas ofrecido á otras siervas de Dios que allí estaban presas, que en viéndose en la presencia del Señor le habian de pedir sacase de la cárcel á S. Eulogio y á todos los que por la fé padecian. A los cinco dias se vió el cumplimiento de su promesa, saliendo libres de allí todos los cristianos.

San Eulogio escribió luego este alegre suceso á su buen amigo Pablo Alvaro, y á Baldegoto, hermana de Sta. Flora, envió el cingulo que traia puesto en la cárcel, exhortándola á que correspondiese con sus obras á la fe, si queria tener parte en el galardón prometido á las vírgenes. Flora y María se aparecieron luego á Santa Sabigoto, asegurándole que padecería como ellas por el nombre de Cristo, de lo cual hablamos en su propio lugar. El martirio de estas santas vírgenes fué muy celebrado en España. De ellas hacen memoria los Martirologios de Adon, de Usuardo, de Maurolico, del obispo Equilino, y el Romano.

DIA XXV.

San Garcia, abad.

ESTE glorioso varón, gozo y ornamento del arzobispado de Burgos, nació á principios del siglo XI, ó á fines del X, en Quintanilla, villa de la Bureva entre Belorado y Briviesca. Desde sus tiernos años volvió las espaldas al mundo, y se retiró al monasterio de S. Pedro de Arlanza, que era espejo de santidad en aquellos tiempos. Floreció tanto García en la observancia regular, que el rey D. Fernando I. que frecuentemente iba á Arlanza, viendo por sus mismos ojos la prudencia, la piedad, el zelo y fervor, y demás virtudes y buenas prendas de este monge, hizo que se le encomendase la abadía de aquella casa despues de Aureolo. Era ya abad García en el año 1039, como consta de una escritura de donacion hecha por Lain Gonzalez y su mujer Tigridia.

Mas de treinta años gobernó García aquel monasterio; hízose amable á Dios y á los hombres, los monjes con su ejemplo medraron en santidad; grandes bienes hizo á Castilla el buen olor de todas las virtudes que salia de aquella casa. El rey D. Fernando le unió muchos monasterios, para que en ellos floreciese su observancia; algunos fueron concedidos á petición del santo abad: hizo permuta de algunas heredades con el abad de Oña, al modo que solian los de Silos y Cardeña, los cuatro de un tiempo y todos santos, franqueándose mutuamente con verdadera caridad lo que hallaban ser útil para sus monasterios.

No fué continuada la abadía de este santo varón hasta su muerte, como parece haber creído Yepes; sino interrumpida con el gobierno de D. Lope, que era abad de Arlanza por los años 1041, y Ariolfo

en el siguiente. Desde el año 1050 no vemos en quel monasterio mas prelado que S. Garcia hasta el de 1073 en que falleció.

No constan por documentos los hechos particulares de este siervo de Dios; mas aunque su vida fué oculta en Jesucristo, la observancia regular que florecia entonces en aquel monasterio, da testimonio de la vigilancia y buen ejemplo de su abad. El monge Grimaldo, que vivia por los tiempos de Garcia, y murió cerca del año 1090, le llama *varon de vida en todo venerable, y de gloriosa memoria por su feliz perseverancia*. El poeta Gonzalo Berceo, monge tambien, que floreció ya entrado el siglo XIII, le llama *abad santo, siervo del Criador, de bondad amador*. Añadense á esto algunos milagros que por su intercesion obró el cielo. De uno de ellos hace memoria su epitafio, y fué que estando un viernes santo comiendo pan y agua con sus monjes, echó la bendicion, y se convirtió el agua en vino. Grimaldo y Berceo refieren otro favor que hizo Dios á este santo prelado, revelándole el sitio donde estaban en Avila los cuerpos de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, para que los trasladase á su monasterio. Fué esto hácia los años 1061. Mas de diez años sobrevivió San Garcia á este suceso; pues le llamó Dios para sí en el de 1073, en que pasó tambien á mejor vida Santo Domingo de Silos, que se habia hallado como él á la traslacion de aquellas reliquias.

Su sepulcro estuvo primero en la pared de la nave izquierda de la iglesia de Arlanza, á la parte de la capilla llamada de los mártires. El año 1620 sacaron de allí el cuerpo, y le colocaron en una urna en la capilla de los mártires. El año 1725 fué dado á la villa de Quintanilla, patria de nuestro Santo, el hueso grande de la cadera derecha.

Es muy recomendable este monasterio por las muchas y preciosas reliquias que en él se veneran, y por las alhajas que en él dejó el conde Fernan Gonzalez, cuyo sepulcro está en la capilla mayor. (*Flores t. 27. p. 150.*)

DIA XXV.

San Gonzalo, obispo.

GRANDE oscuridad hay acerca del tiempo en que gobernó la Iglesia de Mondoñedo el santo obispo Gonzalo, cuya noticia se conserva en aquella diócesi mas por tradicion que por documentos antiguos. Sandoval coloca su memoria en el año 888, que era el veinte y dos del

reinado de D. Alfonso III, y dice que este fué el obispo que trasladó la catedral de Bretoña á S. Martin de Mondoñedo. Contra esto observa Florez que no hubo tal traslacion de Bretoña á Mondoñedo, sino establecimiento de la Iglesia Domiense por el obispo Sabarico, que habia muerto antes del año 877 en que presidia en San Martin el obispo Rudesindo. Y como este prelado ocupó la silla lo que faltaba de todo aquel siglo y parte del siguiente, no pudo colocarse S. Gonzalo en el año 888. Mucho menos podrá en el de 850 en que le puso el fingido Luitprando, pues entonces no habia tal sede de S. Martin de Mondoñedo, y mucho menos la de Valibria (cuyo título le da tambien) para cuyo establecimiento faltaban mas de doscientos años.

No seria tan difícil fijar esta época, si constase cuya era la armada que dicen haber destrozado este santo obispo con el poder de su oracion. Sandoval juzga que esta armada era de moros, los cuales capitaneados de su general Abdelhamuyt, con el designio de hacer daño en las costas de Galicia, llegaron á vista de Rivadeo y Vivero. Pero fué tan grande, dice, la tempestad, que todos perecieron, y con mucho trabajo se salvó el general con otros pocos. Túvose esto, añade, por milagro que nuestro Señor obró por los méritos de D. Gonzalo, obispo santo de Mondoñedo. Otros creen que las naves eran de los normandos, cuya llegada á la parte de Gijon y la Coruña nombra el Cronicon de Sebastian en el reinado de D. Ramiro I, esto es, hácia la mitad del siglo IX.

En todo el territorio de S. Martin es célebre la memoria de este obispo, y le tienen por Santo, y le dan culto. Fundóse en lo antiguo una ermita en el sitio adonde dicen haber ido el Santo acompañado del clero y del pueblo, y por su oracion se vieron sumergir las naves, sin quedar mas que una que diese á los suyos esta nueva. Dista la ermita un cuarto de legua de S. Martin, desde ella se registran muchas leguas de mar.

El sepulcro del santo obispo está no en Lorenzana, sino en S. Martin de Mondoñedo. Es de piedra tosca, algo elevado del suelo. Ponen sobre él una mesa de altar para decir misa; algunos obispos han celebrado allí por especial devocion. La urna tiene tres llaves, que guardan el obispo, su cabildo y el prior de S. Martin. El año 1648 la abrió el Señor obispo D. Francisco de Torres, y halló el cadáver descarnado, pero los huesos unidos, de los cuales salió una maravillosa fragancia. Con el cadáver habia un báculo dorado, retazos de los ornamentos incorruptos, y un cíngulo de oro y seda. Lo mismo se halló en otro reconocimiento que se hizo el año 1704 (*Florez t. 18. p. 293; y Sandoval en los 5 obispos, p. 247*)

DIA XII.

San Facundo y Primitivo, mártires (*).

SE controvierte entre los escritores de la nacion sobre si Facundo y Primitivo fueron ó no hijos de S. Marcelo Centurion, ilustre mártir de Jesucristo; pero prescindiendo por ahora de la resolucion de esta cuestion, poco importante para elogiar los triunfos que consiguieron de los enemigos de la fe, diremos de su glorioso martirio lo que consta por las actas.

Enviaron á España los emperadores Diocleciano y Maximiano por gobernador de la provincia de Galicia á un hombre cruel llamado Atico, muy á propósito para satisfacer los impíos designios de aquellos príncipes, dirigidos á abolir el nombre cristiano de sus dominios. Apenas llegó á su departamento este fiero ministro, como era uno de los mas ciegos apasionados del culto de las quiméricas deidades á quienes prestaban adoracion los romanos, hizo publicar un edicto, en el que mandaba á todos los del pais que concurriesen á ofrecer sacrificio á un famoso ídolo que tenian en grande veneracion los gentiles cerca del rio Cea, bien sea éste el que corre por la provincia de Galicia, ó bien el que pasa por el reino de Leon, en lo que se diferencian los escritores. Asistieron todos á la solemnidad de aquel acto en el dia señalado; pero no habiendo concurrido los dos hermanos Facundo y Primitivo, los delataron inmediatamente los paganos al nuevo gobernador, criminalizando su procedimiento por el mayor desprecio hecho á su dios.

No oyó con indiferencia Atico la acusacion; dió luego órden para que los trajesen á su presencia cargados de prisiones; y ejecutado así, les preguntó por su patria y religion. *Nosotros*, respondieron sin alguna turbacion ambos hermanos, *somos naturales de estas comarcas y profesamos la religion de Jesucristo*.—*¿No habeis oido*, siguió el gobernador, *que nuestros emperadores tienen mandado que todos sacrifiquen á los dioses romanos, cuyos preceptos estais obligados á obedecer como vasallos suyos?*—*Sabedores somos*, contestaron los Santos, *de una providencia tan injusta, la que no debemos obedecer; pues aunque somos súbditos suyos en lo material, no en el espíritu, parte*

(*) Conforme á las actas que se conservan en las Iglesias de Toledo y Leon, y en el monasterio de Cardena, publicadas por el P. M. Risco, tom. 34. pág. 390 sig.

mas noble de nuestra naturaleza, en el que somos siervos de Jesucristo, á quien como á Dios verdadero y redentor nuestro, prestamos todos los dias sacrificio en todas las acciones y movimientos de nuestra vida.—Sin duda, continuó Atico, sois lectores de vuestra secta, como lo demuestra vuestra locucion.—Nosotros no somos sabios vanos, le dijeron los Santos, pues si tenemos alguna inteligencia, toda proviene de Dios, por cuya ilustracion le conocemos: y si tu tuvieras el mismo conocimiento, no mandarias sacrificar á los demonios.

Ofendido Atico de estas respuestas, viendo inútiles todas sus tentativas para rendir á los ilustres confesores de Jesucristo á que prestasen adoracion á los dioses imperiales, resolvió echar mano de los tormentos mas esquisitos. En prosecucion de esta impia intencion, mandó primeramente que les quebrantasen los dedos y las piernas con un género de cepo en forma de prensa, previniendo á los verdugos que lo ejecutasen lentamente para que fuese mas sensible aquel tormento. Despues del cual dispuso que les llevasen á una dura prision, mientras discurria otros arbitrios capaces de rendir la fortaleza de los dos valerosos militares de Jesucristo.

Persuadido el tirano que con honores podria conseguir lo que no con castigos de unos hombres de aquel carácter, les envió á la cárcel una espresion de su misma mesa; pero los Santos rehusaron recibirla por no mancharse con la comida de los idólatras. Irritó tanto la cólera del gobernador aquel desprecio, que mandó fuesen arrojados Facundo y Primitivo á un horno de ardiente fuego. Hizose así inmediatamente; mas repitiendo el Señor el mismo maravilloso prodigio que en el horno de Babilonia, se conservaron tres dias entre las llamas cantando alabanzas á Dios, sin que les causasen el menor daño. Confuso Atico á vista de aquel portento, ansioso de vengarse, dispuso que les diesen una comida envenenada para que reventasen; y conociéndolo los Santos por revelacion, dijeron á los ministros; *Aunque nosotros no debíamos comer de esta ponzoña, con todo, para que el gobernador se desengañe y entienda el poder de nuestro Señor Jesucristo, la comeremos toda sin que nos cause el mas leve detrimento:* lo que se verificó habiendo hecho la señal de la cruz sobre la comida, por cuyo milagro se convirtió á la fe el compositor del inficionado alimento.

Parecia regular que tantos y tan asombrosos prodigios contuviesen las tercas porfias del gobernador, viendo que no producian algun efecto; pero no fué así, porque atribuyéndolos á arte mágica, segun la costumbre de los gentiles, que echaban siempre mano de este recurso para deslumbrar al pueblo idólatra y deslucir las maravillas que obraba Dios en favor de los cristianos, dispuso que despedazasen sus carnes con garfios de fierro. Pero como los santos no experimentasen

dolor alguno en aquel fiero castigo, fuera de sí el tirano, viéndose confundido ordenó que les aplicasen un tropel de tormentos, como fueron mandar echar aceite hirviendo sobre sus llagas, poner achas encendidas en sus costados, ó introducir cal viva, hiel y vinagre en sus bocas para que cesasen de alabar á Jesucristo. Pero como advirtiese que se mantenian llenos de alegría los ilustres confesores en medio de estas aflicciones, y aun le insultaban á que discurriese mayores tormentos, enfurecido como un bravo leon, prorumpió: *Sacadles los ojos, porque su vista me ofende.* Mas como los Santos le manifestasen, hecho el estrago, que con la privacion de la vista corporal habian mejorado la del alma, desesperado Atico, dió orden para que les colgasen por los pies en unos palos. Ejecutóse asi, y viendo los verdugos la copiosa sangre que salia por las heridas y narices de ambos, los dejaron por muertos en aquel lastimoso espectáculo. Volvieron despues de tres dias á quitarlos del suplicio, y habiéndoles encontrado tan perfectamente sanos como si nunca hubiesen padecido el mas leve tormento; refiriendo con admiracion al tirano aquel nuevo prodigio, temeroso de mayores confusiones, mandó que los degollasen al instante.

Quando les conducian al cadalso, clamó á grandes voces uno de los circunstantes que veia bajar del cielo dos ángeles con dos coronas poniéndolas sobre las cabezas de los santos; y disimulando Atico el temor que le causó aquella novedad, dijo en tono de burla á los verdugos: Cortad las cabezas para que bayan á buscar esas coronas. Ejecutóse la injusta providencia en el dia 27 de noviembre del año 305 segun unos, ó del 443 segun otros; é inmediatamente salió por los cuellos de los insignes mártires leche en lugar de sangre, por cuya maravilla se convirtieron á la fé muchos gentiles, alabando el poder del verdadero Dios que adoraban los cristianos.

Nuestras iglesias han hecho siempre grande estimacion de los santos mártires Facundo y Primitivo, por haber sido tan ilustre su martirio, celebrando su fiesta en el mismo dia, y leyendo la historia de su pasion con mucha uniformidad en lo sustancial de sus pasajes, como se puede ver en los breviarios antiguos. Sus sagrados cuerpos los enterraron ocultamente los fieles en el mismo lugar del martirio junto al camino que las escrituras llaman *Strata* ó *Calciata* que iba sobre la ribera del río *Cea*. Allí se mantuvieron las santas reliquias desde el imperio de Marco Antonino hasta el de Constantino el grande, en que los cristianos edificaron allí una pequeña iglesia con su invocacion. Es muy controvertido si fueron ó no trasladadas á otro lugar en la irrupcion de los árabes, como algunos pretenden y otros niegan. El concurso de las gentes que acudían á venerar el sepulcro y capilla de los mártires, dió ocasion á que se fundase allí un pueblo que primero se llamó *Domnos Sanctos*, y luego *S. Facundo*, y aho-

ra *Sahagun*, cuya parroquia fué la capilla de los mártires hasta los tiempos de D. Alonso el Magno. En el reinado de este príncipe se refugiaron al territorio de Leon muchos monjes de Andalucía que huían de la tiranía de Mahomad, entre los cuales llegó tambien uno abad llamado Alonso con otros compañeros suyos. El rey queriendo que estos monjes hiciesen asiento en su estado, compró las heredades que pertenecian á esta iglesia, y con ellas se la dió fundándoles un monasterio con la invocacion de los santos mártires, cuyas reliquias se veneraban en aquel mismo sitio. Este es el principio del insigne monasterio de Sahagun, invadido muchas veces por los árabes, mas guardado hasta nuestros dias por la proteccion de nuestros santos mártires. No obstante algunos escritores pretenden atribuirle otro mas antiguo. Venéranse hoy las santas reliquias en medio del retablo mayor en una arca de plata. En Orense se veneran tambien reliquias de los santos Facundo y Primitivo. (*Florez t. 17. p. 226. Risco t. 34. p. 390.*)

DIA XXVII.

San Ansurio, obispo.

SAN ANSURIO no fué obispo titular de Auca como creyó Yepes sino prelado de la Iglesia de Orense, del cual no se halla memoria hasta el año 915. Este fué uno de los obispos con quienes el rey D. Ordoño II en el dicho año trató la restauracion de las diócesis de Tuy y Lamego, y la dotacion que hizo á Santiago. Cuatro años despues se hace mencion del mismo obispo en el privilegio que Ordoño y su mujer D.^a Elvira dieron al monasterio de S. Pedro y S. Pablo fundado en Galicia en el territorio de *Triacastela* junto al monte Serio ó Seiro, y restaurado por Galon, abuelo de estos reyes. Tres años despues, en el de 922, perseveraba la memoria de éste obispo en un privilegio de Samos.

Floreció Ansurio cuando S. Rosendo comenzaba á descollar en el camino de la perfeccion evangélica. Fuese por amistad con san Rosendo, ó mas bien por veneracion de su virtud, y por ayudar á su buen propósito, le dió Ansurio la iglesia de Sta. Maria de Bonata en Armena, que Argaiz dice estar en la Limia, lo cual cuenta el mismo S. Rosendo en la escritura primera que publicó Yepes en el tomo 5.^o En su tiempo tambien, esto es, en el año séptimo del rey D. Ordoño II se fundó el ejemplarísimo monasterio de S. Estéban de Ribas de

Sil, al cual se retiró nuestro Santo á vivir vida monacal despues de haber dejado su silla. El tiempo que vivió en este retiro no se sabe, sino que fué cuando mucho desde el año 922 en que aun gobernaba su Iglesia, hasta 26 de enero del año 925 en que le llamó Dios para sí.

Este santo obispo con otros ocho fué enterrado en el claustro de aquel monasterio, obrando Dios por su intercesion milagros sin número, como decia el rey D. Alfonso IX de Leon, padre del rey D. Fernando el Santo, por los años 1220 en el privilegio en que concedió á este monasterio todo lo que en sus cotos le pertenecia. De estos nueve obispos solo Ansurio tenia epitafio, en donde se señalaba el día y año de su muerte, de los demás nada consta sino sus nombres. Llamábanse así: Bimarasio, obispo de Orense; Gonzalo Osorio, y Froalengo, ambos obispos de Coimbra; Servando, Viliulfo, y Pelagio, todos tres obispos de Iria; Alfonso, obispo de Astorga y de Orense; Pedro, obispo sin título. El epitafio de Ansurio dice Morales que cien años antes se habia copiado fielmente. Estaba con el mal latin de aquellos tiempos. En sustancia venia á decir esto: «Esta cueva de piedra que aquí ves, cubre la trabazon sagrada de los huesos del obispo Ansurio, varon en todas sus cosas muy esclarecido. Fué puro en la doctrina, vivió dando muy buen ejemplo. Ninguna duda tuvo de la vida del cielo; porque así lo publicó y lo mostró hermosamente en lo que cristianamente confesaba. Renunciando su prelacia, se retiró á vivir con los monges bajo su regla, y sujetándose allí en todo al servicio del Señor. llamado por su voz le siguió y descansó en paz: porque en un punto fué despojado del, sagrado cuerpo á 26 de enero del año 925.» El año 1465, el administrador de la abadía de S. Estéban, D. Alfonso Pernas, con zelo de que no llegase á perderse la memoria de estos santos obispos, colocó sus reliquias sobre el retablo mayor. El año 1594 el abad Fr. Victor de Nájera los colocó cada uno en su arca, cinco á un lado del altar mayor, y cuatro al otro. Molina se queja de un reformador que deshizo estos sepuleros, y juntando todas las reliquias de los nueve obispos en una arca, los puso detrás del altar mayor, donde dice estaban cuando él escribia. En la santidad de S. Ansurio convienen todos nuestros historiadores. Su culto consta estar ya establecido á principios del siglo XIII. (*M. Florez, t. 17, p. 65.*)

DIA XXVII.

San Bimarasio, obispo.

ESTE santo obispo es uno de los que fueron depositados en el monasterio de S. Estéban de Ribas de Sil, como queda dicho en la vida de S. Ansurio, cuyo sucesor le hacen Gil Gonzalez y Argaiz. Otros fijan su pontificado en los tiempos de don Alonso el Católico, diciendo que á semejanza de S. Ansurio se retiró al monasterio de S. Esteban, y murió en él. Esto último no pudo ser, pues ni en el siglo VIII en que debiera haber sucedido esto, ni aun en el IX habia tal monasterio. Supuesta la autenticidad de la memoria que allí queda de este santo obispo, conjetura Florez que pudo ser prelado de Orense en lo que va del año 925 en que falleció S. Ansurio, hasta el 942 en que era va obispo de aquella Iglesia Diego I. En la escritura treinta del Tumbo de Lugo del año 1042 hay memoria de Bimarano, que entonces era obispo de Orense. Siendo cierto esto, de que duda Florez con harta razon, pudo muy bien haberse confundido este nombre con el de Bimarasio. En la existencia del santo obispo, que como he dicho, es uno de los nueve que se veneran en Ribas de Sil, no cabe duda. (*M. Florez, t. 17, p. 72.*)

DIA XXIX.

San Conancio, obispo

DE este glorioso prelado dice S. Ildefonso que gobernó la iglesia de Palencia despues de Murila. Fué varon respetable por su gravedad y modestia exterior, y mucho mas por el peso y madurez de su juicio, y sobre todo esto por las grandes virtudes en que resplandeció con edificacion de sus ovejas y de todo el reino. Floreció en tiempo de S. Isidoro, ambos concurrieron al concilio IV de Toledo. Aun Conancio sobrevivió á Isidoro, pues asistió al concilio VI de Toledo, y consta que dos años antes habia muerto Isidoro. Fué obispo desde el año 609 ó el siguiente en que murió Witerico, hasta el de 639 ó el siguiente en que falleció Chintila; y así alcanzó los reinados intermedios de Gun-

demaro, Sisebuto, Suintila y Sisenando. Fué Conancio muy sobresaliente en la elocuencia sagrada. Compuso para los oficios eclesiásticos algunos himnos y otros varios melros y prosas, y tambien la música con que se habian de cantar, acomodada á la letra y al decoro del templo. Escribió tambien un tratado de oraciones ó sean sermones adaptados á los salmos segun se cantan en el oficio.

No debe confundirse este santo obispo con Tonancio ó Constancio, dignísimo español, y muy versado en la santa Escritura, de quien conjetura el Sr. Bayer que fué presbítero ó euando menos monge. El cual junto con Vital, que tambien era español, con motivo de los progresos que iba haciendo en España la herejía de Nestorio, consultaron por escrito á Capreolo, obispo de Cartago, sobre la fe de la naliidad de Cristo verdadero Dios y hombre. Era esto por los tiempos del concilio Efesino, hácia el año 431. Capreolo les escribió una carta doctísima y muy elocuente, asegurándolos y arraigándolos en la fe de la divinidad de Jesucristo que ambos confesaban. (*Nic. Ant. Bibl. Vel. lib. 5. c. 1. y M. Florez t. 3. p. 251.*)

DIA I.º DE DICIEMBRE.

Santo Domingo Sarracino, y sus compañeros martíres.

DE la pasion de Santo Domingo Sarracino Yañez queda memoria en un privilegio del rey D. Bermudo II llamado el Gotoso, que conserva la santa Iglesia de Compostela. y publicaron Ambrosio de Morales y el M. Florez. Entre las atrocidades grandes que en España hizo Mahomad Almanzor, hijo de Abenamir, y gobernador del reino de Córdoba en tiempo de Isen II hijo de Alcatan ó Alhacan, fué muy notable la derrota que por los años 980 padeció la villa que hoy es, y era entonces muy noble ciudad de Simancas, distante dos leguas de Valladolid á la ribera del Duero. Por este medio procuraba tener abierto el camino para invasiones, por ser aquella ciudad como puerta y entrada para todo el reino de Leon. Púsole cerco, repartió el ejército por sus estancias; apretó el sitio de manera, que aporillados los muros y abiertas las puertas, la entraron por fuerza. Pasaron á cuchillo á casi todos los cristianos que en ella encontraron; saqueáronla, derribaron sus muros, y asolaron sus edificios. Hecho este estrago, dieron la vuelta para Córdoba, llevando consigo presos algunos cristianos que escaparon de la matanza. Uno de estos era nuestro santo, hombre rico, natural de la ciudad de Zamora, donde tenia sus haciendas y he-

redades. Encerráronlos en mazmorras, cargáronlos de prisiones: dos años y medio estuvieron de aquella manera bendiciendo á nuestro Señor, y dándole gracias porque les daba fuerzas para padecer por su nombre. Y como el Señor tiene cuidado de todos, y especialmente de los atribulados que acuden á él, y se le ofrecen en sacrificio; apiadado de aquellas tan grandes y largas fatigas, determinó ponerles glorioso fin, permitiendo que el tirano en odio de la fe, los sacáse de la cárcel, y los mandase degollar, con lo cual llegaron coronados á su divina presencia. Fué este esclarecido triunfo en el año 982 y no en el de 985 como creyó Roa, fundado en la equivocacion de que este fué el año primero de D. Bermudo. Nuestros historiadores la fijan en diciembre. No se sabe el número de mártires que padecieron en esta ocasion, ni el nombre de otro mas que el de nuestro Santo.

Estando Santo Domingo en la cárcel, el rey D. Ramiro III de Leon se apoderó codiciosamente de todas sus posesiones, y gozó de ellas hasta su muerte contra el decoro de su real persona. Muerto este rey, D. Bermudo II que le sucedió en la corona, no quiso mantener esta injusta posesion; ante todas cosas trató del rescate de Domingo, para redencion, como él dice, de su alma. Envió sus mensajeros al rey de Córdoba; antes que ellos llegasen á la ciudad ya los siervos de Dios habian recibido la corona de su pelea. Luego que el rey tuvo nueva de su martirio, hizo heredera de aquellas heredades á la Iglesia de Compostela. Por tanto dice: Yo el sobre dicho rey D. Bermudo en prendas del amor que á Dios tengo, y en memoria del sobre dicho mártir Domingo Sarracino, quiero hacer donacion de parte de esta hacienda como cosa debida y justa á la iglesia donde está sepultado el apóstol Santiago nuestro patrono, donde ahora es obispo Pedro el escogido de Dios; para que sea suya y la gocen por siempre jamás; y habiendo señalado las piezas, que son muchas y de mucho precio, tierras, viñas, lagares, casas, aceñas, alquerías, tiendas, bodegas con todas sus alhajas, términos, derechos y acciones, prosigue diciendo: Todo lo cual como aqui va espresado mandamos se entregase á la iglesia del santo apóstol en memoria y honra del dicho Santo Domingo, para que los que allí viven sirviendo á Dios, y acordándose de él hacen conmemoracion de sus beneficios, y le ofrecen cada dia oraciones y sacrificios, tenga socorro en lo temporal.

Ambrosio de Morales y el P. Roa dicen, que en Zamora junto al vado donde Santo Domingo tenia las aceñas, hay una ermita antiquísima con su invocacion, y en ella un sepulcro que muestra no menos antigüedad, de donde los naturales toman tierra para traer por reliquia. Y en otra memoria antigua de las cosas notables de Zamora se halla escrito que en aquel sepulcro está el cuerpo del santo mártir.

tir; bien que allí le nombran por yerro abad, no hallándose este título en el privilegio del rey donde se dice su nombre y su riqueza. Morales conjeturó que era casado, por una gran piedra de mármol azul que parece epitafio de su mujer, y se conserva en el antiguo convento de los santos mártires Acisclo y Victoria. Cuando ó como se trasladase á Zamora el cuerpo de Santo Domingo, no consta. Pudo ser que el rey D. Bermudo por la devocion que le tenia, ó acaso instado de los de Zamora, rescatase despues sus reliquias. Estas son conjeturas de Roa y de Sanchez de Feria. (*M. Flores, t. 14, p. 397 y sig.*)

DIA V.

San Giraldo arzobispo de Braga.

SAN Giraldo decoroso ornamento de la reforma de Cluni, uno de los obispos mas célebres que han brillado en la Iglesia de España, fué natural del obispado de Carducio en el reino de Francia, descendiente de las familias mas distinguidas de aquel pais. Vivieron sus padres sin sucesion muchos años, y habiendo recurrido al cielo con fervorosas oraciones, con religiosos votos, y con promesas continuadas, les concedió el Señor por fruto de sus dulces bendiciones á Giraldo, cuyo nacimiento llenó de alegría á toda su familia. Diéronle una educacion tan propia de su piedad, como de su distinguido nacimiento; pero no queriendo dilatar la promesa que hicieron al Señor, le ofrecieron á Dios desde su infancia en el monasterio Moisaico del orden de S. Benito, observando los ritos prescritos en la regla del santo patriarca sobre la oblacion de los niños. Crióse Giraldo en aquella ilustre casa, y observando en él los monges una conducta irreprochable, un entendimiento sólido, una docilidad suma, y una devocion fervorosisima, se granjeó el amor de todo aquel claustro religioso. Hizo su solemne profesion cuando tuvo edad competente, y como sus deseos no eran otros que aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion, lo consiguió á espensas de sus religiosas virtudes, dejándose ver desde luego fervoroso en la oracion, vigilante en los oficios, ciego en la obediencia, profundo en la humildad, ángel en la pureza, incontrastable en la paciencia, admirable en la mansedumbre, rigoroso consigo, y suave para con los demás. Sus amados compañeros eran los libros; cuyo estudio, y con especialidad el de la santa Escritura, le granjeó el mas alto concepto de hombre verdaderamente en las ciencias que se fundan sobre el sólido principio del santo temor de Dios.

Quisieron los monges aprovecharse de los grandes talentos de Giraldo, y para ello le nombraron visitador de los prioratos sujetos al monasterio Moissaco; cuya comision desempeñó con tanto acierto, que dentro de breve tiempo se experimentaron los efectos de un visitador tan santo como zeloso y sabio. Halló alguna resistencia en los monges del monasterio ó priorato de santa María Dourada; mas su inalterable paciencia, su dulzura y su suavidad lograron los mismos efectos que todas las demás casas. No quedaban estos reducidos dentro de los claustros, pues habiéndole dotado el cielo de una singular elocuencia, y de unos talentos tan extraordinarios para la predicacion, salia con frecuencia por todos los pueblos y aldeas de la comarca á ilustrar á sus moradores con la luz de la doctrina evangélica, atrayendo á muchos pecadores de los desórdenes comunes de los vicios á la observancia de una vida arreglada.

Nombró el rey Alfonso VI de Castilla por arzobispo de Toledo á Bernardo abad de Sahagun uno de los varones mas célebres que han florecido en España; y conociendo este que aquella santa iglesia recién conquistada del poder de los árabes, tenia necesidad de sujetos sobresalientes en ciencia y en santidad, para restituirla al antiguo esplendor que tuvo en tiempo de los godos, y entre los que trajo del reino de Francia para esta gloriosa empresa fué uno Giraldo. Confirióle una de las dignidades de aquel ilustre cabildo, que fué la de Chantes segun algunos escriben, y se portó en ella con una conducta tan justificada, que todos á una voz le proclamaban digno de mayores empleos.

Vacó por entónces el obispado de Braga, y conociendo el arzobispo D. Bernardo, que solo la eminente virtud y el ardiente zelo de Giraldo podria reparar el lastimoso quebranto que habia padecido aquella Iglesia en tiempo de los bárbaros africanos, hizo que se eligiese por prelado de ella, ó bien por nombramiento del rey D. Alfonso, ó por eleccion del clero y pueblo, con aprobacion del conde D. Enrique, á cuyo cargo estaba la regencia de la provincia de Portugal. No fué tan fácil la admision de Giraldo como fué su promocion, porque hallándose muy distante de apetecer honoríficos empleos, fué necesaria toda la autoridad del rey y la del arzobispo que se hallaba con las facultades de legado apostólico, para obligarle á que aceptase la dignidad.

Tenian por entónces los arzobispos de España la costumbre de pasar personalmente á Roma, ó enviar persona digna para obtener del papa la confirmacion de su eleccion y el uso del palio, insignias de los metropolitanos; y habiendo sido los de Braga en tiempo de los godos, determinó Giraldo ir á la capital del orbe cristiano, así para lo dicho, como para tratar con el sucesor de S. Pedro sobre los me-

días de reparar los daños que había padecido su Iglesia en el dilatado tiempo que estuvo bajo el yugo de los agarenos. Tenia Pascual II, monge que había sido de la congregacion de Cluni, grandes noticias de las recomendables cualidades del insigne prelado; y habiéndole recibido con las demostraciones del mayor afecto, no solo confirmó su eleccion y le concedió el palio, sino que le llenó de honores previniendo en sus letras apostólicas al conde Enrique, que lo tratase con toda veneracion, y le auxiliase para la recuperacion de los bienes y derechos enajenados de su iglesia.

Regresó de Roma para Braga Giraldo condecorado con los muchos privilegios que le concedió el vicario de Jesucristo, y comenzó á ejercer las funciones de su ministerio episcopal con aquel zelo y con aquella vigilancia que exige el Apóstol de los prelados perfectos colocados en el candelero de la Iglesia, de suerte que en muy breve tiempo mudó de semblante toda su diócesi, poseida antes de una sensible relajacion. La conducta admirable que observó el santo pastor facilitó la obediencia á sus sabias exhortaciones; pues jamás se dispensó de los religiosos ejercicios que observó en su monasterio, ni aflojó un punto de aquella vida ejemplar que hizo siendo dignidad del cabildo de Toledo. Con la frugalidad de su mesa, y con el modesto tren de su casa y familia, tuvo medios para socorrer á una multitud de pobres á quienes miraba como acreedores de sus rentas, portándose con todos con tanto amor, con tanta dulzura, y con tanta benevolencia, que hecho dueño del corazon de sus súbditos, todos le amaban como á padre, y reverenciaban como á pastor santo.

Conoció el ilustre prelado que el vicio predominante en su diócesi era el de la sensualidad, tanto que no se veian sino estrupos, incestos y fornicaciones; y como era tan amante de la castidad, empleó toda su reputacion en estirpar este torpe vicio que tanto afea la hermosura del alma racional, comenzando á corregirlo por los caballeros y poderosos, á fin de que diesen ejemplo á los hombres humildes del pueblo. Era Giraldo naturalmente suave y compasivo; pero cuando lo pedia la necesidad, se manifestaba inexorable en la correccion de los pecados públicos que causaban escándalo, sin reparar en la cualidad de las personas, bien fuesen nobles ó plebeyos, acreditando el Señor con visibles prodigios lo agradable que le era en esta parte el zelo de su fidelísimo siervo. Vivía en la ciudad de Braga un caballero llamado Egeas Perez, mas esclarecido por su sangre que por sus relajadas costumbres; procuró el santo arzobispo separarlo del amancebamiento que tenia con una parienta suya, por cuantos medios le dictó su ardiente caridad; pero desatendiendo el pertinaz caballero todos los consejos paternales de Giraldo, se vió en la indispensable necesidad de herirlo con la formidable espada de la esco-

munion. Despreció Egeas la censura con jaclanciosa soberbia, y no absteniéndose de comunicar con los fieles, tuvo la osadía de entrar en la iglesia en cierta ocasion que celebraba de pontifical el arzobispo á presencia del conde Enrique y de su mujer Teresa. Cesó Giraldo en la misa, intimando á todos los asistentes que no proseguiria si no se espelia del templo al público escomulgado, lo que se ejecutó puntualmente. Salió Egeas lleno de furor y confusion de la iglesia; pero prorumpiendo muchas injurias contra el santo prelado, se apoderó de él un maligno espíritu que atormentándole furiosamente le dejó caer en tierra casi muerto. Pidió la condesa Teresa al Santo luego que concluyó el sacrificio, que tuviese compasion de aquel miserable, y rogando á Dios por él puesto de rodillas; quedó libre del demonio; cuyo prodigio sirvió para que se reconociese Egeas, viviendo en adelante como cristiano. Igual castigo del cielo sobrevino á dos hermanos poderosos del territorio de Braga entregados totalmente al vicio de la lujuria, los que escomulgados por el zelosísimo prelado por haber desatendido sus paternas amonestaciones, murieron infelizmente. No menor fué el de Ordoño, familiar y privado del conde Enrique: apasionóse éste de una nobilísima señora llamada Loda, de singular hermosura y de rara virtud, que vivia en un castillo propio dos leguas de Braga, y para obligarla á que contrajese con el matrimonio, la llevó con violencia á su palacio. Rehusaba la ilustre virgen condescender con la pretension de su ciego amante, y para libertarse de su opresion, trocó los vestidos con los de una criada fingiendo ir por un cántaro de agua de la fuente, con cuyo artificio se salió del palacio de Ordoño. Supo éste el artificio, y salió en busca de Loda con una grande comitiva de sus familiares y amigos: sintió la devota doncella, que apenas podia andar por su delicadeza, la turba de los que la buscaban, y puesta de rodillas, imploró la proteccion del santo prelado, para que la libertase de aquel inminente peligro; y fué cosa admirable, que habiendo pasado junto á ella toda la comitiva, no fué vista por ninguno de ellos. Llegó á entender Ordoño que por la intercesion del Santo se habian malogrado sus intenciones, y teniendo la osadía de pronunciar contra él varias injurias, las vengó el cielo con una desgraciada muerte.

Estos y otros muchos portentos con que quiso Dios manifestar la eminente santidad de su fidelísimo siervo le hicieron respetable en todo su obispado; y aprovechándose de este general concepto, redoblaba su vigilancia pastoral para imprimir en todos sus subditos la religiosidad y la piedad, de las que estaba penetrado su corazon. Quiso visitar personalmente á su diocesi, á fin de comunicar á sus ovejas las correspondientes instrucciones de la doctrina cristiana, de que estaban necesitadas, porque habiendo vivido los cristianos mu-

ochos años mezclados con los moros, no dejaron de adoptar varias de sus relajadas costumbres. Hizo su visita segun la costumbre de los padres antiguos, dando á todos saludables documentos, para que obrasen segun el espíritu de la religion que profesaban, y no satisfecho con los pastos espirituales, socorria con mano liberalísima todas las necesidades corporales de sus subditos. Era para con todos dulcísimo, y siendo solo severo y rigido para consigo, llegó ocasion de pasar tres dias sin desayunarse por no impedir las funciones de su ministerio, cuyo rigor fué la causa de no poder continuar su visita por falta de fuerzas. Acometióle una ardiente calentura en un pueblo llamado Bornes, y conociendo que se llegaba el fin, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Recibió los últimos sacramentos con grande devocion: vistióse de cilicio, y cubrió con ceniza su cabeza segun la costumbre de aquellos siglos, y dando su bendicion á los suyos, murió en el Señor en el dia 5 de diciembre del año 1109, habiendo gobernado su Iglesia como un verdadero sucesor de los apóstoles nueve años, dos meses y once dias. Luego que se supo en Braga la muerte del santo arzobispo, se dispuso inmediatamente trasferir á su Iglesia el venerable cadáver con la posible magnificencia, y ejecutado así, se depositó en la capilla de S. Nicolás que él mismo hizo construir, donde se tienen en gran veneracion sus reliquias, y se digna el Señor obrar muchos prodigios por la poderosa intercesion de su fidelísimo siervo.

DIA VI.

San Fortian, mártir.

EL bienaventurado niño S. Fortunato ó Fortian, segun le llama el vulgo catalan, del cual hace solemne fiesta tal dia como hoy la iglesia parroquial de Torelló, en el obispado de Vique, y principado de Cataluña, segun se entiende, y así está pintado en su antiquísimo retablo, es uno de los santos Inocentes que mató el cruel rey Herodes, cuya historia se lee en las del dia 28 de este mes. Tiénese allí por tradicion que una paloma tomó con su pico la arquilla donde estaba el cuerpecito de este bienaventurado Santo, y la trajo á una fuente que está cerca de la villa de Torelló, la cual no está muy lejos de una iglesia edificada fuera de aquel pueblo llamada S. Fortian. Y segun añaden algunos, habiendo la paloma aparecido en la dicha fuente trajo la santa reliquia á la iglesia parroquial de Torelló, y la

puso en el coro, viniendo de una manera tan maravillosa aquel gran tesoro al dicho pueblo. Refiérense muchísimos milagros obrados por la misericordia divina, mediante la intercesion de este bienaventurado niño, cuya autenticidad bien se colige de la grande veneracion con que es honrado de aquellos naturales. El clero dice misa de este santo mártir, y nóbranle en la colecta de ella, llamándole Fortunato. (*Domenech His. Sant. Cal.*)

DIA X.

San Melquiades ó Mirtiades Papa.

SAN Melquiades, que segun algunos nació en Madrid, sucedió á Eusebio en la silla de S. Pedro, habiendo sido electo á aquella dignidad el día 2 de julio del año 311 imperando Maxencio. Constantino venció á aquel tirano en 28 de octubre de 312, y poco despues publicó sus edictos para que los cristianos tuviesen el libre uso de su religion, y la libertad de erigir iglesias. Para apaciguar á los gentiles que andaban inquietos con esta concesion, cuando llegó á Milan en el año de 313 concedió por un segundo edicto á todas las sectas, menos á los herejes, la libertad de conciencia. Entre las primeras leyes que estableció en favor de los cristianos eximió en una al clero de toda la carga de tributos y oficios concejiles. Obligó á todos sus soldados á rezar todos los domingos una oracion dirigida al un solo Dios, y no hubo idólatra que escrupulizase en hacerlo. Abolió las festividades gentílicas y los misterios en que tenian parte las rameras públicas. Como la impureza contranatural estaba entre los romanos casi sin freno, y se hizo la lujuria y el abandono tan general entre ellos, principiaron á huir del matrimonio, para seguir con mas libertad el impetu de sus pasiones. Por esta causa Augusto se vió en la precision de animarles á aquel estado por las leyes, y mandar á todos los hombres que se casasen, imponiendo pesadas multas y cargas á los desobedientes. Contenidos algun tanto los abusos con la religion cristiana, y con mucha mas eficacia de lo que pudieran las leyes humanas, Constantino repitió la ley *Poppæa* en favor del celibato; y tambien hizo otra ley castigando con pena de muerte el adulterio. Regocijábase el buen papa al ver la prosperidad de la casa de Dios, y con su zelo estendió grandemente sus limites; pero tuvo tambien la pena de ver su grey afligida y trastornada con una division intestina, en el cisma Donatista que corrió con tanta furia por el Africa. Acusado falsamente Mensurio, obispo de Cartago, de que habia entregado los sagrados libros á

los perseguidores, Donato, obispo de Casanigra en Numidia, se separó injustamente de su comunión, y continuó su cisma aun después que Ceciliano sucedió á Mensurio en la silla de Cartago, juntándosele varios enemigos de aquel buen prelado, especialmente una señora muy poderosa llamada Lucilla, que tenia varios resentimientos personales con Ceciliano, siendo éste diácono de aquella Iglesia. Los cismáticos apelaron á Constantino que estaba entonces en las Galias, y le suplicaron enviase al Africa tres obispos de aquel país á quienes ellos nombraron determinadamente para que juzgase su causa contra Ceciliano. El emperador les concedió los jueces que le pedian; pero mandó que los tales obispos pasasen á Roma por medio de una carta, juntamente con los que de la Galia enviaba aquel príncipe con otra en que le suplicaba al papa Melquiades examinase aquella controversia, y la decidiese conforme á justicia y equidad. El emperador dejó á los obispos la decision de este negocio, porque era peculiar de los obispos. El papa Melquiades abrió un sínodo en el palacio Lateranense en 2 de octubre de 313, á que se hallaron presentes Donato de Casanigra y Ceciliano de Cartago, en el que este último fué pronunciado inocente por el papa y por el concilio, de cuantos cargos le habian hecho. Donato fué el único que le condenó en aquella ocasion: á los demás obispos que se habian adherido á éste se les permitió conservar sus sillas con tal que renunciasen del cisma. San Agustin hablando de la moderacion de que usó el papa le llama hombre excelente, verdadero hijo de paz, y padre de los cristianos. No obstante los donatistas después de su muerte recurrieron á sus comunes y acostumbradas armas de la calumnia para manchar la pureza de su carácter, y pretendieron tambien imputarle que habia entregado las escrituras santas á los perseguidores; cuya mentira llama S. Aguslin maliciosa é infundada calumnia. S. Melquiades murió en 10 de enero de 314, y fué enterrado en la via Appia en el cementerio de Calisto. En algunos es titulado mártir, sin duda por razon de lo mucho que tuvo que sufrir en las anteriores persecuciones. (*Butler.*)

DIA X.

San Invento, llamado en vulgar catalan san Trobat, mártir, y los trescientos y cincuenta y nueve mártires, cuyas reliquias se conservan en la iglesia de san Felix de Gerona.

En la iglesia colegial de S. Felix de Gerona se honra la memoria de trescientos y sesenta mártires, cuyas sagradas reliquias posee, los

cuales padecieron, si no todos á lo menos gran parte de ellos, en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, siendo presidente en España el cruel Daciano y lugarteniente de éste Rufino, el mismo que quitó la vida á S. Felix. Créese que son del número ya dicho todos aquellos cristianos que estaban oyendo la misa cuando fué muerto el bienaventurado obispo S. Narciso en este mismo tiempo de Diocleciano y Maximiano, y que fueron allí sacrificados por los gentiles. S. Invento indudablemente seria de aquella muchedumbre de bienaventurados caballeros de Cristo. Es este Santo abogado especial contra las calenturas que llaman cuartanas, y por eso le tienen en la ciudad de Gerona en mucha devocion, y hasta nuestros tiempos se celebra de él particularmente en dicha Iglesia nombrándole en la colécta de la misa, y es costumbre allí decir esta: *Præsta quæsumus omnipotens Deus: ut intercedento beato Invento martyre tuo, et á cunctis adversitatibus liberemur in corpore, et á pravis cogitationibus mundemur in mente. Per* etc. Está pintado este Santo en el retablo nuevo de nuestra Señora del Rosario de dicha iglesia de S. Felix, y tambien lo estaba en el viejo, que era antiquísimo.

El número de los mártires se saca de un sumario impreso de indulgencias de la misma iglesia de S. Felix; el cual dice que en ella está el cuerpo del glorioso S. Narciso con las reliquias de S. Felix, y con otros trescientos y sesenta mártires. Lo mismo dicen ciertas bulas del papa, que se hallan en el archivo de la precitada iglesia. (*Dom. Hist. Sant. Cat.*)

DIA XIV.

San Justo y Abundio, mártires.

ENTRE los muchos mártires de Jesucristo que testificaron con su sangre las infalibles verdades de nuestra tanta fé en España, numeran varios escritores nacionales á S. Justo y Abundio, ambos dignos de memoria eterna por los gloriosos triunfos que consiguieron de los gentiles. Sucedió en el imperio romano por muerte del emperador Probo, Marco Aurelio Caro, quien tomó por compañeros en el gobierno á sus dos hijos Carino y Numeriano, y aunque los dos primeros fueron algo favorables á los cristianos, no así Numeriano que los prosiguió cruelísimamente. Envió este á España por gobernador de la provincia de la Bética ó Andalucía á Olibrio, uno de los mas ciegos partidarios de las supersticiones paganas; y queriendo acreditarlo así, hi-

zo padecer en las ciudades de su departamento á muchos cristianos inocentes, no por otra causa que la de resistirse con heróica fortaleza á ofrecer sacrificio á los ídolos. Supó este tirano que en Baeza se distinguia Justo entre los fieles por el zelo que manifestaba en la defensa de la religion de Jesucristo; y como sus deseos no eran otros que los de castigar severamente á semejantes profesores, hizo que compareciese á su tribunal, en el que reprendió sus procedimientos contra lo mandado por los príncipes del mundo. Sufrió Justo un dilatado interrogatorio en orden á su religion; pero solicitando Olibrio obligarlo á que prestase adoracion á los dioses romanos, le hizo entender, qué estaba pronto á perder la vida una y mil veces si posible fuera, antes que cometer la sacrilega impiedad á que queria precisarle. Ofendido el tirano de una respuesta que no le daba esperanza de poder reducirlo, mandó atormentarlo en ciertas ruedas, con que los gentiles despedazaban los cuerpos de los martires de Jesucristo. Mantúvose el ilustre confesor en medio de aquel bárbaro tormento con una tranquilidad inalterable, cantando himnos de divinas alabanzas, y queriendo el Señor ostentar su infinito poder para confusion de los paganos, hizo que se deshiciese aquella máquina horrible quedando su fidelísimo siervo sin el menor daño.

Parece que debiera Olibrio abrir los ojos á vista de aquel extraordinario prodigio; pero creyendo que perdía toda su reputacion, si no triunfaba de un hombre que despreciaba á sus dioses, mandó que lo echasen en un horno encendido. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor puntualidad; mas repitiendo el Señor la misma maravilla que obró en el horno de Babilonia con los tres ilustres jóvenes Ananias, Azarias y Misael arrojados al fuego por Nabuco, se conservó ileso entre las llamas, bendiciendo á Dios con festivos cánticos.

Hallábase presente á aquel espectáculo cierto cristiano llamado Abundio, y encendido en vivísimos deseos de ser participante de la dicha de Justo, comenzó á declamar contra los procedimientos del tirano en términos, que enfurecido Olibrio como un bravo leon, le amenazó con los mas fieros tormentos si no sacrificaba á los ídolos. Despreció Abundio con generosidad la conminacion, y revestido de aquella fortaleza que es propia de los héroes del cristianismo, le hizo entender el enorme error en que vivían los gentiles, ofreciendo sus sacrificios á los demonios bajo el velo de quiméricas deidades representadas en unas vanas estatuas, manifestándole al mismo tiempo la razon y la justicia que habia para que todos los hombres tributasen sus cultos al Dios verdadero Criador del cielo y de la tierra. No pudo contener Olibrio la indignacion dentro del pecho al oír las espresiones de Abundio, y encendido en una rabiosa cólera mandó que le arrojasen al horno donde estaba Justo. Ejecutóse así sin la menor dila-

cion; pero como Dios queria manifestar á los paganos el cuidado especial que tenia de sus ilustres confesores, dispuso que el incendio no tocase ni aun á sus vestidos.

Ultimamente apurado todo el sufrimiento de Olibrio viendo que con tantas maravillas se confirmaba mas y mas la verdad de la religion de Jesucristo, al paso que se desacreditaba el ningun poder de sus mentidas deidades, los sentenció á degüello. Llevaron los paganos á Justo y Abundio al lugar del suplicio, y presentando ambos con igual valor y con igual alegría los cuellos al verdugo, lograron la deseada corona del martirio en el día 14 de diciembre por los años 285. No se olvidó la Iglesia de España del glorioso triunfo de los dos ilustres mártires, cuya memoria se celebró en tiempo de los godos, como se acredita por el oficio y elegante himno que consta en el breviario Mozárabe segun el orden del padre S. Isidoro.

DIA XV.

San Urbe, confesor.

SAN Urbicio, comunmente llamado S. Urbe, cuya memoria es y ha sido siempre célebre en el obispado de Huesca, que fué el teatro de su prodigiosa vida, nació en Burdeos, ciudad principal del reino de Francia. No nos consta quien fué su padre, del que quedó huérfano en sus mas tiernos años; pero sabemos que fué su madre una señora de mucho mérito llamada Asteria, que si bien distinguida por su calificada nobleza, y por la particular instruccion que tuvo en las letras griegas y latinas, lo fué mucho mas por sus virtudes cristianas. Crió á Urbe en el sólido principio del santo temor de Dios, y correspondiendo fielmente á su buena educación, fué su infancia un preludio de su santidad futura.

Quando la madre y el hijo vivian en Burdeos dedicados enteramente al servicio del Señor, entraron en la Aquitania los moros, dueños de la mayor parte de España, y no satisfechos con los enormes estragos que hicieron en la irrupcion, cautivaron á no pocos cristianos, y entre ellos á Asteria y á Urbe, siendo este de edad de unos catorce á quince años. Sintieron ambos aquella desgracia; pero resignándose con la voluntad de Dios que así lo permitia, sufrieron con inalterable paciencia el pesado yugo de la esclavitud. Consiguió Asteria su libertad pasado algun tiempo, y dejando á su amado hijo en el cautiverio, se ausentó á su patria no con otro fin que el de propor-

cionar los medios para su rescate. Hizo cuantas diligencias le fueron posibles; mas no habiendo producido el efecto deseado, recurrió al Señor con fervorosas oraciones y con rigurosos ayunos, rogándole que se dignase conceder libertad á su amado hijo.

Vivia Urbe en el cautiverio sirviendo á sus amos no por temor sino por conciencia, segun la prevencion de S. Pablo, portándose en todo con tanta fidelidad y con tanta alegría, como si gozase la suerte de un ingenuo y no de un esclavo; pero como sus deseos no eran otros que ocuparse enteramente en el servicio del Señor, pedía á Dios de continuo que le diese libertad, poniendo por intercesores á S. Justo y Pastor, ilustres mártires de Alcalá de Henares, á quienes profesaba una devoción singularísima. Consiguió en efecto la apetecida libertad, y reconociéndola debida á la poderosa mediacion de los santos niños, pasó inmediatamente á Alcalá á dar á sus bienhechores las gracias por tan grande beneficio. Hallábase aquella ciudad en poder de los mahometanos, y penetrado el corazon de Urbe del mas vivo dolor, al ver espuestas á la profanacion de los bárbaros las santas reliquias de aquellos dos recomendables héroes que dieron tanto honor á la religion de Jesucristo, esperando ocasion oportuna, hizo el piadoso robo de los cuerpos de los ilustres niños, llevándolos á su patria con toda la posible cautela, no separándolos jamás de su vista.

Mantúvose Urbe algun tiempo en Burdeos en compañía de su madre; pero como todas sus ansias y todos sus suspiros eran por la soledad, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion libre de los impedimentos de sus parientes y amigos, volvió á España, y buscando en las montañas de Huesca un sitio proporcionado para satisfacer sus intenciones, le pareció muy á proposito el valle Nocito, cinco leguas distante de aquella ciudad, donde fijó su residencia en una ermita ú oratorio que habia en aquel desierto, al que dió despues su nombre. Cuando se vió el Santo en lugar tan retirado de todo el comercio humano, se sintió mas que nunca encendido en el amor de los ejercicios eremíticos, y desde aquel punto no tuvo otra ocupacion, que la de castigar su cuerpo con rigurosos ayunos y con asombrosas mortificaciones, gastando en oracion los dias y las noches.

Causan admiracion los artificios de que se valió el demonio para engañar al ilustre solitario; pero de todos los combates del tentador le libró la humildad y el frecuente recurso á la oracion: con efecto, mediante la asistencia de la divina gracia triunfó de los enemigos infernales, á quienes se hizo tan temible, que al imperio de su voz huían precipitadamente de los cuerpos humanos que tiranizaban.

Esparcióse la fama del célebre eremita por toda aquella region, y atraidos del buen olor de su virtud los cristianos mozárabes, esto es, los que vivian mezclados con los árabes, concurrían con mucha fre-

cuencia á visitar á Urbe, para disfrutar sus santas conversaciones y sus saludables consejos, quedando admirados de ver tanto número de prodigios como obraba el Señor cada dia por la intercesion de su siervo, no siendo el menor de ellos la sumision con que le obedecian todas las fieras de aquellas montañas.

Cincuenta años gastó Urbe una vida tan rígida y tan penitente, con que renovó en su persona aquellas espantosas imágenes de mortificación que nos refiere la historia de los mas famosos solitarios de Egipto. Conoció por el quebranto de su salud, nacido del rigor de sus austeridades, que se acercaba el fin, y aunque toda su vida habia sido una continua preparacion para la muerte, con todo renovó su fervor, é hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia en los últimos instantes, de suerte que abrasado como preciosa víctima en divinos incendios, murió en el Señor en el día 5 de diciembre por los años 802 segun el cálculo de algunos escritores. Dispuso el Santo que se diese á su cadáver sepultura en la misma ermita, que fué el teatro de su prodigiosa vida, con la prevencion de que se enterrasen, junto á él los cuerpos de los santos niños Justo y Pastor, ilustres mártires de Alcalá, para que no se separasen hasta la muerte los que tuvo siempre en su compañía; y ejecutado así, permaneció en el mismo santuario el cuerpo del ilustre eremita sin la menor corrupcion despues de tantos siglos, cuya festividad celebra la ciudad de Huesca en el día insinuado de su feliz tránsito, concurriendo en todo tiempo los pueblos de la comarca á implorar su poderoso patrocinio, y con especialidad en los años estériles, en los que se digna Dios favorecerlos con abundancia de lluvias por la intercesion del Santo.

DIA XX.

La venerable Oria.

DEL tiempo de Santo Domingo de Silos es la venerable Oria, que con su aprobacion vivió reclusa ó emparedada con grande edificacion de toda nuestra península. Antiguo es en la iglesia este linaje de vida penitente, por el cual algunos hombres ó mujeres llamados de Dios á huir enteramente los riesgos del siglo, se cerraban en una celda estrecha tapiada por todas partes, sin mas respiradero que una ventana por donde recibian el preciso alimento. Altísima era esta penitencia, grandes pruebas se requerian en quien la hubiese de abrazar. Muchos reclusos de estos hubo en España, como en otra parte hemos dicho. La indiscrecion de algunos y la flojedad tambien, y so-

bre todo la miseria nuestra que hasta las cosas mas santas avinagra y corrompe, dieron ocasion á que los padres del concilio 7.^o de Toledo celebrado en el año 646 (en el cãnon V *de reclusis*) prohibiesen admitir á este género de vida á los que antes no hubiesen dado frutos de observancia regular en algun monasterio, mandando que los vagos que no tenian estabilidad ni daban buen olor de virtud, fuesen llevados á sus conventos, ó instruidos en sus obligaciones, si no hubiese otro remedio.

Una de las personas que loablemente practicaron en Silos este género de vida anacorética, fué la venerable Oria, la cual desamparando sus deudos y saliéndose de su casa con deseo de entregarse toda á Dios, pidió á Santo Domingo no solo el velo de esposa de Jesucristo, más tambien licencia para vivir emparedada, á lo cual se sentia impelida del Espíritu Santo. Mostróle el santo abad la aspereza de la penitencia á que se queria obligar; dijole que menos malo le fuera mantenerse en la casa de sus padres, que abrazar aquella vida tan rigorosa, y abandonarla despues por flojedad é inconstancia. Estas reflexiones muy prudentes y atinadas como de tan sabio y santo varon, no fueron bastantes para apagar en Oria el ansia de la perfeccion á que aspiraba por medio de aquella vida. Insistia siguiendo el fervor de su espíritu, al cabo entendió el santo abad que aquella era obra de Dios, y le concedió lo que pedia. Con gran gozo se sepultó en vida la santa doncella, muriendo al mundo y á su alboroto y ruido. Con espíritu angélico emprendió esta carrera, y perseveró en ella algunos años. No pudiendo el demonio sufrir la guerra que le tenia Oria declarada, hizo grandes esfuerzos para derribarla de su propósito. Trató primero de aterrarla con miedos y espantos que suelen causar miedo especialmente á mujeres, y mas cuando son obra de tal inventor. Apareciósele en figura de serpiente, ya grande, ya pequeña, haciendo varios ademanes para que atemorizada la sierva de Dios abandonase aquel lugar y mudase de vida. Era esto continuo, dia y noche. Oria le resistia y le vencia con las armas de la oracion; al cabo viendo la tenacidad del enemigo dió parte á Santo Domingo de la tribulacion en que se hallaba. Fué allá el bendito abad, dijo misa, le dió la comunión, echó agua bendita en la celdilla de la sierva de Dios; con esto desapareció el demonio, y no volvió mas aquella vision. De esta nueva tranquilidad se aprovechó Oria para correr á paso largo hácia el blanco de su vocacion, en la cual perseverando hasta el fin, mereció llegar á la eterna corona antes del año 1090 en que escribia su vida el monge Grimaldo.

La santidad de esta sierva de Dios es celebrada por los escritores de aquellos tiempos. No se sabe el sitio donde la enterraron, ni menos donde tuvo la celda; creible es que viviese junto al monasterio de

S. Sebastian de Silos en que Santo Domingo era abad, pues aun antes de haber ido él á Silos hubo allí casa de religiosas con iglesia dedicada á S. Miguel, la cual perseveró aun despues que faltaron las monjas. Y de esta casa era abad D. Nuño quando fué Santo Domingo al monasterio, como arriba hemos dicho. No léjos de este sitio hubo un hospital, y junto á él vivió emparedada tambien otra señora llamada D.^a Costanza, á la cual y al hospital, que era fundacion suya, recibió bajo su proteccion el rey de Castilla S. Fernando en el año 1218. Tambien queda memoria de otra reclusa del obispado de Burgos, llamada Mariana, la cual siendo obispo D. Garcia en el año 1097 con algunos abades y abadesas de varios monasterios, confirmó la escritura de donación hecha á favor de la Sede de Burgos por Froñilda, religiosa de la órden de S. Benito.

DIA XXIII.

San Vintila, Anacoreta.

EN una ermita junto á Santa María de Pungin dentro del arcedianato de Castela, á tres leguas de Orense, se venera el cuerpo de San Vintila, del cual dicen haber nacido en España de padres cristianos, que le educaron en el temor de Dios, y le dedicaron á las letras. Tenia él buen talento, aprovechó en los estudios, y mas en la virtud. Era misericordioso, honesto, causábale horror hasta la sombra de pecado. Quiso Dios apartar de los riesgos del mundo, y le llamó á la vida solitaria. Obedeciendo él al impulso del Espiritu Santo dejó su casa y parentela, y se retiró á un monasterio, donde fué provada su vocación, y alcanzó licencia para retirarse al desierto. Allí fué ejercitado con recias tentaciones, las cuales vencía con la oracion con la mortificacion continua y general de sus pasiones. Volaba la fama de este siervo de Dios, de muchas partes acudian á él gentes faltas de salud, ó necesitadas de consejo, ó deseosas de mejorar de estado ó de vida. Obraba Dios por su intercesion grandes milagros. Así perseveró dando buen olor de virtud hasta que le llamó Dios para sí. Fué su dichosa muerte tal dia como hoy en el año 899 siendo rey de Leon D. Alonso el Magno, y Sunna obispo de Orense. Su cuerpo está en un sepulcro de piedra; su epitafio traducido del latin es como se sigue: Aquí descansa el siervo de Dios Vintila que murió el dia 23 de diciembre en la era CMXXVIII. Desde entonces ha proseguido hasta ahora la memoria de S. Vintila con gran reverencia y devoción en toda aquella tierra.

DIA XXV.

Santa Eugenia, virgen y mártir.

SANTA Eugenia, tan celebrada por su portentosa vida, como por el glorioso triunfo que consiguió de los enemigos de la fe, fue natural de Roma, hija del ilustre mártir S. Felipe. Habia obtenido éste los empleos mas honoríficos de la república, y queriendo premiar sus grandes méritos el emperador Cómodo, le nombró prefecto de Egipto, con cuyo motivo pasó con toda su familia á Alejandria capital de su departamento. Contaba entonces Eugenia diez y seis años de edad, y como era naturalmente inclinada á los libros, se dedicó al estudio de la filosofía en aquella célebre universidad de la Grecia, donde las ciencias llegaron al mas alto grado de estimacion. Tenia la insigne virgen un juicio demasiadamente sólido y una comprension muy perspicaz para vivir satisfecha de las ridículas supersticiones del paganismo en que habia sido educada: bastariala solo su razon natural ilustrada con las luces de la filosofía para conocer los groseros errores y los enormes abusos de la idolatría; pero aunque el entendimiento puede descubrir todo esto por la luz natural, con toda la conversion del corazon siempre es obra de la gracia. Comenzó ésta á iluminar insensiblemente al espíritu de Eugenia, para que conociese la ridiculez y la impiedad de todas aquellas divinidades quiméricas, que entretenian y engañaban miserablemente á los idólatras, y al resplandor de esta luz entendió muy presto que habia un Sér supremo soberano y eterno, principio y fin de todos los entes criados, que únicamente podia hacer la suma felicidad y bienaventuranza del hombre. Hallábase embebida la Santa en estas reflexiones, cuando por especial favor de la divina Providencia vinieron á sus manos las Cartas de S. Pablo; y habiéndolas leído con particular gusto, acabó de descubrir por ellas la verdad y la santidad de nuestra fe.

Hizo ver la insigne virgen á sus enucos Proto y Jacinto las infalibles verdades del Evangelio, desengañándolos á un mismo tiempo de los crasos errores de la idolatría; y convencidos estos de la falsedad de los dioses á quienes tributaban culto los gentiles, y de la ridiculez de las supersticiones paganas, recibieron todos tres el bautismo con un gozo inesplicable; siendo tan abundante la gracia de su regeneracion en Jesucristo, que desde el principio se sintieron llenos del espíritu de Dios, mirando con tedio y con horror todo cuanto habian aprendido en los libros de la idolatría.

Algunos escritores nos dicen, que para recibir Eugenia con sus eunucos el bautismo, se salió disfrazada en traje de hombre de la casa de sus padres, y que administrado aquel sacramento por el obispo de Alejandria llamado Helano, le puso el nombre de Eugenia. Tambien añaden, que abrazó el estado monacal en uno de los monasterios de Egipto, donde fué tan observante de la disciplina regular, que corrió la fama de su eminente virtud por toda aquella region: y ademas escriben, que apasionada ciegameute una noble señora de Alejandria del ilustre monge, resisliéndose Eugenia á sus torpes solicitudes, lo delató á su padre, que era el prefecto de aquella capital, con la falsa calumnia de que habia querido violentarla por fuerza, en cuyo caso le fué preciso manifestar su sexo para desvanecer la impostura; y descubriendo quién era, convirtió á su padre, á su madre, á sus hermanos y á otros muchos gentiles á la religion de Jesucristo; pero prescindiendo de estos hechos que estiman por fabulosos no pocos criticos, es lo cierto, que habiendo logrado la corona del martirio su padre, por defensa de la fe, en la que fué instruido por Eugenia, se restituyó ésta á Roma con sus eunucos Proto y Jacinto, donde continuaban los santos ejercicios de nuestra santa religion á pesar de las sangrientas persecuciones que padecian en aquella capital los cristianos por los gentiles.

Súpose en Roma la profesion de la ilustre vírgen; pero como sus deseos no eran otros que testificar con su sangre las infalibles verdades que creia, no se valia de aquellas prudentes cautelas á que se veian precisados los fieles en tan lastimosos siglos, reuniéndose en los cementerios ó catacumbas para celebrar los oficios divinos por temor de los paganos. Fué delatada por cristiana al prefecto de la ciudad llamado Nicecio segun sienten algunos. Hizo éste que la condujesen presa ante su tribunal, y quiso obligarla á que prestase adoracion á los ídolos; pero el horror que causó á Eugenia la sacrilega impiedad á que solicitaba obligarla, y la heróica constancia con que se negó á cometerla, redobló la furia y la crueldad de aquel tirano en términos, que probó su constancia con tormentos esquisitos. Varios autores escriben, que viendo el prefecto inútiles todos sus esfuerzos para rendir á la esforzada doncella, mandó precipitarla al Tiber, atándola al cuello una pesadísima piedra; pero librándola el cielo de aquel peligro, se paseó sobre las aguas, llegando á la orilla del rio sin la mas mínima lesion. Creyó el tirano que no podria superar la eficacia del fuego, y gobernado de esta idea dispuso que la arrojasen á una ardiente hoguera, entre cuyas llamas se mantuvo intacta, bendiciendo al Señor como los niños en el horno de Babilonia: en vista de lo cual, ordenó el prefecto que la encerrasen en un oscuro calabozo, con orden espresa de no suministrarla cosa alguna de comida ni de bebida; pe-

ro recreada con sustento celestial por espacio de diez dias, al fin de ellos mandó el tirano decapitarla.

No nos empeñamos en sostener la verdad de estas y otras actas que impugnan los criticos, porque la complicacion de las de Eugenia con las de sus compañeros en el martirio nos impiden saber individualmente todas las circunstancias del bárbaro juicio en que fueron condenados; mas es constante, que muchos monumentos de una respetable antigüedad, que ha conservado el piadoso cuidado de la Iglesia, nos dan idea de los esquisitos tormentos que padecieron, en los que se sostuvo Eugenia asistida de la divina gracia de los mas fuertes combates con que quiso el tirano probar su constancia, oyéndose con admiracion por todos los circunstancias las convincentes respuestas que dió al escrupuloso interrogatorio que la hizo el tirano, por las que manifestó como tan sabia la vanidad de los falsos dioses de los gentiles, y la ridícula necedad de las supersticiones del paganismo, haciendo ver á un mismo tiempo la divinidad del único y verdadero Dios, á quien tributaban culto los cristianos; lo que irritó de tal suerte al acalorado prefecto, que temiendo que los discursos de Eugenia hiciesen la impresion que podian y debian en los idólatras, mandó degollarla inmediatamente, logrando la apetecida corona del martirio en el dia 25 de diciembre por los años 261.

Dieron los cristianos sepultura al venerable cadáver de la insigne vírgen en uno de los caminos de Roma, sin que se pueda dudar que en aquella capital fué célebre su memoria desde que triunfó gloriosamente de los enemigos de Jesucristo; pero habiendo dado el papa Benedicto VII á D. Garcia rey de Navarra el cuerpo de Sta. Eugenia con otras muchas reliquias, trasferidas á España en el año 1052, se colocaron las de la ilustre mártir en el monasterio de Sta. María de Nájera fundacion del mismo piadoso príncipe, donde se celebra su traslacion en este dia.

DIA XXXI.

Santo Domingo mártir.

UNO de los ilustres mártires de Jesucristo sacrificados al furor de los bárbaros mahometanos en la infeliz época que se hallaban éstos dueños de casi toda la península de España, fué santo Domingo Jañez natural de la ciudad de Zamora, donde es y ha sido célebre su memoria desde que triunfó gloriosamente de los enemigos de la fé. Si-

guió Domingo la carrera militar con el noble objeto que alentaba por entonces á los cristianos mozárabes de la nacion, no otro que el de sacudir el pesadísimo yugo de los agareños. Invadieron éstos á la ilustre villa de Simancas, llamada antiguamente Septimancas, lo mismo que siete manos mancas; cuyo honroso título tomó de un hecho que pudo competir con los mas famosos que en materia de honestidad elogian las historias sagradas y profanas. Fué el caso, que habiendo entrado victoriosos los moros en el espesado pueblo, temerosas siete vírgenes ilustres de que insultasen los bárbaros su pureza, se cortaron las manos siniestras, y se afearon los rostros con su propia sangre, para contener el atrevimiento de los invasores con un aspecto tan horroroso. Pasaron á cuchillo los africanos á todos los fieles que encontraron en Simancas, resentidos de la vigorosa resistencia que hicieron al porfiado sitio que pusieron á la villa, y volviendo victoriosos á Córdoba, corte de los mahometanos, dondè á la sazón reinaba Isen ó Iscan, llevaron consigo entre otros muchos cautivos á Domingo, á quien pusieron en una oscura mazmorra con otros cristianos que participaron de la misma infeliz suerte. Hiciéronles padecer innumerables trabajos é imponderables miserias por espacio de dos años y medio; pero todas estas calamidades las sufrieron los ilustres prisioneros con inalterable paciencia, dando al Señor repetidísimas gracias porque les hacia dignos de padecer por su amor.

En este tiempo, segun escriben algunos, siendo Domingo casado, pasó de Zamora á Córdoba su mujer, llamada Violante así para servir de consuelo á su amado esposo, como para tratar de su rescate; pero aunque sobre esto hizo las mas eficaces diligencias, no tuvo efecto la libertad del Santo á causa de la violenta usurpacion que hizo de sus bienes el rey D. Ramiro III de Leon, en cuyo tiempo sucedió aquella guerra. Resignáronse ambos esposos con la voluntad de Dios que así lo disponia; mas queriendo el Señor renumerar con libertad mas completa el pacífico sufrimiento de los fieles cautivos, que no cesaban de implorar la divina misericordia, les coronó con la gloria del martirio en el día 31 de diciembre del año 985. No se ausentó Violante de Córdoba por la muerte de Domingo, antes bien determinó pasar el resto de sus dias en la misma ciudad, que fué el teatro del glorioso triunfo de su marido, al que sobrevivió un año ocupada en santas obras; y habiendo fallecido, se le dió sepultura en la iglesia de S. Acisclo y Victoria, segun se acredita por el epitafio de su sepulcro.

Murió Ramiro III antes del martirio de Domingo, y habiéndole sucedido en el reino de Leon Bermudo II de este nombre, condoliéndose de los trabajos y de las miserias que padecian en la cárcel de Córdoba los cristianos que fueron cautivos en Simancas, envió sus ora-

dores para que solicitasen su rescate. Supieron estos antes de llegar á Córdoba la muerte de Domingo y de sus ilustres compañeros, y noticiándola á Bermudo, quiso este religioso príncipe que fuese la iglesia heredera de los bienes del ilustre mártir, que usurpó D. Ramiro contra la autoridad y el decoro de su real persona, pareciéndole cosa ajena de razon el que gozase su dueño de la vision beatífica, y que poseyesen sus bienes otros que no estuviesen consagrados al servicio del Allisimo en la tierra, segun consta por su real privilegio con fecha de 4 de febrero del año 988, en el que dice Bermudo: *En memoria del ilustre mártir Domingo Sarracino, quiero hacer donacion de su hacienda como cosa debida y justa á la iglesia donde está sepultado el apostol Santiago nuestro patron, para que sea suya, y la goce para siempre, la que se le dé y entregue en honra del dicho mártir, para que los que allí viven sirviendo á Dios, acordándose de él, y ofreciéndole cada dia oraciones y sacrificios, tengan socorro en lo temporal.*

Diéron los cristianos sepulcro á los venerables cuerpos de Domingo con los de sus compañeros en Córdoba; y habiendo recuperado aque- la ciudad del poder de los moros el santo rey Fernando III de Castilla, se trasladaron en su tiempo las reliquias del ilustre mártir Domingo á Zamora, donde son tenidas en grande veneracion, y se conserva hasta el dia una ermita antiquísima bajo su advocacion cerca del vado que llaman de D. Garcia, en la que se halla un sepulcro de no menos antigüedad, donde se dice estar el cuerpo del Santo.

DIA XXXI.

Santa Melania, la Menor.

MELANIA la Mayor fué de una familia nobilísima española, aunque descendiente de romanos, y con parentesco con S. Paulino de Nola, nada inferior en nobleza y riquezas á las mayores de Aquitania y España. Habiéndose casado muy jóven quedó viuda á los veinte y tres años de su edad. Por muerte de su marido dijo esta mujer á Dios: «Ahora, Señor, quedé en libertad para dedicarme sin distraccion á vuestro servicio:» y habiendo puesto á su hijo Publicóla en poder de buenos tutores, se embarcó con Rufinó para Alejandria, en el año de 371, y visitó á S. Atanasio; y él le dió una piel de oveja que S. Macario abad le habia dado á él por un gran presente, por hársela traído al santo abad un leon ó una hiena en reconocimien-

to del beneficio que habia recibido por haber dado vista á un cachorrillo suyo que estaba ciego. De Alejandria pasó Melania á visitar aquellos desiertos de Egipto poblados de monges, que vivian en la tierra como ángeles del cielo, y despues de invertidos seis meses en esta visita, distribuyendo largas y copiosas limosnas, se trasladó á Palestina, pero tan disfrazada, que el gobernador de Jerusalem la puso en una prision por haber ido á visitar algunos presos, hasta que se dió á conocer, y fué tratada con el respeto debido: pasado algun tiempo, erigió un monasterio en Jerusalem, se vistió de un áspero sayal, sin mas cama que el duro suelo, y sin mas con que cubrirse que una manta. Así vivió en Palestina veinte y siete años haciendo empleo total de su alma la oracion, la meditacion, y la lectura de las santas Escrituras. Creció su hijo Publicola, y adquirido el complemento de todas las buenas cualidades de cuerpo y alma, casó con Albina, en quien tuvo un hijo y una hija que es Melania la menor, de que hemos de tratar. A los trece años de su edad casó con Piniano, hijo de Severo, que habia sido prefecto de Roma. Los hijos de ésta murieron niños, y con sus súplicas y discursos patéticos ganó el consentimiento de su marido, y le persuadió á ligarse por voto á perpetua castidad. Melania la Mayor con esta noticia dejó el Oriente, y se volvió á Roma despues de una ausencia de treinta y siete años. Saliéronla á recibir en Nápoles una tropa de ilustres personajes de la primera nobleza romana, quienes la acompañaron desde allí con un rico aparato y suntuosos equipajes.

La humilde Melania caminaba al frente de ellos á caballo, y vestida pobre y religiosamente. Mientras estuvo en Roma fué todo su cuidado precaver á Piniano y á su nieta contra las herejias de aquella era. Permaneció cuatro años en Occidente, en cuyo intermedio hizo un viaje al Africa; y allí recibió la noticia de la muerte de su hijo Publicola. A su vuelta á Roma aconsejó á Piniano y á nuestra Santa dar cuanto tuviesen á los pobres, y encerrarse en algun remoto retiro. Abrazaron gustosamente el consejo y fueron imitados por Albina. Avita, sobrina de Melania, despues de convertir á su marido de los errores de la idolatría, le indujo á hacer junto con ella voto de perpetua castidad. Su hijo Asterio, y la hija de estos Eunomia, siguieron el mismo ejemplo. Todas estas personas ilustres y devotas fueron juntas á hacer una visita á S. Paulino de Nola. Tantas y tan admirables conversiones tenian atónitas á Roma y á toda la cristiandad. La Mayor Melania, apenas habia completado esta obra, cuando se volvió á su soledad. El tumultuoso bullicio de Roma hacia que tuviese á aquella ciudad por lugar de destierro y verdadera prision; ni podia soportar el tumulto del mundo y la distraccion de las visitas. Rufino acompañó á Melania hasta Sicilia y allí murió. Melania arribó á Jeru-

salen, distribuyó entre los pobres el residuo de su dinero, y se encerró en un monasterio. Pero conmutó esta vida mortal á los cuarenta dias por la eterna, en el año de 410, teniendo como unos sesenta y ocho de edad. Esta Melania parece haberse empenado acérrimamente con Rufino en defensa de Orígenes. Los encomios que la dan S. Agustín, S. Paulino, y otros muchos, evidencian su fé y su virtud ortodoxa, aunque su nombre nunca fué colocado entre los Santos, á no ser que se entienda el suyo de una Melania que se halla en un calendario manuscrito de que hace mencion Chifflet, segun nos dicen Papebroquo y José Assemani.

Albina Melania la menor, y Piniano dimitieron primero los estados que tenian en España y Francia, reservando los que poseian en Italia, Sicilia y Africa. Dieron libertad á ocho mil de sus esclavos, y los que no quisieron aceptarla les dieron al hermano de Melania. Sus mas ricas alhajas las dieron á las iglesias y altares; y el primer sitio á que se retiraron fué á los campos de Campania y Sicilia, donde gastaban el tiempo en oracion, lectura, y visitar pobres y enfermos para consolarles y socorrerles. Para este fin vendieron tambien los estados de Italia, y pasaron al Africa, donde estuvieron algun tiempo, primero en Cartago y despues en Tagaste, bajo la direccion de S. Alipio, que era en aquel tiempo obispo de aquella ciudad. De un viaje que á Hippona hicieron á ver á S. Agustín, se apoderó el pueblo de Piniano, pidiendo á S. Agustín que le ordenase de presbítero. Pero escapó de sus manos prometiéndoles, que si alguna vez recibia las órdenes seria para servir en la Iglesia de ellos. La pobreza y austeridad en que vivieron en Tagaste parecia ya estrema. Melania fué por grados llegando á un hábito tan admirable de ayunar, que á veces no comia mas que una vez á la semana, y en esta no tomaba mas que pan y agua, á no ser en algunas grandes festividades en que solia añadir un poco de aceite. La ocupacion de ellos era leer y copiar libros; y Piniano cultivaba tambien un jardín. En el año de 417 dejaron al Africa, y pasaron á Jerusalem, donde continuaron el mismo modo de vida. Sta. Melania enterró á su madre Albina en el año de 455, y á su marido Piniano dos despues. Sobrevivióles ella cuatro años, encerrada en un monasterio que edificó y gobernaba: su celda era su paraiso; pero la dejó para ir á Constantinopla á convertir á su tio Volusiano que era idolatra, y en efecto tuvo el gusto de verle bautizado, y morir lleno de alegría y de esperanza. Despues que le dejó muerto se volvió á Jerusalem. Pasó á Bethlehem por tener allí la pascua de Navidad, y se volvió al dia siguiente, en que se sintió asaltada de una fiebre, y de la última enfermedad, que ella dijo serlo á los que estaban en su compañía. Visitáronla muchos monges y siervos de Dios, á quienes consolaba cuando

les veía llorar. Partió pues para el Señor en el año de 439 á los cincuenta y siete de su edad en domingo 31 de diciembre, en cuyo día se halla su nombre en el Martirologio Romano.

DIA XXXI.

San Fausto, Labrador.

EN la M. N. y M. L. provincia de Alava en el pueblo de Bujanda, hermandad titulada de Campezo, se venera el incorrupto cuerpo de S. Fausto Labrador. Es admirado y famoso este Santo por los continuados portentos y maravillas, con que la divina Omnipotencia favorece por su intercesion á los que imploran su auxilio, especialmente en dar fecundidad á los mas estériles matrimonios, y en la perenne y no interrumpida maravilla de conservarse despues de tantos siglos en que ocurrió su preciosa muerte, incorrupto su sagrado cuerpo exalando suavísimo olor, como se describirá en su gloria póstuma. No ha habido no obstante estas circunstancias tan relevantes ningun hábil patricio, ni extraño que se haya dedicado á formar una coleccion de las cortas noticias que existen de este Santo, con el fin de extender y propagar su veneracion, culto, y gloria póstuma en toda la Península española. Con este fin y por ser un objeto propio de la historia eclesiástica Alavesa el referir cuanto corresponde no solamente á los santos que fueron hijos de esta provincia, sino es tambien de aquellos que escogió el cielo para que fuesen en ella custodiadas sus reliquias, amparando su intercesion á todo el territorio, se dará en primer lugar noticia de quien fué el S. Fausto que se venera en Bujanda, el tiempo y circunstancias de la venida de su cuerpo y la gloria póstuma de que ha gozado y goza.

Desde luego se presenta la dificultad en determinar que San Fausto sea el que se venera en Bujanda, si se consulta lo que hay impreso en los autores nacionales. El maestro Alonso Villegas en su *flox sanctorum* hablando de Santa Engracia y de sus diez y ocho compañeros mártires, y de como se dieron sus reliquias á los reverendos Padres Gerónimos del monasterio de Zaragoza, añade: *y allí están en una capilla debajo de tierra los sepulcros así de Santa Engracia como de los mas de los santos mártires, y digo de los mas, porque el cuerpo de San Fausto uno de ellos dicen que está en Buranda pueblo*

de Navarra. (*) Que no tiene fundamento alguno este dicen que nota el maestro Villegas respecto á ser el cuerpo Santo que se venera en Bujanda el uno de los compañeros de Santa Engracia, se evidencia al ver que así á ésta como á ellos consta de sus actas, y en su consecuencia escribe Villegas, que fueron sacados de la ciudad de Zaragoza por mandado del tirano Daciano, y allí degollados. A nuestro S. Fausto jamás se le separó su santa cabeza del cuerpo ni se reconoce en su cuello el menor indicio de haber llegado á él el cuchillo, siendo patente y manifiesta esta verdad sin interrupcion alguna con la mayor frecuencia á cuantos ven y veneran su Santo é integro cuerpo. Conforme al modo de pensar de Villegas escribió otro autor de su siglo, que por la circunstancia de ser hijo de la provincia de Alava, y haber vivido en ella, es menos disculpable, y mas estando dedicado á escribir de los santos de la nacion. Este autor es Fr. Juan de Marieta religioso de la órden de Santo Domingo, hijo de Vitoria, y que escribió en el convento que tiene su órden en esta ciudad su corpulenta obra de los santos de España. Sin embargo de la proporecion que tenia este autor para poder investigar una verdad tan patente en la corta distancia de cuatro leguas, escribió lo siguiente: *En Bujanda villa de Valde Campezo está el cuerpo de S. Fausto mártir que padeció en Zaragoza en compañía de Sta. Engracia. Los pueblos comarcanos hacen su fiesta cada año lunes despues de la Trinidad y le dicen misa de un confesor no pontífice por no saber los clérigos de aquella tierra que fué mártir.* Despues de esta espresion añade el padre Marieta que el cuerpo de S. Fausto lo trajo á Bujanda un rey de Navarra, sin que diga cual, ni cuando (*).

Otro célebre autor del mismo siglo que Marieta, aunque algo mas antiguo, y que tiene la circunstancia de ser del país vascongado, y la de haber escrito en él, es Esteban de Garibay natural de la villa de Mondragon, el cual siguió igualmente esta opinion. *En Buranda (dice) que es en Valde Campezo tienen en la iglesia parroquial el cuerpo del glorioso mártir San Fausto que en la décima persecucion de la iglesia en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano padeció martirio en la ciudad de Zaragoza con otros muchos mártires segun en su martirio queda escrito.* (*) Es inútil el copiar á otros autores de la nacion que escribieron conforme á los citados ser San Fausto el de Bujanda uno de los compañeros de Santa Engracia que fué degollado por mandado de Daciano.

Ha transcendido tan á nuestros tiempos el error de que el cuerpo

(*) Villegas Flox Sanctorum, santos de España.

(*) P. Marieta Lib. 2 cap. 42 fol. 49, y cap. 102 fol. 64.

(*) Garibay Lib. 21 cap. 6 fol. 20

de San Fausto que se venera en Bujanda, es el de San Fausto mártir, y que este feliz pueblo pertenece al reino de Navarra, como escribieron Villegas y Garibay, que en la inscripcion que se puso al pie de la lámina del retrato del santo que se abrió en el año de 1752 se dice así: *Retrato del glorioso San Fausto Labrador y mártir, cuyo cuerpo entero se conserva en el lugar de Bujanda del Reino de Navarra obispado de Calahorra. Por su intercesion obra Dios muchos milagros y es especial abogado de los casados, logrando por la misma dilatada sucesion. Año de 1752.*

Ademas de la plena demostracion que hacen de este error los ojos de cuantos registran el incorrupto cuerpo de San Fausto, quedó esto auténticamente confirmado en la traslacion que se hizo de la Arca antigua á la que actualmente descansa, en el año de 1729, de que se dará razon y noticia. Añádese á esto el cierto conocimiento que se tiene de quien fué San Fausto, el que se venera en Bujanda, por un manuscrito que se copió en los archivos de Cataluña por D. Luis Notario apostólico de la ciudad de Cardona á pedimento y súplica de Diego de Gauna, hallándose á la sazón en Peniscola, que despues de muchas diligencias y trabajo se encontró, como testifica el Notario, entre otras vidas de santos padres. Este notario le copió por su propia mano, lo firmó con su nombre, y lo entregó al espresado Diego de Gauna, como se nota al fin del mencionado manuscrito que incluye las vidas de nuestros santos, y ha permanecido de tiempo inmemorial en el mismo lugar de Bujanda escrito en pergamino, pero sin que en él se diga el año en que se sacó la copia por el citado notario. Vió en Bujanda estas actas el Arcipreste de Viana Amiax; pues en el ramillete de *Nuestra Señora de Codes* jardin séptimo, impugnando á los que lo creyeron mártir dice: *ninguna cosa de estas se dice en la vida y milagros que tienen escrita en Bujanda en un libro de pergamino muy antiguo, en donde está el rezo y oficio de la misa de confesor no pontífice.* A continuacion de estas palabras hace relacion Amiax de la vida de nuestro santo en la misma conformidad que la refiere el citado pergamino y pone en la cláusula literal suya, sin que le falte la menor voz; en lo cual se evidencia la identidad. Tambien conoció esta vida, pues escribió en un todo conforme á ella de nuestro San Fausto, el Dr. D. José Gonzalez de Tejada, en su historia de Santo Domingo de la Calzada que publicó en el año de 1702.

La narrativa que comprende el expresado pergamino es el único documento por donde sabemos la vida, muerte y colocacion milagrosa del cuerpo de nuestro S. Fausto confesor en el pueblo de Bujanda, y conforme á ella escribimos lo siguiente. Fué S. Fausto natural de un pueblo llamado *Algúayre* en el principado de Cataluña. Desde los

primeros años de su edad manifestó las virtudes mas realzadas en ser el alivio de los pobres y consuelo de los afligidos, enseñando á los ignorantes, y practicando otras muchas virtudes cristianas. Habiéndose embarcado en cierta ocasion en el mediterraneo, sin que se diga el motivo, fué hecho prisionero por los Sarracenos, y conducido á Africa. Tocóle en su esclavitud un amo tan cruel, que habiéndole destinado al cultivo de una huerta, cuando le encontraba en oración y dulces coloquios con su Dios, lo azotaba y heria; mas el Santo sufría resignado y constante con paciencia todos los ultrajes y malos tratamientos que su cruel amo le hacia. Propúsole á este un dia el Santo que le señalase y determinase en la huerta aquella porcion de terreno que queria le cultivase, á fin de que finalizada y concluida la labor se dedicase al obsequio y culto de su criador. Convino con mucho gusto el amo en la promesa de S. Fausto y le señaló la porcion del terreno que habia de cultivar al dia siguiente. Llegó nuestro Santo al sitio destinado, y dejando en tierra el instrumento con que habia de hacer el trabajo, se puso en su oración, y en las deprecaciones fervorosas con que acostumbraba puesto de rodillas y sus ojos fijos en el cielo. El Autor de las maravillas, y padre de las misericordias dispuso que el mismo instrumento del cultivo, sin que recibiese impulso humano, diese cumplimiento á toda la tarea que señaló al Santo su amo. En estas circunstancias llegó este á reconocer por uno de los ahugeros de la puerta de la huerta el estado en que se hallaba el trabajo, y habiendo notado con asombro que el instrumento del cultivo manejado por invisible mano ejecutaba cuanto señaló á su Santo esclavo, sorprendido de la maravilla, enagenado de sus sentidos cayó desmayado en tierra. A este tiempo miró el Santo hácia la parte en que cayó su amo, y pasando á reconocer lo que habia dado motivo al ruido que ocasionó su caída, lo encontró tendido en el suelo ya medio muerto. Valiéndose de este oportuno motivo el Santo, le predicó la fe de Jesucristo, y logró la dicha mas feliz para su amo; pues abrazó este el cristianismo, y habiendo convenido con su Santo esclavo en hacerse catecúmeno en secreto, se embarcaron los dos para Cataluña. Llegaron á la patria de nuestro Santo *Algüayre*, en donde todos los parientes y amigos lo recibieron con alegría al verlo restituído á su país. En él catequizó á su amo el Moro, y hecho católico permanecieron juntos hasta su fallecimiento.

Llegó este feliz término á nuestro S. Fausto, y estando ya próximo á las últimas horas de su vida, antes de desprenderse en espíritu á la gloria, preguntado por sus parientes y amigos en donde queria se diese sepultura á su santo cuerpo, les respondió: *Despues de mi muerte pondreis mi cuerpo sobre la caballeria que tengo, y en aquel sitio á donde Dios la condujese, allí me dejareis.* Entregó S. Fausto á su

Criador su purísima alma, y luego sus parientes y amigos no sin muchas lágrimas en la conformidad que lo dejó dispuesto pusieron al Santo cuerpo sobre su caballería. Empezó ésta, dicen las actas, á dirigir su marcha, y guiada por la divina Providencia vadeó los rios Ebro, Pinta, Aragon y Ega, y atravesando los reinos de Aragon, Navarra y Castilla llegó al obispado de Calahorra, conduciendo la santa carga hasta el dichoso y feliz pueblo de Bujanda, elegido y destinado para ser el depósito de un tesoro que le hará siempre famoso, y envidiable. A la subida escabrosa para el sitio en que se venera el cuerpo de S. Fausto, que ocupa en el dia la iglesia parroquial del pueblo, hizo el animal conductor tres genuflexiones en los peñascos, las cuales están señaladas para perpetuar la memoria de la maravilla con tres cruces de madera. Desde la primera á la segunda hay cincuenta pies de distancia, y de la segunda á la tercera setenta y nueve. Esta última está colocada contra la pared de la iglesia parroquial. Murió nuestro Santo dice el doctor Tejada el año de 614. Despues de haberse colocado por la divina providencia, valiéndose del medio extraordinario que se acaba de espresar, el cuerpo de nuestro S. Fausto, continuando su vida nos dice, que precediendo muchos milagros se edificó la iglesia actual de Bujanda. Que cada año todos los pueblos circunvecinos, y tambien los estraños concurrían con sus letanias á venerar al Santo, recurriendo á su auxilio en las enfermedades, y singularmente en las obsesiones demoniacas, logrando por su intercesion el ser todos libres, y favorecidos en sus trabajos y necesidades. Concluyese en ellas con la espresion de que el sagrado cuerpo permanecia en su sepulcro entero sin lesion ni desórden alguno de sus miembros, y que todos los años era visto por los cristianos convecinos en las letanias públicas. Añade otra singularidad que actualmente se está notando por los sacerdotes que manifiestan el cuerpo á los fieles para venerarlo, y es que nunca se vió en la urna ó arca en que está mosca, gusano, polilla ni otro algun insecto de los que son comunes y frecuentes en donde hay cadáveres, ni tampoco infeccion la menor. Todo lo cual como se nota en las actas es efecto de una especial providencia.

Esta integridad que se reconoce al presente igualmente que cuando se escribió su vida, se demostró y evidenció sin dejar el menor arbitrio para la duda, en el año de 1729. Viendo sus amartelados devotos que la arca en que estaba nuestro S. Fausto por la mucha vejez y antigüedad se hallaba carcomida, y gastada, dispusieron otra nueva que es en la que actualmente descansa. Para hacer la traslacion á ella concurren un grande número de Sacerdotes de los pueblos circunvecinos, y un innumerable gentio de todas edades y sexos, atraídos de la devocion que tributan á su protector.

Habiéndose entonado el himno correspondiente á esta solemnidad, algunos de los Sacerdotes concurrentes sacaron el Santo cuerpo de la urna ó arca vieja para trasladarlo á la nueva, á cuyo tiempo dice el testimonio que con este motivo se formó, *qué dando principio á dicha traslacion cantando el himno correspondiente, algunos de los Señores sacerdotes sacaron el cadáver de dicho glorioso Santo, y Patron S. Fausto, que se deja reconocer se halla sano, y sin descoyuntarse su cuerpo, y luego lo pusieron en la dicha urna nueva con toda devocion y la mayor autoridad, y magestad que en tales funciones se requiere, y se deja reconocer hallarse vestido de tafetan verde.* Son literales palabras del testimonio que el dia 13 del mes de Octubre de 1729 en que se hizo la traslacion, dió Matias Ruiz de Alda Escribano Real de S. M., vecino de la Villa de Apellaniz, y del Ayuntamiento y Juzgado del Valle Real de Laminoria numeral del de Arroya, Notario público y apostólico y de la Vicaria de Campezo, que presenció á todo el acto, cuyo documento original firmaron el Alcalde y algunos de los Sacerdotes que concurrieron á la funcion.

Desde los principios fué plausible, y famoso para los lugares circunvecinos, y distantes nuestro San Fausto con los repetidos beneficios que dispensaba el cielo por intercesion á sus devotos. Testifica su vida que cuando ocurría alguna grave necesidad de agua, pedian llorando los pueblos su auxilio y patrocinio al santo, y que la divina clemencia los favorecía y socorria en su urgencia. Con este motivo refiere que en cierta ocasion habiendo sacado el cuerpo fuera de la iglesia, llegó á venerarlo un hombre que se hallaba excomulgado, el cual queriendo tocarlo se retiró la arca en que estaba el santo: lo que visto por el excomulgado, conociendo ser él la causa de esta maravilla hizo digna penitencia, y volviendo nuevamente á ponerse postrado de rodillas en la presencia del santo, consiguió el no hallar impedimento alguno su fervorosa devocion, con lo que se restituyó á su casa con grande alegría. Tambien refiere la cilada vida que un pueblo de Navarra, á quien no nombra, que habiendo venido segun costumbre procesionalmente á hacer noche en este santuario, alguno de la comitiva con atrevida insolencia hurtó un pedazo del santo cuerpo con el fin de conducirlo á su pueblo, y colocar en la iglesia de él la santa reliquia (guarneciéndola con otro) con la solemnidad correspondiente. Partió al dia siguiente con singular gusto y contento la devota gente para sus casas despues de haber finalizado sus acostumbradas preeces; pero habiendo llegado al último término de la jurisdiccion del pueblo, se hallaron inmóviles sin poder dar paso alguno hácia adelante, siendo comprendidos en esta inmovilidad todos los de la comitiva. La mayor parte del pueblo asombrados de la maravilla

ignorando la causa, se decían los unos á los otros *¿que puede ser esto?* Estimulado de su conciencia confesó el delincuente el motivo de esta maravilla, y vueltos todos con grandes clamores y lágrimas á donde el santo cuerpo, restituyeron la reliquia que habia quitado el insolente y atrevido de la devota comitiva, y permaneciendo algun tiempo en vigiliás y oraciones, en pena y llanto, pidiendo perdon por el alrevimiento, pudieron conseguir el volver á su pueblo con grande regocijo. Añade la vida, que los descendientes de estos que esperimentaron la maravilla de la inmovilidad, venían á visitar y venerar todos los años al santo en consecuencia de la promesa de sus padres, y obtenían muchas gracias por su intercesion, singularmente en las necesidades de aguas: llegando á asegurar que nunca vinieron que no consiguiesen beneficio y merced. Finaliza la vida de nuestro santo su narracion con una espresion que manifiesta bien cuan estendido era el brazo de la divina clemencia para auxiliar á los devotos de nuestro santo: *Son tantas (dicen) las maravillas que obra Dios en este lugar, que es imposible á persona humana el relatarlas.* Esta poderosa intercesion continúa hasta el presente, como testifican los muchos socorridos y amparados en sus necesidades y aflicciones, especialmente los que invocan su auxilio para conseguir frutos de bendicion en los mas estériles é infecundos matrimonios; acreditan en parte esto algunos monumentos que permanecen en la iglesia y sacristía, y son diferentes retratos y pinturas que han dedicado á honra y gloria de su bien hechor las personas favorecidas. Siendo sin duda innumerables los beneficios obrados por la intercesion de nuestro santo, no existe individual noticia de ellos por la incuria y falta de anotacion para perpetuarlos á la posteridad.

El cuerpo de nuestro santo no está colocado con ostentacion y magnificencia; pero sí con la decencia y aseó posible á la iglesia de un pueblo pobre y reducido. Al lado del evangelio entre el altar mayor dedicado á San Juan Baustista, y de otro que lo está á nuestro santo, hay un nicho en la pared maestra formado y figurado en una hermosa concha, la cual tiene nueve pies de ancho, y once de alto, cerrada por la parte exterior con treinta balaustres de hierro adornados de diferentes molduras y doraduras.

En lo interior de este nicho hay una arca que tiene dos varas de largo, una de ancho y otra de altura. En esta arca está tendido horizontalmente el cuerpo de nuestro santo, quien tiene mas retirado hacia la parte superior el uno de los pies que el otro. Cubren al santo cuerpo diferentes velos á cual mas ricos los unos que los otros, que la piadosa devocion de los fieles ha donado á su protector. Estos velos se reliran por el sacerdote que da á venerar el cuerpo del santo, de modo que se pueda registrar, y ver su cabeza y pecho, en donde

se tocan por el mismo los rosarios y cintas para los devotos. Los pies tambien se manifiestan cuando ocurre algun particular motivo, los que he tenido yo, aunque indigno, (*) la dicha de venerar y reconocer con particular asombro al notar la incorruptibilidad que está patente y visible, despues de tantos siglos en que falleció nuestro santo. El arca en que está colocado, está forrada de terciopelo carmesi, y ademas con un grande velo que la cubre y oculta toda. Delante de esta á la parte exterior hay tres lámparas de plata, dádivas de particulares devotos. La iglesia parroquial en que está el santo, dedicada (como se ha dicho) á San Juan Bautista, tiene de longitud sesenta y siete pies sin incluir el presbiterio, que tiene trece, siendo su latitud de diez y nueve, con la altura correspondiente; y aunque fábrica pequeña, es proporcionada en todas sus partes la arquitectura. Los altares son cuatro adornados con bastante decencia. En la pared que corresponde en frente de la puerta principal hay un grande cuadro, cuyo centro ocupa el retrato de nuestro San Fausto en traje de labrador, y por los extremos de él están pintados todos los sucesos de su vida, de que hemos dado noticia.

En esta iglesia de Bujanda está fundada desde tiempos antiguos una célebre cofradía que se titula de la Santísima Trinidad y que de muchos años á esta parte se le titula tambien, *Cofradía de San Fausto*. Compónese de doce sacerdotes, y cuarenta y dos legos, no pudiendo aumentarse este número sin espresa licencia del Ilustrísimo de Calahorra, ó de su discreto Provisor: siendo indispensables las circunstancias de que los individuos de esta cofradía hayan de ser de buenas costumbres, y sangre limpia. Celebra la cofradía con su concurrencia dos funciones anualmente, la una en el Domingo de la Santísima Trinidad y la otra en el día 14 de octubre dedicado á nuestro Santo de inmemorial tiempo á esta parte, como acredita el libro de la cofradía. Celébrase esta funcion con la mayor solemnidad, con procesion, (en la cual sacan la estatua de plata que hay de nuestro Santo) sermon y diferentes regocijos, á lo que concurren mucho número de gentes.

Además de estos cultos anuales vienen procesionalmente todos los años en el día de Pascua del Espíritu Santo acompañados de sus respectivos sacerdotes á venerar á nuestro Santo los pueblos de Apellaniz, Maestu, Atauri, Quintana, y Urturi. En el mismo día concurren tambien aunque sin sacerdotes los pueblos de Ovécuri y Bajauri, que son del condado de Treviño. Por el mes de mayo concurren ios de la villa de Bernedo y todo su valle, Santa Cruz de Campezo, y Orviso, que es de la hermandad de Campezo y Zúniga que per-

(*) Alude al último escritor de la vida de S. Fausto.

tenece al reino de Navarra; S. Vicente de Arana, Oteo, todo el valle de Laminoria, Antoñana, Corres, S. Roman, Labraza y Variobusto. Fuera de estos pueblos que los más son de la provincia de Alava, vienen también anualmente los de Genevilla, y Cabredo que corresponden al reino de Navarra. No se contenta la fervorosa devoción de las villas de S. Vicente de Arana, Antoñana y Corres y el pueblo de S. Roman con estas anuales devociones, pues vienen á venerar y obsequiar al Santo en otros diferentes tiempos del año, teniendo entre sí cierta concordia en la cual también está incluido el feliz pueblo de Bujanda, para que siempre que se ofrezca alguna pública necesidad, pidiéndolo cualquiera de estos pueblos se celebre un novenario en la Iglesia de nuestro Santo su medianero y protector, con nueve misas celebradas por el cura párroco de ella, y los demás de los otros pueblos, concurriendo estos procesionalmente en el primero y último día del novenario.

Esto es compendiosamente y en estilo sucinto lo que pertenece al Santuario del incorrupto cuerpo de S. Fausto labrador que se venera en el pueblo de Bujanda. El dar al asunto la correspondiente extensión pide obra separada y de por sí; y aunque este es un trabajo muy bien empleado para promover el culto y devoción de un Santo tan prodigioso, no corresponde mayor difusión que la que hemos dado á la materia en una historia general como la presente.

A las noticias ya referidas podemos añadir, que sabedora la Reina N. S. D.^a Isabel 2.^a cuan poderosa ha sido en muchas ocasiones la protección del glorioso S. Fausto para con las madres piadosas, que han implorado su intercesion, ya haciendo fecundas á las esteriles, ya librando á otras de las angustias y dolores de un parto penoso, encomendóse fervientemente á este Santo siervo de Dios en el año de 1851, manifestando sería muy del agrado de su religiosidad, tener presente alguna reliquia del Santo con la que se escitase mas y mas su devoción.

Mandóse al efecto un velo ó sudario de los que cubrían el incorrupto cuerpo de S. Fausto. Desde que la Reina N. S. se sintió acometida de los primeros dolores, dispuso se colocase sobre la cabecera de su lecho el prodigioso velo. Habiendo tenido el feliz resultado de que todos somos testigos. Agradecida la Reina N. S. á tan singular beneficio, ha regalado á la Iglesia de S. Fausto 3000. rs. vn. Consignamos este hecho como una prueba de la fervorosa piedad de N. Reina, y del poderoso valimiento de S. Fausto.

ADVERTENCIA.

Con las vidas de los Santos Españoles termina el **Año Cristiano** que ofrecimos: mas como tambien ofrecimos que estos dos últimos tomos constarian de 400 páginas proxicamente, nos ha parecido oportuno y conveniente, para el cumplimiento de esta oferta poner á continuacion las vidas de los principales profetas. Creemos que esta adicion será recibida con gusto por nuestros numerosos suscritores, ya por que todo lo que dice relacion á los hechos de aquellos hombres inspirados es digno de saberse, ya tambien por que no siendo muy comun la relacion de aquellos hechos, tendrán nuestros favorecedores con esta adicion noticias interesantísimas, que de otra manera no tendrían; de modo que sin faltar á lo prometido, mejoramos nuestra edicion con las vidas de los mas famosos personajes del antiguo testamento.

ADVERTENCIA

En las vidas de los Santos Españoles (tomo de *Santos Cristianos*) que ofrecimos, nos como también ofrecimos que estos dos últimos tomos constaban de 400 páginas próximamente, nos ha parecido oportuno y conveniente, para el cumplimiento de esta obra, poner a continuación las vidas de las principales profetas. Creemos que esta adición será recibida con gusto por nuestros numerosos suscritores, ya por el modo en que dicha adición se relaciona con los hechos de aquellos nombres importantes es digno de saberse, ya también por que no solamente como se relaciona con aquellos hechos, también nuestras tareas recordamos con esta adición noticias interesantes, que de otra manera no tendríamos; de modo que sin faltar a lo prometido, mejoramos nuestra edición con las vidas de los más famosos personajes del

antiguo testamento.

VIDAS

DE LOS SANTOS PROFETAS.

DIA XXXI DE MARZO.

San Amós.

LA Iglesia celebra la memoria de este santo profeta como de un mártir. Amós, como él mismo dijo, fué uno de los pastores de Thécue, pueblo cercano á Belen. Dios le sacó de entre el ganado como á otro David, y llenándole de su espíritu hizo que profetizase en Bethel, dos años antes del terremoto, cuando reinaba Jeroboan en Israel y Ozias en Judá. Algunos fijan sus profecías en el año 25 del reinado de Ozias, esto es, en el de 5216 del mundo; las cuales tienen grande conformidad con las de Oseas, tanto en el tiempo como en las personas á quienes iban dirigidas, que principalmente fueron las diez tribus, y asimismo en el argumento de ellas. Amós pues intima primeramente los juicios de Dios á diversas naciones profanas que molestaban á los Israelitas, y eran los Filisteos, los Idumeos y los Moabitas, declarando sus pecados, por los cuales tenían indignado á Dios: y despues se vuelve contra el mismo Israel, amenazándole de un final y próximo esterminio, á causa de sus idolatrías, violencias, injusticias, disolucion y universal corrupcion de que estaba inficionado todo el pueblo: amenaza en particular á los magnates y gente poderosa de Samaria, llamándolos vacas gruesas, porque no solo pecaban idolatrando, sino afligiendo y maltratando á los flacos y pequeñuelos del pueblo: confirmando sus profecías con diversas visiones, y consolándole por último con la promesa de la salud y restauracion eterna de los residuos que quedarían de los escogidos por la gracia del Mesias.

Mucho tuvo que sufrir Amós por las reprensiones, profecías y amenazas que pronunció. Amasias sacerdote, de Bethel le acusó de rebelde, y le persiguió y afligió cruelísimamente; y Ozias hijo de Amasias, le hizo por último quitar la vida. La Iglesia usa de la profecía de Amós en las lecciones de los maitines de la feria quinta de la cuarta dominica de Noviembre.

DIA X DE ABRIL.

San Ezequiel.

NINGUNO antes que el venerable Beda insertó en su Martirologio la memoria y nombre del profeta Ezequiel en orden á su festividad en la iglesia, cuyos vestigios siguieron despues Floro, Adon, Ravano, y otros. En el Martirologio romano se lee, que fué muerto en Babilonia por el juez del pueblo hebreo, y sepultado en el sepulcro de Sem y Arfaxad.

Si es oscura la profecía de Ezequiel por sus alegóricos é inescrutables misterios, no lo es menos la historia de su vida. Solo sabemos ciertamente lo que él mismo testifica en el principio de aquella; á saber, que fué hijo de Buzo, sacerdote de la ley antigua, existente entre los Caldeos en tiempo que Jeremías profetizaba en Jerusalem, constándonos en orden á sus profecias ó revelaciones, que le habló el Señor cerca del rio Cobar, ó Eufrates, á los treinta años de su edad, cinco de la trasmigracion, ó cautiverio del rey Joachin con el pueblo judío á Babilonia, tres mil cuatrocientos cuarenta de la creacion del mundo, seiscientos trece antes de nuestra era, segun los cálculos de Saliano, aunque otros computan de diferente manera. Pero, como se nota en el capítulo 29 que fué el año veinte y siete de la trasmigracion, se infiere, que á lo menos profetizó veinte y dos años; pues la duracion cierta del tiempo que ejerció este ministerio es cosa oscura, como lo es su vida.

El padre S. Gerónimo en el prefacio á este profeta contesta la filiacion dicha, y que principió á profetizar en el año quinto del cautiverio del rey Joachin en Babilonia; y añade, que sus admirables visiones comprensivas de muchos misterios, las dijo no en estilo sublime, ni infinito, sino en un medio capaz de que las entendiese el pueblo, observando con sabia industria este método, á fin de que no pudiesen percibir los de Babilonia las repreciones que hacia á los judíos, para que no les afligiesen mas duramente. El mismo santo doctor escribe, que se significa por el nombre de Ezequiel la fortaleza de Dios, mediante á que predicaba al pueblo incrédulo y contumaz con mucho valor y espíritu, procediendo con igual valentia contra los profetas falsos, que solicitaban seducir á los hebreos en el cautiverio, en contraposicion de sus oráculos.

El autor del libro de la vida y muerte de los profetas y santos del antiguo y nuevo Testamento escribe, que fue la causa de su muerte

el haber reprendido con zelo vehemente las impías supersticiones de las tribus de Israel; y S. Atanasio en el libro de la Encarnacion del Verbo dice, que padeció por su pueblo, porque los profetizaba las cosas futuras.

En las sagradas letras no nos consta cosa alguna acerca del lugar de su sepulcro; y aunque se dice fué en el que antiguamente se enterraron Sem y Arfaxad, progenitores de Abraham, sospechan algunos críticos que esta asignacion, y otros milagros que se atribuyen á este profeta, han sido ficciones de los Rabinos; supuesto que Daniel, Baruch, Esdras, Josefo y Filon, versados entre los Caldeos, no escriben semejantes hechos.

DIA X.

San Daniel.

DANIEL, que significa juicio del Señor, de la tribu de Judá, nació en Bethoron de la estirpe real de David, y fué llevado cautivo á Babilonia por Nabucodonosor, despues de la toma de Jerusalem, 602 años antes de Jesucristo. Tenia Daniel poca edad y fué escogido con otros jovencitos de los principales de los judíos, para entrar al servicio de Nabucodonosor, quien los hizo instruir en la lengua y ciencias de los caldeos. El talento y buena conducta de Daniel le granjearon grande estimacion para con el rey.

La primera prueba que hallamos del don de profecía con que Dios ilustró al tierno jóven, fué el modo con que defendió la inocencia de Susana. Dos malos viejos, los cuales eran jueces de aquel año entre los hebreos que vivian en Babilonia, pusieron los ojos en una matrona honestísima llamada Susana, mujer de Joakim, hebreo principal; y porque ella no quiso consentir con ellos en sus torpezas, hallándola sola en un jardin bañándose, donde ellos estaban escondidos, falsamente la acusaron de adulterio; y siendo ellos testigos, delante de todo el pueblo fué sentenciada á muerte. Y llevándola á apedrear, el profeta Daniel dando una gran voz dijo: «Deteneos, ó hijos de Israel, yo no tomo parte en esta injusticia.» El pueblo se detiene, y retrocede, y principia Daniel de nuevo el juicio, separando á los dos viejos; y preguntando á uno de ellos bajo que árbol habia visto pecar á Susana, él responde que bajo un lentisco. Entra luego el segundo anciano, y dirigiéndole Daniel la misma pregunta, contesta que bajo de una encina. Vista la contradiccion de ambas declaraciones, reconoce todo el pueblo la sabiduría de Daniel, la inocencia de

Susuna y la maldad de los dos jueces delatores; los cuales son condenados segun la ley al mismo suplicio á que ellos injustamente arrastraban á la heroína de fidelidad conyugal. San Ignacio mártir dice que Daniel no tenia entonces mas que doce años de edad.

Pero hizose luego célebre entre los caldeos con la relacion y esplicacion del sueño misterioso que tuvo Nabucodonosor, que le causó mucho espanto y del cual no pudo acordarse al despertar. Consultando á los sabios, y adivinos de su reino para que se lo declaráran, ellos respondieron que se les pedia un imposible: irritado el rey con su respuesta, los condenó á muerte. Viéndose Daniel comprendido en la sentencia, invocó al Padre de las luces y aulor de toda sabiduría, y alcanzó de él la penetracion de este misterio. Se presentó al rey y le dijo: «Los hombres no pueden descubriros lo que deseais saber; hay empero en el cielo un Dios que revela los misterios cuando le place. Lo que habeis visto en sueños era una estatua gigantesca, con la cabeza de oro, brazos y pecho de plata, vientre y muslos de bronce, las piernas de hierro, y los pies de hierro y barro. Atento estabais á esta vision, cuando una piedra desprendida por sí misma del monte vino á herir en los pies á la estatua; cayó el coloso, se despedazó y se redujo á polvo; pero la piedra creció y vino á ser una inmensa montaña que llenó todos los ángulos del universo. Ahora bien, oíd la esplicacion del sueño. Sois un rey poderoso: el cielo os ha dado la gloria y el imperio; vos estais representado en la cabeza de oro; á este primer imperio sucederá otro menor que el vuestro y denota al reino de los Persas y Medos que seguirá al de los Asirios, y será menor que él en nobleza, figurado por la plata; y luego el designado por el bronce, declarará el reino de los Griegos que en tercer lugar sucederá; y finalmente el cuarto semejante al hierro que todo lo reducirá á polvo, dá á entender el reino de los Romanos que ha de venir en el cuarto lugar, y con esfuerzo y ánimo de sus capitanes sujetará á las otras gentes. Y así como el hierro y barro no pueden bien juntarse, así habrá guerras, entre los romanos, unos con otros, de donde vendrán á perderse. Será entonces cuando Dios levante un reino, que despues de haber derribado todos estos imperios subsista eternamente. Este es el reino del Mesías, representado por la piedra desprendida del monte, que despues de haber roto la estatua, se convirtió en gigantesca montaña.»

Admirado exclamó Nabucodonosor; «¿Daniel, verdaderamente vuestro Dios es el Dios de los dioses y el Señor de los reyes!» Y confirió á Daniel cargos honoríficos en su reino, haciéndole príncipe y gobernador de todas las provincias de Babilonia. Y por ocasion de Daniel, tambien dió cargo á sus tres amigos Sidrach, Misac, y Abdenago.

De verse Nabucodonosor levantado en monarquía primera, se ensoberbeció y dió en querer ser adorado como Dios: para esto hizo levantar en un campo cerrado una estatua suya dorada, y mandó que todo aquel que se resistiese á adorarla, fuese echado en un horno ardiendo. Halláronse presentes en la fiesta de la dedicacion los tres hebreos amigos de Daniel, estando él ausente segun se infiere de la Escritura, y estando firmes en no adorar la estatua, fueron arrojados á las llamas, de las cuales los sacó el Señor sin lesión alguna.

Continuó Daniel gozando de la confianza de los sucesores de Nabucodonosor, durante cuyo reinado parece que tuvo lugar la historia del ídolo Bel. Habia por aquel tiempo un ídolo llamado de este nombre, al cual se ofrecian diariamente doce fanegas de flor de harina, cuarenta ovejas y seis cántaros de vino, é iba el rey á adorarle todos los dias. Preguntó el rey cierto dia á Daniel porqué no adoraba á Bel, á lo cual contestó: «Porque yo no adoro mas que al Dios vivo, hacedor del cielo y de la tierra.—¿Pues qué, repuso el rey, no es Bel un Dios vivo, cuando come y bebe todos los dias?—Oh rey, replicó Daniel, no vivas engañado; pues él es de barro por dentro y por fuera de cobre.» Enfurecido el rey, llama á los sacerdotes y les dice que morirán si no le declaran como desaparece todo lo que se ofrece á Bel; pero que si le hacen ver que él se lo come, será Daniel quien muera. Fué el rey al templo, mandó salir á todos los sacerdotes y se pusieron las viandas ante el ídolo; luego el santo profeta que habia acompañado al rey hizo cubrir de ceniza todo el pavimento, cerróse la puerta y fué sellada. Pero habia bajo el ara del ídolo una puerta secreta por donde todas las noches se introducian los sacerdotes con sus mujeres é hijos, y se comian y se llevaban toda la ofrenda: vinieron aquella noche segun costumbre, y consumieron cuanto habia sobre la mesa. A la mañana siguiente fué el rey al templo en compañía de Daniel: el sello estaba entero, abrióse la puerta, y viendo el soberano que no quedaba nada sobre la mesa, esclamó: «Grande eres, ó Bel, y no hay engaño en tu templo.» Sonrióse Daniel, y deteniendo al rey para que no entrase dentro, le hizo notar en la ceniza esparcida sobre el pavimento huellas de hombres, de niños y mujeres. Convencido el príncipe de su engaño, manda prender á los sacerdotes, y confesada su impostura, los sentenció á muerte y entregó el ídolo á Daniel, quien al instante lo destruyó y derribó su templo. Otro Dios tenían tambien los Babilonios en un ferocísimo dragon, al cual proveian tambien largamente por la astucia de los sacerdotes. Daniel con permiso del rey dióle á comer una especie de pasta glutinosa que le ocasionó la muerte, manifestando así el profeta lo ridiculo de una divinidad que con tanta facilidad perdía la vida.

Despachados los Babilonios por la destruccion de sus ídolos, se

amotinaron y pidieron al rey que les entregase á Daniel, á quien furiosos arrojaron á una hoya ó lago donde habia siete leones, y en el cual estuvo Daniel siete dias, sin que en todo aquel tiempo se diese alimento alguno á los leones para que le devorasen acosados por el hambre. No abandonó Dios á su siervo, pues cerró las fauces de los leones y cuidó de alimentarle por medio del profeta Habacuc, el cual llevando de comer á sus segadores, *un ángel le tomó por la coronilla y le llevó de un cabello de su cabeza, y lo puso en Babilonia sobre el lago con el impetu de su espíritu*, donde Daniel estaba. Sin duda que Dios tenia otros muchos medios de alimentar á Daniel, pero eligió este tan extraordinario para doctrinar á sus siervos acerca de su providencia y de la misericordia con que atiende á las necesidades de los que se le muestran fieles. A los siete dias fué el rey á llorarle, porque le amaba y le tenia por muerto; mas al acercarse vió al profeta tranquilamente sentado en medio de los leones, y exclamó: «¡Grande sois, Señor, Dios de Daniel!» Le hizo sacar del lago, y mandó que fuesen arrojados en él los principales que habian pedido su muerte, los cuales fueron al instante devorados. Y dió el rey un edicto concebido en estos términos: «Teman al Dios de Daniel cuantos habitan la tierra, porque él es quien salva, quien obra prodigios, y quien á Daniel ha libertado del lago de los leones.»

Habia ya llegado el tiempo señalado por los profetas Isaías y Jeremías para la ruina de Babilonia y libertad de los judíos. El afeminado Baltasar (nieta de Nabucodonosor) reinante en Babilonia, teniendo cercada la ciudad por Dario rey de los medos y Ciro rey de los persas, en vez de tomar medidas para repeler al terrible enemigo, parecióle tan segura su capital, que no habia para él mas ocupacion que divertirse. Entre otros dió un banquete magnifico, al que convidó á toda su córte, y en su embriaguez mandó traer los vasos de oro y plata que Nabucodonosor habia traído del templo de Jerusalem. Ofendido Dios de esta impiedad soltó riendas á su justa venganza contra Baltasar y los suyos: al instante apareció una mano que escribia en la pared del salon del festin ciertas letras ó rasgos misteriosos, sin que ninguno de los sabios allí presentes acertase á leerlos. A todos puso temor la novedad y mas al rey: fué Daniel llamado y que leyese y declarase las letras. Leyólas y declarólas diciendo al rey: «Por que os habeis rebelado contra el Rey de los reyes, y no habeis temido irritar al que dispone de vuestra vida y de todas las cosas, él justamente enojado ha hecho escribir en la pared esas letras que forman las tres siguientes palabras: *Mane, Thecel, Phares*, cuyo sentido es éste: *Mane*, número; Dios ha contado los dias de vuestro reinado y les ha señalado término. *Thecel*, peso; habeis sido pesado en la balanza del juicio divino y habeis pesado muy poco. *Phares*, division;

vuestro reino va á ser dividido y será entregado á Medos y Persas.

Aquella misma noche se cumplió el vaticinio: habiendo Medos y Persas desviado el curso del Eufrates, entraron en Babilonia por el desecado lecho del río, se apoderaron de ella y la saquearon. Allí pereció Baltasar, y Ciro se hizo dueño del imperio. El rey Dario llevó consigo á Daniel á su reino de Media y colmóle de honores; pero envidiosos los cortesanos le armaron lazos y lograron que fuese echado segunda vez al lago de los leones, del que le libró también el Dios de Israel.

Murió el santo profeta Daniel siendo de ochenta y ocho años de edad, si bien S. Isidoro le señala ciento y diez años, al fin del reinado de Ciro, habiendo conseguido de él juntamente con Aggeo, Zacharias y Malaquias un edicto para que los judíos volvieran á Jerusalem y reedificasen la ciudad y el templo. Muchos hebreos no le ponen en el número de los profetas, no porque no admitían sus profecías, sino porque habiendo vivido en palacio, y tenido los primeros empleos de la corte, no profesó en público la manera austera de vivir que usaban comunmente los otros. Pero Jesucristo en su Evangelio le dió este glorioso nombre: *Quæ dicta est à Daniele propheta.* (Matth. 24. 15.) Lo que basta para que todos le reconozcan con este dictado. Los rabinos posteriores al tiempo de Cristo tampoco colocan á Daniel entre los profetas: sin duda porque anuncia tan claramente la venida del Mesías, en la profecía de las *setenta semanas*. Es notable el testimonio de Josefó hebreo, que en el libro 10 de las *Antigüedades*, cap. últ. dice: «Daniel fué enriquecido con increíbles dones, como uno de los grandes profetas... porque él no solamente predijo las cosas futuras, como hicieron los otros profetas, sino que además fijó el tiempo en que habían de suceder.» Estas últimas palabras seguramente se refieren á la profecía de la venida del Mesías.

La Iglesia reconoce á Daniel por uno de los cuatro profetas mayores, y tiene el cuarto lugar por haber muerto el último. Su libro contiene catorce capítulos, y usa de él la Iglesia en las lecciones de los maitines de la Dominica tercera de noviembre, y por sus ferias, y en misas particulares de entré año. El Martirologio romano hace conmemoración de este santo profeta en 21 de Julio.

DIA 1.º DE MAYO.

San Jeremias.

EL profeta Jeremias, cuyo nombre se interpreta *alteza del Señor*, es el segundo de los Profetas llamados *mayores*, y fué hijo del sacerdote Helcias, natural de Anathoth, pequeña aldea cerca de Jerusalem. Comenzó á profetizar de pocos años en el reinado de Josías, el año 629 antes de Jesucristo. Sus profecias se dirigieron no solamente contra los judíos sino tambien contra los egipcios, los idumeos, los filisteos, los ammonistas, los moabitas, babilonios etc. ; pero su objeto principal fué exhortar á su pueblo á la penitencia, anunciando los castigos que le enviaria el Señor. Mas no pudiendo sufrir los judíos la santa libertad con que el profeta reprendia sus desórdenes, le acarrearón su indignacion de tal manera, que fué echado en la cárcel. Despues del breve reinado de Jeconías, trasportada cautiva á Babilonia la mayor parte del pueblo con su rey, no cesó Jeremias, reinando Sedecias, el último rey, de exhortar á penitencia á los restos del pueblo judaico, que habian quedado en el país, intimándoles la destruccion de la ciudad y asimismo la del templo, en el cual fundaban sus vanas y necias esperanzas los judíos carnales. Y tornando de nuevo á predicar Jeremias, en Jerusalem, con motivo del cerco que hacia ya diez y seis meses que angustiaba la ciudad, asieron de él los judíos y lo echaron en una laguna de mucho cieno, de la cual mandó sacarle un ministro del rey Sedecias; aunque quedó encarecelado hasta la toma de la ciudad por Nabucodonosor, cuya toma habia profetizado Jeremias y sido causa de las persecuciones que habia sufrido. Nabuzardan, general de Nabucodonosor, dió al profeta libertad de ir á Babilonia, donde viviria en paz, ó de quedarse en Jerusalem; y Jeremias prefirió lo último, para ser útil á los pocos judíos que allí permanecian. A poco tiempo murió asesinado Gogolias, gobernador de Judea por el rey de Babilonia, á manos de Ismael, príncipe de la sangre real de los judíos; temerosos éstos por esta accion del furor de los babilonios, determinaron buscar seguridad en Egipto; y aun cuando Jeremias apuró todos los medios para disuadirles de ello, prometiéndoles en nombre de Dios la seguridad si permanecian en Judea, se vió al fin obligado á seguirles juntamente con su fiel discípulo Baruch. Allí continuó el profeta reprendiendo á los

judios sus vicios, y valcínó las terribles calamidades con que Dios iba á castigarles, juntamente con los egipcios, dando así ocasion á que de todos fuese aborrecido; pero aun mas especialmente de los mismos hebreos, los cuales, segun constante tradicion aceptada por los espositores sagrados, le mataron á pedradas en Taphne, el año 590 antes de Jesucristo.

Distinguió á este gran profeta una ternísima caridad para con sus prójimos; caridad llena de compasion por sus males espirituales y temporales; caridad que no le permitia ningun descanso: de suerte que ni el tumulto de la guerra, ni el desconcierto del reino, ni el sitio de Jerusalem, ni aun la misma mortandad del pueblo, le retrajo de trabajar siempre con el mismo ardor en el bien de sus conciudadanos.

Las profecias de Jeremias comprenden cincuenta y dos capitulos; y sus Trenos ó Lamentaciones, compuestas de cinco capitulos, es una insigne obra maestra del dolor y la tristeza. De sus profecias usa la Iglesia católica en las lecciones de los maitines, desde la dominica de Pasion hasta el sábado santo, y en algunas misas de entre año.

DIA X.

San Job.

JOB, santo patriarca, cuyo nombre significa *el que gime ó se duele*, fué como afirman S. Juan Crisóstomo y Orígenes descendiente de Esaú y quinto nieto de Abraham, porque Abraham engendró á Isaac, Isaac á Esaú, Esaú á Rahuel, Rahuel á Zara, Zara á Job. S. Ambrosio y S. Gregorio dicen, que Job es lo mismo que **JOBAB** referido en el libro 1.º del Paralipomenon (*c. 1. v. 45.*), y en el Génesis (*c. 36. v. 33.*) Siendo esto así, Job viene á ser contemporáneo de Moisés, y su historia puede fijarse para poco despues que el pueblo de Israel pasó el mar rojo.

Vivia Job en la tierra de Hus en la Idumea oriental, con el nombre de *Arabia desierta*, y adoraba al verdadero Dios con un culto puro y sencillo, ejercitándose en toda suerte de virtudes. Premiaba el cielo su piedad colmándole de bendiciones y multiplicando sus riquezas, hasta que entre los orientales vino á ser el mas poderoso, pues en particular señala la escritura que tenia siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientos pares de bueyes, quinientos asnos y grande familia de criados y criadas. Tenia siete hijos y tres hijas, entre las cua-

les, por la solicitud paternal, reinaba el mas ardiente cariño y unión, comiendo frecuentemente los unos en casa de los otros: despues de estos fraternales banquetes, Job, que nunca se hallaba en ellos, ofrecia á Dios sacrificios en reparacion de las faltas en que podian haber incurrido entre el bullicio y alegria del festin.

Hallábase el santo patriarca en el regazo de la mas completa felicidad, cuando Dios que se complace en probar á sus siervos para acrisolar su virtud, permitió al demonio que le afligiese con la pérdida de cuanto poseia. Estando cierto dia sus hijos y sus hijas comiendo juntos en un convite, los sabeos cayeron de improviso sobre sus tierras, pasaron á cuchillo á los mozos, y arrebataron consigo los bueyes y á las burras: un solo hombre escapó de sus manos, el cual corrió á traer la noticia á su amo: aun hablaba, cuando otro, llegó á anunciarle que el fuego de Dios habia caído del cielo sobre sus ganados reduciéndolo todo á cenizas; y sin haber acabado de hablar aquél, vino otro, y dijo que los caldeos, acometiendo á sus camellos, se los habian llevado. Aun estaba hablando éste, y hé aquí que entra otro y le dá una nueva infinitamente mas afflictiva, diciéndole «Estaban comiendo juntos tus hijos y tus hijas; se levantó de repente un huracan furioso que cuarteó los cuatro ángulos de la casa, y ella se desplomó cayendo sobre tus hijos, que allí han quedado muertos.»

A estas palabras prosternóse el varon santo, y adoró á Dios, humillándose profundamente en su divina presencia, y dijo: *Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré á las entrañas de la tierra; el Señor lo dió, el Señor lo quitó; como el Señor plugo, así ha sucedido. ¡Bendito sea el nombre del Señor!*

Pero aun no habia Job acabado de apurar el cáliz de las tribulaciones, pues tambien se le permitió al demonio que le atormentase en el cuerpo, mas sin quitarle la vida. Llagóle de pies á cabeza el enemigo de los hombres, roduciéndole á que sentado en un muladar, tuviese que raerse con un tiesto la podre que manaba de sus úlceras. Abandonáronle todos sus parientes y allegados, sin quedarle mas que la mujer, quien tentándole y escitándole á la desesperacion le decia: «¿Tú todavía subsistes en tu simplicidad? Bendice á Dios y muérete.» Decíale esto irónicamente; empero el varon santo la respondia: «Has hablado como una de las mujeres necias. Si recibimos los bienes de manos de Dios, ¿por qué no hemos de recibir los males?

Sabedores de sus desgracias, fueron á verle tres amigos suyos con el fin de consolarle, en lo posible: llamábanse Eliphaz Baldat, y Sophar; pero al fijar en él sus atónitos ojos, no acababan de reconocerle, tan espantoso era el estrago, que le desfiguraba. En vista de las calamidades que padecia, creyéronle culpable de algun delito enorme, y partiendo de este error, en vez de consolarle pusieronse á pro-

bar con sublimes razonamientos que solo sobre los delincuentes cae la tribulacion, y que las grandes adversidades son siempre castigo de crímenes horrendos.

«He visto, decia el primero, al impío, cuya fortuna parecia establecida con solidez: hallábase en la cumbre de la prosperidad, y nadie diria que hubiese cosa capaz de interrumpir el goce de sus placeres; mas era pecador, y al punto dije: No será de duracion esta vanisima pompa; al malo amenaza la maldiccion divina. Sus riquezas le serán arrebatadas, y el hambriento devorará su mies. Nada de adverso sucede en el mundo sin causa, y el dolor no brota de la tierra; nace el hombre pecador para el trabajo, y el pájaro para el vuelo. Dichoso aquel á quien castiga Dios por corregirle: no deseches los males que te envía; si te hiere, él cicatrizará tus llagas; si fulmina sus rayos á los pecadores, cura á los penitentes.»

«Escúchame, añadía el segundo; Dios no es injusto en sus juicios, y no falta á las leyes de la justicia; no te ves alligido sino en castigo de tus pecados; y porque gravemente habian ofendido al Señor, fueron tus hijos sepultados en ruinas. Los justos prosperan siempre, y solo los impíos ó los hipócritas son desventurados.

El tercero, bajo el pretesto de justificar á la Providencia, se espresó aun con mas dureza en las reconvenciones que hacia á Job. Deciale: «La gloria del impío se disipa con velocidad, y la alegría del hipócrita solo dura un momento. Aun cuando su altanería se encumbra hasta los cielos, y á las nubes toque su cabeza, por último perecerá; desaparecerá como el sueño cuyo recuerdo ya se ha borrado. Los vicios de su juventud se compenetrarán con sus huesos, y con él dormirán en el polvo: sufrirá la punicion del delito sin ser consumido, y el cúmulo de sus tormentos igualará al de sus injusticias. Revelarán los cielos su iniquidad, y contra él se levantará la tierra: he aquí la herencia que Dios reserva al impío: este es el premio que recibirá del Señor por los pecados que ha cometido.

Insistian sus tres amigos en que Job era un gran pecador, porque le veian ahogado en el piélagos de la amargura; pero concluian que Dios, bueno y misericordioso, le volveria á su antigua prosperidad, si humildemente confesaba que habia merecido perderla y hacia penitencia.

Job por el contrario, mas ilustrado que sus amigos, sabia que Dios castiga á los pecadores y prueba á los justos, cuya paciencia enriquece la propia corona y glorifica al Señor. Sosteniale en su desgracia la esperanza de una vida futura, sometiéndose enteramente á la divina voluntad. «Tened compasion de mí, respondia á sus tres amigos, al menos vosotros que decís que me amais! Veis que me ha herido la mano de Dios, y vosotros me acrimináis amargamente, y me

ultrajais con aspereza; mas yo hallaré en mi fe el consuelo que me rehusais. ¡Quien me diera que mis razones con punzon de hierro y en láminas de plomo ó con cincel se esculpiesen en Pedernal! Porque yo sé que vive mi Redentor, y que en el último dia me he de levantar de la tierra, y seré vuelto á revestir de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios, al cual he de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar y no otro. Esta esperanza me consueta, y yo la tengo guardada en mi pecho.»

El Señor volvió al fin por la honra de su siervo declarando á sus amigos indiscretos que no les perdonaria su pecado sino mediante los ruegos de aquel justo á quien habian querido calumniar, y dió Job mas riquezas que las que el demonio le habia quitado. Tuvo tambien otros siete hijos y tres hijas como primero.

Vivió despues Job ciento y cuarenta años y murió viejo lleno de dias. Parece que fué enterrado cerca del Jordan, donde acudieron siempre gran multitud de peregrinos de la antigua y de la nueva ley, para encomendarse á sus oraciones.

Job cubierto de llagas, entregado al furor del demonio, escarnecido por su mujer é insultado por sus mismos amigos, es una imágen perfecta de Jesucristo, entregado por la justicia divina al furor del infierno, inundado de amargura, y agobiado del peso de la cólera de Dios como si fuera el mayor de los pecadores.

DIA XIV DE JUNIO.

San Eliseo.

EL profeta Eliseo, cuyo nombre significa *salud de Dios*, fué hijo de Saphat y discípulo de Elías. Nació en Albelmeula, en la tribu de Manasés á diez millas de Seythópolis. Hallóle Elías arando, puso sobre él su capa, y Eliseo dejó su labranza, sus padres y parientes, y siguióle; y desde este instante el discípulo ya no se separó jamás del maestro, sin consentir en dejarle un momento, á pesar de sus instancias, no ocultándole éste la maravilla de su futuro raptó. Llegaron ambos á orillas del Jordan: Elías plegó su manto y golpeó con él las aguas del aquel río, las cuales al instante se dividieron, abriéndole libre paso, y con planta enjuta le atravesaron ambos profetas «Pideme para ti lo que quieras antes de separarnos,» iba Elías diciendo á su discípulo; y éste le contestaba: «Haz que repose en mi tu doble espíritu.» Dicen comentadores que el doble espíritu de Elías era el don de profecía y el de milagros. «Pídesme una cosa difícil, replicóle el maestro; mas será otorgada tu petición, si me ves volar arrebatado, y

negada si no me vieres.» De esta suerte caminaban hablando, cuando los separó repentinamente la aparicion de un carro de fuego con caballos tambien de fuego.

Subió al cielo Elías en un torbellino, y Elíseo clamaba mirándole «¡Padre mio, padre mio!» y su maestro desaparecia. Recogió el manto que el profeta por divina permision dejó caer en su raptó, y vuelto á la orilla del Jordan, golpeó con él las aguas, como lo hiciera Elías; mas ellas no se dividieron, y él esclamó sentido. «¿Dónde está el Dios de Elías?» Volvió á golpear las aguas, las cuales se dividieron, y él pudo pasar el río.

Este milagro dió á conocer que el espíritu de Elías residia en Elíseo, y en breve siguióle otro no menos admirable. Se habia retirado á Jericó, é informados de su valimiento con Dios los habitantes de la ciudad le hicieron presente que ésta, aunque por otra parte muy cómoda, tenia malísimas aguas, nocivas á los hombres al par que á los animales. Viva impresion produjo en Elíseo la miseria y la confianza de aquellas pobres gentes. «Traedme, les dijo, un vaso nuevo, y llenadlo de sal.» Fuese á la fuente y derramó en ella la sal, pronunciando estas palabras: «He aquí lo que dice el Señor: he sanado estas aguas, y de hoy mas no habrá en ellas ni muerte ni esterilidad.» Y así se cumplió conforme lo predijo, pues en el dia no se beben aguas mas saludables.

Desde allí pasó Elíseo á Beteht, ciudad abominable por el culto del becerro de oro, establecido en tiempo de Jeroboam, y donde aun para los niños eran los profetas un objeto de burla y menosprecio. Al acercarse á la ciudad, le salió al encuentro una porcion de mozuelos hartándole de improperios: maldijoles el profeta á nombre del Señor, sobre quien aquellas injurias recaian; y saliendo repentinamente dos osos de un bosque inmediato, y arrojándose á los jóvenes de mala lengua, despedazaron á muchos de ellos en pena del desafuero que cometian con el ministro del Señor.

Otros muchos prodigios obró en seguida Elíseo para autorizar la mision que tenia de llamar al pueblo de Israel al legítimo culto, siendo el mas brillante el que hizo en favor del ejército de Israel. El rey de esta nacion, Joram, sucesor de Acab, Josafat rey de Judá, y el rey de la Idumea reunieron sus fuerzas para atacar á los moabitas, dirijiéndose por un árido desierto, en el cual faltó agua al ejército, hallándose en peligro de morir de sed. En este apuro sabiendo Josafat que se hallaba en el campamento un profeta del Señor, fué con los otros dos príncipes á ver á Elíseo, quien con santa libertad hizo saber al de Israel que, si se hubiera presentado solo, no habria alcanzado el milagro, porque protegía la idolatria en sus estados; mas Dios lo hacia por consideracion á Josafat, cuya piedad era merece-

dora de tal gracia, y continuó de esta manera: «He aquí lo que dice el Señor: no vereis viento ni lluvia: sin embargo se llenará este valle de fresquísimas aguas, de las cuales beberéis vosotros y vuestros soldados, vuestros esclavos y aun vuestros caballos. Y poquisimo es esto para el Señor, pues os entregará en las manos á los moabitas, y os enseñoreareis de sus fortalezas y de sus ciudades.» Con efecto, á la mañana siguiente, hácia la hora del sacrificio se vió venir de la Idumea una gran copia de aguas, sin haberse levantado viento alguno, al cual naturalmente pudiera atribuirse tal acontecimiento, y sin que hubiese caído en aquel país una sola gota de agua. Llenóse bien pronto el valle, y todo el ejército pudo saciar su sed devoradora.

Quejóse á Eliseo la pobre viuda de un profeta, que estaba adeudada por los gastos que hizo en dar de comer á muchos profetas en tiempo de la persecucion de Jezabel, y pidióle algun medio para satisfacer á sus acreedores. Preguntóle el profeta: «¿Que tienes en tu casa?—Solo un poco de aceite,» respondió la afligida muger. «Pues ve allá, dijo Eliseo, y pide prestadas á tus vecinas cuantas vasijas tuvieren, y cerrada tu puerta, tú y tus hijos echad del aceite en las vasijas hasta que todas estén llenas.» Hizolo así la viuda con mucha fé, y acreció tanto la aceite que en efecto se llenaron todas las vasijas. Vendió y pagó sus deudas, y de lo que sobró vivió con sus hijos. Es de notar en este prodigio, que Eliseo mandó pedir vasijas vacías y cerrar la puerta, dando á entender que para pagar lo que á Dios debemos y para ser llenos de aceite de la gracia, dos cosas son importantes: la una vaciarnos de nuestros apetitos y deseos de sensualidad; que el maná del cielo no lo dió Dios á los hebreos hasta que les faltó la harina que sacaron de Egipto: la otra que debemos cerrar las puertas de nuestros sentidos; así el Hijo de Dios para resucitar á la hija del príncipe de la sinagoga mandó primero salir la gente.

Pasaba Eliseo por la ciudad de Suna algunas veces, y una mujer principal convidábalo á comer, y aun con el parecer del marido, aderezóle un pequeño aposento. Visto esto por el siervo de Dios, y deseando no dejar sin premio el servicio que se le hacia, como entendiéndose por relacion de su criado Giezi, que la mujer no tenia hijos y su marido era viejo, y estimaria en mucho alcanzar de Dios uno, llamóla Eliseo á la puerta de su celda, y dijole: «No pasará mucho tiempo, sin que tengas un hijo.» En efecto concibió y parió la Sunamitide un hijo, el cual habiendo muerto siendo aun muy pequeño, lo resucitó el profeta.

Naaman, general del rey de Siria, privado suyo y muy rico, era leproso, y oyendo referir á una esclava hebrea las maravillas que Eliseo obraba, determinó de ir á Samaria, y llevó muchas joyas de oro y plata para distribuir, y cartas de su rey para el de Israel. Eli-

seo envió á decir al rey: «Venga á mi Naaman, y verá que hay profeta en Israel.» Vino Naaman á la posada de Eliseo, y estando á la puerta, sin que le viese el profeta, envióle á decir por su criado Giezi que fuese y se lavase en el Jordán siete veces, y seria sano. Indignése Naaman de esta respuesta; y volviase ya despreciando el remedio, y diciendo que en su tierra no faltaban aguas mejores que las del Jordán, cuando sus criados le dijeron: «Señor, si el profeta te mandara hacer alguna cosa dificultosa no dudaras de hacerla; pues ¿porqué no harás cosa tan fácil?» Tomó este consejo Naaman, fue al Jordán, lavóse siete veces, y quedó perfectamente sano. Esto fué figura del santo bautismo, que el que se bautiza aunque tenga toda la universidad de pecados (lo cual se significa por número de siete en la Escritura) queda de todos limpio; pues no solamente es medicina el bautismo para el pecado original, mas para todos los pecados actuales que tiene el que se bautiza. Quiso manifestar Naaman su reconocimiento á Eliseo, ofreciéndole los ricos dones que habia traído; pero por mas que le importunó no los quiso recibir.

Trataba el rey de Siria de guerrear contra el de Israel y concertaba con la mayor reserva de poner celadas; pero cuanto se maquinaba, otro tanto revelaba Eliseo al rey, que siempre desconcertaba los proyectos de su adversario. El de Siria sospechó al final que habia traicion, y deseando saber quien fuese el traidor, le dijeron: «Señor, hay en Israel un profeta llamado Eliseo que entera á su monarca de cuanto se dice en el secreto de vuestro gabinete.— Id á informaros donde se halla para que yo lo haga prender, » repuso el rey. No se pasó tiempo sin que se descubriera la residencia del siervo de Dios, que era Dothaim, y envió tropas que cercaron la ciudad por la noche. Cuando el criado de Eliseo salió á la mañana y vió tanta gente de guerra, volvió azorado y dijo á su amo: «¿Qué será de nosotros? ¡Perdidos somos! los sirios están á nuestras puertas.—No temas, le respondió Eliseo; mas son los que están de nuestra parte para defendernos.» Pidió al Señor al mismo tiempo que abriese los ojos de aquel mozo para que viese lo que él veia, y vió todo el monte lleno de carros y de caballos de fuego para su defensa. Salió el profeta de la ciudad y tomó el camino de Samaria, pidiendo al Señor que cegase á los de Siria. Fué oída su oracion, y los enemigos vieron los objetos en otra forma diversa de la que tenian. *Seguidme* les dijo el profeta, *yo os mostraré á Eliseo.* Los sirios le siguieron y él llevólos hasta dentro de Samaria, en donde pidió y obtuvo del Señor que les diese su primera vista, con la cual vieron su eminente peligro. Quisiera el rey de Israel darles muerte; mas Eliseo se opuso á ello, porque no habian sido hechos prisioneros en lid, y aun les hizo dar lo necesario para que se volvieran. Hizo aquí Eliseo lo que

aconseja S. Pablo, y lo que todos debieran hacer: no seais vencido de lo malo, sino venced el mal con el bien; esto es, no se dé mal por mal, si no por mal bien.

Por los pecados de los israelitas permitia Dios que fuesen moles-tados de ordinario con guerras que siempre movian los sirios. Sucedió, pues, que reuniendo el rey de Siria todas sus tropas, sitió á Samaria por largo tiempo, y redujo á sus habitantes á una hambre tan estremada, que una mujer que maló su propio hijo para comer ella y otra su vecina, mediante concierto que otro dia hiciese ésta lo mismo de otro hijo suyo, fué al rey de Israel Joram quejándose de que la vecina se negaba á lo concertado. Horrorizado Joram rasgó de dolor sus vestiduras, y vencido de cólera, pensando si aquel daño provenia de Eliseo, como en tiempo de su padre Acab habia sido ocasion el profeta Elias de que no lloviese, mandó á uno de sus guardias á matarle; pero arrepintiéndose al instante de ello, fué en persona para estorbarlo y dijo al profeta: «¿Qué socorro puedo esperar del Señor, pues él mismo nos ha puesto en el punto de que las madres se comen á sus hijos?» Eliseo le contestó: «Mañana á esta misma hora valdrá la fanega de harina un siclo (unos cuatro reales) y dos de cebada otro siclo.» Oyendo esto el oficial que acompañaba al rey, dijo: «Si Dios lloviere trigo no seria verdad lo que dices.—Pues bien, repuso Eliseo, verás esta abundancia y no comerás de ella.» Al anoecer de aquel mismo dia, cuatro leprosos que estaban sentados á las puertas de la ciudad dijéronse entre si: «Aquí moriremos de hambre, pasemos pues al campo de los sirios, á vivir ó morir.» Parten los cuatro, llegaron al campamento, y no hallaron hombre en él; porque ordenándolo Dios, habian oido estruendo formidable de hombres, caballos y carros, semejante á muchos ejércitos que á combatirlos iban, y sobrecogidos de espanto en el silencio de la noche huyeron, pensando solo en salvar las vidas y abandonando todas sus provisiones y riquezas. Lo primero que hicieron los leprosos fué comer y beber; mas luego volvieron á Samaria difundiendo en la ciudad tan buenas nuevas. Temióse de pronto no fuese esto ardid de guerra; pero asegurada ya, por la descubierta que se envió, la retirada de los enemigos, salió el gentío hambriento y saqueó el campamento, siendo tal el despojo, especialmente de trigo y cebada, que se dió al mismo precio que Eliseo señaló. Para impedir desorden puso el rey á la puerta de la ciudad al oficial que habia dudado de la prediccion del profeta, y fué tan grande el tropel de pueblo que cargó sobre él, que cayó en tierra y murió ahogado, cumpliéndose asi el vaticinio del siervo de Dios, que lo veria y no lo comeria.

Muerto Benadad, rey de Siria, le sucedió en el reino Hazael, quien

vino contra el rey de Israel que todavía lo era Joram hijo de Acab y de la impía Jezabel; y llegando á batalla en Ramoth Galaad, fué herido Joram, que se retiró del ejército para curarse. Había Dios declarado al profeta Elías, como Eliseo sería ungido por profeta en lugar suyo, y Hazael por rey de Siria, y Jehú por rey de Israel: Eliseo estaba ya en su puesto y Hazael en el suyo, faltaba solo que Jehú consiguiese su dignidad. Así, pues, envió Eliseo á uno de los hijos de los profetas, á Ramonth Galaad, donde estaba el ejército israelita; el cual llamándolo á Jehu á un lugar apartado de donde estaban los capitanes, derramó la uncion sobre su cabeza, y dijo: «Yo te unjo por rey de Israel y destruirás la casa de Acab en venganza de la sangre de los profetas derramada por Jezabel, á la cual, comerán perros sin haber quien le dé sepultura. Esto dijo el ministro de Eliseo; que declarado luego por el mismo Jehú á los capitanes con quienes antes estaba, produce en los ánimos tal sensación repentina, que se levantan todos los oficiales, forman como un trono real, suben sobre él á Jehú y al son de las trompetas esclaman: «Jehú es rey.» Este no perdió tiempo, pues aprovechando la favorable disposición de los ánimos, marchó con el ejército contra Jezraél, donde Joram estaba curándose de la herida. Había ido á visitarle Ochozías rey de Judá, y estando los dos reyes juntos, llegó Jehú, y el mismo disparó una saeta á Joram y le dió en el corazón derribándole muerto. Ochocias huyó; mas Jehú dió orden de perseguirle, y siendo alcanzado fué muerto. Entró el vencedor en Jezraél y viendo en una ventana á la orgullosa Jezabel, ricamente ataviada, la hizo precipitar desde la misma ventana, y su cuerpo fué devorado por los perros, cumpliéndose lo que de ella había profetizado el profeta Elías.

Desde esta época la Escritura pasa en silencio las cosas del profeta Eliseo, bien que es de creer que serian notables, ejercitándose en procurar el bien de Israel. Murió Eliseo durante el reinado de Joas, quien habiendo ido á visitarle, y entendiendo que se moria, esclamó llorando: «Padre mio, Padre mio, carro de Israel y carretero suyo:» que fueron las palabras que el mismo Eliseo dijo á Elías en su raptó.

En el mismo año de su muerte sucedió que siendo asaltados por ladrones moabitas ciertos hombres que llevaban á enterrar á un difunto, echaron á este en la cueva y sepulcro de Eliseo, que fué lo que hallaron mas á mano; y así como el muerto tocó á los huesos del profeta resucitó y quedó con vida.

S. Gerónimo afirma de Eliseo, que permaneció virgen toda su vida; y hácese larga mención de él en los libros tercero y cuarto de los reyes. Nómbrase tambien en el Eclesiástico. San Lucas escribe en su Evangelio el milagro que hizo de sanar á Naaman de la lepra. El sepulcro de Eliseo se vió mucho tiempo en Sebaste, ciudad de Samaria

en Palestina, adonde fué tambien sepultado Abdias, profeta y el glorioso precursor S. Juan Bautista; y segun dice el ya citado S. Gerónimo, por los méritos de estos Santos hizo Dios allí muchos milagros. De la historia de Eliseo usa la Iglesia católica en las lecciones de los maitines de feria segunda de la dominica nona despues de Pentecostés.

DIA 1.º DE JULIO.

San Aaron.

Aaron, que se iuterpreta *el que enseña*, fué de la tribu de Leví, hijo de Amram y de Jácobed, y nació en Egipto, el año 1574 antes de Jesucristo. Fué asimismo hermano mayor de Moisés y casado con Isabel hija de Aminadab, y hermana de Naaron, de la cual tuvo cuatro hijos. Era muy elocuente, por lo cual se lo dió Dios á Moisés, que era impedido de la lengua, para que hablase por él al pueblo lo que de parte de Dios le era mandado que les dijese; y lo mismo fué con Faraon al tiempo que se procuraba la salida de los hebreos de Egipto, y las primeras tres señales que se hicieron delante del rey fueron hechas por manos de Aaron.

Estando despues los hebreos en el desierto y Moisés en el monte Sinaí, á donde por mandado de Dios habia subido á recibir la ley escrita en dos piedras para notificársela al pueblo, como se tardase cuarenta dias, los hebreos impacientes y deseosos de tener Dios que viesen, y fuese palpable, y no escondido é invisible, pidieron se les diese Aaron y Hur, á los cuales habia Moisés encargado el gobierno del pueblo en su ausencia. Y porque Hur les resistió valerosamente, hechos todos á una, le echaron tantas salivas sobre sí, que le ahogaron. Viendo esto Aaron, y temiendo lo mismo, pensó librarse de aquella importuna demanda con industria, y fué que le diesen joyas de oro y plata de que le hiciesen, pareciéndole que por haberlas de pedir á sus mujeres, ellas defendiendo sus joyas levantarían pleito con ellos, que se dilatára hasta que Moisés volviera, y no fué así, antes de buena gana diéron las mujeres sus joyas para hacer el idolo.

Recibido el metal por Aaron, fabricó de ello un becerro que adoraron los hebreos: y por ello le reprendió Moisés ásperamente, habiendo bajado del monte, diciéndole: «¿Qué te hizo este pueblo que has permitido tal?» Aaron dió su disculpa de que lo hizo temiendo al pueblo, lo cual para con Dios no le escusó, pues fué pecado lo que hizo,

y estaba obligado á dejarse matar antes que dar favor á cosa tan mala y perniciosa.

Moisés hizo polvos el becerro, y se lo dió á beber á los culpados, y no contento con esto, mandó á los levitas que de tropel juntándose muchos de ellos fuesen por los reales matando á los que viesen fuera de sus tabernáculos. Y puesto que no habian de morir todos sino algunos, de esta manera murieron los mas culpados; y llegó el número á cerca de treinta y tres mil personas.

Pasado esto, habiendo Aaron tenido dolor de su pecado, por mandado de Dios á él y á cuatro hijos suyos llamados Nadab, Abiú, Eleázaro y Itamar, despues de bien purificados y limpios los ungió Moisés en sacerdotes, para el ministerio del tabernáculo y sacrificios que en él se ofrecian, de los cuales fué Aaron nombrado cabeza y principal, á quien solo y no mas de una vez en el año, era licito entrar en el Sancta Sanctorum, que era el aposento último y mas secreto del templo, donde estaba la Arca del Testamento. Y como Aaron usando su oficio por mandado de Moisés, para satisfacer por su pecado, y los del pueblo, pusieron cierto sacrificio y víctima sobre el altar diputado para esto, bajó fuego del cielo que lo abrasó, y este fuego se conservó en el templo, como advirtie S. Ambrosio, cebándole siempre los levitas hasta que el pueblo fué llevado cautivo á Babilonia.

Sucedió que el mismo dia, Nadab y Abiú hijos de Aaron, sacerdotes consagrados, poniendo en sus incensarios de otro fuego, y no del que mandaba Dios, fueron abrasados por fuego que bajó del cielo.

Levantaron motin contra Moisés y Aaron algunos del pueblo, en número de ciento y cincuenta, siendo los principales Coré de la tribu de Leví, y Datan y Abiron de la tribu de Ruben. Decian estos que ni Moisés habia de ser su capitan, ni Aaron su sacerdote sumo, que otros lo merecian mejor; por lo cual fueron castigados de Dios los principales, tragándose los vivos la tierra con sus mujeres hijos, y todo lo que les era propio de sus haciendas: á los ciento y cuarenta que eran de su bando abrasó fuego del cielo.

Estaban otro dia, despues de acaecido esto, muy quejosos de Moisés y Aaron, los demas hebreos, sintiendo mucho que hubiesen sido aquellos muertos por su ocasion, y llegó el negocio á que les fué forzoso á los dos hermanos irse al tabernáculo y templo, huyendo de su cólera y enojo, de donde salió fuego, que abrasó catorce mil y setecientas personas. Y fueron mas los muertos, sino que salió Aaron con el incensario en la mano, haciendo sacrificio á Dios, donde andaba el fuego mas vivo, y cesó la plaga. Y porque ni con esto tenia fin la murmuracion del pueblo acerca del sacerdocio de Aaron, mandó Moisés poner en el tabernáculo trece varas secas, y en cada una de

las doce el nombre de una tribu, y el de la persona mas principal de ella, y en la última el de Aaron; y otro día fué vista la vara donde estaba el nombre de Aaron, que habia brotado hojas y fruto y tenia almendras, por donde se vió claramente ser voluntad de Dios, que fuese Aaron sumo sacerdote, y despues de él los de su linaje. Esta vara se guardó dentro de la arca del Testamento con las tablas de la ley y un vaso del Maná.

Habiendo estado el pueblo hebreo en el desierto cuarenta años, determinado de Dios que ni Aaron ni Moisés entrasen en la tierra prometida, por la culpa que cometieron cuando les mandó que hiriesen la piedra para que diese de sí agua, y el pueblo bebiése y se recrease, y porqué no salió al primer golpe dudaron de que saldría, y les pareció que Dios les habia burlado; aunque salió luego hiriendo la segunda vez, por esta culpa merecieron el castigo dicho. Mandó Dios á Moisés que subiese al monte Hor, y llevase consigo Aaron y á Eleazaro su hijo y allí desnudase de los vestidos sacerdotales á Aaron, y vistiese de ellos á Eleazaro (*): lo cual hecho, estando en lo alto del mon-

(*) Consistian las vestiduras del sumo sacerdote en unos paños menores ceñidos por medio del cuerpo y cortos hasta la rodilla. Luego vestia una túnica de lino muy blanco y muy fino que llegaba hasta los pies. Sobre esta túnica tenia otra algo mas corta de color violado, que era abierta por los lados, por el pecho y por las espaldas, y estas aberturas se tomaban con una toca delgada á manera de cinta, que iba prendiendo el un cabo con el otro por sus ojales. Las mangas venian juntas al brazo. El remate estaba labrado maravillosamente, con muchas flores de oro, de púrpura y de grana; entre las cuales estaban entretejidas piedras de mucho precio. Colgaban de este remate setenta y dos campanillas de fino oro, y otras tantas granadas del mismo metal, entrepuestas las unas con las otras, de suerte que entre granada y granada habia una campanilla, y entre campanilla y campanilla habia una granada. Era otro atavío el *ephod* ó superhumeral, que tejido de hechura de un escapulario de religioso, corto hasta la cintura y tejido de oro bordado de color de púrpura, de jacinto y de escaziata, prendido con dos broches de oro en que estaban encajadas dos piedras de esmeralda, segun los Setenta, aunque Josefo dice que eran sardónicas: la esmeralda es verde y la sardónica blanca. Era de tanta grandeza que en ellas se veian esculpidos los nombres de las doce tribus de Israel, seis en cada una, segun el órden en que nacieron los hijos de Jacob. De estas dos piedras como de argollas colgaban dos cadenas de oro, de las cuales estaba pendiente el racional, que era un cuadro hecho á la manera del vacio que en el pecho dejaba *ephod* del tamaño de un palmo, y encajabase en él. Era este racional tejido de oro y de otros ricos materiales, en el cual estaban doce piedras preciosas, puestas de tres en tres, con igual distancia una de otra, y en ellas esculpidos los nombres de los mismos doce patriarcas. Tambien estaban en él dos nombres en hebreo que decian Purim, y Tumim, que es lo mismo que juicio y verdad. Y tan esencial se consideraba este ornamento que sin él no podia el pontifice entrar en el tabernáculo, consultar al Señor, recibir sus oráculos, ni ofrecerle las oraciones y sacrificios de la nacion. En la cabeza usaba como los demas sacerdotes una tiara de finísimo lino, distinguiéndose en tener una lámina de oro á manera de media luna, las puntas en alto, y en ella estaba escrito: *la santidad es del Señor*; lámina que caía á la frente del pontifice, atada á la tiara con una cinta de color de jacinto que se ataba por detrás de la cabeza. Muchos misterios estaban encerrados en lo que se ha dicho de los vestidos pontificales, como notan los sagrados doctores.

te, murió Aaron, y allí fué sepultado, y el pueblo le lloró treinta dias.

Dícese en el libro de los Números, que murió Aaron en el dia primero del quinto mes del año cuadragésimo de la salida de Egipto, y el quinto mes comenzando de marzo es julio; era de edad de ciento y veinte años, tuvo el sumo sacerdocio treinta y siete. Otras cosas tocantes á Aaron aquí se pasan en silencio porque se dirán en la vida de Moisés su hermano, dia cuatro de setiembre.

El nombre de Aaron se halla en diversos libros de la Escritura, como en el Exodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, en el primero de los reyes, Paralipómenos, Esdras, en los Salmos, Eclesiastés, Micheas, Machabeos, en los Hechos de los Apóstoles y en la carta de S. Pablo á los Hebreos.

DIA IV.

Los santos Oseas y Aggeo.

OSEAS, que segun S. Isidoro significa *salvador*, el primero de los doce profetas *menores*, llamados así por ser muy breves los escritos que nos dejaron, fue hijo de Beeri de la tribu de Isachar y nació en Belemoth. Profetizó casi por un siglo entero en los tiempos de los reyes de Judá, Osias, Joathán, Acház, y Ezechías, y de Jeroboan II, rey de Israel. En el principio de su profecía dice que le mandó Dios que se casase con una pública ramera con el objeto de representar la infidelidad de la casa de Israel que habia abandonado al Dios verdadero para prostituirse al culto de los idolos. Obedeció el profeta y casó con Gomer hija de Debelaím, y de ella tuvo dos hijos y una hija, á los cuales por mandado de Dios puso estos nombres: al primer hijo llamó Jezraél; á la hija llamó Sin misericordia; y al segundo hijo No pueblo mio: nombres todos que significan lo que debia acontecer al pueblo de Israel. Pretenden algunos, considerando lo extraordinario de lo mandado por Dios á este profeta, que todo esto no fué mas que una vision; creen otros que *mujer ramera* significa en esta profecía lo mismo que *mujer idólatra*, como que la idolatria se llama en la Escritura fornicacion, adulterio, etc.; pero comunmente los Padres é Intérpretes son de sentir que todo ello pasó como aquí se refiere, y que no hay cosa desordenada cuando Dios lo manda, como verdaderamente no la hay en que le ordenára tomar por legitima mujer á una que habia sido ramera, y mucho menos si ya ella se hubiese antes enmendado. Las profecias de Oseas escritas en catorce capitulos miran á dos pun-

tos principales, esto es, á la Ley y al Evangelio. En el primero anuncia la reprobacion del pueblo judío: «Los hijos de Israel, esclama, estarán largo tiempo sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altares y sin ministros.» En el segundo promete la conversion de los gentiles, diciendo: «Pero en vez de ellos, yo haré alianza con una nueva esposa: me moveré á misericordia para con aquella de quien no habia tenido misericordia; y á aquel á quien dije, tú no eres mi pueblo. le he de decir: tú eres mi pueblo; y él me dirá: tú eres mi Dios.» El estilo de este profeta es patético y lleno de sentencias cortas y vivas, sumamente elocuente en ciertos pasajes, y algo oscuro á veces, porque ignoramos los sucesos á que se refiere. Murió en paz y fué sepultado en su propia tierra en el año 5340 de la creacion. Oseas fué contemporáneo de Isaias, de Abdías, de Amós, de Jonás, y de Micheas. Nombra S. Pablo á Oseas en la carta que escribió á los romanos y la Iglesia católica usa de su profecía en las lecciones de la dominica cuarta de noviembre y en la feria segunda.

AGGEO, que se interpreta *alegre, regocijado*, comunmente se cree haber nacido en Babilonia, durante la cautividad de los judíos, unos quinientos años antes de la venida de Jesucristo, y probablemente fue de la tribu de Lebi, por cuanto S. Isidoro, Epifanio y Doroteo dicen que fue enterrado en el sepulcro de los sacerdotes. Volvió á la Judea con Zorobabel y profetizó el año segundo de Darío, hijo de Hystaspes, á los judíos que volvieron del cautiverio. Fué este solo el que con Daniel, Zacharias y Malachías alcanzó la libertad que Ciro concedió á los judíos; y en estos profetas quiso el Señor que cesase enteramente la profecía en su pueblo hasta la venida de Jesucristo; y por esto hablaron ya con mayor claridad, y parece que señalaban con el dedo al Mesías. Aggeo comenzó á profetizar dos meses antes que Zacharias, y exhortó al pueblo á reedificar el templo, prometiéndole que Dios le haria mas célebre y glorioso que el primero, no con la abundancia de oro y plata, sino con la presencia del Mesías. Fué el primero que en el templo cantó *Aleluya*, cántico de alegría en loor de Dios. Murió Aggeo en Jerusalem, á los cincuenta años de la vuelta del pueblo á aquella ciudad, año de la creacion 5479, y es otro de los doce profetas menores, ocupando el décimo lugar. Usa la iglesia católica de la profecía de Aggeo comprendida en dos capítulos, en las lecciones de los maitines de la feria quinta en la dominica quinta de noviembre.

DIA VI.

San Isaias.

ISAÍAS, cuyo nombre significa *salud del Señor*, es el primero de los cuatro profetas que se llaman *mayores*. Fué príncipe de la sangre real de la casa de David, é hijo de Amós, que era hermano de Amasías rey de Judá, y como advierte S. Isidoro, no el que tiene nombre entre los doce profetas menores. S. Juan Crisóstomo dice de Isaias que fué casado. S. Antonino de Florencia lo confirma, diciendo que tuvo mujer é hijos. S. Gerónimo quiere, que fuese esta opinion de los hebreos, y que su mujer, segun ellos, fué profetisa, y tuvo en ella dos hijos llamados Jasub y Emanuel. Comenzó á profetizar, segun S. Gerónimo, el año 25 del reino de Ozías rey de Judá cerca de 800 años antes de la venida de Jesucristo, y continuó haciéndolo durante el de sus sucesores Joathán, Achaz y Ezechias casi por el espacio de sesenta y cuatro años. S. Isidoro dice, que su vestido era de ordinario un cilicio, ó un saco, aunque tiempo vino, que mandádoselo Dios, como él mismo escribe de sí, se desnudó el cilicio, y anduvo sin vestido alguno y descalzo en presencia de todo el pueblo de Jerusalem; esto se entienda, dice Hectorpinto, que traía cubierto su cuerpo en la parte que sin confusion no puede descubrirse, añadiendo que se cree anduvo así Isaias tres dias figurando los tres años de guerra y calamidades que habia de padecer el Egipto y la Etiopía, contándose un dia por año, segun estilo profético, cuyos habitantes habian de ser destruidos por los asirios, y los que en vida quedasen, llevados cautivos y desnudos como Isaias andaba. Y esto predicaba Isaias á los que vivian en Jerusalem para que no se atreviesen á ofender á Dios, confiando en que si les enviase el azote de la guerra podrian pedir favor á los egipcios y etiopes.

Consoló Isaias al rey Ezechias cuando el rey Senacherib le cercó en Jerusalem y le anunció como levantaria el cerco con grave daño suyo, y así fué que un ángel del Señor le mató en una noche ciento ochenta cinco mil hombres, y él se volvió á su reino. Y estando en Ninive dentro de un templo de sus dioses fué muerto de sus propios hijos, sucediéndole todos estos daños porque blasfemó el nombre de Dios, diciendo no fiasen en él los vecinos de Jerusalem, porque no les podria librar de sus manos.

Al mismo rey Ezechias dijo tambien Isaias por mandado de Dios, que hiciese testamento y ordenase su casa, porque moriria presto.

El rey oyendo esto con pena grande viéndose morir sin hijos, volvió su rostro á la pared, ó porque confinaba con el templo, ó por orar mas secretamente, y hizo oracion al Señor, pidiéndole con humildad, que se acordase como siempre le habia servido con perfecto corazon, y hecho en todo su voluntad que no permitiese fuese tan presto su muerte. Derramó diciendo esto muchas lágrimas el rey, y movido Dios á piedad mandó al profeta que volviese á él y le dijese, que habia oido sus ruegos, y compadecidose de sus lágrimas, y que revocaba la sentencia de muerte dada contra él, añadiendo otros quince años de vida, y que subiria al templo desde á tres dias. El temor de la muerte era tan grande en el rey, que no habia de acabar de creer al profeta, y así le dijo: ¿En qué veré yo que Dios me quiere hacer semejante merced? Dijole Isaias: Escoge una de dos señales, ó que el sol pase diez horas adelante viéndolo tú mismo en un reloj de sol, ó que las vuelva atrás. El rey respondió: Que el sol pase adelante diez horas, poco se echará de ver, pues solo quedan dos para anocheecer; y si vuelve atrás diez horas echarse ha mucho de ver, por haber las mismas diez horas que salió: hágase esto; y así se hizo. De manera que tuvo aquel dia diez horas mas que habia de tener haciendo aquella vuelta en brevísimo tiempo. Y así viendo el rey la sombra, que señalaba las diez, en un improviso la vió que señalaba á la una, y en esto conforme á la cuenta de Palestina, que contaban la una cuando salia el sol por la mañana, y las doce cuando se ponía á la noche. No fué falso lo que dijo Isaias al rey de que moriria dado que vivió, porque lo que dijo habia de ser mirado en orden de las causas segundas de tal manera, que medicina ni remedio humano bastára á darle vida, y solo Dios que es primera causa se la dió.

Pasaron los quince años y murió el rey Ezechias, y quedó en el reino Manasés su hijo, quien aunque al fin de su vida hizo penitencia de sus pecados, por los cuales permitió Dios que fuese llevado cautivo á Babilonia, al principio de ella fué malísimo. Adoró ídolos, hizo que otros los adorasen, edificóse templos y altares, mató á muchos profetas, y derramó tanta sangre inocente, que, como se refiere en el cuarto libro de los Reyes, la ciudad de Jerusalem se bañó toda de ella. Entre otros pues á quien quitó la vida, segun dice S. Agustin, fue al profeta Isaias, su pariente y cuñado. La ocasion que tuvo Manasés para matarle, siendo tan conjunto á él en afinidad, fué que en sus sermones llamaba al rey y á los que gobernaban la ciudad, príncipes de Sodoma, y al pueblo, pueblo de Gomorra. Y tambien que estando escrito en la ley, que dijo Dios á Moisés, «nadie puede ver mi rostro y vivir.» Isaias dijo públicamente, y lo dejó escrito, «vi al Señor rostro á rostro.» De manera, que como á blasfemo, y que decia lo contrario que en su ley estaba escrito á su parecer (engañándose en

ello, pues lo que la ley decia en su tiempo fué verdad, y lo que dijo Isaias tambien lo fué) le mandó matar. El modo de su muerte, segun dice S. Cipriano y otros santos, fué aserrado y partido por medio del cuerpo, siendo ya Isaias de edad de cien años. En particular dice San Isidoro, que comenzaron á aserrarle por la cabeza. El maestro de las historias siente que la sierra era de palo, porque el tormento durase mas tiempo. Dice tambien que fué junto á la fuente de Siloé, y que estando en el martirio pidió agua, la cual le negaron sus atormentadores, y que Dios de lo alto le envió un rocío suave, que cayó en su boca, con que se refrigeró algo, y espiró. Añade mas el maestro, que el llamarse aquella fuente Missus, que significa cosa enviaba, como la nombra S. Juan, cuando cuenta el milagro que hizo Jesucristo del ciego que sanó enviándole á lavar á Siloé, tuvo origen de este rocío y agua que envió Dios al profeta Isaias estando en su martirio. S. Epifanio y Doroteo Tirrio con el maestro dicen que al tiempo que el rey Senacherib cercó la ciudad de Jerusalem, como se ha referido, que puso sus reales no léjos de la ciudad, y sus gentes discurrían de unas partes á otras, y llegaban á razonar con los de dentro que estaban por los muros fortalecidos, y en guarda sin osar salir de dia, aunque salían de noche á esta fuente de Siloé por agua, á la cual los gentiles iban tambien por agua de dia, y que por oracion del profeta Isaias, que estaba en la ciudad, hizo Dios milagro; y fué que los judíos hallaban la fuente con agua, cuando salían por ella, y los paganos la hallaban seca. Y que tambien quedó por memoria de este milagro lo que antes no sucedia en la fuente sino despues, que manaba á unos tiempos, y no á otros. Y por esta razon fué sepultado Isaias junto á la corriente de esta misma fuente de Siloé, debajo de un roble; pretendiendo los que le sepultaron, que era gente dada al servicio de Dios, que por sus méritos y ruegos, gozasen siempre del beneficio de las aguas de Siloé.

El principal objeto de la profecía de Isaias es dar noticia de los misterios de nuestra fe, y en particular de la venida del Hijo de Dios al mundo y de su muerte, la abrogacion de los sacrificios y ceremonias de la vieja ley, y vócation de la gentilidad. Y tan clara y puntualmente habla Isaias de los misterios de la venida del Hijo de Dios al mundo, de su encarnacion, predicacion, milagros, vida y muerte, resurreccion y gloria, que, comò dice S. Gerónimo al principio de su Comentario, mas parece évangélista que profeta. Así es que el mismo Hijo de Dios echó mano antes de este profeta que de otros, poniéndose á leerle y declararle públicamente en la sinagoga de su patria y tierra, como refiere S. Lucas.

Con mucha razon Isaias es tenido por el profeta mas elocuente: su language es conforme á la nobleza de la regia estirpe de que descen-

dia, admirable por la variedad de sus visiones, por la sublimidad de los sentimientos y por la fuerza de sus demostraciones. Grocio le compara á Demóstenes tanto en la pureza como en la vehemencia del estilo.

Su profecía contiene sesenta y seis capítulos; según Sixto Senense su muerte fué cerca de los años de la creacion de 3240. De su profecía usa la iglesia en las lecciones de los maitines del adviento y misas entre año. Hácese de él mencion en el cuarto libro de los Reyes, en el segundo del Paralipomenon, en el Eclesiástico, todos cuatro Evangelistas le nombran. Y S. Pablo, escribiendo á los hebreos en el cap. 11, v. 37. parece que hace alusion á Isaías cuando hablando de las persecuciones dice: *Fueron aserrados*, usando del plural por el singular, como muchas veces se usa en la Escritura.

DIA XIII.

Los santos Joel y Esdras.

JOEL, que significa *el que comienza*, el segundo de los doce profetas menores, fué hijo de Phatuel, de la tribu de Ruben, y nació en Bethoron. No se sabe precisamente el tiempo en que profetizó, pero muchos padres è interpretes creen que fué contemporáneo del profeta Oseas, aunque se diferenció de él en que Oseas todo lo que profetizaba era á las diez tribus de Israel, y hállase muy poco en su profecía que diga con las dos tribus de Judá y Benjamin, lo cual es al contrario en Joel. que fué su profecía por la mayor parte con las dos tribus. Declara, que habian de hacer notables daños en los hebreos cuatro monarquías, asirios, persas, medos y romanos, denotadas por cuatro diferencias de daños que suceden en los campos, que son oruga, langosta, pulgon y añublo; por lo cual les exhorta á que hagan penitencia. En particular escribió el reino de Cristo, de la venida del Espíritu Santo y del juicio final. Murió y fué sepultado en su misma patria de Bethoron en 13 de julio por los años de la creacion 3340. Hállase su nombre en el capítulo segundo de los hechos de los apóstoles. Consta su profecía de tres capítulos y usa de ella la Iglesia católica en las lecciones de los maitines de las ferias tercera y cuarta de la cuarta dominica de noviembre.

ESDRAS que significa *favorecedor*, de la stirpe sacerdotal, nieto ó biznieto del sumo sacerdote Saraías, á quien hizo morir Nabucodonosor, fué llevado cautivo á Babilonia siendo aun jóven, despues que fué incendiada Jerusalem é incendiado el templo del Señor. El año séptimo

del reinado de Artajerjes Longimano, á la frente de aquellos que volvieron de Babilonia á la Judea, vino con ricos presentes para el templo que habia sido fabricado por Zorobabel, y con una orden para las provincias para que contribuyesen con todo lo que fuese necesario al culto divino, y para que los ministros del Señor quedasen exentos de todo cargo ó ministerio público. Acompañaron á Esdras mil y setecientos hombres, y luego que llegó, vió no sin dolor que muchos israelitas cohabitaban con mujeres extranjeras, y congregándolos en el templo, les persuadió que despidiesen de sí aquellas mujeres y á los hijos que de ellas habian tenido.

Esdras tuvo la principal autoridad en Jerusalem hasta que llegó Nehemias, enviado por Artajerjes en calidad de gobernador de la Judea, el cual se dirigió siempre por los consejos de Esdras. Luego que fueron restablecidos los muros de Jerusalem, juntándose el pueblo en el templo para celebrar la fiesta de los tabernáculos, Esdras hizo por espacio de ocho dias la lectura de la ley del Señor, y derramando el pueblo arroyos de lágrimas en vista de sus continuadas prevaricaciones, renovó la alianza con el Señor.

La escritura no nos dice otra cosa acerca de la vida de Esdras ni acerca de su muerte; pero si es cierto que fué santo y que murió en la paz de Dios. Algunos creen que murió en Jerusalem, y otros opinan que esto acaeció en un segundo viaje que hizo á la Persia. Los hebreos llaman á Esdras *el principe de los doctores de la ley*. El fué el que juntó en un cuerpo todos los libros canónicos, los reconoció, espurgó de los vicios que se habian introducido, y aun parece que los dividió en veinte y dos libros, segun el número de las letras del alfabeto hebreo. Hay cuatro libros con el nombre de Esdras; pero solamente los dos primeros son reconocidos por canónicos en la Iglesia latina, la cual tiene por apócrifos los dos últimos, porque no consta de su autenticidad, ni de haber sido inspirados por Dios. Los dos primeros, segun el testimonio de S. Gerónimo, no componian sino un solo volumen, porque comunmente se atribuian á Esdras el sacerdotado. Mas no parece improbable que la primera parte fuese de Esdras y la segunda de Nehemias. El primero contiene la historia de la libertad concedida á los judios para que volviesen de Babilonia á la Judea; esto es, desde el primer año de la monarquía de Ciro hasta el veinte de Artajerjes Longimano por el espacio de ochenta y dos años. El segundo, del que se cree comunmente ser Nehemias el autor, comprende los sucesos de treinta y un años.

DIA XX.

San Elias.

ELIAS, que se interpreta y quiere decir *Dios fuerte*, ó el Señor *Dios*, nació corriendo los años de la creacion del mundo 3073, y antes de Jesucristo 980, en una ciudad ó aldea situada á la otra parte del Jordan, llamada Thesbis, de la cual le vino el llamarse Thesbita. La sagrada Escritura le introduce como otro Melquisedech, sin decirnos su nacimiento ni los nombres de sus padres, dejando á los de la Iglesia el averiguarlo. S. Epifanio dice que el padre se llamó Sabaca, noble ciudadano de Thesbis, y muy virtuoso. Otros autores afirman que ya fué santificado en el vientre de su madre, y confirmado en gracia como el Bautista. Fué Elias profeta grande y celador de la honra de Dios, tanto que por ver al rey Acab, que á instancias de su esposa la reina Jezabel habia hecho adorar al ídolo Baal públicamente á todo Israel, pidió á Dios que castigase á aquel pueblo, negándole el agua del cielo. Otorgado el sí de Dios, Elias se fué al rey Acab y le dijo: «Vive Dios, en cuya presencia estoy, que no caerá rocío ni lluvia en estos años del cielo hasta que yo lo dijere.» Atónito quedó el rey, pasmados los circunstantes y toda la corte temblando; y confirmando Dios las palabras de Elias, al momento se cerró el cielo tres años y medio, dejando de caer sobre la tierra de Israel el rocío que la fertiliza y todo el reino sufrió los rigores del hambre.

Entre tanto fué Elias á esconderse en las márgenes del torrente Carith. Cuidó el Señor de él: tarde y mañana le llevaban los cuervos pan y carne, y el agua del torrente apagaba su sed; pero secóse el torrente porque no llovía, y Dios mandó á su profeta que fuese á Sarepta, ciudad de los sidonios, pues habia ordenado á una viuda que allí le alimentara. Elias obedeció, y al instante emprendió su viage para Sarepta. A poca distancia de la ciudad vió una muger recogiendo unas serojas para hacer fuego: llamóla y pidióle agua. Ella iba á traerla, y añadió el profeta: «Tambien te ruego me traigas un poco de pan.—Vive el Señor Dios tuyo, respondió ella, que no tengo pan, sino solo un poco de harina en una orza cuánto puede caber en un puño, y un poco de aceite en una alcuza, y ando recogiendo leña para ir á cocerlo para que yo y mi hijo comamos y luego muramos.» Elias que no iba á quitarle la vida sino á asegurársela con su bendicion, le dijo: «No temas, sino tráeme de eso que dices primero á mi, que coma, que tú y tu hijo comereis despues, porque de parte del Dios de Israel

te digo que la orza de la harina no faltará, ni menguará la alcuza del aceite hasta el día en que el Señor ha de dar agua á la tierra.» Así sucedió: aposentóse Elias en la casa de la viuda, y comian todos de la harina y aceite, multiplicándose Dios en los vasos donde estaba.

Enfermó y murió poco despues el hijo de esta piadosa viuda, quien con la vehemencia de su dolor, estrechando á su pecho el hijo que acababa de espirar, fuese á Elias y con grande afliccion le dijo: «¿Qué es esto, varon de Dios? ¿has entrado en mi casa para que matases mi hijo?» Elias le pidió el cuerpo del difunto, y con él se encerró en su aposento: púsolo sobre su cama, y reclinóse por tres veces sobre el cuerpo helado: hizo oracion á Dios, suplicándole no afligiese á su huésped, sino que volviese el alma al cuerpo de aquel niño. Y oyendo el Señor la voz de Elias, volvió el alma del niño á entrar en él y revivió. Entonces tomando el profeta al niño de la mano, se lo dió á su madre, diciéndole: «Aquí tienes vivo á tu hijo.» Ella muy gozosa respondió: Ahora reconozco que eres un hombre de Dios, y que la palabra del Señor es verdadera en tu boca.

Mientras premiaba el cielo á la viuda de Sarepta, Acab desesperado por el hambre que afligia á su pueblo, hacia pesquisas para prender y dar muerte á Elias, á quien al propio tiempo mandaba Dios que se presentára á Acab. Obedeció el profeta, y encontrándose con Abdías, mayordomó del rey, díjole: «Anda y dí á tu señor que estoy aquí.» Respondió Abdías: «Éso no haré yo, profeta santo, porque el rey mi señor te desea mucho ver, y ha enviado á buscarte por diversas partes, y si ahora yo le digo que estás aquí, y viene á verte, puede ser que el espíritu de Dios te lleve á otra parte, y no hallándole me mandará matar, y no es razon que por tu causa yo muera, pues sirvo al Señor que tú sirves, y por servirle tengo en diversos lugares escondidos de Jezabel, porque no los mande matar, cien profetas del Señor, y los sustento á mi costa.» Elias le aseguró que esperaria al rey Acab; Abdías fué, y llamó al rey. El cual como vió á Elias, muy enojado dijo: «¿No eres tú el que conturba á Israel?—No soy yo, respondió Elias, el que conmuevo á Israel, sino tú y la casa de tu padre, que habeis dejado los mandamientos del Señor y habeis seguido á Baal. Congrega no obstante á todo Israel en el monte Carmelo, donde yo estare, y vengan allí los profetas de Baal á quienes da de comer Jezabel.» Acab mandó juntar á todo el pueblo y á los profetas de los ídolos en el monte Carmelo, y juntados habló Elias diciendo: «¿Hasta cuando dividireis vuestro corazon entre el Señor y Baal? Ya el Señor no tiene mas profeta que yo, mientras los de Baal son quatrocientos cincuenta: traiganse aquí dos victimas; escojan ellos una y pónganla sobre leña; haré yo lo mismo con la otra, é invocaré al Señor, y vosotros á vuestros dioses;

y se tendrá por verdadero Dios al que dé oídos á la oración, mandando de los cielos un fuego que consuma la víctima.

Plugo á todo el pueblo esta propuesta; y los profetas de Baal fueron primeros en invocarle desde muy de mañana hasta el medio día, teniendo preparado el sacrificio, y por mas de seis horas esperando inútilmente el prodigio sin poder alegar pretexto alguno que encubriera la impotencia de su deidad. Elías se burlaba de ellos, diciéndoles: «Gritad con voz mas fuerte, porque ese Dios debe estar en plática con alguno, y no os oye: ó está en alguna posada, ó en camino, ó á lo menos duerme.» Ellos levantaban mas las voces, y conforme á su rito se sajaban con cuchillos y lancetas hasta bañarse en sangre. Pasó su tiempo y vino el de Elías, el cual compuso un altar fabricado de doce piedras, y puso sobre él la víctima desmembrada y hecha partes: la leña allí junto; y por tres veces mandó que derramasen sobre todo gran cantidad de agua. Y hecho esto, Elías se puso en oración diciendo: «Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Israel muestra hoy que tú eres el Dios de Israel, y yo tu siervo, y que por mandamiento tuyo he hecho todas estas cosas. ¡Oyeme, Señor, oyeme! conozca este pueblo que tú eres el Señor Dios, y que tú de nuevo has convertido su corazón.» Al mismo tiempo bajó fuego del cielo y devoró la víctima y la leña y las piedras, y aun el polvo y el agua que había mandado echar en torno del altar. Lo cual visto por el pueblo se prosternó y exclamó á una. ¡El Señor es Dios, el Señor es Dios verdadero! Mandó entónces Elías al pueblo que prendiesen á todos los sacerdotes de Baal, y junto á un arroyo llamado Cison hizo que los matasen á todos como otras tantas víctimas ofrecidas al Señor, cuyos profetas habían hecho morir, y para cumplir con la ley que fulminaba la pena capital á todo profeta que á los Israelitas indujera á la adoracion de falsas divinidades. Al rey Acab dijo Elías que se fuese á poblado porque llovería mucho: el rey lo hizo así, y el profeta subió á la cumbre del Carmelo y púsose á orar. Llamó á su criado y díjole, que mirase á una y otra parte del cielo: miró, y dijo, que ninguna cosa veía: repitió decirle esto y hacerlo el criado siete veces. Á la última vió una pequeña nubecilla que se levantaba del mar á lo alto, y oido del profeta díjole: «Ve, y di á Acab que apresure el paso si no quiere bien mojarse.» El rey lo hizo, y el profeta iba delante de él. El cielo se cubrió de nubes, vino viento y cayó una grande lluvia.

Llegó el rey á Jezrael y contó á Jezabel todo lo sucedido á Elías con los sacerdotes de Baal, y de qué modo los había degollado á todos. Ella muy indignada envióle á decir: «Muerte mala muera yo, si mañana á estas horas no hiciera de tu vida, como tú hiciste de la de cada uno de ellos.» Quiso Dios que Elías temiese, y así huyó y entró por el desierto sin provision alguna. Echóse luego cansado de-

bajo de un enebro, y dijo: «Señor, bástame lo que he vivido.» Y con la angustia que estaba durmióse. Despertóle un ángel, y dijole: «Levántate y come.» Vió Elías junto á sí un pan cocido en rescoldo y un vaso de agua; comió, bebió, y tornóse á dormir. Despertóle el ángel segunda vez, y dijole: «Levántate y come, que largo camino te queda por andar:» levantóse el profeta, comió y bebió, y anduvó con la virtud de aquel manjar cuarenta días y cuarenta noches, hasta que llegó al monte de Dios llamado Horeb. Este manjar que comió Elías fué figura de la santa Eucaristia, cuya virtud es tanta, que nos lleva á Dios, y por ella se nos dá la vida eterna. Llegando al monte, Elías entró en una cueva, y le habló el Señor y le dijo: «¿Qué haces aquí, Elías?» Y él respondió: «Zelé la honra del Señor Dios de los ejércitos, han destruido sus altares, mataron á sus profetas, quedé yo solo, y andan por matarme.» Mandóle salir á la puerta diciéndole: «Sal fuera, y ponte sobre el monte delante del Señor;» y he aquí que se levanta un viento grande y fuerte que trastornaba los montes y quebraba las peñas. Pregunta Elías: «¿Va ahí mi Señor?» Dijéronle: «No va aquí el Señor.» Siguióse al viento un terremoto: el Señor no estaba en el terremoto. Tras el terremoto vino un gran fuego: el Señor no estaba tampoco en el fuego. Y tras el fuego pasó un *silbo y viente-cico suave*. Lo cual oyendo Elías, cubrióse el rostro con su manto por respeto al Señor, y salió mas á la puerta de la cueva. Dijole Dios: «¿Qué haces aquí, Elías?» Y él respondió: «He zelado, Señor, tu honra, han derribado tus altares los hijos de Israel, y muerto tus profetas, quedé yo solo, y andan por matarme.» Mandóle que fuese á la ciudad de Damasco, y ungiese por rey de Siria á Hazael, y por rey de Israel á Jehú, y á Eliseo por profeta en su lugar; los cuales todos habian de ser perseguidores de idólatras. Iba Elías á cumplir lo que Dios le mandó, y en el camino vió á Eliseo: hallólo arando las tierras de su padre con doce yuntas de bueyes en compañía de otros: conociólo con su espíritu profético, llegóse á él y le echó su manto encima. Eliseo mató dos bueyes, y llamando á sus padres y á otra mucha gente de sus parientes y amigos, convidólos á comer, y habiendo comido, despidióse de ellos y fuese en compañía de Elías.

Habia el rey Acab alcanzado dos grandes victorias del rey Benadab de Siria, favoreciéndole Dios aunque idólatra, para ablandarlo y traerlo á su servicio, y él mas endurecido añadió al pecado de idolatría otro de homicidio. Fué el caso, que viviendo en Jezrael, tenía junto á su palacio y casa una viña y heredad Naboth, hombre que tenia buen nombre en el pueblo. Pidióle el rey la viña para añadirla á sus jardines, ofreciéndole otra mejor por ella ó pagársela en dinero. «Libreme Dios de vender la herencia de mis padres,» respondió Naboth. Prohibia la ley á los israelitas enajenar para siempre

sus posesiones, no permitiéndoles venderlas sino por algun tiempo, cuando la necesidad los apremiaba, puesto que Moisés tenia mandado que volviesen en el jubileo, es decir, cada cincuenta años, á sus primeros dueños. Profunda melancolia produjo esta negativa en el ánimo del rey, cuyo deseo de ampliar sus jardines habiase convertido en una pasión violenta; y para satisfacerla concibió la reina Jezabel el horroroso proyecto de acabar con Naboth y su familia. Buscó testigos falsos que le acusasen de haber blasfemado de Dios y hablado contra el rey, lo cual bastó para que los jueces le condenáran á muerte. Y Naboth inocente fué apedreado confiscándole su hacienda. Ejecutada la sentencia, la reina que habia urdido toda la intriga, dió ella misma á su esposo la noticia de su sangriento atentado, y le dijo que fuese á tomar la posesion de la viña. Mientras el tirano rodeado de cortesanos iba muy satisfecho á verla, se le presentó de parte de Dios Elias y díjole: «Mataste á Naboth y te has alzado con su viña; pues esto dice el Señor: En este mismo lugar en que lamieron los perros la sangre de Naboth, lamerán tambien la tuya.» El rey dijo á Elias: «¿Qué he yo hecho contra tí, que así te muestras siempre enemigo?» Respondió el profeta: «Muéstrame tu enemigo porque lo eres de Dios, de quien yo soy siervo:» añadió otras amenazas al rey Acab acerca de los males que sobrevendrian sobre él y sobre su casa, concluyendo que la misma sentencia estaba pronunciada contra Jezabel, cuyo cuerpo comerian los perros en los campos de Jezrael.

Dichas estas amenazas, Elias se volvió á su Carmelo: las cuales cumplidas (la de Acab antes, y la de Jezabel despues de su rapto), reinó Ochozías, hijo de Acab, el cual cayó de una ventana cerrada con celosia en Samaria, con grave riesgo de su vida. Envió á consultar á Beelcebub, ídolo de Accaron, acerca de su enfermedad, y Elias por mandado de Dios salió al encuentro á los mensajeros, y díjoles: «¿Pues qué, no hay Dios en Israel, que vais á consultar á Beelcebub, dios de Accaron? Pues volved á vuestro rey y decidle: Esto dice el Señor: No te levantarás de la cama donde estás, sino que morirás.» Llevaron al rey las nuevas, y él preguntó á sus criados: «¿Qué figura y traje tiene aquel hombre que os salió al encuentro?» Y ellos le respondieron: «Un hombre veloso y que lleva ceñido un cinto de cuero.—Elias Thesbita es,» dijo el rey. Mandó á un capitán con cincuenta soldados que le fuese á prender. Fué el capitán, y puesto al pié del monte donde Elias estaba, le dijo: «Hombre de Dios, el rey manda que descieras.» Respondió Elias: «Si soy hombre de Dios, descienda fuego del cielo que abraza á tí y á los que están contigo; y así sucedió. Como aquel no volviese, envió el rey otro capitán con otros cincuenta soldados, á los cuales sucedió lo mismo que al primero y á su gente. Envió otro capitán con otros

cincuenta hombres (que como dice Nicolao de Lyra fué Abdías), el cual habiendo llegado muy humilde, dobló sus rodillas delante del profeta y rogóle tuviese de él piedad, pues obedecía á su rey. Entonces el ángel que asistia á Elías le dijo: «Desciende con él, no temas.» Descendió Elías del monte, y puesto en la presencia del rey, le dijo lo que antes habia dicho á sus mensajeros, de que no se levantaria del lecho donde estaba sino que moriria; y así sucedió, dejando el reino á Joram su hermano, porque no tenia hijo; y á este se lo quitó Jehú.

— Era ya Elías muy viejo, y sabiendo como Dios queria llevárselo de este mundo, partió con su amado discípulo Eliseo á Gálgala y de allí á Bethet, donde acompañado de cincuenta de los hijos de los profetas, llegó al Jordan. Tomó Elías su manto, plególo, y golpeó con el las aguas, las cuales se dividieron á un lado y á otro, y le pasaron ambos profetas en seco. Cuando hubieron pasado el Jordan dijo Elías á Eliseo le pidiese cuanto quisiese, que se lo concederia con gusto. (*Véase la vida de SAN ELISEO, dia 14 de junio, en este tomo.*) Y como siguiesen adelante caminando y hablando, vino un carro de fuego, cuyos caballos tambien eran de fuego, en el cual subió Elías, y con un recio torbellino fué llevado por el aire á lo alto, y desapareció el carro.

— El raptó de Elías acaeció por los años de la creacion 3030. Acerca del lugar donde Dios llevó á Elías no nos lo dice la escritura; así forzoso es seguir lo que nos han dicho los santos, los cuales afirman que Elías fué trasladado vivo al paraiso terrenal, donde lo reserva Dios, para que en compañía de Enoch venga á predicar penitencia en tiempo del Antecristo, como lo dice San Juan en el Apocalipsi, y durará su predicacion unos tres años y medio. Andarán vestidos de sacos, harán grandes milagros, y nadie los podrá resistir ni dañar, hasta que estando en Jerusalem los mandará degollar el Antecristo; y así los dos serán verdaderos mártires. Sus cuerpos dice que estarán por tres dias y medio en la plaza, sin que se atreva alguno á darles sepultura, y despues de esto, continua, que resucitarán y subirán al cielo en una nube, con grande confusion de sus contrarios y enemigos; porque vendrá un terrible torbellino y terremoto, que derribará la décima parte de la ciudad, muriendo siete mil personas, y los demás quedarán espantados, y darán gloria á Dios. Y aunque en este lugar no nombra el evangelista S. Juan á Elías, mas dícelo el profeta Malaquías. Y la glosa sobre el mismo testimonio del Apocalipsi, dice, que serán Elías y Enoch. Dícelo San Gregorio, á quien refiere Santo Tomás sobre este lugar. Y aunque, segun el mismo San Gregorio, de presente están los dos Santos en quietud y contento, porque, como dice San Agustín sobre el Génesis, tienen un estado medio entre los bienaventurados y los que vivimos en el mundo, mas

al tiempo de su predicacion padecerán grandes aflicciones y trabajos, y al cabo la muerte, y así Elías será verdadero mártir.

En el estado feliz que Elías goza, puede ser venerado é invocado de los fieles, lo cual consta de la práctica de la iglesia, así en tiempo de la antigua ley, como en el mas dichoso de la nueva ley de gracia. De la antigua consta, pues luego que fué arrebatado en el carro triunfal, Eliseo, queriendo pasar el Jordan, le invocó. Los hebreos, cuando circuncidaban á sus hijos, ponian dos sillas, una para el sacerdote y otra para San Elías, persuadidos á que el santo profeta asistia á la gracia de aquel sacramento, y como medianero é intercesor, á todas las que Dios les concedia. En las preces y letanías de los santos de su ley le invocaban. En la ley de gracia fué aun mas espreso su culto é invocacion. La iglesia griega ferió su día y le edificó muchos templos. Rezaban de él con oficio eclesiástico, y hoy se continua en muchas partes, segun se lee en sus misales antiguos y modernos. La iglesia latina no ha sido menos fervorosa en su veneracion. En Italia, Nápoles, Sicilia, Hungría y nuestra España, le han dedicado muchos templos y celebran su memoria muchos martirologios, y este día en el romano. A los padres Carmelitas, que siempre le han venerado por su primer fundador y patriarca, concedieron los sumos pontífices Gregorio XIII y Sisto V con otros muchos de sus sucesores, rezo de primera clase con octava, como á su padre, fundador y patron, el cual usa toda la religion con la solemnidad que es notoria.

Bi en ha mostrado Elías su agradecimiento á la misma Iglesia en varias ocasiones que refieren los libros sagrados y otros autores. Dos apariciones refiere la gloriosa Sta. Teresa de Jesus en el libro de sus fundaciones, y de otras muchísimas hacen mencion varias historias, todas en utilidad de la Iglesia y sus hijos los fieles. Es abogado especial contra la peste y tiempo de seca y falta de agua; pudiendo comprobarse esto con muchos milagros que se dejan por abreviar, y que pueden leerse en la obra titulada: *Flores del Carmelo*, escrita por el R. P. Fr. José de Santa Teresa.

Acerca del orden de los Carmelitas, cuyo origen trae de Elías, resulta, que en tiempo de este santo profeta habia religiosos á los cuales por su virtud y santidad, junto con que eran muchos de ellos iluminados con espíritu profético, los llamaban profetas, y á los que de nuevo estaban en esta religion, hijos de profetas. De estos congregó Elías muchos en el monte Carmelo; dándoles particulares documentos y reglas, por donde se regian y gobernaban. Despues de su rapto y por todo el tiempo de Eliseo, y despues de él, hubo asimismo muchos. Al advenimiento al mundo del Hijo de Dios, recibieron su doctrina y Evangelio luego que tuvieron de ello noticia los que en aquel monte estaban, ayudando á esto la predicacion del glorioso pre-

cursor S. Juan Bautista. Sucedian los religiosos del monte Carmelo unos á otros hasta que un patriarca de Antioquia, llamado Americo, que fué en el pontificado de Alejandro III, por los años de 1160, visitando á estos religiosos, y visto que vivian en celdas apartados unos de otros, él los juntó é hizo que viviesen como monges en comunidad. Edificóles una iglesia junto á la fuente de Elias, á honra y reverencia de la Santísima Virgen María, tomando ellos apellido de hermanos de la Madre de Dios de Monte Carmelo, y esto por favores que hizo siempre y hace la Virgen á esta religion, desde que S. Cirilo, patriarca alejandrino, que se dice haber sido monge carmelita volvió por la honra de esta Señora en el concilio Efesino, donde presidió contra Nestorio, hereje, que negaba haberse de llamar Madre de Dios, y probó en él con testimonios de la Escritura, y fué aprobado de los padres que en él se hallaron, despues por la Sede Apostólica, que es y debe llamarse verdadera Madre de Dios la Virgen. Por este servicio hecho por un individuo de este sagrado órden de Carmelitas á la madre de Dios, quedó aficionada á todo él, y ellos todos la tienen por particular patrona y abogada. Despues S. Alberto, patriarca de Jerusalem, dió á los religiosos del Monte Carmelo, en el año 1205, una nueva regla escrita y confirmada por él mismo, como legado que era de la Sede Apostólica. Al principio usaban de una capa vareada de blanco y rubio, como afirman que traia Elias, y fué la que dejó á Eliseo. Aunque tambien dicen que los moros, señores de aquella tierra, les forzaron de traerlas así para diferenciarlos de sus alfaquies, que vestian de blanco. Despues Honorio III, por los años de 1210 les dió la capa blanca sobre el hábito de buriel, que de presente usan. Han confirmado muchos otros pontífices esta sagrada religion, mandando que los religiosos de ella se llamen frailes de nuestra Señora del Monte Carmelo, como tambien se llaman de presente. Acerca del escapulario que trago la Virgen del cielo, refiérese su historia en la de la festividad de nuestra Señora del Cármen, dia 16 de julio.

La Iglesia católica usa de la historia de Elias, como está en el libro cuarto de los Reyes, en las lecciones de los maitines de la Dóminica nona despues de Pentecostés.

DIA XX DE AGOSTO.

San Samuel.

EL profeta Samuel fué hijo de Elcana y de Anna. S. Gerónimo dice que Alcana era de la tribu de Leví y Anna de la de Judá, Siendo An-

na estéril, estaba un día haciendo oracion en un lugar sagrado, donde los hebreos tenían la Area del Testamento, é hizo voto que si Dios le daba un hijo, se le ofreceria y pondría en su templo, para que toda su vida le sirviese. A este voto añadió muchas súplicas y oraciones pidiendo á Dios le concediese su ruego. No se le oía palabra que dijese, y veíanse mover sus labios, de tal manera, que Heli sumo sacerdote, poniendo en ella sus ojos la juzgó por borracha. Dijoselo, y queria echarla de allí; mas ella respondió: No «estoy, señor mio, borracha, sino muy triste y afligida, y no he bebido vino ni cosa que pueda embriagar, sino que he derramado mi alma en la presencia del Señor.» Dijo entonces Heli á Anna: «Vete en paz y Dios te conceda la petición que le has hecho.» Fué Anna á su casa y concibió, y parió un hijo, y llamole Samuel, que quiere decir, puesto de Dios. Noten las mujeres casadas que desean tener hijos, que para alcanzarlos valen mucho tres cosas: la primera, oracion propia y de personas dedicadas al culto divino. La segunda, prometerlos al servicio de Dios; esto es, que el fruto que les diere lo criarán como cristiano y fiel, y si se inclinare á ello, lo pondrán en el ministerio del culto divino. La tercera, hacer limosna, y perseverar con paciencia en lo que piden; así lo hizo la santa mujer Anna, y por esto alcanzó el cumplimiento de sus deseos.

Al cumplir el niño Samuel tres años, sus padres fueron al templo, y llevólo consigo, adonde ofrecieron sacrificio á Dios, y la madre entregó su hijo á Heli para que sirviese en el templo todos los dias de su vida. Holgó de ello el sumo sacerdote Heli: volvieron á su casa sus padres en Ramatha, y el ternézuelo Samuel servia en el templo, haciéndose amable á Dios y á los hombres por su buena indole. Dormia en una habitacion inmediata á la del pontífice dentro del recinto de templo; y aun solo contaba doce años cuando se sirvió el Señor de este niño para dar un segundo aviso á Heli sobre los castigos que reservaba á sus dos hijos Ofni y Finees, los cuales eran malísimos.

En particular dice de ellos la Escritura, que eran ocasion de que el pueblo no hiciese sacrificio á Dios, por el maltrato que hacian á los que iban á sacrificar, tomándoles parte de sus sacrificios y ofrendas, y tambien hacian fuerza y deshonoraban á las mujeres que estaban en vela y oracion en el tabernáculo. Sabia todo esto Heli y no los castigaba como debia y estaba obligado; reprendiales tan blandamente, que si antes eran malos después eran peores; porque ellos cumplian con él, diciendo, que á la vejez serian buenos, que es confianza con que muchos se parten de esta vida para el infierno. Envióle Dios á avisar y á amenazar sobre el caso (la Escritura no pone el nombre del que fué á Heli de parte de Dios) lo cual no bastó para que hubiese en el enmienda. Estaba Samuel durmiendo y á media noche oyó una voz

que le llamaba: parecióle que era la del sumo sacerdote; se levantó con prontitud y se presentó á él y le dijo: «Aquí estoy, señor; ¿qué es lo que me mandas?—No, hijo mio, respondió aquél, no te he llamado vete á dormir.» Obedeció el niño; pero no bien se habia vuelto á quedar dormido, cuando oyó que se le llamaba por segunda vez. Corrió, pues, á la habitacion de Heli, quien le contestó lo mismo que la vez primera; empero por tercera resonó la voz. Quería Dios fijar por este medio la atención del niño sobre lo que le iba á revelar. Llegó el sumo sacerdote á penetrar que la vozera del Señor, que revelar quería algun arcano: «Vuelve, dijo al niño, y si oyés de nuevo la voz responderás: Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.» Volvió Dios á llamar á Samuel, quien le dió la respuesta que le habia sugerido su maestro: entonces dijole el Señor: «Voy á hacer una cosa en Israel, que nadie podrá oirla sin penetrarse de espanto: castigaré segun mi juicio á Heli y á toda su casa; va á cumplirse cuanto le he predicho; daré principio á ello y lo concluiré, porque sabedor de los delitos de sus hijos, no los ha reprendido.» Durmióse Samuel hasta la mañana, y al levantarse para abrir las puertas de la casa del Señor temia hablar á Heli de la vision que habia tenido. Llamóle éste y le dijo: «Samuel, hijo mio, ¿qué te ha revelado el Señor? nada me ocultes de cuanto hayas oido.» Fué preciso obedecer: declaró pues el niño cuanto el Señor le habia dicho, y Heli respondió: El es el Señor; haga lo que sea de su agrado.» Este suceso dió á conocer á todo Isreel que Samuel era un profeta y que el espíritu de Dios estaba con él.

Cuanto Samuel crecía en edad, crecía tambien en virtud; no se oía palabra ociosa de su boca, esto es, con mentira, ó sin provecho suyo ó del prójimo. Los dos hijos de Heli fueron muertos en una batalla donde habian ido, llevando consigo la Arca del Testamento, la cual quedó en poder de los filisteos. Filon dice que los mató Goliath el gigante. Oyó Heli estas nuevas, y recibió tanta pena cuando el fugitivo hubo nombrado el Arca de Dios, que cayó de espaldas de la silla, y quebrándose la cabeza murió al instante:

Samuel habia sido escogido por Dios para sucesor de Heli en la dignidad de juez de Israel, y principió á ejercer sus funciones reconciliando á su pueblo con el Señor. Recorrió las diversas comarcas de la Palestina, para restablecer en todas ellas la pureza del culto y desterrar los restos de la idolatría. No fué infructuoso su zelo: convirtióse al Señor todo el pueblo llorando sus extravíos, desecharon las falsas divinidades extranjeras que adoraban, y confesando que habian pecado, hicieron un riguroso ayuno.

Viendo Samuel estas buenas disposiciones del pueblo, reunió una asamblea general en Maspha para consumar la obra de la reforma;

lo que de tal manera llamó la atención de los filisteos; que en masas hostiles se avanzaron hasta las puertas de aquella ciudad. Despavoridos los israelitas dijeron á Samuel: «No ceséis de rogar por nosotros al Señor nuestro Dios, á fin de que nos salve de la mano de nuestros enemigos.» Ofreció Samuel un cordero en holocausto, hizo oración por Israel, y Dios le oyó. Principiaron los filisteos el ataque mientras se hacia el mencionado sacrificio; pero el Señor tomó la defensa de su pueblo. El cielo se cubrió repentinamente de nubes; una lluvia horrorosa inundó el campo de los filisteos; con aterrador estampido retumbaron los truenos sobre sus cabezas; penetró sus huesos el espanto; se desbandaron, y huyeron. Al ver tan gran desorden emprendieron los israelitas la persecucion de los fugitivos, siendo innumerable la muchedumbre enemiga que pereció á sus manos; y levantó Samuel un monumento para perpetuar la memoria de tan insigne triunfo. Cobraron luego algunas ciudades que les habian ganado, y les fué devuelta el Arca que habian perdido, despues de siete meses que estuvo en tierra de filisteos; los cuales la enviaron de su voluntad, porque les iba mal teniéndola consigo.

Cada año visitaba el juez Samuel toda la tierra, y volvía á Ramatha, donde tenia asiento y casa. ¡Abrumado ya por la edad, confió una parte de su cargo á sus dos hijos llamados Joel y Avia, que no tenian las virtudes de su padre. La avaricia los corrompió: recibian regalos y no eran rectos los juicios que salian de su boca. Juntáronse pues en Ramatha, donde vivian los principales del pueblo, y dijéronle. «Tu eres ya viejo, y tus hijos no te imitan, ni hacen lo que deben; danos rey que nos gobierne, como todas las otras gentes le tienen.» El profeta consultó al Señor, quien le mandó acceder á la peticion del pueblo. Así se verificó entonces un notable cambio en la forma del gobierno de los hebreos. Hasta aquella época gobernó Dios mismo á su escogido pueblo: los jueces no eran mas que sus lugartenientes. Así es que en tiempo de Moisés y de los Jueces se manifestaba la Providencia divina en una no interrumpida serie de prodigios; despues si se exceptúan algunas circunstancias extraordinarias, dejó obrar á los reyes y ocultó la accion de su providencia bajo el velo de las causas naturales.

En Saul hijo de Cis, de la tribu de Benjamín, recayó la eleccion del Señor: distinguíase entre todos sus convecinados por su gallardía corporal y por su estatura, prendas ambas en que ninguno le igualaba. Habiéndose extraviado unas borricas de su padre, salió á buscarlas en compañía de uno de sus criados. No hallándolas, dijo el mozo á Saul: «Aquí cerca hay un siervo de Dios, cuyas palabras son infalibles; vamos á consultarle, porque acaso nos dará alguna luz sobre el objeto de nuestro viaje.» Dicho esto entraron ambos en la

ciudad, y preguntando por el profeta Samuel, avisado por Dios, les salió al encuentro. Habló con Saul, y despues de haberle tranquilizado acerca de la pérdida de sus boriccas, convidóle á comer, le puso en sitio preferente, y le sirvió de la porcion mas escogida. Concluido el banquete, le detuvo Samuel; y habiéndole sacado fuera de la ciudad, derramó sobre su cabeza el aceite que llevaba en una redomilla, y le dijo que Dios le constituia rey de Israel. Y á fin de convencerle de que todo esto se hacia en nombre de Dios, reunió el profeta las doce tribus y las hizo echar suertes para la eleccion de un rey. La suerte designó á la de Benjamin y á Saul entre los de esta tribu. Puesto Saul en la posesion del reino, dijo Samuel al pueblo; «Ya os di rey, como le pedisteis: ahora hago de mi residencia delante de Dios, y de su unguido vuestro rey: hable el que esté agraviado.» Respondiéronle: «Ninguno hay que esté de tí agraviado.—Pues si es así, replicó Samuel, que á ninguno hice agravio, ¿por qué todos me habeis á mí agraviado en pedir rey siendo yo vivo? Para que veais que con razon puedo quejarme de vosotros, y que lo habeis hecho mal en pedir rey, aunque el cielo está como lo veis sereno, suplico á Dios que muestre en él señales por donde entendais vuestro pecado.» Hizo oracion Samuel, y vino tan grande tempestad de truenos y agua que todos, con grande temor, dijeron al profeta que rogase á Dios por ellos y que confesaban que á sus antiguos pecados habian añadido el de pedir rey.

Cuando Saul comenzó á reinar, era humilde y sin malicia, y permaneció en este estado dos años, despues de los cuales mudó de condicion, y tornose malo, Comenzó á declararse en que habiendo de ir á dar batalla á los filisteos, viendo que Samuel no llegaba, pidió víctimas y contra lo mandado por el Señor, él mismo las ofreció en holocausto. No bien se habia acabado el sacrificio cuando llegó el profeta, y echando en cara al rey la falta cometida, le anunció que su reino seria quitado á sus descendientes, y dado á otro ajeno de su linaje. Ni paró en esto el mal de Saul, pues fué desobediente á Dios en otro caso, y sucedió de esta manera.

Intimó Samuel de parte de Dios á Saul que fuese contra los amalecitas y los esterminára á todos, porque todos eran malvados, y ofreciera en holocausto todo el botin, sin perdonar cosa alguna. Con esta orden el Omnipotente hacia á Saul ministro de su justicia, para castigar una raza tan impia y cruel que á sus hijos quemaba en reverencia de sus idolos. Marchó Saul contra los amalecitas, que le presentaron batalla; mas sus huestes fueron deshechas, y cayó prisionero su rey. La ciudad fué tomada y entregada á las llamas, pero Saul cumplió á medias las órdenes del Señor, pues perdonó la vida al rey Agag y conservó lo mejor de los despojos.

Dios quiere ser obedecido cuando manda; y así dijo á Samuel: «Me arrepiento de haber hecho rey á Saul (*), porque me ha abandonado, y no ha obedecido mi mandato.» Aflijóse Samuel, clamó al Señor toda la noche, y levantándose antes de la aurora fué en busca de Saul. Viendo éste que se le acercaba Samuel, previno su disculpa, y saludóle diciendo: «He cumplido las órdenes del Señor.» Y Samuel le repuso: «¿Pues qué balidos de animales son los que resuenan en mis oídos?—El pueblo ha conservado los mejores rebaños de los amalecitas para ofrecerlos á Dios en sacrificio;» respondióle el rey. Y replicóle el profeta: «¿Pide acaso el Señor holocaustos y víctimas, ó mas bien que se obedezca su voz? Mejor es, pues, la obediencia que las víctimas (**); porque el desobedecerle es á sus ojos como el pecado en la idolatría. Porque pues has desechado la palabra del Señor, el Señor te ha desechado, y ya no quiere que reines en Israel.» Saul convencido de las razones de Samuel, no con dolor del pecado, sino para alejar de sí la afrenta que llevaba consigo: «Verdad es, dijo, que he pecado, no cumpliendo la voluntad de Dios; honradme empero en presencia del pueblo, y venid conmigo á adorar al Señor.» Apartóse el profeta sin escucharle como quien le abandonaba. Queriendo Saul detenerle, le asió por la orla de su capa, la cual se rasgó, y dijo entonces el siervo de Dios: «El Señor ha rasgado hoy el reino, y se lo ha dado á tu prójimo que es mejor que tú. El Dios de Israel no muda de pareceres, pues no es un hombre que tenga que arrepentirse.» Mandó Samuel que le trajesen á Agag, á quien Saul había perdonado, contravieniendo al mandato divino, y le hizo morir, poniéndole delante sus crueldades. Hecho esto fué el hombre inspirado, y no volvió á ver á Saul hasta el día de su muerte; mas no cesaba de llorarle, porque Dios le privaba del reino y no le perdonaba.

Resolvió Dios establecer una familia real, de la cual saliese el Mesías, y la escogió en la tribu de Judá. Y ordenó á Samuel que llenase un cuerno de oleo, y lo llevase á Belén á casa de Isai ó Jesé para deramarlo sobre uno de sus hijos que el Señor le daría á conocer. Obedeció el profeta, y pretestando un sacrificio, se encaminó á Belén. Convitó á Isai y á su familia al banquete, que de ordinario se hacia

(*) En Dios no ha lugar á pesar ni arrepentimiento, porque son pasiones corporales, que traen consigo imperfeccion, hablando propiamente. Mas atribuyense á Dios metafóricamente; porque así como el hombre, que se arrepiente de haber hecho alguna cosa, si puede, procura deshacerla; así Dios cuando destruyó al hombre con el diluvio, dió muestra como que le pesaba por haberle hecho, diciendo palabras que lo significaban. No porque en Dios cupiese arrepentimiento, no, sino que destruyéndole hace lo que por tenerle una persona, deshace lo que ha hecho.

(**) La razon da la Glosa, diciendo: que en el sacrificio queda muerta la carne ajena, y en la obediencia a la voluntad propia.

despues del sacrificio, y pidió que le presentára sus hijos. Vino primero el mayor, y en seguida otros seis, todos bien dispuestos. Dijo el Señor á Samuel, hablándole interiormente, como de ordinario hablaba á sus profetas: «No hagas caso de rostro ni de estatura; porque al que escogí es pequenuelo; los hombres miran lo exterior, y juzgan por lo que ven; yo veo el corazón, y por lo que veo en él juzgo: ninguno de estos quiero para rey.» Preguntó Samuel á Isai: «¿No tienes mas hijos? —Aun hay otro pequeño, respondió el padre, que está apacentando las ovejas. —Trácelo aquí, repuso Samuel, porque no nos sentaremos á comer hasta que él venga acá.» Isai le envió á buscar; y vino un mozo de quince años de blonda y rubia cabellera y de hermoso rostro: David su nombre. Entonces dijo Dios á Samuel: «Levántate y ungele, porque ese es.» Ungióle Samuel, derramando el óleo de la unción sobre su cabeza, en presencia de sus hermanos, y hecho esto, y cumplido con el sacrificio á que tambien habia venido, volvióse á Ramatha. Desde aquel momento posó el espíritu del Señor en David y abandonó á Saul.

Murió Samuel, y habiéndole llorado todo Israel, fué sepultado en su propia ciudad de Ramatha.

Despues de algunos dias fué Saul á la guerra con sus hijos, y viendo la muchedumbre de los filisteos, temió: hizo oracion á Dios para que le declarase el suceso de aquella jornada, y no le respondió: Informóse donde hallaria alguna mujer pitonisa, que es lo mismo que adivina ó hechicera: avisáronle de una: mudó el traje, por no ser conocido, y entró en su casa: rogóle, que le hiciese aparecer á Samuel, luego que ella vió á Samuel, entendió que era el rey Saul el que estaba con ella, y temió: él la aseguró, y la dijo: «¿Qué has visto?» Respondió la hechicera: «Veo subir ángeles de la tierra y entre ellos á Samuel viejo, cubierto con una ropa de majestad.» Púsose de rodillas Saul, y dijo: «Yo me veo muy apurado; por esto te he llamado para que me declares lo que debo hacer.» Dijo Samuel: «Para que me haces esta pregunta, pues sabes que el Señor se apartó de tí, porque le ofendiste; y así hoy te has de perder tú y tu pueblo, por no haberle obedecido, cuando te mandó destruyeses á Amalec: tú y tus hijos estareis mañana conmigo;» y dicho esto desapareció.

Aquí es de notar que los Intérpretes convienen comunmente en que fué el verdadero Samuel el que allí se apareció, y que aquella aparición de Samuel se hizo por un orden particular de la justicia de Dios. Y este sentimiento es muy conforme á lo que dice el Eclesiástico XLVI. 23, que durmió el sueño de los justos, é hizo conocer al rey el fin de su vida: que su voz salió del fondo de la tierra para anunciar la perdicion de los impíos. S. Agustin en diversas partes muestra favorecer la opinion que dice, que no fué verdadero Samuel, sino

demonio, que se fingia ser él el que habló con Saul. Mas en las adiciones á la Glosa de Nicolao de Lyra sobre este lugar, despues de puestas las dos opiniones, y declarados los argumentos que hacen las dos partes, se resume allí, que es opinion y licito sentirlo uno ó lo otro.

Hace mencion de Samuel la escritura en el libro primero de los Reyes, donde se escribe lo que de él aquí se ha dicho. En el Paralipomenon se nombra Samuel, y dos hijos suyos Vasseni y Avia; y en el mismo libro se dice de él, que escribió los hechos de David, él, Nathan y Gad, profetas, de donde infieren algunos que escribió dicho libro primero de los Reyes, hasta el capítulo XXIV, en que se cuentan los primeros hechos de David, prosiguiendo de allí los otros dos profetas Nathan y Gad. David en un salmo hace mencion de Moisés y Aaron, y pónelos en el número de los sacerdotes, y luego nombra á Samuel, y pónelo entre los que invocan el nombre del Señor. Sobre el cual lugar, y en las retractaciones, dice S. Agustín, que fué Samuel tambien sacerdote, y que como sacerdote ungió á Saul, y á David por reyes de Israel: aunque S. Gerónimo solo quiere que sea levita. En el Eclesiástico se llama Samuel profeta amado de Dios. Nombran tambien á Samuel Jeremias y S. Lucas. S. Pablo lo pone en el catálogo de los santos, en la carta que escribió á los hebreos. La Iglesia católica usa en las lecciones de los maitines del primer libro de los reyes, adonde está la historia de Samuel, desde la segunda feria despues de la dominica de la Trinidad, hasta el sábado antes de la dominica quinta.

La muerte de Samuel fué el año 1057 antes de Jesueristo, á los noventa y ocho de su edad. Sus reliquias, segun S. Gerónimo, fueron trasladadas por el emperador Arcadio á Constantinopla.

DIA 1.º DE SETIEMBRE.

San Josué, capitan del pueblo hebreo.

JOSUE que significa *Salvador*, hijo de Nun, á quien los griegos llaman Jesus, hijo de Navé, de la tribu de Efraim, primero fué ministro de Moisés, y despues le sucedió en su dignidad de capitan del pueblo hebreo. Cuan grande fuese su valor y esfuerzo, diólo á entender Moises, en que caminando por el desierto al tiempo que sacó á los hebreos de Egipto, poniéndoseles en contrario el rey Amalec, para estorbarles el paso, entre todos ellos, que eran seiscientos mil, le escogió para capitan en aquella guerra.

De la enumeracion del pueblo que por orden de Dios hizo Moisés,

algunos meses despues de la muerte de Aaron, Caleb y Josué eran los únicos israelitas que quedaban de cuantos salieron de Egipto, cumplidos los veinte años de edad, porque el Señor habia predicho que morirían todos en el desierto. Dios dijo á Moisés: «Sube al monte de Hor, y considera desde allí el pais que daré á los hijos de Israel, y luego morirás como tu hermano Aaron, porque ambos me habeis ofendido en el desierto en las aguas de contradicion y no me habeis glorificado ante el pueblo.» Moisés pidió entonces al Señor que le permitiese pasar el Jordan; pero él no le escuchó: «Basta, le dijo, no me hables; mas: sube al monte y tiende la vista por todas partes, porque no has de pasar el Jordan.» Moisés respondió: «Señor, Dios de los espíritus de todos los hombres, escogeos vos mismo un hombre que tome el gobierno de este pueblo.—Toma, le contestó el Señor, á Josué, á ese hombre en quien reside mi espíritu, imponle las manos y dale mis órdenes en presencia del gran sacerdote Eleázaro y de todo el pueblo para que se le obedezca, porque él es quien marchará á la cabeza de los hijos de Israel, y quien distribuirá la tierra que has visto desde lo alto del monte.» Moisés hizo cuanto el Señor le habia mandado, y Josué ocupó el lugar de este caudillo que se vió privado del consuelo de introducir á los Israelitas á la tierra prometida.

Muerto Moisés tomó Josué el gobierno del pueblo de Israel, y el paso del rio Jordan fué lo primero que ocupó su atencion: hizo pues avanzar á los Israelitas hacia el rio, y estando ya á punto la pasada, envió emisarios á la ciudad de Jericó, que era la primera que habia de combatir y ganar de la otra parte del rio. En grave peligro se vieron los emisarios, porque el rey de Jericó tuvo aviso de su llegada y procuró prenderlos; mas una muger llamada Rahab, meretriz, á quien Dios concediera el don de fe, los encubrió en su casa, y despues guió, descolgándolos por el muro de la ciudad desde la ventana de su casa, que estaba pegada al muro, de modo que volvieron libres á Josué. Y por este beneficio que hizo aquella muger, fué libre con su familia cuando aquella ciudad se destruyó.

Josué, pues, movió el campamento, y poniéndose en marcha, mandó á los sacerdotes que tomasen sobre sus hombros el Arca de la alianza y entrasen con ella por el Jordan; lo cual hecho así, al instante que llegaron á la orilla del rio cuando mas crecido estaba, las aguas de debajo se corrieron dejando seco el fondo; las de encima se deluvieron permaneciendo suspensas como muro mientras estuvo el arca en medio del Jordan, pasándolo á pie enjuto los hebreos. Al salir de él los sacerdotes que llevaban el arca, las aguas siguieron su ordinario curso. En aquel dia hizo el Señor á Josué grande é ilustre á la faz de todo Israel, para que fuese respetado como lo habia sido Moisés. Estando aun el arca en el lecho del rio, Josué por orden de Dios

escogió doce hombres, uno de cada tribu, y les mandó coger doce piedras en el mismo sitio en que estaban detenidos los sacerdotes que llevaban el arca; y las colocó en montón en el lugar donde acamparon por primera vez, con el fin de que le sirvieran de señal y monumento. Puso también Josué otras doce piedras en medio de la madre del Jordan, y habló á los israelitas de esta manera: «Cuando vuestros hijos os pregunten qué significan estas piedras, les responderéis: disecado fué el lecho del Jordan ante el arca del Señor cuando atravesaba el río, y estas piedras se colocaron aquí para perpetuar la memoria de tan extraordinario prodigio. El Señor ha retirado delante de nosotros las aguas del Jordan, como lo hizo con las del mar Rojo, para que pasemos por él, á fin de que todos los pueblos de la tierra reconozcan su mano omnipotente, y vosotros mismos aprendais á temer siempre al Señor vuestro Dios.»

Después de un paso tan milagroso los israelitas asentaron el campamento en un valle, que se llama Gálgala, adonde por mandado de Dios fueron circuncidados todos los hebreos, porque en los cuarenta años que estuvieron en el desierto, ninguno de los que nacía se circuncidaba, á causa de no tener hora segura de reposo; y celebraron luego la solemnidad de la pascua, que fué la del cordero, y comieron desde el día siguiente los frutos de la tierra prometida, dejando el maná de caer del cielo, de modo que desde entonces no tuvieron mas alimento que el del país de Canaan.

Estaba la tierra de Palestina, que era la prometida de Dios á su pueblo, dividida en diversos reinos y estados: unos se llamaban amorreos, y otros cananeos: todos ellos oyendo referir el milagro que Dios había hecho con los hebreos en el paso del Jordan, diéronse por perdidos, aunque se apercibieron á defender sus estados. La ciudad de Jericó estaba rodeada de fuertes murallas y defendida con buenas tropas; Josué sin embargo resolvió atacarla, adelantándose solo hasta muy cerca de la plaza á reconocerla por sí mismo. Estando ya en el territorio de la ciudad se encontró un hombre que empuñaba una espada desenvainada, encaróse con él y le dijo: «¿Eres de los nuestros ó del enemigo?—Yo soy, le respondió aquel hombre, el que capitanéo las huestes del Señor; de su parte vengo ahora á socorrerte.» Postróse Josué en tierra y adoróle diciendo: «¿Qué manda mi Señor á su siervo?—Descálzate, le respondió, porque el lugar en que estás es santo.» Y luego dijo el Señor á Josué: «Te he entregado la ciudad de Jericó con su rey y sus guerreros.»

He aquí como se cumplió la palabra del Señor. Josué obedeciendo la orden divina, hizo que por espacio de seis días diese su ejército la vuelta á la ciudad: parte de él marchaba delante del arca, al redor de la cual tocaban la trompeta siete sacerdotes, y el resto iba

á retaguardia. El séptimo día se rodeó siete veces la ciudad con el mismo orden, y á la séptima vuelta todo el pueblo, instruido por su caudillo, lanzó un grito terrible. Cayeron por sí al instante los muros de Jericó: Israel entró en la ciudad y pasaron á cuchillo á todos sus habitantes, á escepcion de Rahab y de su familia, que fué conservada é incorporada al pueblo de Dios. Todos los animales fueron degollados, y la ciudad reducida á cenizas; se guardó para el Señor el oro, plata y bronce; todo lo demás lo consumió el fuego.

Quería Dios con este ejemplar castigo inspirar á los hebreos un gran horror á las impiedades de aquel pueblo culpable, y llenarlo de temor haciéndolos ministros de su justicia (*).

Josué habia prohibido espresamente de parte de Dios que se reseryase nada del botín; pero un hombre llamado Acan de la tribu de Judá, desobedeció esta orden y retuvo una regla ó vara de oro y un vaso de plata, con un paño ó vestido de grana: esta desobediencia irritó al Señor, porque enviando Josué tres mil hombres contra la ciudad de Hai, fueron vencidos y muertos treinta y seis de ellos. Sintiólo mucho Josué, hizo oracion á Dios; y fuéle respondido ser la causa de este daño haber uno del pueblo guardado del saco de Jericó. Echaron suertes en las doce tribus para descubrir al ladrón, y cayó en la de Judá: se sortearon las familias, y tocó á la de Zaré: últimamente practicado lo mismo con los nombres de la familia sorteada, salió el de Acan, quien viéndose descubierto, confesó la verdad; por lo cual, Josué le mandó apedrear y reducir á cenizas su cuerpo con todo cuanto le pertenecía. Hecho esto, fué en persona Josué á la ciudad de Hai, y poniendo de sus soldados en celada, hizo que otros acometiesen la ciudad. Salieron contra ellos los bárbaros: los hebreos avisados de su caudillo fingieron que huían, creyéronlo fácilmente los contrarios y de esta suerte entraron en la celada, donde fueron cercados y muertos doce mil de ellos. Josué mandó ahogar al rey de Hai, y asolar la ciudad. Los despojos se dividieron entre la gente de guerra.

Los gabaónitas, temiendo ser destruidos, enviaron embajadores á Josué, pidiéndole su amistad; y para alcanzarla fingieron que venian de un país muy lejano para aliarse con él. Josué y los ancianos del pueblo, deseando tener amigos, como no fuesen de los moradores de la tierra de promision, sin consultar al Señor, se aliaron con los gabaonitas, jurando de no matarlos con sus enemigos los amorreos y

(*) No parecerá rigurosa la sentencia pronunciada por Dios contra estos pueblos de Canaan, al que considerase el largo espacio de tiempo que los habia sufrido, convidándolos á penitencia, y las terribles consecuencias que hubiera producido una mas larga tolerancia. (Último. P. Scio, anot. al lib. Josué, cap. 6, vers. 17).

canancos. Descubrióse despues el engaño, y por el juramento guardáronles las vidas: mas Josué los destino á servir perpetuamente al pueblo y al templo del Señor.

Alarmado Adonisedec, rey de Jerusalem, de lo que habian hecho los gabaonitas, confederóse con otros cuatro reyes sus comarcanos para hacer frente á los israelitas, y reuniendo todas sus fuerzas, cercaron la ciudad de Gabaon. En tal conflicto enviaron los cercados á pedir favor á Josué; el cual tenido oráculo que fuese contra los cinco reyes coligados, vuela con su gente toda la noche desde Gálgala, y cae de improviso sobre ellos: el Dios de los ejércitos derrama en las huestes enemigas pavor y confusion: huyen, y en su fuga fulmina contra ellas un granizo de piedra que en gran parte las destruye derribándolas muertas. Visió por Josué que se venia la noche y no del todo destruido el enemigo, hizo oracion á Dios, y hecha, levanta la voz diciendo: «Sol, detente sobre Gabaon, y Luna, sobre el valle de Ayalon.» Y paráronse el sol y la luna(*) hasta que el pueblo se vengase de sus enemigos, de manera que no hubo antes ni despues dia tan largo como aquel.

Siguió el alcance Josué, y fué avisado que los cinco reyes se habian escondido en una cueva junto á la ciudad de Maceda. Mandó ir allá muchos de sus soldados, y que pusiesen grandes piedras á la boca y entrada de ella, y la guardasen. Hizose asi: y él perseverando en seguir á los enemigos, no se contentó hasta que del todo los destruyó, siendo pocos lo que pudieron librarse en ciudades fuertes de la provincia. Hecho esto sin daño alguno de su gente, fué á la cueva donde estaban encerrados los reyes: sacólos de allí, púsolos en cinco palos, donde murieron. Sus cuerpos mandó poner dentro de la cueva, y sobre ella muchas piedras.

Iba ganando Josué las ciudades de la comarca sin dificultad alguna, y acercándose á los estados del rey Jabin de Asor, el cual juntó un ejército numerosísimo, así de su reino como de sus vecinos, en que habia una multitud de caballos y de carros armados (**). Y no obs-

(*) El Señor obedece á la voz de un hombre, y ejecuta lo que él mismo le habia inspirado que le pidiese. Suspende por algun tiempo el órden constante que estableció en el universo, y deja sin movimiento estos dos hermosos astros que nos alumbran, mostrando de este modo que nada cuestan los mas estupendos prodigios, cuando se trata de socorrer y proteger á su pueblo: que él solo es el Árbitro supremo de todas las criaturas, y que de él absolutamente dependen todas las leyes de la naturaleza; porque él solo es el autor de estas leyes, y la naturaleza no es otra cosa que su voluntad omnipotente. Todas las dificultades que se han movido sobre este estupendo prodigio de Josué, se pueden ver doctamente resueltas en una particular disertacion del P. CALMET, en donde las trata y esplica de propósito. (*Ilmo. P. Scio, anot. lib. Josué, cap. 10, vers. 13.*)

(**) Dice Josefo *Antig. Lib. 5, cap. 1.* que constaba de treinta mil hombres de á pie, de diez mil caballos, y de veinte mil carros armados de hoces.

tante el poderio de tantas fuerzas, no pudo menos Josué, habiéndoselo dicho el Señor, de pelear con ellos, ni le fué muy dificultoso de vencerlos; é hizo en ellos grande matanza, en tanto grado, que no dejó reliquias de ellos, desjarretándoles los caballos y abrasándoles los carros, como el Señor le había mandado. Ganó asimismo la ciudad de Asor, y prendió á Jabin su rey, matóle y destruyó la ciudad con sus vecinos á fuego y á sangre. Era Josué obedientísimo á Dios, y así le favoreció, de manera que se apoderó de toda la tierra de promision, quedando los hebreos riquísimos. Queriendo Dios castigar aquella gente idólatra, permitió que se endureciese su corazon y que se obstinase en guerrear contra Israel; así es que casi toda fué esterminada, á escepcion de algunas pocas naciones guerreras que conservó para ejercicio y prueba de la fidelidad de su pueblo.

Treinta y uno en número fueron los reyes que Josué venció, y habiendo conquistado definitivamente el país de Canaan, dejó las armas, distribuyó sus tierras y ciudades á las tribus de Israel, señalando á cada tribu por suerte su parte, aunque la de Levi no tuvo lugar en esta distribucion, porque Dios le había asignado para su manulencion los diezmos y primicias de todos los frutos, siendo los primeros para los levitas y las primicias para los sacerdotes con las ofrendas que se hacian al Señor en el altar; y así se le dieron ciudades para que las habitára en el territorio de cada tribu. En su lugar entraron los hijos de Josef, divididos en dos tribus, Manasés y Eiraim. Hizo Josué asiento en Silo, adonde puso el arca del Señor y su tabernáculo, y desde allí gobernaba á Israel.

Josué, que estaba ya muy entrado en dias, reunió las tribus de Israel y les dijo: «Veis que el Señor os ha dado la tierra que os había prometido. El mismo ha batallado en favor vuestro en contra de las naciones que la habitaban, y finalmente os ha establecido en ella. Verdad es que aun quedan algunos pueblos por vencer, pero no debéis temerlos con tal que no os apartéis del Señor vuestro Dios; amadle, observad fielmente su ley, y vereis que á todos los estermina á vuestros ojos. Huid empero de ellos para que no os inoculen su idolatría: si haceis alianza con ellos, sabed que Dios los conservará en vuestro derredor, que os serán una piedra de tropiezo para que caigáis, y origen de desgracias.» Todo el pueblo le contestó prometiendo de dar siempre adoracion á Dios. Renovó el ilustre capitán en aquel dia la alianza entre Dios y los hijos de Israel en presencia del arca, y la escribió en el libro de la ley; y para conservar su memoria, erigió un monumento en una grande piedra, que puso debajo de una encina cerca de Sichem; dando á entender que así como de su naturaleza la piedra dura mucho tiempo, así aquella promesa hecha por los hebreos á Dios, había de durar para siempre: y hecho es-

to despidiéronse, y cada tribu partió al lugar de su mansion.

Poco después murió Josué siendo de ciento y diez años, habiendo vivido casto toda su vida, como dice San Gerónimo (*D. Hier. adver. Jovinian, lib. 1. tomo.*), y fué sepultado en una posesion suya, llamada Thamathsaré en el monte Efraim. Este insigne varón, sucesor de Moisés, mereció que el Señor le elogiase porque no tuvo parte alguna en el desaliento del pueblo. Puesto á la cabeza de Israel renovó los milagros de Moisés; pero lo que mas le honra es el haber sido, como lo indica su nombre, figura del Salvador del mundo. Gobernó el pueblo de Dios, despues de la muerte de Moisés, veinte y siete años: no le determina tiempo la Escritura Sagrada, sino que contando lo que los otros capitanes gobernaron; restan estos veinte y siete. Fué su muerte año de la Creacion 2561, ó sea 1459 antes de Jesucristo.

Escribió Josué su libro hasta donde se trata de su muerte; lo demás, dice el autor de la Biblioteca Santa, que lo suplió Esdras. Tambien escribió Josué segun este autor el fin del libro quinto de Moisés llamado Deuteronomio. Grande fué la santidad de Josué, y muy alabado es en la sagrada Escritura; y su mayor elogio lo formó el Espíritu Santo por boca del autor del *ECCLESIASTICO, cap. 46, v. 1 hasta el 10.*

DIA I.

San Gedeon, Juez y Capitan del pueblo Hebreo.

GEDEON, que significa el que quebranta y deshace, fué de la tribu de Manasés, hijo de Joas, padre de familias, y principal entre los de su linaje. Habian los hebreos dado en idolatrías, adorando á los dioses de sus vecinos los gentiles, por lo cual permitió el Señor con el fin de corregirlos, que sufriesen por espacio de siete años la opresion de los madianitas y de los amalecitas, que desolaban y saqueaban el pais talando las mieses y reduciendo al pueblo á una extrema miseria. En tal conflicto se convirtieron al Señor, implorando su auxilio contra tan crueles enemigos.

Aplacaron á Dios sus gemidos, y para librarlos envió un ángel á Gedeon, cuando éste pensando huir trillaba sus granos para llevarselos. El ángel se sento debajo de un roble y saludóle diciendo: «El Señor es contigo, ó tú el mas fuerte de los hombres.» A lo que respondió Gedeon: «Si el Señor es con nosotros ¿cómo es que nos han alcanzado tantos males? ¿dónde están aquellas sus maravillas, que

nos contaron nuestros padres? Ahora nos ha desamparado y abandonado bajo el yugo de Madian.—Vé, pues, tú, dijo el ángel, echando una mirada sobre él, vé con la fortaleza de que estás revestido, y libertarás á Israel del yugo de sus enemigos.» Gedeon repuso: «Te ruego que me digas ¿cómo podré libertar á Israel? Mi familia es la ínfima en la tribu de Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre.—Vé, le replicó el ángel, hablando siempre en nombre de Dios, yo estaré contigo y derrotarás á Madian como si fuese un solo hombre.»

Rogóle Gedeon que le diese á conocer por medio de alguna señal que le hablaba de parte de Dios; y no creyéndole mas que hombre, en cuya figura se le presentó, corrió á su casa á traerle carne cocida y panes sin levadura que presentó al ángel, poniéndolo todo sobre una piedra. Estendió el ángel su báculo y tocó la carne y los panes á zizmos; y al momento salió de la piedra un fuego que todo lo consumió desapareciendo el ángel. Gedeon se sobrecogió, pues era opinion muy recibida que no se podía ver al ángel del Señor sin quedar muerto; mas el Señor calmó su zozobra diciéndole: «Paz sea contigo, no temas, no morirás.» Edificó pues allí Gedeon un altar al Señor, y llamólo la paz del Señor; el cual le habló aquella noche y le mandó que derribase un altar que tenia levantado su padre á Baal, y destruyese una arboleda que estaba al contorno del altar; y que sobre la misma piedra de donde habia salido el fuego milagroso le ofreciese y sacrificase un toro de siete años. Gedeon, temiendo enojar á su padre, y queriendo obedecer á Dios, levántose de noche, y acompañándose de diez criados suyos, hizo todo lo que le fué mandado. Visto por los habitantes de aquella comarca destruido el idolo de Baal, y abrasado el bosque donde era adorado, hicieron pesquisa del autor de tal atrevimiento, y sabedores de que era Gedeon el que buscaban, acudieron á su padre con la pretension de que á ellos le entregara para darle muerte; él empero se negó diciéndoles: «¿Sois por ventura los vengadores de Baal? Si es Dios, vénguese él mismo de quien ha destruido su altar.» Desarmó esta respuesta su fanático celo, y no volvieron á insistir. Quedó Gedeon por este hecho con nuevo nombre de Jerobaal, que significa fuerte contra Baal.

Reunidas todas las fuerzas de Madian y de sus aliados, pasaron el Jordan y fueron á acamparse en el valle de Jezrael. Llenó el espíritu de Dios á Gedeon, tocó este la trompeta, y envió por todas partes emisarios para escitar á su pueblo á reunirsele: juntáronsele varias tribus, y en breve se vió á la cabeza de treinta y dos mil hombres. Antes de acometer empresa alguna, pidió al Señor que le diese á conocer con una nueva señal si queria hacerle instrumento de la libertad de Israel. «Pondré, dijo, este vellon de lana en la era si el rocío cayere tan solo en el bellocono, permaneciendo en juto todo el

terreno reconoceré que por mi mano has de libertad á Israel.» Cumplióse á la letra cuanto habia pedido, y á la mañana siguiente se halló el bellocino lleno de rocío y enjuta en derredor la tierra. Volvió Gedeon á decirle á Dios: «Señor, os ruego que no os deis por ofendido si aun os pido otra señal: Haced ahora que se empape en rocío la tierra y solo el vellon permanezca en juto.» El Señor le concedió este segundo prodigio, cayendo rocío sobre la tierra y nada sobre el vellon.

Lleno de confianza Gedeon á vista de estos dos milagros, se puso en marcha con todo su ejército; pero antes de dar alcance al enemigo llegó á la fuente llamada Harad, adonde le habló Dios, y le dijo: «Mucha gente tienes contigo; no quiero que se presente contra Madian un ejército tan numeroso, porque Israel nó se glorie contra mi diciendo: mi valor me ha libertado. Haz pues que se publique en el campamento que todos los medrosos se vuelvan.» En virtud de este pregon abandonaron las filas veinte y dos mil hombres, no quedando sino diez mil en ellas; pero Dios volvió á decirle; «Aun son muchos; llévalos á un sitio en que haya agua, y allí te dire cuales deben acompañarte y cuales es preciso despedir.» Llegada la legión á un arroyo dijo Dios á su caudillo: «Pondrás á un lado los que lamieren el agua con la lengua como suelen hacer los perros; y los que doblaren la rodilla para beber, estarán en otra parte.» Solo trescientos hombres lamieron el agua, echándola con la mano en la boca; y todos los demás se tendieron á beberla con toda comodidad. Dijo pues el Señor á Gedeon: «Con estos trescientos hombres te libraré de Madian: retirense todos los otros.» No cabe duda acerca del designio de Dios en este pasaje de la historia santa, habiéndose él mismo explicado sobre el particular. Quería manifestar que él era quien obraba. Valiéndose de medios evidentemente insuficientes, queria que solo á él pudiesen atribuir los hebreos las victorias humanamente inasequibles: en una palabra, proponíase convencer al universo de que él gobernaba á su pueblo: proponíase cimentar en este mismo pueblo una entera confianza en su celestial providencia.

Con solo sus trescientos hombres marchó Gedeon al encuentro de los enemigos, que estaban acampados en el valle en número de mas de ciento veinte mil. En la siguiente noche, queriendo Dios dar á su siervo nueva seguridad de la victoria, le mandó que fuese solo ó con uno de sus criados hasta cerca del campo de los madianitas á escuchar lo que allí se decia. Hizolo, y habiéndose acercado á un cuerpo de guardia, oyó á un soldado referir á otro un sueño que habia tenido. «He visto, decia, un pan cocido con ceniza que me parecia rodar desde lo alto de la montaña hasta nuestro campamento, derribando una tienda que halló á su paso.—Este pan es el ejército de Gedeon,

respondió el compañero: lisonjéanos la idea de devorarle como un pedazo de pan; mas él abatirá, derrivándolo, el orgullo de Madian.»

Oída la interpretación dada á este sueño, postróse Gedeon en tierra para adorar á Dios: volvió al momento á su campo, y dijo: «Levantaos, que el Señor ha puesto á los madianitas en nuestras manos.» Dividió su gente en tres trozos, dando á cada soldado una trompeta y una vasija de barro vacía, y dentro de ésta una tea encendida, y les prescribió el uso que de ello debían hacer. Aproximáanse los israelitas hácia la media noche al campamento enemigo: divídense en tres partes, teniendo en medio á los contrarios: principian sus trompetas á resonar: luego rompen sus vasijas unas contra otras: agitan con la mano izquierda las teas encendidas, y continua el estruendo de las trompetas: permanecen ellos inmóviles en sus puestos, y gritaron: «La espada del Señor y de Gedeon.» El Dios fuerte, el Dios de las batallas penetra de terror á los aliados del campamento enemigo, creen que se deja caer sobre ellos un ejército formidable, se desordenan sus filas, y recelándose los madianitas de los amalecitas, que con otros orientales se les habían juntado, comienzan entre si la pelea matándose unos á otros. Los muertos fueron muchos; los que con vida quedaron, huyeron; pero avisando Gedeon á los de la tribu de Efraim, acude á cerrarles el paso del Jordan, y lanzándose en persecucion de los fugitivos, muere la mayor parte al filo de la espada, y entre ellos dos príncipes madianitas, llamados Oreb, y Zeb, y sus cabezas fueron llevadas á Gedeon. El cual pasó el Jordan en seguimiento de dos reyes, también madianitas, llamados Zebec, y Salmana: tenían éstos quince mil hombres, que habían quedado de todo el ejército, siendo muertos ciento veinte mil, y estaban descansando, creyéndose seguros, cuando de improviso llega Gedeon, y cierra con ellos con su gente, los cuales sin poderse defender, mueren unos, huyen otros, y entre estos los dos reyes. Mas Gedeon fué en su alcance, y los prendió; y porque les oyó decir, que habían muerto á tres hermanos suyos, no atreviéndose Jether, hijo mayor de Gedeon, á matarlos, aunque él se lo mandó, dándoselos ligados, el mismo Gedeon los mató, y volvió de esta jornada con grande triunfo.

Los Israelitas quisieron darle título de Señor de todos, diciéndole: «Sé tu nuestro príncipe y despues de tí reinen tus descendientes, ya que nos has libertado de nuestros enemigos. —No, respondió él, no seré yo príncipe vuestro, ni reinarán mis hijos, sino que será el Señor quien domine y reine sobre vosotros, porque á el solo debeis la victoria.» Y añadió: Una sola cosa os pido: dadme los zarcillos de oro que quitasteis de las orejas á esta gente enemiga.» Era costumbre que tenían los de Madian de traer zarcillos de oro en las orejas. Ellos de buena gana se los dieron. Y tendiendo en tierra una capa, echaron

en ella los zarcillos del despojo, y el peso de oro que resultó fué de mil y setecientos siclos, sin los adornos, y joyeles, y vestidos de púrpura que los reyes de Madian solian usar, y sin los sariales de oro de los camellos. Del oro que Gedeon juntó, y de lino y seda de diversos colores hizo un *Ephód* (*), esto es, una vestidura sacerdotal, y púsola en su casa en la ciudad de Efra; lo cual fué ocasion que idolatrarse todo Israel. Nicolao de Lira, dice que hizo Gedeon con una devocion indiscreta este ornamento sacerdotal, para que el pueblo honrase á Dios, y fuese á hacer oracion como en lugar sagrado, donde los hebreos, que poco les bastaba para idolatrar, visto de la manera que Gedeon tenia en su casa aquella joya hecha de los despojos de los enemigos, dejando de adorar á Dios, adoraban aquel ornamento; por cuya ocasion dice la Escritura sagrada, que fué causa de la ruina de Gedeon y de toda su casa, como al fin se dirá.

Los madianitas quedaron tan quebrantados de esta batalla, que no tuvieron osadía de molestar á los hebreos por el espacio de cuarenta años que Gedeon fué su juez y gobernador: el cual despues de este tiempo murió en buena vejez, y fué sepultado en un sepulcro de Joas su padre. En tanto tiempo que vivió, despues del pecado que cometió, bien pudo hacer de él penitencia; y es cierto que la hizo, lo cual afirma Nicolao de Lira que dá á entender la Escritura, el decir, que murió en buena vejez; tambien en que S. Pablo le pone en el catálogo que hace de Santos del Testamento viejo, escribiendo á los hebreos. Y es tan verdad esto; que S. Agustin, aunque lee en la escritura de Sanson, que se mató él mismo, dice, que no pecó en ello, porque lo

(*) El *Ephód* era el vestido que se ponía el soberano pontífice en la parte superior, corto y sin mangas, de una estofa tejida de oro, de lino y de lana de color de jacinto y de púrpura, y enriquecido de piedras preciosas engastadas en oro. No se puede determinar precisamente que cosa fué este *Ephód* de Gedeon; pero hay fundamentos muy graves para creer que era muy diferente del *ephód* sacerdotal; porque se hizo de los zarcillos, planchas y otras alhajas de oro de los enemigos, cuyo peso era de mil y setecientos siclos de oro, que corresponde á setecientas cuarenta y tres onzas nuestras y cuatrocientos treinta y dos granos. Por muy preciosa que supongamos fuese la estofa de un *ephód* sacerdotal, parece que no podia entrar tanto oro en el tejido de una ropa estrecha, corta y sin mangas, y así es muy verosímil que el *Ephód* de Gedeon fué un monumento ó trofeo, que levantó y consagró á Dios para perpetuar la memoria de una victoria tan señalada como la que habia concedido el Señor á su pueblo. Despues de su muerte, el pueblo inclinado siempre á la idolatría, prostituyó su culto á este *Ephód*, como lo hizo tambien despues con la serpiente de bronce que habia levantado Moisés en el desierto. Todo lo dicho hasta aquí, y la espresion de que usa la Escritura, y *murió Gedeon hijo de Joas en una buena vejez*, espresion que no usa sino es cuando habla de los hombres santos y que agradaron á Dios; y al testimonio que dá de él S. Pablo, juntándole con David y con Samuel, en todo lo que mira á las obligaciones de la justicia y de la virtud: no nos deja motivo de dudar que acabó santamente su vida; y nos parece que dista mucho de Gedeon la prevaricacion en que pretenden algunos que cayó poco antes de morir. Véase S. Agustin, *Quæsi.* 47. (*Ilmo. P. Scío, anot. Bib. lib. Judi. c. 8, vers. 27.*)

hizo por mandado de Dios, y pruébalo, en que lo pone S. Pablo en el mismo Gatálogo. Y la Iglesia católica poniendo en el oficio de muchos mártires aquella Epístola, comienza luego que se acaba de escribir los nombres. y en su lugar pone este nombre *Sancti*; y así dice, estos Santos por la fe vencieron reinos; de modo que todos los nombrados en aquel lugar por S. Pablo, los canoniza y da renombre de Santos, y así siendo uno de ellos Gedeon, es cierto que se salvó, y por consiguiente que hizo penitencia de aquel pecado, de que dió ocasion su devocion indiscreta.

La muerte de Gedeon pone el martirologio Romano y Usuardo en tal dia como hoy, año de la creacion 2768, ó sea 1252 antes de Jesucristo: hállase el nombre de Gedeon en el libro de los Jueces, donde se escribe lo dicho, y en la carta de S. Pablo á los hebreos de la cual se ha hecho tambien mencion. Dejó vivos setenta hijos que hubo de muchas mujeres, además de Abimelech, que hubo de una concubina, como Agar lo fué de Abraham, y que siendo valiente, ambicioso y fuerte tuvo modo de matar á sus hermanos; de manera, que de setenta, solo se libró de la muerte Joathan el menor de todos, por esconderse donde no pudo ser hallado.

DIA IV.

San Moisés.

Moisés, amigo de Dios, capitan de su pueblo, y grande profeta, fué hijo de Amram y de Jocabed, de la tribu de Leví, hermano de Aaron y de María. Cuando vino al mundo reinaba en Egipto un rey llamado, como otros muchos de sus antecesores, Faraon, el cual olvidado del bien que José habia hecho á aquel reino, viendo únicamente que los hebreos hijos del mismo José y de sus hermanos se multiplicaban extraordinariamente, por temer que siendo en mayor número que los egipcios se levantarían con la tierra y los harían esclavos suyos, dió traza como obviar este daño, y fué mandar á las comadronas que siendo llamadas para algun parto de mujeres hebreas, si fuese niño varon le matasen como mejor pudiesen, y si hembra la guardasen(*). A esta sazón nació Moisés, y sus padres hechizados de la estraordina-

(*) Este cruel edicto se publicó sin duda despues de haber nacido Aaron. Y es creible que se revocó poco despues de su publicacion, pues de otro modo no podia hallarse el prodigioso número de pueblo, que nos refiere el sagrado texto de todas edades al salir de Egipto: ó que los mismos egipcios horrorizados de la crueldad de dicho edicto hicieron poco uso de él. (*Menochio.*)

ria belleza del niño, y sabedores por luz sobrenatural que estaba destinado á cosas grandes, no obstante la severidad de los edictos del rey, resolvieron conservarlo, y lo tuvieron oculto tres meses. Pero entendiendo que no podian ocultarlo por mas tiempo, lo colocaron en una cestilla de juncos calafateada con betun y pez, y espusieronle en un carrizal de la orilla del Nilo; y púsose Maria hermana suya á observar desde lejos el fin del caso.

Aconteció que de allí á poco vino una hija del rey Faraon para lavarse en el rio, acompañada de sus doncellas, la cual, segun Filon, era casada y deseaba tener hijos, y se llamaba Thermutis: ve la cestilla, manda sacarla, la abre con ansia, y al ver dentro á un tierno niño que lloraba, compadecida de él, dice: «De los niños de los hebreos es este.» Y no pudiendo su corazon dejar que pereciese aquel hermoso infante; y acercándose entonces la hermana del niño: «¿quieres, le dijo que vaya á llamarte una mujer que te crie ese niño?— Anda;» respondió la princesa. Fué la doncella y trajo á su madre, á quien confió el niño la hija del rey, prometiéndole recompensar su trabajo y solicitud. Tomó la madre al niño, criólo, y ya crecido lo entregó á la hija de Faraon, que lo adoptó por hijo y le dió el nombre de Moisés, que significa *Del agua lo saqué*. Educóse, pues, el niño en el palacio del rey, y aprendió todas las ciencias de los egipcios. Así hizo Dios que el mismo Faraon preparase un vengador á los Israelitas á quienes este príncipe oprimia.

Cumplidos los cuarenta años de su edad, conoció Moisés que estaba designado por Dios para ser el libertador de su pueblo; visitó á sus hermanos en Gessen, donde era su habitación, y vió que aun gemian bajo el yugo de la tiranía. Y observando que un egipcio maltrataba cierto israelita, tomó la defensa de éste y mató al egipcio (*), enterrando secretamente en la arena su cuerpo. Con esta accion atrevida quiso dar á entender á sus hermanos que su mano era el instrumento con que Dios los libraria de la opresion; pero ellos no lo comprendieron.

Al siguiente dia vió reñir á dos hebreos, y reprendió al que se demandaba contra su hermano diciéndole: «¿Por qué das golpes á tu prójimo?» Respondió el agresor: «¿Quien te ha constituido príncipe y juez entre nosotros? ¿Quieres por ventura matarme como mataste ayer al egipcio?» Temió Moisés de oir en público la muerte que habia hecho en secreto, y entendiendo que si llegaba á oídos del rey le

(*) Por lo que dice S. Estéban de esta acción de Moisés. *Actor.* 7. 24-25, parece que obró justamente y con autoridad legítima, quitándole la vida, puesto que el Señor le habia ya elegido para que fuera el libertador de su pueblo. Véase S. Agustín *in Ecod. Quest.* 2. (P. Scio.)

mandaría matar, se ocultó huyendo á la tierra de Madian, y púsose al servicio de Jetró ó Raquel, sacerdote de aquel pais (*), quien mas adelante casó con una de sus hijas llamada Séfora. Tuyo de ella dos hijos, Gersam y Eliezer.

Llegó por fin el tiempo señalado por la divina Providencia para la libertad de su pueblo. Muerto el rey de Egipto cuyo enojo había temido Moisés, no se mejoró bajo el dominio de su sucesor la suerte de Israel, que seguía gimiendo bajo el pesado yugo que le agobiaba; pero Dios, que escuchaba los ayes de su pueblo cruelmente afligido, determinó por fin librarle de la tiranía de los egipcios. Moisés entretanto pastoreaba las ovejas de su suegro Jetró; y habiendo conducido un día su ganado al corazon del desierto, hasta la cumbre de Horeb, se le apareció el Señor en una llama de fuego en medio de una zarza ó espino: Viendo el pastor que la zarza ardía y no se quemaba, acercábase á contemplar aquella maravilla, cuando Dios le detuvo mandándole que se descalzara por respeto, segun costumbre de aquel tiempo, y le dijo: «Santa es la tierra que pisas: yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob: he visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he oído su clamor por la dureza de los que les mandan: quiero enviarte á Faraon para que saques á los hijos de Israel de Egipto.» Moisés respondió: «¿Quién soy yo para ir á Faraon y sacar á los hijos de Israel de Egipto?» Prosiguió Dios con Moisés y díjole: «Vé, y junta los ancianos de Israel, y les dirás como les quiero sacar del cautiverio en que están, y entra con ellos al rey de Egipto y le dirás: El Señor Dios de los hebreos nos ha llamado, y hemos de ir al desierto camino de tres jornadas para hacerle sacrificio. Respondió Moisés: «Señor, no me creerán.—Deja caer, dijo Dios, la vara que tienes en la mano en tierra.» Dejóla caer Moisés y tornóse culebra, de la cual huyó Moisés. «Tómala por la cola,» le dijo Dios. Tómolá y quedó convertida en vara. Y dijo Dios de nuevo á Moisés: «Mete tu mano en tu seno.» Hizolo Moisés, y sacóla llena de lepra. Mandóle Dios hacer lo mismo otra vez, y sacó su mano sana. «Si no te creyeren, añadió Dios á Moisés, por la primera señal, harás la segunda; y si á la segunda no dieren crédito, toma agua del rio, y derrámala sobre la tierra, y cuanto sacares del rio, se convertirá en sangre.» Replicó todavía Moisés diciendo: «Perdonad, Señor, yo no sé hablar, soy tartamudo, y despues que has hablado á tu siervo, aun me hallo mas pesado de lengua. Díjole Dios: «¿Quién hizo la boca del

(*) Siendo descendiente de Madian, hijo de Abraham por Cethura, se cree verosíblemente que era sacerdote del verdadero Dios. Nicolao de Lira dice, que sacerdote en este lugar, se toma por hombre principal. Algunos autores antiguos son de sentir que era tambien rey de aquella tierra. (P. Scio.)

hombre? ¿ó quién formó al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿no soy yo? Pues anda, yo estaré en tu boca y te enseñaré á hablar.» Tornó Moisés á decir: «Ruégote, Señor (*) que envíes al que has de enviar.» Enojado (**) el Señor contra Moisés, dijo: «Aaaron tu hermano el levita es elocuente, y él saldrá al camino y se holgará en verte: dile tu lo que yo te he dicho: y yo estaré en tu boca y en la boca de él, y os mostraré lo que debéis hacer. El hablará por tí al pueblo, y será tu boca (ó intérprete): mas tú serás para él en las cosas que pertenecen á Dios. Toma tambien la vara, con la cual has de hacer prodigios.»

Obedeció Moisés, habló con su suegro diciendo que le convenia ir á Egipto, y dióle licencia. Estando en el camino con su mujer, é hijos, le salió el ángel del Señor al encuentro en el meson y queria matarle. S. Agustin dice que no declara la Escritura á quien quiso matar el ángel, si fué á Moisés, ó á su hijo Eliezer; si á este porque no estaba circuncidado, ó á Moisés por el descuido que habia tenido en hacerle circuncidar. Sabida la causa, Séfora su madre circuncidó á Eliezer, debiéndole Moisés de mandar que lo hiciese, por lo cual ella le llamó *Esposo de sangre*, por la que vió derramar á su hijo; y se volvió, como tambien sienta S. Agustin, á casa de su padre, donde estuvo algun tiempo. S. Epifanio dice, que desde que Moisés recibió don de profecía, guardó castidad, y así la escritura no hace mencion que tuviese mas hijos que los ya citados.

Prosiguió Moisés su camino y salióle á recibir su hermano Aaron, y dióle ósculo de paz. Moisés trató con él lo que Dios lé habia dicho, y los dos hablaron á los ancianos de los hijos de Israel, haciendo Moisés en su presencia los prodigios que traía de comision. Diéronle los hebreos crédito, y adoraron á Dios porque se habia acordado de sus trabajos.

Moisés y Aaron fueron luego á pedir al rey de Egipto de parte del Señor, Dios de Israel, que dejase partir á su pueblo á ofrecerle sacrificio en el desierto. Era Moisés á esta sazón de ochenta años y Aaron de ochenta y tres, y por esto dijo San Juan Crisóstomo, que estuvo cuarenta años Moisés en tierra de Madian, pues de cuarenta era quando mató al egipcio y salió de la tierra. Respondió el rey Fa-

(*) No se rindió por esto Moisés, sino que en tono de súplica le significó, que él no era del caso para aquella misión. Los Padres generalmente entienden que Moisés pidió aquí al Señor, que enviara luego al Mesias, que en la Escritura se significa frecuentemente con el nombre de *enviado* ó de *embajador de Dios*. (P. Scio.)

(**) Por este enojo del Señor sienten algunos intérpretes, que faltó Moisés, aunque levemente, en mostrar tanta resistencia á las órdenes del Señor. Pero los Padres generalmente lo excusan, y ensalzan su prudencia y su humildad, y esplican este enojo del Señor diciendo que la Escritura habia aquí acomodándose á la condición de los hombres y á lo que comunmente sucede entre ellos. (P. Scio.)

raon: «¿Quién es el Señor, para que obedezca á su voz y deje ir á Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir á Israel.» Y enojado mandó á sus exactores que apremiasen á los hebreos en sus obras quitándoles la ayuda de costa, que les daba de paja, en que fundaban los ladrillos ó los cocian, y apremiándoles á que diesen igual número de ladrillos como lo solian hacer antes, cuando se les daba la paja. Sintieron mucho esta injusticia los trabajadores: fueron á quejarse al rey, los que entre ellos tenian autoridad. Respondióles Faraon que por estar ociosos daban trazas de hacer aquella ida al desierto, que era bien no lo estuviesen, sino que trabajasen. Oyendo los israelitas esta desabrida respuesta, y viendo que aquel primer paso solo habia servido para mas agrabar su yugo, quejábanse de Moisés diciendo, que habia dado espada á Faraon con que los matase. Moisés habló con Dios pidiéndole remediase este daño. Mandóle el Señor que volviese juntamente con su hermano al rey Faraon é hiciesen prodigios en su presencia para convencerle de que le hablaban de su parte, y ellos obedecieron.

Hizo Moises el primer prodigio de la vara de Aaron convertida en serpiente, dejándola de la mano en tierra, y aunque esto causó admiracion, y el rey tuvo en mas á los mensajeros por parte de quien venian: pero siendo llamados los magos, favorecidos estos del demonio, ellos tambien echaron cada uno sus varas que se convirtieron en serpientes; aunque la de Aaron se las tragó todas, y levantada por Aaron quedó vara como de primero, y el rey en su dureza de no querer dejar salir á Israel como le era pedido. Mandó Dios á Moisés que Aaron con su vara hiriese las aguas, é hiriéndolas fueron convertidas en sangre, y los peces que habia en el rio murieron. Los hechiceros hicieron en otra agua lo mismo; por lo cual no se movió Faraon á hacer lo que el Señor le mandó. Cavaron cerca del rio los egipcios, é hicieron fuentes de que bebieron. Mandó Dios á Moisés que tornase á Faraon con su demanda, y no obedeciendo, tocase Aaron con su vara otra vez las aguas, y toda la tierra quedaria llena de ranas. Y porque Faraon no obedeció al Señor, tocó Moisés las aguas, y cubrieron ranas toda la tierra de Egipto. Mas los hechiceros por sus encantamientos hicieron salir tambien ranas. Faraon llamó á Moisés y díjole que quitase aquella plaga de ranas, y daria licencia al pueblo para que fuese á sacrificar. Hizó Moisés lo que pidió el rey, el cual no cumplió su palabra. Mandó Dios á Moisés, que hiriese Aaron con la vara el polvo de la tierra: hicieronlo así, y salieron innumerables *ciniphes* ó mosquitos pungitivos. Los magos probaron á hacer lo mismo, y no pudieron, por lo cual confesaron, que era dedo de Dios aquella plaga.

Es de notar aqui que el demonio por darle Dios licencia, ayuda á

los hechiceros, aprovechándose de virtudes de yerbas y piedras, para tornar en sangre las aguas y para producir ranas, y no pudo sin embargo hacer mosquitos, que es cosa menor, para que entendamos, que faltando semejante licencia, ni poco ni mucho puede. También es digno de considerar, que para castigar Dios la soberbia de Faraon, se aprovechó no de ángeles ni de hombres valientes, sino de ranas y mosquitos.

No se movió tampoco el rey con esta tercera plaga. Mandó Dios venir multitud de moscas, tábanos y todo linaje de sabandijas semejantes á la tierra donde estaban los egipcios, con daño suyo notable; sin que los hubiese en tierra de Gessen donde estaban los hebreos. Y ni con esta cuarta plaga se enmendó, aunque daba licencia que sin salir de Egipto hiciesen el sacrificio á Dios como decian: mas Moisés no lo aceptó, sino que habian de ir donde Dios le mandase; y así vino la quinta plaga que fué pestilencia sobre los ganados y bestias de Egipto, sin que este daño alcanzase á los animales y ganados de los hebreos. No se enmendó Faraon con esta plaga; sucedió la sexta, y fué que mandó Dios á Moisés que levantase las manos llenas de ceniza de un horno y la esparciese hácia el cielo delante de Faraon, y luego sobrevinieron úlceras de tumores apostemados en hombres y animales egipcios; y dice Josefo que morian muchos de ellos como habian muerto antes de las picaduras de las moscas, aunque no bastó para que el rey dejase su dureza y obstinacion.

En todas estas plagas es de considerar la gran benignidad y paciencia de Dios, pues sabiendo que por pura malicia no se habia de enmendar Faraon, no dejó de amonestarle una y muchas veces, para que conste que á nadie falta Dios, y que no convertirse los malos, ni enmendar la vida, es por su maldad y libertad, que podrian aprovecharse de los grandes remedios que Dios les da y no quieren.

Envió Dios la séptima plaga, que fué granizo, truenos y centellas, y para que entendiase el rey (y lo mismo entienda de sí todo pecador obstinado) que auaque merecia ser castigado con todo rigor, Dios usaba y usa de misericordia en el castigo, avisóle un dia antes de la tempestad, para que no dejase en el campo algunos ganados que le habian dejado de la pestilencia pasada para que no los matase el granizo. En la tierra de Gessen donde moraban los hijos de Israel, no cayó granizo. Pareció enter necerse el rey con esta plaga, llamó á Moisés, confesó que habia pecado en resistir á la voluntad de Dios, diciéndole: «El Señor es justo; yo y mi pueblo somos unos impíos;» y pidióle que cesase la tormenta. Cesó, y quedó tan duro como de primero. La octava plaga fue de langostas, en tan espantosa muchedumbre, que cubrieron toda la faz de la tierra, talándolo todo; por manera que fué devorada toda la yerba, y todos los frutos de los árboles

que habia perdonado el granizo, y no quedó absolutamente cosa verde en todo el Egipto. Primero que esto sucediese por avisar Moisés al rey de ello delante de los magnates de su corte, ellos le rogaron que hiciese lo que por Moisés le era pedido, antes que el Egipto fuese destruido. El rey vino en que fuesen á hacer el sacrificio que decian, con que dejasen á sus hijos en su poder. Moisés respondió que todos sin escepcion habian de salir de Egipto. Y porque la plaga de las langostas vino, y fué grande el daño que hicieron, considerado por el rey, dió licencia que fuesen padres é hijos con tal que quedasen en su poder sus ganados.

Esto mismo hace el demonio, cuando ve que se escapa de su poder alguno á quien ha tenido cautivo; cuando no puede otro, dale lugar, mas procura que quede en su poder alguna cosa, como hijos ú ovejas, esto es, ocasiones con que la enmienda del pecado sea breve, y luego se torne á proseguir. Y era cierto que si los hebreos dejáran en Egipto lo que Faraon pedia, que se volvieran al cautiverio en que estaban, pues solo la memoria de las comidas de aquella tierra, y no de mucho precio, los puso en punto de hacerlo, y por esto perseveró Moisés en que nada habia de quedar en Egipto que fuese de los hebreos.

Habiendo cesado la plaga de la langosta, endurecióse otra vez el corazon del rey, y todavía no dejó partir á Israel. Entonces mandó Dios á Moisés que levantase las manos al cielo, y cubriese de tinieblas á Egipto, y fueron tan densas y oscuras, que en cuanto duraron, ninguno vió á otro, ni osaban moverse de donde estaban. Pero el sol resplandecia entre los hebreos. Faraon mandó llamar á Moisés y Aaaron, y les dijo que fuesen todos donde quisiesen, á escepcion de sus ganados que se quedarian en Egipto por rehenes de su vuelta. Moisés respondió que ni una pesuña habia de quedar de los ganados de los hebreos, y Faraon le mandó con pena de muerte que no osase comparecer otra vez en su presencia. Moisés aceptó la sentencia diciendo: «Así se hará como tú has dicho; no volveré yo á ver tu cara»

Habló Dios con Moisés, y mandóle que avisase á los hebreos, para que se apercibiesen y estuviesen á punto, porque aquella noche habian de salir de Egipto, y dijo: «Dirás pues á todo el pueblo que cada uno pida á su amigo, y cada mujer á su vecina alhajas de plata y oro; lo cual, añadió, ellos os las prestarán, porque yo les inclinaré á que lo hagan, y enviaré la última plaga que será matar á todos los primogénitos de Egipto, desde el hijo del rey hasta el de la esclava, y lo mismo en las bestias y jumentos que de las plagas pasadas quedaron libres.»

Dijo tambien Dios á Moisés: «Este mes, para vosotros principio de

meses, será el primero entre los meses del año (*). Tomad el día diez de este mes para cada familia un cordero macho y sin mancha y de un año: lo inmolareis el día catorce por la tarde, y con su sangre rociareis los dos postes y el dintel de vuestras puertas. Aquella noche comereis en una misma casa la carne del cordero asada al fuego, sin dejar ni sacar fuera nada de ella, y sin romper ninguno de sus huesos. Comeréislo con panes ázimos, ó sin levadura y con lechugas amargas, y esto lo hareis con los lomos ceñidos, con el calzado puesto y un báculo en la mano, como viajeros: porque es la pascua ó el paso del Señor. Porque yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto y heriré de muerte á todo primogénito de dicha tierra, desde el hombre hasta la bestia: y en todos los dioses de Egipto haré castigos (**), yo el Señor.» Los hijos de Israel cumplieron este mandato de Dios, y á media noche el ángel del Señor hirió de muerte á todos los primogénitos de Egipto de hombres y animales, salvándose únicamente las casas cuyas puertas estaban señaladas con la sangre del cordero. Levantáronse á media noche con precipitación y espanto Faraon y todos los egipcios, y por do quiera retumbaban los lugubres gemidos del dolor, pues no había casa en donde no hubiese un muerto.

Al momento mandó llamar el rey á Moisés y á Aaron para decirles que sin pérdida de tiempo hiciesen salir de Egipto á los Israelitas, los cuales partieron en número de seiscientos mil combatientes llevándose consigo los huesos de José en cumplimiento de la última voluntad de este santo patriarca. Para perpetuar el recuerdo de tan gran beneficio, mandó Moisés al pueblo israelítico, que todos los años celebrase en el mismo mes la memoria de su salida de Egipto, inmолando un cordero el día catorce por la tarde y comiendo panes ázimos ó sin levadura por espacio de siete días.

En la inmolación del cordero pascual intimada á los israelitas antes de su salida de Egipto, se descubre fácilmente una imágen del sacrificio de nuestro Salvador. Jesucristo es segun S. Pedro, el cordero sin mancha: S. Pablo dice que por fe celebró Moisés la pascua é hizo la aspersion de la sangre del cordero, á fin de que no tocase á los israelitas el ángel que sepultaba á los primogénitos en sombras de muerte. Jesucristo entró en Jerusalem el décimo día del mes primero,

(*) Los hebreos comenzaban el año civil en otoño, y el año sagrado, segun el cual arreglaban las fiestas, en la primavera en el mes que llaman 'Nisan ó Abib', que comienza y concluye con la luna de marzo.

(**) Se cree, que al mismo tiempo fueron derribados por tierra todos los ídolos de los egipcios, y S. Gerónimo añade que todos los templos fueron destruidos ó con terremotos ó con rayos y fuego del cielo; lo cual se confirma con un testimonio del libro de los Números que dice, hablando de esta salida, que se venció Dios de los ídolos de los egipcios.

en el cual debía ser preparado el cordero para la pascua, y fué inmolado el día catorce en la hora misma en que los hebreos inmolaban el cordero pascual. Su sangre ha sido derramada, pero no se le rompió hueso alguno, porque al ver que estaba muerto no le rompieron las piernas, á fin de que se cumpliera como dice S. Juan, esta palabra de la Escritura: «No rompereis ningun hueso suyo.»

Después de algunas jornadas llegaron los israelitas al desierto que está á la orilla del mar Rojo: guiábalos el ángel del Señor yendo delante de ellos en una columna de nube, de día para señalarles el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarlos. Pero Faraon arrepintiéndose bien pronto de haberlos dejado salir, puso en movimiento sus carros de guerra, reunió sus tropas, y se lanzó á perseguir á los israelitas, dándoles alcance cerca del mar Rojo. Veíanse los israelitas estrechados por todas partes: por delante cerrábalos el paso la mar, y en pos de ellos traía la muerte el ejército egipcio. Muy medrosos dijeron entónces á Moisés: «Quizá no habia sepulcros en Egipto y por esto nos has traído á que muriésemos en el desierto: ¿qué quisiste hacer con sacarnos de Egipto? Mucho mejor nos era servir á los egipcios que morir en el desierto.» Moisés, lleno de confianza en el Señor les dijo: «No temais, esperad con quietud, y vereis las maravillas que va á obrar el Señor en favor vuestro. El Señor peleará por vosotros, y vosotros callareis.» Dijo, y la columna de nube que estaba á la cabeza del pueblo, pasó á situarse entre su campamento y los reales egipcios. Esta nube era luminosa para aquellos, y para éstos sombría á manera de noche densa que les impedía proseguir la marcha.

Moisés en aquel acto habiendo estendido la mano sobre el mar, se abrió y se convirtió en seco su lecho, y el pueblo escogido lo pasó con planta enjuta viendo á derecha y á izquierda los altísimos montes que á semejanza de muros habia formado el agua. Los egipcios viendo abierto el camino por medio de la mar, se precipitan en él en persecucion de los hebreos; mas antes de rayar el alba, y llegado ya Israel á la orilla opuesta, rompe el Señor los carros de los egipcios y derrota su ejército. Sobrecogidos de espanto dicenselos unos á otros: «Huyamos de Israel porque el Señor pelea en favor suyo contra nosotros.» Y principian la retirada con pavorosa precipitacion. Manda Dios á Moisés estender la mano sobre el mar, y las aguas se juntan al instante, y caen al desplomarse sobre todas las huestes de Faraon: en vano lucha el egipcio contra el impetu del agua para ponerse en salvo; la mar enfurecida le arremolina, y Faraon y cuantos con él habian entrado, quedaron sumergidos, sin que ni un solo hombre se librase para llevar al Egipto la fatal noticia de tan terrible ruina. En vista de esta maravilla los hebreos alabaron al Se-

nor, y Moisés compuso un cántico en acción de gracias que cantó con los demás israelitas, el cual quedó por memoria de este suceso en la Iglesia católica. La historia eclesiástica dice, que duró siete días el ir de los hebreos. los varones por sí, y las mujeres por sí, á la lengua del agua, cantando el cántico compuesto de Moisés, porque todo este tiempo estuvieron en la ribera, muy alegres y contentos de verse libres del cautiverio en que habian estado.

— Pasados los siete días caminaron los israelitas, y llegaron al desierto de Sin; pero á poco de haberse internado en él faltaron las provisiones, y el hambre se enseñoreó de todos ellos; y principiaron las murmuraciones del pueblo contra Moisés y Aaron. «¿Por qué no nos quedamos en Egipto? decian. Allí teníamos abundancia de pan y de carne. ¿Por qué nos habeis traído á este desierto en que morimos de hambre?» Moisés recurrió á Dios, quien le hizo oír su palabra y le mandó decir al pueblo: «Yo os lloveré panes del cielo. Salga el pueblo por la mañana y recoja cada uno cuanto bastare para aquel dia; mas el dia sexto cojan doble de lo que solian coger, para que así puedan santificar el dia séptimo, es decir, el sábado.» Y como hablase Aaron al pueblo de orden de Moisés, diciendo: «Llegaos delante del Señor, porque ha oído vuestro murmullo;» he aquí que apareció la gloria del Señor en la nube, y dijo el Señor á Moisés: «He oído las murmuraciones de Israel, diles: Esta tarde comereis carnes, y por la mañana os hartareis de panes, y sabreis que yo soy el Señor vuestro Dios.» En efecto, llegó la tarde, y viniendo codornices, cubrieron el campamento; y por la mañana se halló la tierra cubierta de unos granos como de rocío congelado, ó como granos de trigo quitada la corteza: Moisés dijo entonces al pueblo: «Este es el pan que Dios os ha dado para comer: recoja de ello cada uno cuanto baste para su sustento.» Y con este manjar sustentó Dios á su pueblo por todo el tiempo que anduvieron por el desierto desde que salieron de Egipto hasta entrar en la tierra de promision, que fueron cuarenta años. Tan larga duracion en un prodigio que se renovaba todos los dias, aleja toda sospecha de impostura ó de ilusion. Se le dió el nombre de Maná, que quiere decir: *¿Qué es esto?* (*) Cogíanlo los israelitas todos los dias por la mañana, porque en calentando el sol la tierra se derretia, y el que se daba mas priesa á coger de ello no llevaba mas cantidad que el que cogia menos. Si lo guardaban de un dia para otro, hallábanlo lleno de gusanos. Los viernes cogian para aquel dia

(*) No se debe confundir este divino y milagroso maná, ni en su sabor ni en su virtud con el que cae en la Arabia en ciertas estaciones del año ni con el que se recoge de varios árboles en la misma Arabia y en otras muchas regiones. El maná ordinario no cae ni se coge, sino en ciertas estaciones del año: el del desierto caía y se recogía todos los dias, á excepcion de los sábados «(P. Scio.)»

y para el sábado, en el cual no caía. Molíanlo en un molino y machacábanlo con un mortero, y luego lo ponían á cocer, y entonces tomaba el gusto del pan de la harina mas pura amasado con aceite y con miel.

La Escritura, que al maná llama pan del cielo y alimento de los ángeles, claramente nos insinua que este pan milagroso encierra un gran misterio; el mismo Jesucristo nos lo descubre, enseñándonos que él en la Eucaristía es el pan figurado por el maná. Decíanle los judíos: «Nuestros padres han comido el maná en el desierto, segun está escrito: les ha dado á comer el pan del cielo.» Y él les respondía: «En verdad os digo que Moisés no os ha dado á comer el pan del cielo.» Con lo cual nos enseña que el maná no se llamaba en la Escritura pan del cielo sino en atención á lo que representaba, y añade: Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; quien de él comiere vivirá eternamente; mi carne es el pan que he de daros.» El cuerpo de nuestro Señor Jesucristo es pues el verdadero pan del cielo, y el maná no era mas que su figura.

Después de tan multiplicadas señales de la protección de Dios, parece que los israelitas no debían ya desconfiar de su providencia, sino recurrir á él confiadamente en todas sus necesidades, seguros de alcanzar pronto socorro; pero llegado que hubieron á un sitio en que no había agua, volvieron á sus murmuraciones contra Moisés, diciendo: «Danos agua para que bebamos; ¿porqué has hecho salir de Egipto, para matarnos de sed, y á nuestros hijos, y á las bestias?» Clamó Moisés al Señor, el cual le dijo: «Adelántate al pueblo tomando contigo algunos de los ancianos de Israel, llévalos á la montaña de Horeb, y herirás la peña con la vara con que heriste el rio, y brotará de ella agua en abundancia.» Hizolo así Moisés y brotó de la roca una fuente de agua cristalina, que satisfizo la sed de los hombres y de los animales. Y Moisés llamó aquel lugar *Tentación*, porque los hijos de Israel dudaron si el Señor estaba en medio de ellos (*).

Difundida la fama de los hebreos por los pueblos circunvecinos, alarmáronse éstos, temerosos de su engrandecimiento, y se dispusieron á hacerles guerra. Adelantáronse los amalecitas á acometerlos, que descendían de Esaú: Moisés envió contra ellos á Josué de la tribu de Efraim, que les presentó la batalla: trabado el combate, Moisés imploró el auxilio divino con sus oraciones: mientras para orar tenía las manos alzadas en forma de cruz, vencían los israelitas, mas si un poco las bajaba, inclinábase á Amalec la victoria. Observáronlo Aa-

(*) No se debe confundir esta tentación que sucedió el primer año de su salida de Egipto, con otra igual con que irritaron de nuevo al Señor el año cuarenta de su salida en el desierto de Seir.

ron y Hur su cuñado, y viendo que le faltaban ya las fuerzas para tener las manos levantadas, sostuviéronlas por una y otra parte, hasta que se puso el sol y Josué hubo enteramente derrotado al enemigo.

Escelente leccion es esta, dice el P. Scio (*not. al Exodo ver 11, cap. 18.*), para los que frecuentan la oracion. Dios muchas veces previene nuestros votos, y se adelanta á concedernos lo que deseamos, aun antes que abramos la boca para pedirselo: otras, se nos oculta para que se redoble en nosotros el deseo de poseerlo, y porque somos tales, que despreciamos frecuentemente lo que logramos con facilidad, y no estimamos sino lo que conseguimos á costa de sudores. Es difícil que nuestro espíritu conserve largo tiempo la atencion que pide la oracion; y por esto necesita de apoyos que la sostengan, como Hur y Aaron sostuvieron las manos de Moisés. El deseo de vencer, el temor de ser vencido, la esperanza de una nueva gracia, el reconocimiento de otra ya recibida, son los apoyos que la sostienen é impiden de caer en desfallecimiento. Venzamos tambien, dice San Agustin. (*Lib. 4. de Trinit. c. 15*), por medio de la cruz del Señor, que era figurada en los brazos tendidos de Moisés, á Amalec, esto es, al diablo, que enfurecido sale al camino, y se nos opone negándonos el paso para la tierra de promision. Y en el *lib. de las 50 Homilias, Homil. 27, etc.* si se cansan tus manos de bien obrar, llevará la ventaja Amalec, esto és, el demonio.

Habiéndoselo Dios ordenado, erigió Moisés un altar despues de la victoria, ofreció en él sacrificios en accion de gracias, y dió á este altar un nombre que significa: *El Señor es mi glorioso estandarte*; á fin de que este nombre recordase á los israelitas que á Dios solo debian la victoria alcanzada de sus enemigos.

Despues de esta victoria llegó á oídos de Jetró, sacerdote de Madian y suegro de Moisés, como éste habia sacado á su pueblo del cautiverio de Egipto, y que venia capitaneándole. Fué á verle, llevándole á Séfora su muger con sus dos hijos, recibiendo Moisés á todos con mucho contento. Y porqué Jetró vió que todo el dia se le iba á Moisés en averiguar pleitos y diferencias de los hebreos, aconsejóle que eligiese algunos varones prudentes de quien se fiasse, los cuales le ayudasen en este ministerio, y que solo acudiesen á él en los casos mas dificultosos, y asi lo hizo Moisés, lo cual le fué de grande alivio en el cargo que tenia. Con esto le dejó Jetró con su muger é hijos, y él se volvió á su tierra.

Las verdades que Dios enseñó á Adan, y cuyo conocimiento habia pasado por tradicion de padres á hijos, principiaron á alterarse, y de temer era que bien pronto se borrasen de la memoria de los hombres; y así para conservarlas resolvió el Altísimo darlas por escrito, mandando á Moisés, que dijese de su parte á los hijos de Israel: «Habeis

visto el modo con que os he sacado de Egipto, y como os he escogido por mi pueblo? Si oyereis pues mi voz y guardáreis mi pacto, seréis para mi un pueblo amado y seréis una nacion santa.» El Señor añadió: «Haz que todos se purifiquen entre hoy y mañana, y que estén preparados para el tercer dia, en el cual bajaré á vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí. Señalarás límites al pueblo al rededor, y prohibirás traspasarlos.»

Al amanecer del dia tercero principian á oirse truenos y á relucir relámpagos: cubre una densa nube la montaña, resuena una bocina con espantoso estruendo, y atemorizase el pueblo que está en el campamento; y en medio del fuego habla el Señor y publica los diez mandamientos de su ley, á los que se ha dado el nombre de *Decálogo*, y de los cuales los tres primeros enseñan los deberes del hombre para con Dios, y los otros siete sus obligaciones para con el prójimo, encerrándose en ellos los principios de la ley natural. Acaba de hablar el Señor y retumba de nuevo el estampido de los truenos y el son de las trompetas (*) Veía todo el pueblo los relámpagos y el sonido de la bocina y el monte humeando, y en medio de su pavor dijo á Moisés: «Háblanos tú, y oirémos; no nos hable el Señor, no sea que muramós.» Y respondió Moisés al pueblo: «No temais, porque Dios ha venido á hacer prueba de vosotros, y para que su terror esté en vosotros, y no pequeis.»

Mientras el pueblo aterrado permanecía muy lejos del monte, acercóse Moisés al lugar en que Dios estaba. Le dió el Señor varias leyes para los hijos de Israel, y añadió: «Yo enviaré mi ángel para que vaya delante de vosotros, y os guarde en el camino, y os introduzca en el país que os tengo preparado. Pondré en vuestras manos á los cananeos, y haré que á vuestra presencia vuelvan la espalda todos vuestros enemigos.» Refirió Moisés al pueblo las palabras y órdenes del Señor, y todo el pueblo respondió á una voz: «Haremos todo cuanto ha hablado el Señor.» Entonces escribió Moisés todas las palabras del Señor, y levantándose muy de mañana, edificó un altar al pié del monte, de doce piedras, que representaban las doce tribus; y como era costumbre sellar los tratados con sangre de víctimas, ofrecieron holocaustos y sacrificaron becerros, víctimas pacíficas al Señor, de cuya sangre tomó la mitad y la echó en tazones, y la parte restante la derramó sobre el altar. Y tomando luego el libro en que estaba escrita la alianza, leyó oyéndolo el pueblo, que respondió: «To-

(*) Los diez preceptos ó sea el Decálogo, no lo recibió el pueblo inmediatamente de Moisés, sino de Dios por ministerio de un ángel que representaba su persona, para significar que la ley de la naturaleza, que se comprende en el Decálogo, fué impresa por Dios en el corazón de los hombres. (P. Scio.)

do lo que ha hablado el Señor haremos, y seremos obedientes.» Moisés hizo entonces con la sangre una aspersion sobre el pueblo, diciendo: «Esta es la sangre de la alianza que ha concertado el Señor con vosotros.»

Con esta augusta ceremonia confirmaba Moisés en calidad de mediador la alianza que el Señor contrajo en aquel día con los hijos de Israel, aceptaba sus compromisos, y recibía sus protestas de obediencia. Esta ceremonia empero no fué sino figura de la que despues de quince siglos confirmaría la nueva alianza del Señor con todos los hombres; alianza cuyo mediador debía ser Jesucristo, quien con su propia sangre la establecería no precisamente con la familia de Jacob, sino con todo el linaje humano, que sacó, no de la opresion de Egipto, sino de la tiranía de la muerte, del pecado y del demonio.

Subió Moisés en seguida al monte, al cual cubrió luego una nube; y la gloria del Señor se manifestó en la cima del Sinai, cubriéndola con la nube por seis dias; y al séptimo llamó Dios á Moisés de en medio de la nube oscura. Habiendo entrado Moisés en medio de aquella niebla, subió á la cima del monte en donde estuvo cuarenta dias y cuarenta noches sin comer ni beber: en tanto Dios le daba sus órdenes para la construccion de un tabernáculo y de cuanto debía acompañarle; le señaló las medidas y le hizo ver el modelo: le prescribió asimismo la forma del vestido de los sacrificadores, las ceremonias de su consagracion y cuanto pertenecía al culto divino: dióle por último las dos tablas del testimonio, ó del Decálogo, que eran de piedra, escritas con su dedo (*).

Viendo el pueblo que su caudillo Moisés tardaba en bajar del monte, levantándose contra Aaron, le dijo: «Ea, haznos dioses que nos guien, ya que no sabemos que se ha hecho de Moisés, de ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto.» Aaron tuvo la flaqueza de ceder á sus sediciosas instancias, y de fabricarles un becerro de oro. Entonces el Señor dijo á Moisés: «Baja del monte, porque el pueblo acaba de desviarse del camino que le enseñasté: se ha formado un becerro de oro, y adorádole como si fuese su Dios.» Moisés rogaba al Señor á que perdonase á aquel pueblo á quien con tantos milagros habia libertado. El Señor se dejó aplacar; pero era necesario un ejemplar de severidad y de justicia. Baja Moisés del monte, llevando en su mano las dos tablas de la ley, llega cerca del campamento, ve el becerro de oro y al pueblo bailando en derredor de él, y arrebatado

(*) Por un ángel de orden de Dios, ó por el Espíritu Santo, que es llamado el dedo de Dios.

de santa indignacion arroja las tablas de la ley y las rompe al pié del monte, y acometiendo al becerro lo arroja al fuego y lo reduce despues á polvo, que esparce en agua, y lo hace beber al pueblo para que ni vestigio quede de tan horrenda abominacion. Mas no se contentó con esto Moisés, antes juntándosele muchos de la tribu de Levi, cuya mayor parte ó no consintieron en la idolatria, ó si consintieron, conforme sienten algunos, arrepentidos sinceramente de su pecado se pusieron los primeros al lado de Moisés; mandóles que fuesen por medio del campamento y diesen la muerte á todos los que se les pusiesen delante, no perdonando á persona alguna: castigo justo si se atiende que muchísimos de los israelitas estaban pertinaces en corrillos fuera de las tiendas tratando de vengarse de Moisés y llevar adelante su idolatria, y así fueron estos muertos, sin que se tocase en los que ya estaban en pena de lo que habian hecho y lloraban su pecado. De suerte que de los obstinados y rebeldes fueron muertos como veinte y tres mil hombres.

Volvió Moisés al monte y rogó á Dios perdonase al pueblo por aquel pecado, ó que le borrara á él del libro de la vida (*). Respondióle el Señor: «Al que pecare contra mí, á ese borraré yo de mi libro.» Mandóle Dios hacer otras dos tablas semejantes á las que habia quebrado, y éstas son las que Moisés llevó al pueblo, y se conservaron dentro del arca.

Mandó Dios en su ley que en todos los sacrificios le ofreciesen sal: por la sal se entiende la prudencia, denotando que no hay cosa, por buena que sea, que dé sabor si no va hecha con prudencia. Mandó que se le sacrificasen diversos animales, escepto el asno, por el cual se significa la necedad, y los necios no son buenos para nada. Tambien vedó que le ofreciesen caballo, leon, raposa, puerco, perro, miel y gallina, porque ni los soberbios, ni los traidores de dos rostros, ni los lujuriosos, ni los iracundos, ni los regalados, ni los lisongeros, significados por los animales dichos, son dignos de ser presentados ante su divina Majestad. Mandó que no le ofreciesen peces, porque sacándolos del agua se mueren, y no podrian ser llevados vivos al templo, en el cual quiso Dios que fuesen muertos los animales que le habian de sacrificar, y no antes: porque en todos los sacrificios se significaba que el hijo de Dios habia de ser muerto para nuestro remedio. De los animales de cuatro pies mandó, que no le ofreciesen sino ovejas y bueyes, y lo que es de su género; y de las aves, tórtola, paloma y pája-

(*) Como si dijera á Dios: ó perdonadles este pecado, ó borraradme á mí del número de aquellos á quienes honrais con vuestra amistad. Yo bien sé que no queiréis borrarame de este número; y así espero que no me negareis el perdon que os pido para el pueblo. (*P. Scio.*)

ro, por muchas razones: una porque estos animales se mantienen de manjar limpio, lo que no hace el puerco y la gallina, y significan la pureza del alma, que quiere Dios que le ofrezcamos. La segunda porque de estos animales habia mas copia, y no costaban mucho. La tercera porque los gentiles honraban por Dios al cabron, en cuya figura se les parecia el demonio, y por eso dice la Escritura, que no se habian de ofrecer á Dios las abominaciones de los egipcios. Sobre lo cual dice la Glosa, becerro ofrece á Dios el que doma la soberbia de su carne: cordero el que vence los apetitos de la sensualidad: cabrito el que huye la lascivia: tórtola el que guarda la castidad: paloma el que tiene fecundidad, y abundancia de buenas obras y simplicidad en el alma.

Cuando Moisés descendió del monte resplandeciale el rostro, sin saberlo él, y salianle de él unos rayos en alto muy resplandecientes con dos puntas á manera de potencias ó rayos de luz sobre la cabeza, de modo que Aaron y los hijos de Israel no se atrevian á acercársele, hasta el punto de tener que cubrirse él con un velo siempre que hablaba al pueblo; en lo que se nos da á entender, que los que conversan con Dios y se dan á la oracion quedan en el entendimiento iluminados, y en la voluntad inflamados, para hacer lo que saben será agradable á Dios con mas amor y devocion, y con esto salen esforzados á pelear y defenderse de los enemigos.

Iba Dios entreteniendó á los israelitas en el desierto algunos años que fueron por todos cuarenta, como se ha dicho, en los cuales dice la Escritura, que no se les rompió vestido ni calzado. Entre tanto Moisés, despues de haber reconciliado á su pueblo con Dios, puso su primer cuidado en recopilar todas las leyes y disposiciones que habian sido el asunto de sus conversaciones con el Señor, á fin de que el pueblo las tuviese continuamente presentes; y á esta recopilacion se la llamó *libro de la ley*. Luego mandó egecutar las órdenes que habia recibido acerca de la construccion del tabernáculo y de todo lo perteneciente al culto divino. é impuso á Israel una multitud de preceptos y prácticas, que ahora parecerian supérfluas, pero que eran entonces necesarias para separar al pueblo escogido de los demas pueblos, y servian como de barrera opuesta á la idolatría que reinaba en las naciones vecinas. Para mantener el culto escogió en las doce tribus una de ellas, la de Leví, á la cual encargó el Allísimo el cuidado de las cosas sagradas, cediendo en su favor los diezmos y oblaciones. En la misma tribu de Leví escogió á Aaron para sumo pontífice, y el sacerdocio fue declarado hereditario en su familia. Erigido ya el tabernáculo, templo portátil, consagróle Moisés con óleo santo, y del mismo modo consagró cuanto habia de servir para el culto divino, el arca, el candelero, la mesa de oro, los dos altares y el baño. Fué entonces

cuando una nube cubrió el tabernáculo, y la majestad del Altísimo le llenó visiblemente. A estas santas instituciones juntó ceremonias majestuosas, fiestas que renovaban la memoria de los milagros con que había el pueblo de Israel sido libertado, y lo que ningún otro legislador había osado hacer, seguridades precisas de un buen suceso en todo, mientras viviesen sujetos á la ley; y amenazas ciertas de que su desobediencia sería seguida de una inevitable venganza; y el suceso ha justificado muy bien que habló Moisés lo que dictaba Dios.

Pero si los altares tuvieron sus ministros despues de haber declarado Moises que Dios habia escogido á Aaron y á sus hijos para ejercer las funciones del sacerdocio, la ley tuvo tambien sus defensores particulares, señalando setenta varones ancianos para que fuesen los maestros del pueblo, y como gobernadores, á los cuales habiéndolos juntado Moisés á la puerta del tabernáculo, habló Dios y les dió el espíritu que habia dado á Moisés, y ellos profetizaron. Dos de los ancianos se habian quedado en el campamento, de los cuales uno se llamaba Eldad, y el otro Medar: y tambien posó sobre ellos el Espíritu, aunque no habian ido al tabernáculo. Y como profetizasen en el campamento, al punto Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés dijo: «Señor mio Moisés, no permitas que profeticen.» Pero él respondió: «¿A qué fin tienes zelos por amor de mí? Fuese Dios servido que todo el pueblo profetizase y á todos diese el Señor su espíritu, así muchos darian á conocer su grandeza, y de todos sería servido como merece.» respuesta digna de un ministro del Señor que solamente busca la gloria de aquel á quien sirve. Y volvióse Moisés al campamento con todos los ancianos de Israel.

Segun se ha visto, no era el pueblo de Israel mas inteligente ni mas sutil que los otros pueblos, dice Bossuet, al contrario era tosco y rebelde tanto ó mas que cualquier otro; así es que en diferentes ocasiones hizo Dios algunos ejemplares de severidad en los violadores de la ley, para grabar en los corazones el temor de su justicia y el respeto á sus mandamientos.

Estaba mandado que continuamente hubiese fuego encendido en el altar de los holocaustos, siendo incumbencia de los sacerdotes el conservarlo, poniendo leña en él tarde y mañana. De este fuego se cogia para los incensarios, en los cuales se quemaban perfumes en el altar de oro. Nadab y Abiú, hijos mayores de Aaron, pusieron en él un fuego extraño y profano, contraviniendo á la prohibicion de Dios, el cual en castigo de este crimen les envió un fuego oculto que los devoró por dentro sin tocar por fuera á sus cuerpos ni á sus vestidos, y murieron ellos delante del Señor. «He aquí, dijo Moisés á Aaron, el cumplimiento de esta palabra del Señor: Seré santificado en los que se me acercan y glorificado ante todo el pueblo.» Aaron

calló. Se sacaron fuera del campamento los cuerpos de Nadab y Abiú: Moisés prohibió á Aaron que llorase á sus hijos, mandándole no hacer demostracion alguna de duelo, porque el motivo de su afliccion debia ser, no lo que habia perdido, sino la desobediencia que habia irritado al Señor, llamando sobre si el rayo de su venganza.

Algun tiempo despues de la muerte de Nadab y Abiú, en una riña que con otro tuvo, blasfemó un israelita el santo nombre de Dios. Moisés le puso preso en tanto que consultaba al Señor, quien respondió: «Sacad fuera del campamento á ese blasfemo: cuantos hayan oido sus blasfemias pónganse las manos en la cabeza para atestiguar que es cierto el delito de que se le acrimina, y sea apedreado por todo el pueblo. Así será castigado todo el que blasfeme el nombre del Señor.»

El tercer ejemplo de severidad cayó en un profanador del sábado. Fué cogido un hombre que con menosprecio de la ley, que prohibia en aquel dia ocuparse en ninguna obra servil, hacia leña: presentáronle á Moisés y Aaron, los cuales le hicieron aprisionar, no sabiendo como castigar este delito: consultaron pues al Señor, que mandó, que el reo fuese apedreado por todo el pueblo fuera del campamento.

No debe maravillarnos el rigor de este castigo: la ley que mandaba observar el sábado pertenecia al dogma fundamental de la religion judaica. Violar esta ley era una especie de apostasia y preciso era imponer á aquel pueblo grosero y rebelde con ejemplares de severa justicia para que no se apartase de la segura y saludable senda del deber.

Tambien María hermana de Moisés, murmuró de él, favoreciéndola Aaron su hermano; levantóse la murmuracion á causa de la Etiopisa, mujer de Moisés. S. Agustin dice era esta Séfora madianita, y que los madianitas se llamaron antiguamente etiofes. Nicolao de Lira explica que las dos cuñadas tuvieron diferencias entre sí, como de ordinario sucede entre mujeres, y que Moisés favoreció á Séfora, y Aaron favoreció á María; y así estos dos murmuraron diciendo que tambien Dios les habia hablado á ellos, y de consiguiente no se habian de tener en menos que Moisés. Por esta murmuracion castigó Dios á María cubriéndola de lepra. No castigó con lo mismo á Aaron, ó porque no tuvo tanta culpa como su hermana, ó como dice S. Juan Crisóstomo, porque era sumo sacerdote, y los sacerdotes no deben ser castigados públicamente, á lo menos si los delitos no son atroces. Viendo Aaron á su hermana leprosa, con mucha humildad rogó á Moisés los perdonase y rogase á Dios por ella, lo cual hizo Moisés, y por su oracion fué sana, aunque estuvo siete dias apartada del campamento.

De este castigo hecho en María porque murmuró de su herma-

no, deben tomar ejemplo los súbditos, á no murmurar, ni poner en lengua á los superiores, si no quieren ser castigados con divina mano.

Habiendo llegado los israelitas cerca de las fronteras de la tierra de Canaan, mandó Dios á Moisés que enviase exploradores á la tierra de promision para que diesen cuenta al pueblo de su fertilidad. Escogió Moisés para la comision doce varones principales uno de cada tribu, á los cuales mandó recorrer todo el pais de Canaan y traer algunos frutos: tardaron los exploradores cuarenta dias en dar la vuelta á aquella comarca y trageron de ella granadas, higos de un tamaño extraordinario y un vástago de cepa tan cargado de uvas, que era preciso que entre dos le llevasen á un varal. Todo el pueblo se reunió para oír la relacion de los exploradores, y ellos le mostraron los frutos de la tierra prometida. «Hermoso sobremanera es el pais que hemos recorrido» decian: tierra en que realmente corren arroyos de miel y leche; pero las ciudades están defendidas con altos muros, y sus habitantes son de estatura gigantesca: al lado de ellos parecemos nosotros langostas: imposible es que venzamos á pueblos tan formidables.» Y aunque Caleb y Josué que eran tambien de los exploradores, animaban al pueblo, facilitando el negocio, los otros empero que les habian acompañado, decian: «De ningun modo podemos contrastar á este pueblo, siendo como es mas fuerte que nosotros.» Oido esto todo el pueblo alzó el grito y grande fué el tumulto que levanto, diciendo: «Ojalá hubiéramos muerto en Egipto; y haga el cielo que perezcamos en esta soledad, no nos introduzca en esta tierra, donde muramos al filo de la espada, y sean llevadas cautivas nuestras mugeres é hijos. ¿Pues no será mejor volver á Egipto? Nombremos un caudillo y volvámonos á Egipto.» En vano se unieron á Moisés y Aaron los enviados Caleb y Josué, esforzándose en reanimar el valor del pueblo diciendo: «No os rebeléis contra el Señor, y no temais á los habitadores de esa tierra, pues podemos devorarlos con la facilidad con que el hambriento devora un pedazo de pan: se hallan destituidos de toda defensa: el Señor está con nosotros: nada tenemos que temer.» No quiso escucharlos el pueblo, y ya se preparaba á apedrearlos, cuando la gloria del Señor se manifestó á todos los hijos de Israel sobre el tabernáculo y dijo el Señor á Moisés: «¿Hasta cuando ha de blasfemar de mi ese pueblo? ¿Hasta cuando permanecerá incrédulo á vista de los grandes milagros que he obrado en su favor?... Por mí mismo lo juro: escepto Josué y Caleb, que me han sido fieles, no verá la tierra prometida á sus padres ninguno de esa muchedumbre de testigos de mis maravillas: todos parecerán en el desierto. Empero sus hijos, léjos de ser como ellos dicen, presa de los enemigos, entrarán en ella en su lugar, despues que la muerte haya talado las vidas de sus padres.» Habiendo refe-

ruido Moisés todas estas palabras á los hijos de Israel, el pueblo prorumpió en un amargo llanto: mas lo que dijo Dios se cumplió.

No se enmendaban empero los israelitas con estos castigos que Dios hacia con ellos, pues he aquí que Coré, Dathant y Abiron se amolinan contra Moisés con otros doscientos cincuenta hombres de los hijos de Israel y de los mas ilustres de la sinagoga, y presentándose delante de Moisés y Aaron les intiman, al primero, que deje el cargo de caudillo y capitan que le habia dado Dios, y el sacerdocio al segundo. Por lo cual estando en sus tiendas con sus mujeres é hijos á vista de todo el pueblo, vivos se los tragó la tierra, y junto con esto bajó fuego del cielo, que abrasó á los ciento y cincuenta que se habian hecho de su bando. Y porque se quejaban de Moisés otros, diciendo que él habia muerto á aquella gente, y quisieron poner en él las manos, él se fué al tabernáculo, y Dios envió fuego que abrasó catorce mil y setecientas personas, sin contar los que murieron en la sedicion de Coré.

Llegaron los israelitas á una tierra llamada Cades en el desierto de Sin, donde murió Maria hermana de Moisés, y fué enterrada en aquel mismo lugar. Faltó agua al pueblo, y en vez de recurrir al Señor, murmuraron como tenian de costumbre de Moisés y Aaron, porque les habia sacado de Egipto á morir de sed en el desierto. Entraron ambos al tabernáculo, y pidieron á Dios con grande instancia que remediase esta necesidad. Contestó Dios á Moisés: «Toma tu vara y reune al pueblo, y tu y Aaron tu hermano hablad á la peña en presencia de toda la gente, y saldrá de ella agua para saciar su sed.» Hizolo así Moisés, hirió la peña con la vara, y porque no salió luego el agua desconfió, y puso duda en lo que Dios le habia dicho, aunque hiriéndola segunda vez, salio agua en abundancia. Llamóse esta agua de *contradiccion*, porque los hijos de Israel habian murmurado en este lugar contra el Señor, quien dijo á Moisés: «Ya que no me habeis creido para santificarme delante de los hijos de Israel, no introduciré á estos pueblos en la tierra que les daré.» No puede dudarse que Moisés y Aaron faltaron en esta ocasion contra el Señor, quien se ofende en gran manera de que se desconfie de su bondad, especialmente cuando se han recibido particulares beneficios.

Acercábase el tiempo en que Dios queria poner á los Israelitas en posesion de la tierra prometida. Siendo el mas corto camino para llegar á ella el atravesar la Idumea, cuyos habitantes descendian de Esaú, envió Moisés embajadores al rey de Idumea para pedirle paso por su territorio con promesa de no cometer el menor desórden y de pagar religiosamente cuanto allí tomasen; mas este rey lejos de acceder á su peticion, marchó contra ellos con numeroso ejército. Viéronse pues en la precision de tomar la vuelta de la Idumea hácia el me-

diódia (*) y llegaron al monte Hor, donde el Señor dijo á Moisés: «Vaya Aaron á incorporarse con sus padres, porque no ha de entrar en la tierra que di á los hijos de Israel, por haber sido incrédulo á mis palabras allá en las aguas de contradicción. Toma contigo á Aaron y á su hijo con él, y los conducirás al monte Hor; y despues de desnudar al padre de sus vestiduras, se las revestirás á su hijo Eleázaro. Aaron morirá en aquel sitio y se reunirá á sus padres.» Moisés hizo lo que el Señor mandó, subiendo los tres al monte de Hor en presencia de todo el pueblo, despojando á Aaron de sus vestidos pontificales y revistiendo con ellos á su hijo Eleázaro. Murió Aaron y todo el pueblo de Israel le lloró por espacio de treinta dias.

Habiendo oido el rey cananeo de Arad que habitaba al mediodia que los israelitas iban por el mismo camino de los exploradores, les salió al encuentro con sus huestes, peleó contra ellos, y quedó vencedor tomándoles algunos prisioneros. Mas en vista de esto, como los hijos de Israel se obligasen con voto á destruir y arrasar las ciudades de aquel rey cananeo si el Señor se las entregaba, otorgóles el Señor sus súplicas, y los hebreos pasaron á cuchillo al cananeo, destruyendo sus ciudades: por lo cual dió á aquel lugar el nombre de *Horma*, esto es, anatema ó desolacion total.

Aburrido el pueblo con las fatigas y cansancio del viaje, volvieron á sus murmuraciones contra Moisés porque los traia por el desierto necesitados de pan y agua, y con solo el maná que les probaba, decian, á náusea. Dios para castigarlos envió una multitud de serpientes que daban la muerte á los israelitas con sus mordeduras ardientes como fuego. En tal conflicto acudieron á Moisés, y le dijeron: «Hemos pecado hablando mal contra el Señor y contra tí: ruégale que nos libre de estas serpientes.» Moisés rogó por ellos, y el Señor le dijo: «Haz una serpiente de bronce y ponla en la punta de una pica ó varal, y sanará de sus heridas cualquiera que la mire.» Hizo Moisés lo que Dios le habia mandado, y desaparecia el veneno al momento que los heridos volvian sus ojos moribundos á la serpiente de bronce fija en aquel leno de salud.

Esta serpiente de bronce sin ponzoña puesta en el varal, figuró á Jesucristo, puesto en una cruz, á quien mirando los heridos de las serpientes de los pecados, pidiéndole perdon de ellos, sanaban. «Porque el que á ella se volvia, dice el autor del libro de la Sabiduria, no quedaba sano por aquello que veia, sino por tí, Salvador de todos.»

(*) En el Deuteronomio, c. 12, v. 29, se dice que los idumeos dieron paso libre por sus tierras á los israelitas para entrar por ellas en las tierras de Canaan, lo cual se debe entender de los idumeos occidentales que confinaban con los moabitas; porque estos de quien aquí se dice que se negaron á ello, son los orientales que estaban bastante inmediatos á Cades.

¿Quién no ve en esta admirable figura á Jesucristo pendiente de la cruz? Dios que sabia que su Hijo curaria algun dia desde la cruz nuestras llagas espirituales, queria preparar á los hombres á la fé de este gran misterio; y Jesucristo mismo se hace la aplicacion de la expresada imágen diciendo: «Como Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea elevado, para que todos los que creen en él no perezcan, sino que tengan vida eterna.»

Rigurosos parecian los castigos que Dios hacia en los hebreos, y todo era necesario para quebrantar su dureza y pertinacia, pues no solo no habia enmienda en ellos, antes con nuevos pecados provocaban á Dios para que de nuevo los castigase. Así fué que temiendo el rey de Madian y Moab llamado Balac, que le habian de quitar el reino los israelitas, llegando ya cerca de sus fronteras, primero quiso librarse de este daño, llamando al falso profeta Balaan para que maldijese al pueblo de Israél. Aconteció que cuando Balaan iba montado en una borrica á ejecutar su comision, se atravesó en el camino el ángel del Señor, con espada en mano, y la espantó de tal modo que se echó en el suelo debajo del que la montaba, el cual enfurecido, la apaleaba cruelmente para que se levantase. Dispuso entonces el Señor que la pollina hablase y dijese á Balaan: «¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué me pegas?» Esta maravilla y la vista del ángel, que de repente se le manifestó, le hicieron desistir de su proyecto contra los hebreos: pidió humildemente que se le perdonase su culpa y prometió volverse á su domicilio. Mas el ángel le respondió, que era la voluntad de Dios que acabase su viaje, porque queria aprovecharse de esta ocasión para mostrar euan limitado era el poder de los hombres contra su pueblo escogido; y así en lugar de las maldiciones que habian sido el motivo del viaje de Balaan, pronunció las bendiciones que le dió el Señor, celebrando la grandeza del pueblo hebreo, profetizando sus victorias, y que de él en los tiempos venideros, cuando se viese en el cielo una estrella nueva, naceria un rey á quien habian de reconocer por su soberano todos los pueblos de la tierra, conforme se verificó en la estrella que guió á los reyes Magos. Visto por Balac el mal éxito de este paso, aprovechóse de un mal consejo dado por el mismo Balaam. Habiendo entendido este mal profeta que si los israelitas estaban en gracia de Dios, nadie bastaria á resistirles; pero que en su desgracia cualquiera los venceria; para ponerlos mal con Dios aconsejó al rey, y púsolo él por obra, de juntar de todo su reino el mayor número de doncellas hermosas que pudiese, las cuales bien aderezadas y con instrumentos músicos, haciendo danzas y bailes, fuesen á presentarse delante del campamento de los hijos de Israél; y que si fuesen de ellos codiciadas y se ofreciesen de casar

con ellas, consintiesen con tal que adorasen á Beelphegor, el idolo que los de Moab adoraban. Muchos de los hebreos cayeron en el lazo y vinieron á idolatrar. Y fué caso notable que cuando uno de los hijos de Israel entró, á vista de sus hermanos, en la tienda de una ramera madianita, estándole mirando Moisés, y todos los hijos de Israel, un nieto de Aaron, llamado Finees, con zelo grande por la honra de Dios, visto el mal ejemplo que aquél daba, tomó una lanza, entró en pos del israelita en el lugar donde los dos estaban, y atravesó á entrambos juntamente, enviando dos almas al infierno. Este hecho fué estimado de Dios en mucho, y fué parte para mitigar su enojo, atendido á que Moisés hizo justicia de los que habian idolatrado; ahorcando á los principales y matando á los de menor nombre, que fueron entre todos en número de veinte y cuatro mil personas. Despues de esto, tambien por mandato de Dios, envió Moisés gente de guerra á las órdenes de Finees contra los de Madian, y por el escándalo que habian hecho en el pueblo con sus doncellas, venciólos, pasando á cuchillo todos los varones, entre los cuales fué muerto el mal profeta Balaam, y se apoderaron de sus mujeres y niños y de todos los ganados, quienes quiso Moisés que tambien muriesen, á escepcion de las doncellas, y niñas. Ciudades, aldeas y castillos, todo lo devoró el fuego.

Algunos meses despues de la muerte de Aaron hizo Moisés por orden de Dios la enumeracion del pueblo. Caleb y Josué eran los únicos que quedaban de cuantos salieron de Egipto, cumplidos los veinte años de edad; porque el Señor habia dicho que morirían todos en el desierto. Dios dijo en seguida á Moisés: «Sube al monte Nebo y considera desde la cumbre el pais que daré á los hijos de Israel, y luego morirás como tu hermano Aaron, porque ambos me ofendisteis y no me glorificásteis ante el pueblo» En vano suplicó Moisés al Señor que le permitiese pasar el Jordan: el Señor no le escuchó: «Basta, le dijo, no me hables mas: sube al monte y tiende la vista por todas partes, porque no has de pasar el Jordan.»

Fué Moisés, dice Bossuet, ejemplo de los severos zelos de Dios, y del juicio que ejerce con tan terrible exactitud en los que se hallan obligados de sus dones á una mas perfecta fidelidad. Pero un mas alto misterio se nos muestra en la exclusion de Moisés: este sabio legislador que con tantas maravillas no hace sino conducir los hijos de Dios á la vecindad de su tierra, nos sirve él mismo de prueba que *su ley nada lleva á la perfeccion* y que sin poder darnos el cumplimiento de sus promesas, nos las hace *saludar desde léjos*, ó cuando mas nos conduce á la puerta de su heredad. Un Josué, un Jesus, (pues este era el verdadero nombre de Josué) es quien debe introducir el pueblo escogido en la Tierra Santa. Así Josué, por su nombre y por su empleo, representaba al Salvador del mundo.

Antes de subir Moisés al monte en que debía morir, reunió á todos los hijos de Israel y les habló por última vez: dijoles lo contenido en el libro llamado Deuteronomio, en que está reasumido lo que Dios hizo por su pueblo y los preceptos de su ley; los exhortó á temer á Dios, á amarle, y á guardarle una fidelidad inviolable; prometiéndoles toda especie de bienes si le servían, y les anunció las mas espantosas desgracias si le abandonaban. Compuso en seguida por orden del Señor el admirable cántico que comienza: *O cielos, escuchad mi voz: dé la tierra oídos á las palabras de mi boca.* (Deut. 32 1.)

Después de haber bendecido Moisés las tribus de Israel subió á la cumbre del monte: notable fué el sentimiento y llanto de todos los hebreos, así grandes como pequeños: todos se conmovieron á seguirle, mas él con la mano hizo señal que se quedasen. El Señor desde la cumbre le hizo ver la tierra de Canaan y le dijo: «He aquí el país que he prometido á Abraham, á Isaac y á Jacob; lo has visto pero no entrarás en él.» Murió, pues, Moisés en este lugar, en tierra de Moab, por mandato del Señor, es decir, no por efecto de alguna enfermedad, sino solamente por la voluntad de Dios, por los años 2553 de la creación del mundo, el 40 de la salida de Egipto, día primero del mes undécimo, y 1447 antes del Mesías; y su cuerpo fue sepultado por ministerio de ángeles en un mismo valle de la misma tierra Moab, y ningún hombre hasta hoy ha sabido su sepulcro. Era Moisés cuando murió de ciento veinte años, y señala la Escritura que no se ofuscó su vista, ni los dientes se le movieron. Concluye el Deuteronomio diciendo que no se vió jamás en Israel otro profeta semejante á él, con quien conversase el Señor cara á cara, ni que hiciese todos aquellos milagros y portentos que obró en utilidad y provecho de su pueblo contra los egipcios.

Moisés al morir dejó á los israelitas toda su historia desde el origen del mundo, dividida en cinco libros, llamada por los hebreos *Thora*, que significa ley, y por los griegos *Pentateuco*, que es lo mismo que volumen de cinco libros, y son, segun los llamaron los setenta Intérpretes, el GÉNESIS, el ÉXODO, el LEVÍTICO, los NÚMEROS y el DEUTERONOMIO. Y porque en el fin del Deuteronomio se pone la muerte de Moisés, hay quien supone que fué añadido por Josué, ó por Esdras; pero Josefo dice que tambien lo escribió Moisés, y que para quitar ocasion á los hebreos de que no le tuviesen por Dios, escribió las circunstancias de su muerte; que pudo conocer por particular revelacion. Créese que escribió igualmente el libro de Job: la sublimidad de los pensamientos y la majestad del estilo hacen esta historia digna de Moisés.

A sus hijos los dejó entre sus conciudadanos sin distincion alguna.

y sin ningún establecimiento extraordinario, probando así su admirable desinterés y la pureza de su virtud.

En la Escritura hácese mención de Moisés tantas veces, que sería prolijo referirlas todas. Solo conviene notar que tres evangelistas refieren que cuando Jesucristo Señor nuestro se trasfiguró en el monte Tabor, aparecieron á sus lados Moisés y Elías, los cuales familiarmente trataban con él. Y no fué pequeña honra la que dió Jesucristo á Moisés en elegir á él entre todos los patriarcas y profetas de la ley antigua, para que fuese testigo de su gloria.

La Iglesia católica lee de Moisés en las lecciones del domingo cuarto de Cuaresma.

Juan Driedon dice que el primer escritor no solo entre fieles, sino tambien entre étnicos, fué Moisés, y precedió por doscientos años á Cadmo, y á Homero y á Hesiodo, que fueron los primeros escritores griegos. El calendario hebreo pone su muerte en 7 de febrero; pero el griego lo mismo que el romano, y el de Usuardo y otros lo ponen en el 4 de setiembre.

DIA VI.

San Zacarias.

ZACARIAS, que quiere decir *memoria del Señor*, fué hijo de Barachías y nieto de Addo, vivió mucho tiempo en Babilonia, y en edad ya avanzada volvió á Jerusalem, donde en el segundo año y en el mes octavo de Dario comenzó á profetizar, dos meses despues que Aggeo, por lo cual el argumento de estos dos profetas es uno mismo, bien que el Espíritu Santo, que habia guiado á Aggeo á una simple y sumaria predicacion, quiso variar de estilo en Zacarias, manifestándole muchas visiones de un sentido muy alto y misterioso, que fuesen como otros tantos retratos de las doctrinas y profecías que debia proponer. Pero hay muchos lugares tan difíciles de entender, que S. Gerónimo al comenzar su comentario, dice que es el mas oscuro de los doce *Profetas menores*. Describe muy espresamente el nacimiento del Salvador, juntamente con su pasión y muerte: su reino y sacerdocio: la venida del Espíritu Santo: la virtud del Evangelio; y la vocacion de los gentiles; y la restauracion, justificacion y glorificacion eterna de su Iglesia. Algunos son de sentir que este Zacarias es el mismo de quien Jesucristo dijo que fué muerto entre el templo y el altar; aunque S. Gerónimo es de opinion contraria. Su libro con-

tiene catorce capítulos, y la Iglesia católica usa de la profecía de Zacarías en las lecciones de los matines de la feria sexta en la dominica quinta de noviembre.

DIA XXI.

San Jonás.

JONÁS, cuyo nombre se interpreta *paloma*, nació en Geth, pueblo de Ophet, de la tribu de Zabulon. Su padre se llamó Amalbi. S. Epifanio dice que fué el niño á quien el profeta Elias resucitó hijo de la viuda Sareptana huésped suya. Esta opinion tiene sus dificultades, y por esto hay quien dice que hubo dos Jonás como hubo dos Micheas. Como quiera que sea, Jonás era tenido entre los hebreos por profeta y predicador. Muchos años predicó Jonás la penitencia á los israelitas; mas fueron inútiles sus patéticas exhortaciones, hasta que enojado Dios, le mandó ir á predicarla á Ninive, ciudad pagana y capital del grande imperio de los asirios, para anunciarla que Dios iba á destruirla. Considerando Jonás lo peligroso de su mision, en lugar de obedecer el mandato de Dios, se embarcó en Joppe para huir á Tharsis en Cilicia, país muy lejano de aquel adonde el cielo le enviaba. De improviso levantóse una tempestad horrible, y ya estaba la nave á punto de naufragar, cuando los marineros sospechando que padecian aquel daño por ir entre ellos alguno que merecia grave castigo, echaron suertes, y la suerte cayó en Jonás, quien declaró entonces que verdaderamente por culpa suya se habia movido aquella tempestad, y que el único medio de aplacarla era arrojarle á él á las olas embravecidas. Siguióse su consejo, y al instante depuso el mar sus iras. Dios hizo aparecer en aquel instante una enorme ballena ó monstruo marino, que recibió al profeta en su boca y aposentó en su buche por tres dias y tres noches, al cabo de los cuales le mandó Dios al pez que lo vomitase vivo en una playa, como lo hizo. Segunda vez recibió Jonás orden del Señor para ir á predicar á Ninive: obedeció el profeta diciendo: «Dentro de cuarenta dias será Ninive destruida; y á su voz se convirtió aquel pueblo idólatra y disoluto, dando públicas pruebas de dolor y arrepentimiento, desde el rey hasta el último vasallo; por lo cual usó el Altísimo de su antigua misericordia con aquella ciudad convertida de pecadora en penitente. Lo cual visto de Jonás y que Ninive no se hundia, afligióse, temiendo pasar por falso profeta, y rogó á Dios que le llevase,

porque no queria vivir afrentado. Salió de la ciudad y fuese á establecer algo apartado de ella, esperando todavia el suceso de aquel negocio. Edificó una choza, y el Señor para hacerle ver la injusticia de su queja, hizo crecer en una sola noche un vegetal que la escritura llama hiedra, y que, segun la opinion de algunos intérpretes, es la *palma Christi*, la cual hacia buena sombra á Jonás; y al dia siguiente un gusano picó la raiz de aquella planta, que se secó, y Jonás quedó como antes espuesto á los ardores del sol. En el exceso de su amargura se quejó el profeta al Señor porque le quitaba aquel consuelo, y dijole entonces el Señor: «Tú te dueles por la hiedra, en que no trabajaste, ni la hiciste crecer, la que en una noche nació, y en una noche pereció: ¿y yo no perdonaré á Ninive ciudad grande, en la que hay mas de ciento y veinte mil hombres, que no discierren lo que hay entre su derecha y su izquierda, y muchas bestias?

Jonás volvió á tierra de Israel, y siendo de edad avanzada murió en Saar, tal dia como hoy, segun el Martirologio romano, por los años de 761 antes de la venida de Jesucristo.

Vivió Jonás cuando Jeroboam II reinaba en Israel, y Ozias ó Azarias en Judá, y es el quinto de los doce profetas menores.

Su libro contiene cuatro capítulos, y tanto los judios como los cristianos siempre lo han venerado como canónico. En Tobías parece que se hace alusion á él en el *cap. 14, v. 6*; aunque puede aludir tambien á Nabum. En la simple y desnuda narracion que hace de todos sus sucesos, se oculta la sublime inteligencia de la muerte y resurreccion del Salvador, como el mismo Salvador lo demuestra. (*Matth. 12. 40.*) A primera vista mas parece una historia que profecía; pero los profetas no solamente vaticinaban con las palabras, sino tambien con los hechos.

Nicolao de Lira advierte que aunque por la predicacion de Jonás se convirtieron los ninivitas y Dios los perdonó, tornaron después á los mismos pecados que antes, por lo cual Dios los destruyó y su ciudad fué assolada.

Jonás es entre los profetas el único enviado á los gentiles. Los incrédulos suelen ridiculizar el prodigio de haber estado el profeta tres dias en el vientre de una ballena, ó de un monstruo marino; ya los gentiles hacian otro tanto; pero al Dios que crió el cielo y la tierra, le fué muy fácil lo que á los incrédulos les parece tan difícil.

En tiempo de S. Gerónimo véiase el sepulcro de Jonás en la Palestina. La iglesia católica usa de su profecía en las lecciones de los maitines del sábado en la dominica cuarta de noviembre, y en la misa de la vigilia de la Pascua.

DIA IX DE OCTUBRE.

El santo Patriarca Abraham, Padre de todos los creyentes.

ABRAM que significa y quiere decir padre de muchas gentes, fué hijo de Tharé, descendiente de Sem hijo de Noé. Tuvo dos hermanos Nachór y Arán. El lugar de su nacimiento fué Caldea, y el pueblo donde vivió se llamó Ur. Era de setenta años Tharé cuando engendró á Abraham, y fué el primogénito y mayorazgo de sus hijos. De los cuales el tercero llamado Arán, murió antes que su padre y hermanos y dejó un hijo que se llamó Lot y dos hijas llamadas Melcha, y Yesca. Yesca tuvo otro nombre, que fué Sarai ó Sara, como advierte S. Agustin, y casó con Abraham su tío, porque á la sazón no era prohibido en los casamientos semejante grado de parentesco. Melcha casó tambien con su tío Nachór hermano de Abraham.

Comenzó á este tiempo como dice Sto. Tomás, la idolatría en el mundo cuyo origen y principio, como se colige del libro de la Sabiduría (cap. 14), fué que muriéndosele á un rey, ó á un padre rico y poderoso su hijo, sintiéndolo demasiadamente, para tomar algun consuelo hacian una figura suya, ó imágen, á la cual reverenciaban y tenian en mucho. Mandaban á sus criados que les hiciesen ofrendas y sacrificios; de esta manera los que antes habian sido hombres, despues vinieron á ser tenidos por dioses. Lo mismo hicieron luego los hijos con los padres difuntos; y pasando adelante la ceguedad de los hombres viendo cuanto influian en la tierra el fuego, los vientos, el agua, el sol y la luna, creyeron que eran los dioses que gobernaban el mundo y los adoraron. «¡O deplorable ceguedad! esclama cierto escritor sagrado: los hombres colmados de los dones y beneficios de Dios han desconocido la mano que los derrama. Fué desconocido el Criador; y el culto supremo que á él únicamente es debido, prostituyóse siendo tributado á las criaturas.»

Los caldeos hijos de Sem, en cuya tierra vivía Abraham, aunque conservaron por largo tiempo el temor del Señor, poco á poco fueron pervirtiéndose con la corrupcion general, y concluyeron por llamar Dios al fuego y adorarle porque les calentaba y sazónaba los manjares. Propio de la divina bondad era poner un dique al torrente de la idolatría, que iba á inundar todas las naciones. Sin abandonar á los demás pueblos, que no debian atribuir su ceguedad mas que á si mismos, determinó Dios reservarse al menos un corto número de

adoradores, conservar entre ellos el depósito de la revelacion primitiva, y poner en medio del mundo conocido un ejemplo visible de la Providencia, que convenciese al género humano en todos los siglos que siempre habia sido objeto de su paternal solicitud y gobierno.

Abraham, descendiente de Sem, siendo él fiel y siervo de Dios, fué escogido por padre de este nuevo pueblo. Mandóle Dios salir de la Caldeá su patria, y le prometió multiplicar su posteridad y hacerle un dia dueño del país de Canaan, donde queria establecer su culto. Dijo le el Señor: «Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré. Y yo te haré padre de muchas gentes... A tu posteridad daré esa comarca, ... á lo cual multiplicaré como las estrellas del cielo y como las arenas del mar.» A esta promesa añadió el Señor otra de infinito mas lustre: «Todas las naciones del mundo serán benditas en tí,» es decir, en aquel que nacerá de tí, como Dios mismo lo esplica mas adelante.

Por esta palabra es Abraham constituido padre de todos los creyentes, y escogida su posteridad para que sea la fuente, cuyos raudales de bendicion se estiendan por todo el universo. Creyó Abraham en la promesa de Dios, y dando cuenta de ello á su madre y padre Tharé, salió con ellos y con Sara su mujer y su sobrino Lot, he hizo alto en Arán ó Carán, que los dos nombres se hallan en la Escritura, cuya tierra es una region media entre caldeos y cananeos llamada por los griegos Mesopotamia. Estuvo aquí Abraham algun tiempo, y teniendo ya muchos ganados, y esclavos, mandóle Dios que dejase á su padre, y pasase adelante á la tierra de Canaan, llamada así porque la habitaban los descendientes de Canaan, hijo de Cam. Era á esta sazón Abraham de setenta y cinco años: obedeció, y salió con su mujer Sara y llevando consigo á su sobrino Lot. Llegó á un valle de Siquem en la tierra prometida de Canaan, donde se le apareció Dios, y le dijo: «A tu posteridad daré esta tierra.» Y Abraham edificó allí un altar al Señor, que se le habia aparecido; y pasando de allí al monte que estaba al oriente de Bethel, edificó igualmente allí otro altar al Señor é invocó su nombre. Cuenta luego la Escritura que sobrevino hambre en aquella tierra donde Abraham moraba, y para librarse de ella descendió á Egipto. Pero antes de entrar en Egipto habló con Sara su muger, y dijo, que atendido á que era hermosa, podia acontecer que los egipcios por ocasion suya le matasen á él; así pues que dijese ser su hermana, con cuyo titulo y por su causa le harian bien.

Costumbre era esta entre los parientes, y por esto siendo Sara sobrina de Abraham no mentia llamándole hermano, y por tanto no pecó Abraham, como dice Sto. Tomás, en dar este consejo á Sara, antes nos enseña que la verdad sin culpa puede algunas veces encubrirse.

Estando en Egipto Abraham y su familia, los egipcios dieron noticia al rey de la hermosura grande de Sara, mandóla traer á su presencia, y agrado mucho de ella, quiso que fuese su muger. Aunque primero que las bodas se celebrasen habian de pasar algunos dias conforme á la costumbre de la tierra, en los cuales teniendo el rey á Abraham por hermano de Sara, le hizo mucho bien, acrecentándole su hacienda como dice S. Gerónimo, en ovejas, bueyes, camellos y esclavos; bien es de creer que todo esto le daba á Abraham poco gusto, temiendo perder su honra, aunque confiaba grandemente en Dios, que habia de volver por ella, y así volvió, hiriendo al rey y á toda su casa con plagas y enfermedades. Por donde el rey, ó avisado de sus sacerdotes, ó por el mismo Dios de la causa de su daño, llamó á Abraham, y díjole: «¿Qué es esto que has hecho conmigo? ¿por qué no declaraste que era tu muger? ¿Sino diciendo que era hermana tuya me diste ocasion que yo pretendiese casar con élla?» Fué decir de lo sucedido tienes tu la culpa: que si yo supiera que era tu muger no la pretendiera para mí. Mandó el rey que le fuese vuelta Sara á Abraham, y con su hacienda y familia salió de Egipto, y volvió á Canaan.

No pasó mucho tiempo sin que Abraham y Lot se separasen. Siendo mucha la riqueza que ambos tenían en ganados, é insuficiente el país para alimentarlos estando juntos; de aquí sucedia que los pastores de un patriarca y del otro pretendian los mejores pastos para sus ganados y tenían á cada paso diferencias y rencillas. Lo cual visto por Abraham habló á Lot su sobrino, y díjole: «No es razon haya entre nosotros ni entre nuestros pastores enojos, pues somos hermanos (*). Ahí tienes á la vista toda la tierra, puedes elegir la parte que te agradáre: si fueres á la izquierda, yo tomaré la derecha: si tú escogieres la derecha, yo me iré á la izquierda.» Lot puso sus ojos en la tierra de Sodoma, junto al Jordan: y viendo que era fertilísima, eligió aquella para su habitacion, y fijó su residencia en Sodoma. Abraham eligió la contraria, que era la tierra de Canaan, y el Señor le dijo, despues que Lot se hubo separado de él: «Alza tus ojos, y mira desde el lugar en que ahora estás, hácia el septentrion y el mediodia, hácia el oriente y el poniente: toda la tierra que registras daré á tí y á tu posteridad para siempre. Y haré tu linage como el polvo de la tierra: si puede alguno de los hombres contar el polvo de la tierra, podrá tambien contar tu descendencia. Levántate y recorre la tierra á lo largo de ella, y á su ancho; porque á tí la tengo de dar.»

(*) Es una espresion hebrea que significa, somos parientes muy cercanos. (Scío.)

Asentó casa Abraham en Hebron, en el valle de Mambré, donde edificó el altar, y ofreció sacrificio á Dios.

Aconteció luego que se levantó guerra en las tierras donde Lot habitaba, y fué que siendo Señores de ellas cinco reyes, y habiendo pagado tributo doce años á Codorlahomor rey de los elamitas, porque se le rebelaron y negaron el tributo, vino en compañía de otros tres reyes sus aliados á batalla contra ellos. En la cual los cuatro reyes vencieron á los cinco, y poniéndolos en fuga, entraron á saco en las tierras de Sodoma y Gomorra, hicieron un gran botín, y lleváronse cautivos á muchos ciudadanos, entre ellos á Lot con toda su familia y hacienda.

Cuando supo Abraham la cautividad de su sobrino, contó al momento trescientos diez y ocho domésticos suyos armados á la ligera, y fué siguiendo el alcance á los enemigos hasta Dan. Estaban estos bien descuidados cuando Abraham al llegar la noche dió con buen orden en ellos, y los derrotó, los puso en fuga, y rescató á Lot su sobrino con los demás prisioneros y todo el botín.

Salió el rey de Sodoma á recibir á su libertador; y Melquisedech, rey de Salem, su aliado, ofreció pan y vino, porque era pontífice del Altísimo, y bendijo luego á Abraham diciéndole: «Bendito Abraham del Dios escelso, con que crió el cielo y la tierra. Y bendito el Dios escelso con cuya protección los enemigos estan en tus manos.» Abraham dió á Melquisedech el diezmo de todo lo que les habia cogido á los enemigos en su derrota. Todos los santos Padres han visto en la oblation de Melquisedech una imágen de la que se hace sobre nuestros altares. No hay en efecto cosa mas digna de nuestra admiracion que ver como mucho tiempo ántes de Moisés no ofrece en sacrificio mas que pan y vino el único hombre á quien la Escritura llama sacerdote del Dios Altísimo. El rey de Sodoma pidió á Abraham las personas que habia libertado y le dijo que se quedase con la hacienda. Abraham le respondió que ninguna cosa tomaria para sí, porque no queria que en tiempo alguno se gloriase diciendo: «Yo enriquecí á Abraham.»

El Maestro de las Historias dice que de esta victoria de Abraham, y remision que hizo de los caulivos, tuvo origen este nombre JUBILEO, que es lo mismo que remision.

Despues de estos sucesos tuvo Abraham una revelacion del Señor en una vision, y porque el patriarca se mostró triste por no tener hijos, consolóle el Señor, dándole palabra que los tendria, y que de la manera que las estrellas del cielo no pueden contarse, así su generacion no se podria contar. Hizo Abraham sacrificio á Dios por su mandato de ciertos animales: bajaron aves sobre el sacrificio como para comérselo ó dañarlo: Abraham las echaba de allí, porfiando en esto

algun tiempo. En lo cual se nos da á entender, que en las buenas obras siempre se levantan estorbos: el justo ha de tener cuidado de desecharlos, y no por eso desista de sus buenos intentos.

El deseo que Abraham tenia de hijos, fué ocasion, queriéndolo así Sara su mujer que ya no estaba en edad de concebir, que se aprovechase de la dispensacion concedida de Dios en aquel tiempo de tener mas de una mujer. Sara, pues, dijo á Abraham: «Veis que el Señor me ha hecho estéril; tomad, os ruego, á mi sierva para que por ella pueda yo tener hijos.» Abraham accedió á los deseos de Sara: desposóse con Agar. Cuando esta advirtió que habia concebido, tomó alguna soberbia, y despreció á su señora. Sara se quejó á Abraham, y él le dió pleno poder para que la castigase é hiciese humilde. Viendo Agar que su señora la castigaba, huyó de la casa de Abraham sola por los campos. Apareciósele un ángel cerca de una fuente, y consolóla diciendo que pariría un hijo, á quien pondrian el nombre de Ismael y seria padre de muchas gentes, que volviese á casa de Abraham y fuese obediente á su señora Sara. Lo cual hizo Agar como le fué dicho, y parió á su tiempo un hijo que se llamó Ismael, como dijo el ángel, siendo Abraham de ochenta y seis años. Cuando llegó á edad de noventa y nueve años, siendo Ismael de trece, aparecióle Dios, y díjole: «Yo soy el Dios Todopoderoso: anda en mi presencia y sé perfecto; y pondré mi alianza entre mí y tí, y te haré padre de muchos pueblos y reyes, que saldrán de tí.» Postróse Abraham en tierra, y díjole Dios que su nombre en adelante fuese ABRAHAM, que quiere decir *padre de una multitud escelsa*, como antes se habia llamado ABRAHÁM, que significa *padre escelso*. A Sara también puso este nombre, habiéndole llamado antes Sarai, que significa *princesa ó señora mia*, y así le dijo Dios que de ella le daría un hijo á quien echaría su bendicion, y seria padre de muchas naciones y reyes. Mandó asimismo á Abraham que se circuncidase él y todos los varones de su casa y familia, para que fuese señal de que habia escogido por suyo á aquel pueblo. Quiso tambien é hizo ley de ello, que todos los niños de ocho dias fuesen circuncidados, porque circuncidándose profesaban la fe de un mediador que habia de venir, eran limpios del pecado original en que habian sido concebidos y nacidos. Circuncidóse Abraham de edad de noventa y nueve años, como se ha dicho, y circuncidó á todos los varones de su casa el mismo dia en que le mandó Dios que lo hiciese.

Estando pues asentado á la puerta de su casa en el valle de Mambré, á la hora de medio dia vió tres ángeles, y como dice S. Agustín, en figura de personas humanas. Levantóse y fuese á ellos, y puesto de rodillas en su presencia dijo: «Señor, si soy digno de que se me haga esta merced, no paseis adelante, aquí se os podrán lavar

los pies, y sereis regalados, y servidos de comida, en casa de este vuestro siervo.» Hase de advertir que vió Abraham tres, y adoró uno, donde se nota, como advierte tambien S. Agustín, el misterio de la Santísima Trinidad. Los ángeles aceptaron el convite de Abraham; y él entró presuroso en su casa y dijo á Sara que diligentemente aderezase comida para aquellos peregrinos. Corrió luego al ganado, y tomó un becerrillo tierno, y dióle á su criado, para que con mayor presteza le llevase á su casa y fuese aderezado.

Nota aquí tambien S. Agustín, que apriesa recibió Abraham á los peregrinos, y apriesa mandó aderezar la comida, apriesa fué al ganado, y apriesa envió á que aderezasen la terpera: es Dios enemigo de negligentes tibios, y agrádale mucho la diligencia. Así lo amonesta el Espíritu Santo en el Paralipomenon, «haced todas las cosas con diligencia.»

Dijo el mas principal de los ángeles á Abraham: «Por este mismo tiempo (ó estacion) volveré por aquí, y tu mujer Sara tendrá un hijo.» Estaba Sara detrás de la puerta de la tienda, porque la comida habia sido fuera debajo de un árbol, y oyendo que habia de tener un hijo, rióse ocultamente, pues los dos eran ancianos. Dijo el ángel, que traía veces de Dios, á Abraham: «¿Por qué se ha reído Sara dudando de que pueda ser madre siendo vieja? ¿Por ventura para Dios hay alguna cosa difícil?» Sara viendo público lo que ella hizo en secreto, llena de temor lo negó, diciendo: «No me he reído.» El ángel replicó: «No es así, sino que te has reído.»

Siempre el mentir fué culpa, y si los santos, como lo era Sara alguna vez fallaron en esto, permitiolo Dios para que viesen otros que eran hombres, y ellos se humillasen.

Levantáronse los ángeles de la mesa, en que al parecer de Abraham habian comido, aunque ninguna necesidad tenian de manjar corporal, sino que se acomodaban á lo que es propio del traje y parecer que traian de peregrinos. Abraham fué acompañándoles, guiando ellos á Sodoma. El ángel que representaba la persona del Señor, le dijo: «No quiero, ó Abraham, encubrirte lo que voy á hacer, habiendo de tener tú hijos y descendientes muchos á quienes mandarás despues de ti, que guarden el camino del Señor y sean justos. El clamor de los de Sodoma y Gomorra se multiplica, y su pecado se agrava, voy á ver si es así como parece.

Dos cosas son de notar en este caso, la una que revela Dios á Abraham sus secretos, porque ha de enseñar á sus hijos y descendientes la ley del Señor, dándonos así á entender cuanto le agrada que los padres enseñen á sus hijos temer á Dios. La otra cosa de notar es, para aviso nuestro, que no juzguemos lo que no sabemos. Dice que va á ver, si lo que de Sodoma se dice es verdad, manera de hablar

acomodada al estilo de los hombres, no porque lo ignorase, que todo lo sabe y nada se le esconde, sino para mostrar que quiere proceder con una entera justicia; y tambien para confusion nuestra, que decimos al contrario de lo que dijo Dios, cuando nos hablan mal de nuestros prójimos, sin discernir ni verlo, sino con pequeños indicios, por lo cual erramos en condenar al justo, y hacemos propio el pecado ajeno.

Abraham dijo: «¿Por ventura destruirás al justo con el impío? ¿Si hubiere cincuenta justos en la ciudad, perecerán á una? ¿y no perdonarás á aquel lugar por amor de los cincuenta justos, si se hallaren en él?» Respondió el Señor: «Si halláre cincuenta justos en medio de la ciudad, perdonaré á todo el lugar por amor de ellos.» Replico Abraham: «Ya que he comenzado una vez, hablaré á mi Señor, siendo polvo y ceniza. ¿Y que, si hubiere cinco justos menos de cincuenta, destruirás toda la ciudad por los cuarenta y cinco?—No los destruiré, dijo el Señor, si halláre allí cuarenta y cinco.» No se contentó Abraham con que el negocio quedase en cuarenta y cinco justos, bajó hasta que le dió el Señor palabra que si se hellasen diez en todas las ciudades de Sodoma, que eran cinco, que no las asolaria. Y muy confiado Abraham de que este número se hallaria, porque debió de pensar que solo en casa de su sobrino Lot no faltarian, dejó de hablar con el Señor, el cual hablaba, dice Santo Tomás (*in cap. 18. Genes.*), en uno de aquellos tres ángeles que traia sus veces.

Lo que en Sodoma, sucedió porque los diez justos no se hallaron conforme al concierto de Abraham con el Señor (siendo abrasadas con fuego del cielo las ciudades de aquella tierra, quedando libres solamente Lot, y dos hijas suyas, y su mujer, convertida en estatua de sal, por inobediente al mandato de Dios), determinó á Abraham á levantar su casa de Hebron, no queriendo tener tan mala vecindad, y se fué á la parte de Egipto, y paró en tierra de Gerara donde era rey Abimelch. Avisó Abraham á su mujer Sara que no le llamase marido, sino hermano: como ya otra vez habia hecho, temiéndose del mismo peligro. Y así fué que teniendo noticia de ella Abimelch mandó traerla á su casa, con intento de que fuese su mujer. Era á este tiempo Sara de noventa años. Admirase S. Agustin de que un rey poderoso como era Abimelch, se prendase de mujer de tanta edad, no faltando otras en su reino de menos dias, y hermosas: responde el mismo Santo, que habia Sara conservado hasta en tal edad su hermosura, ó porque era estéril, ó porque Dios se la habia conservado por particular gracia, como á Moisés le conservó las fuerzas hasta la edad decrepita. Genadio dice que Abimelch era temeroso de Dios y bueno, como se colige de la escritura: habló Dios en sueños una noche á Abimelch, y amenazóle de muerte, por lo que habia hecho

declarándole que Sara era casada. Señala la Escritura que Abimelech no conoció á Sara, quien viéndose amenazado de Dios dijo: «Señor, ¿castigarás de muerte á una gente ignorante (á un pueblo ó tambien á un hombre inocente), pero justa? ¿Acaso él no me dijo: Mi hermana es; y ella tambien dijo: Mi hermano es? Con sencillez de mi corazón y con pureza de mis manos he hecho esto.» Y díjole Dios: «Yo tambien sé que con sencillo corazón lo has hecho; y por esto te guardé que no pecaras contra mí, y no permití que llegases á ella. Ahora bien, vuelve la muger á su marido, porque es profeta: y orará por tí y vivirás: mas si no quisieres volvérsela, tén entendido que de cierto morirás tú, y todo lo que es tuyo.» Levantándose al punto Abimelech lleno de temor, dió cuenta á la gente de su casa de lo que le habia sido revelado, y participaron todos del temor que él tenia. Llamó á Abraham, reprendiéndole de lo que habia hecho, encubriendo la verdad de quien Sara fuese, en daño suyo y de su estado, pues estuvo cerca de castigar Dios por aquel pecado á todo el reino. Abraham se escusó diciendo, que no sabia él que Dios era temido en aquella tierra, y que se receló de ser muerto por ocasion de Sara. «Fuera de que en verdad, añadió, es tambien hermana mia,» siendo hija de un hermano mio. El rey dió algunos dones á Abraham, y él hizo oracion por el rey, y su casa, y por ella tuvo hijos de la reina su muger, y de sus esclavas, á quienes Dios habia hecho estériles por el agravio que recibió Abraham en quitarle su legítima muger Sara.

Llegóse el tiempo prometido de Dios á Abraham: concibió Sara su mujer, y parió un hijo á quien pusieron por nombre Isaac, que quiere decir *risa, alegría y placer*. De cien años era Abraham, y Sara tenia noventa cuando les nació Isaac, al cual circuncidó su padre en el dia octavo como Dios se lo habia mandado. Sara le crió á sus pechos y decia: «¿Quién creeria, que habia de oír Abraham, que Sara daría el pecho á un hijo que le parió siendo ya viejo?» Así disponia Dios á los hombres para que algun dia creyesen el parto de una virgen, haciendo fecunda á una mujer nonagenaria y estéril.

Creció pues el niño Isaac, y teniendo edad proporcionada, que solia hacerse á los cinco años, especialmente cuando el hijo era único, como Isaac en nuestro caso; fué destetado, é hizo Abraham grande fiesta y convite el dia de su destete. Pero el contento que Abraham tenia con su hijo Isaac no estuvo exento de desabrimientos. Uno fué que habiendo visto Sara al hijo de Agar burlarse de su hijo, pidió á Abraham que le echase de casa con su madre; añadiendo: «Porque el hijo de la esclava no ha de ser heredero con mi hijo Isaac.» — «Recia cosa, dice la Escritura, pareció esta á Abraham á causa de su hijo; mas Dios le dijo: No te parezca cosa recia á causa del muchacho y

de tu esclava: en todo lo que te dijere Sara, oye su voz: porque en Isaac te será llamada descendencia, y aun al hijo de la esclava le haré caudillo de un gran pueblo, porque es hijo tuyo.» Levantóse, pues, Abraham de mañana, y tomando pan y un odre de agua, cargólo sobre el hombro de Agar, y le entregó su hijo, y despidióla de casa. La cual habiendo partido, andaba errante por el desierto que mas adelante se llamó de Bersabec; y como se le hubiese acabado el agua del odre, abandonó al muchacho, el cual desfallecido por la sed y hambre se echó á la sombra de uno de los árboles que allí había. Pero Dios oyó la voz y clamores del muchacho que se veia solo y abandonado; y un ángel de Dios desde el cielo llamó á Agar, y la consoló. En esto abrió Dios los ojos á Agar, la cual viendo un pozo de agua, fué, y llenó el odre, y dió de beber á su hijo. Vivieron ambos en el desierto de Pharán, cerca de Egipto, ejercitándose Ismael en matar bestias fieras, hasta que siendo de edad, su madre le casó con una mujer egipcia; y de él descendieron muchas gentes llamándose ismaelitas ó agarenos, tomando el apellido de él ó de la madre.

Por este mismo tiempo Abimelech, rey de Gerara, viendo á Abraham tan rico y poderoso, con tantos criados y esclavos, se rezeló de él. Vino, pues, y le dijo: «Dios está contigo en todo lo que haces: júrame pues por Dios que no harás daño á mí, ni á mis descendientes, ni á mi linaje; sino que conforme á la merced que te hice, así harás conmigo y con la tierra en que has habitado extranjero.» Respondió Abraham: «Así te lo juro.» Y dió entonces quejas á Abimelech acerca de un pozo de agua que sus criados le habian arrebatado á viva fuerza; á lo cual respondiendo Abimelech que nada habia sabido de tal cosa, tomó entonces Abraham una porcion de ovejas y de bueyes, dióselos á Abimelech, é hicieron entrambos alianza. Y aunque el pozo pertenecia á Abraham, porque él lo habia hecho abrir ó cavar, esto no obstante para quitar en adelante todo motivo de contestacion, separó siete corderas que ofreció á Abimelech como precio del pozo; siendo por eso llamado aquel lugar *Bersabec*, que significa *Pozo del juramento*. Volvióse Abimelech á Gerara su capital, y Abraham despues plantó un bosque ó arboleda en Bersabec, é invocó allí el nombre del Señor Dios eterno (*), habitando mucho tiempo como extranjero en la tierra de los palestinos, que es lo mismo que filisteos.

Entre tanto crecia y se robustecia Isaac haciendo las delicias de su padre Abraham, cuando Dios quiso sujetar y su siervo á una de las mayores pruebas que se han visto en todos los siglos de su obediencia.

(*) Como no habia todavía lugar destinado para el ejercicio de la religion, acostumbraban erigir altares para este fin en lugares elevados, ó en los bosques.

cia y de su fé. Háblóle Dios diciéndole: «Abraham, Abraham.» Y él respondió: «Aquí estoy, Señor.» Díjole: «Toma á Isaac tu hijo unigénito, á quien tanto amas, y vé á la tierra de Vision, y allí me le ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que yo te mostraré.»

San Marcial discípulo de los apóstoles dice, que en este hecho quiso Dios que se manifestase la fé y constancia de Abraham; no porque esta fuese ignota á Dios, sino porque como á él era manifiesto lo fuese también á otros, para su ejemplo.

A esta intimación del Señor contra la cual levantaba el grito el corazón de padre, sometióse Abraham con admirable obediencia. Levantándose, pues, antes del alba, hizo levantar á su hijo, y coriada la leña para el holocausto, con dos criados y un jumento encaminóse al lugar que Dios le había mandado. Al tercer día de camino, alzando los ojos, divisó el monte á lo léjos, al pié del cual mandó Abraham quedar á sus dos criados con el jumento; y cargando la leña sobre su hijo Isaac: y llevando él en la una mano el fuego, y en la otra un cuchillo, subieron al monte. Caminando así los dos juntos hizo una pregunta Isaac á su padre, de que no poco él se afligió, ni fueron pocas las lágrimas que él derramó; aunque se las sorbia y desaparecían de sus ojos por no declarar hasta su tiempo lo que convenia tener secreto. Dijo, pues, Isaac: «Padre mio, aqui llevamos fuego y leña: ¿dónde está la víctima del holocausto?» á lo que respondió Abraham: «Hijo mio, Dios se proveerá de víctima del holocausto.» Llegan por fin al lugar señalado (*): Abraham erige un altar juntando unas piedras con otras, acomoda encima la leña, ata en él á Isaac, quien presenta el desnudo cuello á la espada de su padre, que ya levanta el brazo para herirle, cuando he aquí que de repente el ángel del Señor gritó del cielo diciendo: «Abraham, Abraham, detente, basta: satisfecho estoy de tu fé, pues que por amor de mí no has perdonado á tu hijo unigénito por obedecerme.» Alzó Abraham los ojos y vió detrás de sí un carnero enredado por las astas en un zarzal, y tomándolo, ofreciólo en holocausto en vez de su hijo (**). Los doctores hebreos dicen, como refiere el Maestro de las Historias, que fué este sacrificio de Abraham el primer día de setiembre.

(*) En el monte llamado por eso MORIAH, esto es VISION; donde fué despues edificada Jerusalem, y en una de cuyas colinas estuvo despues el Calvario. Este monte estaba distante de Bersabee, cerca de cincuenta millas.

(**) No consta que años tenia Isaac cuando esto acaeció. Josefo y otros intérpretes creen comunmente que tenia veinte y cinco años. En esta edad pudiera haberse resistido á morir; pudiera haber huido escapándose del peligro; pero luego que oyó de la boca de su padre, que aquella era la disposición de Dios, inclinó su cabeza, se conformó con la sentencia y sin abrir sus labios se abrazó con el decreto de muerte que se le intimaba, figurando así la altísima obediencia con que Jesus se ofreció á la cruz.

Se ve á primera vista que además de poner á dura prueba la fe de su siervo, tenia Dios otro designio mas grande y mas sublime; el de enseñarle como algun dia el mismo entregaria su propio hijo á la muerte por la salud de los hombres. Cuanto acerca de esto manda Dios á Abraham es una viva imágen del futuro sacrificio de Jesucristo: tal es la semejanza que tienen entre sí la verdad y la figura que no es posible ver esta sin acordarse de aquella; Isaac cargado con la leña de su sacrificio, representa á Jesucristo con la cruz á cuestras: altar de ambos ha sido el mismo monte: Isaac, que consiente en ser inmolado, es sin embargo atado como si muriese á pesar suyo; Jesucristo que da la vida con soberana libertad, es enclavado en el leño de la cruz, á fin de que su sacrificio voluntario tenga las humillantes apariencias de un suplicio forzoso. Sofocando Abraham el dolorido amor de su ternura manda morir á su hijo; el Padre celestial hace la misma intimacion al hijo, en quien se complace desde la eternidad: Jesucristo é Isaac son obedientes hasta la muerte, y ambos sobreviven á su sacrificio; pero Isaac no es inmolado ni resucita si no en figura, y Jesucristo muere y resucita con toda realidad. Pero si Isaac debia representar solamente el sacrificio de Jesucristo por su obediencia, y por el aparato exterior que á ello concurría, era necesario para hacer completa la figura, sustituir á Isaac otra víctima, que siendo realmente degollada, figurase en verdad el sacrificio del verdadero Isaac, y la providencia dispuso que se hallase allí un carnero, con la circunstancia de tener enredadas las astas en un zarzal ó espinar, para que fuese imágen del Cordero de Dios, que fué sacrificado despues de haber sido coronado de espinas.» (*)

Llamó el ángel del Señor por segunda vez desde el cielo á Abraham, diciendo: » Por mi mismo he jurado, dice el Señor; que en vista que has hecho esta accion, y no has perdonado á tu hijo único por amor de mi, yo te llenaré de bendiciones y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la orilla del mar: tu posteridad poseerá las ciudades de sus enemigos, y en un descendiente tuyo SERÁN BENDITAS todas las naciones de la tierra, porque has obedecido á mi voz. »

Descendió Abraham del monte con su hijo, y juntamente con los dos criados que habia dejado al pié del monte, volvió á Bersabee, donde tenia su habitacion. Siendo Sara de ciento y veinte años, murió en Hebron tierra de Canaan: su muerte fue muy sentida de Abraham y asistió con lágrimas á celebrar sus exequias y hacer el duelo. Concluido el funeral, rogó á los hijos de Geth, Señor de la tierra, le vendiesen una heredad con una cueva doble, llamada así, ó por que

(*) *S. Augus. lib. 2. contr. Maximin. cap. 26. S. Ambros. Lib. 1. de Abrach. cap. 6.*

estaban en ella dos sepuleros, y que segun algunos eran de Adan y Eva, ó porque la cueva tenia dos apartados uno dentro de otro; en este quiso sepultar á Sara. Dávale la heredad y cueva graciosamente Efron, señor de ella, y no quiso Abraham, sino que fuese por precio, para tener mayor derecho á ella: y así fué el concierto cuatrocientos siclos de plata, que corresponden á tres mil ciento y cincuenta y tres reales vellon.

Después que Abraham dió sepultura á su mujer Sara, quiso dar mujer á su hijo Isaac. Para esto llamó á un criado anciano que era principal ó mayordomo en su casa llamado Eliezer, y mandóte que pudiese la mano debajo de su muslo, y le jurase de que no casaria á su hijo Isaac con mujer de la tierra de Canaan donde vivia, sino que fuese donde tenia sus parientes, que era en Mesopotamia. Eliezer fué donde le era mandado, y habiendo llegado á las inmediaciones de la ciudad en que habitaba Nachór, hermano de Abraham, vió una fuente y con instancia pidió al Señor que le designase á la que habia ido á buscar, y escogió esta señal para conocerla: «Cuando las jóvenes de la ciudad vengan segun costumbre á sacar agua de la fuente, haced, Señor, que la esposa que habeis escogido para Isaac sea aquella que despues de haberme dado de beber, me haga la misma oferta para mis camellos.» No bien hubo acabado de hacer esta oracion, cuando se presentó á sus ojos la modesta y bellísima Rebeca, hija de Batusel y nieta de Nachór: Eliezer se acercó á ella y le pidió de beber: «Bebe, señor mio,» respondió la doncella, y prontamente abajó el cántaro sobre su brazo, y dióle á beber. Y cuando él hubo bebido, añadió ella; Tambien sacaré agua para tus camellos, hasta que todos beban.» Por aquí conoció Eliezer que esta debia ser la esposa de su jóven amo, y regalóle al instante unos pendientes y brazaletes de oro. Despues de haber dado gracias al Señor siguió á Rebeca á casa de su padre, y entrando en ella declaró que era el criado de Abraham, y espuso el motivo de su viaje. No dudó Batusel que tal fuese la voluntad de Dios, y consintió en el matrimonio. Habiendo declarado Rebeca que estaba pronta á partir con Eliezer, tomó este al dia siguiente la vuelta de Canaan. Acercándose los viajeros al lugar donde moraba Abraham, Isaac, que habia salido al campo al caer de la tarde para meditar, vió venir los camellos á lo lejos y salió al encuentro de ellos. Vióle Rebeca y preguntó á Eliezer: «¿Quién es aquel que viene á nuestro encuentro?» Y él á ella respondió: «Aquel es mi amo.» Ella al instante se apeó del camello y se cubrió modestamente con su manto. Isaac la hizo entrar en el pabellon de Sara su madre, tomola por mujer, y la amó en tanto grado, que se le templó el dolor que le habia causado la muerte de su madre.

Despues del casamiento de Isaac dice la Escritura que el patriar-

ca Abraham se casó con otra mujer llamada Cetura, de la cual tuvo seis hijos, llamados Zamram, Jecsan, Madan, Madian, Jesboe y Sue; pero dió toda su herencia á Issaac; bien que hizo grandes donativos á los hijos de sus concubinas (*), y separólos, viviendo aun él, de su hijo Isaac, enviándolos hacia la parte oriental ó sea la Arabia desierta. Con esto atendió Abraham á que se conservára la paz entre sus hijos, y apartar á Isaac, en quien recaian las promesas y bendiciones del Señor, de todo peligro de idolatría, y de los vicios en que cayeron los descendientes de Ismaél y de Cetura.

Llegó Abraham á edad de ciento sesenta y cinco años, vió á sus nietos Esaú y Jacob de quince años, como nota S. Agustín, y murió en buena vejez lleno de dias. Sepultáronle sus dos hijos Isaac é Ismaél en Hebron, en la cueva donde Sara estaba sepultada. Fué su muerte año de la Creacion 2125, el 97 de su salida de Harán y 1817 antes de Jesucristo. Llamarse Abraham patriarca, y tener este título otros Santos, viene de que fueron principales y cabezas, ó de linaje, ó de familia, ó de congregacion. Los lugares de la Escritura en que se hace mencion de Abraham son muchos, porque casi no hay libro donde no se diga de él alguna cosa en grande loor suyo. S. Lucas escribiendo el fin prospero y felicísimo de aquel pobre y méndigo Lázaro, cuya vida habia sido tan miserable, dice que murió y fué llevada su alma por los ángeles al Seno de Abraham. Llámase en este lugar Seno de Abraham el limbo donde estaban las almas de los santos Padres esperando el advenimiento santo de Jesucristo, para ser libres de aquella oscura cárcel, y esto por razon, que todos los que allí iban tuvieron en el mundo fe de un Mediador. Y porque Abraham se llama Padre primero de la fé, como dice S. Geronimo, por haber sido grandísima la que tuvo, por esto dice que los recibia en su seno, esto es, en el seno del infierno llamado limbo de los Padres, donde Abraham era tenido y reverenciado como Padre. No es de olvidar aquí el buen ejemplo que dejó Sara á las mujeres casadas, como lo advirtió el apóstol S. Pedro en una carta, diciendo de ella, que oía y obedecia á Abraham su marido, y le llamaba señor. De Abraham lee la Iglesia católica en las lecciones de los maitines de la Quincuagésima, y en las dos ferias siguientes, y nóbrase en el cánon de la misa, pidiendo á Dios reciba aquel sacrificio como recibió y aceptó el que le ofrecieron Abel, Abraham y Melquisedech. Del

(*) Este nombre en los autores sagrados significa una muger legítima que no éra tomada con las ceremonias ordinarias; una muger de segundo orden, é inferior á la principal, y á la señora de la casa. Los hijos de las concubinas no tenían parte en la herencia de los bienes del padre: bien que el padre podia estando aun en vida, hacerles algunos donativos, como se ve en nuestro caso.

cual lugar se infiere, y es de este parecer Sto. Tomás, que fué Abraham sacerdote como lo fué Abel y Melquisedech, pues así como ellos ofreció sacrificio.

DIA XXIX DE DICIEMBRE.

San David, rey.

FUÉ David natural de Belen, hijo de Isai ó Jesé, de la tribu de Judá, la mas honrada entre los Israelitas. El nombre de David quiere decir *escogido*, y así lo fué de Dios, y puesto en lugar de Saul, que le salió rebelde. Y para esto, siendo aun pequeño, fué por mandado de Dios el profeta Samuel á casa de su padre en Belen, á ungirle por rey, donde por ser el menor entre ocho hermanos, le tenian en poco; y prestando el profeta un sacrificio, convidó á Isai y á su familia al banquete, que de ordinario se hacia despues del sacrificio, y pidió que le presentára sus hijos. El mayor de ellos de edad ya madura y de presencia gallarda, fué el primero que compareció: el profeta al verle creyó que este era el escogido de Dios; pero el Señor le dijo: «No mires á su presencia, ni á su grande estatura, porque yo le he desechado.» El hombre juzga por las apariencias; mas el Señor ve lo profundo del corazon. Llamó Isai á su segundo hijo y en seguida á los otros cinco. Dios reveló al profeta que á ninguno de aquellos escogiera, y preguntó Samuel á Isai si le quedaba otro hijo: respondió el padre que sí, aunque era un niño, que apacentaba las ovejas. «Hacedle venir, repuso Samuel, pues no nos sentiremos á la mesa hasta que venga.» Isai le envió á buscar; y compareció un joven de quince años, de blonda cabellera y de hermosa presencia: David su nombre. Entonces dió á entender el Señor al profeta que este era á quien destinaba para rey. Por lo cual le ungió sin mas festigos que su padre y hermanos (*).

(*) La Escritura no dice si el profeta les declaró lo que significaba aquella unción, ni si se lo declaró en particular á David, como habia hecho á Saul cuando le consagró rey. Sea de esto lo que fuere, un asunto tan importante y de tan grandes consecuencias quedó sepultado en un profundo secreto. Samuel despues de haber obedecido á Dios, se retiró; y David, despues de haber sido consagrado rey de Israel, vuelve á sus ovejas. Esta unción dió á David el derecho al reino de Israel; pero no la posesión, á la que no llegó sino despues de la muerte de Saul, y á costa de muchos sufrimientos y trabajos. Se pretende que en esta ocasión compuso David el salmo 20 y que tiene por título: *Salmo de David antes de ser ungido.* (Scio, not.)

Desde aquel instante posó el espíritu del Señor en David y abandonó á Saul. Al mismo tiempo se apoderó de este príncipe un espíritu maligno, que le atormentaba, permitiéndolo el Señor, para que se enmendase y tuviese dolor de sus desobediencias y pecados. Sus cortesanos aconsejaron al malaventurado monarca que oyese la suave armonía de los instrumentos músicos para templar la agitación de su espíritu; añadiéndole, que uno de los hijos de Isai, de Belen, tocaba con perfeccion el arpa, que era un jóven de semblante agraciado, apto para la guerra, muy fuerte y de un saber superior á sus años, añadiendo que se llamaba David, y que el Señor estaba con él. Saul mandó decir á Isai que le enviase su hijo: David se presentó al rey, que le cobró mucho cariño y le hizo su escudero. Y cuando arrebataba á Saul el espíritu maligno, tomaba David el arpa, y tañía con su mano, el monarca se sentía mejor, porque se retiraba de él el espíritu malo.

Por ocuparse Saul en guerras con los filisteos, pudo David volver á casa de su padre, y de ella al ganado. Mas alargándose la guerra, á la cual habian acudido los tres hijos mayores de Isai en los reales de Saul, llamó Isai á David del ganado, y envióle con provisiones á que visitase á sus hermanos. Habíanse aproximado tanto los ejércitos de una y otra parte que solo los dividia un valle, y estando David con sus hermanos vió á un fiero gigante filisteo llamado Goliat, que armado de pies á cabeza conforme á su estatura de seis codos y un palmo (*), se presentaba en medio de los reales y desafiaba al rey, y á todos los israelitas que estaban en el campo, á particular batalla; con la condicion empero de que el pueblo del vencido se sujetase al pueblo del vencedor. No habia quien se atreviese á aceptar el desafio de un guerrero cuya sola vista infundia el espanto, aunque el rey prometió una hija suya por mujer, con otros aventajados premios, al que le venciese. Dió muestra pública David de que él saldría contra el gigante. Venido el ofrecimiento del jóven David á noticia del rey, y traído á su presencia, viéndole dispuesto á ejecutarlo, y que presumia de matar al gigante, para lo cual traia en su favor y abono, haber peleado y muerto leones y osos estando guardando los ganados de su padre: el rey aceptó su oferta, y le mandó dar sus armas, y de ellas fué armado; mas no pudiendo manejarlas, por no estar acostumbrado, se las desnudó, y las devolvió al rey. Tomó su cayado, escogió del torrente cinco guijarros que metió en el zurrón pastoril, y con la honda en la mano fué donde estaba el gigante filisteo. Sintióse mucho éste viendo á un mancebo con semejantes armas: «Soy acaso algun perro, le dijo, para que vengas con-

(*) Que corresponden como á trece palmos de los nuestros. (Scio. not.)

tra nū con un palo? Ven acá, y yo daré tus carnes á las aves del cielo, y á las bestias de la tierra.—Vengo, respondió David, en el nombre del Señor de los ejércitos, del Dios de los escuadrones de Israel, á los cuales has insultado hoy, y con su favor te mataré y quitaré la cabeza, y de tu cuerpo sucederá lo que del mio has dicho, pues será manjar de aves y bestias.»

Y como Goliath viniese y se acercase hácia David, se apresuró David á tomar uno de los guijarros de su zurrón, que disparó con la honda, y dándole vuelta, hirió al filisteo en la frente, en la cual quedó hincado, derribándole en tierra. No se contentó con esto, sino que corrió á él, y con su propio alfanje le cortó la cabeza. Cuando los filisteos vieron muerto y descabezado al mas valiente de ellos, huyeron: siguió Saul el alcance, mató á muchos, y despues volvieron los de Israel y saquearon el campo enemigo. David tomó las armas del gigante para sí, el alfanje puso despues en el tabernáculo, donde estaba la arca del Señor, y la cabeza, asida por la sangrienta cabellera, llevó á Jerusalem.

La Glosa dice, que por haber Saul prometido de dar su hija por mujer al que matase al gigante, visto que David le habia muerto, llamóle y quiso informarse de su linaje, para ver si era conveniente dársela ó negársela. S. Agustín, tambien referido en la Glosa, dice, que le desconoció por estar ya mas hombre, que cuando le tuvo á su lado por músico. Dió cuenta David de sí, diciendo que era hijo de Isai, y del ilustrísimo linaje de Judá, hallóse presente Jonatás, hijo de Saul, hombre valeroso, de mucha virtud y nobleza; el cual viendo á David, aficionósele sobremanera, tanto que por verle con vestidos pastoriles, él se despojó de la túnica que llevada, y dióla á David con otras ropas suyas, hasta su espada y su arco, y aun su tahali. Saul dió el mando á David sobre alguna gente de guerra, y en todas las expediciones que le confió, dando muestras de valor y de conducta irrepreensible, se granjeó la afición de todo el pueblo, y sobre todo la de los cortesanos de Saul, cuyos zelos naturalmente hubieran debido manifestarse contra él.

Volviendo Saul á su morada, despues de la victoria de David y de la total derrota de los filisteos, salian bailando las mujeres de todos los pueblos y ciudades de Israel por donde pasaban, al son de músicos instrumentos, cantando y diciendo: «Saul hirió á mil, y David á diez mil (*).» Tanto desagradó y enojó esta espresion á Saul, que desde aquel momento concibió un odio implacable y una rabiosa envidia al vencedor del gigante Goliath. «A David han dado diez mil,

(*) Matando David á Goliath merece alabarse como si hubiera muerto á diez mil: elogio bien merecido, pero aplicado indiscretamente por aquellas mujeres. (Scot. not.)

decía, y á mí han dado mil: ¿qué le falta, sino solo el reino? (*)» Resultó de aquí, que el día siguiente, atormentando el demonio á Saul, tomó David la arpa, y la tañía en su presencia, como solía para tranquilizarle: tenía Saul una lanza en la mano, y cegado de la envidia, arrojóla, creyendo que podría enclavar á David con la parez; mas David huyó el cuerpo, y evitó el golpe dos veces (**).

Comenzó pues, Saul á temer de David, viendo que el Señor estaba con este, y que á él le habia dejado; por lo cual le alejó de su persona, dándole cargo de mil soldados, fuera de su casa y corte; y en este cargo tambien David se señaló de manera, que á todo el pueblo era precioso, y amable. Tenía Saul dos hijas y tratabase que daría la mayor, llamada Merob, á David por mujer, habiéndosela prometido públicamente; y no obstante no lo hizo así, antes la casó con Hadriel, hijo de Barcelay, sin que por ello formase queja, ni se mostrase David sentido, antes bien se declaró servidor de Micol, hija segunda del rey; el cual sabiéndolo, no por hacerle bien, sino mal, sin que se entendiese, prometió dársela por mujer, con condicion, que le trajese las cabezas de cien incircuncisos filisteos, para vengarse así de sus enemigos; pareciéndole á Saul que sería esto ocasion de que los filisteos le matasen. Y así decía, no quiero matarle yo, sino muera á manos de los enemigos.

Habiendo agradado á David el concierto, salió con la gente que mandaba, y mató á doscientos filisteos, cuyas cabezas entregó al rey, á fin de llegar á ser yerno suyo. Con esto dióle Saul á su hija Micol por esposa, la cual amó grandemente á David. No por esto cesaba Saul de recelar mas y mas de su yerno, por manera que su aversion hácia él se aumentaba siempre. Y llegó á tal punto este aborrecimiento, con motivo de los insignes triunfos que David alcanzaba en la guerra contra los filisteos, lo cual servía para mas acreditarle y hacer mas célebre su nombre, que llamó á su hijo Jonatás, y á la gente de su casa, y mandóles que matasen á David. Jonatás como buen amigo, avisó de ello á David, por lo cual vivía con cuidado. Entre tanto

(*) La indiscrecion de estas mujeres nos ha de servir de escarmiento para que proframus palabras que puedan indisponer al prójimo contra nosotros ó contra los demas. Al mismo tiempo debemos considerar quanto nos conviene evitar, que no llegue á tomar posesion de nuestra alma ninguna pasion; pero principalmente la de la envidia, la cual precipitó á Saul en las mas horribles crueldades y desvarios; y ella misma es aquella furia que cada día hace los mayores estragos. Saul desde este punto comenzó á mirar á David, no solamente como su sucesor sino como su rival, y quiso castigar en él, no el delito de haber aspirado á la corona, si no el de que le habian aclamado por digno de llevarla sobre su cabeza. Scio, not.

(**) Unos quieren que en la agitacion, con que en esta ocasion fué atormentado Saul, intentó atravesar dos veces á David; otros entienden que esta fue la segunda vez que evitó David este peligro. (Scio, not.)

habló Jonatás á Saul en favor de David, trayéndole á la memoria el servicio que le habia prestado á él y á todo el pueblo israelita con la muerte de Goliat, y que además habia dado pruebas de muy servidor suyo en negocios que le habia encomendado; y que pues no habia causa en él que mereciese la muerte, no pecase contra Dios tan gravemente procurando la muerte de un inocente. Saul se aplacó con lo que Jonatás dijo, y juró que no procuraria mas la muerte á David; y por estar cierto él de ello del mismo Jonatás, volvió á la corte de Saul como antes.

Suscilándo de nuevo la guerra, salió David á campaña y peleó contra los filisteos, destrozando grande número de ellos y ahuyentando los demás. Mas como el espíritu malo, permitiéndolo el Señor, asaltase otra vez á Saul, mientras David tañia la arpa delante de él como tenia de costumbre, Saul le tiró la lanza que tenia en sus manos para traspasarle y enclavarle en la pared; pero David declinó el golpe, y escapó al instante á su casa. El rey envió en seguida sus guardias para que le prendiesen, y luego le matasen; mas por industria de su esposa Micol fué libre, descolgándole por una ventana, y entreteniendo á los que venian á prenderle, con una estatua que hizo de David, y puso en su cama, mostrándola de léjos, y diciendo que se sentia enfermo. Volvieron, pues, á Saul con este recado; y él pertinaz en su indignacion y cólera, mandó que de la cama se lo trajesen para matarle. Llegados que fueron allí los enviados de Saul, y visto el engaño, al tiempo que David estaba ya en salvo, tornaron á Saul refiriéndole el caso, él se enojó con su hija, y reprendiéndola por lo que habia hecho, disculpóse Micol con decir que le habia amenazado de muerte, y que no se atrevió á hacer otra cosa.

Puesto así en salvo David, fué á verse con Samuel en Ramatha, y estando con él y otros profetas, Saul envió, sabiendo que estaba allí, soldados que le prendiesen; los cuales habiendo visto que los profetas cantaban alabanzas á Dios, arrebatados tambien del espíritu del Señor, comenzaron á alabar á Dios como los otros. Sabido esto por Saul, envió otros soldados, y acaecióles lo mismo. Despachó otros por tercera vez, que igualmente se pusieron á cantar las alabanzas de Dios. Entonces Saul, lleno de cólera, marchó él mismo en persona á Ramatha, adonde David y los profetas estaban, y llegando á ellos, desnudóse los vestidos reales y púsose á cantar y á alabar á Dios con los demás delante de Samuel.

Entre tanto huyo David, y viniendo á verse con Jonatás su amigo, éste le consoló y prometió de serle fiel amigo, como lo fué toda su vida; y porque habló en presencia de su padre á favor de David, le dijo palabras afrentosas, hasta el extremo de poner la mano en una lanza para tirársela; mas fué de allí, y avisó á David de todo.

Huyó David á la ciudad de Nobé, donde residia Aquimelech sacerdote, á quien pidió de comer para sí, y para algunos criados que le acompañaban; y por no tener otra cosa sino panes santos, de los cuales solo los sacerdotes podian comer, dióle de ellos. Comió David, y comieron los que iban con él, sin pecar en ello, como prueba el cardenal Cayetano, porque la necesidad suspendió el rigor de la ley. Tomó tambien David de manos del sacerdote el alfange del gigante Goliat, que habia el mismo David ofrecido al templo del Señor, porque se halló sin armas, y huyó á la corte del rey de Geth, llamado Achis: y porque entendió que estaba allí mal seguro, habiendo dicho al rey alguno de sus siervos, que era aquel extranjero el que habia muerto al gigante Goliat; para librarse del peligro fingióse loco, haciendo visajes, torciendo la boca, y echando saliva de ella, por lo cual el rey le juzgó loco y no hizo caso de él. Tuvo lugar David de irse de aquella tierra á otra en la tribu de Judá, en un despoblado, donde habia muchas cuevas, lugar acomodado para fugitivos, y allí se le unieron sus hermanos con toda su familia, como que estaban envueltos en la misma desgracia: se le unieron tambien muchas gentes injustamente oprimidas, y así se le juntaron cuatrocientos hombres que componian un reducido ejército, y de este se hizo principe y capitan.

De aquí tomó ocasion el arcángel S. Gabriel de decir á la sagrada Virgen, cuando le trajo la embajada de que habia de ser madre de Dios, que tendria la silla de David, su padre, el Hijo que pariese; esto es, que así como David cuando primero tuvo silla y mandó gente, haciéndose su príncipe y rey, fué sobre personas afligidas y llenas de angustias y trabajos: así Cristo habia de ser rey de afligidos y trabajados; porque á estas personas dispensa siempre beneficios.

Avisado Saul de que David habia estado en casa de Aquimelech, y de que le dió de cenar á él y á los que iban en su compañía, y el alfange de Goliat: enojado mandó matar á Aquimelech, y á otros ochenta y cinco sacerdotes, vestidos con las vestiduras sagradas, y destruir su ciudad de Nobé. Libróse empero Abiathar, hijo de Aquimelech, y huyó á David, dándole cuenta de lo sucedido.

Después de encomendar David al rey de Moab á sus padres y á otros deudos suyos, en tanto que el andaba desterrado supo, que los filisteos habian puesto cerco á una ciudad de israelitas, llamada Ceila: consultó al Señor, y con mandado suyo, no obstante que su gente por ser poca temia, siendo muchos los enemigos, fué allá y los venció, librando la ciudad, en la que se avecindó. Lo cual siendo sabido de Saul, quiso ir á ponerle cerco; mas antes, por oráculo que tuvo de Dios, se fué David con toda su gente al desierto de Ziph, adonde vino el príncipe Jonatás á verse con él, y los dos confirmaron su amistad. Luego pasó David al desierto de Maon, en donde

Saul le cercó y puso en tanto estrecho, que desconfiaba de poderse librar de sus manos; mas permitió el Señor que los filisteos entrasen por el reino de Saul, y lo pusiesen en aprieto: y con esto le fué necesario levantar el cerco y dejar á David; el cual pasó con su tropa á otro desierto llamado Engaddi, adonde vino Saul con tres mil hombres á cercarle. Sucedió que estando David escondido con sus soldados en una espaciosa y profunda cueva, entró en ella su perseguidor solo é impelido por una necesidad natural, y al verle dijeron á David sus soldados: «He ahí que el Señor entrega en tus manos á nuestro enemigo para que hagas con él lo que te agradare.—No quiera Dios, contestó, que yo ponga la mano en el ungido del Señor.» Y levantándose cortó sin ser sentido la orla del manto de Saul, aunque luego le pesó de haberlo hecho. Salido que fué Saul de la cueva, salió también David siguiéndole, y hablándole en voz alta, dijo: «Mi rey y señor.» Saul volvió la cabeza, y David se inclinó en tierra, reverenciándole y prosiguió: «Por qué das oídos á los que dicen de mí que procuro tu daño? Ahora puedes ver si es así, pues Dios permitió hoy, que vinieses á mis manos, y te pudiera matar, y no lo hice, porque no permita el Señor que yo levante mi espada contra tí, que eres mi rey, y el ungido del Señor. Echa de ver en tu ropa, que quien te cortó de ella este pedazo te pudiera cortar la cabeza. Sea Dios juez entre los dos, y él me haga justicia. Mira, ó rey de Israel, á quien persigues, que no soy para contigo, sino como un perro muerto.» Acabando David sus razones, dijole Saul: «¿No es esta voz la tuya, hijo mio David?» Y al mismo tiempo lanzando un grito, se puso á llorar, y continuó diciendo: «Mas justo eres tú que yo, porque tú no me has hecho sino bienes, y yo te he pagado con males: tú has mostrado hoy el bien que me has hecho, puesto que me ha entregado el Señor en tus manos, y no me has quitado la vida. Porque ¿quién es el que hallando á su enemigo desprevenido le deja ir sin hacerle daño? El Señor te dé la recompensa por lo que hoy has hecho conmigo. Y ahora sabiendo de cierto como sé que tú has de reinar y poseer el reino de Israel, júrame por el Señor que no extinguirás mi descendencia despues de mi muerte, ni horrarás mi nombre de la casa de mi padre.» Juróselo David; con lo cual se retiró Saul á su casa; pero David y los suyos se pusieron en lugares mas seguros.

Estando en el desierto de Pharán y en gran necesidad de mantenimiento, supo David que un hombre rico llamado Nabal, se hallaba cerca de allí en el carmelo en fiesta y comida solemne, por ser tiempo de esquilar las ovejas; envió pues á rogarle que atendida su necesidad y la de su gente, les enviase alguna cosa que comiesen, y participasen todos de su comida y fiesta. Nabal, que era hombre duro, al oír la embajada de David respondió desabridamente, menos-

preciando á David, llamando á sus soldados fugitivos y esclavos, sin darles cosa alguna. Tenia Nabal por muger á Abigail, la cual era prudentísima y hermosa, y siendo avisada de la respuesta que dió su marido á los mensajeros de David, hizo cargar bestias con pan y vino, carne y fruta, y fué con ello á David; el cual enojado de la descortesía de Nabal, iba con sus soldados á destruirle. Como Abigail le vió venir, derribóse á sus pies, y tales razones le supo decir, ofreciéndole el presente que llevaba, que David se aplacó y depuso su enojo.

Coligese de aquí que por ser alavado este hecho de Abigail por los doctores sagrados, puede licitamente la mujer tomar de la hacienda del marido alguna parte para dar limosna; de manera que resulte en bien de su alma ó cuerpo.

Dió otro dia cuenta á Nabal su marido de lo que habia hecho, y de como David venia con su gente determinando de matarle; y fué tanto el sentimiento que tuvo, que se quedó como piedra, y al décimo dia murió. Súpolo David, y envió mensajeros á Abigail, si queria ser su muger: ella lo aceptó, y se celebró el casamiento, y juntamente con ella tuvo otra muger á este tiempo, llamada Achinoam. No pecó en esto David, porque por particular dispensacion de Dios le fué licito, así á él, como á otros Padres antiguos de la ley natural, y escrita, el tener muchas mujeres, concurriendo justas razones y causas cuya esplicacion no es de este lugar. Pero ya antes Saul habia dado su hija Micol, muger de David, á otro hombre principal de los hebreos.

Avisaron á Saul que estaba David en el desierto de Ziph en el cerro de Hachila. Fué hallá con tres mil hombres á prenderle, tornando de nuevo á su dureza y desagradecimiento contra David; el cual bajó de noche al campamento de Saul, y entró en la tienda de éste con Abisai su pariente, hermano de Joab, estando el rey durmiendo profundamente, y cuantos le rodeaban. Dijo pues Avisai: «Señor, Dios ha puesto hoy en tus manos á tu enemigo, ahora voy á elavarle una lanzada, y no será menester repetir el golpe.—De ningun modo le mates, respondió David. ¿quién puede alzar la mano contra el ungido del Señor sin cometer pecado?» Así el magnánimo David se contentó con llevarse la copa y la lanza de Saul. Cuando se vió á alguna distancia del campamento, comenzó á gritar reconvieniendo á Abner, capitan de Saul de lo mal guardado que el rey estaba. Conoció Saul la voz de David, y se persuadió de que, pudiendo, no habia querido quitarle la vida; y con las lágrimas en los ojos confesó su maldad, y le dijo: «He pecado: vuelve, hijo mio, que de hoy en adelante me guardaré de hacerte mal alguno, pues me has mirado con ojos de compasion.» David respondió: «Venga acá quien lleve

tu lanza, y el Señor dará á cada uno el premio segun su justicia y obras.» Repuso Saul: «Bendito seas, hijo mio David; tú vivirás y serás poderoso.» Y con esto cada uno se recogió y partió con su gente por su parte.

Fué David con los seiscientos hombres de guerra que le acompañaban á Achis, rey de Geth, llevando consigo sus dos mugeres Abigail y Achinoam: y dióle el rey la ciudad de Siceleg, donde estuvo cuatro meses, y desde allí entraba en tierra de filisteos sujeta á otros reyes de aquella nacion, y haciales grandes daños. Este rey Achis, dice la Glosa interlineal, que fué hijo del otro, en cuya presencia David se fingió loco para librarse de sus manos, el cual amaba á David por su virtud y buena fama; y porque estaba cierto que Saul tenia á David por enemigo, y le perseguia, pensaba que de la tierra y gente de Israel traia despojos, siendo así que eran de los mismos filisteos que vivian en la tierra de promision, teniéndola ocupada á los israelitas, por cuyo motivo licitamente les hacia la guerra; y á fin de que Achis no lo descubriese, asolaba David el país sin dejar hombre ni mujer con vida: «No sea caso, decia, que hablen contra nosotros.»

Acaeció entre tanto que los filisteos reunieron un numeroso ejército contra Saul, y siendo llamado Achis tambien á esta expedicion, llevó consigo á David, suponiendo por el daño, que pensaba que habia hecho á Saul, y á los israelitas, le serviria fielmente en la jornada. Es de creer que iba David de mala gana, y que rogaba á Dios que le aconteciese cosa por donde él no tuviese que levantar espada contra Saul y su gente, y así se lo concedió, porque visto de los sátrapas y gente principal de los filisteos, aunque respondia de él Achis, le mandaron volver á su ciudad de Siceleg. Todo fué ordenado de Dios, porque llegando á Siceleg, halló que los amalecitas habian entrado en la ciudad por fuerza y puéstola á saco, llevando cautivos á todos los que hallaron en ella, por ser gente desarmada, estando con David los que la pudieran defender. No mataron persona alguna, sino llevaron los cautivos, y robáronles sus haciendas, poniendo fuego á las casas. A David llevaron sus dos mugeres cautivas, Abigail y Achinoam, con su hacienda; y no bastándole la pena que por esto sintió, sus soldados y los vecinos de la ciudad que andaban con él, vista su pérdida, con rabia y ansia mortal quisieron apedrearle, pareciéndoles que tenia culpa en aquel daño, por haber dejado el lugar sin presidio y guarda. David los aplacó del mejor modo que pudo: y habiendo consultado al Señor con su licencia y sus seiscientos soldados fué en seguimiento del enemigo. Llegó al torrente Besor donde se quedaron cansados doscientos de ellos, á los cuales mandó David dejar en guarda de todo el bagage, y muy á la ligera pasó adelante con cuatrocientos.

tos hombres. Hallaron un mozo egipcio, criado de los amalecitas, que se habia quedado en el camino desmayado: diéronle de comer y beber, y tornando en sí, guiólos, por conocer bien la tierra, y ballaron á los amalecitas descuidados y muy contentos, comiendo y bebiendo, pareciéndoles que ya tenian la presa en salvo. Dió David de improviso sobre ellos, y antes que pudiesen acordar de juntarse y defenderse, fueron desbaratados y puestos en fuga. Siguiólos David un dia natural, y volvió luego con gran victoria y despojos, quedando libres todos los que en Siceleg habian sido cautivos, y las dos mujeres de David, el cual mandó dar igual parte de lo ganado de los enemigos á los doscientos hombres que habian quedado en guarda del bagage, aunque con título de cansados, como á los cuatrocientos que habian peleado, quedando así por ley en Israel.

Entre tanto trabóse la batalla entre los filisteos é israelitas: Israel fué derrotado, y se cubrieron de cadáveres los montes de Gelboé: tres hijos de Saul, á saber, el principe Jonatás, con Aminadab y Melchisua, quedaron en el campo, y el mismo Saul fué herido de gravedad; el cual viéndose á punto de caer en manos de sus contrarios, llamó á su escudero para que le diera la muerte. No le obedeció el escudero, y Saul se arrojó sobre su espada y se suicidó. Un hombre que presenció aquella escena, cogió la corona y el brazalete del rey y abatido su semblante, rasgados sus vestidos, y cubierta de polvo su cabeza fué corriendo adonde David estaba, y se postró ante el nuevo monarca en el momento que pudo divisarle. «¿De donde vienes? le preguntó David. — Del campo de los israelitas, respondió el jóven: se ha dado la batalla; Israel ha huido, y entre el crecido número de muertos se hallan Saul y sus hijos. — ¿Por donde lo sabes? — Hallábame en la montaña de Gelboé, y ví arrojarse á Saul sobre la punta de su lanza para darse la muerte, y me llamó estando ya para caer en manos de los filisteos: acercate, me dijo, y acaba de matarme antes que llegue el enemigo. Cumpli sus órdenes, persuadido de que ya nó le era posible salir de su agonía.» Figurábase este hombre que el nuevo rey le habia de agradecer la muerte dada á su enemigo, y así añadió: «Le arrebaté la diadema de su frente, y el brazalete de la mano para venir á presentártelos. — ¿Qué has hecho, desgraciado, exclamó David! ¿cómo te has atrevido á poner tu mano en el úngido del Señor? Tú mismo te has condenado diciendo: he muerto al que Dios habia ungido para reinar sobre su pueblo.» Mandó luego que le diesen la muerte, lo cual se ejecutó sin dilacion alguna. Lloró David la desgracia de Saul, y manifestó que su dolor era profundo y cordial en el cántico lúgubre que compuso é hizo cantar en todo Israel.

Después de haber honrado la memoria de Saul, consultó David al Señor lo que habia de hacer; y en virtud de la respuesta divina se

dirigió con su gente á la ciudad de Hebron, tierra de Judá, donde fueron á rendirle homenaje los ancianos de esta tribu, y le ungieron y reconocieron públicamente por su rey, porque antes habia sido ungido en secreto por Samuel; en tanto que las otras once tribus daban la corona á Isboeth, hijo de Saul, por la industria y poderoso influjo de Abner, capitan que fué de Saul; mas este príncipe carecia de fortaleza de ánimo y no era capaz de gobernar por sí mismo. Empezó contra David una guerra que duró cinco años, en que se vió desairado por la fortuna. Abner le abandonó, y abrazó el partido de su competidor, quien le acogió con benignidad. Desde aquel momento empleó todos sus esfuerzos en apartar á las once tribus de la obediencia de Isboeth, y en persuadirles que reconocieran á David á quien Dios mismo habia elegido por soberano de Israel. Siguiéron ellas este consejo, y enviaron á David el siguiente mensaje: «La sangre que corre por nuestras venas es toda de un mismo origen. Aun reinando Saul, tú eras el que capitaneaba á Israel; y á ti te ha dicho el Señor: Tú apacentarás á mi pueblo de Israel, y tú serás mi caudillo.» Antes de recibir este mensaje habia mandado matar á los traidores Rechab y Baana, los cuales mataron, estando durmiendo, á Isboeth, y cortándole la cabeza, se la llevaron á David, esperando de él mercedes, porque le quedaba el reino sin contrario; y esto ayudó indudablemente á que se le juntasen en Hebron todas las tribus de Israel.

De treinta años era David cuando comenzó á reinar, y reinó cuarenta años, siete y medio en Hebron, y los demás en Jerusalem. La cual ciudad ganó á los jebuseos que eran del linaje de Canaan; y de cuyo punto aun no habian podido apoderarse los israelitas desde que á Palestina llegaron. Mandó edificar en ella el alcázar de Sion, y la amplió señalándola para capital del reino, y la corte de los reyes: y poco despues el trono de la religion cuando el arca de la alianza hubo entrado en sus muros. Alcanzó luego David dos insignes victorias contra los filisteos. En sus banderas traia pintado un leon, por el que mató siendo pastor; segun dice Guebrardo, y por su ocasion le trajeron los demás reyes de Judá. Luego que tuvo paz en su reino, estando ya en pacífica posesion de él, y sus enemigos por temor que le tenian, no osando enojarle, procuró que la arca del Señor estuviese en lugar decente, adonde el pueblo fuese á orar.

El arca de la alianza habia sido depositada en casa de Abinadab desde que los filisteos la restituyeron. Saul durante su reinado no pensó en llevarla á un sitio mas decoroso. A la piedad de David estaba reservado el honor de trasportarla á Jerusalem, y el de ser aplaudido con estrepitosas y repetidas voces cuando manifestó al pueblo de Israel su religioso designio. Hizo desplegar en su palacio un pabe-

Hon magnífico para recibirla; mandó á todos los sacerdotes y levitas venir de todas partes á dar con su presencia mayor solemnidad á tan augusta ceremonia, cuya pompa fué digna del precioso monumento que se miraba cual trono de la magestad divina. Púsose el arca santa sobre un carro nuevo de bueyes que se construyó con este fin, segun el parecer del mismo Abinadah, faltando en esta parte á lo mandado por Dios en el libro de los números, que fuese en hombros de levitas: un inmenso gentío iba en su derredor entonando los cánticos sagrados compuestos por el mismo rey para realzar la gloria de aquel día; el aire retumbaba al son de mil instrumentos músicos; todo era regocijo, todo era triunfo y gloria; mas un incidente desgraciado derramó una gota de hiel en la copa de tan plausible alegría. Inclínose á un lado el arca, y fué de manera que iba á caer: un levita llamado Oza levantó la mano para sostenerla, y murió en el acto en castigo de su temeridad (*) porque quebrantó la ley que prohibía á los levitas tocar el arca con pena de muerte. La vista de este castigo atemorizó á David y no osó llevar el arca á su casa, sino quiso que estuviese depositada en casa de un varon virtuoso, llamado Obedeon, en la cual estuvo tres meses, derramando en ella el Señor copiosas bendiciones y todo género de prosperidades.

Nótese que en esto mostró David su humildad, teniéndose por indigno de hospedar en su alcázar de Sion el arca, y que por recibirla Obedeon con humildad, le hizo Dios bien á él y á toda su casa. Espere, pues, recibir lo mismo del Señor el que dignamente recibe el Santísimo Sacramento figurado en el arca.

Tranquilizado David; y viendo que el arca era un manantial de felicidad, volvió al pensamiento de trasladarla á su palacio, y tomó cuantas precauciones requería la santidad del depósito. Fué á casa de Obedeon con los ancianos de Israel y los oficiales de su ejército. Sobre sus hombros llevaban los sacerdotes el arca, y á cada seis pasos inmolaban las víctimas del sacrificio. Seguía un coro de levitas tocando instrumentos armoniosos y haciendo retumbar los cielos con cánticos que todo el pueblo repetía animado en su fervorosa devoción con las melodiosas y sublimes vibraciones del arpa de David. Iba el inspirado rey desnudo de las vestiduras reales y vestido de finísimo lino blanco delante de ella, y en el transporte de su alegría, con humildad grande, tañía el arpa y danzaba á un tiempo mismo; y así hechos

(*) La ley mandaba que el arca fuese llevada por los levitas de la familia de Gaab (Núm. 4, 15); y Oza interpretando la ley á su arbitrio, fué de parecer que el arca fuese en carro y no en hombros de levitas, como Dios mandaba. De aquí es que recaía sobre él la culpa de todo lo que podría sobrevenir al arca. Los intérpretes creen comunmente que el castigo de Oza fué solo temporal, y que Dios le dió lugar de arrepentirse de su falta antes de morir. (Scio, not.)

muchos sacrificios, y puesta el arca en su lugar, dando á todos los que se hallaron presentes una espléndida comida, los despidió.

Habiale sido restituida á David su mujer Micol, luego que Abner dejó de seguir á Isboseth, quitándose la el mismo Isboseth á Phalti, del cual dice San Gerónimo, que no la conocia carnalmente por no ir contra lo que la ley mandaba, y tambien por temor á David, de quien se decia que habia de ser rey. Habiendo, pues, visto Micol lo que David hizo delante del arca, le disgustaron tan vivas muestras de fervorosa devocion; y asi cuando salió á recibirle, díjole con ironia: «Mucho se ha honrado hoy el rey de Israel, descubriéndose delante de las criadas de sus siervos, y desnudándose como si se desnudara un bufon.» Respondióle David: «Delante del Señor, que me escogió mas bien que á tu padre, y á toda su casa, y me mandó que fuera yo caudillo sobre el pueblo del Señor en Israel, danzaré, y me haré mas vil de lo que me he hecho: y entiende, que cuanto mas despreciable y vil aparezca en mis ojos, tanto mas glorioso y grande seré en presencia del Señor.» Micol fué estéril toda su vida porque asi se habia burlado de David, cediendo á un sentimiento de soberbia.

Viendo David cimentado su trono, y sin temor de enemigos, se propuso edificar un templo al Señor; mas antes de comenzar la obra, parecióle conveniente consultar al profeta Natan, y díjole: «Ves que yo habito en una casa de cedro, y el arca de Dios está colocada debajo de un pabellon de pieles.» Entendió al rey el profeta, y le confirmó en su idea; mas á la noche siguiente Dios habló al profeta Natan, y mandole que dijese de su parte á David, que no era su voluntad le edificase el templo, porque habia derramado mucha sangre; sino que lo dejase para un hijo suyo, cuyo reinado seria mas pacífico, y sin quien le hiciese guerra; agradeciéndole emperó su buen deseo.

Colíjese de aquí que no siempre el espíritu divino iluminaba el espíritu del profeta, sino cuando era su voluntad; y por lo mismo se sigue, que podian ellos hablar cosas como hombres particulares, y no acertar en ellas; aunque todo lo que de ellos se halla escrito, y nos lo propone la Iglesia por cosa suya, porque fué dicho en cuanto á profetas, es infalible verdad. Lo mismo sucede en los sumos pontífices, de los cuales cualquiera que define y determina como de fé alguna cosa, en cuanto sumo pontífice y cabeza de la Iglesia, guardando las debidas circunstancias, su determinacion es de fé: y con esto puede, en cuanto hombre particular, seguir alguna opinion; no del todo cierta.

Sabida de David la voluntad de Dios, de que no él, sino su hijo, le edificase templo, por la razon significada, dióle gracias por ello, mostrándose muy obediente. Y entendiendo que á él le daba encargo de hacer guerra á los idólatras, tomólo tan de veras, que á los filisteos

y á los moabitas, después de haberlos vencido, hizo que le pagasen tributo. Al rey de Saba, llamado Adarezer, que vino favorecido de gente de Siria, á sujetar á los que vivian junto al rio Eufrates, tambien le venció David, malándole mucha gente; y dejando á los de Siria sujetos, volvió á Jerusalem con grandes riquezas de oro, y de otros metales, que sirvió á Salomon despues en la fábrica del templo.

Estando David en grande prosperidad, acordóse de Jonatas su amigo, y sabiendo que quedaba un hijo suyo llamado Miphiboseth, lisiado de los dos pies, mandó á un criado suyo, que lo habia sido de Saul, llamado Siba, que de todas las tierras y patrimonio que fueron de Saul, tomase posesion en nombre de Miphiboseth, y que le diese los productos, y quiso además que residiese en su corte.

Supo David que habia muerto el rey de los ammonitas, con quien tuvo particular amistad: envió embajadores á Hannon, hijo suyo, creado nuevo rey, para consolarle de la muerte de su padre y darle el parabien de su nuevo reinado. No faltaron entre sus cortesanos quienes le dicesen que David enviaba aquella gente para espiar la tierra; creyolo el rey y mandó prender á los embajadores, y para castigarlos y afrentar á David, mandóles raer la mitad de la barba, y cortar los vestidos por lugar vergonzoso: y de esta suerte los despidió. Avisado David del suceso, mandó detener á los embajadores en Jericó, hasta que les creciesen las barbas, y envió á Joab contra los ammonitas: venciólos una vez en el campo; mas rehiciéronse, y juntaron grandes fuerzas de vecinos de los de Siria, los cuales por librarse del tributo que pagaban á David, trataron de favorecerle. Salió David en persona contra ellos, venciólos, y mató á muchos. Los que quedaron con vida de los ammonitas, hiciéronse fuertes en la ciudad de Rabbach; los de Siria tornaron á la obediencia de David, el cual volvió á Jerusalem, y envió sus ejércitos con Joab á cercar la ciudad de Rabbach. Tomóse despues de largo cerco; y fué quitado el reino de los ammonitas á Hannon, y dado á un hermano suyo; y así vengó David la afrenta hecha á sus embajadores, y quedó firme la amistad que tuvo con el rey de los ammonitas, padre de estos dos hermanos; el cual, como se ha dicho, tuvo consigo en el tiempo que David anduvo desterrado, á sus padres, y parientes, y les hizo mucho bien.

En medio de la gloria que este sabio y piadoso príncipe habia alcanzado con sus virtudes y hazañas, se estravió por un momento, y con su ejemplo mostró quanto debe temer el hombre su propia flaqueza y precaverse de los peligros á que está espuesta. David, el hombre formado segun el corazón de Dios, gran rey y gran profeta, cometió dos crímenes enormes, adulterio y homicidio. Durante el cerco de Rabbach, y estando David en Jerusalem, pascándose cierto

dia por la azotea de su palacio, vió bañarse á una mujer muy hermosa llamada Bersabé, esposa de Urias, uno de los principales oficiales de su ejército y que le habia acompañado mientras anduvo desterrado de Israel. Mandóla venir á palacio y cometi6 con ella adulterio. Para ocultar este delito, David envi6 luego á llamar á su marido Urias, para que tratando con su mujer el adulterio se encubriese. Mas venido, aunque el rey le detenia consigo, y procuraba que comiese y bebiese con exceso, no pudo acabar de él que fuese á su casa, ni que viese á su mujer; alegando que no parecia bien que estuviese su general en el campo con su ejército; y él regalándose y dándose á deleites; por lo cual David tom6 otro acuerdo, y fué que le dió una carta en que mandaba á Joab, que espusiese á Urias en lo mas trabado del combate y le abandonase á la muerte: todo lo cual cumpli6 Joab, y Urias pereci6 desamparado por su gefe, y David se despos6 con Bersabé.

De este hecho se advierte, primero, que es malo ponerse en ocasion de pecar. Mal hizo Bersabé en bañarse en lugar descubierto, y mal hizo David en mirarla atentamente, siendo hermosa. Segundo, adviértase que un pecado trae otro pecado, y por lo mismo debe procurar salir pronto de él, quien lo cometiere, para escusar este daño. Tercero, que pens6 David encubrir su adulterio con la muerte de Urias, y fué esto causa de que se publicase, pues no hay suceso en aquel tiempo de que tanto se hable. Y cuarto, que nadie confie mucho de sí viendo á David en tan gran alteza, tan privado de Dios, caer en tanta bajeza y miseria.

Muerto Urias, envi6 Dios al profeta Natan á David para hacerle ver la enormidad de su delito y anunciarle su justo castigo. Fué el profeta al palacio de David, y le pregunt6 qué pena merecia el que teniendo muchas ovejas, habia tomado á un pobre una sola que posea. David, irritado en estremo, respondi6 que aquel hombre mereceria la muerte. Replic6 el profeta. «Ese hombre eres tú: tenias muchas mujeres, Urias una sola, y se la quitaste, y sobre ello le has dado muerte con la espada de los ammonitas. En castigo de este delito dentro de tu casa habrá cuchillo que hiera y mate largo tiempo; y porque le deshonoraste la mujer, aunque fué en secreto, no faltará quien en público, y á vista de este sol, deshonre las tuyas.» Pene-trado David de las reconvencciones del profeta, reconoci6 su culpa, y exclam6 con profundo dolor: «Pequé contra el Señor.» Dios acept6 el sacrificio de su humillacion y penitencia, é inspirando á Natan, dijo éste: «El Señor, que ve tu dolor, te ha perdonado tu culpa; no morirás; pero porque has sido causa de que los enemigos del Señor blas-femasen contra él, morirá el hijo que te ha nacido del adulterio.» Dicho esto, Natan se retir6, y en efecto, el Señor hiri6 al niño, el cual

cayo enfermo luego que nació: recogióse David en su aposento, ayuno y rogó á Dios por la salud del niño; juntáronse los principales de su casa para consolarle, y ni los oyó, ni quiso comer. Murió el niño al séptimo dia de su nacimiento, y no habia quien se atreviese á decirlo al rey: pensaban que quien tanto sentimiento hizo por la enfermedad, mas se desconsolaria cuando supiese su muerte. Entendiólo el rey, y cierto ya de la muerte del infante, vistióse, lavó su rostro, entró en la casa del Señor y le adoró. Volvió despues á su palacio, pidió que le pusiesen la mesa, y comió. Dijéronle sus domésticos: «Cuando el niño aun vivia, llorabas y ayunabas, y ahora que ha muerto te has levantado y has comido.—He ayunado, respondió David, y llorado por el niño, porque suplicaba á Dios que le sanase; mas ahora que es muerto, ¿A quién he de ayunar? ¿Por ventura podré restituírle á la vida? Antes bien iré yo á él; pero él no volverá á mí.»

Tubo David otro hijo de Bersabé, que fué Salomon, y á quien amó el Señor, el cual dió palabra á David que seria rey despues de sus dias, y así se cumplió. Con todo aun no era suficientemente espíada la culpa de David. Absalon, otro de sus hijos, primero hizo matar por sus criados en un convite á su hermano Amnon, que era el primogénito, para vengar la afrenta que éste hizo á Tamar, su hermana por parte de madre desonrándola con violencia. Luego, despues de haber vuelto á la gracia de su padre, se reveló contra él, formando un partido numeroso para destronarle. David, que á la sazón tenia mas de sesenta años, se vió en la precision de huir, saliendo de Jerusalem por no esponer su capital á las calamidades de un sitio: pasó el torrente Cedron y subió á la colina de los Olivos, caminando descalzo, cubierta la cabeza, y los ojos arrasados en lágrimas. En esta situación llegaron los sumos sacerdotes Sadoch y Abiathar, acompañados de los levitas que traian el arca de la alianza, pero David les dijo: «Volved el arca á la ciudad; que si yo hallare gracia en los ojos del Señor, me volverá allá, y me dejará ver otra vez su arca y su tabernáculo. Y si me dijese: no eres acepto á mis ojos; á su disposición estoy, haga de mí lo que fuere de su mayor agrado.»

Absalon entró como en triunfo en Jerusalem, y usando de la mayor maldad y bajeza que pueda imaginarse, hizo armar una tienda de campo en un lugar público, y poner dentro una cama, y allí á vista de todo Israel, conoció carnalmente á las diez mujeres concubinas de su padre, que habian quedado en Jerusalem para guardar el alcázar; cumpliéndose así lo que el profeta Natan habia dicho, que si David deshonoró en secreto la mujer ajena, otro deshonoraria las suyas en público.

Iba David afligidísimo de su camino, descubierta la cabeza y los pies descalzos, derramando lágrimas en abundancia, y al subir por el

monte de las Olivas, se le presentó Siba, mayordomo de Miphiboseth, con un regalo de pan y vino y otras cosas en dos jumentos; preguntóle David por su señor, y respondió, que quedaba en Jerusalem; añadiendo con mentira y falsedad, que había dicho que aquel día le sería restituido el reino de su padre. Oído esto de David, sin otra información, hizo merced á Siba de toda la hacienda de Miphiboseth. Cuando David llegó á Bahurim, salió de esta ciudad un hombre de la parentela de Saul, llamado Semei, el cual tirando piedras al rey y á los que le acompañaban, decia maldiciones. Pidió licencia Abisai, hermano de Joab, para salirle al encuentro y matarle; mas David le detuvo diciendo, déjalo que me maldiga y afrente, que no se atrevería á hacerlo si el Señor no se lo mandára; el cual puede ser que me perdone y libre de este trabajo si sufriere yo pacientemente esta afrenta, que tengo muy bien merecida. En este hecho mostró David grandemente su paciencia y humildad.

La mansion de Absalon en Jerusalem dió á David tiempo para repararse y engrosar sus filas, en un lugar fuerte y seguro á la otra parte del Jordan. Empezó por fin el hijo rebelde su movimiento, y con toda la gente que le seguia, pasó también el Jordan, y sentó su campo frente al de su padre, para darle batalla. Quería David mandar en persona; pero le representaron que era preciso que no espusiese su vida; y así se retiró, mandando antes á sus oficiales que le guardasen á Absalon, y no lo matasen.

Vinieron á las manos ambos ejércitos cerca de un bosque: el de Absalon fué vencido y destrozado por el de David, y murieron á cuchillo y despeñados en las simas, veinte mil israelitas. Absalon, vista su perdicion, huyó cabalgando en un mulo, y llevando desarmada la cabeza, los cabellos que eran muchos y muy estendidos, al pasar debajo de una frondosa y grande encina, se le enredaron en las ramas de tal manera, por ir sueltos, que pasando adelante el mulo en que iba montado, quedó él colgado en el aire. Fué visto de un soldado, y dió parte de ello á Joab, quien le reprendió porque no le había muerto; mas escusose el soldado con decir que había oido mandar á David que nadie le matase. No obstante esto, fué Joab donde estaba Absalon, y clavóle en el corazon tres dardos ó rejonés; y como todavía palpitase, acudieron corriendo diez jóvenes escuderos de Joab, y le acabaron de matar á cuchilladas: su cuerpo fué échado en una sima de aquel bosque, y sobre él un elevadísimo monton de piedras.

Mandó luego Joab tocar las trompetas y cesar la pelea, dando lugar á los rebeldes que volviesen á sus casas, no queriendo que muriesen mas de ellos. Llegó el parte de la victoria al campo de David, quien preguntaba angustiado: «¿Vive mi hijo?» La respuesta le dió á entender que Absalon había muerto. Y el tierno padre abismado en su

dolor, encerróse en un lugar apartado y solo, donde le lloró amargamente, repitiendo muchas veces esta palabra: «¡Hijo mio Absalon! ¡Absalon hijo mio! ¡Quién me diera morir en lugar tuyo!...»

En la amistad que tuvo David con su hijo se nos da á entender la que tiene Dios con el hombre. Dios es el primero que ama, y el postrero que deja de amar. Primero por el pecado deja de amar el hombre á Dios: que Dios deje de amarle, y así cuadra á este propósito lo que dice el mismo Dios en el Apocalipsi, yo soy primero y postrero.

Turbóse todo el ejército, y la alegría de la victoria se convirtió en pesar visto lo que David hacia. Mas entrando Joab en el aposento donde el rey estaba, díjole: «¡Qué extremos son estos, señor, que has puesto el ejército en confusión, y afligido á los que te han dado la victoria! amas á los que te aborrecen, y aborreces á los que te aman. Te juro pues por el Señor, que si no salieres, y hablando no satisficieres á tus siervos, ni uno solo ha de quedar contigo esta noche; y peor será esto para ti que todos los males que han venido sobre tí desde tu juventud hasta el presente.»

Con esto el rey se levantó, mostrose al ejército, y agradeciéles el buen modo que se tuvo en la batalla, y mandó decir á los que fueron de la parte de Absalon, que no temiesen, que á todos perdonaba. Redújose, pues, todo Israel al servicio de David: y Semei, el que le maldijo al salir de Jerusalem, y le arrojaba piedras, llegó de los primeros á besarle la mano, y pedirle perdon. Abisai, hermano de Joab, muy enojado de ver á Semei delante del rey, dijo: «¿Piensa este buen hombre solo con palabras satisfacer, habiendo maldecido al ungido del Señor?» Mandó David callar á Abisai, y dió palabra con juramento á Semei de que no moriría por el delito cometido. Miphiboseh tambien llegó á David, y dióle queja de que Siba le habia dejado solo, sin quererle obedecer, habiéndole mandado que 'aparejara un asno para ir en seguimiento de su rey, pues él era impedido de los pies; y que sobre esto le habia falsamente acusado de lo que nunca habia imaginado. En todo esto dijo verdad Miphiboseth, mas no bastó para que David anulase la disposicion que contra él, sin oírle, habia dado, haciendo señor de su hacienda á Siba: solo mandó que la dividiesen entre los dos (*) Vuelto David á Jerusalem, puso á las diez con-

(*) Esta resolusion de David da á entender que no quedó convencido de la inocencia de Miphiboseth, y que solo por un efecto de su bondad mandó devolverle la mitad de sus bienes. Si es verdad, como creen muchos intérpretes, que Siba estaba presente, su silencio mismo le condenaba; y si estaba ausente, David podia llamarle y apurar la verdad. Entre tanto quedó castigado el inocente, y el calumniador recompensado; y esto por aquel rey que se tenia por el mas justo de la tierra. Esto mismo avisa á los reyes que temen mucho á los lisonjeros. (Scio, not)

cubinas, que habia Absalon viciado, en una casa separada, donde la suministró alimentos, sin mas tratar con ellas.

Pasado esto hubo grande hambre en el reino de Israel, que duró tres años: reveló el Señor á David, que venia aquel azote por un pecado que Saul habia cometido contra los gabdonitas, quitando las vidas á algunos de ellos. Mandólos David llamar, y preguntóles con qué se satisfarian de aquel agravio. Respondieron ellos que no querian plata ni oro. Mas ya que Saul habia muerto á muchos de su nacion, querian que muriesen igualmente algunos de su linaje. Consultando sin duda David al Señor, y sabiendo que su voluntad era que diese á los gabaonitas la satisfaccion que pedian, perdonó á Miphiboseth hijo de Jonatás, y puso en manos de aquellos, dos hijos de Saul, nacidos de Repha, concubina suya, y cinco hijos que Micol habia adoptado, habiendo nacido de Merob, su hermana, y de Hadriel: los cuales fueron crucificados juntos en el monte vecino á Gabaa, como victimas de espacion. Con este sacrificio se aplacó el Señor, y envió lluvia sobre la tierra, y cesó el hambre.

Considérese en este hecho el rigor de la justicia divina contra los pecadores: muchos años habian pasado desde que Saul cometió aquel delito de crueldad contra los gabaonitas matando algunos de ellos; y muerto Saul, y perdido el reino, Dios no se aplacó hasta que crucificaron á sus hijos y nietos. Nadie se alreva á pecar, diciendo Dios es misericordioso, porque aunque lo es infinitamente, tambien es justo, y hasta hoy nadie pecó que mas ó menos tarde no pagase la pena de su pecado. Considérese, asimismo, que Dios muchas veces castiga todo un reino por culpa de uno.

Mandó David á Joab que hiciese la numeracion ó encabezamiento de toda la gente de Israel: halláronse de la tribu de Judá quinientos mil hombres de guerra, y de las otras tribus ochocientos mil, no contando las mujeres ni los viejos, ni niños. Pero advirtiendo David demasiado tarde, que en hacer este censo habia obrado movido de una oculta vanidad y soberbia, le remordió la conciencia, y pidió perdon á Dios de su pecado. Envióle el Señor el profeta Gad, quien le dijo, que por su contricion Dios le perdonaba la culpa; mas para castigo y pena de ella le daba á escoger una de tres cosas: siete años de hambre, tres meses de guerra, ó tres de peste. Consideró David, y dijo para sí: Si pido hambre, á mi que pequé, y por quien viene el azote, poco ó nada me alcanzará; si pido guerra, sucederán muchas insolencias, crueldades y desafueros, de las cuales seré yo siempre el mejor librado. Respondió, pues, al profeta: «Señalo la peste, porque es mejor caer en manos de Dios, cuyas misericordias son sin número, que en manos de hombres.» Vino luego tan grande peste, que desde la mañana á la tarde murieron setenta mil hombres. Tan horrible estra-

go llenó á David de dolor y consternacion: trocó las vestiduras reales con el austero traje de penitencia, postróse en tierra, y levantando los ojos vió en el aire sobre la era de Areuna Jebuseo, un ángel con la espada desnuda en la mano, la cual estendía sobre Jerusalem: «Yo soy, esclamó, el que he pecado, yo el que he obrado inicua- mente: conviértase sobre mi tu ira, y ten piedad de este infeliz pue- blo.» Movidó Dios de sus ruegos y lágrimas, le mandó por el profe- ta Gad que levantase un altar, donde habia visto el ángel, y le ofre- ciere en él sacrificio. Obedeció David: fué á la era de Areuna quien luego que vió al rey y supo el objeto de su visita, ofrecióle graciosa- mente la era, y los bueyes con que araba, para que los sacrificase, y leña; mas David no quiso aceptarlo sino por su precio, y pagán- doselo, levantó altar y ofreció el sacrificio, con el cual Dios se apla- có, y cesó la peste inmediatamente en Israel.

Nótese aqui en confusion nuestra, lo que este santo rey hizo, que no quiso ofrecer á Dios en sacrificio, sino lo que le costase dinero; nosotros ofrecemos á Dios de ordinario palabras, ó deseos, que todo cuesta poco, y obras y hacienda pocas veces, porque cuesta mucho.

Estaba ya David muy viejo, y su cuerpo tan helado y frio, que sus vestidos no le daban calor; por lo cual sus cortesanos le busca- ron y le casaron con una doncella jovencita y muy hermosa, llama- da Abisach Sunamitide: esta le regalaba, y le asistia, aunque del casamiento quedó doncella como lo era antes que se casase. La Glo- sia dice que se figuró en este desposorio el de Cristo y su Iglesia.

Salomon fué entre los hijos de David el que Dios escogió por su- cesor de su padre, á quien habia ya declarado su voluntad; mas aun permanecia secreta esta eleccion. Cuando por su ancianidad iba el rey poniendo el pié en el borde del sepulcro, todo Israel tenia en él fijos los ojos, ansiando ver á cual de sus hijos señalaria por sucesor. Su primogénito Adonías, de hermosa figura y de altos pensamientos, tomo la iniciativa, y dijo con arrogancia: «Yo reinare.» Se equipó de carruajes magníficos, y principió á darse aires de soberano, pa- seando por la capital rodeado de guardia de caballeria y precedido de cincuenta hombres que corrian delante de él. Favorecian sus pre- tensiones Joab, y Abiathar sacerdote; con cuyo auxilio congregó fue- ra de la ciudad cerca de una fuente llamada Rogel una gran multi- tud, hizo un gran sacrificio de carneros y becerros y luego un gran convite, para obsequiar á los confidentes de su partido, al cual asis- tieron tambien todos sus hermanos hijos del rey, escepto Salomon.

Aconsejada Bersabé del profeta Natan, quejóse á David de lo que pasaba, pidiéndole el cumplimiento de la palabra que le habia dado de que Salomon su hijo seria rey despnes de sus dias: David al mo- mento mandó llamar á Sadoch, sacerdote, á Natan, profeta, y á Ba-

naías, capitan, y mandóles, que juntando sus guardias y un buen número de soldados, hicieran sin demora la coronacion de su hijo Salomon; el cual montado en la mula del rey, con aparato y majestad real, fué llevado fuera de la ciudad á un campo llamado Gibon, donde recibió la uncion real de manos del sacerdote Sadoch. Concluida la ceremonia, tocóse la trompeta, y todo el gentío prorrumpió en gritos de *viva el rey Salomon*. En seguida volvió el principe á Jerusalem al son de las trompetas y entre las reiteradas aclamaciones del inmenso pueblo que le seguía. Oído el alboroto por los que estaban por Adonías, y sabido el caso, cada uno se fué por su parte, y Adonías al tabernáculo no teniendo por segura su vida. Salomon le aseguró, apercibiéndole que si vivía quieto, ningun daño le sobrevendría por él.

Despues de haber asegurado la corona en las sienes de Salomon, y entendiendo que le llegaba la muerte, llamó á Salomon, y dijole: «Yo voy al lugar adonde van á parar todos los mortales: muéstrate tú superior á tu edad, dando pruebas de valor, de sabiduría y de inteligencia en el manejo de los negocios. Observa los mandamientos del Señor, y tu reino irá siempre en prosperidad. Ya sabes el agravio que Joab me hizo, y como mató á traicion á dos capitanes de Israel, Abner y Amasa; con prudencia procurarás que pague con la vida semejantes delitos. A los hijos de Berzellai, galaadita, harás mucho bien, y les harás comer á tu mesa, pues salieron á recibirme y socorrerme cuando iba yo huyendo de Absalon tu hermano. Ahí le queda tambien Semei, aquel que se desvergonzó contra mí, y me maldijo: yo le juré cuando salió á recibirme á la vuelta de aquella jornada, que no le mataria; pero tú no le permitas que quede impune su delito.» Cuarenta años habia que reinaba David, y tenia setenta de edad cuando murió lleno de felicidades y merecimientos y en el ósculo de Dios, que le habia perdonado sus ofensas, en el día 29 de Diciembre, segun el Martirologio romano, del año de la creacion 2989, ó sea el 1011 antes de la venida del Mesias. Sepultáronle en la ciudad de Jerusalem dentro del alcázar de Sion.

En la vida fué David muy prudente, humilde, amigo de la justicia, dado á la oracion y gran penitente; y lo mismo mostró en la muerte: fué ademas gran profeta, y escedió á otros muchos en la multitud de misterios revelados. Compuso ciento y cincuenta salmos, como afirma S. Agustin (*de Civit. Dei l. 7. c. 14.*) los cuales reunió Esdras en un volúmen y libro, despues de la cautividad de Babilonia, como siente S. Ilario (*in Prol. Psalm.*), y en ellos sumó todo lo que en el antiguo testamento está escrito, y trató tambien en ellos de la Encarnacion y otros misterios de la Redencion humana. Lo que escribe es mas como evangelista que como profeta, y así el *Salterio* de

David debería andar en manos de todos los cristianos, como brevariario de toda la divina ley, y como devocionario donde están recogidas todas las peticiones que el siervo de Dios debe hacer.

Muchos son los lugares en que se nombra á David en la divina Escritura; como en el libro segundo de los Reyes y primero del Paralipomenon, que contiene muy por menor los heroicos hechos de David. En un salmo dice de sí, que con juramento le prometió Dios, que habia de descender de él su Hijo, segun la carne, haciéndose hombre en doncella de su linaje; y así lo declaró el apóstol S. Pedro, como escribe el bienaventurado S. Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde nombrando á David delante de los israelitas, dice que su sepulcro estaba entre ellos; no dijo su cuerpo, donde parece que se puede colegir, que fué David uno de los que resucitaron con Jesucristo, y S. Agustin dice, que es cosa dura no creerlo así (*D. Aug. epist. 99, ad Evodium l. 2*), y siendo cierta la opinion de los que dicen, que sin tornar á morir subieron al cielo, en cuerpo y alma, puede tenerse que fué David uno de ellos. Y es grande loa, y autoridad suya. Los profetas tambien hacen honorífica mencion de David. S. Mateo, el primero que nombró escribiendo el linaje de Jesucristo, segun la carne, fué David, llamándole hijo suyo; y al mismo Jesucristo, las personas afligidas para moverle á misericordia, le llamaban hijo de David, como la Cananea, y el ciego, que pedia limosna cerca del camino. S. Pablo le nombra en sus epistolas, y S. Juan en su Apocalipsi.

La Iglesia católica usa de la historia de David como está en el primero y segundo libro de los Reyes, en las lecciones de los maitines de la cuarta dominica despues de Pentecostés y siguientes. (*Villegas Sant. ant. Solo nol. etc.*)

San Zacarias,

EN Judea, en tiempo del rey Herodes, fué glorioso el nombre de Zacarias, sacerdote, profeta, y padre de S. Juan Bautista. San Lucas, evangelista en el principio de su evangelio dice divinidades, hablando de él, y de sus virtudes.

Este elogio solo basta, para tenerle por tan gran santo, como es; y sobre todo haber tenido un hijo, como el Bautista. Fué, pues, Zacarias de la tribu de Levi; y porque de su prosapia, profecía, aparición del ángel en el templo, y demás cosas que tocan al nacimiento del Bautista, se trata suficientemente en la natividad de San Juan, á 24 de junio; solo trataremos aqui de su gloriosa muerte, que fué

en esta forma. Viéndose Herodes burlado de los santos reyes Magos: pues, cuando los esperaba de vuelta de Bethlen, para que le diesen noticia del recién nacido infante Jesus, nuestro Salvador, ellos tomaron por otra parte su camino, como refiere el sagrado evangelista San Mateo; entonces, pues, oyendo decir la gloriosa santa Isabel, que tambien buscaban á su hijo Juan (niño tan tierno, que solo tenia seis meses mas que Cristo Bien nuestro) para quitarle la vida con los demás santos niños inocentes, mártires, tomando su hijo en los brazos, se fué á un alto monte de Judea huyendo; pero viendo que la seguian los crueles verdugos, impíos ejecutores del rigor de Herodes, temió, é hizo oracion profundamente humilde, pidiendo á Dios librase á su hijo Juan de la muerte. Al instante (¡ó fuerza de la oracion del justo! ¡oh maravillas de Dios!) se abrió el monte, y en la abertura se escondió Isabel, y su hijo, dejando burlados á los fieros verdugos que los seguian. En las entrañas, pues, del monte los recreaba el Señor, que los guardaba, con una luz divina, y un ángel santo, que les ministraba todo lo necesario para la conservacion de la humana vida. Otros dicen, se escondió Santa Isabel con su hijo en un monasterio de los muchos que entonces los Esenos, hijos de los profetas, descendientes del gran profeta y patriarca San Elías, tenían edificadas por aquellas montañas, y allí se crió el niño Juan en el instituto carmelítico, siguiendo en todo desde entonces (como quien tenia ya para hacerlo el uso de la razon, desde que fué santificado en el vientre de su madre) el espíritu y virtud de Elías, para ser principe del estado religioso y monástico en la ley de gracia, como lo era, y es Elías en la escrita: y esta opinion es la mas corriente y comun; aunque no la niega, quien sigue la primera de la milagrosa abertura del monte: pues unos y otros dicen, que acabada la persecucion de Herodes, el niño Juan se crió entre los Esenos, hijos de los profetas, hasta que de siete años, instruido ya en la vida monástica, se retiró á hacer vida solitaria al desierto, como lo hacian muchos de aquellos antiguos monjes, sucesores de Elías.

Quedóse entonces solo en su casa y asistencia del templo el santo sacerdote Zacarías, y como Herodes enviase sus ministros, á que le preguntasen por el niño Juan, hijo suyo, y él respondiese, no sabia donde estaba, como era cierto que no lo sabia (sin que esta ignorancia se oponga al ser profeta santo; porque no todas las cosas sabe el que es profeta, sino solas aquellas que Dios quiere revelarle) y asimismo les reprendiese el rigor y crueldad suya, y de su rey y señor Herodes, que los obligaba á quitar tantas inocentes vidas, y predicase á Cristo recién nacido, Rey de Israel, hijo de madre virgen, y señor de cielos y tierra, y ellos le refiriesen todo lo dicho á Herodes; él enfurecido contra el santo viejo Zacarías, envió de noche secretamen-

te sus verdugos, los cuales le quitaron la vida entre el templo y el altar, donde fué criada la Virgen santísima María, sin pecado concebida, desde su gloriosa presentación. A la mañana los demás sacerdotes vinieron al templo, y esperando á que Zacarías saliese del santuario, se pasó la hora acostumbrada, y se hizo muy tarde: por lo cual uno de ellos entró en el santuario, y halló la sangre del santo sacerdote, que toda se habia juntado y endurecido como una piedra. Luego oyó una voz del cielo, que dijo: Aquí han muerto á Zacarías, y su sangre no se borrará de Israel, hasta que se levante el que le ha de vengar. Con esto salió fuera del santuario, y contó á los demás sacerdotes todo lo que pasaba; y ellos temblaron de oírle, y sintieron un ruido grande de piedras, como que se rompian, y daban unas con otras. Buscaron el cuerpo del sacerdote y mártir Zacarías, y no lo hallaron. Fué su martirio glorioso á 5 de noviembre (día en que lo celebra la Iglesia) año 1 del Señor. Pasados muchos años, apareció milagrosamente su santo cuerpo en el mismo templo de Jerusalem, y allí estuvo mucho tiempo en honroso sepulcro. Ahora se dice que está en Venecia en un monasterio de señoras, fundado á honor suyo, y con su nombre.

La gloriosa Santa Isabel, su esposa, y madre del Bautista, fué de la tribu de Aaron, de cuya santidad trata, como de la del santo Zacarías, su esposo, el sagrado evangelista San Lucas en el principio de su evangelio: y así aquí solo trataremos de su gloriosa muerte; pues las demás cosas, que tocan á sus virtudes, santidad, salutacion y parto las refiere el evangelio. Despues que (como ya dijimos poco há) tuvo seguro y educado á su hijo, y que ya el santo niño se retiró al desierto, cumplidos los siete años de su edad, á hacer vida solitaria, eremitica, ó manástica; Isabel se retiró á la montaña de Judea á su casa, y allí vivió santísimamente algunos meses, hasta que quiso el Señor llevársela en paz y gracia suya, llena de dias, santidad y virtudes; y allí fué sepultada esta gloriosa santa, prima y hermana de la reina de los ángeles, y madre de Dios María Santísima, sin pecado concebida; porque Santa Ana y Santa Esmeria fueron hermanas, hijas de Agarín: de Ana nació la Virgen María; de Esmeria, Isabel y Eliud; y de Eliud nació Eminin; y de Eminin nació San Servacio, obispo. Otros afirman que en la misma cueva (que así llaman la aber-tura ó quiebra del monte en que se ocultaron madre é hijo) se la llevó Dios, quedando por custodio fiel y nutriz del niño Juan el ángel que ya dijimos le ministraba el sustento necesario á la vida. Como quiera que ello sea, Isabel murió en paz y gracia del Señor, cuya eterna gloria posee. No se sabe el día cierto de su glorioso tránsito; y así nuestra madre la iglesia la ha señalado el mismo de su esposo el santo sacerdote, profeta y mártir Zacarías celebrando á los dos en un mis-

mo dia. Escribieron las vidas de estos dos benditos casados padres del Bautista, San Lucas en su sagrado evangelio, cap, 1; Beda; Usuardo, y Adon, y los demás padres de la iglesia latina; los griegos en su Menologio; San Epifanio, *lib. de Vit. et Inter. prophet.*, cap. 25 *in Pannar. hæres.* 26, el cual afirma, ser este Zacarías, el que dice Cristo Bien nuestro por San Mateo, cap. 23, fué muerto entre el templo y el altar, como ya queda dicho. Del mismo sentir son Orígenes, *in Matth.*, *acp.* 25; *sanctus Petrus Alexandrinus, episc. et mart. in Cant.* 15; *sanct. Gregorius Nissenus, in Orat. de Christi Nativ.*; *sanct. Basilius, Homil. de Humana Christi generat.*; *sant. Cyrillus Alexand.*, *lib. adversus Anthropomorphitas*; *sant. Theodoretus, Histor.*, *lib. IV. cap. 7*; *Petrus de Natat.*, *in Cathalog. SS.*, *lib. X, cap. 24 et 25*; si bien San Gerónimo tuvo otro sentir, esplicando el cap. 25 de San Mateo; el Martirologio romano; y Baronio en sus anotaciones, y en el tomo 1 de sus Anales, *in Apparatu núm. 16, et ann. 1, núm. 53 et seq.*, donde cita autores, que afirman haber visto en las ruinas, que hoy se ven del templo de Jerusalem, algunas piedras con las señales de la sangre de Zacarías, y en particular una, que tiene la sangre fresca: cuya cabeza, dice, se guarda en Roma en San Juan de Letran, la cual dicen, ha manado sangre muchas veces.

En las cosas históricas, y que solo son de fé humana por las tradiciones de que constan (sino es que tuviesen especial revelacion de Dios), pudieron tener los santos padres diversos pareceres, segun lo que cada uno hallaba escrito y dicho, inclinándose unos á un sentir, y otros á otro. El máximo doctor y padre San Gerónimo se inclinó, segun lo que habia leído, como él refiere, á que fué otro Zacarías el que murió entre el templo y el altar: otros santos padres, y tan graves doctores de la Iglesia, como hemos visto, quieren que sea éste: Dios solo sabe la verdad: lo cierto es, que es santo, y que goza de Dios en la gloria, y que obrando, como él, imitándole en las virtudes, y valiéndonos de su intercesion, y de la de su esposa santa Isabel, tendremos cierta la misma gloria, y allá sabremos si murió entre el templo y el altar, ó en que lugar alcanzó la corona.

San Jacob.

Hijo de Isaac y Rebeca. Nació el año del mundo 2168. Era hermano menor, y gemelo de Esaú. Diósele este nombre que significa *Subplantador*, ó que ase á su contrario del pie para hacerle caer, por haber nacido asido á un talon de Esaú. En el artículo Rebec-

ca hablaremos de la lucha que tuvieron estos gemelos en el vientre de su madre, y su significacion. Jacob era de buena índole, y aplicado á los negocios domésticos, por lo cual le amaba particularmente su madre; pero Isaac preferia á Esaú, porque comia de lo que cazaba, que era su principal ejercicio. *Gen.* 25. 27.

Esaú vendió á Jacob por un plato de lentejas su primogenitura, que consistia en tener una autoridad, casi igual al padre sobre los demás hermanos, y doble legitima etc. Por esto le trata el apóstol de profano, reconviniendo á los Hebreos con su reprobacion para que se guarden de perder el derecho de hijos de Dios, su bendicion, y la herencia eterna, entregándose á la sensualidad en la comida, y otros deleites terrenos. *Heb.* 12. 16. Es cierto que Esaú fué culpable, en haber vendido una cosa tan apreciable, gloriosa y Santa; pero no se puede decir que Jacob faltó á la justicia en proponérselo, porque en todas las cosas misteriosas, como esta, se debe atender menos á lo que parece á nuestros ojos, que á lo que Dios quiere ocultar bajo de semejantes apariencias. Vid. *Acciones*. En esto se descubre desde luego una imagen de la prudencia de los escogidos que están prontos á renunciar y desprenderse, como Jacob de las lentejas, de todo lo que pertenece á la vida presente, para adquirir el tesoro inmenso de la vida eterna; manifestándose tambien por el contrario la locura y necedad de los réprobos, que renuncian el derecho que tienen á la herencia del cielo, por haberes viles y caducos, y placeres transitorios y momentáneos.

Esperimentando ya Isaac los achaques de la vejez, y casi privado de la vista, llamó á Esaú, y le mandó fuese á caza, y le preparase alguna cosa de ella, porque queria darle su bendicion. Oyólo Rebecca, y dió consejos muy oportunos á Jacob, disponiendo las cosas de tal manera, que presentándose éste á su padre con los vestidos mejores de Esaú, cubiertas las manos y el cuello con la piel de un cabrito que le puso delante aderezado por su madre, con todo lo necesario, le echó su bendicion, transfiriendo á él las prerrogativas de primogénito, y todas las gracias que habia pensado conceder á Esaú, correspondientes al mayor amor que le tenia. *Gen.* 27. 1. Vid. Esaú.

Seria difícil excusar de injusto y mendaz á Jacob, sino supiésemos que esta accion es tambien del orden de las misteriosas y proféticas, pues figuraba la docilidad del pueblo gentil, que llevó la preferencia en la fé á los judíos incrédulos, y la eleccion de los buenos y reprobacion de los malos.

Llegó despues Esaú, y noticioso de lo acaecido, resolvió tomar venganza de su hermano, esperando la muerte de Isaac para ponerlo en ejecucion. *Gen.* 27. 41. Rebecca para preservar á Jacob, hizo que Isaac se determinase á enviarle á Mesopotamia de Syria á casa de

Bathuel su abuelo con orden de que tomase por muger una de las hijas de su tio Laban. Partió en efecto solo á pie con su baculo, representando á aquel que siendo el hijo único del padre, y dueño de todos sus bienes, quiso hacerse pobre por nosotros, para que nos hiciésemos ricos por su pobreza. Caminando de Bersabé á Haran, y llegada la noche, juntó unas piedras, y reclinó su cabeza sobre ellas. Quedándose dormido, vió en sueños una escala, que fijada en la tierra, llegaba con su punta al cielo, y muchos ángeles que subian y bajaban por ella; y el Señor que estaba en lo mas alto, le dijo: Yo soy el Señor Dios de tu padre Abraham, y Dios de Isaac, te daré, y á tus descendientes la tierra en que duermes: será tu descendencia como el polvo de la tierra: te extenderás al Occidente y Oriente, Septentrion y Mediodia, y serán benditas en tí, y en tu descendencia todas las tribus de la tierra: seré tu custodio á cualquiera parte que vayas, y te restituiré á esta tierra, y no te dejaré hasta cumplir todo lo que he dicho. *Gen.* 28.

Despertó Jacob, y dijo: verdaderamente está el Señor en este lugar, y yo lo ignoraba; y todo turbado, y lleno de pavor exclamó; ¡oh! ¡que terrible es este lugar! Esta es la casa del Señor, y la puerta del cielo: y levantándose muy de mañana, tomó la piedra que le habia servido de cabecera y la erigió en altar, derramando aceite sobre ella. Puso el nombre de *Bethel* á la ciudad que antes se llamaba *Luzza*, y haciendo voto al Señor, prometió tenerle por su Dios, y darle la décima parte de cuanto adquiriese, y que aquella piedra se llamaria casa de Dios, si volviese con prosperidad á la de su padre. *Ibid.* v. 20. *y sig.*

Siguió su camino, y dirigiéndose hácia el oriente, despues de algunos dias vió un pozo, y tres rebaños descansando cerca de él. Arrimóse á los pastores, y preguntándoles, ¿de dónde eran? respondieron, de Haran. Añadió nuevas preguntas, hasta que supo que Laban, hermano de su madre, tenia salud, y que una muchacha que se acercaba con otro rebaño era hija suya, y se llamaba Rachel. Llegó esta con su rebaño, y echando Jacob la mano á la piedra ó losa que cubria el pozo, la levantó, y despues de haber dado de beber al ganado, la saludó con muchas lagrimas de gozo, diciéndola el parentesco que tenia con ella. Apenas entendió Rachel que era hijo de Rebecca, hermana de su padre, corrió á dar esta noticia á Laban, el cual saliendo al encuentro á Jacob, besándole y abrazándole con ternura, le llevó á su casa. Informado Laban de todo, y reconociendo á Jacob por sobrino, le tuvo en su compañía. Pasado un mes, le preguntó que salario queria, porque no le parecia justo servirse de él de balde por ser pariente suyo. Jacob, que se habia prendado desde la primera vista de Rachel, se ofreció á servirle siete años con tal que al

fin de ellos se la diese por muger; en lo que convino Laban. Cumplido el pacto por parte de Jacob, pidió á Laban le entregase la esposa por quien habia servido, y se celebraron las bodas; pero llegada la hora de recogerse, en lugar de Rachel bella y hermosa, introdujo Laban en el lecho Alia su hija mayor, que era legañosa. Reconoció Jacob por la mañana la infidencia de Laban, y le reconvino del engaño; mas este procuró satisfacerle diciendo no era costumbre en el pais, casar las hijas menores antes que las mayores, y ofreciéndole darle tambien á Rachel, pasada la semana de las bodas, con la obligacion de servirle otros siete años, lo que cumplió exactamente.

Jacob prevenido de su mayor amor á Rachel no daba igual estimacion á Lia; pero el Señor siempre admirable en la dispensacion y distribucion de sus dones hizo fecunda á Lia, dándola para su consuelo cuatro hijos, Ruvén, Simeon, Levi y Judas, antes que Rachel llegase á concebir. *Gen.* 29.

Para quitar Rachel este oprobio que padecia, entregó su criada Bala á Jacob, que condescendiendo á sus ruegos, le dió en ella dos hijos, Dan y Nephtali: Lia á imitacion de Rachel le entregó para el mismo efecto á su criada Zelpha de la cual tuvo Jacob otros dos hijos Gad y Aser. Volvió á concebir Lia, y dió á luz á Isachar, Zabulon y Dina. Al fin, usando Dios de su misericordia con Rachel, quiso que concibiese, y pariese á José, que fué despues el objeto de la emulacion de sus hermanos, vendido á los Ismaelitas, y trasportado á Egipto. *Cap.* 30. Vid. José y Rachel.

Jacob, cumplido el tiempo de su servidumbre, determinó restituirse á su pais; pero Laban que sabia la utilidad de sus servicios, le entretuvo, prometiendo darle lo que pidiese por ellos. Convenidos en que todas las reses, así ovejas como cabras que naciesen de varios colores ó pardas serian de Jacob, y todas las blancas ó negras enteramente, de Laban, separaron los rebaños, entregando las reses de color vario y pardo á Jacob, y las de blanco solo y negro solo á los hijos de Laban, y apartando estos rebaños de aquellos á distancia de tres dias de camino, ó de jornada. Queriendo Dios remunerar sus trabajos pasados, le inspiró un medio de multiplicar la cria de ganados de color vario, y manchado, como se deduce del Génesis. *Cap.* 31. 12. Tomó unas varas verdes de álamo, almendro y platano y quitándolas la corteza por algunas partes se manifestaban blancas y verdes. Hechólas así en los canales en donde bebian los animales, y resultó, que juntándose teniendo á la vista aquella variedad de colores, nacieron tambien las crias de color vario en la piel. Esta operacion no la hacia sino con las tempranas, dejando obrar la naturaleza en las tardías. *Gen.* 30. *per tot.* La dificultad que ofrece el testo en esta parte puede verse en los Comentarios del P. Calmet.

Fué tanto lo que Jacob se enriqueció con este artificio, que dió grande envidia á Laban y sus hijos, y obedeciendo al precepto del Señor, que le mandaba volver á la tierra de sus padres, dispuso su marcha con toda su familia y ganados, sin noticia de Laban. Súpolo este al cabo de tres dias, y siguiéndole con su familia, le alcanzó en las montañas de Galaad al septimo día; pero como Dios le habia prohibido hacerle el menor daño, y aun hablarle con aspereza, solo se quejó de que hubiese emprendido el viaje sin su noticia, ni dar lugar á obsequiarle como correspondia, y hacer un cariño á sus hijas y nietos; á lo que satisfizo Jacob, haciéndole presente su fidelidad en los veinte años que le habia servido. Por último se conformaron y despidieron, haciendo antes alianza entre sí, y levantando un monumento para perpetua memoria, al cual Laban llamó *tunulo de testigo*, y Jacob *monton de testimonio*. *Gen. 31 per. tot.*

Prosiguió Jacob su marcha, y llegó cerca del torrente Jaboc á un sitio que llamó *Mahanáim*, á causa de haber visto en él dos escuadrones de ángeles que salieron á su encuentro, y segun algunos fueron los tutelares de la Mesopotamia que le acompañaron hasta aquel lugar, y los de la tierra de Canaan que le recibieron, y se encargaron de su custodia.

Temiendo Jacob durase aún el resentimiento de su hermano Esaú, y el enojo que habia concebido contra él por la bendicion de su padre, pensó aplacarle con sumisiones y obsequios. A este fin le dió parte de su arribo á aquel país, solicitando su amistad y benevolencia. Luego que Esaú recibió esta noticia se puso en camino con 400 hombres para recibirle. Súpolo Jacob, y temiendo llevase algun mal designio, dividió su gente en dos escuadrones, hizo oracion á Dios, pidiendo le librase de las iras de su hermano, y envió á este un gran regalo de todo género de ganados, avisándole que luego llegaria tambien. *Gen. 32. 5. y sig.*

Habiendo pasado la comitiva el torrente *Jaboc*, se quedó Jacob solo al otro lado aquella noche, y la pasó luchando con un ángel. Este, viendo que no podia vencerle, le dió un golpe en el muslo, del cual quedó cojo en el instante. Díjole el ángel, dejamé que ya sale la aurora; pero Jacob no quiso desasirse de él hasta que le echase su bendicion. Preguntóle el ángel ¿cuál era su nombre? y respondiéndole que Jacob, le mandó no se llamase así en adelante, sino *Israel*. Tambien Jacob preguntó al ángel ¿cuál era su nombre? pero no le contestó, aunque le echó la bendicion en aquel lugar, al que dió Jacob el nombre de *Phanuel*, que significa *vision de Dios*, ó *vi á Dios*. Por haber herido el ángel el nervio del muslo de Jacob, no comen los judíos el nervio de las piernas de los animales. *Gen. 32. 22. y sig.*

Al ver Jacob á Esaú que se iba acercando con los cuatrocientos

hombres, separó los hijos de Lia y Rachel y los de las dos criadas, poniendo á éstas y sus hijos al frente, á Lia y los suyos en el centro, y á Rachel y José detrás; y adelantándose, hizo siete veces reverencia á su hermano postrado en tierra: lo mismo hicieron sucesivamente las criadas y sus hijos, Lia con los suyos, y Rachel con José. Reunidos todos, se abrazaron tiernamente los dos hermanos; y Jacob suplicó á Esaú admitiese los regalos que le habia enviado. Recibiéndolos despues de muchas instancias, y se ofreció á acompañar á su hermano, y escoltarle con su gente; pero Jacob se escusó á admitir este obsequio, y le dijo esperaba verle algun dia en Seir, en donde tenia su domicilio. Retrocedió Esaú, y Jacob continuando su ruta, llegó á Sochoh, á la otra parte del Jordán: edificó una casa, y levantó sus tiendas. Se cree permaneció bastante tiempo en aquel lugar, de donde pasó á Salem ciudad de los sichimitas. Allí fijó su residencia, y habitó cerca de la ciudad, comprando terreno para poner sus tiendas á á los hijos de Hemor padre de Sichem por cien corderos. Levantó un Altar, é invocó sobre él al fortísimo Dios de Israel. *Gen. 33 per tot.*

Durante su residencia en aquel lugar tuvo el sentimiento no solo de ver á Dina deshonrada por Sichem hijo de Hemor; como dijimos en el artículo *Dina*; sino que Simeon y Leví, faltando á lo pactado, entraron en la ciudad, dieron muerte á todos los varones, y la saquearon. Vid. Sichem. Reprehendió Jacob á sus hijos por un hecho tan injusto, que podia producir funestas consecuencias contra él y su familia, atrayendo el odio de los habitantes de aquel país. *Cap. 34.* En este tiempo le mandó Dios pasase á Bethel, y le erigiese un altar en el lugar en que se le habia aparecido cuando iba huyendo de Esaú. Juntado Jacob su familia, mandó arrojasen todos los ídolos y sus adornos, que se purificasen, y mudasen sus vestidos. Ejecutóse todo, y partieron para Bethel sin que nadie se lo estorbase, porque Dios habia infundido un gran terror sobre los pueblos circunvecinos, y no se atrevieron á perseguirlos.

Llegó Jacob á Luza, llamada Bethel, con toda su comitiva: edificó un altar, y puso por nombre á aquel lugar *casa de Dios*. Allí fué donde le apareció el Señor cuando huía de su hermano, como ya dijimos. Por este tiempo murió Devora, nutriz de Rebecca, y fué sepultada cerca de Bethel al pie de una encina; que se llamó *encina del llanto*. Apareciósele nuevamente el Señor, y le bendijo, diciendo no se llamase en adelante Jacob, sino Israel, Jacob erigió un monumento de piedra, sobre el cual hizo libaciones, y derramó aceite, llamando á quel lugar *Bethel*. *Gen. 35. 5. y sig.*

Prosiguiendo su ruta, llegó por la primavera á la tierra de Ephrata ó Bethlehem en donde tuvo el sentimiento de perder á Rachel, que murió del parto de Benjamin. Sepultóla en aquel lugar, y erigió so-

bre su sepulcro un monumento para perpetua memoria. Pasando adelante se estableció en la torre del rebaño, en cuyo tiempo abusó Ruben de Bala, concubina de su padre, sin que se le pudiese ocultar. Por último llegó á Mambre, ó Hebron, en donde tuvo la satisfacción de hallar á Isaac, y de vivir en su compañía algunos años. Muerto Isaac á los 180 de su edad, le hizo las exequias á que también concurrió Esaú. *Gen. 35. 16. y sig.*

Como diez años antes de la muerte de Isaac sucedió la desgracia de José que fué vendido por sus hermanos Vid. José. Creyendo Jacob había sido devorado por alguna fiera, se afligió en extremo por la ternura con que le amaba, y le estuvo llorando por espacio de veinte y dos años hasta que José se descubrió á sus hermanos, enviados á Egipto por Jacob á comprar trigo con motivo de una gran hambre, y estos le dieron noticia de que vivía José opulento, y muy autorizado en Egipto. Con esta noticia revivió su espíritu especialmente cuando vió los carros y regalos que le enviaba para obligarle á pasar con toda su familia á Egipto, en donde los esperaba Pharaon, resuelto á darle lo mejor de su país. Entónces exclamó diciendo: Bástame saber que vive mi hijo, ire, y le veré ántes de morir. Puesto Jacob en camino, ofreció victimas al Señor en el pozo del juramento; y habiéndosele aparecido por la noche, le dijo que pasase á Egipto seguro de que él le acompañaría en ida y vuelta, le haría padre de una nacion numerosa, y José le asistiría en su muerte. *Gen. 45. y 46, per tot.*

Arribó Jacob á Egipto con toda su familia en número de setenta personas, enviando á Judas delante para que previniese á José de su llegada, y pudiesen verse en Gessen. Tomó José su carro, y montando los dos en él fueron al lugar señalado. ¿Quién será capaz de dar una idea de lo ocurrido en Gessen entre Jacob viejo, achacoso, cansado de llorar la muerte de su hijo, sacado de su país, trasportado á una tierra desconocida, y cogido entre los brazos de un hijo amado sobre todos, que había creído muerto? ¿Qué vá huyendo del hambre y la miseria, y se halla en la tierra mas abundante y deliciosa, al abrigo de un hijo que la domina, y favorecido de un rey que le prefiere á todos sus vasallos? Discurra cada uno lo que alcance; pues nosotros solo podemos referir aqui sencillamente lo que consta del testo. Al ver José á su padre se echó sobre su cuello, abrazándole con muchas lágrimas, y Jacob, penetrado de un gozo incomparable, dijo: ya moriré gustoso por haber visto tu semblante, y saber que me sobrevives. *Gen. cap. 46. y 47.*

Presentóle José al rey siendo de 150 años de edad, y usando de las facultades que le dió Pharaon, puso á su padre y hermanos, en posesion de Ramesés, y de toda la tierra de Gessen, en donde le sumi-

nistraba todo lo necesario para la vida, y se hicieron muy poderosos. Viéndose Jacob muy abanzado en edad á los 17 de su estancia en aquel país, mandó llamar á José, y le pidió encarecidamente, y bajo de juramento, que no enterrase su cuerpo en aquella tierra, sino en el sepulcro de sus mayores. *Cap. 47.*

A poco tiempo enfermó Jacob gravemente; y habiéndolo entendido José fué á visitarle, llevando consigo á sus dos hijos Manasés y Efraim. Luego que participaron su venida á Jacob, tomó aliento y le recibió incorporado en la cama. Refirióle la bendicion que el Señor le habia echado en Luza y concluyó admitiendo á su filiacion y herencia los dos hijos que José habia tenido en Egipto antes de su llegada, á saber, Manasés y Ephraim, haciendolos iguales á Ruben y Simeon, y dando parte con sus hermanos á los que tuviese despues de ellos.

No sabian que estaban allí los dos niños; y habiéndolos columbrado, pidió se los acercasen; y besándolos y abrazándolos, dijo: No me engañó la vista: Dios me manifestó tu descendencia. Sacóselos José de los brazos, y dando gracias á Dios, puso á Ephraim á su mano derecha, y Manasés á la izquierda, de manera que correspondia Manasés á la derecha de Jacob, y Ephraim á la izquierda, pero Jacob gobernado por un espíritu profético, cruzando los brazos, puso su mano derecha sobre la cabeza de Ephraim, y la izquierda sobre Manasés, y les dió su bendicion. Creyendo José que su padre padecia equivocacion, intentó trocar sus manos; mas Jacob le dijo: bien sé lo que hago. El mayor será padre de muchos pueblos, pero el menor será mas grande que él. Con efecto la tribu de Ephraim fué siempre mas poderosa que la de Manasés, y la mas respetable despues de la de Juda. Prosiguió Jacob diciendo: Dios visitará á los Hebreos que están en Egipto y los llevará al país de Canaan prometido á sus padres; y añadió: yo te mejoro sobre tus hermanos en el campo ó heredad que gané con mi espada y arco á los Amorrheos. *Gen. 48. per tot.* Este campo ó heredad estaba cerca del pozo de Jacob ó Sichar, en donde habló Jesucristo con la Samaritana.

A poco tiempo llamó Jacob sus hijos para darles su última bendicion y anunciarles lo futuro. Habló á todos, alabando á unos, reprendiendo á otros, y señalando individualmente el carácter de cada una de las tribus, y el país donde se habian de establecer. Hizo particular elogio contra Judas y José, y prometió á la tribu de Judá que no saldría de allí el cetro hasta la venida del Mesias, que era la esperanza de las naciones. Encargó despues á sus hijos le sepultasen en la caverna del campo de Ephron, en donde estaban Abraham, Isaac y Sara, y recogiendo sus pies sobre la cama, dió el alma al Criador. José le hizo embalsamar como acostumbraban los Egipcios, y habiéndole llorado en todo el reino por espacio de setenta dias, fué conducido por

José, y sus hermanos, acompañados de los principales cortesanos, con grande aparato y comitiva á la era de Ataz pasado el Jordan, en donde hicieron nuevo duelo por siete dias. Por esta razon se dió á aquel lugar el nombre de *Llanto de Egipto*. Ultimamente le colocaron en la caverna de Ephron. *Gen. 49. per tot. y 50. 1. y sig.*

Apenas hay pasage en esta historia que no encierre algun misterio ó figura. S. Pablo, y casi todos los santos padres nos descubren muchos y grandes, y especialmente S. Agustin en el libro que intituló *contra mendacium*. Cap. 10. Nos da las mas nobles ideas de la inocencia, y don de profecía de Jacob, y de su justificacion en haber respondido á Isaac que era su hijo Esaú; y finalmente, esplicando el artificio de cubrirle su madre el cuello y manos con la piel del cabrito, para representar mas bien el bello de Esaú. Si buscamos, dice, la causa próxima de este hecho, dirémos que mintió, porque lo hizo para que se pensase era quien en la realidad no era; pero si atendemos á lo que significaba en aquello, veremos que las pieles de cabrito denotaban los pecados, y el que se cubrió con ellas figuraba al que satisfizo al padre por los agenos. Así: cuando respondió Jacob diciendo era su hijo primogénito Esaú, no se ha de entender su respuesta con respecto á su hermano, sino con respecto á la iglesia que representaba en su cuerpo, en la cual adquirieron el derecho de primogenitos los que debian ser los últimos; esto es, los gentiles, por su fidelidad á la vocacion de Dios.

El autor del eclesiástico hace en pocas palabras un grande elogio de Jacob *Eccli. 44. 25.*

San Noé.

Hijo de Lamech, y el único Justo que habia en su tiempo. Nació el año del mundo 1056. Empezó á multiplicarse mucho el género humano sobre la tierra; y viendo los hijos de Dios, (los descendientes de Seth) que las hijas de los hombres, (los descendientes de Cain) eran muy hermosas, quebrantaron el precepto de sus mayores, tomándolas por mugeres. De esto resultó tanta corrupcion en las costumbres, que los hombres se hicieron abominables á los ojos de Dios, á escepcion de Noé y sus hijos, por lo que determinando el Señor acabar con todo viviente sobre la tierra, mandó á Noé hiciese un arca ó especie de navío con varias divisiones, para que pudiese salvarse él y su familia del Diluvio con que iba á inundar toda la tierra. Creyó Noé á Dios, y puso por obra cuanto el Señor le habia mandado, sin que hubiesen podido contenerle las mofas é irrisiones de los hombres, á quienes amonestaba frecuentemente de los desórdenes,

que atraían sobre ellos los últimos rigores de la ira de un Dios sumamente ofendido. Concluida la fábrica del arca al fin de 100 años de trabajo, recogió en ella los animales, y el sustento necesario para todos, según el Señor se lo había prevenido. Siete días antes del diluvio, y al cumplir Noé los 600 años de su edad, en el del mundo 1656 entró en el arca con sus tres hijos, Sem, Cham, Jahpet, y sus mugeres, y cerró Dios la puerta por fuera.

El mar salió de madre, y rompiéndose las cataratas del Cielo, según la frase de la Escritura, llovió espantosamente por espacio de cuarenta días con sus noches, hasta que inundada toda la tierra, perecieron los que la habitaban, quedando con vida solamente las ocho personas, y los animales que contenía el arca. Anduvo ésta 150 días nadando sobre las aguas, y al fin de ellos, usando Dios de su misericordia con Noé, hizo soplar un viento fuerte, que disminuyendo las aguas, siete meses después que había principiado el Diluvio, hizo asiento el arca sobre los montes de Armenia. Vid. Ararat. En el día 10 del décimo mes se descubrieron las puntas más altas de los montes, y pasados cuarenta días, echó fuera Noé el cuervo, el cual iba y venía al arca sin entrar en ella. Después dió libertad á la paloma, que no hallando donde sentar el pie, porque las aguas lo cubrían todo, se volvió al arca. Esperó Noé otros siete días, y soltó segunda vez la paloma. Volviendo ésta con un ramo de oliva verde y frondoso, conoció Noé estaba ya la tierra descubierta, y sin embargo esperó siete días más, y al fin de ellos echó fuera la paloma por tercera vez y no volvió. En vista de esto, abrió Noé la cubierta del arca en el día 27 del mes segundo, vió enjuta toda la tierra, [y por espreso mandato de Dios, salieron él y su muger con sus tres hijos y sus mugeres, y las aves y animales de todas especies que contenía el arca, dándoles el Señor su bendición para que creciesen, y se multiplicasen. Vid. Arca de Noé.

Apenas salió Noé del arca, erigió un altar, y ofreció á Dios holocaustos de todas las aves y animales mundos. Aceptó el Señor su sacrificio, asegurándole no volvería á inundar la tierra, ni castigar de aquel modo á los vivientes; y que ya no faltaría jamás el orden regular en los frios y calores, invierno y verano, noches y días, tiempo de hacer las sementeras y las cosechas etc. *Gen. 8. per tol.* En señal de esto, y de las demás bendiciones que echó sobre ellos, bajo de muy pocas condiciones ó preceptos que les impuso, les dijo pondría un arco en las nubes, y por él se acordaría siempre de sus promesas. 9. 16, Vid. Iris.

Empezó Noé á cultivar la tierra, y entre otras cosas plantó vides, de cuyo fruto hizo vino, y se embriagó, teniendo la flaqueza de desnudarse del todo dentro de su tienda sin recato. Cham, que avisado

por su hijo Chanaan, como opinan algunos, le vió de aquel modo, fué á decirselo á sus hermanos. Estos temerosos de Dios, amantes de la honestidad, y zelosos del honor de su padre, tomaron una capa, y entrando con los rostros mirando atras por no ver la desnudez de su padre, le cubrieron con ella. Despues de haberse despejado lo supo Noé, y colmando de bendiciones á Sem y Japhet, maldijo á Chanaan. Su maldicion se verificó en los decendientes de Chanaan, que fueron exterminados por los Israelitas en su mismo pais.

Noé vivió despues del Diluvio 350, años y murió de 950, siendo muy recomendable por su virtud y la firmeza de su fé. Por la fé, dice San Pablo, *Heb. 11. 7.* creyó al oráculo de Dios, y fabricó el arca, en que salvó á su familia, condenando en esto la incredulidad del mundo, que no quiso escuchar sus amonestaciones, y costituyéndose heredero de la justicia y santidad de sus mayores, que se adquiere, y aumenta por la fé. Por su perfeccion y justicia, ó santidad, mereció ser reconciliador del mundo, cuando éste habia provocado mas la ira del Señor. Noé fué en cierto modo el conservador de la especie humana, y el único con quien hizo Dios el pacto y alianza de no enviar otro diluvio de agua sobre la tierra, dándole una señal visible de su certeza. *Eccli. 44. 17. y sig.* Su religion y piedad, su penitencia y predicacion merecieron grandes elogios en los libros sagrados, especialmente en *Isaias, 54. 9.* *Ezechiel, 14. 14.* *S. Mateo, 24. 37.* y *S. Pedro en su primera epistola 3. 20.* En fin, fué padre de un mundo enteramente nuevo.

Una sola vez ha castigado Dios el mundo con el Diluvio, para que viésemos cuán facil es á su poder exterminar los pecadores; mas no por eso deja de castigar las culpas con otras penas, no menos terribles, aunque no sean tan patentes á nuestros ojos. El arco que nos dá testimonio de que no habrá otro diluvio, lejos de confirmar nuestra negligencia en la observancia de los preceptos divinos, acusa nuestra rebeldía, y nos obliga á reconocer la bondad de su autor, á servirle con un corazon puro y recto como Noé, y esperar mayores beneficios de su mano poderosa. No quiera Dios, dice *S. Ambrosio*, que paremos nuestra consideracion en el solo arco visible, olvidándonos del verdadero, que confirmó aquel pacto. Este es la ciudad Santa de Jerusalem, ó la Iglesia que bajó del Cielo, y luce sobre la tierra por la luz del Cordero inmaculado que la ilumina; siendo sus colores, como dice *S. Pedro*, las diferentes gracias que Dios echó sobre esta celestial esposa, fiel en conocer, y confesar el principio de donde nacen, y verdadera mediadora entre Dios y los hombres por la potestad que su Magestad ha depositado en ella, para atar y desatar, esto es, absolvemos de nuestras culpas.

La bendicion que Noe dió á Sem y Japhet, y la maldicion con que

castigó á Chanaan, que literal y generalmente nos enseñan el respeto que los hijos deben tener á los padres, y el cuidado con que deben ocultar sus defectos, nos dan igualmente, segun S. Agustin, la mas cabal idea del respeto con que los cristianos deben tratar la humildad, y el abatimiento de Jesucristo su Padre y Maestro verdadero. La ignominia de su pasion, la desnudéz que sufrió en la Cruz, y el caliz amargo que bebió en su muerte, estan bien claramente figurados en la embriaguéz, y demás efectos que causó en Noé el fruto de una viña escogida y cultivada con el mayor cuidado.

San Tobias.

HUBO dos de este nombre de la tribu de Nephtali, uno padre del otro, cuya historia se dilatara mucho si la refiriésemos separadamente, porque seria necesario repetir muchas cosas para no truncarla por la conexion y enlace que la una tiene con la otra. Resueltos pues á dar noticia de los dos en un solo articulo, los distinguiremos con las expresiones de Tobias *el viejo*, y Tobias *el mozo*, para evitar la confusion. Tobias el viejo fué hijo de Tobiel, segun la edicion romana de los setenta. Habitaba en la Metrópoli de su tribu, que segun los setenta era *Thisbe*, y segun Calmet, *Cades*, á la derecha de Cades Nephtali, en la Galilea superior, llamada tambien *de los gentiles*. aunque era el menor de su tribu, y veía que todos iban á adorar los becerros de oro, no tuvo parte en aquella abominacion, porque pasaba á Jerusalem, y allí adoraba al verdadero Dios, ofreciéndole sus diezmos y primicias, incluso las del año tercero, que prescribe la ley. *Deut. 14. 28.*

Llegado el tiempo, tomó por muger á Anna, de su misma tribu, y tuvo un hijo, que llamo Tobias, al cual educó en el temor de Dios, y amor á su religion. En el año 9.^o y último de Oseas rey de Israel, entró Salmanasar rey de Asyria en Samaria, y llevando cautivas las diez tribus, fué Tobias con su hijo y muger. Cautivo, y entre gentiles en la ciudad de Ninive, nunca se apartó del culto de su Dios, ni dejó de abstenerse de las viandas, que estan prohibidas por la ley, y esto mismo, que al parecer debia atraerle la indignacion del rey, por una providencia especial de Dios, que nunca deja sin premio las obras buenas, le concilió tan grande estimacion, que le dió libertad para ir á donde quisiese, y hacer lo que gustase, haciéndole al mismo tiempo algunos regalos. Visitaba á sus concautivos, consolándolos, dándoles los consejos mas saludables; y habiendo llegado á Rages, ciudad de los Medos, halló á Gabelo pariente suyo, que entre otros muchos de su tribu estaba necesitado, y le en-

tregó diez talentos de plata, bajo la condicion de poder repetirlos cuando los necesitase. Los diez talentos de plata hacen, segun Menochio, 120000 reales de vellon. Tyrino dice, no se los dió prestados, sino que los depositó, dándole facultad para que usase de ellos mientras no se los pedia; pero esto poco se distingue del empréstito.

Muerto Salmanasar, entró á reinar Sennacherib su hijo, que era enemigo declarado de los judíos, y los afligió en estremo, especialmente despues que fué derrotado por un ángel, que en una noche mató 185000 hombres del ejército que tenia pronto para tomar á Jerusalem. 4. *Reg.* 19. 35. Así antes, como despues de esta derrota, Tobías se ejercitaba continuamente en las mayores obras de caridad con los de su tribu, hasta que informado de todo el rey, le mandó dar muerte, y confiscar sus bienes. Noticioso Tobías pudo ocultarse entre sus amigos con su muger ó hijo, hasta que muerto Sennacherib por sus hijos, volvió á su casa, y recobró su hacienda. *Tob.* 1, *per tot.*

Ejercitándose de nuevo, y con mayor fervor en la caridad, llegó el tiempo de celebrar la fiesta de Pentecostés; y habiendo dispuesto una comida abundante, mandó á su hijo que saliese á convidar á algunos de su tribu para que comiesen con ellos. Volvió el jóven, y estando ya sentados á la mesa, le dijo, habia visto en la calle el cadáver de un Israelita. Apenas lo oyó el santo viejo, cuando levantándose de la mesa, sin tomar nada, fué á buscar el cadáver, y lo ocultó en su casa para darle sepultura por la noche. Comió con mucho dolor y sentimiento, contemplando aquel pasage del profeta Amós, 8. 18. en que dice: *Vuestras fiestas se convertirán en llanto, y luto.* Sus parientes y amigos reprehendian continuamente su temeridad, viendo lo que le habia sucedido con Sennacherib; pero en vano, porque su caridad era tan grande, que atropellaba por todo. Dió sepultura al cadáver por la noche, y volviendo cansado (ó como interpretan algunos, no atreviéndose á entrar en casa por la inmundicia legal que habia contraido tocando el cadáver) se echó en el suelo cerca de una pared, y estando dormido, le cayó en los ojos de un nido de Golondrina un poco de estiércol caliente, que le dejó ciego. Los insultos, y trabajos que Tobías padeció, y la paciencia con que los sufrió, le hacen en todo semejante á Job. *Tob.* 2. *per totum.*

Tobías; que en aquel estado se consideraba inútil, y molesto á todos no pudiendo oír con paciencia la ira de su muger, que le habia tratado muy mal de palabra, porque manifestaba algun recelo de que si seria ageno un cabrito que ella habia llevado á casa: *cap.* 2. 20. pedia al Señor perdonase sus culpas, y recibiese su espíritu. En el mismo dia Sara hija de Raguel, que habitaba en Rages ciudad de los Medos, viéndose ultrajada de una criada que le echaba en cara habia

tenido siete maridos, y todos habian sido muertos por un demonio llamado Asmodeo reprehendió su audacia; pero lejos de humillarse, la respondió la criada con altanería, diciendo: ¿quieres tú matarme, como lo hiciste con los siete maridos que tuviste? Sara, penetrada de sentimiento, se retiró á un aposento alto, en donde estuvo tres dias con sus noches sin comer ni beber, pidiendo á Dios con muchas lágrimas, la librase de aquel oprobrio. Las oraciones de Tobias, y Sara penetraron en los cielos, y el Señor, á quien fueron presentadas á un mismo tiempo, envió á S. Rafael á poner fin á los trabajos de uno y otro. *Cap. 5. Per tot.*

Pensando Tobias, que si Dios oía sus oraciones les sacaría presto de este mundo, llamó á su hijo y en pocas palabras le instruyó de lo que debía hacer despues de su muerte, con él, con su madre, con el prógimo, y con Dios, dándole al mismo tiempo noticia de los diez talentos de plata, que habia dado á Gabelo en Rages de la Media, y de su recibo, ó caria de obligacion, y mandándole buscarse medio de ir á cobrarlos, y entregarle su recibo. *Cap. 4.*

Yo lo haré todo, dijo el jóven; pero ignoro como podré cobrar los diez talentos, porque ni Gabelo me conoce á mí, ni yo á él, ni se el camino para ir allá, ni tengo tampoco señal que darle para convenecerle de la legitimidad de la deuda. Aquí está su recibo, dijo el padre, con lo que te pagará sin demora: anda luego, y toma un hombre que te acompañe por su justo salario, para que puedas recibir la cantidad antes que yo muera. Luego que el jóven Tobias salió de casa, halló un gallardo mancebo ceñido, y dispuesto á caminar, y le dijo: ¿De dónde eres, buen mancebo? Y le respondió: Uno de los hijos de Israel. ¿Sabes, le dijo Tobias, el camino que vá á la Media? Y habiéndole dicho que sí, y que habia estado en Rages, donde habitaba Gabelo, le pidió Tobias que esperase un poco mientras lo participaba á su padre. Este le hizo entrar en su casa, y le anunció que no tardaría mucho en ser curado. Preguntóle el viejo Tobias, si podría acompañar á su hijo á Rages, ofreciendo darle á la vuelta un estipendio competente, y el mancebo, que era el ángel San Rafael, le respondió: Yo guiaré á tu hijo hasta restituirle á tu casa con salud.

Dispuesto todo lo necesario para el camino, y dada por el santo viejo la bendicion á los dos jóvenes, emprendieron su jornada. Luego que salieron, Anna, echando de menos á su hijo, empezó á llorar, y reprehender al viejo, porque se habia privado del único consuelo que tenia en el mundo, maldiciendo al dinero que motivó aquel viaje. Tobias, que ciego y amante de su hijo, sentia tal vez mas su ausencia que su madre, confiando en el Señor, de quien no dudaba enviaria un ángel, que le acompañase, la consoló, diciendo: No llores, nuestro hijo llegará, y volverá sano, Dios lo dispondrá todo de modo

que vendrá gozoso, y tu lo has de ver. *Cap. 5. per totum.*

Puesto en camino el jóven Tobías con el ángel, hicieron su primera mansion en las riberas del Tigris; y habiéndose acercado el jóven al rio para labarse los pies, se vió acometido de un pez muy grande que le queria tragar; (segun Vales en su filosofía Sac. Cap. 41 siguiendo á Plinio, lib. 32. 7. se llamaba *Callionymo*) y asustado, llamó al ángel, que le mandó cogerle por las agallas, y sacarle fuera. Hizolo así Tobías y luego empezó á palpar el pez, y entonces le dijo el ángel: Abrelo, y reserva su corazon. hiel é igado porque son muy útiles para la medicina. Echo esto, asaron una parte para comer, y salaron lo necesario para el camino hasta llegar á Rages. Preguntando Tobías, al ángel, que virtud tenia para curar aquello que le habia mandado guardar del pez, se lo esplicó todo. Estando ya cerca de Echatana, preguntó Tobías al ángel, en donde queria descansar; y le respondió, que habitaba allí Raguel, que era de su tribu. y tenia una hija única, la cual le debia pedir por muger, para heredar sus bienes, pues le correspondian por razon del parentesco.

¿Como podré pedirla, dijo Tobías, sin esponerme á ocasionar en mi muerte la de mis padres, que no tienen otro hijo, respecto de haber quitado un demonio la vida á los siete maridos que tuvo quando iban á cohabitar con ella? Con esta ocasion le esplicó el ángel en qué habia consistido, y le aconsejó lo que debia hacer para evitar el mal, y conseguir todas las bendiciones, y bienes del matrimonio, manifestándole que el demonio solo tiene poder sobre aquellos, que olvidándose de Dios, se casan por entregarse á la sensualidad, como los irracionales. Tú, le dice, cuando entres en el aposento, recien casado, abstente de llegarte á tu muger en los tres primeros dias, y no hagas otra cosa que orar con ella. En la primera noche, quemando el higado del pez, huirá el demonio. En la segunda serás admitido en la congregacion de los santos Patriarcas; y en la tercera conseguirás la bendicion, para que vuestros hijos salgan sanos y robustos. Pasada la noche tercera, usa de la esposa con temor de Dios, mas por amor á los hijos, que al deleite, y con esto lograrás en tus hijos la bendición de Abraham. *Cap. 6. per tot.*

Apenas entraron en casa de Raguel, fijando este la vista en Tobías, dijo á su muger: (que tambien se llamaba Anna) ¡qué parecido es este jóven á mi primo, esto es, á Tobías el viejo! ¿de donde sois mancebos? Y habiéndole respondido que de la Tribu de Neptali, y cautividad de Babilonia les preguntó, ¿si conocian á Tobías? Respondieron que sí, y despues de haberle elogiado mucho Raguel, le dijo el ángel: Ese Tobías por quien preguntas es el padre de éste. Al oír esto Raguel bañado en lágrimas de gozo se echó sobre él á besarle y abrazarle llenándole de caricias y bendiciones, manifestando Anna y

su hija Sara los mismos sentimientos de gozo, y ternura.

Después de haber hablado, y estando dispuesta la mesa, instó Raguel á sus huéspedes á que se sentasen á comer; pero Tobías protestó no comer, ni beber allí, si no le prometia darle por muger á su hija Sara. Raguel, temiendo sucediese con Tobías lo mismo que con los siete antecedentes, se quedó suspensó sin dar respuesta; mas animado del ángel, que le dijo: *No temas darla á este, que es temeroso de Dios; porque á él se le debe y por lo mismo no pudieron tenerla los otros*; rompió Raguel diciendo: no dudo que Dios habrá oído mis súplicas, y creo que Dios os trajo para que Sara tome marido de su familia, según lo dispone la ley, y así no tengo reparo en entregársela; y tomando la mano derecha de su hija, la entregó á la derecha de Tobías diciendo: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob sea con vosotros: él os junte, y llene de bendiciones. Hecha la escritura de casamiento, ó capitulaciones, comieron, dando muchas gracias á Dios por tantos beneficios.

Dispuesto otro aposento distinto del que tenia Sara cuando perecieron los siete maridos primeros, al entrar Sara en él, empezó á llorar, pero su madre la consoló, diciendo: No temas, hija mia: Dios te llenará de gozo por las aflicciones, y sentimientos que has pasado. *Cap. 7. per tot.* Llegada la hora introdujeron al jóven en el aposento de Sara; y Tobías, teniendo presente lo que el ángel le habia dicho, sacó del zurrón, ó alforja una parte del hígado del pez, que tenia reservado, lo puso sobre las ascuas, y S. Rafael ligó al demonio, y lo desterró al desierto del Egipto superior. Tobías, en cumplimiento de lo prescrito por el ángel, aconsejó á Sara que en los tres dias primeros se ejercitase con él en la oracion, porque decia: Siendo hijos de santos (esto es, de padres temerosos de Dios) debemos distinguirnos en nuestro matrimonio de los que no le conocen; y uno y otro hicieron una oracion muy humilde y tierna al Señor.

Cerca de la media noche, Raguel, que temia tuviese Tobias la misma suerte que los otros, llamó sus criados, y mandó abrir una sepultura para enterrarle antes de amanecer; y después dijo á su muger enviase una criada á ver si habia muerto. Entró la criada en el aposento, y viendo que estaban durmiendo juntos, y sanos, llevó esta noticia á los padres de Sara, que alabaron al Señor de todo corazón. Raguel mandó cerrar al instante la sepultura, hizo disponer para el día siguiente un gran convite á sus amigos y vecinos; y mandando á Tobias estuviese con él dos semanas, le dió la mitad de sus bienes, haciendo escritura de todo lo demás para después de su muerte, y la de su muger. *Cap. 8. per totum.*

Manifestó Tobias su agradecimiento al ángel, que creia ser hombre; y le suplicó tomase las caballerias, y criados que quisiese, y pa-

sase á Rages á entregar á Gabelo su obligacion, percibir los diez talentos, y convidarle para su boda, escusándose de ir él en persona, por el prefecto de Raguel de permanecer dos semanas en su casa, pues ya sabia pue si tardaba en volver á la de su padre un solo dia mas de lo prescripto, le seria de mucho dolor y tormento. Condescendió el ángel, y tomando cuatro criados, y dos camellos, pasó á Rages, cobró el dinero, entregó la obligacion á Gabelo, y le trajo consigo á celebrar las bodas de Tobías, en las cuales no hubo aquellos escesos, que con dificultad se pueden excusar de culpa, sino una abundancia racional en la comida y bebida, y un gozo espiritual, que animaba á todos á alabar, y bendecir á Dios, y pedirle todo género de bienes para los esposos. *Cap. 9. per tot.*

Con motivo de la celebracion de las bodas se iba pasando el tiempo que Tobías el viejo habia creido necesario para la vuelta de su hijo y entrando en cuidado, recelando si habia muerto Gabelo, y no hallaba quien le pagase la deuda, rompiendo en lágrimas con su muger, vió que esta estaba inconsolable, y recobrando su espiritu, procuraba templarla, diciendo: Calla, no te entristezcas: nuestro hijo está sano, y el jóven que fué con él es hombre de bien, y fiel; pero ella afligida, y desconsolada salia todos los dias, á registrar los caminos por donde podia venir su hijo. Tobías el jóven, que lo consideraba todo y en medio de tanto placer sentia en su corazon la afliccion en que vivirian sus padres, instaba por salir de Echatana para consolarlos con su presencia. Instaba igualmente Raguel á que se detuviese allí, ofreciendo enviarle aviso de su salud; y venciendo al fin Tobías, le despidió con Sara, y la mitad de todo lo que poseia de criados, criadas, reses, camellos, bacas, y mucho dinero, echándoles su bendicion, y mandando á Sara que honrase á sus suegros, amase á su marido, dirigiese la familia, gobernase la casa, y se mostrase en todo irreprehensible. *Cap. 10.*

Puesto en camino para Ninive llegaron á Charan, y haciendo alto, dijo el Angel á Tobías: Ya sabes, hermano, el estado en que dejaste á tu padre, si te parece, adelantémonos los dos á darle algun consuelo, y dejemos á tu muger y familia con las caballerias y ganados, para que nos sigan poco á poco; y habiendo convenido, le mandó llevar la hiel del pez, y marcharon. Anna muger de Tobías el viejo, que estaba en la cima de un monte observando cuando llegaba su hijo, luego que los vió, y se certificó de que era él, corrió presurosa á participarlo á su marido. Estando en esto llegó un perro que habia ido con Tobías, y el buen viejo corriendo á trompicones, asido de un criado, salió á recibirle. Dieron todos gracias al Señor, y sacando Tobías el jóven la hiel del pez, untó con ella los ojos de su padre, segun se lo habia prevenido el ángel, y en el espacio de cerca de

media hora empezó á desprenderse de sus ojos una costra como la cascara del huevo. Acabó su hijo de quitarsela, y se halló al punto con su vista natural. Fueron muchas, y muy liernas las alabanzas que Tobías el viejo, su mujer, su hijo, y todos los que le conocian, dieron á Dios con este motivo. Siete dias despues llegó Sara y toda su familia, con los rebaños, camellos y el dinero que habia recibido de su padre, como tambien el que se habia cobrado de Gabelo, y se celebraron de nuevo sus bodas por espacio de siete dias. *Cap. 11.*

Tobías el viejo, deseando mostrar su agradecimiento ál jóven que habia acompañado y dirigido á su hijo, dijo á este: ¿Qué podremos dar á este santo hombre que viene contigo? (ignoraba fuese ángel) No hallo, respondió el jóven Tobías, cosa correspondiente á los favores que le he debido, y á los bienes que por él hemos recibido. Yo os ruego, padre mio, le supliqueis se digne tomar la mitad de todo lo que tragimos. Hiciéronle los dos la propuesta, y entonces estando solos, les encargó diesen á Dios las debidas gracias, mandándoles publicar su omnipotencia delante de todo el mundo, y declarándoles que las lágrimas del viejo Tobías, y las obras de misericordia que habia practicado con los muertos, habian sido presentadas al Señor por él, y por lo mismo que agradaba á Dios en aquello, habia querido probarle; pero que era enviado para curarle y librar á Sara del demonio. Yo soy, dijo, Rafael Angel, uno de los siete principales que asistimos al trono de Dios, para recibir sus órdenes. Al oír esto los dos Tobías, se asustaron y postraron; pero el ángel les dijo que no temiesen, y que aunque les parecia que comia y bebia, su sustento era invisible. Ya es tiempo, dijo, de volver al que me envié. Vosotros alabad á Dios, y publicad sus maravillas. Dicho esto desapareció sin que lo pudiesen volver á ver. Postrados en tierra por espacio de tres horas, dieron gracias á Dios, y despues refirieron los prodigios que habia obrado. *Cap. 12.*

El cántico que Tobías el viejo compuso en esta ocasion, y llena todo el capítulo 13 del libro de su título, no solo es eucarístico, ó de accion de gracias, sino tambien profético, acerca de la restauracion, suma felicidad y gloria de Jerusalem.

Tobías el viejo tenia 56 años cuando cegó: á los 60 recobró la vista, vivió despues en compañía de su hijo 42 años, y murió de 102. Habiendo llamado antes á su hijo Tobías, y los siete hijos que tenia este, profetizando la destruccion de Ninive, la vuelta de la cautividad, la reedificacion del templo, y la restauracion del culto divino en Jerusalem. Con la misma ocasion encargó á su familia el servicio de Dios, y el cumplimiento de su voluntad, mandando á todos que del mismo modo recomendasen esta obligacion, y la limosna á sus hijos. Ultimamente les mandó que cuando llegase el último dia de su ma-

dre, la sepultasen en su mismo sepulcro, y saliesen de Ninive, porque iba á ser destruida por sus maldades. Tobías el jóven cumplió exactamente todo lo que se le prescribió, y despues de dar sepultura á sus padres, salió de Ninive con sus hijos y nietos, y se fueron á establecer á Rages, en donde halló á sus suegros, y los asistió como correspondía hasta la muerte, prestándoles los obsequios debidos. Heredó á sus suegros, y despues de haber visto su quinta generacion, murió de 99 años, el del mundo 3580.

San Isaac.

ISAAC: Hijo de Abraham y Sara. Nació el año del mundo 2108. *Gen.* 21. 6. Diósele este nombre que significa *risa*, por haberse reido Sara, cuando digeron los ángeles que concebiría, y pariría un hijo, teniendo por imposible por su abanzada edad. Habiendo llegado Isaac á los 25 años, mandó el Señor á Abraham, para probar su fé, le llevase á un monte, y se lo ófreciese en sacrificio. Partió Abraham con Isaac, y dos criados; y habiendo caminado dos dias, llegaron el tercero al lugar señalado, que era el monte Moria, y dejando á los criados en la falda de él, subió con Isaac que llevaba la leña para el sacrificio. Caminaban juntos, y preguntando el hijo al padre donde estaba la víctima, éste le respondió que Dios proveería. Llegados á la cima del monte, erigió Abraham un altar, puso en él la leña, ató á Isaac para que sirviese de víctima, y levantó el brazo con el cuchillo para descargar el golpe sobre la cerviz de su hijo. Provada la fidelidad del uno, y la obediencia y sumision del otro, detuvo el Señor el brazo de Abraham por medio de un Angel, que le dijo no le hiciese el menor daño. A este tiempo levantó Abraham los ojos, y vió un carnero enredado en la maleza, del cual se sirvió para el sacrificio.

Fué tan acepto á los ojos del Señor el sacrificio de Abraham, que renovó todas las promesas que le habia hecho de multiplicar prodigiosamente su familia. *Gen.* 22. 7. *y sig.*

Siendo ya Isaac de 40 años, dispuso Abraham casarlo; y no queriendo darle por muger una Cananea, envió á Eliezer su Mayordomo á Mesopotamia á buscar con el auxilio de Dios una de su misma familia. Este desempeñó fielmente su comision, y trajo á Rebeca hija de Bathuel sobrino de Abraham, con la que se desposó Isaac: y despues de algunos años de esterilidad tuvo en ella los dos gemelos Esaú y Jacob, que fueron tiernamente amados, Esaú de su padre y Jacob de Rebeca. *Gen.* 25. 28.

Muerto Abraham, sobrevinó en el país una grande hambre, que obligó á Isaac á retirarse á Gerara, donde reinaba Abimelech; y apa-

reciéndole un ángel, le mandó no bajase á Egipto, y se deluviese en el país que le diria, asegurando se cumpliria en él todo lo que Dios habia prometido á su padre. Estando Isaac en Gerara, y temiendo alguna extorsion por la hermosura de Rebeca, dijo que era hermana suya. Pasado mucho tiempo vió Abimelech Rey de Palestina por una ventana algunas acciones, que le dieron á conocer era muger suya, y le reprendió por el peligro á que los habia expuesto, mandando con pena de muerte que nadie la tocase. Cultivó la tierra que le produjo ciento por uno en el mismo año, y aumentó tanto sus rebaños, que el Rey y sus vasallos envidiosos de sus grandes riquezas, le instaron á que saliese de Gerara. Salió de allí hácia el torrente de Gerara, en donde abrió uno de los pozos que habian sido hechos por los criados de su padre, y estaban cegados por los Palestinos. Abrió otro en el torrente, y tenia agua perenne; pero habiéndose excitado algunas disputas entre sus pastores y los de Gerara, hizo otro en otra parte que llamó *Anchura*, porque se acabaron allí las contiendas. Pasó á Bersabé; y en la misma noche se le apareció el Señor, que le ratificó en las mismas promesas y bendiciones dadas á su padre, que iban á cumplirse en él. Erigió allí un altar, y dadas gracias á Dios fijó su tienda, y mandó á sus criados abriesen otro pozo, que llamó *Abundancia*, y á la Ciudad *Bersabé*. Por este tiempo fueron á visitarle, y solicitar su amistad Abimelech, Ochozath su amigo, y Phicol General de su ejército; y los recibió con la mayor humanidad y distincion. Despues de un gran banquete hicieron reciproca alianza, y despachó llenos de satisfaccion á los que le habian desechado poco antes. *Gen. 26. per tot.*

Viéndose ya Isaac ciego y anciano, quiso bendecir á su hijo Esaú; pero Jacob por industria de su madre Rebeca hizo recayese en él la bendicion de su padre. *Cap. 27. 33.* Vid. Jacob y Esaú. Prevenido Isaac por Rebeca, de que siguiendo Jacob el ejemplo de Esaú podria tomar por muger á una Cananea, v. 46. llamó á Jacob, y despues de encargarle que no lo hiciese, le mandó fuése á Mesopotamia de Siria á casa de Bathuel padre de Rebeca, y tomase una de las hijas de su tio materno Laban, echándole antes su bendicion. Puesto en camino, le cogió la noche en un despoblado, y juntando algunas piedras que le sirvieron de almohadas, se reclinó sobre ellas, y tuvo en sueños la vision misteriosa de la escala que llegaba al Cielo, de la cual damos razon en el artículo Jacob. Vivió Isaac 180 años. A su muerte acaecida en Arbee, ó Hebron año del mundo 2288. Asistieron Jacob despues de haber vuelto de Mesopotamia de Siria, y su hermano Esaú, los cuales le sepultaron honorificamente con sus mayores. *Cap. 35. 27. y sig.*

El sacrificio de Isaac representa en todas sus circunstancias el de

Jesucristo. Isaac subió al monte cargado con la leña que había de servir á su sacrificio, y Jesucristo con el madero de la cruz en que fué clavado. Isaac consiente en ser sacrificado, y sin embargo es atado, para representar mejor á aquel, que dando su vida con una soberana y absoluta libertad, fué fijado á la Cruz con clavos, para que su sacrificio pareciese en lo exterior forzado y violento. Un monte mismo sirve de Altar á los dos, y ambos son estendidos sobre la leña, obedientes hasta la muerte, y sobreviviendo á su sacrificio, aunque el de Isaac no llegó á verificarse en todo, siendo solo figura; pero Jesucristo pierde su vida, y la recobra real y verdaderamente, porque era el objeto de la figura.

San Habacuc.

HABACUC: Uno de los doce profetas menores. La escritura no espresa claramente el país de su nacimiento, ni el tiempo en que profetizó. Se cree fuese al fin del reino de Judá, al mismo tiempo que Jeremías, aunque era mas jóven que este profeta. Sabiendo Habacuc que Nabucodonosor se acercaba á Jerusalem, y previendo la toma de esta Ciudad, se retiró á la Arabia, y permaneció allí algun tiempo. Volvió á la Judea luego que los Caldeos se restituyeron á su país, y se ocupaba en cultivar sus heredades. Llevando un dia la comida á los segadores, le asió un ángel de los cabellos, le transporto á Babilonia, y le hizo dar á Daniel que estaba en el lago de los leones, la comida que habia preparado para sus obreros, restituyéndole despues á Judea del mismo modo, donde murió dos años antes del fin de la cautividad: así lo dice S. Gerónimo; pero otros lo atribuyen á otro Habacuc, á quien hacen autor de las historias de Susana, Bel, y el Dragon. Como quiera que sea, el Señor que tenia tantos otros medios mas simples y sencillos para alimentar á Daniel en su prision, eligió uno muy extraordinario, cuya ejecucion dependia de estupendos milagros, que no se habian visto hasta entonces; acaso para dar á entender á los judíos, que el Dios de Abraham no los habia olvidado enteramente, ni tampoco á sus hermanos cautivos en Babilonia, y que despues de haber cerrado la boca de los leones hambrientos, para conservar la vida á su siervo, podria tambien facilmente, cuando fuese servido, aplacar el furor de sus enemigos, y reunir las tribus de Israel en el país de sus padres.

La profecia de Habacuc tiene tres capitulos. Al principio se queja vivamente de los desórdenes del reino de Judá, y despues de anunciar la terrible venganza que tomaría el Señor de los Caldeos por medio de las armas, concluye con un cántico, manifestando que el Señor

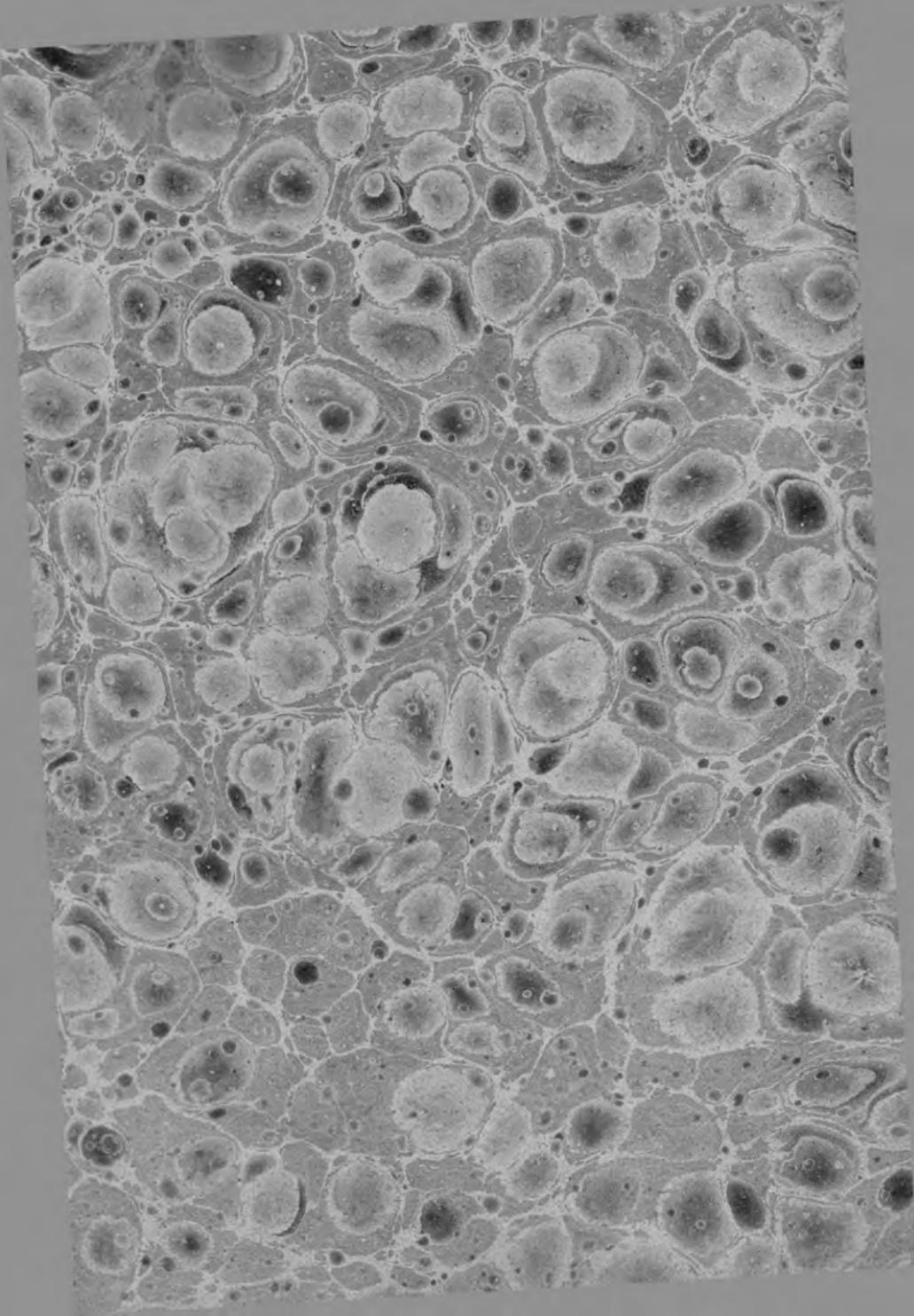
cuando está mas irritado se acuerda de su misericordia. Recuerda las grandes maravillas, y prodigios, que en otro tiempo habia obrado Dios en favor de su pueblo, y predice la ruina del imperio de los Caldeos, la libertad de los judíos por Ciro y la del genero humano por Jesucristo.

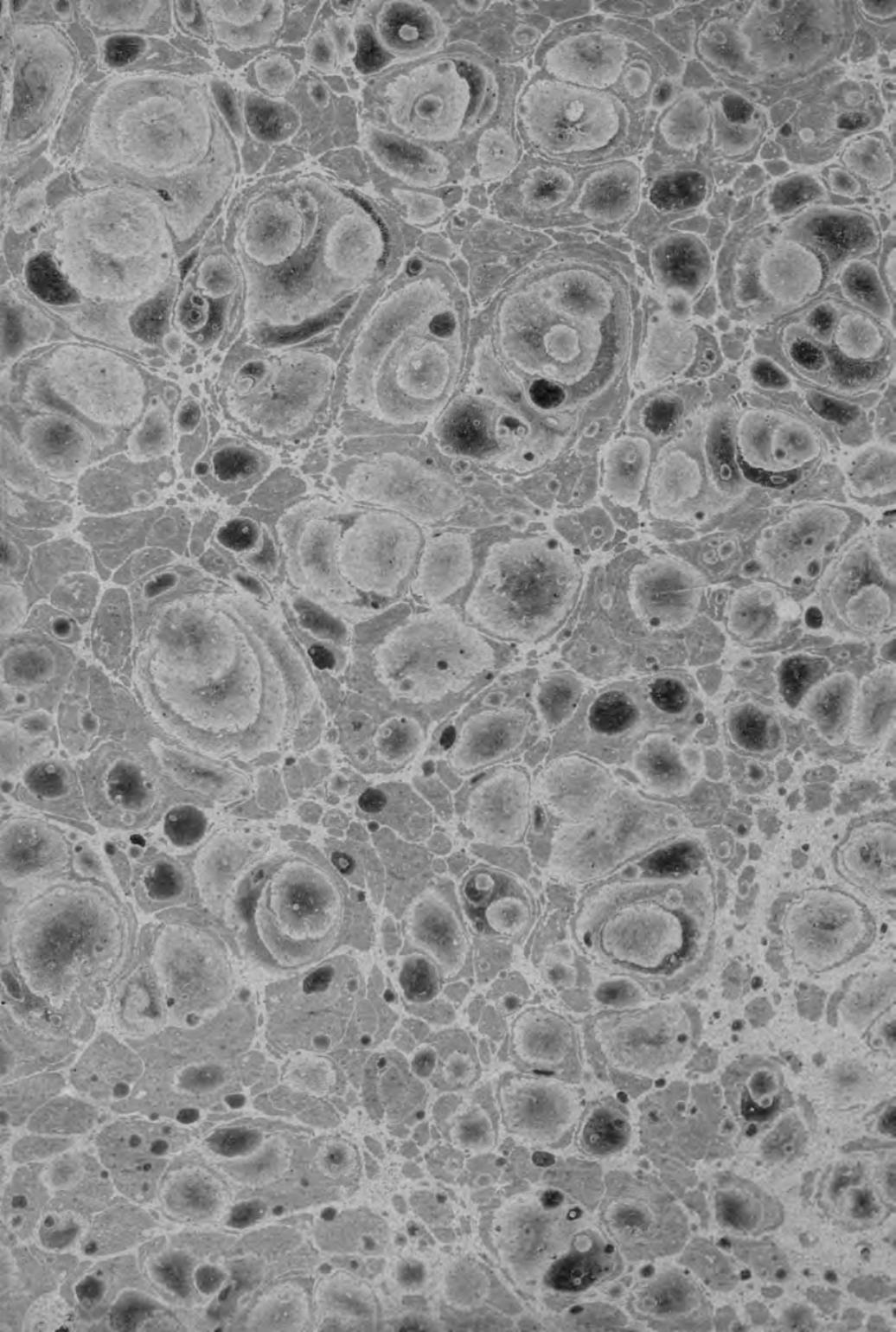
San Abdías.

UNO de los doce Profetas menores. Escribió solo un capítulo dirigido á los Idumeos, á quienes amenaza con una total destruccion, por la inhumanidad que usaron con sus hermanos. Los reprehende de haberse unido con los enemigos de Judá, cuando echaron suertes sobre Jerusalem, y de haber esperado en los desfiladeros á los que procuraban salvarse, para darles muerte: anuncia la restauracion de Jerusalem; y que la casa de Israel subyugaría á los que la habian dominado, profetizando con mucha claridad su regreso de la cautividad. Este Profeta imita en algunos pasages el estilo de Jeremías, copiando sus palabras. Nada se sabe de su patria, ni de sus padres, y aun se ignora en que tiempo vivió. Algunos quieren fuese en el de Amós, Oseas, é Isaias; pero otros dicen escribió despues de la ruina de Jerusalem por los Caldeos. S. Gerónimo habla de su sepulcro, diciendo lo vió Santa Paula en Samaria. Hubo otros dos Abdías, uno padre de Jesumaias, Gefe de la Tribu de Zabulon en tiempo de David, 1. Par. 27. 19; y otro Levita, de la familia de Merari, empleado por Josías en la reparacion del templo. 2. Par. 34. 12.

FIN DE LA OBRA.









3659

1842

1842

1842

1842

1842

1842

1842

1842

1842

1842

1842

1842

1842

1842

Italia
APPENDICE

1842

1842

1842

1842

1842

1842

1842

1842

AH 1486